

COLECCIÓN DE HISTORIA



EL MAPU DURANTE LA DICTADURA

SABERES Y PRÁCTICAS POLÍTICAS PARA UNA MICROHISTORIA
DE LA RENOVACIÓN SOCIALISTA EN CHILE
1973-1989

CRISTINA MOYANO BARAHONA



EDICIONES UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO

COLECCIÓN DE HISTORIA



EL MAPU DURANTE LA DICTADURA

SABERES Y PRÁCTICAS POLÍTICAS PARA UNA MICROHISTORIA
DE LA RENOVACIÓN SOCIALISTA EN CHILE
1973-1989

CRISTINA MOYANO BARAHONA



EDICIONES UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO

EL MAPU DURANTE LA DICTADURA
SABERES Y PRÁCTICAS POLÍTICAS PARA UNA MICROHISTORIA DE LA
RENOVACIÓN SOCIALISTA EN CHILE
1973-1989

El MAPU durante la dictadura

Saberes y prácticas políticas para una microhistoria

de la renovación socialista en Chile

1973-1989

©Cristina Moyano Barahona

Santiago de Chile

Octubre de 2010

ISBN 978-956-8421-43-4

eISBN 978-956-9320-31-6

Registro de propiedad intelectual N°196368

Dirección editorial

Alejandra Stevenson

Editora ejecutiva

Beatriz García Huidobro

Diseño de la colección

Francisca Toral

Diseño y diagramación

Francisca Toral

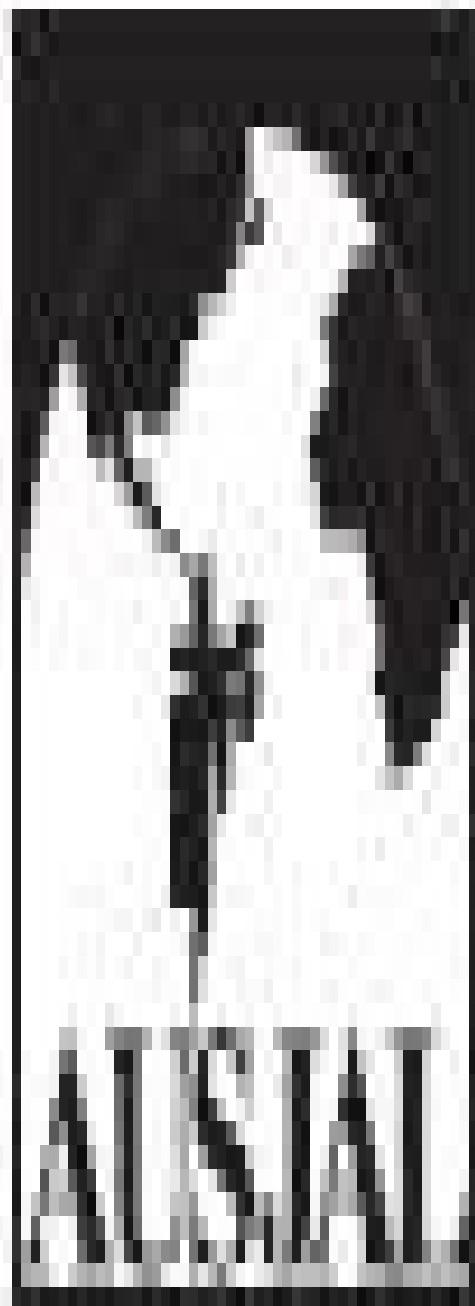
Corrección de estilo

Ignacio Rodríguez

Imagen de la portada

© Álvaro Hoppe Guíñez

“Calle Alameda, Santiago de Chile, 1983”



Universidad de la
RODE
Editoriales
UNIVERSITARIAS

DE AUSIAL



Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

EL MAPU DURANTE LA DICTADURA
SABERES Y PRÁCTICAS POLÍTICAS PARA UNA MICROHISTORIA DE LA
RENOVACIÓN SOCIALISTA EN CHILE
1973-1989

Cristina Moyano Barahona



A Pablo y Javiera, por el amor y la alegría de cada día.

ÍNDICE

[INTRODUCCIÓN](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[CONSIDERACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS](#)

[CAPÍTULO I](#)

[SOBRE MICROHISTORIA, PARTIDOS POLÍTICOS Y RENOVACIÓN SOCIALISTA. EL ESTADO DE UN DEBATE LLENO DE LÍMITES Y ALGUNAS CLAVES PARA COMPRENDER NUESTRO PROCESO DE TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA.](#)

[Introducción](#)

[Elementos teóricos para una reconstrucción de la renovación socialista](#)

[*El partido político como comunidad de sujetos, desde una perspectiva microhistórica*](#)

El partido como “comunidad”: cultura e identidad política

Renovación: luchas por la nominación y representación de lo social

La historia del tiempo presente y sus especificidades

El concepto de memoria

Funciones sociales de la memoria: política, poder, hegemonía y recuerdos

Los trabajos de la memoria: representaciones y recuerdos en las luchas sociales

La memoria colectiva: la perspectiva sociológica e historiográfica para acercarse al pasado reciente

Las consideraciones de los actores: los testigos, los relatos... la subjetividad

Nuestras fuentes para el estudio de la renovación socialista

Algunos elementos generales que podemos extraer de las fuentes

Un intento de redefinición de la renovación socialista

SEGUNDA PARTE

HISTORIZACIÓN DE LOS SABERES POLÍTICOS: EL REGISTRO INTELECTUAL DE LA RENOVACIÓN SOCIALISTA

CAPÍTULO II

LA VUELTA A LOS SUJETOS Y SUS IDEAS. LAS REPRESENTACIONES DE LA RENOVACIÓN SOCIALISTA ENTRE 1977 Y 1983.

Representaciones de la renovación socialista entre 1978 y 1984

Primer nudo discursivo: la crisis de 1973. La búsqueda de la explicación del quiebre democrático bajo la autocritica radical

Segundo nudo discursivo: la crisis de la “teoría representacional” de la realidad. El ajuste de cuentas con el marxismo y el impacto político

Tercer nudo discursivo: ¿qué le queda al partido? ¡Renovación o muerte! La crítica a las prácticas políticas

Cuarto nudo discursivo: los movimientos sociales: entre la dependencia y la autonomía

Quinto nudo discursivo: un nuevo espacio, un nuevo tiempo, una nueva realidad: los cambios en la sociedad chilena bajo la dictadura

CAPÍTULO III

REPRESENTANDO LOS CAMBIOS: EL PASO DEL ANÁLISIS COMPRENSIVO A LA POSTURA NORMATIVA 1983-1989

Primer nudo discursivo: un énfasis que se debilita: 1973 y la crisis política

Segundo nudo discursivo: diseñando un sano ‘apartheid’ entre lo social y lo político

Tercer nudo discursivo: violencia, marginalidad y exclusión: una problemática que emerge con las jornadas de protesta

Cuarto nudo discursivo: las transformaciones estructurales: la herencia de la dictadura en el largo plazo

Quinto nudo discursivo: la renovación se objetiviza a si misma. Símbolos y definición identitaria.

CAPÍTULO IV

**EL TRIUNFO POLÍTICO DE LA OPCIÓN NO. ESTRATEGIAS,
EVALUACIONES Y PROBLEMAS EN EL INICIO DE LA TRANSICIÓN
CHILENA (1987-1990)**

Primer nudo discursivo: “cambia todo cambia” y, en ese contexto, ¿qué le queda a la política?

Segundo nudo discursivo: el diseño de la estrategia comunicacional que posibilitó el triunfo del NO

Tercer nudo discursivo: separando aguas: ni tan triunfalista ni tan pesimista.
Los problemas y desafíos en perspectiva de futuro

TERCERA PARTE

HISTORIZACIÓN DE LA PRAXIS POLÍTICA: EL PARTIDO Y LOS DEBATES DE LA RENOVACIÓN

CAPÍTULO V

DISCURSIVIDAD RENOVARADA Y PRÁCTICAS EN TRANSICIÓN 1973-

1980: LOS CAMINOS DEL MAPU

Los discursos intelectuales y su influjo en la actividad partidaria

Memorias para sobrevivir

De rupturistas revolucionarios a rupturistas renovados: el MAPU

Primer período 1974-1977: la renovación, necesidad de sobrevivencia

Segundo período 1977-1979/80: de la necesidad de renovación a la práctica renovada

El exilio en renovación

Ariccia y el II Pleno 1979-1980

CAPÍTULO VI

DISCURSIVIDAD RENOVADA Y PRÁCTICAS EN TRANSICIÓN: LOS CAMINOS DEL MAPU OBRERO CAMPESINO HACIA LA PRIMERA AUTOINMOLACIÓN

De la autocrítica a la política de alianzas

La dictadura y su carácter: la discusión política y la acción en los frentes sociales

El financiamiento, los compromisos y la influencia exterior

CAPÍTULO VII

DE LA RENOVACIÓN A LA AUTOINMOLACIÓN. EL MAPU, EL MAPU-OC Y LA PROPUESTA DE UNA NUEVA IDENTIDAD POLÍTICA (1980-1989)

De la Convergencia al Bloque Socialista

El Bloque Socialista: una apuesta político-identitaria de destino incierto

El imaginario renovado y la lucha de resistencia: de la desobediencia civil a la participación electoral

CAPÍTULO VIII

LA RETÓRICA DE LA RENOVACIÓN HASTA SU PAROXISMO: DEL MAPU RENOVADO AL LAUTARO

El V Pleno Nacional del MAPU, agosto de 1983

Del V Pleno a la construcción de una nueva identidad política, 1983-1988

La consolidación de una identidad política, 1986-1990

CUARTA PARTE

PRENSA Y MEMORIA EN LOS SUSTRADOS INICIALES DEL MITO TRANSICIONAL

CAPÍTULO IX

RETRATO AUSENTE, RETRATO PRESENTE. LOS REGISTROS PERIODÍSTICOS Y LA MIRADA DE LOS OTROS

Los periódicos y la crónica política: un retrato ausente 1987-1988: la centralidad de los partidos políticos

El 88: el año del NO a Pinochet

El 89 y el fin de un largo camino de retorno al poder político

El mito MAPU

Las editoriales, las columnas de opinión y los intelectuales del MAPU

CONCLUSIONES PARA SER REPENSADAS

**IMAGINARIOS, REAPROPIACIONES Y TRABAJOS DE LA MEMORIA.
LECTURAS PRESENTES DE UN PASADO PARA COMPRENDER EL
MITO.**

Un partido grande, pero de materialidad pequeña

Unos sujetos

Imaginarios transicionales

Anexo biográfico de los fundadores

Notas

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

El comienzo de esta investigación histórica fue una interrogante que nació desde el presente. Y me refiero con ello, no solo al momento temporal en el que me surgió el cuestionamiento, sino que, al mismo tiempo, a la validez de una problemática vigente. La constitución de un imaginario político discursivo, que cada cierto tiempo se abría espacio en el debate público y que versaba sobre las ‘andanzas y desventuras’ de una colectividad fantasma, que seguía existiendo pese a su autoinmolación legal realizada a fines de 1989. Ese fantasma, secta de poder, era considerado como vigente, actuante, influyente varios años después de su desaparición formal. Este era el MAPU.

El MAPU, pequeño partido fundado en 1969 (fecha de la memoria, pero no del registro electoral) vivía en el imaginario político de nuestra transición¹. Cada cierto tiempo la prensa nos mostraba un partido que parecía aún existente y sobre el cual se tejían los más diversos relatos, que iban desde la ‘secta de poder’ hasta el de los ‘artífices de la transición’. Un ex militante, Eugenio Tironi, tuvo como brillante idea consignar el 11 de septiembre de 2005 como fecha de la muerte del MAPU. Su anuncio despertó chispas y fue duramente criticado por otros ex militantes que se negaban a aceptar su defunción. Lo interesante de ello es que el MAPU había desaparecido hacia casi 16 años. ¿Cómo comprender, entonces, el sustrato de este debate político?

El relato cristiano podría entender este fenómeno como una resurrección; sin embargo, lo que nos motivó a emprender esta investigación fue develar los caminos, más racionales, menos divinos e inexpugnables a la comprensión humana, de su existencia, tratando de no invocar a los seres muertos y contribuir desde la historiografía a desentrañar las particularidades de un colectivo, de una comunidad, de una generación que fue clave en los caminos de nuestra transición a la democracia.

Si el MAPU murió en 1973, en 1989 o en el 2005, no nos importa tanto como comprender la formación de este “mito” tan particular de nuestra historia política reciente. Redes sociales, sujetos, discursos e identidades, fueron elementos que investigué en el marco de mi formación de posgrado. Mi tesis de maestría,

convertida más tarde en libro, indagó en la cultura política de esta colectividad, tratando de perseguir sus particularidades con el fin de comprender su existencia informal, pero real, en el presente vivido.

Debo decir que esa investigación, que tuvo como marco histórico el período fundacional de la colectividad (1969-1973), me permitió conocer su particular cultura política, formada en unos años marcados por las transformaciones sociales, políticas y culturales más importantes de nuestro siglo XX². Sin embargo, algo faltaba para comprender la formación de ese mito, algunos elementos se me escapaban de las manos y no podía comprender la complejidad de su propia existencia. Dejar congelado al MAPU en el momento fundacional me sirvió para comprender una identidad política, pero no me permitía comprender el mito transicional.

Por ello, siguiendo con esta interrogante, a esta altura casi existencial, me concentré en el período dictatorial. Le seguí minuciosamente la pista a unos sujetos, sus discursos, sus prácticas, sus relatos y memorias y comprendí que había una infinidad de respuestas posibles si me sumergía en las torrentosas aguas de la renovación socialista.

Este proceso de transformaciones radicales que vivió un sector de la izquierda chilena, que posibilitó la vinculación entre democracia y socialismo, y que permitió simultáneamente una exitosa alianza con la Democracia Cristiana, que se cristalizó con la Concertación de Partidos por la Democracia, era fundamental para comprender al MAPU mitificado.

Para esto era necesario trabajar la renovación socialista desde una perspectiva microhistórica, porque los relatos estructurales no lograban dar cuenta de las particularidades del proceso en esta colectividad, sobre todo porque las reflexiones generalizantes estaban construidas con análisis que eran atingentes para el Partido Socialista, pero no para el MAPU.

Desde esa premisa teórica y metodológica, se podía descubrir por qué este proceso de transformaciones en los discursos y en las prácticas políticas de la izquierda mapucista, configuraban un ideario que permitía comprender el mito del partido, pero también algunos caminos de la transición pactada a la democracia. Me interesaba también dar cuenta de que las teorías conspirativas y de la autotraición, tenían discursos configurativos desde la propia historia de sus sujetos, que las hacían bastante más complejas y atractivas que la mera intención

maquiavélica adjudicada a quienes las encarnaban o simbolizaban.

La microhistoria, además, permitía mirar desde el sujeto. Sin intención de darle voz al mismo, esta perspectiva supone cambiar el lente focal y tratar de descubrir los escenarios vividos y resignificados a la luz de estos. Con esta metodología, el historiador puede suspender la incredulidad para dejarse seducir por sujetos, discursos relatados y constituidos en un pasado no compartido más que por la fuerza de la narración.

Esta perspectiva posmoderna sostiene como sustrato epistemológico la consideración de que los contextos sociales no existen fuera de los sujetos que los conforman. Nutridos de una recuperación de los viejos discursos idealistas ilustrados, la microhistoria posmoderna conlleva a la conclusión de que las narraciones configuran los espacios sociales donde los sujetos se entienden, se resignifican, valoran y actúan. Con ello, se desdibuja la clásica propuesta empírica y materialista que supone la existencia de un contexto fuera del sujeto que lo vivencia.

De esta forma, el relato histórico que presenta esta investigación toma al sujeto como productor de su propio contexto, constructor de una realidad que no existe fuera de la narración y del discurso que el mismo genera, como condición material que solo cobra sentido y se visibiliza en la comunicación social.

Sin embargo y pese a la potencialidad analítica que nos abre el campo de la microhistoria, existen al menos dos riesgos interpretativos que es necesario considerar. Por una parte, el relato microhistórico tiende a ser autorreferido, es decir, tiende a la autoexplicación sobre sí misma. Esta problemática implica que al cambiar el lente focal puedan distorsionarse las miradas y en más de una ocasión, magnificar o disminuir procesos históricos considerados como fundamentales en el relato estructural.

Esta limitación o problema conlleva, además, a la segunda consideración interpretativa. El lente cambia los aumentos, por lo que los sujetos pueden resultar magnificados en el relato historiográfico, concluyendo centralidades que quizás desde otra perspectiva no tendrían.

A pesar de esos límites, asumí este riesgo que epistemológicamente no solo es válido, sino que también necesario. Desde el relato estructural, el MAPU se desvanecía, se diluía en una colectividad de poca extensión y amplitud histórica.

Desde el relato estructural el MAPU no tenía importancia. De allí que para lograr comprender este mito y sus distintas imágenes, debía introducirme en las riesgosas aguas de la microhistoria.

Estos elementos iniciales fueron configurando otras definiciones teóricas que implicaban discurrir sobre cómo comprender al MAPU. ¿Era este un partido político? ¿Es un partido una estructura histórica? ¿Puede entenderse al partido desde una perspectiva estructuralista? Estas preguntas derivaron en la convicción de que si esta colectividad se abordaba desde la perspectiva de las estructuras partidarias, no lograríamos comprender sus particularidades y su permanencia en el discurso político contemporáneo.

El MAPU como partido político no fue nunca un actor relevante. Su base política era indeterminada y probablemente de bastante menor importancia de la que se le asignó desde sus años fundacionales. Como partido político clásico, tenía un peso histórico mínimo. Por ello, recurrimos a conceptualizar al MAPU como sujeto político, como una comunidad de actores, cuyas personalidades particulares le dieron a la colectividad su propio sello. Así, separado de los nombres que lo han constituido como referente político, el MAPU no podía comprenderse. Luego, más que frente a un partido, estábamos en presencia de una forma particular de sujeto histórico-político, por lo que las individualidades, las redes, las experiencias sociales compartidas, nutrieron una identidad, pero jamás una coherencia político-ideológica lo suficientemente potente para que trascendiera en una estructura partidaria.

Detrás del MAPU había una narración histórica, una configuración de discursos que se hizo importante en determinados momentos históricos de nuestra historia política. Detrás de esa narración había imaginarios sociales, memorias emblemáticas que posibilitaron estrategias y alianzas políticas que se consolidaron en la segunda mitad de la década de los 80. Pero esos discursos tenían portavoces, estaban encarnados en sujetos, identificables sobre todo para los otros actores políticos de la época, que coherentemente configuraban una generación política. He allí su propia complejidad.

Esta segunda consideración nos llevó a introducirnos en las aguas de la memoria. Intuíamos que por ese camino se podía navegar en los intersticios de una comunidad de sujetos que se había vuelto trascendental para la propia élite política. El análisis de las resignificaciones de determinados momentos históricos de la propia experiencia del MAPU se hizo fundamental.

La memoria, sin embargo, no fue utilizada como fuente reconstructiva. Más que interesarnos en el pasado vivido, nos interesaban las formas en que los sujetos articulaban su recuerdo, teniendo en consideración lo complejo y difícil que es trabajar con este tipo de recursos que no responden, bajo ningún criterio, a la confiabilidad documental positivista.

Junto con lo anterior, esta investigación trabajó con un relato que presentaba una particularidad referida a los sujetos que lo producían. Los militantes del MAPU eran conscientes del mito, lo habían intelectualizado, lo habían pensado, de manera que el diálogo con ellos era en función de la interpretación, de una conversación en la que se construía y deconstruía un pasado, pensado tantas veces como al propio sujeto. Aquí no se trabajaba con el propósito de darle voz a unos sujetos, sino que el problema residía en que estos sujetos tenían y tienen voces, a veces bastante escuchadas, con volumen alto y con buena amplificación. Esa racionalización extrema del pasado fue un elemento que jugó en contra, pero también a favor. Le daba un carácter distinto a este desafío y ponía en jaque, a su vez, la propia intencionalidad que tiene uno como investigador, con pequeña voz, bajo volumen y regular amplificación, de ser agente constructor de conocimiento.

De esta forma, trabajar con la memoria como relato presentista era central en una investigación de historia del tiempo presente. El presente compartido por la narración, por la configuración de un problema contemporáneo, se vuelve el punto de inicio y de término de investigación. El recurso al pasado es fundamental no para comprender a este, sino que para comprender el presente. De allí que la historia del tiempo presente tenga como virtud el intentar comprender sucesos contemporáneos, sucesos que están ocurriendo en el hoy, haciéndose cargo de una vieja premisa de la Escuela de los Annales, en la que Marc Bloch planteaba la necesidad de que los historiadores se hicieran cargo de los problemas del presente, sin rehuir el debate, siendo partícipes de los procesos de lucha por la comprensión y la nominación del ahora.

La desventaja, sin embargo, es que la historia del tiempo presente es siempre inacabada. Sus conclusiones son menos concluyentes, menos permanentes y más sujetas a la revisión y a la reinterpretación constante. Ahora bien, cabe preguntarse: ¿es esta acaso una particularidad de esta rama de la historiografía? Personalmente creo que no, pero en la historia del tiempo presente aquello es una conciencia constante, pues todos pueden opinar y sugerir reinterpretaciones, todos pueden validar o invalidar la investigación. Para entrar a este debate no se

requiere ser erudito: basta con habitar en el mismo mundo.

De esta forma, esta investigación académica tuvo que desarrollar sus propias estrategias de triangulación múltiple, como una forma de cubrirse ante una falta de validez o de confiabilidad del estudio. Por un lado, se ha trabajado con la triangulación de datos, porque hemos combinado entrevistas en profundidad con análisis de registros periodísticos, intelectuales y partidarios. Por otro lado, hemos intentado realizar una triangulación de análisis de personas, ya que hemos hecho confluir relatos que vienen tanto desde los sujetos como desde la colectividad y la prensa escrita. Por último, hemos realizado una triangulación metodológica entre métodos, combinando el análisis de memoria con el análisis de discurso, desde una perspectiva microhistórica.

Así, respecto del trabajo con documentos provenientes del partido, se tuvo que considerar una problemática adicional: dado que el MAPU ya no existe como partido, no fue posible contar con documentos que la colectividad hubiera resguardado para la historia futura. Sin bien el fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle de FLACSO posibilitó la consulta de más de 300 documentos, estos en algunos casos estaban mal catalogados, con fechas erróneas o interpretaciones sobre el contexto de producción que eran poco consistentes con el contenido mismo de los textos. Esto hizo que la ayuda de los relatos de ex militantes, que gentilmente colaboraron para poner en orden esta documentación producida en clandestinidad, fuera fundamental para obtener de esos documentos la riqueza que nos brindaban.

Por otra parte, también asumimos la opción teórica y metodológica de usar documentos escritos por mapu y ojalá producidos en el marco de la propia colectividad. De allí que revistas como Chile América, que si bien fue central para algunos mapu en el exilio, no haya sido el referente modular de esta investigación. Esto fue producto de una alternativa epistemológica que tenía como principal soporte la propuesta microhistórica.

Así, esta investigación se encuentra dividida en cuatro apartados complementarios. La primera parte corresponde a la definición epistemológica y metodológica con la cual se realizó esta investigación, asumiendo como soporte clave los límites de la producción existente sobre el proceso de renovación socialista.

La segunda parte aborda la producción política discursiva que emerge desde la

intelectualidad mapucista. Los nombres de Eugenio Tironi, Tomás Moulian, Manuel Antonio Garretón, José Joaquín Brunner, Javier Martínez y Norbert Lechner, eran comunes a la hora de identificar a los pensadores de la renovación. No debía ser casual que la mayoría de quienes eran consignados como los intelectuales clave de este proceso en la izquierda, militaron en su mayoría en esta pequeña colectividad política. Los capítulos II, III y IV de esta investigación analizan la producción discursiva que estos autores realizaron a través de los espacios que los acogieron durante el período que va desde el año 1973 hasta el año 1989. FLACSO y SUR, organismos no gubernamentales que se constituyeron en importantes centros de reflexión política, fueron esos espacios de acogida en un período político donde la única oposición tolerada públicamente era, precisamente, la que se realizaba en estos centros de pensamiento.

Los capítulos VI, VII, VIII y IX, que articulan la tercera parte del texto, abordan la producción discursiva que se construye desde el espacio partidario. En estos apartados se va tratando de recrear narrativamente las preocupaciones, las acciones y las valoraciones de los actores políticos, más anónimos que los del registro anterior, por cuanto se construyen como orientaciones o líneas partidarias de acción política. En estos relatos fue posible ver las mutuas influencias con el relato intelectual, las tensiones, las apropiaciones y las normatividades que guiaron la acción de los mismos en el período que va desde el golpe militar hasta la disolución de la propia colectividad.

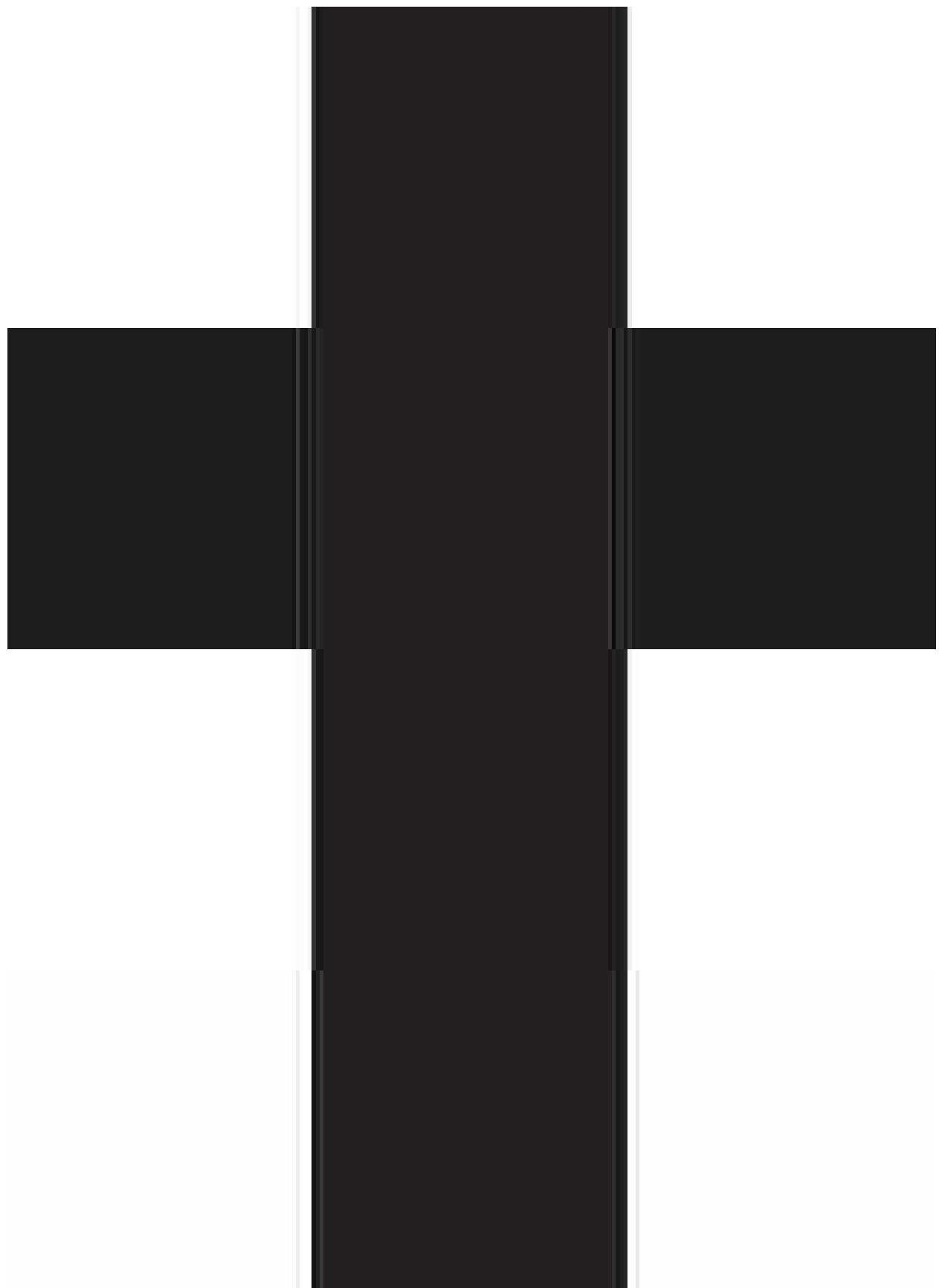
Finalmente, el último apartado de esta investigación está compuesto por el capítulo IX y un capítulo concluyente sin numeración, ex profeso. El capítulo IX trabaja la mirada de los otros sobre el MAPU, a través de los registros de prensa. Revisamos, para ello, los registros periodísticos de dos fuentes distintas, pero complementarias. Por un lado, trabajamos con los diarios *El Mercurio*, *La Tercera* y *La Época* para el período que se extiende entre 1986 y 1990, que nos dan cuenta de las coyunturas políticas cotidianas. La opción por este período tiene directa relación con el triunfo de las posturas que buscaban derrotar políticamente a la dictadura. Por otra parte, también trabajamos con los registros de las revistas políticas de la época –APSI, Análisis, Cauce y Qué Pasa–, donde se produce un discurso que, más que privilegiar la información, promovían discusiones políticas con un trasfondo mayor, por cuanto estaban destinadas mayoritariamente a quienes participaban de la actividad política.

El capítulo concluyente y último de esta investigación contiene el análisis de los

relatos de la memoria de 30 ex militantes de la colectividad, no para recrear el pasado vivido, sino que para analizar cómo se fue construyendo un imaginario discursivo sobre el propio MAPU, que ayudó a configurar el mito de su propia existencia. Este capítulo, por tanto, se centra en analizar cómo fueron resignificados a la luz del presente tres hitos históricos: el periodo fundacional, el golpe de Estado y el período que conlleva a la transición.

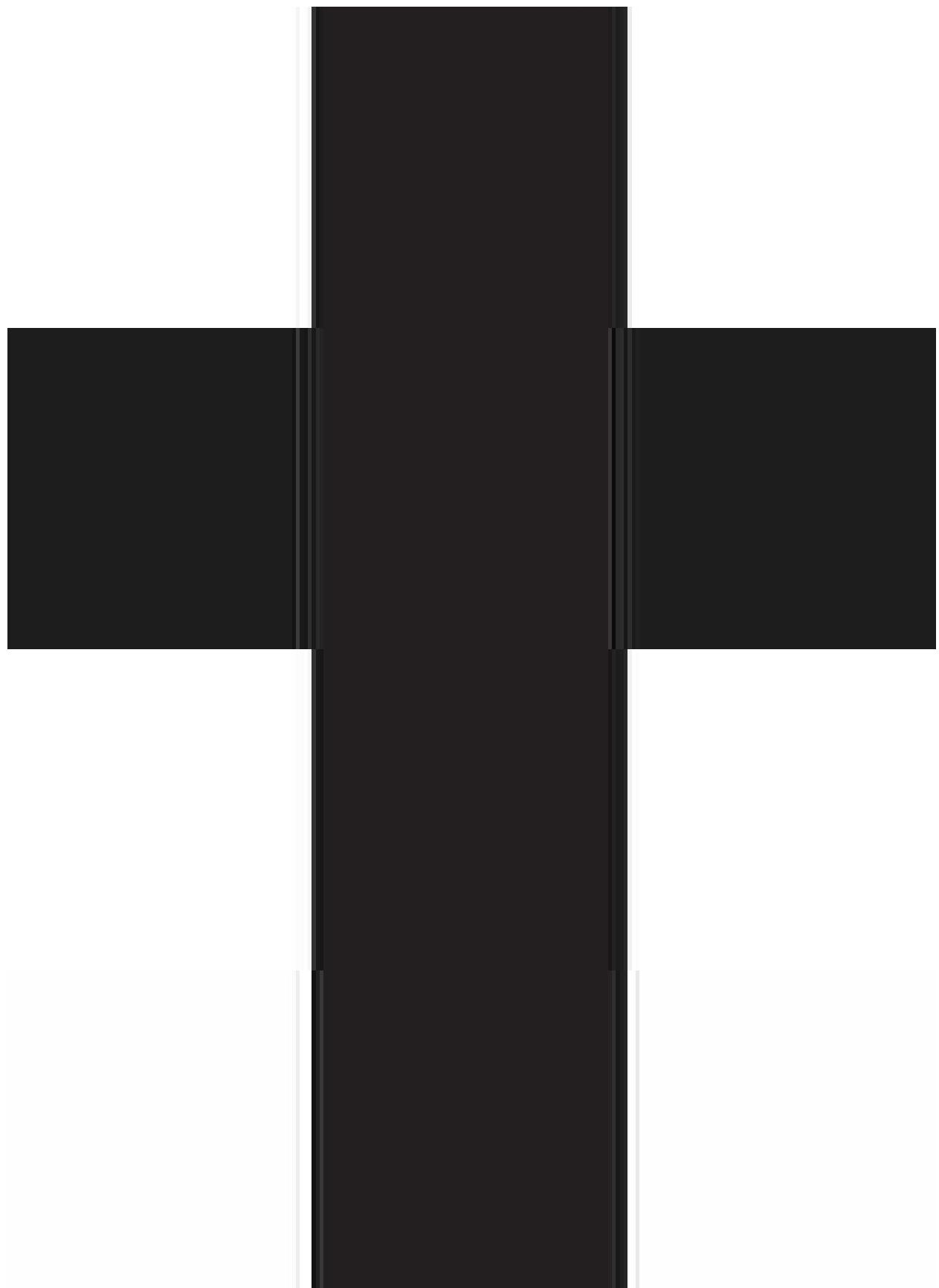
La parte final de este capítulo contiene, además, las conclusiones generales que permiten comprender al MAPU como una generación política, como un sujeto colectivo que se constituyó en uno de los mitos más interesantes de nuestra historia política reciente. Por otra parte, cabe destacar que cada capítulo contiene conclusiones específicas respecto de los nudos temáticos en ellos trabajados.

PRIMERA PARTE



CONSIDERACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS

CAPÍTULO I



SOBRE MICROHISTORIA, PARTIDOS POLÍTICOS Y RENOVACIÓN
SOCIALISTA. EL ESTADO DE UN DEBATE LLENO DE LÍMITES Y
ALGUNAS CLAVES PARA COMPRENDER NUESTRO PROCESO DE
TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

Introducción

Dado el permanente cuestionamiento posmoderno a las grandes construcciones filosóficas que anteriormente servían de referente teórico de las investigaciones, muchos científicos sociales consideran que se hace innecesario especificar qué elementos conceptuales y filosóficos están detrás de cada investigación historiográfica, lo que ha generado un empobrecimiento teórico y metodológico de las mismas. Sin embargo, sigue siendo pertinente dar cuenta de esos marcos teóricos, conceptuales y metodológicos básicos sobre los cuales se articula la investigación, para referenciar no solo al lector, sino también para hacerla más coherente y útil.

Conjugando esta postura con la perspectiva descrita del posmodernismo filosófico, no se pretende elaborar aquí una teoría uniforme y omniexplicativa de la realidad social pasada o presente, sino que simplemente dar luces de cómo se entiende, cómo se observa, cómo se pregunta y cómo se resuelven las interrogantes múltiples, los sujetos de estudios y los problemas centrales que articulan esta investigación. Y esto porque consideramos que la complementariedad teórica interdisciplinaria resulta fundamental para la realización de la actividad académica, ya que permite establecer nuevos focos de atención, detectar nuevos problemas e incorporar diferentes elementos de análisis en el siempre inconcluso proceso de comprensión de lo social.

Es en esa problemática donde la historiografía juega un rol fundamental y específico. Esto porque como historiadora chilena y latinoamericana sigo pensando que nuestro presente puede comprenderse desde el análisis del pasado, sea este más o menos cercano a nuestra existencia como sujeto social. En otras palabras, la historia para mí todavía conecta las tres temporalidades que la constituyeron en disciplina durante la modernidad: pasado, presente y futuro.

Por ello, me he dedicado a indagar en un proceso que considero fundamental para comprender de alguna forma la mencionada transición; dicho proceso es lo que se ha denominado renovación socialista.

La renovación socialista ha sido definida como el proceso de transformación

ideológica de la izquierda nacional después del abrupto fin que el golpe militar del año 1973 le propinó a la Unidad Popular y las nuevas experiencias que, tanto dentro como fuera del país, vivenciaron los militantes no comunistas de ese conglomerado.

En el marco de ese proceso teórico y político, la autocrítica de la derrotada experiencia de la vía chilena al socialismo fue tan profunda, que los caminos que la renovación socialista abrió con los debates que la constituyeron fueron bastante inesperados. Así, se articularon diversos itinerarios posibles: desde los que enfatizaban en la idea del fin del partido político como espacio para disputar el poder, o aquellos que ponderaban la idea de que el socialismo debía ser democrático y que dicha democracia se ejercía y construía desde el Estado, hasta los que apelaron a la revaloración de la lucha armada para derrotar a la dictadura. Todos estos derroteros fueron generando variadas prácticas políticas, en todas las cuales el discurso se volvía fundamental en la legitimación de las mismas, sobre todo dado el marcado carácter intelectualizado que tenía la política de oposición en esos años, en este grupo político que hemos mencionado anteriormente.

Dicha ‘renovación’, que partió de una crítica a los supuestos ideológicos que fundamentaban el ideal socialista, llevó inevitablemente a redefinir lo que se entendía por socialismo y la lucha por la conquista del poder del Estado, y también a una redefinición de lo que se entendía por democracia y los sujetos que la ejercían. Esta crítica, según Garretón, Moulian, Devés y Corvalán, se vio favorecida por un proceso más global que se estaba viviendo en el plano político mundial: la crítica a los socialismos reales y la renovación de la izquierda europea, a la luz de la crisis del modelo soviético y la experiencia chilena, así como de una nueva mirada a los logros que los grupos obreros habían obtenido, en lo que Hobsbawm ha denominado ‘los años dorados del capitalismo’.

De esta forma, la mayoría de los sociólogos e historiadores que se han dedicado a estudiar el proceso de renovación socialista han exaltado el carácter importado de este mismo, destacando que dichas ideas fueron traídas a Chile desde el exilio “dorado” de muchos de los líderes de la izquierda nacional.

La consecuencia de esta importación ideológica fue la configuración de una nueva praxis política, donde se produjo un alejamiento entre el diagnóstico teórico analítico y la recepción que de dicho diagnóstico hicieron las bases políticas en la cotidianidad. En otras palabras, la renovación se percibió más

como un abandono identitario de la matriz de la izquierda socialista clásica nacional, que como un replanteamiento profundo que permitiera la superación de los errores que posibilitaron el golpe de Estado; más una discusión teórica que se enmarcaba mejor en Europa que en Chile y que respondía más a una presión cultural del exilio y del financiamiento de las colectividades políticas de oposición, que a una real renovación del pensamiento socialista.

La interpretación anterior tiende a resaltar que la renovación fue un proceso cupular intelectual que no logró traspasar a las bases políticas un nuevo marco referencial teórico que abriera nuevos cursos de hegemonía en la acción política contingente. Es por eso que la renovación fracasó y fue solo un referente teórico intelectual, ya que no fue capaz de generar nuevas prácticas enraizadas en los nuevos discursos. En definitiva, su proyecto quedó truncado por las posibilidades en las cuales se gestó la transición a la democracia y de allí emerge potentemente la idea de ‘transacción, pacto y traición’ que rodea la valoración política del proceso más general.

Para matizar estos análisis resulta útil la mirada microhistórica, es decir, tomar un partido en particular y analizar el desarrollo histórico de este proceso de cambio ideológico y práctico. Este ejercicio metodológico y teórico nos permitirá vislumbrar que los análisis más clásicos no siempre concuerdan con las referencias más ‘singulares’ y por ende, pierden la validez argumentativa y generalizable que aspiran a tener.

El análisis microhistórico nos ayudará, además, a revisar las particularidades del proceso de renovación y, por lo mismo, nos permitirá adentrarnos en aquellas especificidades que entregarán nuevas luces sobre el proceso de transición a la democracia. Todo esto, por cuanto entendemos que la renovación socialista fue un cambio en el plano de las ideas y también en el de las prácticas: reconfiguró universos discursivos y también la manera de mirar el mundo; cambió los supuestos y estrategias políticas, realineando con ello los objetivos políticos en el corto, mediano y largo plazo, y cambió además la forma de entender y hacer la política, así como la forma en que se definió a los sujetos que la practicaban.

Sin embargo, no es un proceso teleológicamente dirigido, sino que un proceso que surge en condiciones y ambientes políticos diversos: el ambiente interno y el exilio; un proceso que, por lo tanto, se reconfigura en cada realidad, en el marco de la cultura propia de cada partido político y conduce a multiplicidad de caminos distintos, cuya evaluación política no le compete al historiador sino que

al ciudadano.

Cada uno de esos cambios se vivió de manera particular en las distintas colectividades políticas ‘enmarcadas en el área socialista’. Para el caso chileno, nos referimos al Partido Socialista, al MAPU y MAPU-OC y a la Izquierda Cristiana, partidos que vivieron la renovación de manera diferenciada dentro de su propia cultura política. De allí, por lo tanto, que parece no existir una sola renovación socialista, sino que varias renovaciones que reconfiguran los universos discursivos y las prácticas políticas, contraponiendo objetivos e intereses; diversidad desde la cual es posible intentar comprender por qué la transición chilena fue pactada, pensada, traicionada y limitada.

En este contexto problemático, las producciones en el campo ideológico, así como sus transformaciones en el campo de las prácticas, deben ser historiadas en su espacio y en su tiempo. Tal como lo plantea Nancy Leys-Stepan, en su estudio sobre la eugenesia:

[...] as, I remarked in the Introduction, ideas do not keep fixed identities as they travel through space and time; nor do they occupy previously empty social or intellectual spaces. They are rather complex parts of social life, generated within that social life, reflective of it, and capable of affecting it... Ideas, even scientific ones, are always selectively reconfigured across cultural frontiers and the result is a science subtly shaped by local traditions-cultural, political and scientific³.

La propuesta de Nancy Leys-Stepan es interesante, por cuanto insistir en que la renovación socialista fue un proceso ‘importado’ nos hace reducir la posibilidad de comprender el cómo, el cuándo y el por qué esas ideas, que fluyeron fuera de Chile, tuvieron eco y se resignificaron, así como también se produjeron en el campo de la propia realidad nacional.

Si a esto le sumamos la especificidad de los cuadros militantes, las formas de hacer y entender la política de los diversos partidos antes nombrados, la renovación se nos vuelve un proceso más complejo y, por lo mismo, más interesante para indagar en la comprensión de nuestro proceso de transición a la democracia.

De esta forma, llegar a comprender los caminos que tomó nuestra transición a la democracia ha sido un aliciente en mis trabajos de investigación en el programa de doctorado. Sin embargo, la escasa distancia temporal que está asociada a esta problemática, que comienza en el año 1989 y no tiene fecha consensuada de término, constituye un problema adicional que he debido considerar. De allí la importancia de resaltar lo que entendemos por historia del tiempo presente.

Paralelamente, algunos elementos teóricos del posmodernismo, como los supuestos sobre el poder de Michel Foucault, la idea de comunidad de Clifford Geertz, el concepto de género y la redefinición de nuevos roles sociales asociados a esta nueva categoría analítica, así como los elementos metodológicos que nos entrega la microhistoria, permiten replantearse una nueva manera de abordar los partidos políticos como sujetos históricos.

El siguiente capítulo está compuesto por tres apartados. En el primero de ellos se abordan los elementos teóricos del posmodernismo que pueden ser válidos para revisar la historia de los partidos en nuestro país, reconfigurando un nuevo concepto de partido político. En el segundo apartado se realiza un análisis de la historia del tiempo presente y sus especificidades tanto teóricas como metodológicas. En el tercer apartado se sugiere un marco metodológico de relectura de las fuentes disponibles para reconstruir el proceso de renovación socialista y, con ello, una mirada, por extensión, distinta a nuestro proceso de transición a la democracia.

Elementos teóricos para una reconstrucción de la renovación socialista

El partido político como comunidad de sujetos,

desde una perspectiva microhistórica

El concepto de microhistoria no es un concepto nuevo en nuestra disciplina, ya que puede asociarse a estudios monográficos donde el espacio y el tiempo se encuentran limitados por las premisas de la investigación. Sin embargo, la microhistoria, en tanto corriente de análisis histórico más asociada a la posmodernidad, es privativa de las décadas de 1980 y 1990.

El término microhistoria sirvió para agrupar bajo su alero a un sinnúmero de críticas a la historiografía tradicional, en el marco de la crisis de los paradigmas de los años 60 y 70. Dichas críticas argumentaban una necesidad de revisar las formas, los objetos y los métodos utilizados por esta disciplina para acercarse al pasado en estudio. Estaban asociadas a un cuestionamiento a la escala de aproximación histórica y a las tendencias generalistas, que no lograban hacer comprensible el pasado reconstruido. No había rastros de la humanidad, de carne y hueso, según los críticos, en los magníficos relatos estructurales mediante los cuales se aspiraba reconstruir el pasado humano. Nadie ni nada se hacía reconocible en los grandes relatos; por lo tanto, la reconstrucción histórica se volvía ajena e inútil para acompañar cualquier transformación social a la que pretendiera servir de instrumento.

Si quienes eran actores no estaban en ningún relato, y si cuando estos aparecían lo hacían en calidad de sujetos suprahumanos, especies de mitos heroicos con los que nadie se identificaba, los historiadores críticos comenzaron a direccionar sus puntos de desacuerdo hacia el enfoque, la posibilidad de generalizar y la validez de estas metarreconstrucciones sin humanidad.

La mayoría de quienes estaban en esta línea crítica provenían, según Magnusson, del marxismo⁴, dada la preocupación de los científicos sociales que seguían este enfoque filosófico, de dirigir sus intereses investigativos hacia ‘las condiciones materiales de existencia’ humana. Así, mientras los sujetos comenzaban a tener ‘rostro’, la clase social, en tanto categoría analítica, perdía validez, en conjunto con el surgimiento de nuevas preocupaciones que criticaban abiertamente varias concepciones importantes del marxismo, referidas al desarrollo histórico social y las premisas políticas sobre el comportamiento de las clases sociales.

La vertiente marxista mayoritaria de los microhistoriadores también se explica por la orfandad teórica en la que quedaron después del des prestigio de los metarrelatos históricos y su validez explicativa, generado en las discusiones que enmarcaron la crisis de los paradigmas de los años 60 y 70. Los críticos a este supuesto (explicativo y generalista), apelaron a que el comportamiento social y humano no responde a lógicas predecibles, ni preconfiguradas con anterioridad a su existencia, enfatizando que las realidades humanas eran más complejas y que por lo tanto, cualquier teoría universalista estaba condenada a no ser representativa de la diversidad que se constataba en la vida cotidiana. De allí entonces que las preocupaciones de la historia social hayan pasado desde las estructuras y la larga duración, a la preocupación por lo individual, lo pequeño y lo diverso.

Según Magnusson y Giovani Levi, los microhistoriadores se rehusaron a creer que el comportamiento de los seres humanos estuviera restringido a evoluciones predeterminadas de forma metafísica en la historia. Desde esa perspectiva, introdujeron la diversidad en los análisis, rompiendo las clásicas dicotomías reduccionistas que prefiguraban la actuación humana en marcos fijos. En este punto, la microhistoria se nutre de los aportes de Michel Foucault y Jacques Derrida a la teoría social, quienes al sistematizar el concepto de micropoder y resistencias cotidianas, así como la mediación analítica de los símbolos y sus múltiples representaciones sociales, ampliaron el universo de estudio social hacia los rincones de la cotidianidad menos revisados.

De allí que los microhistoriadores apelen a que el mundo no se encuentra dividido entre dominados y dominadores, sino que, sin negar el conflicto de poderes, plantean la posibilidad de que todos los sujetos ejerzan la dominación, siendo a la vez dominados, lo que permitió, además, problematizar la forma en que habían sido abordados los discursos en los análisis históricos, introduciendo la idea de que los “símbolos y signos públicos no son homogéneos, sino que deben ser definidos por referencia a la multiplicidad de representaciones sociales que generaron”⁵.

Un enfoque desde la perspectiva microhistórica permitirá analizar la renovación socialista en el marco de la acción humana y la producción discursiva que la acompaña, rompiendo la clásica aproximación histórica que parte del supuesto de que ‘ciertos procesos estructurales’ influyen en los sujetos y los condicionan. La perspectiva microhistórica permitirá, en definitiva, darle a los sujetos la palabra y la acción, constituirlos en actores y a través de su experiencia, errática

y a veces no racional⁶, reconstruir comprensivamente los procesos históricos más generales.

La microhistoria, al modificar el lente con el cual se observa el pasado, no pretende contraponer lo social o general a lo individual, sino que simplemente reanalizar y complejizar las lógicas de reconstrucción histórica imperantes, que suponen que lo general es lo más importante y condiciona y nutre la acción individual. Según Jacques Revel, el introducir un cambio en el lente focal no solo reduce o amplia el tamaño de los objetos observados, sino que también modifica su forma y composición, así como la representación que pueda hacerse de los mismos. De allí que el principio de variación tienda a no aceptar condiciones o contextos ‘predeterminados’ al sujeto y su acción.

Según Revel, “the individuals is not conceptualized as antithetical to the social: the hope was to achieve a new angle of vision by following thread of a particular destiny –that man or group of men– and with the multiplicity of spaces and times, the complex tangle of relations in which that destiny became involved ”⁷.

Esta forma de aproximación al pasado es denominada por Giovanni Levi⁸ como el “micro indicio”, es decir, una opción de enfoque que no debiera oponerse a la óptica más macro o global, sino complementarse, ya que la reducción en la escala de análisis cambia la perspectiva a través de la cual el historiador se acerca al objeto y cambia también a los mismos objetos. Con una reducción en la escala, se pueden observar las cosas de otra forma y constatar el surgimiento de elementos que desde otra óptica sería imposible captar. “El principio unificador de toda investigación microscópica es la creencia de que la observación microscópica revelará factores anteriormente no observados”⁹.

Otro elemento importante que caracteriza a la aproximación microhistórica se refiere a la importancia del contexto, que se transforma en un elemento sustancial de la investigación. El contexto no se refiere, según Jacques Revel, solo a la especificación del tiempo y el espacio donde se sitúan los actores o los sujetos, y que tiende a ser esquemático y determinante de las acciones, sino que constituye la trama de fondo donde las conductas de los individuos, su producción intelectual, en fin, su construcción cultural, adquiere sentido y significado.

De la historiografía tradicional Revel dice lo siguiente:

Rhetorically, the context is often evoked at the beginning of monograph, where it produces a “reality effect” around the object of research. Argumentatively, the context serves up the general conditions within which a particular reality has its place, and in practice this often means nothing more than a simple juxtaposition of two distinct levels of observation. Interpretively, the notion of context is used, less frequently, as a device for drawing out the general factors with which one can account for particular situations¹⁰.

Para los microhistoriadores, lo distinto en la redefinición del contexto consiste en...

...is refusal to accept that a unified, homogeneous context exists within which and in relation to which social actors make their choices This refusal can be understood in two complementary way: a reminder of the multiplicity of the social experience and representations, in part contradictory and in any case ambiguous, in terms of which human beings construct the world and their action (this is the main thrust of Levi's critique of Geertz); but also, in analysis, as an invitation to reverse the historian's usual approach which is to situate and interpret his text in relation to a global context. By contrast, what microhistorians propose is to reconstruct the multiple context necessary to identify each and make sense of observed behavior¹¹.

Dado lo anterior, la construcción cultural que los actores realizan en un momento y espacio determinados es un elemento central en los análisis microhistóricos y locales, por cuanto suponen que solo en su respectivo marco histórico (espacio y tiempo) es posible comprender el accionar humano (procesos de significación de las acciones realizadas). Cualquier suposición, afirman los microhistoriadores, de una cultura universal y atemporal, termina por esencializar al ser humano e inhibe su comprensión.

En los intentos por hacer comprensivo al pasado en su contexto singular e irrepetible, los microhistoriadores proponen, además, hacer explícita su

declaración de subjetividad, dado que toda reconstrucción del pasado (y cualquier intento de comprensión social) se encuentra mediado por la figura del historiador. Esta subjetividad confesada es, por lo tanto, una característica importante de la microhistoria, que mantiene además una preocupación importante por el texto narrativo que genera.

Esta preocupación por el discurso histórico también se encuentra en la historiografía francesa asociada a los postulados de Georges Duby, para quien toda la historiografía debe asumirse como un discurso creado por el historiador, generador de un sueño inexistente y convertido en historia por la relación temporal que el mismo historiador realiza en el ejercicio reconstructivo. Por ello, muchos historiadores que practican la microhistoria pueden definirse como ‘nominalistas restringidos’.

Sin embargo, pese a que los microhistoriadores supongan que las realidades pasadas son ‘reconstruidas’ y pese a dar gran importancia al sujeto y sus acciones en el contexto preciso en el cual adquiere sentido, no son partidarios del relativismo máximo ni creen que la historia sea una novela ficticia. Por ello, Revel enfatiza que los “microanalysis focuses on the behaviors that define and reshape social identities. This does not mean that microhistorians ignore the ‘objective’ properties of the population under study, rather, they treat those properties as differentiating resources whose importance and significance are to be judge in light of the social uses to which they are put”¹².

La microhistoria, por lo tanto, permite complejizar los análisis históricos, cambiar la óptica de mirada, problematizar de otra forma las aceptadas premisas generales y reconstruir el pasado desde una perspectiva diferente, en la cual aparecen problemas, actores y representaciones que antes ni siquiera pudieron ser considerados.

Sin embargo, pese a los elementos que hemos destacado anteriormente como configuradores de la microhistoria, en tanto tendencia teórico-metodológica en el análisis social, no es posible concluir que esta tendencia sea unívoca o se constituya en un nuevo paradigma filosófico. Dado que la microhistoria ha surgido de una crítica, realizada desde muchos lados y por muchas voces, su cuerpo argumentativo es igual de diverso, pudiéndose identificar al menos dos tipos de estudios los que adoptan la microhistoria.

Por un lado, tenemos aquellos estudios microhistóricos más cercanos a la

historia social, cuyo exponente máximo en la historiografía italiana es Giovanni Levi. Dicho enfoque microhistórico tiende a partir desde lo particular en el proceso de reconstrucción del pasado, para problematizar, concordar o diferir con elementos más generales de la teoría social. Podría decirse que es el enfoque más clásico en esta tendencia de análisis y el más predominante en los estudios latinoamericanos, donde la microhistoria ha tenido alguna influencia, siempre relacionados con interpretaciones ligadas al marxismo. Según Magnusson, estos historiadores nunca dejan de lado su referencia al ‘gran sistema’, y suponen que el problema no está en las premisas que lo articulan, sino en la manera en que se han acercado al mismo. Es por ello que mantienen la creencia en “the meaning of the structure of society and their stance on grand narratives as the true glue of historical development and therefore being the key to our understanding of sociological development in general”¹³.

El otro gran grupo de microhistoriadores es aquel más vinculado al desarrollo e influencia de la antropología interpretativa, cuyo impacto ha estado más restringido a la escuela historiográfica anglosajona y alemana. Influenciados básicamente por los aportes teóricos de Clifford Gertz, estos historiadores han tendido a preocuparse principalmente por los procesos de construcción de significados culturales y sociales en determinados contextos históricos, restringidos por la extensión y la temporalidad.

En los estudios microhistóricos de marcado énfasis cultural, lo más importante está asociado a los procesos mediante los cuales los sujetos construyen los significados de las acciones que realizan. De allí que dichos procesos deban interpretarse y volverse inteligibles, a la luz de sus particularidades temporales y espaciales, es decir, en sus localidades de ocurrencia.

Un enfoque microhistórico para abordar la renovación socialista debe lograr combinar tanto la matriz social como la cultural; esto porque, a nuestro juicio, no es posible separar dicho proceso de fenómenos estructurales que caracterizan la época en cuestión y que exceden la realidad nacional en su territorialidad, así como tampoco es posible dejar de entender la renovación como un proceso de cambio en las formas de hacer y entender la política. La mezcla entre lo social y lo político resultan adecuadas para complejizar el análisis, cuyo cambio de foco, además, nos permitirá adentrarnos en las particularidades de las colectividades y los distintos procesos de apropiación, revisión y resignificación de este cambio de matriz político-ideológica que articula el proceso de manera más general.

La propuesta microhistórica, sin embargo, nos sugiere la problemática adicional de redefinir al sujeto histórico que será el eje central del análisis y mediante el cual se reconstruirá el proceso de renovación socialista. El MAPU, partido político fundado en el año 1969, es la colectividad que hemos escogido para cambiar el enfoque y los lentes con los que se reconstruirá el pasado. Sin embargo, el partido político debe dejar de ser considerado como una estructura, donde ideología y sujetos se encuentran en un espacio institucional para la búsqueda del poder, para pasar a ser entendido como una ‘comunidad’ de sujetos.

El partido como ‘comunidad’: cultura e identidad política

La renovación socialista, en tanto proceso de reconstrucción histórica desde una óptica micro, puede permitir indagar en los partidos políticos y la producción de ideas en contextos determinados y donde, como enfatizaba anteriormente Nancy Leys-Stepan, estas ideas, provenientes desde el exterior, son reapropiadas y resignificadas en el marco de una determinada cultura política, adquiriendo en este nuevo escenario características, impactos, efectos y devenires que no podrían haber sido previstos.

Aquí nos resulta nuevamente fundamental el concepto operacional de cultura política, que tal como planteara Norbert Lechner:

[...] no abarca la acción propiamente tal, sino solamente las orientaciones para la acción. Permítaseme resaltar un tipo de instrucción práctica para la acción que me parece particularmente relevante: el “estilo de hacer política”. Por la estrecha relación que se establece entre una concepción política y la acción organizada, es el estilo un factor decisivo en el funcionamiento concreto de las instituciones políticas, y además, uno de los mecanismos más eficaces de socialización e innovación cultural¹⁴.

Así, el concepto de cultura política nos permite adentrarnos en la producción subjetiva de los individuos, marco interno en el cual las acciones se significan, siguiendo, según una lectura personal, aquellos lineamientos valóricos e ideológicos que fundamentan la acción¹⁵. De allí, por lo tanto, que analizar la renovación socialista bajo el prisma microhistórico, permita adentrarnos en esa producción subjetiva donde los individuos construyen su propia identidad¹⁶ política y, por lo tanto, donde la política no queda solo reducida a la acción externa de los actores, sino que abarca su propia y continua recomposición¹⁷, como sujetos y actores sociales.

La cultura política, por tanto, será la forma en que un movimiento entiende la actuación política y simbólica de sus miembros, dentro de la construcción de un orden social determinado; la significación que realizan de su actuación; las luchas por la búsqueda de las hegemonías del recuerdo y del presente; la direccionalidad que le entregan a la acción y las lecturas que hacen de ella, y las redes sociales que articulan sus relaciones; en suma, la construcción de una identidad partidaria forjada en la vida cotidiana misma.

Para esto será necesario tratar de esbozar los mapas mentales que los actores construyeron durante el período en estudio, para entender espacial y temporalmente las significaciones que desde la memoria realizan de los mismos. Entenderemos por mapa mental la forma que tienen los sujetos para representar una determinada realidad social, para hacer inteligible la misma en la relación de los tres tiempos históricos. Según Lechner:

[...] hay distintas maneras de mirar y sentir cada uno de los tres tiempos y, en particular, de anudar los hilos, tenues o gruesos, entre ellos. Y de esa delicada trama depende finalmente la construcción del orden social y su sentido. Nuestro modo de vivir el orden social tiene que ver con la forma en que situamos al presente en la tensión entre pasado y futuro¹⁸.

En dichos mapas se encontrarán presentes los horizontes de lo político (los límites geográficos entre lo que se considera político y lo que no lo es), las utopías, los anhelos, las formas de entender el poder y las relaciones sociales dentro del mismo; la forma de simbolizar y de textualizar las acciones con sus significados y las formas de nominar el orden social, con todos sus componentes y las interrelaciones de los mismos.

De esta forma, la construcción del orden está íntimamente ligada a la producción social del espacio y del tiempo. El orden es creado mediante la delimitación de su entorno, estableciendo un límite entre inclusión y exclusión. No hay orden social y político sin fronteras que separan un nosotros de los otros. Aún más, la noción de orden modela la idea del espacio.

En este contexto, la reformulación de los códigos interpretativos, el manejo de los miedos, el trabajo de hacer memoria, son facetas de la subjetividad social,

que abarca tanto los afectos y las emociones como los universos simbólicos e imaginarios colectivos. La politicidad de estos elementos se manifiesta en una doble relación: como formas de experiencia cotidiana que inciden sobre la calidad de la democracia y, a la vez, como expresión de la sociedad que es construida por la política.

Así, cuando nos refiramos a cultura política lo haremos tomando en consideración operacional las variables anteriores, junto a los espacios de operación y los principios normativos y valóricos que desde el presente pueda descubrir y describir la memoria.

Para lograr abordar la renovación socialista desde esta perspectiva microhistórica, subjetiva, en el marco de una identidad y una cultura política específicas, se requiere cambiar la forma en que tradicionalmente se han abordado los partidos políticos. Para ello es necesario redefinir al partido y, en ese sentido, creo que la idea de comunidad de Clifford Geertz resulta bastante apropiada. Este antropólogo entiende por comunidad “la tienda en la que los pensamientos se construyen y deconstruyen”¹⁹, el lugar donde los sujetos articulan su historia y donde prestan “atención a materias tan sólidas como la representación de la autoridad, la creación de fronteras, la retórica de la persuasión, la expresión del compromiso y el registro del disenso”²⁰. O, en otras palabras, “grupos de personas vinculadas entre sí de múltiples maneras”, cuya coherencia analítica se la da el cientista social, pero cuya luz se hace visible mediante la construcción de identidades poderosas, en torno a producción de ideas y prácticas materiales de los sujetos en cuestión.

De esta forma, el partido deja de ser una estructura sólida (como lo definiera tan extensamente Maurice Duverger)²¹, en donde los sujetos son una especie de apéndice que llegan a través de una adhesión racional a determinados valores e ideas políticas. El partido aparece ahora, de acuerdo con el concepto de Geertz, como una comunidad de intereses, de vidas conjuntas, de sujetos diversos que comparten ideas, pero donde la forma de hacer y practicar la política se encuentra condicionada no solo por las ideas ‘como entes abstractos’, sino que por las formas particulares que los sujetos aportan a la significación de las mismas.

En ese sentido, cada partido político construye un universo en su conjunto, donde la suma de experiencias individuales nutre a los sujetos, pero donde estos también nutren una determinada cultura política. De allí, por lo tanto, que la

cultura política entendida como la forma de hacer, pensar y entender la política, que tiene expresión en las prácticas pero también en los discursos, pueda adentrarnos en la dimensión subjetiva de la política sin la cual el proceso de renovación socialista se hace incomprensible.

Un estudio de cultura política debe volcar su mirada a la vida cotidiana de los militantes durante el período en estudio, por cuanto ella ayuda a revisar los procesos de apropiación simbólica de los discursos y de las acciones mismas. Según Lechner:

[...] al tomar una parte de nuestra vida como lo normal y natural estamos elaborando cierto esquema de interpretación para concebir los otros aspectos de nuestra vida. Definiendo un conjunto de actividades como cotidianas, estamos definiendo ciertos criterios de normalidad con los cuales percibimos y evaluamos lo anormal, es decir, lo nuevo y lo extraordinario, lo problemático. Tal vez el aspecto más relevante de la vida cotidiana es la producción y reproducción de aquellas certezas básicas sin las cuáles no sabríamos discernir las nuevas situaciones ni decidir qué hacer. Para un animal de instintos polivalentes como el ser humano, crear esta base de estabilidad y certidumbre es una experiencia indispensable, requiere un ámbito de seguridad para enfrentar los riesgos de una vida no predeterminada. Enfrentando a un futuro abierto recurre a un mundo familiar donde encontrar los motivos “por qué” que le permitan determinar el “para qué”²².

Según este mismo autor, las formas que un colectivo asume como propias de la vida cotidiana también están relacionadas con la producción política. Los ámbitos de influencia de lo propiamente político, así como lo privado, se interrelacionan en la producción del orden social donde se circunscriben. Qué es lo político para unos y cómo se pone en práctica, hasta dónde llega el partido y hasta dónde llega el militante, cómo me apropio del discurso de acción en mi vida privada y cómo se crean y entrecruzan las nuevas y antiguas redes sociales, son elementos que forman parte de la vida cotidiana y también, por ende, de la cultura política de un grupo en particular.

Cada grupo social concibe su vida diaria en referencia, tácita o explícita, a otros grupos, asimilando o modificando, aspirando o rechazando lo que entiende por la vida cotidiana de aquellos. Encontramos pues diferentes vidas cotidianas, determinadas por el contexto en que se desarrollan los distintos grupos. La vida cotidiana es un ámbito acotado, pero no aislado. Sólo en relación con la totalidad social y, específicamente, con la estructura de dominación, puede ser aprehendida la significación de la vida diaria en tanto “cara oculta” de la vida social²³.

Las particularidades de la vida social y política de los años 70 y 80, bajo el contexto represivo de la dictadura militar, instala una ‘normalidad’ de lo ‘clandestino’ y construye un tipo de militante (con su respectiva cotidianidad) que posibilita que ciertas discusiones políticas tomen un determinado cariz. Sin embargo, estas discusiones y críticas no se encuentran preconfiguradas de antemano ni tienen un destino unívoco, sino que deben ser analizadas precisamente a la luz de la cultura política del partido en particular²⁴.

De esta forma, como propone Lechner, hay que situar los estudios de vida cotidiana en el cruce de las relaciones entre los procesos micro y macro sociales:

En lugar de reducir los procesos microsociales al plano del individuo (en contraposición a la sociedad), habría que visualizar la vida cotidiana como una cristalización de las contradicciones sociales que nos permiten explorar la textura celular de la sociedad de algunos elementos constitutivos de los procesos macrosociales, y desde allí cuestionar, problematizar y reconfigurar el análisis de lo social desde este campo de análisis de los contextos en los cuales diferentes experiencias particulares llegan a reconocerse en identidades colectivas. Ello remite, por otro lado, a la relación entre la práctica concreta de los hombres y su objetivación en determinadas condiciones de vida. En lugar de reducir la vida cotidiana a los hábitos reproductivos de la desigualdad social (Bourdieu), habría que señalar igualmente cómo a raíz de la vivencia subjetiva de esa desigualdad estructural, las prácticas cotidianas producen (transforman) las condiciones de vida objetivas. Vista así, la vida cotidiana se ofrece como un lugar privilegiado para estudiar, según una feliz expresión de Sartre, lo que el hombre hace con lo que han hecho de él²⁵.

Para abordar esta dimensión subjetiva resulta necesario analizar las fuentes que tenemos para acercarnos al pasado de una manera distinta. En ese sentido, parece atractiva la propuesta de Geertz, quien plantea que el discurso hay que entenderlo no solo en el plano de la enunciación, sino que también como acción:

La clave para la transición del texto al análogo del texto, de la escritura como discurso a la acción como discurso es, como señaló Paul Ricoeur, el concepto de “inscripción”: la fijación del significado. Cuando hablamos, nuestras palabras fluyen como acontecimientos, al igual que cualquier otro comportamiento; a menos que lo que digamos quede inscrito en la escritura (o en algún otro procedimiento fijo de registro), será tan evanescente como todo lo que hacemos. Por supuesto, también se desvanecerá si queda inscrito, aunque en todo caso lo hará como la juventud de Dorian Gray; pero al menos su significado –lo dicho y no el decir– permanecerá hasta cierto punto y durante algún tiempo. Este fenómeno tampoco es distinto por lo que se refiere a las acciones en general: su significado puede persistir allí donde su realidad no puede.

La gran virtud de la extensión de la noción de texto más allá de las cosas escritas en papel o talladas en la roca es que atrae la atención precisamente sobre ese fenómeno: qué provoca la inscripción de la acción, cuáles son sus vehículos y cómo funcionan éstos, y que implica para la interpretación sociológica la fijación del significado a partir del flujo de eventos –la historia a partir de lo sucedido, el pensamiento a partir de lo pensado, la cultura a partir del comportamiento²⁶.

De allí, por lo tanto, que el análisis de las ideas de la renovación socialista nos permita adentrarnos en el contexto de su producción; nos habla de los actores, de sus miedos, de sus expectativas, de sus transformaciones identitarias. Un texto analizado, como plantea Geertz, desde la perspectiva de la acción pasada, necesariamente ayuda a configurar el universo que contextual e históricamente construyen los sujetos en el plano de lo político y ayuda a comprender sus acciones en el marco del presente.

En esa conexión de tiempos, sin embargo, la memoria resulta fundamental porque nos abre, precisamente, la puerta para introducirnos desde el presente a la

lectura de ese pasado, que desde otra perspectiva estaría alumbrado solo unilateralmente por la fuerza de lo escrito. Lo anterior, manteniendo la suspicacia necesaria de que todo discurso de memoria es una recreación del pasado desde el presente.

Sin embargo, la fuente, ya sea discurso escrito u oral, permite indagar en la manera en que los distintos actores sociales construyen los universos simbólicos en los cuales hacen inteligibles y fundamentan sus actos. Por ello, a través del análisis de los discursos de la renovación socialista no solo se pueden obtener las ideas del nuevo socialismo y la democracia, sino que también aspectos relativos a un nuevo concepto de ciudadano, actor político, participación, poder y nación chilena. De allí que utilizar algunos elementos teóricos del posmodernismo permita, a nuestro juicio, hacer una relectura de este proceso histórico, que aparece como fundamental para comprender los derroteros de la transición a la democracia.

La renovación entendida como un lugar de producción, socialmente determinado, señala a su vez el proceso de naturalización que se produce en el entramado representacional de un imaginario e indica que el campo de representaciones es un campo relativamente controlado, que legisla los modos en que un grupo se va a ver a sí mismo, así como las posiciones que se ocupan en el orden social.

Estos significados que circulan en las representaciones establecen un punto de vista de algún modo trascendental respecto de aquellos que serían producto de los significados individuales, porque son el resultado de la institución de un sentido producido y garantizado por la acción de su nominación, la que a su vez descansa sobre la razón universal. De este modo, la fuerza se desvanece y se hace reconocible “por el hecho de presentarse bajo las apariencias de la universalidad de la razón o de la moral”²⁷. O, como afirma Bauman, lo obvio solo puede ser prerrogativa del poder. Esto significa que, en función de las relaciones de poder que se establecen entre los sujetos y el objeto de la representación, esta posee funciones legitimantes y legislativas y no se constituye como mero reflejo, sino como fuerza activa en la construcción social de la realidad²⁸.

Por su parte, y básicamente siguiendo a Pierre Bourdieu, Michel de Certeau²⁹ considera que toda representación articula y manifiesta una convicción que es, a su vez, expresión de la legitimidad que la autoriza. Así la autoridad, esté

encarnada en personas o en representaciones, permite vincular las relaciones con los otros (comunes) respecto de una ‘verdad’ que es aceptada como tal, esto es, que se torna creíble. Nos parece pertinente congelar esta idea para más adelante complementarla con el análisis que realiza Steve Stern para analizar las memorias emblemática del Chile posdictatorial.

Las representaciones son, siguiendo con la argumentación anterior, objeto de una violencia simbólica en sí misma, toda vez que se constituye desde la capacidad y la legitimidad de hablar por medio de otra cosa. Pero a su vez, estructura los marcos referenciales sobre los cuales se ubican los distintos sujetos sociales y desde los cuales se dan las luchas por el poder.

De allí, por lo tanto, que la lucha emancipatoria por la nominación de la realidad haya sido una batalla importante en los años en los que la renovación socialista marcaba el proceso de repensar la realidad chilena. Y de allí que dicho proceso esté inmerso en una práctica de enunciados, porque la lucha por la conceptualización no dejaba de ser interesante, si se estimaba que la realidad era construida. Entonces, en ese marco, luchar por el poder de nominar y representar la realidad que ‘nos convocaría como actores’, fue una de las luchas centrales que dieron importantes pensadores de la renovación socialista, como lo fueron los militantes del MAPU: Eugenio Tironi, Manuel Antonio Garretón, José Joaquín Brunner, Tomás Moulian y Javier Martínez, entre otros.

Dado lo anterior, es importante destacar que la renovación socialista tiene como actores principales no a los ‘sujetos comunes’ o a los ‘sujetos populares’, sino que precisamente lo contrario: a los intelectuales. Estos, fundamentalmente en el MAPU, fueron los encargados de ‘nominar’ y ‘representar’ los profundos cambios que la dictadura militar introdujo en Chile, así como la dura autocrítica que ellos realizaron de la experiencia de la Unidad Popular, y la nueva forma de nominar a los sujetos políticos y, en especial, las nuevas categorías para comprender al sujeto popular.

Dado el contexto represivo, la única posibilidad de ‘crítica’ política al ‘gobierno’ se entendió y se ‘permitió’ como crítica ‘intelectual’. Es por ello que la renovación socialista instaura, además, un cambio importante en la izquierda chilena, marcado por un proceso de intelectualización de la política que caracterizará dicha actividad durante los años 80.

La intelectualización política tiende a generar un tipo de accionar político, que se

aleja cada vez más de la práctica política militante que había caracterizado las formas de hacer política en los años 60 y 70, para pasar a un tipo de práctica donde el conocimiento, la capacidad de comunicación y las redes sociales se vuelven los elementos más importantes en el nuevo escenario. Es por ello que ‘el intelectual político’ en tanto figura de esos años, y que se convierte en el ‘detentador’ de la ‘verdad nominada de lo político’, se vuelva fundamental para los derroteros de la renovación y de nuestra transición a la democracia.

Según Jeffrey Puryear, una de las particularidades de la transición a la democracia chilena guarda relación con el importante rol que jugaron los intelectuales en dicho proceso, donde asumieron la vocería pública de la única crítica formalmente permitida. De allí que lo intelectual y lo político estén intrínsecamente unidos en este periodo, y en forma más fuerte aún en el MAPU, dada las características de sus cuadros militantes.

Puryear expresa que los intelectuales políticos que enmarcan el proceso de transformación de las formas de hacer política en Chile durante los años siguientes al golpe y durante toda la década de los 80, jugaron roles importantes en la configuración de los derroteros hacia nuestra transición a la democracia:

They also contributed in different ways at different points in time, helping to moderate opposition political thought, rethink transition strategy, modernize politics, design a successful plebiscite campaign, and, in a few cases, lead political parties. Their contribution, however, have not been analyzed with the same care given to other actors, such as politicians and military leaders, in the transition process³⁰.

La incapacidad de los partidos y sus militantes de hacer una política de oposición a la dictadura más frontal y pública, estaba dada por las duras condiciones represivas y el miedo desatado en los militantes después de los asesinatos y desapariciones con los cuales se intentó controlar la actividad política.

La clandestinidad posibilitó, dadas las condiciones de temor y represión, que los militantes se unieran, más que al activismo público, a la discusión escondida y dispersa. Para una colectividad como el MAPU, donde muchos de sus cuadros

militantes provenían de las universidades y mayoritariamente con formación en las ciencias sociales, la tarea de la crítica y la autocritica se convirtió en la principal actividad política. El surgimiento del Balance de Autocrítica Nacional (BAN) como primera estrategia de rearticulación del MAPU, da cuenta del marcado carácter intelectual que poseía este partido, dentro de las principales características que configuraron su cultura política, desde los años fundacionales³¹:

Over time, then, the private research centers became one of the few places where some semblance of opposition political discussion could be carried out. As one leading academic-politician noted, ‘The only permissible place or ways of addressing political problems required putting on an intellectual hat’. Because politicians could not act, another observed, ‘the word became part of action’³².

No es de extrañar, por lo tanto, que cuando los científicos sociales hacen referencia a los principales pensadores del proceso de renovación socialistas, abunden mayoritariamente destacados ex militantes de la colectividad de la bandera verde y la estrella roja. Nombres como los de Tomás Moulian, Manuel Antonio Garretón, José Joaquín Brunner, Eugenio Tironi y Javier Martínez, son referencia obligada para analizar el proceso de renovación socialista, y quizás los pensadores con la línea de pensamiento más continua y coherente entre todos los otros intelectuales que aparecen como actores del proceso.

Sin embargo, que la acción política estuviera tan vinculada con lo social, generó no solo una intelectualización de la política que terminaría reduciéndola a una actividad de la élite pensante, sino que también cambió el cariz de las ciencias sociales y del trabajo del intelectual. Según Puryear:

...thus the output of the centers was generally of good-to-high quality, often constituting the best such work being done in the country, and sometimes the best in the region. But it was also different. The emphases on ideology and on revolution that had become common in Chilean social science during the 1960s diminishes as scholars began to reevaluate their traditional approaches. Other emphases –more purely scientific or directly policy oriented– took their place.

Analysis became more dispassionate, specialized, and empirically based. Researchers returned to the values that had initially accompanied the institutionalization of scientific research in Chilean universities during the 1960s. The result was a new style of social science, more autonomous from political ideology. As one observer, musing over changes, put it: ‘Intellectuals went from being ideologues to being analysts’³³.

Muchas de las críticas que se le han hecho a la renovación socialista desde el plano de los logros políticos que se planteó como objetivo, se inspiran precisamente en este alejamiento cada vez mayor entre el pensador-intelectual-político y la sociedad civil o los sectores de apoyo o masas. Sin embargo, las propias condiciones que generaron el marco de la clandestinidad y las características de la represión política fueron configurando un universo que le dará el cariz particular a este proceso de renovación ideológica. Puryear afirma que:

Indeed, virtually their only audience for nearly a decade was a political and professional elite. As Brunner suggests, between 1973 and 1983 ‘no one except the political class aware of, or read, what Chilean intellectuals were producing, at least inside the country. Only a relatively small group of well-educated opposition politicians and professionals paid attention to the intellectual’s work. They did so in part because of their traditional ties with intellectuals, and their interest in the issues intellectuals were addressing. But another major factor was a near monopoly that intellectuals had on political analysis and discussion. They were doing work that could not really pursued elsewhere. Intellectuals presided over one of the few “spaces of liberty” open the opposition³⁴.

Por otro lado, la realidad del exilio también configuró y ayudó a que la autocritica que articula el proceso de renovación socialista fluyera con más libertad. Dado que en los países que recibieron a quienes tuvieron que alejarse de Chile, no existían las condiciones represivas que estaban presentes en el interior, la crítica intelectual y la actividad política estuvieron más separadas. Sin embargo, la acción política en los países europeos y latinoamericanos tuvo

ingredientes distintos. Allí la confrontación con otras realidades, con otros debates y con otras acciones políticas, configuraron un espacio donde la renovación también fluyó con relativa facilidad. Sin embargo, cabe destacar que los caminos fueron diversos y políticamente terminaron confluyendo en la Convergencia Socialista, que será el nuevo espacio de acción a donde irán mayoritariamente los intelectuales y los políticos de la izquierda que caminan por las sendas de la renovación.

Renovación: luchas por la nominación y representación de lo social

La lucha por la nominación de la realidad fue una batalla central en los años en los que la renovación socialista marcaba el proceso de repensamiento de la realidad chilena. De allí que dicho proceso esté inmerso en una práctica de enunciados, porque la lucha por la conceptualización no dejaba de ser interesante, si se estimaba que la realidad era construida. Entonces, en ese marco, luchar por el poder de nominar y representar la realidad que ‘nos convocaría como actores’, fue una de las luchas centrales que dieron importantes pensadores de la renovación socialista, como lo fueron los militantes del MAPU Eugenio Tironi, Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulian, Javier Martínez, entre otros.

Las consideraciones modernas sobre el poder tienden a plantear la idea de que los grupos sociales, generalmente subalternos, eran analizados en posiciones de dominación, con lo cual se les restaba cualquier posibilidad de constituirse en sujetos históricos, ya que solo se les podía reconocer la capacidad de resistir. Las relecturas que se hicieron sobre Gramsci y Foucault, en los años 80, llevaron a muchos científicos sociales a plantear un nuevo concepto de poder (generalmente de influjo foucaultiano) y que en muchos casos se rozaba con la idea de ‘hegemonía’ del filósofo y pensador político italiano³⁵.

La hegemonía se diferencia de la dominación por cuanto la primera es un proceso de dirección política e ideológica en el que una clase o sector logra una apropiación preferencial de las instancias de poder en alianzas con otras clases, admitiendo espacios donde los grupos subalternos desarrollan prácticas independientes y no siempre funcionales para la reproducción del sistema³⁶. Así lo planteaba García Canclini:

[...] hay que analizar los agentes sociales sin sustanciarlos; no existen sectores o aparatos que se dediquen a tiempo completo a instaurar la dominación ni otros tan concientizados que vivirían solo para resistirla. Tal vez haya que acabar con el concepto de aparato, que sugiere –como apunta Bourdieu– de máquinas

infernales funcionando incesantemente para anular la resistencia y las reacciones de los dominados. Hay que pensar, pues, las relaciones sociales como una lucha entre poderes diversos que no son detentados exclusivamente por una clase ni por instituciones absolutamente verticales³⁷.

Estas posturas llevaron a muchos científicos sociales a replantearse la forma en que se expresaba el poder en los distintos grupos sociales, e influenciados por Michel Foucault, se volcaron en los estudios posmodernistas a revisar básicamente lo que este historiador francés nominaba como capilaridades del poder o micropoder. Según Foucault, el poder es una inmensa red de relaciones intangibles, un haz de dispositivos de lucha y dominación es siempre una acción, no una sustancia o esencia definitiva: una relación y un ejercicio desigual de fuerzas³⁸. La renovación socialista también ayudó a sistematizar estos elementos en los análisis de la coyuntura política e histórica, en el marco de la dictadura militar. El surgimiento de nuevos actores sociales, donde las clases en tanto tales dejaban de ser homogéneas, permitió el surgimiento de nuevos actores nominados ahora como ‘populares’, y donde la idea de ‘sociedad civil’ se volvía cada vez más iluminadora.

En esta inmensa red de relaciones entre sujetos, “el poder lo padecemos cotidianamente aquí y allá, ahora y antes, mañana y siempre. Lo sufrimos, pero también lo practicamos, nos volvemos vitales cuando dominamos algo o a alguien. Somos dominadores y estamos fatalmente dominados”³⁹. La identidad de los sujetos, construida a partir de estas percepciones, cambia constantemente, se tiñe de colores distintos conforme acumulamos o dejamos más o menos poder en nuestro mundo, sobre el cual nos desenvolvemos en determinados momentos históricos.

De allí que Foucault planteara como necesario estudiar el poder en el modo como se ejerce concretamente y en el detalle, con su especificidad, sus técnicas y sus tácticas. En palabras de Foucault, el poder hay que “analizarlo en su forma capilar de existencia cuando el poder alcanza y penetra los cuerpos y las almas de los individuos, insertándose, determinando sus gestos y actitudes, su discurso y su vida cotidiana”⁴⁰. Esto es lo que ha sido denominado por dicho autor como “microfísica del poder”, es decir, el estudio de la capilaridad diaria, potencial, efectiva de las numerosas relaciones de poder.

Es por esta razón que el historiador francés esgrimía como vital volver a construir una historiografía que dé “cuenta de la constitución de saberes, discursos, dominios de objetos, sin que deba referirse a un sujeto que sea trascendente con relación al campo de sucesos o cuya identidad vacía recorra todo el curso de la historia”⁴¹. El impacto que tendrá este planteamiento en los derroteros de la renovación socialista es importantísimo y nos ayudará a comprender procesos tan diversos como el surgimiento del Movimiento MAPU-Lautaro, así como la disolución del MAPU y su integración final al Partido Socialista, después de haber caminado por las rutas de la Convergencia Socialista.

La historiografía social marxista que veía al poder situado en la superestructura, pone énfasis en la noción de represión que lleva consigo la definición del poder. Para Foucault, esta premisa es:

[...] inadecuada para dar cuenta de lo que hay de productor en el poder. Cuando se definen los efectos del poder por la represión se utiliza una concepción puramente jurídica de este poder; se identifica poder con una ley que niega; con la potencia de la prohibición. Ahora bien, creo que hay en ello una concepción negativa, estrecha, esquelética del poder que ha sido curiosamente compartida. Lo que hace que el poder se sostenga, que sea aceptado es sencillamente que no pesa sólo como potencia que dice que no, sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, formas de saber, produce discursos, a través de todo el cuerpo social en lugar de ser una instancia negativa que tiene función de reprimir⁴².

Con lo anterior Foucault no quiere afirmar tajantemente que el poder no tenga dentro de sus ámbitos relacionales nada de resistencia. El poder y la resistencia se encuentran en una relación de interioridad; cualquier ejercicio de poder genera automáticamente una resistencia por parte de los sujetos dominados, así como también convence, institucionaliza y funcionaliza con los mismos medios. “De esta forma, así como el poder no existe en un solo ámbito específico, sino que se encuentra ramificado, atomizado, así también los espacios de resistencia se hallan diversificados y acomodados como respuestas directas frente a la infinidad de micropoderes prevalecientes”⁴³.

A partir de estas premisas sobre el poder, Foucault invitaba a analizar en el campo historiográfico las formas que el poder tenía para institucionalizarse. En ese ámbito, el conocimiento y la ciencia cumplían un rol central por cuanto ejercían la capacidad de establecer la categoría de verdad, sobre la que articularían las luchas de poder. De esta manera, Foucault planteaba que:

[...] el objetivo principal de estas luchas es atacar no tanto a tal o cual institución de poder, o grupo, o élite, o clase, sino más bien una técnica, una forma de poder. Esta forma de poder se ejerce sobre la inmediata vida cotidiana que categoriza al individuo, lo marca con el sello de su propia individualidad, lo ata a su propia identidad, impone sobre él una ley de verdad que él debe reconocer y que los demás tienen que reconocer en él. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos. Hay dos significados de la palabra sujeto: sujeto a otro por medio de control o dependencia, y sujeto a la propia identidad por una conciencia de autoconocimiento⁴⁴.

El poder y los discursos transformados en saber “se encuentran vinculados dialécticamente: cualquier forma de poder presupone un discurso que legitima; así como toda acumulación de saber implica la existencia de sujetos inmersos en un determinado campo de lucha y poder”⁴⁵.

De esta forma, el poder se concretiza en discursos que se vuelven hegemónicos, que logran constituirse en verdades absolutas, indiscutibles, que guían y por lo tanto ‘actúan’ sobre las acciones de los individuos. Un discurso hegemónico establece lo que es deseado y no deseado, lo que es necesario y lo que no lo es, lo que es legal y lo ilegal, entre otros aspectos. Es decir, el discurso tiene tanto un lado propositivo al afirmar ciertas conductas como un lado restrictivo al declarar implícita o explícitamente, al margen del poder, otras conductas y, por lo tanto, indica la necesidad de actuar sobre las mismas.

Los discursos que produce el poder en forma institucionalizada se caracterizan por adquirir la función de constituirse en la ‘verdad’ aceptada por la sociedad. Por verdad Foucault entiende un conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación y el funcionamiento de los enunciados que legitiman el ejercicio del poder. Es así que el discurso

desempeña un rol muy importante en la constitución de valores sociales y la forma como los enunciados discursivos son convertidos en prácticas o conductas sociales dentro de un determinado sistema de institucionalización.

Los discursos convertidos en prácticas sociales cada vez más prevalecientes, que llegan incluso a formar determinadas ‘morales conductuales’ históricas, no pueden ser estudiados como tradicionalmente son entendidos, es decir, exclusivamente insertos en relaciones de poder que se igualan a dominación vertical y permanente, sino como procesos de nominación y representación de la realidad y del yo, donde los sujetos se identifican a ellos y a los otros, campo de apropiación dialéctica donde se construye la verdad de la ‘realidad vivenciada y compartida’.

Bajo estos supuestos del poder y la representación, analizar la renovación socialista como un campo de producción simbólica y generador de verdades, en contraposición con las formas tradicionales que la izquierda pre golpe de Estado tenía para nominar la verdad, aparece no solo como novedoso, sino que potencialmente iluminador para comprender nuestro proceso de transición a la democracia.

Sin embargo, este concepto del poder, tal como lo enfatizara Michel Foucault, implica necesariamente una vuelta a las prácticas históricas concretas, con sujetos de carne y hueso y cuyas particularidades pueden construir un especial tipo de acercamiento a la realidad articulada socialmente. Es por esto que creemos que este concepto foucaultiano del poder y la representación pueden combinarse con la propuesta microhistórica, que nos introducirá directamente en la subjetividad y la producción cultural de la colectividad que nos interesa, entendiendo a esta como comunidad, según la definición de Geertz.

La Historia del Tiempo presente y sus especificidades

Para Josefina Cuesta Bustillo la historia del tiempo presente es una de las ‘parcelas’ o especialidades de la historia más contemporánea en su desarrollo actual y también más antigua en sus formas prácticas. Para esta autora, el mundo en el que vivimos nos ha motivado a preguntarnos, por diversos motivos (informacionales, éticos, comunicacionales, económicos, culturales, políticos y sociales), sobre nuestro presente. Existe, constata la autora, una necesidad cada vez mayor de comprender lo que nos pasa.

En esta lógica, la emergencia de la preocupación por el presente también llegó a la historia (aunque nunca ha estado totalmente ausente), asociada a procesos de fractura importante que ha vivido la sociedad mundial a partir de la Segunda Guerra Mundial. De esta forma, las interrogantes sobre el tiempo y la factibilidad que tenía el historiador para poder referirse a esos acontecimientos, se volcaron sobre las mesas de discusión académica, presionados además por la emergencia de una multiplicidad de memorias. La historia del tiempo presente será así aquella parcela historiográfica que es coetánea a los hechos, a los sujetos actores y al historiador que escribe. En otras palabras, una historia que se escribe en el mismo tiempo de quien recuerda y quien sistematiza, siendo este último también ‘actor’ del proceso. Así, será esta dimensionalidad de temporalidad compartida la que haga que la historia del tiempo presente sea criticada por una aparente falta de distanciamiento del objeto de estudio, que los positivistas suponían como garantía de objetividad.

De esta forma, subjetividad confesada, temporalidad compartida y densificación del concepto mismo de tiempo que pone al pasado como referencia y al futuro como direccionalidad, se condensan en el nuevo cariz que toma el presente. Será desde este tiempo, punto de partida y punto de llegada, desde donde se escribe y se significa la historia.

Paralelamente, Cuesta Bustillo rescata la idea de que en la historia del tiempo presente no existen límites fijos en cuanto a inicio y fin de los procesos. Estos se encuentran abiertos y de allí la importancia que tiene en la epistemología de esta historiografía el acontecimiento. Será este reducto temporal resignificado en las

memorias individuales o colectivas, el eje de análisis sobre el cual versará la historia del tiempo presente. De allí la importancia que según la autora tengan los estudios genealógicos sobre los fenómenos, o el énfasis puesto en hechos particulares que se articulan como nudos de memoria.

Como los acontecimientos sobre los que se trabaja en este tipo de historia son recientes, tanto por su ocurrencia temporal como por los procesos de resignificación en las memorias existentes, la historia del tiempo presente tiene una dimensionalidad que no poseen las otras parcelas historiográficas: la presencia del testigo. Este testigo nutre como fuente de memoria a la historia, pero también la valida o la desmiente, la cuestiona, le exige, como diría Ricoeur, un “pacto de verdad” con la reconstrucción narrativa.

Esta correspondencia testigo-memoria-historia pone de manifiesto, por otro lado, el surgimiento de lo que ha sido denominado ‘deber de memoria’, asociado a la ‘demanda social por la historia’, pero que en relación con las luchas por la memoria también se encuentra irrevocablemente vinculado con la necesidad de justicia. Justicia como duelo, como reparación, como recuerdo, que los diferentes grupos requieren realizar, como parte de sus pugnas de poder, para seguir existiendo dentro la colectividad que habitan. Sin embargo la historia, o por lo menos el historiador, para Henry Rousso, debe estar un tanto alejado de la administración de este pacto de justicia, que finalmente es necesario hacer efectivo en otras instancias.

Para este último autor, Henry Rousso, quien se ha preocupado de la historia social de la memoria en tanto “análisis de la evolución de las formas y los usos del pasado sobre un período dado, tal como es llevado por grupos significativos”⁴⁶, el acontecimiento es un hito fundacional importantísimo dentro de la historia del tiempo presente. Sin embargo, también resalta que dicho acontecimiento, si bien no se modifica en su sustancia inicial, sí es necesario que el historiador lo considere desde las diferentes mutaciones que están detrás de la reconstrucción del mismo en el proceso de significación que realizan los distintos grupos sociales. El acontecimiento reconstruido y revalorado en distintas épocas condensa, para Rousso, “una visión del pasado, del momento presente y del futuro esperado”⁴⁷; por ello, no solo se remite a lo ocurrido, sino que tiene plena vigencia en el presente donde se le resignifica, donde nutre las memorias, donde se le representa. De allí que todo ello este relacionado en el concepto mismo de acontecimiento.

Ahora bien, como la historia del acontecimiento no acaba en el momento en que este ocurre, sino que también está relacionado con la época inmediatamente presente, la historiografía se ve inmiscuida en un problema que no ha condicionado las otras áreas del desarrollo de la disciplina: la justicia. Esta marcará el acontecimiento en tanto vector de recuerdo, ya que impone, por sobre el historiador y su reconstrucción del pasado, los hitos éticos de bondad y maldad, y por tanto realiza la búsqueda de culpables y de víctimas. Para Rousso, “la justicia al hacer esto da una interpretación del pasado. ¿Por qué? La ley califica al crimen, la ley dice ‘hay un crimen’. La justicia va a calificar un acto preciso para saber si es un crimen o no. Al hacer esto va a definir lo que es colaboración, lo que es el régimen de Vichy”⁴⁸. En palabras más categóricas, para Rousso la justicia escribe la historia⁴⁹.

En esta afirmación Rousso pone de manifiesto una de sus críticas más audaces al proceso de reconstrucción histórica desde las memorias, la que tiene que ver con lo que denomina ‘deber de memoria’, en tanto imposición militante de una forma monopólica de recordar. Según el autor, “a veces el deber de memoria invita, porque es un mandato moral, a perder de vista ese aspecto de la historia (se refiere a la búsqueda de verdad). En Francia, una de las consecuencias del deber de memoria es, por ejemplo, el olvido de la depuración”⁵⁰. La búsqueda de la verdad debe ser para Rousso un horizonte que el historiador no debe nunca perder de vista.

Para Rousso, las relaciones sociales cotidianas, y en enfrentamiento, de los diferentes grupos de poder, que nutren sus discursos desde la historia y condicionan a su vez la escritura de ella, nunca lograrán ‘revivir’ los duelos expiatorios que les permitan sacudir el acontecimiento. Sin embargo, para este historiador este duelo es necesario, aunque imposible. La historia, en esta problemática, tiene una función especial, ya que al volver el acontecimiento inteligible a su época le permite, a su vez, sacarlo de la actualidad y permitir que entre en la historia. Sin embargo, es discutible si esa entrada es también una salida permanente.

Dentro de la misma lógica de las investigaciones que realiza Henry Rousso, Josefina Cuesta Bustillo se adentra en su texto: “La memoria del horror después de la Segunda Guerra Mundial”: en un análisis comparativo de los distintos procesos de memoria que han vivenciado judíos, alemanes y soviéticos. La autora estudia en su texto las formas que ha adquirido la memoria colectiva en estos pueblos, tanto en el tiempo como en su relación con los acontecimientos de

la Segunda Guerra Mundial. Las salidas que dieron ellos a cada una de sus memorias, aunque la autora no lo explicita, marca las relaciones que tiene cada uno de esos pueblos con su tiempo presente.

Sin adentrarnos en las especificaciones de cada memoria en particular, podemos enfatizar algunos puntos teóricos importantes para la autora. Uno de ellos es la distinta funcionalidad que tiene la memoria. Según ella, la memoria asume una consideración ontológica, política y de utilidad patriótica como figura de cohesión social.

Sobre su análisis de la memoria judía, la autora plantea también que existen ciertos campos de acción de la memoria:

En primer lugar, la búsqueda científica de la verdad que potencia los conocimientos históricos. Destaca también el campo de la expresión auténtico, cuyo objetivo es actualizar mediante la estética el pasado que se ha perdido. Pero existe también un campo de actividad y de la vivencia moral y práctica, que en este caso se centra en el problema de los culpables o de las víctimas, que se expresa desde una perspectiva jurídica⁵¹.

De esta forma, como campos de acción de la memoria está la historia, la preservación del pasado y la justicia en tanto deber ético. El plano que le compete al historiador está reservado al primero de ellos; sin embargo, su presencia en el tiempo en el que escribe condice también su actuación dentro de los otros campos, razón por la cual este tipo de historiografía tiene complejidades específicas.

En forma paralela, creo que otros de los aportes que la autora realiza en su análisis comparativo de las memorias, sobre todo en el caso de las alemanas y las soviéticas, tiene que ver con la apropiación que hace de la propuesta de Halbwachs sobre los marcos sociales de la memoria y que Norá sistematiza también como “lugares de memoria”. Según esta autora, los vestigios materiales sobre los que se recuerda, el espacio donde se vivencia el recuerdo, condicionan las formas que tiene la memoria de hacerse presente en la sociedad. Así, mientras en Alemania se preservan las ruinas y se construyen museos y monumentos en los mismos espacios, en la Rusia soviética el espacio del

recuerdo desapareció por razones geográficas y políticas, lo que lleva al surgimiento de diferentes formas de apropiarse del pasado. Por lo mismo, la autora resalta que:

[...] la naturaleza ha venido a aliarse con el silencio de los hombres contra la memoria que, sin un expreso ejercicio de duelo, desembocó en el caso soviético en la amnistía. A diferencia del caso nazi en el que el horror encontró, frente a la geografía, el apoyo a la piedad humana para mantener el recuerdo. El suelo conservó lugares de memoria y esta llevó a los verdugos a los tribunales⁵².

Para la autora, la existencia o, con más precisión, la inexistencia de los vestigios, ha generado que en Rusia la memoria no haya podido dejar de ser una memoria individual para convertirse en una memoria colectiva. Es decir, una memoria que encuentre una condición narrativa compartida, donde cada uno pueda sentir que ocupa un lugar en la historia.

Las especificidades de este tipo de trabajo historiográfico nos remiten irrevocablemente, según lo analizado anteriormente, a preguntarnos por la memoria y sus especificidades. Dado que la temporalidad compartida y la subjetividad confesada debe recurrir a la memoria no solo como fuente proveedora de relatos, sino que también como espacio de resignificación de los acontecimientos pasados, lugar donde las acciones de los sujetos cobran sentido en el presente. Por ello, se hace necesario considerar las problemáticas particulares que tiene este recurso y sus formas de funcionamiento específicas, dado lo necesario que resulta su incorporación en este tipo de investigaciones dedicadas a la reconstrucción del pasado más reciente.

El concepto de memoria

Existe una especie de consenso en definir la memoria como una reconstrucción social, consciente y políticamente dirigida, del pasado. De esta manera, no existe en los textos un concepto de memoria ‘purista’, que supone que esta constituye la verdad de la historia, en tanto aporta la verdadera transmisión de lo que se ha vivenciado en el pasado⁵³. Se entiende de esta forma, que la memoria se reconstruye desde el presente, desde las luchas de poder y desde la búsqueda y constitución de múltiples identidades.

Las formas que ha ido adquiriendo la memoria en tanto reconstrucción del pasado, son tributarias del presente en el que han sido reelaboradas y resignificadas. El recuerdo sobre un hecho cambia según el contexto y según las circunstancias políticas y valóricas que se han vuelto hegemónicas en un determinado momento. De allí que quizá lo más importante para el historiador, sea acercarse a la comprensión de los momentos históricos en los cuales se resignifica tal o cual recuerdo. En otras palabras, más importante que verificar la validez del recuerdo, en tanto hecho objetivo del pasado, lo que interesa es analizar y comprender la función social que juega el mismo recuerdo.

Así lo plantean Eric Conan y Henry Rousso, quienes temporalizan las formas en las cuales la memoria sobre Vichy se ha significado en Francia. Ellos enfatizan la idea de que el recuerdo y su reconstrucción están modeladas por el contexto en el que se realizan a sí mismos y se vuelven recordables. En la misma línea se encuentra el análisis que Catherine Merridale realiza sobre la memoria en la URSS, en tanto formas de recordar a las víctimas del stalinismo. Por su parte y para el caso Argentino, Hugo Vezzetti problematiza lo planteado por Romero, cuando se analizan las formas de recuerdo sobre el período denominado El Proceso.

De esta forma, los autores tienden a coincidir que la memoria es un acto del presente, aun cuando sus referencias sean sobre el pasado⁵⁴. Por esa misma razón, nunca existirá una sola memoria acabada, sino multiplicidad de memorias que se están reconstruyendo permanentemente.

La posibilidad que tienen las múltiples memorias existentes de volverse hegemónicas en determinados momentos históricos, depende tanto de la relación de esta con la política como con la historia. La inteligibilidad de las formas del recuerdo y su uso político está en estricta relación con los procesos historiográficos de situarlos en un contexto mayor, darle significancia y coherencia dentro de otros recuerdos. Si hiciéramos referencia a un concepto acuñado por Norbert Lechner, la relación entre la historia y la memoria ayuda a la configuración de ‘un mapa cognitivo’, que pretende configurar el orden social sobre el cual se articulan y ordenan los recuerdos.

Es así que “la memoria no es un registro espontáneo –esto es algo conocido. Es algo que se produce, se implanta, se construye”⁵⁵. De ello se desprende que la memoria no es neutra y tiene por lo tanto variadas funciones dentro de la sociedad.

Funciones sociales de la memoria: política, poder, hegemonía y recuerdos

Ya hemos expresado que, según distintos autores, la memoria no es algo dado, sino que en permanente construcción. Su potencialidad, por lo tanto, es una herramienta a través de la cual se articulan las relaciones de poder, se busca construir hegemonías y poder político. De esta forma, la inocencia de un recuerdo objetivo se vuelve peligroso en los juegos por reconstruir la memoria.

Según Vezzetti, los episodios de fracturas profundas en las sociedades, de desgarros humanos y de enfrentamiento de proyectos políticos, son los episodios donde la multiplicidad de memorias es quizás más extremo. De allí la fuerza con que esas voces se hacen escuchar en determinados momentos del presente. Sin embargo, para que esas voces se vuelvan asibles es necesario rescatar lo que el autor denomina “marcos de la memoria”⁵⁶, que no son formas mentales, sino marcos materiales: “antes que en la mente de las personas, la memoria social reside en artefactos materiales y públicos: ceremonias, libros, filmes, monumentos, aniversarios, lugares”⁵⁷.

La construcción de estos artefactos del recuerdo son decisiones de actores, de sujetos que están dispuestos a luchar por el resguardo de un recuerdo. Sin embargo, y aunque los autores previamente nombrados no se refieran a ello, las significaciones que esos artefactos tienen también se encuentran modeladas por la historia y los contextos generacionales y políticos que realizan el ejercicio de recordar, en una relación con los otros tiempos, es decir, con el presente y con el futuro.

Que la memoria sea una acción y no una esencia, es lo que le entrega a esta la principal función que detenta: la función política de articular los márgenes del recuerdo y de hacerla significativa. Vichy, los gulags rusos y el caso argentino, son solo los ejemplos históricos que utilizan los autores para reforzar la potencialidad política que tiene la memoria, y las múltiples luchas que existen en su proceso de construcción. Por cierto, no han sido los únicos, pero fueron rescatados aquí para mostrar las formas en que ha sido abordada la memoria en

las últimas décadas. Me parece interesante rescatar el ‘uso de la memoria’ no en tanto fuente o como recurso de historia oral, sino que con las particularidades, sus problemas y especificidades.

La apropiación del recuerdo por un grupo y su significación y simbolización reappropriada afectivamente es una lucha por lograr implementar hegemonías políticas. De allí la estrecha relación que existe según los autores entre memoria y justicia, y el importante rol que juega el Estado en la misma.

Las luchas de poder que se configuran dentro de una sociedad; dan como resultado la construcción de varias memorias, que tienen relación con los usos de la misma, pero también con los sujetos que trabajan en su reconstrucción. De allí se establecen varias tipologías que podrían sintetizarse en un tipo de ‘memoria defensiva’, caracterizada por estar sustentada en las víctimas de las distintas formas de represión que la misma sociedad ha articulado y que un grupo en particular ha implementado desde el Estado; y en la ‘memoria proactiva’, que tiene un proyecto y busca volverse activa en el presente. A nuestro juicio, la ‘memoria’ de la renovación socialista es una memoria proactiva, ya que el proceso de autocrítica, el recuerdo y la resignificación que se hizo sobre la experiencia y fracaso de la Unidad Popular, ayudó a reconfigurar los universos discursivos de las colectividades políticas, en su particular marco de cultura política. A su vez, es una memoria proactiva porque la renovación socialista genera el marco discursivo sobre el cual la relación entre pasado y presente permite a las colectividades que vivencian el proceso, reinventarse y configurar las salidas a la dictadura militar. La opción y aceptación de una transición pactada se entiende de esa forma.

Hugo Vezzetti clasifica los tipos de memoria como memoria literal y memoria ejemplar. Para él, la memoria literal...

...se refiere a una recuperación de acontecimientos como hechos singulares, “intransitivos”, cerrados sobre sí mismos, que mantienen una suerte de permanencia y continuidad en su impacto sobre el presente; serían una forma de sometimiento del presente al peso de ese pasado. La memoria ejemplar, en cambio, se sitúa, en un sentido, más allá del acontecimiento, aunque no niega su singularidad; lo incluye en una categoría general, incluso lo usa como modelo para abordar y pensar otros acontecimientos. Para Todorov esta dimensión

ejemplar es la condición de una dimensión pública de la memoria y es la que permitiría convertir al pasado en lección, es decir, en principio de acción en el presente⁵⁸.

Será interesante en esta investigación analizar, a la luz de los relatos de los actores, cuál es el tipo de memoria que predomina o si compete generar alguna otra tipología.

De forma similar, las autoras que trabajan el caso ruso ponen en pugna la existencia de dos memorias que se articularon en la lucha política por el recuerdo en dicho país después del derrumbe de la URSS. Me refiero a las memorias que representan los movimientos “Pamiat” (de corte nacionalista y más relacionado con la memoria literal, aunque aquí el pasado no se cuestiona, sino que más bien se idealiza en contacto con el presente), y “Memorial” (más vinculado a la memoria ejemplar, pero con conflictos internos sobre la direccionalidad política de las reparaciones y las formas de recordar a las víctimas).

La particularidad que asumen dichas pugnas por lograr ciertas hegemonías del recuerdo, tiene directa relación con la función reparativa y de justicia que emplee el Estado como representante de la soberanía popular. De allí la importancia que tiene la memoria como eje de construcción político de lo social.

Los trabajos de la memoria: representaciones y recuerdos en las luchas sociales

El ‘trabajo de la memoria’ ha sido uno de los temas que ha cruzado los debates y el interés de muchos filósofos desde la Antigüedad hasta nuestros días. La problemática suscitada por las formas en las cuales recuerda el ser humano y la articulación y el uso de los recuerdos, es algo que no está acabado desde la óptica filosófica y, por ende, tampoco desde la historia.

Según Jacques Le Goff, quien historiza la memoria y las formas que ha ido adquiriendo en las sociedades humanas, la memoria debe considerarse como un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y el olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas⁵⁹. De allí que las preocupaciones por develar cómo recuerda el ser humano sean tan importantes no solo para los filósofos, sino que también para los científicos sociales y políticos.

En los textos analizados, desde el punto de vista filosófico, encontramos dos oposiciones epistemológicas diferentes tanto en el fondo de su propuesta, como diferentes por los tiempos históricos de su aparición. Por una parte, encontramos la postura de San Agustín, quien siguiendo un poco algunas premisas platónicas, entrega a la memoria un carácter esencialista. La memoria para San Agustín es una especie de ‘depósito’ donde reinan los recuerdos (que no son solo hechos, sino que también guardan las sensaciones, afecciones, sentimientos, etc.) vivenciados y aprendidos experencialmente o de otra forma. Afirma San Agustín “allí están todas las cosas que, experimentadas por mí o creídas de otro, mantengo en mi recuerdo”⁶⁰.

Paralelamente, otra de las preocupaciones de San Agustín, muy relacionada con el recuerdo, corresponde al olvido. Según el filósofo, el olvido solo existe en tanto existe la memoria; de otra manera, sería incapaz de reconocer el acto de no recordar. He aquí una nueva presencia de algún fundamento idealista en la propuesta filosófica:

Si, pues, la memoria conserva no el olvido por sí mismo, sino su imagen, fue forzoso que el olvido estuviese presente para que su imagen quedase impresa. Y cuando estaba presente, ¿cómo grababa su imagen en la memoria, siendo así que por su sola presencia el olvido borra todo cuanto haya notado? Y, no obstante, por incomprensible, por inexplicable que ello sea, yo estoy cierto de que de una manera u otra me acuerdo del olvido mismo, que abruma y sepulta aquello de que nos acordamos⁶¹.

De esta manera, San Agustín logra esbozar la problemática del olvido en la memoria, agobiado por la relación entre lo experciado y lo no vivido como recuerdo significante, dentro de la lógica platónica mezclada con el cristianismo y su esencia del conocimiento revelado.

En otra vertiente distinta a la del pensador medieval, encontramos los apuntes sobre la memoria de John Locke. Para dicho filósofo de la Ilustración, la memoria también pertenece al campo de las ideas y, por lo tanto, al ámbito de la construcción del conocimiento interno del ser humano. Según Locke, “nuestras ideas están en la memoria cuando realmente no están en ninguna parte, ya que solo se trata de que existe una habilidad en la mente para revivirlas, unas veces con más viveza, otras más oscuramente”⁶². La capacidad de ‘revivirlas’ dependerá de la profundidad sensorial que nos evoque el hecho recordado. Dice Locke que mientras más doloroso o más placentero sea la experiencia asociada al hecho evocado, mayor será la posibilidad de traer a la luz los recuerdos del pasado.

Sin embargo, en la propuesta filosófica de Locke, al igual que en la de San Agustín, aparece nuevamente la imagen de la memoria como una especie de ‘caja de recuerdos’, de la cual podemos sacar y traer al presente experiencias pasadas, sin cuestionar ni la nitidez, ni la fiabilidad, ni la significación que dichos recuerdos puedan tener a la luz del presente. Para el autor, los problemas de la memoria no tienen que ver con ella en sí misma, sino que con la capacidad del ser humano y su inteligencia para traerlas al presente.

En la lógica opuesta a lo argumentado por los filósofos anteriores, está lo propuesto por Edward Casey, para quien desde un punto de vista fenomenológico la memoria es un acto referenciado al presente, que tiene que ver siempre con los hechos directamente experienciados (sensorial, emocional o

intelectualmente). Por esa razón la memoria es una construcción analítica, que evoca el pasado, pero que se construye con una direccionalidad temporal y espacial solo en el momento mismo en que estamos realizando el recuerdo. Dada estas premisas es que Casey categoriza tipos de memoria y formas de recordar. La importancia de este autor, a la luz del debate, es que se aproxima a las preguntas de los fenómenos subjetivos de creación de significados de los recuerdos y su objetivación en las relaciones interpersonales.

En relación con lo expuesto anteriormente, tenemos también la problemática que nos ataña en tanto historiadores y de la que se hace cargo Paul Ricoeur, cuando trata de establecer la vinculación entre historia y memoria. Según este autor, el problema básico de la escritura de la historia (y su direccionalidad política, o la posibilidad de perder ‘la objetividad del pasado’), no pasa por la ciencia en tanto tal, sino por la memoria. Por lo tanto, para Ricouer el problema no comienza con la historia, sino con la memoria.

Situado en esta disyuntiva, el autor se plantea el ‘siempre vigente’ problema de la verdad en las ciencias sociales. ¿Cómo podemos aspirar a la verdad cuando nuestro objeto de estudio, como la memoria, es poco confiable, difusa, cambiante y resignificada siempre? Es una pregunta que si bien no está del todo resuelta en el texto de Ricoeur, por lo menos entrega pistas hacia dónde dirigir los argumentos de la escritura historiográfica y la responsabilidad del historiador⁶³.

La otra tensión estará puesta en la idea de escribir una historia con recuerdos individuales, vividos en la subjetividad, tratando de dar con la suma de los mismos un carácter nuevo de inteligibilidad a una creación de historia colectiva. ¿Cuándo estamos en presencia de una memoria colectiva? ¿Cuándo todos recuerdan lo mismo? ¿Qué pasa con la diversidad de recuerdos, si estos son siempre individuales? ¿Puede existir la memoria colectiva? Aquí el autor se hace cargo de la posibilidad de dar a la multitud de voces el espacio de habla, correspondiendo al historiador hacer el entronque, la inteligibilidad de ellos en el contexto social donde se virtieron los hechos en sí mismos.

Por otro lado, y muy relacionado con el voto de verdad en la historia, me pareció muy interesante la propuesta de Ricoeur al tratar la temática del ‘deber de la memoria’, que para el autor es una trampa. Según el filósofo “se tiende fácilmente hoy a apelar al deber de memoria con el propósito de perturbar el trabajo crítico de la historia, corriéndose el riesgo de cerrar una memoria de una

comunidad histórica dada sobre su desgracia singular, dejándola pegada en el victimismo, desarraigándola del sentido de justicia y equidad". De allí que el autor proponga hablar de trabajo de memoria y no de deber de memoria.

En esta discusión, muy presente en los trabajos de memoria realizados en nuestro continente, dada las numerosas luchas por la memoria del pasado reciente, entra la variable de los problemas que tiene la representatividad de las reconstrucciones historiográficas, variable que el autor pretende nominar como 'representancia'. Se vislumbran aquí las problemáticas relativas a los procesos de explicación-comprensión que todo trabajo historiográfico lleva presente, desde los procesos de recopilación de información hasta el proceso más complejo, que es el de la escritura. Será en este último proceso "donde se concentran las dificultades más tenaces en lo que concierne a la representación del pasado en historia" ... porque "la dificultad mayor resulta del hecho de que las configuraciones narrativas y retóricas son requisitos de lectura; estructuran al lector a pesar suyo y tienen un doble papel; mediaciones en dirección de lo real histórico y pantallas que opacan la pretendida transparencia de las mediaciones"⁶⁴.

La fase escritural, cuando el historiador pretende hacer inteligible la multiplicidad de voces de memoria sobre el pasado, el proceso de explicación-comprensión, añade la problemática de que se aleja del proceso vivo de reconstrucción del pasado mismo. En otras palabras, al hacer inteligible a todos, lo vuelve opaco y distinto de los recuerdos de memoria.

Frente a lo insalvable de la tensión anterior, al historiador no le queda otro camino que asumir éticamente lo que Ricoeur denomina "intención de verdad", ya que finalmente en historia cualquier construcción, en el mejor de los casos, es solo reconstrucción, que debe hacer eco de las voces del pasado, sabiendo que no por ello se estará escribiendo y consagrando una verdad reconocida por todos, porque la historiografía es siempre una mediación que aspira a "ampliar la mirada en el espacio y el tiempo, la fuerza de la crítica en el orden del testimonio, explicación y comprensión, el dominio retórico del texto, y más que nada, el ejercicio de equidad respecto de las reivindicaciones de los distintos bandos de memorias heridas y a veces ciegas a la desgracia de los demás"⁶⁵.

Concordando con el autor en cuestión, quien decidirá cuán fiable o cuán verdadera es la historia, es el lector, seducido eso sí por la pluma y el verso del historiador. Sin embargo, la seducción irá siempre aparejada de ciertos objetivos

políticos que están detrás de la escritura, pero también de la lectura. Siempre nos parecerá mas atractiva (y por lo tanto más verdadera o más representativa) una historia que recoja aquellos ‘relatos y hechos’ del pasado que den cuenta de nuestra propia proyección de futuro y, por lo tanto, de nuestra luchas de poder en el presente.

La memoria colectiva: la perspectiva sociológica e historiográfica para acercarse al pasado reciente

Si bien la filosofía se preguntaba sobre la memoria en tanto idea así como proceso individual, la sociología se ha preguntado por los fenómenos del recuerdo colectivo, o lo que se ha llamado, desde Halbwachs en adelante, memoria colectiva.

¿Cómo recuerdan las sociedades? ¿Cómo se articulan los recuerdos colectivos? ¿Qué se instituye como algo recordable y qué es lo que se olvida? Son las preguntas básicas que han rodeado los principales estudios de sociología y también de historia, en lo que se ha denominado historia social de la memoria.

Al igual que desde la filosofía fenomenológica, Halbwachs plantea que ningún recuerdo sobre el pasado puede llevarnos objetivamente a lo que sucedió concretamente. Nuestros recuerdos estarán condicionados por el presente, y la forma como fueron guardados en la memoria, los hechos que condicionaron el recuerdo y las sensaciones que tuvimos al vivir el fenómeno. Aparejado a ello, se da la idea del continuo como tiempo de la memoria, donde el solo hecho de saltar desde el presente hacia el pasado, le entrega una linealidad a la memoria que desvirtúa la objetivación de un pasado tal cual fue.

De esta forma, Halbwachs tratará de explicar los fenómenos sociales que ocurren en este complejo fenómeno que constituye la memoria colectiva:

We preserve memories of each epoch in our lives, and these are continually reproduced; through them, as by continual relationship, a sense of our identity is perpetuated. But precisely because these memories are repetitions, because they are successively engaged in very different systems of notions, at different periods of our lives, they have lost the form and the appearance they once had⁶⁶.

Según Pedro Milos, lo que le interesará a los sociólogos que siguen la ruta marcada por Halbwachs, son los fenómenos del recuerdo y de simbolización dentro de ciertos marcos sociales que le dan inteligibilidad a los mismos fenómenos pasados, jugando un rol fundamental en los fenómenos de cohesión social y de constitución de identidades. De esta manera, “los hechos que se recuerdan son los que tienen una significación, porque ellos han sido objeto de razonamiento”. Al respecto, A. Drouard señala que en los planteamientos de Halbwachs los recuerdos, además de su carácter colectivo, cumplen una función social:, imponiéndose a los individuos como normas sociales; ellos son uno de los instrumentos de la integración social. Y concluye: en definitiva, la memoria colectiva no es otra cosa que la conciencia colectiva de Durkheim⁶⁷.

Ahora bien, la construcción de las identidades colectivas, grupales o nacionales no son inmutables ni ocurren por casualidad, sino que existe en dicho proceso distintas disputas de poder, distintas luchas políticas, que entregan los marcos sociales hegemónicos sobre los cuales se articularán los recuerdos. Sin embargo, esta premisa no es estática, sino más bien dinámica. Los fenómenos del recuerdo, las apropiaciones y la simbolización cambian en el tiempo, se resignifican de distintas formas y de ese cambio debe dar cuenta la historia.

Estas luchas intestinas también llevan aparejado otro fenómeno importante, y se refiere a que la memoria colectiva no es una sola, única memoria consagrada por todos y de una sola vez, sino que así como hay diversidad de prácticas sociales hay también diversidad de memorias colectivas. Las memorias estarán configuradas por los entornos sociales, los marcos, así como por el lugar en la estructura social, la posición geográfica, entre otros aspectos de la vida humana, que enmarca las formas en que percibimos la realidad presente y por ende, sobre como articulamos nuestros recuerdos y significaciones del pasado.

Dadas las razones anteriores, cualquier estudio de memoria no puede cristalizar las prácticas del recuerdo, sino que debe dar cuenta de los procesos o “prácticas concretas que la gente se recuerda”⁶⁸. En dichas prácticas, afirma Pedro Milos, también juega un aspecto primordial el espacio físico donde se desenvuelven las prácticas de memoria. Es lo que Le Goff y Pierre Nora han denominado como lugares de la memoria.

Paralelamente, Pedro Milos nos recuerda que si bien la memoria puede recogerse en las prácticas concretas y en los espacios físicos visibles, es en sí misma un proceso colectivo de configuración de sentidos, es decir, de mediación de la

realidad por medio de símbolos. De esta manera, se hace necesario combinar los aspectos “más duros de una realidad (aparentemente) objetiva, con los procesos subjetivos de producción de significados”. Tal como lo expresa, afirma Milos, Jewsiewicki:

[...] la memoria se trata de un campo de producción social de sentido, entre lo individual y lo colectivo, entre la persona y el grupo, cuya principal ventaja es... conducirnos al corazón subjetivo social e individual. Se trata de un proceso cuya inteligibilidad permite saber cómo la sociedad presente produce un sentido y autoriza una nueva interpretación de las huellas obtenidas por medio de otros procedimientos de toma de información. Un proceso de producción de sentido que pertenece al campo de lo político, en la medida en que se le otorga una importancia variable a los hechos”⁶⁹.

En la lógica de las premisas anteriores, nos encontramos con el texto de Sarah Farmer, quien en “Martyred Village. Commemorating the 1944 Massacre at Oradour-sur-Glane”, trata que explicar o comprender el proceso social, político e histórico de cómo se configuró en Francia una memoria nacional sobre dicha masacre. Memoria que no solo se configuró mentalmente, sino que a través de los textos de estudios, de la preservación de ruinas y de la construcción de un monumento de las mismas, que vuelven siempre presente y conmemorable la masacre ocurrida en 1944 en dicho pueblo, y que fue ejecutada por los nazis y las SS.

Las preguntas de fondo que se hace la historiadora es: ¿qué tiene la masacre de Oraudor de distinto de otras masacres similares ocurridas en fechas más o menos simultáneas y con procedimientos similares? ¿Por qué solo Oradour se convirtió en una masacre de la memoria y de la identidad nacional francesa y no las otras? ¿Cómo logró convertirse en un hecho de la memoria nacional francesa? Y en forma simultánea: ¿cómo se configuran los actos de conmemoración dentro de los aspectos sociales de la memoria? Según la autora:

Conmemoration reveals much about a society’s relationship to its past because it mediates between individual testimony and collective remembrance; between the

often conflicting perspective of participating groups (survivor, the families of those touched by events being memorialized, association, government, authorities, political parties); between past, present, and future; between remembered experience and the written works of professional historians; between remembering and forgetting”⁷⁰.

De esta forma, la autora pretende sintetizar en los procesos de ‘conmemoración’ una práctica social de la memoria que no solo condensa el proceso mediante el cual un grupo en particular resignifica el pasado y lo entiende en el presente, sino que una serie de otros sujetos o grupos activos que se introducen en dicho proceso, aun cuando no lo hayan vivenciado directamente, para volverlo patrimonio colectivo nacional, con fines de cohesión social y donde juega un rol fundamental la relación hegemónica entre lo que se recuerda y lo que se olvida.

Farmer intenta comprender a su vez, dentro del fenómeno central, lo que hizo de dicha masacre un fenómeno capaz de convertirse en acto de conmemoración. Según la autora, la masacre de Oradour se sacó del contexto de la resistencia francesa sobre las zonas ocupadas por los nazis, no así como sucedió con las otras matanzas. Los hechos de Oradour se resignificaron de otra forma, y pasaron a constituir la imagen del recuerdo de un pasado francés donde cualquier ciudadano, sin tener mucho que ver en el conflicto, podía ser víctima inocente de la violencia de los nazis:

It is in the commemorative accounts of the massacre that Oradour is detached from its historical context. While the Vercors, for example, retained its original significance as a symbol of maquisard sacrifice, Oradour became decoupled from the context of reprisal related to Resistance. The commemoration of Oradour perpetuates the memory of a random massacre of French civilians uninvolved in any resistance activity⁷¹.

En este proceso de descontextualización histórica, jugaron un importante rol los fines políticos de la organización francesa posguerra. Tal cual como lo afirma Renan, y citado por la autora, en los complejos procesos de construcción de la nación (y por ende, de identidades nacionales) los recuerdos son trastocados, y

así como los recuerdos son fundamentales, lo son también los olvidos inducidos y consensuados por el colectivo nacional.

La autora da cuenta de este proceso y le asigna un rol importantísimo dentro del mismo a los actos gubernamentales dirigidos a preservar la memoria sobre la masacre. Sin embargo, dichos actos descontextualizaron el pasado de manera más fuerte aún. La construcción de un museo y el cierre de las ruinas del pueblo, hizo que el fenómeno se alejara de los sobrevivientes pero, por lo mismo, se volviese más cercano a la nación francesa en su conjunto; en tanto el recuerdo no es patrimonio de unos pocos, sino que de todos.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, la autora descubre una problemática no pequeña en este proceso. Me refiero a lo que denomina la memoria de victimización, que está presente en la conmemoración de la masacre de Oradour. Según ella, dicha memoria se contrapone en la actualidad a los fenómenos de comprensión de la guerra, donde el Estado y la nación francesa sufrieron rupturas, fueron agentes activos y, por ende, no víctimas inocentes. Para Farmer, quizás lo más importante de Oradour sea que dicha memoria permanezca, aun cuando los fenómenos de la actualidad hayan comenzado a presionar para resignificar las memorias del pasado. Es allí donde el proceso de conmemoración colectiva asume su máximo rol explicativo tanto dentro de la sociología como en la historia:

Taking Oradour out of context was made easier by the lack of reliable information about why Oradour was picked as a target. Thus the conmemoration of Oradour permitted avoidance of uncomfortable political tensions and accentuated the idea of French innocence and victimization, blurring the distinction between resisters and bystander by giving the message that everyone was at risk. Oradour provided an interesting corollary to the notion of France as a nation of resisters: that of France as a nation of victims, martyred regardless of political choice or wartime activity⁷².

En suma, lo que Farmer se arriesga a realizar como estudio histórico está en la línea de los procesos sociales de la memoria colectiva.

Las consideraciones de los actores: los testigos, los relatos... la subjetividad

El ejemplo de la masacre de Oraudor, al igual que otros de la historia europea o latinoamericana, fue destacado básicamente para mostrar cómo se ha abordado analíticamente el trabajo de la memoria, más allá de reconstruir el hecho histórico en sí mismo.

El uso de fuentes orales, en el sentido más clásico, no solo se aborda desde la perspectiva de datos sobre el pasado recordado, sino que se las cuestiona en el proceso de creación de las mismas. En otras palabras, más allá de lo que se recuerda, que es importante, el historiador debe preguntarse por el sujeto que recuerda, cómo lo hace, para qué, así como su conexión analítica con el presente. De allí la necesidad de volcarse a la consideración de la subjetividad en la historia, así como a la definición previa de partido político en la perspectiva geertzeniana.

Si entendemos por política las formas de construcción del orden deseado por una colectividad y por los sujetos, la subjetividad es inherente a la misma. Los discursos sobre los distintos órdenes deseados, la formas de articulación del poder y los significados que en esta construcción juegan los actores de carne y hueso, no es solo una técnica de administración, sino que es una creación simbólica y significativa, que pone en discusión el lugar que cada sujeto quiere, desea y puede ocupar en el nuevo orden por el cual lucha, actúa, se moviliza; en suma, por el cual vive.

Por este motivo, los discursos programáticos de los partidos dan cuenta de la construcción de estos universos simbólicos sobre los cuales comprenden, o al menos intentan comprender, la realidad en la cual están insertos y que desean mantener o cambiar. De esta forma, la administración de la política por un grupo en particular no debe ser solo analizada en tanto su impacto en las políticas públicas, sino que también en tanto apropiación afectiva de sus receptores, que al no ser pasivos resignifican las acciones y modifican conductas, alterando siempre las delicadas y múltiples redes de poder.

Las suposiciones anteriores, sin embargo, solo tienen validez si estimamos,

como afirma Lechner⁷³, que la política tiene un carácter constructivista, es decir, que es la herramienta que nos permite construir sociedad. Solo allí la subjetividad social ofrece las motivaciones que alimentan el proceso de construcción simbólica y valórica de lo social.

En este contexto, el volcarse hacia lo subjetivo no significa renunciar al afán de comprensión global; no significa el querer crear discursos falsos o irreales, sino que aspirar a abrir una nueva luz en la comprensión de los sujetos sociales y sus universos. De esta manera, cuando estudiamos un partido político debemos partir de la premisa de que este está compuesto por sujetos activos, que sienten, que valoran y que cambian en el transcurso de la historia, herederos de un pasado y constructores de un futuro. Son la fuerza de la historia, y olvidar esta vertiente significa renunciar a la comprensión más profunda del pasado. Un partido político, entonces, no es solo una estructura, sino que es un colectivo y, como tal, un compuesto de sujetos-actores que construyen su historia presente haciendo eco de un pasado conjunto y proyectan sus visiones de futuro en la lucha política electoral, administrativa, valórica e ideológica.

Lechner afirma que “las experiencias pasadas, sean rutinas inertes o acontecimientos extraordinarios, nos fijan los objetivos que ambicionamos. [...] expuestos a un futuro inédito, somos llevados a buscar en el pasado las lecciones que ayuden a comprenderlo”⁷⁴. De esta forma, la concatenación temporal del pasado-presente-futuro, constitutiva de la concepción moderna de la historia, tiene como vector de dirección elementos subjetivos que motivan a los sujetos a su acción, ya sea de manera individual o de manera colectiva. Son esos elementos subjetivos racionalizados en las acciones colectivas los que han estado ausentes en los estudios de la teoría política contemporánea y de las ciencias sociales en general, por cuanto se ha tendido a fomentar un proceso de desubjetivización.

Una política que no da cuenta de los deseos, ansiedades y dudas de las personas, corre el peligro de caer en la denominada ‘crisis de representación’, es decir, una crisis que se caracteriza por estar constituida de discursos y acciones vacías alejadas del sentir popular, del sentir colectivo, que no representa nuestros anhelos y que, por lo mismo, pierde el sentido de su ser. Según Lechner, “la brecha que se abre entre sociedad y política tiene que ver con las dificultades de acoger y procesar la subjetividad. Esta no es una materia prima anterior a la vida social; es una construcción cultural. Depende pues del modo en que se organiza la sociedad, y en especial, del modo en que la política moldea esa organización

social”⁷⁵.

Para Zygmunt Bauman, coincidentemente con Lechner, el problema no es solo metodológico, sino que también político, porque implica una acción. Para dicho autor, la política en la actualidad no solo no da cuenta de las subjetividades, sino que se ha constituido sobre la negación de la representatividad de nuestros anhelos y las promesas incumplidas. En líneas generales, el incremento de la libertad individual puede coincidir con el incremento de la impotencia colectiva, en tanto los puentes entre la vida pública y la vida privada están desmantelados o ni siquiera fueron construidos alguna vez; o, para expresarlo de otro modo, en tanto no existe una forma fácil ni obvia de traducir las preocupaciones privadas en temas públicos e, inversamente, de discernir en las preocupaciones privadas temas de preocupación pública. Y en tanto que, en nuestra clase de sociedad los puentes entre ambas dimensiones están cortados, o desaparecieron abiertamente, lo público y lo privado se vuelven antagónicos, incomprensibles entre sí y diferenciados. De esta forma, los agravios privados, los problemas cotidianos, al estar los puentes cortados, no se convierten en causas colectivas⁷⁶.

Esta explicación de Bauman sirve para entender el descontento, el desánimo y la incredulidad de que numerosas encuestas y estudios más o menos serios de nuestro país, dan cuenta como una transformación de la identidad chilena. Se opone la imagen de una sociedad politizada, participativa y con proyectos globales como la chilena de las décadas de los 60 y 70, a una sociedad incrédula, individualista, desconfiada y pesimista de los años 90-2000. Algunos analistas sociales culpan de la transformación a la dictadura militar de los años 70-80; otros a las transformaciones que en ese mismo contexto particular posibilitó la renovación socialista. Sin embargo, las transformaciones parecieran ser, según Bauman, más complejas, más globales y menos locales. En otras palabras, podríamos entender a la dictadura militar como un factor que aceleró en Chile un proceso de transformación de la política que hoy parece ser característico de la sociedad mundial-global que, en última instancia, podemos creer que tal vez se adelantó a los tiempos. Sin embargo, lo que no podemos desconocer es que la política actual poco tiene que ver con la de antaño; y más aún: con los mismos actores los discursos han cambiado, para volverse vacíos, televisivos y de corto impacto. ¿Qué papel juega en este proceso la renovación socialista? Buscar la respuesta a esta interrogante es algo que nos compete en esta investigación.

Así, la configuración de los universos de lo deseable, de lo anhelable, de lo justo, de lo ético y de lo bueno, es construcción cultural simbólica, que da cuenta de

las relaciones de poder sobre las cuales se fundamentan, se constituyen, cambian y se descomponen. Dichas relaciones de poder son, por ende, relaciones de política: política de lo cotidiano, política de la vida diaria, que nutre los discursos públicos y viceversa.

De esta forma, cuando un partido político convoca a la militancia a sus adeptos, y el colectivo es capaz de construir señas de identidad social, es un partido que ha logrado unir los elementos de la subjetividad individual y colectiva y hacerlos visibles en un discurso público, coherente y atractivo. Es un partido que impregna lo cotidiano porque da cuenta de lo cotidiano, pero a su vez, da sentido a las mismas acciones con ambiciones de trascendentalidad y cambio, en el fin último de la política: la búsqueda del poder.

Así, cuando la estructura partidaria desaparece y el imaginario colectivo sigue haciendo referencia a la existencia del ‘partido-inexistente’, como es el caso del MAPU, podríamos estar en presencia de una nueva forma de organización política que ya no necesita de la estructura tradicional de funcionamiento, sino que sus líderes, militantes y adeptos llevan el partido en su subjetividad, en sus acciones cotidianas, que pueden desarrollarse aun dentro de otros partidos políticos. Creemos que en este fenómeno la conexión entre cultura política y proceso de renovación socialista resulta muy pertinente⁷⁷.

Los sujetos, por lo tanto, se hacen más necesarios de estudiar, por cuanto la estructura legal ya no existe y no se articula como tradicionalmente se supone articulan los partidos políticos tradicionales⁷⁸. El partido está en cada uno de los sujetos, aun cuando estos ni siquiera estén juntos, porque dicho partido más que discurso ideológico fue constructor de una identidad colectiva, donde el individuo explica y entiende su vida cotidiana y política. Ese cambio en la forma de militancia, así como en la estructura partidaria misma, es uno de los procesos fundamentales que, en el MAPU, caracteriza el proceso de renovación socialista. Así, el sujeto no:

...es una unidad cerrada, como postulan las vías inductiva y deductiva, sino abierta (disparatada, contradictoria). La transducción se mueve en el elemento de la unidad, pero de una unidad problemática”⁷⁹. Individuo considerado como “frontera topocronológica que divide el universo en dos zonas: una interior/pasado (la parte del universo ya incorporada) y un exterior/futuro (la

parte del universo por incorporar⁸⁰.

Individuo depositario y constructor de historia, entendido este como el ser que aglutina en su interior lo pasado y lo futuro, en tanto “vivencia y proyecto”.

La consideración del sujeto como unidad topocronológica sugiere, sin embargo, una problemática de acercamiento metodológico y epistemológico a la vez. Si el observador es sujeto-individuo que intenta observar-comprender a otro sujeto-individuo como universo independiente y distinto, debe negarse a sí mismo en tanto observador-activo.

Esta escisión pone una disparación o una contradicción en el corazón del universo: el mundo es indudablemente sí mismo (esto es, idéntico a sí mismo), pero en cualquier intento de verse a sí mismo como objeto, debe también, indudablemente, actuar de modo que se haga a sí mismo distinto, y por tanto, falso a sí mismo. En estas condiciones siempre se eludirá parcialmente a sí mismo⁸¹.

Esta disyuntiva quizá pueda resolverse a través de darle validez a la subjetividad inherente a cada sujeto, que al interrelacionarse se vuelve intersubjetiva y plausible de aprehender como ‘objeto’ de análisis social. Lograr simular mediante la acción simbólica y lingüística universos construidos y vividos en la simultaneidad del relato, permite asir la realidad pasada intersubjetivamente, sin necesidad de que esta reconstrucción sea intrínsecamente ‘falsa’.

Según Jesús Ibáñez, el sujeto actual es un sujeto reflexivo, “pues tiene que doblar la observación del objeto con la observación de su observación del objeto (medida cuántica). El sujeto y el objeto son efectos del orden simbólico: el sujeto está sujetado y el objeto objetivado, por el orden simbólico”⁸². La estructura de este orden simbólico, sin embargo, no es inmutable sino que histórica en tanto construcción cultural. Es en dicho orden donde las funciones de arquetipo ideal o imaginario dan las coordenadas de nuestra situación y de nuestro futuro.

En el cambio o en las mutaciones permanentes del orden simbólico donde se

sitúa y construye a sí mismo el sujeto, se cruzan según Ibáñez dos movimientos: “un movimiento de represión que produce el desvanecimiento del sujeto (que pierde su profundidad vertical, para quedar aplanoado en la horizontalidad superficial del intercambio); y un movimiento de retorno a lo reprimido (del sujeto de la enunciación). Se puede hacer coincidir el primer movimiento con la modernidad, y el segundo –que actúa ya en la modernidad– con la posmodernidad”⁸³.

Es el sujeto de la enunciación el que nos interesa, en cuanto es en él donde prima la subjetividad, en tanto análisis social plausible.

El sujeto de la enunciación no se resigna a perder lo bello, lo bueno, lo verdadero. Reivindica equivalentes de valor que sean, otra vez, unidad de medida y tesoro. El movimiento que desemboca en el formalismo reivindica la unidad de medida. Es el retorno de los reprimidos en el objeto y en el sujeto. No hay cobertura en la horizontal de la circulación: la hay en la vertical, arriba está el ideal, abajo está el tesoro⁸⁴.

Lo real, de esta forma, aparece en la perspectiva del sujeto como interioridad experencial. Nuestro tesoro solo es alcanzable a través de la memoria, en tanto esta permite dar cuenta de las construcciones simbólicas y de valor que dan coherencia a los universos colectivos. Según Subercaseaux, se trata de:

...realizar el proceso de constitución y autonomía del sujeto, sin desconocer los determinismos sociales, pero focalizando el análisis en ese espacio en que el sujeto llega a ser y en que se manifiesta o representa su autonomía. En este proceso el “yo” interactúa con el mundo externo. El sujeto se constituye y es modificado en diálogo continuo con el otro, con las formaciones discursivas y con los mundos culturales exteriores⁸⁵.

El diálogo continuo de la multiplicidad de sujetos individuales (yo) no debe ser considerado en los análisis sociales en tanto individualidad pura, sino que en

tanto contacto transcultural con otros sujetos. De allí la validez historiográfica de los relatos de las memorias que dan cuenta de las subjetividades individuales y colectivas. De esta manera, la noción de sujeto histórico apunta “a un sujeto colectivo compacto, a un conjunto de ‘yo es’, que se proyectan e interactúan en lo político y cultural. Cuando nos referimos a un sujeto colectivo, al usar la voz sujeto, en lugar por ejemplo, de hablar simplemente de ‘sector social’, estamos implicando que tiene conciencia de sí”⁸⁶. O dicho en otros términos, estamos hablando de sujetos con identidad:

En estos usos el espacio semántico del “yo” pareciera que se disuelve, o se presupone plegado a un sujeto preconstituido, o en algunos casos, cooptado por la dimensión de lo político y lo social. Sin embargo, la dimensión político-social implica siempre una elección de valores y una acción dentro de un repertorio posible de opciones. Se trata, por ende, de un espacio en que opera la autonomía del sujeto, desde el “yo”, pues es desde allí desde donde se elige y actúa. Y es desde allí también que se pliega o no a un determinado discurso y a un conjunto de valores⁸⁷.

Ese es el espacio donde la subjetividad opera, donde las acciones adquieren su sentido y significado más profundo. La articulación de la tensión operativa entre el mundo individual, el ‘yo’ y el mundo colectivo del cual formó parte, los ‘yo es’, nutre la subjetividad política de los actores. Es en esta tensión donde las decisiones valóricas, de militancia, de hacerse y sentirse parte de un discurso y de una acción, cobran la relevancia de la que queremos dar cuenta en este estudio.

Tensión que existe también en la relación histórica de pasado, presente y futuro, ya que cada sujeto llega cargado de una herencia cultural propia, que configura su existencia del presente, y sobre la cual se articularán las opciones de futuro. Sin embargo, si bien ese pasado no es determinante, tampoco es fútil. Por esa razón, el sujeto activo debe ser considerado siempre un sujeto topocronológico, ya que las interrelaciones temporales para este estudio serán muy relevantes en la configuración de una particular cultura política.

Los mundos de los cuales los sujetos provienen, sus círculos sociales, sus

experiencias pasadas, los hacen sentirse más cerca o más lejos de otros sujetos con quienes pueden compartir o no dichos universos simbólicos y significantes. El presente, por su parte, será comprendido a la luz de esa experiencia pasada. Sin embargo, las nuevas vivencias interrelacionadas van a la vez configurando las opciones de futuro, la nueva relectura del mundo social, la construcción de nuevos universos discursivos, que van reinterpretando mi pasado, pero que van guiando mi futuro. Aquí se constituye entonces una determinada cultura política.

Lechner afirma: “los temores al futuro nacen en el pasado. Y los sueños de futuro nos hablan de las promesas incumplidas del pasado; lo que pudo ser y no fue. De lo que hemos perdido y de lo que no debía haber sucedido. Hacer memoria es actualizar nuestras experiencias”⁸⁸. Así, memoria y subjetividad están muy relacionadas, por cuanto la primera no solo se constituye en herramienta para excavar en las subjetividades, sino que es parte constitutiva importante de la misma subjetividad. Esa es nuestra apuesta para reconstruir microhistóricamente la renovación socialista en el MAPU.

Nuestras fuentes para el estudio de la renovación socialista

Uno de los grandes problemas a los que se enfrenta el historiador para realizar sus reconstrucciones del pasado son las fuentes. Estas son las que nos permiten viajar en el tiempo y, como expresaba Duby, nos ponen las bases, los marcos éticos, sobre los cuales el historiador construye su discurso. Estas son las que nos permiten recrear el pasado, sabiendo que algo de realidad hay en él y que no es pura invención nuestra.

El periodo de la clandestinidad y el exilio, marco en el cual se desarrolla el proceso de la renovación socialista, nos entrega una difícil tarea para acceder a las fuentes. Dado lo complejo y peligroso del contexto político represivo que se vivía en Chile bajo la dictadura militar (1973-1990), las publicaciones documentales escritas se encuentran dispersas, discontinuas y en los casos en que se encuentran reunidas, no están muy bien sistematizadas.

Las condiciones que imponía la clandestinidad para sobrevivir hacían que la vida cotidiana del militante político fuese compleja. Si bien los líderes más importantes de las colectividades de izquierda que sobrevivieron a la represión y a la ‘inteligencia’ de los organismos de seguridad, se fueron al exilio (caso del PS, MAPU y MAPU-OC) o vivieron protegidos por los aparatos internos de cada colectividad política, el resto de los militantes de base tuvieron que compartir su vida cotidiana con una experiencia de militancia clandestina.

Tal como cuenta Jaime Gazmuri (Secretario General del MAPU-OC al momento del golpe) en sus memorias, la vida clandestina rompió la cotidianidad previa al golpe y de repente (y sin haberlo previsto), tuvo que cambiar su apariencia física, su nombre, inventarse un pasado, dejar de ver a su familia, a su esposa, transitar de una casa a otra, vivir de la caridad militante porque no trabajaba. En suma, durante varios años su experiencia en la clandestinidad cambio radicalmente la forma como entendía que se hacía y se practicaba la política”⁸⁹.

Sin embargo, si bien los líderes vivían en una especie de burbuja clandestina, el resto de los militantes de base vivía su vida de manera bastante disociada. Durante gran parte de cada día se comportaban como trabajadores responsables,

siguiendo los cánones impuestos por la dictadura: asumen el rol del padre de familia tradicional, del vecino, del ciudadano chileno ‘a-político’. Pero en otros momentos de sus días disociaban sus labores aparentes (pero igual de reales) para discutir de política, plantear alternativas de salida a la dictadura, autocriticarse, hacer balances, en suma, aprender de nuevo otra forma de hacer y pensar la política⁹⁰.

Por otro lado, el exilio (tanto de líderes como de militantes de base) también condicionó nuevos espacios y marcos donde se tuvo que repensar la política. Los chilenos que llegaban al exilio asumían en los países que los recibían, su calidad de héroes de la resistencia, sus relatos sobre el golpe y sus experiencias. Es que esos países miraban la experiencia chilena con admiración y perplejidad. Pero este aire de heroísmo que rodeaba al exiliado chileno, rápidamente se vio condicionado por la cotidianidad de la sobrevivencia. Había que trabajar, había que insertarse en una realidad distinta de la chilena y, más aun, de la construcción idealista de la misma que se había exportado.

El marco del exilio determinó entonces que muchos militantes del MAPU y del MAPU-OC se insertaran en estas sociedades y pasaran a articular discursos sobre la política chilena más acordes con la realidad del país donde se encontraban que con la realidad chilena. Las posturas que cada núcleo de exiliados tomó, estaban condicionadas por los grupos políticos que los ampararon y los financiaron. De allí que la posibilidad de un pensamiento alternativo y propio fuera bastante precaria⁹¹.

Sin embargo, pese a todos los elementos que hemos mencionado, tanto en el exilio como en el interior existieron publicaciones documentales que nos permiten adentrarnos en los procesos de configuración de una nueva forma de pensar y hacer política; en definitiva, el surgimiento de una nueva cultura política que contiene el proceso de renovación socialista. Por ello resulta de vital importancia realizar un marco operativo clasificatorio de los tipos de fuentes, para saber qué podemos obtener de ellas, qué les podemos preguntar y qué nos podrían decir. La experiencia entregada por las posturas posmodernistas sobre cómo una buena pregunta, un cuestionamiento distinto y novedoso a cualquier fuente, puede darnos luces diversas sobre el mismo proceso, nos parece no solo atendible, sino que necesario.

Una primera clasificación de las fuentes que podemos realizar es la siguiente:

Documentos ‘escritos’ de las colectividades políticas. Situamos aquí todos los documentos escritos por militantes de los partidos, y cuyo fin es reflexionar sobre temas políticos, es decir, referencias al contexto nacional (político, social o económico), estrategias de salida a la dictadura, estrategias de resistencia, ideas políticas más abstractas (sobre el concepto de sociedad esperado, el ideal de país, de participación, etc.).

Estos documentos escritos pueden subdividirse a su vez en aquellos que se produjeron en el ‘Frente Interno’, es decir, en el interior de Chile y en condiciones de clandestinidad, y los que se produjeron en el ‘Frente Externo’, es decir, en el exilio. Una subclasificación operativa que cruza a ambos espacios de producción, se relaciona con el criterio de uso del mismo documento, es decir, si tenía destino privado (por ejemplo, cartas entre militantes, o bien reflexiones personales que no tenían otro objetivo que ordenar el pensamiento político de los mismos militantes y que nunca fueron divulgados masivamente), o bien destino público (tal es el caso de los boletines internos de la colectividad o de la revistas del partido). También podemos encontrar un tercer tipo de documento que hemos denominado de uso semi público, por cuanto contienen ‘votos’, que en la jerga política son documentos que distintos grupos dentro de la misma colectividad divulga en el contexto de la discusión interna, y que deben ser votados para sancionar la línea política del colectivo mayor como expresiones de disonancia interna, entre otros aspectos.

Memorias de militantes. Corresponde a la otra fuente complementaria para indagar en el proceso de renovación socialista, y se refiere al “análisis de la evolución de las formas y los usos del pasado sobre un período dado, tal como es llevado por grupos significativos”⁹², considerando que dicho análisis se hace desde el presente.

Teniendo en cuenta lo anterior, la memoria de los militantes nos puede ayudar a reconstruir ese pasado complejo, dada las condiciones adversas para la producción documental sistemática, así como también nos dirá mucho sobre la forma en que, desde el presente, se entiende, valora y significa el proceso de

renovación socialista.

Sin embargo, para que la segunda posibilidad brindada por la memoria sea fecunda, es necesario indagar en las experiencias de vida individual, saber qué hacía el militante en esos años, pero también quién es y que hace hoy día. El desencanto, la sobrevaloración, la visión crítica o cualquier otra posibilidad de significación, dependerán del presente de quien habla y desde donde mira y analiza su trayectoria de vida. Tal como lo plantea Catherine Hite:

[...] for the men and women whose lives are the focus of this book, I found, the most salient indicators of political identity were their early experiences in national politics, experiences that seared their memories and defined their political priorities and relationships to politics in unique ways. Such defining experiences also reflected individual community, class, and educational backgrounds”⁹³, desde esas consideraciones, Hite concluye que “I have found both conscious and unconscious efforts by individuals to claim a kind of continuity for their lives, even if their political lives, in fact, bee transformed⁹⁴.

De esta forma, recurrir a la memoria nos podrá ayudar a entrar en la arena de la producción subjetiva que los individuos miembros de la comunidad política hacen sobre su pasado, analizándolo ya sea como quiebre o como continuidad. Paralelamente, nos permitirá analizar cuán hegemónico resultó ser este proceso de reconfiguración de la cultura política del MAPU que articuló la renovación socialista. A nuestro juicio, fue precisamente el proceso de renovación socialista lo que condujo a la disolución legal de esta colectividad en el año 1989, e introdujo no solo nuevas consideraciones ideológicas sobre el socialismo y la democracia, sino que también sobre la militancia política y la participación. El marco de la renovación socialista y su consecuencia práctica –la Convergencia– llevó a los militantes MAPU a entrar a otras colectividades preexistentes (Partido Socialista) o bien al partido funcional para la inscripción de la izquierda en el año 89 (PPD), sin dejar de mantener la identidad política del MAPU. En otras palabras, también renovaron la forma práctica de hacer política, integrándose al sistema de partidos, pero manteniendo una lógica de funcionamiento político articulado en torno a redes sociales e históricas, que les permiten seguir manejando importantes cuotas de poder político, sin mantenerse

como colectivo político legal.

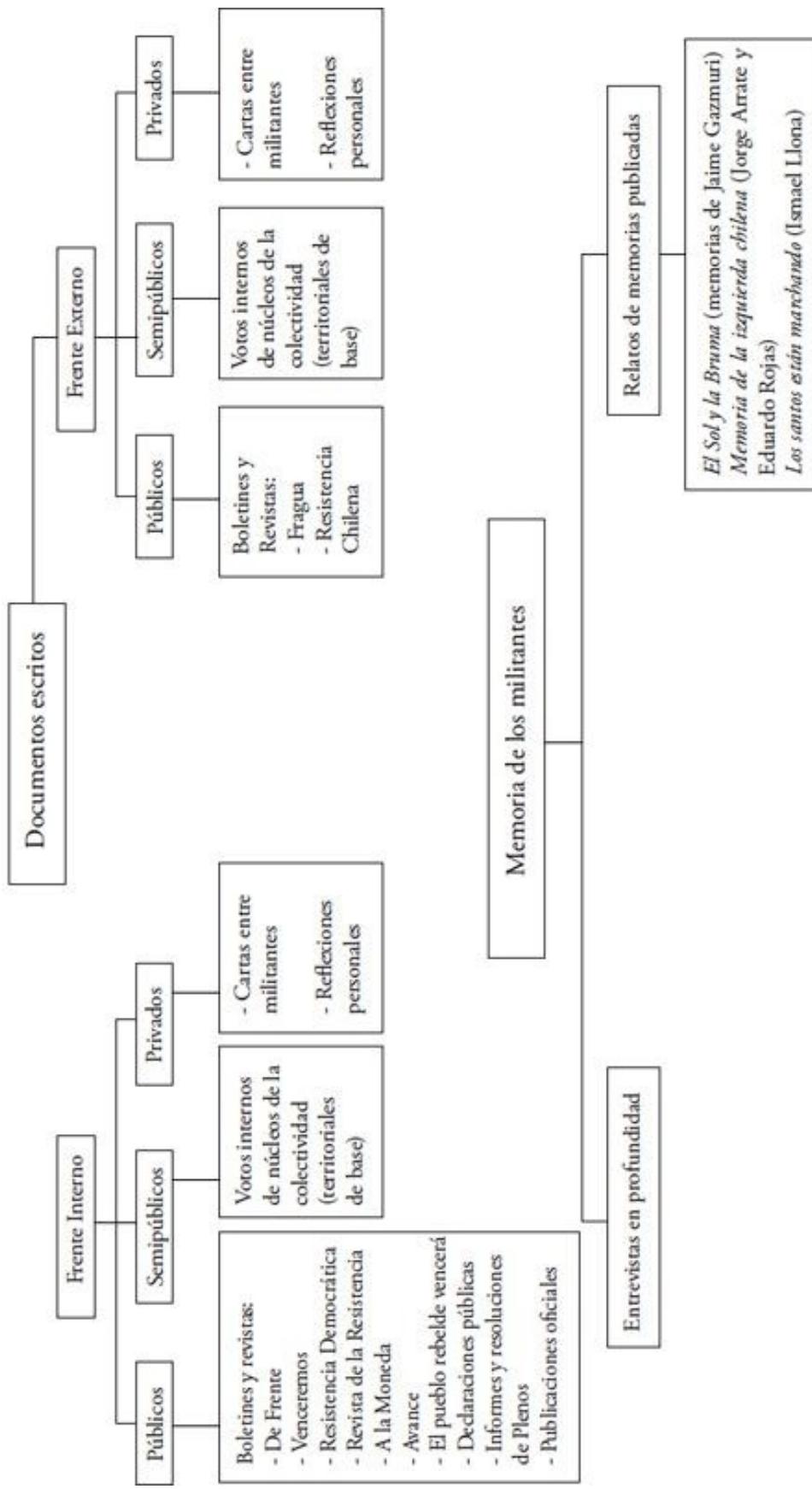
Algunos elementos generales que podemos extraer de las fuentes

En general, las fuentes (ya sean documentales u orales) nos permiten obtener información útil para llevar a cabo un estudio histórico de la renovación socialista. Como producción discursiva nos permite indagar en:

- Aspectos materiales de la realidad de la que hablan; en otras palabras, nos permiten reconstruir cómo era percibida y conceptualizada la realidad chilena del momento. Muchos documentos se refieren a cómo fueron recibidas las transformaciones estructurales de la economía durante la dictadura, la percepción sobre los aparatos de inteligencia y la política represiva, los cambios culturales, entre otros fenómenos que indicarán el contexto sobre el cual se renovará la práctica de la política.
- Características de la cultura política de la colectividad, toda vez que el análisis del tipo de producción documental, así como lo que ella dice, reflejan las formas que tienen los militantes de entender y hacer la política. Cada boletín, revista, carta u otro documento nos habla de la identidad política del colectivo, así como de los códigos, símbolos y lenguaje discursivo con los cuales comunican lo requerido.
- También nos proporcionan elementos relativos al nivel social, redes sociales, posición cultural y preparación profesional de los que escriben, posibilitando situar al emisor del lenguaje en cierto espacio socio económico y cultural desde donde realiza el análisis de la realidad a la que se refiere.
- Nos proporcionan información sobre los conflictos internos de cada grupo dentro de la misma colectividad y las formas que tienen de discutir y expresar la divergencia; en suma, la práctica política militante en sí misma.
- Por último, van esbozando el constructo ideológico y práctico que se denominará en los años 80 renovación socialista. En dichos documentos es posible analizar las nuevas ideas sobre el poder, la participación política,

objetivos de la política, ideal de país, de hombre, de mujer y de ciudadano, ideas sobre la economía, sobre proyectos más generales, sobre prácticas aliancistas y electorales, sobre democracia, socialismo y transición.

Esquema de fuentes disponibles para el estudio de la renovación socialista en el MAPU



Un intento de redefinición de la renovación socialista

Después de la revisión teórica y metodológica realizada, hemos intentado recrear un nuevo concepto de renovación socialista, que amplíe sus márgenes constitutivos y con ello, las posibilidades de comprensión histórica de este interesante proceso que vive un sector de la izquierda chilena.

Así, la renovación socialista puede entenderse como un proceso de reconfiguración ideológica y práctica de lo que significaba ser y hacer en política desde el campo de la izquierda, cuya experiencia en el poder fracasó con el golpe de Estado del año 1973.

Dicha reconfiguración simbólica y práctica no fue homogénea en todas las colectividades de la izquierda socialista, sino que tuvo sus propias particularidades en el marco de cada uno de los partidos políticos que la vivenciaron⁹⁵. Dichas particularidades se encuentran enmarcadas en la cultura política de cada partido, que reconstruyó de acuerdo a sus militantes, sus experiencias de vida, sus redes sociales, su historia común, las críticas a los postulados del socialismo y democracia así como las propuestas alternativas de una nueva política, que incluía nuevos objetivos, ideales, prácticas y discursos.

Es por eso que la renovación socialista constituye en el MAPU una nueva forma de representar la realidad, donde efectivamente el ‘realismo político’ se volvió predominante. Esto, porque tanto el marco represivo que impuso la dictadura en el plano interno nacional, como el marco del exilio y las críticas al socialismo real, así como la percepción de cuáles habían sido los factores de la derrota-fracaso de la experiencia de la Unidad Popular, condujeron históricamente a un abandono del idealismo político revolucionario, introduciéndose la idea de que la política debía buscar lo posible.

Esta nueva representación de la realidad crea un nuevo orden simbólico, que articula un nuevo marco de subjetividades e intersubjetividades. En dicho marco, los sujetos se redefinen identitariamente, así como sus objetivos en el corto, mediano y largo plazo. Al realizar dicha acción de identificación, se obligan a redefinir al otro y los referentes con los cuales crearán los lazos de alianza y de

lucha. Es así como la renovación socialista articula dos identidades prevalecientes: la identidad del derrotado autocriticó y la identidad del resistente. Este será el campo de respresentaciones en que el MAPU, como comunidad política, se verá a sí mismo en el nuevo orden social impuesto por la dictadura. Según Oscar Garretón...

...la crisis vivida después del golpe por la izquierda no comienza en septiembre de 1973: el golpe la deja al desnudo. Viene de antes y está en la raíz de la derrota. Diremos que, en primer lugar, esta es una crisis teórica y también práctica. Y ello es vital para fuerzas marxistas como las nuestras, donde la teoría determina nuestra práctica (o al menos debería hacerlo)⁹⁶.

Cuando hablamos de crisis teórica o de un cuerpo teórico, estamos hablando de dos cosas: en primer lugar, de la incapacidad del sistema teórico para renovarse internamente, enriqueciendo su bagaje, generando nuevos conceptos, aportando superiores proposiciones explicativas y, en segundo lugar, de un cambio de realidades que el cuerpo teórico solo es capaz de aprehender de sus formas pretéritas bajo las cuales fue concebido, resultando por ende insuficiente como instrumento revolucionario⁹⁷.

Así como queda manifestada la identidad del autocriticó derrotado en lo expresado por Garretón, esta identidad coexistía con aquella que revaloraba la resistencia y la lucha. En el Boletín Venceremos, dicha identidad es:

...construida a través de una línea imaginaria que subraya la continuidad histórica. Así el MAPU, “recoge esas enseñanzas en sus combates diarios, en la lucha por la UP, en las luchas por el primer año del Gobierno Popular, en el paro de octubre, etc. El MAPU profundiza dicha enseñanza y la búsqueda del camino revolucionario y proletario en su II Congreso, aprendiendo de la derrota del 11 de septiembre, y hoy en la resistencia popular”⁹⁸.

La continuidad histórica era necesaria para generar la idea de un proceso de

desarrollo, donde el quiebre democrático no desarticularía la identidad MAPU por completo. Los sujetos, en tanto miembros del colectivo, necesitan reconocerse en una historia común, que les permita construir un flujo discursivo que potencie su actuación en el presente, sin pensar que ello significa traición o abandono consciente de los valores que los convocaban políticamente. De allí la idea permanente de traer a colación la derrota y autocrítica en conjunto con la lucha, el compromiso y la resistencia. Solo combinando ambos aspectos, la vida cotidiana se volvía normal, a pesar de lo anormal de la situación y la potencialidad de la renovación ideológica algo más fluida.

La dictadura militar y su aparataje discursivo va imponiendo así la hegemonía de una verdad, que el MAPU acepta muy tempranamente: la verdad del fracaso de la experiencia de la UP. Sobre este marco de verdad, que se asume más tempranamente en el interior que en el exterior (exilio), emergen los primeros discursos que articularán la renovación socialista. “Cualquier proyecto político renovado” –diría Garretón en el 79– “debe partir de dos premisas de diagnóstico: la realidad de Chile ha sufrido profundas mutaciones y convulsiones bajo la dictadura y, en segundo, la izquierda ha venido viviendo desde antes del golpe una crisis que debemos desnudar, para superarla”⁹⁹.

En el mismo tono anterior, Eugenio Tironi¹⁰⁰ enfatizaba en 1979, que:

...en estas circunstancias, la izquierda no puede permanecer sumergida resistente a veces como anestesiada por la idea de que la lucha es larga. No puede seguir invocando una y otra vez consignas vagas de contenido ni convocando tras un horizonte difuso y abstracto... La instauración por parte del régimen de un nuevo escenario económico social sobre el cual debe desenvolverse la lucha social. Se trata de la presencia de una nueva estructura capitalista. La izquierda está muy lejos de hacerse cargo de este cúmulo insoslayable de transformaciones. En consecuencia, tiende a levantar propuestas referidas a un Chile objetivamente inexistente y en un lenguaje incomprendible, por lo menos para las nuevas generaciones. Porque muchas de las grandes opciones de antaño resultan ahora extemporáneas. La izquierda no aparece abierta a lo que la gente quiere, y reproduce una imagen caduca, obstinada, defensista, nostálgica, lo que profundiza su crisis¹⁰¹.

Así, la ‘verdad’ aceptada de que no solo fueron derrotados sino de que fracasaron los actores y las políticas implementadas, obligó al MAPU a reconfigurar la línea política que los agrupaba como comunidad de intereses. En el marco de una nueva realidad, de una ‘realidad objetiva’ como diría Tironi, la imagen construida por la dictadura y la fuerza de los hechos, el MAPU decide rearticular las prácticas y también los discursos. ¿Cuál será la pertinencia del socialismo en esta nueva realidad? ¿Cómo enfrentar políticamente la nueva realidad? ¿Cuál será el mejor discurso, la mejor práctica de hacernos escuchar y comenzar a disputar nuevamente el poder político? ¿Cómo plantear nuevas alternativas que sean más “reales, más cercanas a lo que quiere ‘la gente’, menos caduca, más propositiva y menos nostálgica”? Son los primeros elementos que se harán visibles en la creación de una nueva forma política, del surgimiento de este nuevo referente cultural.

En el marco de la clandestinidad, el MAPU trabaja con un nuevo concepto de poder, que es más cercano a la idea de hegemonía de Gramsci, así como a la de Foucault. Los MAPU se plantean la necesidad de convencer, de iluminar el cambio político ‘en la medida de lo posible’. Para ello, articulan una práctica de microluchas, de micropoderes en la resistencia cotidiana, que nos refleja un nuevo concepto del poder.

En el boletín Venceremos se les decía a los militantes que:

...hay miles y miles de pequeñas cosas que se pueden hacer, rayados de todo tipo con nuestras consignas, boicot a la producción de aquellas industrias que no tengan posibilidad de quiebra, agitación en todas partes, hostigamiento a los militares de mil maneras: todo vale. ¡Pero cuidado de no caer en la trampa de la dictadura. Nada frontal, hay que darles por las costillas!¹⁰².

De esta forma, el poder y la resistencia estaban diseminados por todos lados. Lo podían ejercer los chilenos y chilenas desde su cotidianidad. Sin embargo, también estaba en el Estado y había que luchar para alcanzarlo. Así, esta nueva forma de practicar la política, que pasaba por construir identidades culturales de resistencia, terminó haciendo funcional la lucha a los intereses de la dictadura, por cuanto se planteó la idea de que era necesario el accionar atomizado e

individual.

No era posible, en ese contexto, la militancia política orgánica. La clandestinidad no lo permitía, así como tampoco el nuevo influjo individualista y de primacía del sujeto, que traía consigo el ideario liberal implementado en el área económica y que cruzó a toda la sociedad desde los años 80 hasta nuestros días. Se podía ser MAPU y de oposición, aún cuando no se militara en una sede visible. Ello podía quedar reservado para los líderes, las caras visibles, los que vivían todo el día para ello, en suma, los que asumirán la conducción política de la lucha por el poder del Estado.

Por estas razones, creo que la renovación socialista en el MAPU condujo inevitablemente a su disolución como colectividad orgánica clásica, y pasó a constituirse en un nuevo referente político, disgregado en otras colectividades políticas (por cuanto el sistema político partidista aún lo requiere), pero manteniendo su calidad de comunidad de sujetos y de intereses, que comparten una historia común y una identidad que los hace distintos a otros actores. Ya lo proponía Eugenio Tironi en el año 1979, cuando planteaba que:

[...] los partidos se nos fueron volviendo mecanismos de conservación, refugios para que nuestra generación logre protegerse en parte de la agresión de la que es objeto desde arriba y sin descanso; lugares donde preservar, muchas veces únicamente mediante gestos históricos, nuestra “cultura de omnipotencia”, lugares de encuentro que momentáneamente aplacan nuestro recurrente desarraigo; enclaves que, por su propia naturaleza nos alejan día a día de la cotidianidad de nuestra gente. Pero ya no dan abasto. Tanto recuerdo, tanta muerte, tanta repetición de ritos, discursos conmemorativos y dogmas, los están haciendo reventar¹⁰³.

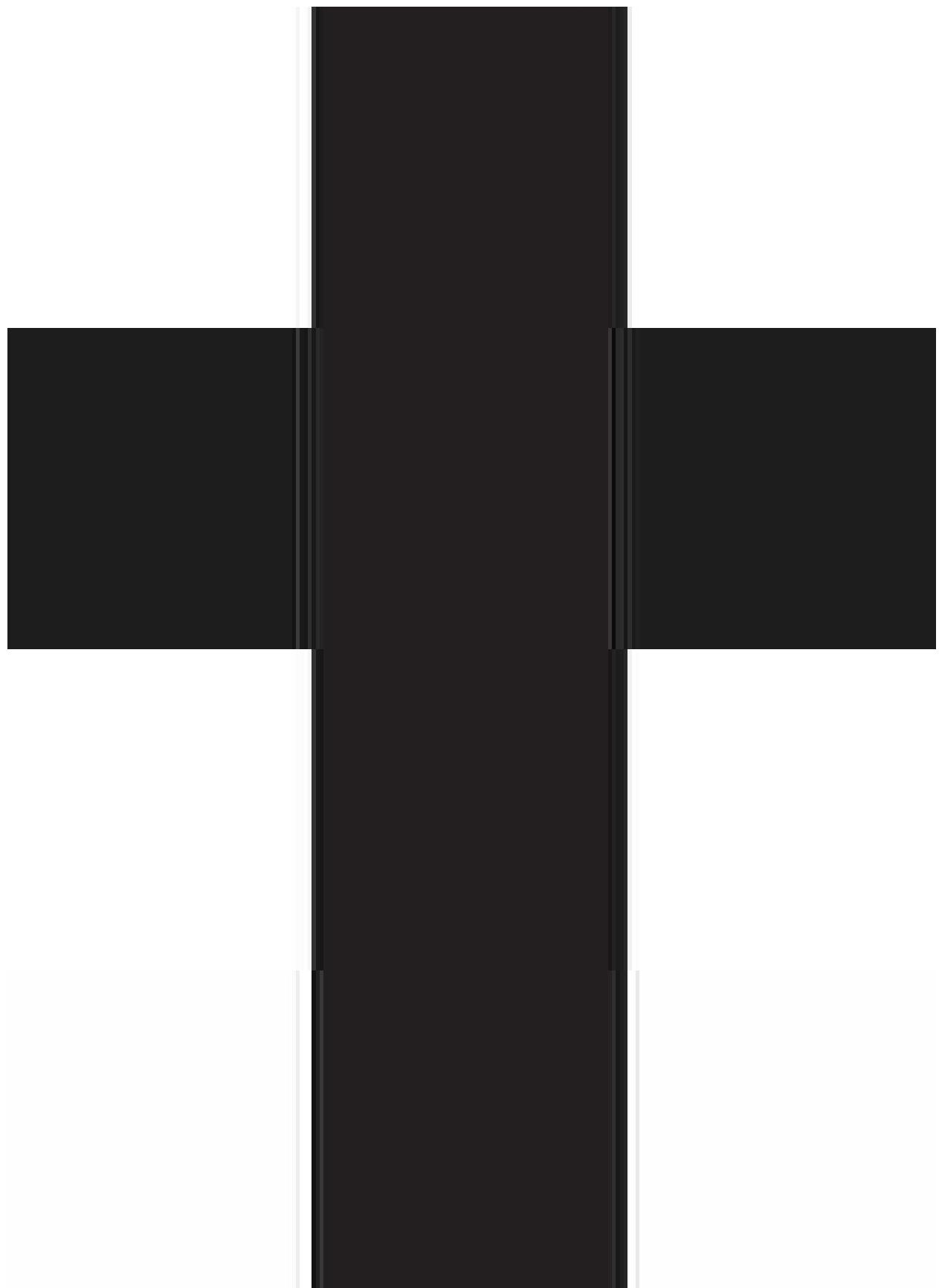
La renovación socialista reconfiguró, entonces, intereses, objetivos y prácticas, pero también nuevas formas de participación en política, que hacen que por un lado los partidos sigan apareciendo como referentes públicos, pero que en la práctica reorienten las luchas del poder hacia otros ámbitos, donde prevalecen más las identidades y el reconocimiento que la colectividad desde donde se habla o se practica la política pública.

Por último, la renovación tuvo su práctica política de alianzas en lo que se denominará Convergencia Socialista. Dicha ‘reunión de partidos’ para sistematizar la lucha anti dictatorial, terminó zanjando, además, la forma cómo se practicaría la política durante la transición. La política cupular, que finalmente terminó conduciendo el proceso de transición con los partidos a la cabeza y con aquellos líderes más visibles en las principales negociaciones, abortó las experiencias de resistencia del movimiento de masas (del que mucho se habló en los textos de la renovación), entrelazando el anonimato de la lucha cotidiana con la falta de programa y capacidad de negociación. La política la debían hacer los profesionales, los políticos, por cuanto la experiencia de desborde social e incapacidad de conducción certera diagnosticada como parte del fracaso de la UP, generó un análisis coyuntural e inmediato, pero que terminó perpetuándose en el tiempo. Los temores del militante MAPU en el Congreso de Ariccia, fueron la crónica de ‘una nueva política’ anunciada:

Hasta ahora, tanto en el exilio como en el país, el proceso ha sido obra de hombres concretos y sólo recientemente compromete decididamente las estructuras, organizaciones e instancias de dirección. Nuestra impresión es que se trata de una iniciativa (se refiere a la Convergencia Socialista) que ha tomado cuerpo en el vértice político y que, por lo mismo, tiende a un debate que se mueve en un terreno ideológico y abstracto para el hombre común que hace la gran masa¹⁰⁴.

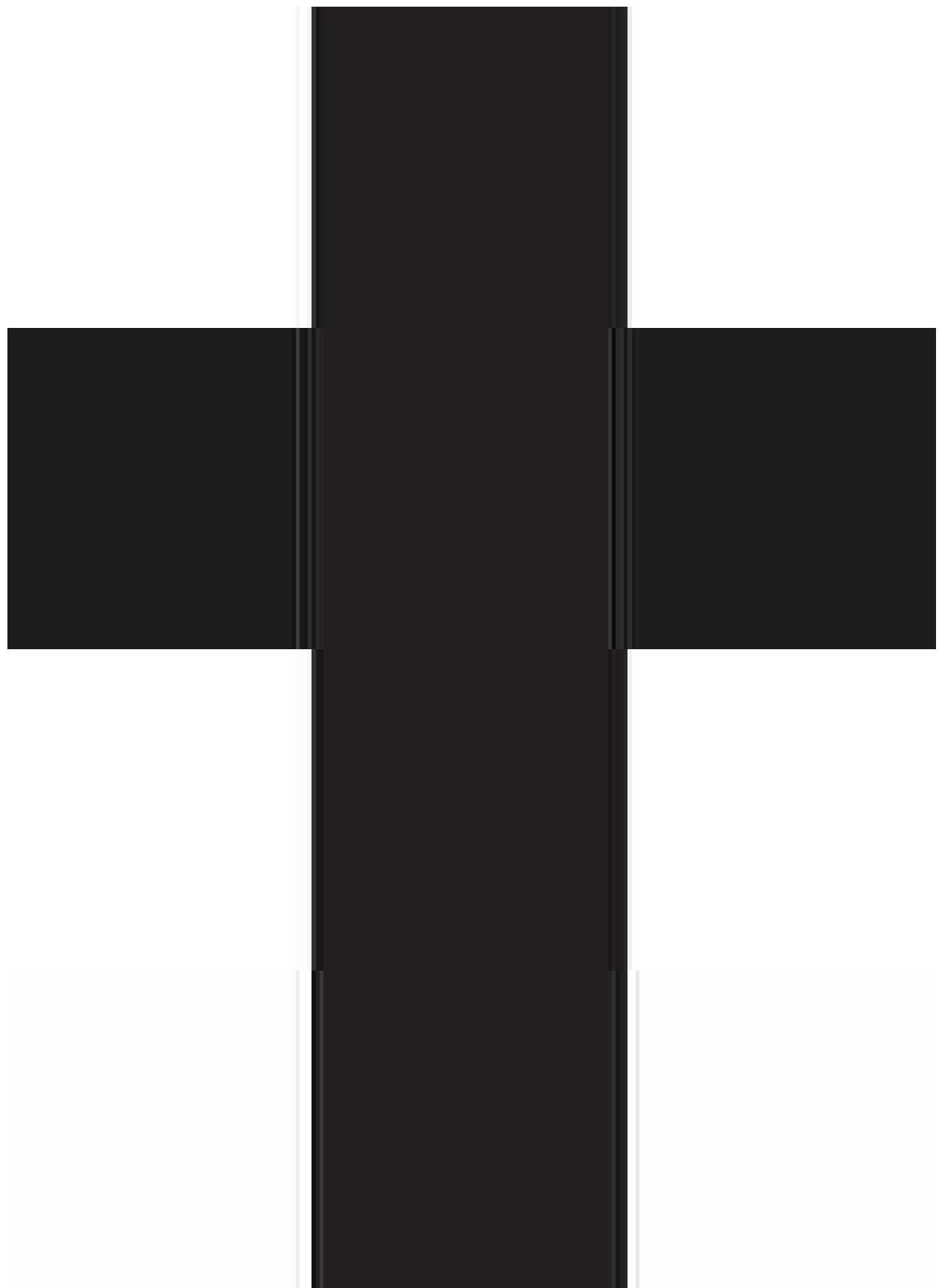
Para el MAPU, este resultado era, pese al discurso esgrimido, algo natural. Un partido político con un gran número de militantes con importantes grados de educación formal, con amplias redes sociales, provenientes en su mayoría de sectores sociales medios y medios altos, jóvenes y con experiencia de ejercicio del poder estatal y que a pesar de su importante trabajo en las agrupaciones sociales de base, configuró un actuar político comprometido pero distinto, ‘dirigente’ e ‘iluminado’, y por lo mismo, una vez llegada la transición, la separación entre lo social y lo político se hizo no solo evidente, sino que también natural.

SEGUNDA PARTE



HISTORIZACIÓN DE LOS SABERES POLÍTICOS: EL REGISTRO INTELECTUAL DE LA RENOVACIÓN SOCIALISTA

CAPÍTULO II



LA VUELTA A LOS SUJETOS Y SUS IDEAS.

LAS REPRESENTACIONES DE LA RENOVACIÓN SOCIALISTA

ENTRE 1977 Y 1983

“Cambia todo cambia...”

Así como todo cambia, que yo cambie no es extraño”.

Julio Numhauser

La renovación socialista en tanto proceso de cambio político, cultural y epistemológico, tuvo tres ejes constituyentes, tres registros que se mezclaron, se confundieron y que la hicieron a la vez un proceso complejo.

El primero de esos registros se sitúa en el cambio de la producción de pensamiento. La renovación, por lo tanto, se articuló como un corpus teórico-crítico en torno a la teoría política que la izquierda chilena reconocía como válida para representar la realidad y dibujar las líneas proyectuales del futuro esperado, y hacia el cual se dirigían y evaluaban ciertas acciones del campo político.

El segundo de los registros es el que se constituye en torno a las acciones políticas que los partidos políticos realizaron en el campo de la lucha contra la dictadura y por el retorno a la democracia. La rearticulación interna de las colectividades políticas en el marco de la clandestinidad, así como del exilio, los nuevos códigos y las formas que estas tuvieron que crear para el nuevo escenario político donde debían desenvolverse, también se encuentra en la constitución del proceso de renovación socialista. Este registro lo abordaremos más adelante.

De esta forma, los cambios en el plano de las ideas y en el plano de la actividad partidaria propiamente tal, articularon el universo simbólico que se visibiliza bajo el nombre de renovación socialista. Por lo tanto, el cambio cultural que expresa el proceso renovador debe ser analizado en el punto de encuentro de estos dos registros de expresión y constitución.

Por otro lado, el tercer registro tiene relación directa con la expresión social de la renovación socialista, específicamente en la forma de actuación y nominación de ‘nuevos movimientos sociales’ y que se nutren precisamente del entrecruzamiento de los registros anteriores. Durante el periodo 1973 y 1989, se van constituyendo expresiones distintas de requerimientos particulares, que los diferentes grupos sociales van haciendo sonoros, en el marco de la desaparición

de la esfera pública y de los partidos políticos que, por lo demás, habían perdido el tradicional rol de mediadores entre el ‘movimiento’ y el Estado.

El registro social de la renovación socialista puede confundirse en algunos planos con el registro político, sobre todo porque muchos de los sujetos que participaron de los movimientos sociales en oposición a la dictadura militar, eran al mismo tiempo militantes de partidos políticos de oposición. Sin embargo, había una disociación de ambos planos, disociación que se vivenciaba a su vez en la vida cotidiana de los mismos sujetos, cuestión que llegó a constituir sujetos únicos-múltiples en el marco de la multiplicidad de requerimientos que no eran atendidos por las instituciones y por los medios, que comúnmente habían sido satisfechos. Situamos en este registro, por un lado, el movimiento de mujeres, los movimientos culturales y estudiantiles, así como los movimientos de pobladores¹⁰⁵.

Estos movimientos sociales fueron tensionados en su interior por lo político, toda vez que debieron presionar directamente al Estado y a su entorno inmediato, ante la desaparición formal de la esfera pública. Se constituirá de esta forma la esfera de la sociedad civil, como una esfera intermedia entre lo público y lo privado, con formas nuevas y creadas específicamente para el momento histórico en el cual se desenvolvía la lucha cotidiana. Este registro es quizás el menos explorado de la renovación socialista y, a su vez, el registro más rico, porque es en él precisamente donde se irán visibilizando las construcciones simbólicas, culturales, ideológicas y políticas que en clave epistémica constituirán el nuevo espacio, que aparecerá en los caminos que pavimentaron nuestra transición a la democracia. Es en este campo donde la renovación puede ser analizada como proceso de cambio revolucionario y a su vez proceso transaccional y reformista. Donde la renovación es creación totalmente nueva y también transformación y acomodo de antiguas prácticas. Es el campo donde la renovación excede lo primariamente intelectual y político, para nutrir parte de las identidades sociales de los sujetos de la izquierda socialista nacional.

En este capítulo, en particular, revisaremos el primero de esos registros, ya que en ellos podemos encontrar:

...el conjunto de reglas que, en una época dada, y para una sociedad determinada definen: 1. Los límites y las formas de la decibilidad, ¿de qué se puede hablar?

¿Cuál es el ámbito constituido del discurso? ¿Qué tipo de discursividad ha sido asignada a tal o cuál área?, ¿de qué se ha querido hacer una ciencia descriptiva?, ¿a qué se ha conferido una formulación literaria?, etc.¹⁰⁶.

En otras palabras, de qué habla el discurso en sus circunstancias de aparición histórica y posibilidad política, lo que refleja en tanto preocupación de su propia época, “¿en qué medida el pensamiento, en tanto que tiene una relación con la verdad, puede también tener una historia?”¹⁰⁷.

Nos interesa sistematizar de manera historiográfica la producción intelectual que constituye el pensamiento renovado en Chile. No es fortuito que la producción ideológica que está detrás de este proceso, tenga como principales exponentes a militantes del MAPU, tanto en su versión MAPU Obrero Campesino, como en su versión MAPU. Esta colectividad, creada en 1969, tenía características particulares en su propia cultura política que permitieron que se diera en él una gran preocupación por la producción simbólica e intelectual de la nueva izquierda chilena¹⁰⁸.

Principalmente provenientes de la clase media y alta, vinculados a la cultura cristiana, hijos de la pequeña burguesía santiaguina (como ellos lo recuerdan), los militantes del MAPU constituyeron lo que denominarían ‘nueva izquierda’ chilena, o tercera fuerza de la misma. Sus militantes se sintieron llamados en sus inicios a modernizar la política y en ese proceso, la preocupación por lo intelectual fue fundamental en la manera que tuvieron de practicar la política. La educación política era requisito indispensable para formar parte de la colectividad, donde la militancia suponía inserción práctica en la sociedad, pero por sobre todo requería de la constante representación pensada y racional del mundo particular donde se habitaba, se luchaba y el que se aspiraba a cambiar. El espacio del GAP (Grupos de Acción Popular) era el espacio donde confluyan ambas acciones. Sin embargo, y de acuerdo con las memorias de sus militantes, podríamos concluir que en el MAPU el ‘pensar’ siempre fue más importante que el ‘hacer’, aunque en la mayoría de las experiencias estas dos funciones se entendieron como parte del mismo proceso¹⁰⁹.

Los jóvenes revolucionarios de los años 60 tuvieron en Chile, en el ámbito de la izquierda política, dos expresiones de sus inquietudes y de sus particularidades específicas: el MIR y el MAPU. Ambas colectividades, que constituyeron

culturas políticas generacionales particulares, nutrieron en forma importante un nuevo ideario de la izquierda nacional en los años 70, el ideario juvenil rebelde. Ese ideario juvenil en el MAPU estuvo muy marcado por la acción intelectual. Sus cuadros políticos, dadas sus propias características individuales, sintieron que formar parte de ese partido les permitía por un lado desarrollar su anhelo de saber y, por otro, satisfacer las ansias de poder¹¹⁰.

En conjunto con estos elementos de constitución de una cultura política particular, es necesario adicionar que durante la época de la dictadura militar, el MAPU tuvo una muy baja cuota de víctimas de la represión política, comparativamente a las otras fuerzas de izquierda¹¹¹. La merma de cuadros políticos, bastante baja proporcionalmente en referencia a las bases militantes, le permitió a esta colectividad enfrentar de mejor forma el proceso de ‘pensamiento’ y favoreció la comprensión tanto de la crisis que se desató en el 73, así como las transformaciones que la misma dictadura implementaba durante su largo periodo de existencia. Por ello, cuando se menciona a los ideólogos nacionales de la renovación socialista, emergen inmediatamente las referencias a Norbert Lechner¹¹², Manuel Antonio Garretón, José Joaquín Brunner, Tomás Moulian y Eugenio Tironi, todos ellos ex militantes del MAPU (los tres primeros del MAPU-OC, excluyendo a Lechner, y el quinto del MAPU).

En el caso de estos sujetos, militantes e intelectuales, la combinación entre pensamiento intelectual y militancia política fue parte fundamental de la forma como se hacía la política en esos años. Tal como lo planteara J. Puryear¹¹³, la práctica intelectual era la única práctica donde se podía ejercer la oposición política a la dictadura. El halo de ‘cientificidad’ que estaba detrás de los análisis sociales y politológicos que en los distintos centros de investigación se desarrollaba, hacía aparecer estos estudios ‘menos comprometidos’ y más ‘objetivos’, en comparación con la práctica política que se realizaba en los partidos, que por lo demás estaba prohibida.

Esta prohibición formalmente expresada a través de los decretos con los cuales se abolió la actividad política de la esfera pública, pretendió cercenar los espacios de expresión de dicha actividad. Sin embargo, más que ello, la nueva realidad emergida potenció el pensamiento ‘científico’ que en centros como FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), SUR u otros agrupó a importantes cuadros intelectuales, que hicieron oposición política en el marco de las ciencias sociales. El núcleo de pensamiento más importante de la renovación socialista, por tanto, estuvo en estos cuadros militantes del MAPU y

se agruparon en esos dos centros de investigación social mencionados anteriormente¹¹⁴.

Intelectualidad y política fueron dos prácticas combinadas en el nuevo escenario nacional inaugurado con la dictadura. Los primeros escritos sistemáticos del pensamiento renovado aparecieron hacia fines de la década del 70 y fueron expresión de una reflexión que se hizo al interior de las colectividades políticas, en el intento por hacer inteligible los procesos de cambio acelerado y crisis de la sociedad chilena desde los años 60 y 70.

Si bien las colectividades políticas estaban prohibidas, la actividad política en el MAPU estuvo centrada en la acción individual de reflexión política, que tendió a difundirse a través del marco sostenido por las redes sociales que había articulado la colectividad de militantes, proceso que se vio favorecido por lazos generacionales y de experiencias compartidas.

La práctica de ‘crítica’ y producción sistemática de ‘pensamiento social’ fueron dos elementos que estaban en la base constitutiva fundacional de la cultura política del MAPU, y permitieron que en el nuevo escenario dictatorial los cuadros intelectuales de esa colectividad (o colectividades, para ser más precisa), tuvieran mayores y mejores competencias para hacer oposición desde la trinchera del pensamiento.

Es por eso que en este capítulo abordaremos la producción intelectual de la renovación socialista, mediante el análisis de los escritos de Eugenio Tironi, Norbert Lechner, Tomás Moulian, José Joaquín Brunner y Manuel Antonio Garretón, entre 1978 y 1990. Analizaremos las representaciones que dichos intelectuales realizaron de la crisis que gatilló el golpe de Estado, el carácter y profundidad del golpe mismo, las transformaciones que generó la dictadura, la representación de los sujetos políticos y los movimientos sociales, de la política y de la democracia. Estas representaciones deben periodizarse porque recrean el espacio puntual que nominan y a su vez son reflejo de la época en la que escriben, así como de los ecos futuristas de la sociedad que desean, pero también de la que se supone posible. Así, los intelectuales son expresión de la sociedad en la cual viven y en ese sentido, es posible verificar un vínculo estrecho entre el intelectual y su tiempo. Tal como lo expresa Bobbio, “cada sociedad en cada época, ha tenido sus intelectuales, es decir, un grupo más o menos extenso de individuos que ejercen el poder espiritual o ideológico de modo contrapuesto al poder temporal o político”¹¹⁵. Así el intelectual es aquel que maneja el poder de

la representación de la realidad, que nomina lo que sucede, pero también condiciona dialécticamente su propia existencia.

Según este filósofo italiano:

...se puede decir que son intelectuales todos aquellos que de “hecho o de derecho”, en un determinado periodo histórico y en precisas circunstancias de tiempo y lugar, son considerados los sujetos a los cuales ha sido asignada la función de elaborar y de difundir conocimientos, teorías, doctrinas, ideologías, concepciones del mundo o simples opiniones, las cuales constituyen los sistemas de ideas de una determinada sociedad¹¹⁶.

Son intelectuales los que detentan el poder ideológico, es decir, el poder que se despliega “a través del control de ciertas formas de saber –sean doctrinas, principios o códigos de conducta– ejerce una cierta influencia sobre el comportamiento de los demás, incitando o persuadiendo a los diversos miembros de un grupo o de una sociedad a llevar a cabo una acción”¹¹⁷.

Los intelectuales y la producción intelectual de la renovación socialista no solo nos permite acercarnos a los mismos sujetos, sino que también a la forma como comienza a pensarse cierto sector de la oposición a la dictadura. Este grupo y sus propias transformaciones, serán de gran importancia en los tiempos posdictoriales, por cuanto por sus imágenes, transcripciones y representaciones traspasó el diseño nominal de algunos de los caminos que condujeron a nuestra particular transición a la democracia. Los intelectuales, en tanto sujetos que representan y hacen visible una realidad (y hasta cierto punto la crean), también participan de la construcción de lo políticamente correcto o adecuado, en la medida que posibilitan con sus trazos narrativos hacer inteligible los caminos que conducen a los disensos y los consensos.

De allí que el intelectual tenga siempre una función política, en la medida que toma posiciones sobre los problemas de su tiempo. Para el caso particular de nuestra época, el trabajo intelectual no solo tenía inclinaciones políticas, sino que era la forma pública y tolerada de hacer política. Según la clasificación de Bobbio, los intelectuales de la renovación socialista pertenecen, por lo tanto, a la tipología de ‘intelectuales militantes’, ya que se ocuparon de “fecundar el campo

de la práctica, de la prosperidad común y de la convivencia civil”¹¹⁸. Aquel que “en relación con el nexo que es posible establecer entre filosofía y compromiso civil plantea que, frente a los problemas de la sociedad en que vive, el filósofo debe proponer soluciones útiles, eficaces en el plano operativo”¹¹⁹. La renovación socialista y sus intelectuales combinan la reflexión sobre el pasado para explicar el presente, pero esa explicación está llena de normatividades que dibujan los anhelos y los ‘posibles’ del futuro transicional al que colaboran con la reflexión política.

En ese sentido, la renovación socialista puede asimilarse a lo que fue la resistencia europea. Como lo plantea Bobbio:

[...] la resistencia puede considerarse al mismo tiempo como un movimiento político restaurador, en el sentido que sólo después de haber destruido el viejo orden logró establecer el puente que se había roto entre las nuevas y las viejas fuerzas políticas democráticas. La resistencia no ha creado un nuevo orden, ha destruido el viejo y ha servido de soldadura entre las nuevas fuerzas surgidas en la guerra de liberación y la vieja clase dirigente y los viejos partidos¹²⁰.

La renovación socialista puede entenderse también como esa experiencia social que nutre parte de la reflexión intelectual de un sector de la izquierda y que hace de puente entre lo totalmente nuevo y los resabios del antiguo orden político. Es allí, en ese cruce, donde los intelectuales y militantes del MAPU jugarán un papel central, permitiendo el enlace y siendo a la vez visagra, estableciendo confianzas y ejerciendo el rol de centro articulador extrapartidario, que la Concertación necesitaba para consolidarse. De allí, la especial importancia que le hemos asignado para reconstruir esta reflexión intelectual.

El intelectual de la renovación socialista, a su vez, expresará en sus construcciones discursivas, además, el influjo de las discusiones posmodernas, del cuestionamiento inherente a la representación, al poder y la mediación social. La teoría política, así, será entendida como un instrumento, una herramienta de combate¹²¹.

Es posible distinguir dos etapas en el pensamiento renovado. Una primera etapa es la que se extiende hasta 1983 y en donde la renovación socialista es crítica y

ajusta cuentas con sus propios referentes teóricos y políticos. Pasadas las jornadas de protesta popular, y precisamente después de nominar el impacto, emerge una segunda etapa o segunda renovación que debe proponer, en el marco de la crisis de los paradigmas, un nuevo proyecto de sociedad, en una conversación articulatoria con el neoliberalismo.

Es en esa segunda etapa de la renovación socialista, cuando la valoración ideológica de la democracia, en tanto sistema político anhelable, pasa a convertirse en el intento práctico de la actividad intelectual propiamente tal. En ese periodo, cuando los temas centrales que articulan el discurso renovado pasan por el diseño de las estrategias de salida a la dictadura, donde la defensa del diálogo y la práctica consensual no forman solo parte del discurso, sino que también de la puesta en escena en la práctica política formal. En ese nuevo escenario es cuando los intelectuales de la renovación asumen como su específica actitud política no solo la defensa de la cultura, sino también el restablecimiento del diálogo entre posiciones enfrentadas¹²². Sin embargo, en esa misma etapa, las rutas de salida a la dictadura se bifurcan en el mismo cuadro intelectual mapucista, así como en la práctica política del partido mismo. Son los años donde algunos intelectuales abandonan su militancia (caso de Tironi y Moulian) o de quienes siguen militando y más tarde ingresan al PPD (partido instrumental del socialismo renovado, como el caso de Tironi y Brunner) o al Partido Socialista (Manuel Antonio Garretón), y quienes no se incorporan nunca más a la actividad política (el caso de Lechner).

Representaciones de la renovación socialista entre 1978 y 1984

Primer nudo discursivo: la crisis de 1973. La búsqueda de la explicación del quiebre democrático bajo la autocritica radical

Este tópico de discusión y análisis dentro de la renovación socialista está presente de manera continua durante todo el proceso en cuestión; sin embargo, es predominante como imagen en esta primera etapa, dado que se necesita encontrar las respuestas al quiebre democrático; la que emerge con la necesidad desagarradora de intentar explicar el porqué de la situación dictatorial.

Predomina en los análisis la idea de una derrota-fracaso articulada bajo la forma de una revisión analítica de los principales problemas que registraba el sistema político que había eclosionado con el golpe militar del año 73. Es la búsqueda de la respuesta a ¿por qué fallamos? Y también ¿por qué nos avasallaron? Sin embargo, si bien en los inicios es más fuerte la idea de una derrota, de una perdida política, rápidamente se va avanzando en la propuesta de que esto también fue un fracaso. Fracaso del proyecto socialista y fracaso de los hombres y mujeres que, en tanto actores sociales y políticos, no habían logrado construir un sistema político integrador, que condujera de manera no rupturista a la sociedad socialista. Este elemento de identificación de un fracaso es propio de la corriente renovadora y en los ex militantes del MAPU, y estuvo presente de manera muy temprana dentro de las reflexiones políticas.

Una de las primeras hipótesis para explicar el golpe de Estado presente en los escritos tempranos de la renovación socialista, está compuesta por la idea de que el golpe militar viene a ser la parte final de una crisis política, social y económica que se había articulado en la segunda mitad del siglo XX. Es decir, que es necesario buscar las razones de la crisis en una perspectiva de mediano plazo, por lo que tanto el golpe como el proyecto de la UP no serían sino expresión de un intento de superación de esa crisis¹²³.

Para Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulian, el problema residía en la perversidad del sistema político configurado bajo la Constitución Política del año 25¹²⁴. Según Garretón, la crisis del año 73 viene a explicitar una crisis del capitalismo dependiente, de una forma de articulación entre Estado, sociedad y política, que generaba altas expectativas de democratización, participación e

integración de nuevos actores sociales, pero que no se correspondía con una base económica capaz de hacer efectivas las expectativas de los nuevos actores sociales incorporados¹²⁵.

Un régimen político fuertemente presidencialista, generaba grandes presiones sobre el Estado y fundamentalmente, sobre el Poder Ejecutivo, quien se constituía en actor fundamental y principal, en quien se depositaba la posibilidad de alcanzar las mejoras sociales y económicas que exigían los distintos grupos sociales. Esto generaba que la disputa por el Poder Ejecutivo fuera tan importante, por cuanto se depositaba en este una suerte de ‘esperanza colectiva’ de que con tal o cual Presidente se alcanzaría la incorporación plena al sistema.

Sin embargo, a juicio de Garretón este tipo de constitución de régimen político era bastante perverso, por cuanto suponía la constitución de actores sociales por medio de la práctica política partidista, generando así un sistema basado en la cooptación política de los partidos sobre los actores sociales, que dejaba con poca autonomía relativa a los movimientos sociales, quienes también sabían que la manera de conseguir el cumplimiento de expectativas específicas pasaba por la vinculación con un partido político y su presión sobre el Estado. De esta forma, era esa particular forma de relacionar la sociedad civil, el Estado y los partidos lo que habría generado una ‘columna vertebral’ del sistema sociopolítico chileno que tenía pies de barro desde sus inicios.

Así, para Garretón y Moulian:

...es evidente que la sociedad chilena experimentaba en 1970 una crisis de la que el proyecto sociopolítico de la Unidad Popular es un intento de superación y de la que el triunfo de Allende es uno de sus síntomas. Había una crisis del tipo de capitalismo dependiente, que se estaba demostrando cada vez más incapaz de asegurar la base económica para un creciente proceso de democratización social que incluía en sus últimas etapas al campesinado y también había una crisis del Estado, tanto de hegemonía como de dirección política táctica, puesto que el centro político había perdido la capacidad de representar en su conjunto los intereses capitalistas, y puesto que estos se aferraban a un ilusorio retorno a la derecha, limitada por una larga táctica de política defensiva, e incapaz de un proyecto nacional¹²⁶.

El problema de fondo es que la compatibilidad entre capitalismo atrasado y democracia parecía llegar a su fin: el ritmo de crecimiento económico no seguía el ritmo de las demandas y de la movilización. Ya entonces se alzaban voces que llamaban a sacrificar la democracia en aras del desarrollo, desestimando a la primera con el nombre de demagogia¹²⁷.

Enfatizaban los autores que a pesar de esta crisis sistémica, el sistema político aún preservaba hacia los años 70 cierta legitimidad (básicamente institucional), por lo que el Estado era el lugar donde se daban las disputas proyectuales de los distintos grupos, polarizando cada vez más este espacio y que a la larga terminó por desvirtuarlo como espacio de apropiación y negociación, y pasó a ser entendido como instrumento de clase, mediante el cual un grupo se hacía del poder para encabezar e imponer un determinado proyecto, que era también respuesta a la crisis de desfase entre necesidad de democratización y base material para satisfacerla.

El sistema político, sin embargo, comenzó a perder rápidamente su legitimidad institucional en el periodo coyuntural 1970-1973, proceso que se atribuye a las fuerzas políticas y el desprecio discursivo y afectivo hacia la democracia. Según Moulian y Garretón, tres son los procesos que culminarán con la crisis del sistema político en 1973: “Ellos son la polarización política, la deslegitimación del sistema político y la desinstitucionalización política”¹²⁸.

Para graficar estos procesos, los autores afirman que se:

...expresaba(n) no solo en las movilizaciones de masas que desbordaban los cauces legales, sino también desde el polo opositor, en violencia política que llegaba hasta el terrorismo, y en la rigidización del sistema de decisiones y de elaboración legal, la que a su vez impulsaba a la UP a actuar por la vía administrativa. Todo ello va minando la base de intereses concertados sobre los cuales se sostén el sistema político y favorece la polarización en la medida que crea las condiciones para que el centro, cuyos intereses políticos estaban relacionados con soluciones negociadas de los conflictos –marco dentro del cual jugaba un rol de arbitraje, se vaya sumando a la estrategia opositora que favorecía las acciones extra institucionales y las soluciones de fuerza¹²⁹.

Una segunda hipótesis indica que la conexión entre desinstitucionalización y polarización crea condiciones ideológicas y emocionales –esto último por la multiplicación del número e intensidad de los conflictos directos– para un deterioro de la legitimidad. Asimismo, esta relación entre ambos procesos crea condiciones coadyuvantes para una radicalización de masas lo que disminuye las esferas de libertad y autonomía de las organizaciones partidarias¹³⁰.

Los mismos autores argumentan que este proceso de deslegitimación progresiva de las instituciones políticas pudo generarse producto de que:

...esta legitimidad tenía sobre todo, una base instrumental. La adhesión al sistema era menos el resultado de valores o de consideraciones ético-ideales, que de motivos instrumentales: El Estado se aparece a las fuerzas sociales organizadas y significativas como medio de realización competitiva de intereses. El doble proceso de desinstitucionalización y polarización desencadenó una degradación de la legitimidad. Desde entonces los valores que se esgrimían para justificar la acción, operan como simples pretextos de la acción¹³¹.

El proceso anterior, a juicio de los autores, tiene una explicación de mediano plazo, dado que desde fines de los años 50, pero por sobre todo durante el gobierno Demócrata Cristiano de mediados de los años 60:

...se produjo una enorme activación política de la sociedad, lo que significaba movilizaciones, movimientos sociales y, en general, implicación política de masas. La politización de la vida social arranca de la apatía y del retraimiento a muchos sectores que hasta entonces tenían una participación formal, reducida a los actores electorales. De algún modo, esta masificación de la participación desborda el carácter elitario de la política tradicional, reducida al ámbito parlamentario y canalizada a través de los partidos. Estos ven limitada su autonomía respecto de la sociedad y sus posiciones dejan de ser –por lo demás parcialmente– el resultado de la lucha interna de facciones, para estar sometida directamente a la presión de masas polarizadas”¹³².

A nivel popular, el período 1970-73 significó una explosión de los niveles de participación y, más que eso, de su identidad como sujetos históricos. No sólo se expande la idea de que el pueblo es actor; también grupos diversos buscan activamente la posibilidad de ejercer el poder en la base. Es evidente que esas tentativas generan contradicciones entre los actores movilizados y la cúpula política. Esta última busca mantener el control y la manipulación de la participación esgrimiendo razones, muchas veces objetivas, de eficacia y dirección unificada. Sin embargo, esas razones valederas no podían ser efectivas porque el proceso había desencadenado un impulso de democratización política al cual respondían esas reivindicaciones, muchas veces confusas y otras equivocadas¹³³.

Así, la crisis del año 1973 debe leerse como el epílogo de un sistema político y de democratización que suponía al Estado como el gran actor que resolvía los conflictos, así como espacio por ocupar para satisfacer las demandas de los distintos grupos sociales. De esta forma, más que un espacio de cohesión, negociación e integración nacional, el Estado se constituía en actor y espacio para lograr desarrollar anhelos de grupos sociales particulares, con expresión política partidaria. Por lo tanto, no era de extrañar que la disputa por el Estado y la salida del golpe militar se realizara desgarrando principalmente la ‘columna vertebral’ de la sociedad chilena y desvinculando, con la fuerza del terror, a los actores sociales, los partidos y al mismo Estado. Era el punto cúlmine de un agotamiento paulatino, el fracaso de un modo de constituir la sociedad chilena.

Desde una perspectiva similar, Eugenio Tironi analiza en 1979 el mismo periodo de crisis política de 1970-1973. Para este autor también hay una razón estructural que explica el desencadenamiento de los hechos. Según Tironi “desde fines de los años 30 –sino desde antes– la de Chile era una historia en ascenso y sin grandes rupturas. Hacia fines de los años 60, aparecen los primeros signos de agotamiento”¹³⁴. Ese agotamiento, sin embargo, habría pasado inadvertido, básicamente por el fuerte mesianismo que los distintos partidos políticos de la izquierda, y sobre todo de aquellos que tenían una base militante principalmente juvenil, esbozaba en su práctica política. Por eso, Tironi argumenta que “se acumulaban, es verdad, muchos fracasos, errores, limitaciones; pero lo cierto era que el carro, después de todo, avanzaba en el sentido que queríamos”¹³⁵.

La omnipotencia juvenil y el fuerte mesianismo que constituía la base analítica y

práctica de la izquierda, contribuyeron de manera muy poderosa a explicar las razones del golpe de Estado. Para Tironi, los jóvenes de su generación “éramos algo así como los productores de un movimiento histórico –progresista, ascendente, multifacético, totalizante, consistente–. Y este fenómeno iba más allá de algunos actos espectaculares. Lo invadía todo, hasta lo más cotidiana... trascendíamos a nosotros mismos”¹³⁶. En dicha práctica política, había un componente de verdad iluminada, que se basaba en el predominio del corpus teórico marxista-leninista que desde los años 30 hegemonizaba el campo epistemológico de la izquierda nacional.

El predominio de concepciones políticas que suponían teleológicamente un destino predeterminado, de expresión orgiástica y redentora, de felicidad moderna, de realización personal y colectiva, le daba a las prácticas políticas de izquierda cierta omnipotencia, configurando un universo identitario muy poderoso, que convocó a artistas, poetas y otros sujetos a nutrir el ‘ser nacional’ con la ‘fuerza de la historia’... porque tal como concluye Allende en su último discurso: “La historia es nuestra... y la hacen los pueblos”.

Según Tironi, esta matriz identitaria tendrá especial influjo en los actores que hacían su aparición pública en los años 60, es decir, jóvenes y campesinos. Estos se articularon como actores sociales en ese marco redentor de la sociedad socialista y que entregaba el privilegio de la verdad y la iluminación de saber hacia dónde se dirigía el destino de la patria. Para este autor, “la propia historia era para nosotros un avance y un progreso continuo, sin regresiones violentas e irreversibles... podíamos enorgullecernos de nuestra rebeldía, de nuestra voluntad histórica, sin este temor incommensurable ante la posibilidad de ver pronto destruido sin apelación todo nuestro universo”¹³⁷.

Las consideraciones anteriores y el cargado valor iluminista-moderno que tenía en su constitución el proyecto socialista, generaba un desprecio al pasado por considerarlo como infecundo y enlentecedor. El periodo de la UP, por lo tanto, será para Tironi una expresión de ‘explosión de omnipotencia popular’. Sin embargo, se lamenta de que el problema de fondo estuvo en la incapacidad de transformar este anhelo en un logro y sueño de la nación completa, de la comunidad. Por eso expresa en 1979: “Lástima que todo eso no haya dado origen a una institucionalidad nueva destinada a convertir en sistema ese carnaval, esa reconquista por el pueblo de su propia soberanía”¹³⁸.

Comienzan a aparecer aquí dos claves epistemológicas centrales en el

pensamiento renovado. La primera de ellas tiene que ver con la afirmación de que los procesos sociales transformadores no pueden hacerse de manera violenta ni por la vía impositiva, sino que deben incorporar al conjunto de la nación. Esta reflexión lleva a su vez a un segundo elemento clave, referido a la forma de hacer la política, donde la crítica a la confrontación y a la omnipotencia discursiva, en los partidos se creyeron poseedores de una verdad que los superaba a ellos mismos como actores, y que terminaba generando una política basada en el enfrentamiento y en la descalificación, terminó finalmente por desgarrar a la nación en su conjunto.

Esta última clave nos lleva a la segunda imagen que constituye el pensamiento renovador en el periodo de 1978 a 1984 y que dice relación con el ajuste de cuenta con los referentes teóricos e ideológicos que la propia izquierda había utilizado para fundamentar su práctica política.

Segundo nudo discursivo: la crisis de la “teoría representacional” de la realidad. El ajuste de cuentas con el marxismo y el impacto político

Hacia fines de la década del 70, los escritos que constituyen el pensamiento renovado en el MAPU, se caracterizan por realizar una crítica radical al cuerpo teórico que había nutrido el ideario de la izquierda chilena. Después de constatar dolorosamente la orfandad teórica, hay un reposicionamiento de crítica analítica sobre los supuestos dogmáticos y rígidos del marxismo y su versión leninista, que habría sido la versión dominante en los colectivos políticos.

En este bloque de reflexiones es importante hacer una distinción entre los pensadores que estamos analizando. Existe entre ellos dos líneas de crítica que se orientan hacia caminos distintos. Por un lado, está la línea que enfatiza el abandono del marxismo como teoría de análisis social y que lo califica como constructo teórico carente de legitimidad analítica para los momentos posteriores a 1973, pero también como uno de los principales causantes de la forma en que la izquierda se acercó a la política en los años 60 y 70 y que contribuyó al colapso de 1973. El representante de esta línea analítica es Eugenio Tironi, quien se deslizará hacia una recolección heterodoxa de nuevos referentes teóricos que puedan nutrir el accionar de la izquierda, incluyendo incluso en ellos los referentes neoliberales expresados en Karl Popper y Von Hayeck.

Otra línea de crítica, aunque no de abandono radical, es la que representa Tomás Moulian. Este sociólogo intenta hacer una crítica rescatando lo positivo de la teoría marxista, arguyendo básicamente que los problemas que esta presenta han tenido que ver más con la vulgarización de la misma que con elementos propios de su constitución. De esta forma, Moulian afirma que han sido las versiones del marxismo donde predominó la ortodoxia leninista y estalinista, las que se constituyeron en un lastre para una buena utilización de la misma, en tanto artificio teórico o paradigma. Es por esto que Moulian intenta rescatar aquellos elementos del marxismo capaces de ser utilizados para las nuevas condiciones en la que se situaba la sociedad chilena después del golpe de Estado, intentando construir un puente de continuidad en la identidad de la izquierda, que permitiera una renovación más lenta, pero más consciente y hegemónica.

En medio de estos dos pensadores podemos ubicar a Manuel Antonio Garretón, quien se preocupará de rediseñar teóricamente, no tanto el paradigma marxista, sino la idea de que el socialismo representa una utopía o una orientación procesal hacia la cual dirigir los vectores del desarrollo social, político y económico.

El marxismo-leninismo: ¡A la basura!

Tal como dijimos con anterioridad, Tironi expresa una de las líneas analíticas más radicales en torno a la crítica del bagaje teórico que nutrió a la izquierda en los años 60 y 70. En una conducta que lo caracterizará con los años¹³⁹, este sociólogo experto en comunicaciones dará por muerto el paradigma marxista y por sepultada toda la trayectoria identitaria que la izquierda había hecho suya durante el siglo XX. “En nuestro caso” –dijo el autor en septiembre de 1980– “ese cuerpo teórico estaba constituido por el marxismo y su trayectoria (especialmente leninista), acompañado de un análisis histórico tributario de las teorías cepalianas. A su vez, ese cuerpo teórico estaba asociado –como ocurre siempre– a un complejo universo de convicciones (morales y políticas) puestas fuera de toda duda”¹⁴⁰.

De esta forma, la crítica al marxismo y sus apropiaciones latinoamericanas implicaba necesariamente un derrumbe del cuerpo completo, dado que dicho paradigma no solo se había utilizado como instrumento de análisis, sino que también como medida de valor, indicación de verdad, orientaciones del accionar, entre otras implicaciones. Es por eso que Tironi afirma:

[...] el recurso a los clásicos resulta por lo menos insuficiente; en su nombre se han cometido demasiados desmanes; las interpretaciones y las lecturas son tan diversas que ya no son más punto de unidad; y como se ha comprobado, ellos no dan muchas luces para el diseño de proyectos históricos alternativos. El resultado no es mejor si se recurre como punto de partida a nuestra propia historia o a otras experiencias. La nuestra desembocó en un fracaso gigantesco, por lo que no convence sino como recurso mitológico; y aquella historia heroica de otras latitudes no pasa un día sin que nos inunde de nuevas desilusiones¹⁴¹.

El abandono de la ortodoxia marxista es valorado por Tironi como uno de los elementos más positivos que el golpe de Estado obligó a poner en el debate político e intelectual. Dicha obligación dolorosa, por cierto, le quitaba a la política ese carácter religioso que la había caracterizado en las décadas previas al golpe; le quitaba esa aura mesiánica a la vanguardia y el horizonte se volvía menos claro, menos definido, pero también más real y más riesgoso en tanto caminos posibles. Esta reflexión lleva a Eugenio Tironi a plantear que “la derrota ha sido profunda; que se ha internalizado; que parece reproducirse. Y que su reversión tiene quizás como detonante un ajuste de cuentas con nuestros fantasmas y la reconstrucción del ideal, de la teoría, del pensamiento y del programa de la izquierda”¹⁴².

Lejos de considerarse como una crisis terminal, este momento de dificultades y de nebulosas epistémicas es la oportunidad para repensar la manera en que debe hacerse la política. Es por ello que plantea que “definitivamente, el dogmatismo de cualquier especie, la modelística, el sectarismo y el fanatismo político son fenómenos que no pueden sostenerse. Esta es la virtualidad de esta crisis por la que atravesamos: parece un despertar lento, pero implacable. Desde ya, nuevas convicciones han venido tomando el lugar de las antiguas y muchas de estas últimas se han rejuvenecido”¹⁴³.

El marco histórico sobre el cual debe ser entendida la crisis del paradigma marxista, está constituido, a juicio de Tironi, por el golpe de Estado y su efecto sobre la credibilidad de la izquierda. En segundo lugar, debe considerarse “el desarrollo de una práctica política (y cotidiana) de izquierda que, acorde con las circunstancias históricas y a la nueva priorización de las demandas populares, se ha articulado objetivamente para la izquierda y se ha organizado bajo una institucionalidad que no controla”¹⁴⁴. En suma, la pérdida de la omnipotencia de la ‘generación de los dioses’ convocó a una nueva mirada autocrítica sobre ‘el ser’, pero también sobre ‘el hacer’.

Por último, Tironi incluye en el marco histórico la:

...pulverización de un marxismo entendido como doctrina y/o creencia única, cerrada, con “auténticos” y “falsificadores”, “consecuentes” y “revisionistas”. Ciertamente este fenómeno es básicamente un efecto de hechos históricos, como el desmoronamiento de la ilusión de los socialismos reales, la emergencia del

eurocomunismo con los temas de la democracia y de las vías nacionales, el levantamiento del problema de los derechos humanos a escala mundial; y la década de derrotas y represión que asoló a América Latina... Lo más característico –y saludable– de esta crisis del marxismo es que diluyó el eje a partir del cual, en el pasado, se podía fijar “una derecha” y “una izquierda” sobre una imaginaria línea vertical: hoy ya no se sabe¹⁴⁵.

A raíz del análisis anterior este sociólogo, doctorado en Francia, llega a plantear la necesidad de que en el nuevo escenario sociopolítico que dibujó la dictadura militar, la izquierda refunda su práctica y su teoría en nuevos referentes teóricos e ideológicos. La necesidad de renovación, por tanto, se volvía urgente, sobre todo porque el golpe de Estado había generado una ruptura no solo de tipo epistemológico, sino que un quiebre de la idea de comunidad, de una idea de lo nacional. “Chile, su explicación y su destino, no pueden ser deducidos de una teoría o modelo de aspiraciones universales. Como dice Paz, nuestra historia es algo más que un ‘episodio de la vida del mundo entero’, es más que una simple ilustración, por ejemplo, del ‘modo de producción capitalista-dependiente-subdesarrollado’”¹⁴⁶.

Esta urgencia, a juicio del autor, estaba representada por una práctica política ritualizada, agotada, que se reconocía en una experiencia del pasado, pero que había renunciado mirar al futuro, sobre todo porque se había perdido la direccionalidad del mismo. Así, la política en tanto práctica se comenzaría a entender como horizonte de posibilidad y de constitución de ordenes, más que de desordenes¹⁴⁷. Los partidos, a juicio de Tironi, o acusaban recepción de dicha discusión y cambio, o estaban condenados a desaparecer de la escena pública. Sin convergencia social no habría convergencia política y ambos universos debían volver a reunirse para detener el profundo distanciamiento que a comienzos de los 80 generaba el vértigo de la caída inminente. “Volvamos otra vez al principio. Enterremos los sistemas dogmáticos. Dejemos que se esfumen los discursos que explicaban a Chile desde un solo punto –clase, razas, nacionalidad, eficiencia, desarrollo– frente al cual lo demás se reducía a una mera pieza de una máquina perfecta”¹⁴⁸.

Por último, hacia el año 1983 el sociólogo mapucista concluye que “la teoría marxista, ha pasado a constituirse en un mero discurso ideológico, metahistórico; y como tal inservible para el diseño de una estrategia de avance de los mismos

trabajadores a los que fue dedicada”¹⁴⁹.

¡No todo está perdido! Una mirada crítica con rescate identitario

Moulian intenta realizar un rescate teórico del marxismo en tanto instrumento de análisis social, enmarcando el proceso de crítica dentro del cuerpo identitario de la izquierda. A juicio del autor, el marxismo tiene varios elementos rescatables y útiles para comprender a la sociedad latinoamericana y sus especificidades, aclarando que lo que es necesario rechazar de plano es el uso dogmático de una teoría que no aspiraba a constituirse en una guía de acción en la coyuntura, cuestión que lo diferencia del leninismo, que apela a la lectura de Marx como guía de acción política, para cambiar la realidad en la cual se encuentran inmersos los sujetos.

Así “la teoría no debe considerarse como un saber establecido y consagrado, sino como una crítica. Por lo tanto, debe desterrarse esa forma sacralizada de la hermenéutica que ha primado en el marxismo como vía de construcción teórica... Es indispensable ejercer una hermenéutica crítica”¹⁵⁰. Inmediatamente después de la acción de abandonar el uso dogmático de una teoría social, el autor plantea la necesidad de reconsiderar el uso heterodoxo de los mejores instrumentos analíticos que nos permitan comprender de manera más adecuada las realidades históricas particulares de nuestra América Latina. El intelectual debe proveer de los mecanismos analíticos que permitan hacer inteligible una determinada formación económica social, pero no debe sugerir la guía de acción teleológica hacia un destino preconcebido y verdadero. Se realiza aquí un avance importante dentro del proceso de renovación socialista correspondiente al distanciamiento entre teoría intelectual y acción política partidista.

El intelectual, a juicio de Moulian, no debe pontificar, debe sugerir análisis; no debe establecer los cursos de acción, sino que señalar las posibilidades. En otras palabras, es necesario generar un mundo intelectual que se complemente con la actividad política, pero que mantenga su independencia específica en tanto función social. Para mostrar esta necesidad de crítica y práctica política como esferas diferenciadas pero complementarias, Moulian analiza el caso del marxismo en Italia y el caso del PCI, enfatizando que:

En Italia la enorme renovación teórica del marxismo, alimentada por la obra precursora de Gramsci, original en el terreno del análisis de la “superestructura”, por los desarrollos de la corriente delavolpiana, despiadada en su crítica de las interpretaciones hegelizantes, tiene su base material y su fundamento político en la renovación del PCI. Sin ella los esfuerzos aislados de algunos intelectuales hubieran carecido de una real significación social. La vinculación orgánica entre intelectuales y movimiento obrero explica tanto la vitalidad teórica del marxismo italiano como la vitalidad política del PCI¹⁵¹.

La necesidad de separar aguas entre la teoría analítica y la acción política fue uno de los valores importantes que introduce Moulian en el análisis renovador, sobre todo porque establece una relación más sana de la que había existido entre intelectualidad y política durante los años 60 y 70, donde había predominado la teoría como verdad sobre la cual había que orientar la práctica política para alcanzar el destino teleológicamente configurado. Dos esferas diferenciadas pero complementarias y necesarias, que se mezclaron en nuestro país por el fuerte influjo de la teoría marxista leída bajo el prisma de Lenin.

Para Moulian, la gran diferencia entre Lenin y Marx radica en que para el filósofo del siglo XIX, la teoría no tiene “como objeto específico de conocimiento la acción política, con sus condicionantes concretos; no es un análisis de coyunturas sobre las cuales se pretende saber en función de decidir opciones y líneas de acción”¹⁵². El error latinoamericano y nacional consistió precisamente en suponer que la teoría marxista era una guía de acción coyuntural; esa interrelación era lo que había generado su uso ortodoxo y perverso.

sEl uso del marxismo-leninismo en nuestro país y en Latinoamérica debe entenderse dentro de un proceso de largo alcance y dadas las particularidades de nuestra propia sociedad. Con esto, Moulian matiza la idea de una imposición política, para plantear las razones de este influjo mayoritario del marxismo dogmático. Según el sociólogo, el marxismo-leninismo “era eficiente para proporcionar un marco de interpretación globalizador y para generar identidades; pero al nivel de la teoría y de la fundamentación filosófica, formulaba un discurso segregatorio”¹⁵³. Sin embargo:

...la eficacia ideológica de la izquierda no provenía del marxismo como sistema teórico, sino de la capacidad simbolizadora que adquirió el discurso obrerista y antireformista dentro del sector radicalizado del mundo popular. Dentro una sociedad con fuerte heterogeneidad estructural y bastante escindida, ese discurso operaba como principio de identidad, fijaba los límites que singularizaban y diferenciaban a una parte de los sectores populares¹⁵⁴.

La influencia cultural de la izquierda reposa en esta capacidad de crear identidad. El marxismo proporciona la teoría donde el obrerismo y la afirmación revolucionaria cobran un sentido global. Su fuerza expansiva residía en la capacidad de generar ideas fuerza y símbolos que lo ponían en relación con ciertos núcleos básicos de la cultura popular radicalizada¹⁵⁵.

Dado lo anterior es que, según Moulian, la renovación de la izquierda y su pensamiento debe hacerse desde esa misma matriz identitaria. No debe haber un quiebre en los símbolos que han permitido a la izquierda mantenerse poderosa en el imaginario colectivo nacional, sino que debe generarse una nueva relación entre teoría y práctica política, que suponga a la primera como elemento de crítica y no de consagración de verdades y a la segunda como acción de delimitar el campo de posibilidades dentro de un imaginario utópico no constreñido de la realidad.

En el cruce: marxismo y socialismo

Para Manuel Antonio Garretón, la teoría ortodoxa que caracterizó a la política de izquierda desde los años 60 en adelante, generó una imposibilidad de comprender la especificidad de Latinoamérica y su carácter de sociedad occidental y tercermundista. Ello llevó a que mediante los análisis teóricos se terminara por imponer una visión instrumental de la democracia como sistema de gobierno que debía ser superado para alcanzar el socialismo, cuestión que a juicio del autor fue el gran error epistemológico y político, asociado al paradigma marxista.

Según el sociólogo, tres son los elementos que conllevaron a ajustar cuentas con el marxismo ortodoxo entendido como dogma, a raíz de la experiencia autoritaria latinoamericana. El primero de esos elementos fue precisamente el

golpe que asentó a la teoría social el carácter de las dictaduras, dada su forma fuertemente represiva, que no respetó ni siquiera las condiciones más humanas del sujeto como actor social e incluso como individuo. Surge así a la vista de la dolorosa experiencia la constatación de que los individuos tienen derechos básicos que los anteceden, como en el ideario liberal, y que exceden el carácter de clase y su constitución en la esfera de la producción.

El segundo de los elementos tiene relación con la forma en que se entendieron los actores sociales bajo los postulados marxistas, para los cuales predominaba:

...una visión de una clase como portadora de un proyecto de sociedad; concibe al partido como su destacamento o vanguardia y su acción como su directa proyección a la sociedad; el poder se localiza solo en el Estado como referente exclusivo de la acción política; la teoría es vista como un conjunto de verdades de las que el partido y sus militantes son los depositarios. Aquí la política no ha cambiado su contenido, sino solo su forma de realizarse¹⁵⁶.

Este carácter constreñido de los actores y de sus acciones, suponía tipos de comportamientos teleológicamente determinados y mediante los cuales se evaluaba la naturaleza de los mismos entendiéndolos como correctos o desviados. Esto a juicio de Garretón, más que ayudar a comprender la complejidad de la acción social, generó una suerte de determinismo social que impidió a la izquierda comprender el momento histórico en el cual se encontraba inmersa, antes del golpe de Estado: “Se reconoce la diversidad de sujetos sociales en oposición a la monopresencia de la clase, pero se piensa que estos sujetos no tienen destino si no se les ‘politiza’ o ‘sintetiza’, y el lugar de esa ‘politización’ o ‘síntesis’ es el partido. El partido no es un momento de la vida política, sino una síntesis de ella. La política consiste en ‘incidir’ en la coyuntura, para lo que es necesario renovarse”¹⁵⁷.

Esto, a juicio del autor, conlleva a la idea de que todo es política y reduce cualquier ámbito de autonomía creativa de los actores sociales.

El tercer elemento consiste en separarse de aquella teoría que supone que el socialismo es un tipo particular de sociedad, por cuanto, a juicio de Garretón, el socialismo es un proceso, un vector de dirección hacia la igualdad y la justicia

social, y no un tipo de sociedad en particular, ni tampoco un tipo de régimen político. Este ajuste de cuentas con un supuesto nuevo de socialismo, es lo más radical de la propuesta renovadora, y está en los mismos orígenes del proceso, por cuanto estructura el marco de referencia sobre el cual se realizará el cambio epistemológico. Garretón afirmará a mediados de los años 80 que no existe sociedad socialista posible sino que solo principios socialistas, que pueden agruparse en la idea de terminar con cualquier explotación y alienación humana, de cualquier tipo que esta sea, incluida la económica.

En la misma línea está la reflexión de Norbert Lechner, quien sintetiza como el gran error de la teoría marxiana el componente de futuro deseado y ajeno de toda discusión sobre el orden deseado, en tanto se supone orden superior. Así, el autor enfatiza que:

...la conceptualización de la ruptura como revolución es insatisfactoria por dos razones. En primer lugar, porque la negación de la realidad existente no imbrica la determinación de la realidad verdadera. Es decir, el orden futuro no puede ser deducido del presente, [ya que ello] supone distinguir entre las condiciones sociales dadas y los objetivos futuros. Solo entonces la construcción del orden futuro puede ser una empresa consciente y responsable de los hombres¹⁵⁸.

A raíz de este ajuste de cuentas con el marco de referencia teórico en el cual la izquierda había hecho sus análisis, se llega inevitablemente al instrumento mediante el cual se había dado la lucha política, es decir, al carácter que tuvieron y deberán tener (en el ideario renovado) los partidos políticos.

Tercer nudo discursivo: ¿qué le queda al partido? ¡Renovación o muerte! La crítica a las prácticas políticas

La crítica al marxismo como teoría que se usó en forma de dogma y de manera ortodoxa, llevó inevitablemente a que se deslizara una crítica hacia la forma en que los partidos habían hecho la política. Esta crítica se inicia de manera potente hacia fines de los años 70, y se entrelaza también con los análisis normativos que predominan en el periodo 1984-1989. En otras palabras, de la crítica que emerge en los inicios de los 80 se va articulando un discurso sobre el ‘deber ser de la política’ cuando se recupere la democracia.

Los partidos políticos y la izquierda

Los partidos políticos constituyeron, según los diversos autores, importantes fuentes de identidad colectiva durante gran parte del siglo XX. En la izquierda, esta fuente permitió construir una asociación con referentes culturales que hicieron de las luchas populares la gran referencia ‘positiva’ del accionar político. A juicio de Moulian, “la acción político-cultural de la izquierda, su capacidad de otorgarle sentido a las luchas populares y de simbolizarlas, logró conservarle al socialismo un sentido positivo, pese a la contra propaganda, pese al stalinismo y a la estabilización de una forma de gobierno dictatorial”¹⁵⁹.

Pese a lo positivo de este elemento, que le permitió preservar el ideal socialista por sobre el fracaso de las propuestas políticas que habían intentado implementarlo en la historia moderna, también constituyó una ‘ilusión’ sintética de la vida social. Esta ‘ilusión’ de síntesis se generó, según Garretón, producto de que el sistema de partidos en Chile era tan fuerte como fuente de identidad social, que generaba que el partido y la práctica política se entendiera como la ‘mejor síntesis’ de lo social. De esa manera, cuando los referentes políticos fueron borrados por la dictadura, se desarma la ‘columna vertebral’ sobre la cual habían construido su identidad los sujetos sociales. Para el sociólogo:

...en Chile la constitución de actores sociales estaba indisolublemente ligada a una estructura política partidaria cuyos rasgos pueden enunciarse así: en primer lugar, se trataba de la constitución relativamente temprana de un espectro político de carácter nacional. Ello quiere decir tanto la existencia de una gama completa de opciones políticas expresadas en organizaciones, como la no existencia de partidos o movimientos que por motivos de su base regional o étnica interfieran con este aspecto. Un segundo rasgo de esta estructura político-partidaria era su imbricación con el conjunto de organizaciones sociales. Estas lograron convertirse en actores de significación nacional, precisamente en la medida en que se relacionaban con la estructura político-partidaria. En tercer lugar, esta significación del sistema político partidario en la constitución de actores relevantes iba asociada con una relativa debilidad y dependencia de las organizaciones autónomas de la sociedad civil. Esto porque el conjunto de ellas debía pasar por este canal privilegiado para acceder al instrumento ordenador y redistribuidor que era el Estado”¹⁶⁰.

Los partidos políticos se constituían así en la síntesis social por excelencia, generando un tipo de práctica y discurso político que englobaba toda la actividad social de nuestro país. Se creó por lo mismo un discurso omnipresente donde ‘todo era política’, y suponía como actores sociales solo aquellos sujetos que podían expresarse en la esfera pública por medio de la política de partidos. Esta relación generaba una vinculación poco sana con los movimientos sociales, por cuanto estos solo se hacían visibles en la medida en que lograban vincularse con algún partido político, lo que en la práctica generaba una discusión que situaba el espectro político y la lucha por el Estado, como el lugar donde se discutían los requerimientos particulares de los movimientos sociales. El Estado se convertía así en el espacio de disputa y no en el espacio de negociación, lo que a juicio de Garretón fue una de las claves para comprender el proceso de polarización política que cruzaba a nuestro país desde la década de los sesenta.

Para Manuel Antonio Garretón “hacer política en Chile consistía en organizar una base social vinculándola a la estructura partidaria y presionar sobre el Estado. Para la izquierda esto significaba, además, proponer el socialismo o la conquista del Estado para cambiar la sociedad”¹⁶¹. Sin embargo, “una sociedad no puede ser definida nunca al puro nivel de su base material, ni tampoco al solo nivel de sus relaciones políticas o de sus representaciones culturales... Entre modelo económico, modelo político y modelo cultural hay un sistema de

multideterminaciones que varían de sociedad en sociedad”¹⁶².

Por lo tanto los momentos partidario y político son solo momentos dentro de la sociedad, que no suponen sobredeterminación sobre los otros, ni tampoco su síntesis ominicomprensiva.

Hacia fines de los años 70, y dadas las transformaciones que la dictadura había generado en las redes sobre las cuales los sujetos sociales habían construido su relaciones sociales y sus identidades, se generó un cambio significativo en el campo de las construcción de lo político y lo social. Esta constatación llevó, a juicio del autor, a dos formas de superación empírica de la nueva realidad social y material que se gestaba bajo el gobierno dictatorial. Por un lado, se encontraba el refugio en el partido político, que seguía siendo visto como la síntesis, pero ahora reprimido y cada vez más alejado de la relación con lo social, potenciando la idea vanguardista:

Ella parte de la visión de una clase como portadora de un proyecto de sociedad; concibe al partido como su destacamento o vanguardia y su acción como su directa proyección a la sociedad; el poder se localiza solo en el Estado como referente exclusivo de la acción política; la teoría es vista como un conjunto de verdades de las que el partido y sus militantes son los depositarios. Aquí la política no ha cambiado su contenido sino solo su forma de realizarse¹⁶³.

Por el otro, en cambio, surgía potentemente la ‘ilusión movimientista’, compuesta por el encandilamiento político ante el ‘supuesto’ nacimiento de movimientos sociales autónomos, pero que subsumían en ellos o postergaban la disputa por lo político. En otras palabras, era la vuelta de mano, planteando que el movimiento debía contener a lo político. ‘La ilusión movimientista’ “afirma la caducidad definitiva de la política y sus agentes hasta 1973 y levanta a los movimientos sociales como grandes actores que llena o llenará la escena del futuro... Por el instante, se proclama normativa y tácticamente la independencia de estos movimientos respecto de las expresiones partidarias. El momento partidario es negado o postergado indefinidamente ante el temor de la manipulación”¹⁶⁴.

Estas dos concepciones de la política son, a juicio de Garretón, un gran error

conceptual, que no permite superar la posibilidad de organización en la oposición, contraponiendo ámbitos que en la práctica social no tienen por qué oponerse. Se hacía necesario, por tanto, mantener una autonomía y especificidad de cada una de las esferas, que se alimentan dialécticamente, pero que no se anulan ni contienen. En 1982, Garretón concluye que “hacer política hoy no tiene respuesta unívoca o sintética. Es crear sociedad y relaciones sociales, por lejanas que aparezcan de la “política” en sentido tradicional. Es también dar respuesta a desafíos de la coyuntura y a los que emergen de la demanda de la densidad propia de la organización política”¹⁶⁵.

En la misma lógica, Tironi enunciaba en 1983 que no ‘todo es política’, y que esta concepción omnipotente y omnicomprensiva, fue uno de los factores que contribuyó al quiebre democrático de 1973. En conjunto con ser uno de los factores que terminó ridigidizano la política, en tanto acción creadora de orden y consensos, hacia los inicios de la dictadura se convertía en un factor de aislamiento y espacio de superación de frustraciones personales y políticas, que desvinculaba aún más estos dos espacios que se habían entendido como unidos en las décadas pasadas.

En 1979, Eugenio Tironi afirmaba que en los años inmediatamente siguientes al golpe de Estado:

...hemos venido buscando en la actividad política intensiva un cauce para nuestra omnipotencia y, por qué no, un calmante para nuestra frustración. La actividad política ha adquirido, en estas circunstancias, contornos claramente neuróticos. En Chile y en el exilio. Con ella se sublima la frustración. Y así los partidos se nos fueron volviendo mecanismos de conservación, refugios para que nuestra generación logre protegerse en parte de la agresión de la que es objeto desde arriba y sin descanso; lugares donde preservar, muchas veces, únicamente mediante gestos históricos, nuestra “cultura de la omnipotencia, lugares de encuentro que momentáneamente aplacan nuestro corriente desarraigo; enclaves que, por su propia naturaleza, nos alejan día a día de la cotidianeidad de nuestra gente¹⁶⁶.

La política, por tanto, pasó de ser la actividad omnicomprensiva de la acción

social, para quedarse en los márgenes de la realidad vivida, desconectada, ritualizada y fuente de generación de identidades, cada vez más desconectada del mundo en el cual se fundamentan. Esta dura crítica llevó a Tironi a plantear que se hacía necesario abandonar esta práctica política generadora de redes, pero que no lograba emerger hacia la luz del día, quedándose en las tinieblas de la noche.

La aceptación de una realidad completamente nueva y revolucionariamente creadora, que el golpe de Estado y el proyecto dictatorial había implementado en siete años de instalación, debía convertirse, según Tironi, en el estímulo necesario para cambiar radicalmente la práctica política partidaria. Se hacía urgente, por lo tanto, abandonar los modos clásicos de organización, el lenguaje y los símbolos empleados para ayudar a reducir el enclaustramiento partidario, que reproduce las mismas propuestas y sobre los mismos sujetos¹⁶⁷.

La izquierda debía asumir la idea de un segundo fracaso. Según Tironi, en 1981 ya no cabía resistir a la dictadura; era el momento de reconocer las transformaciones radicales que el gobierno militar había introducido en Chile por la fuerza de las armas. Se debía, según el autor, realizar una profunda renovación que derivara en un movimiento político refundacional para no quedarse rezagada en un simple momento testimonial.

¡Renovación o muerte! Renovación que permita superar el desdoblamiento esquizofrénico que genera una dualidad sobre el mismo sujeto, militante político y miembro del movimiento social. “Las modalidades de vida impuestas por el nuevo escenario han provocado mutaciones profundas en la propia subjetividad popular, es decir, en las formas de sentir y pensar su vida y la sociedad por parte del pueblo chileno”¹⁶⁸, lo que obligaba establecer nuevas formas de nutrición entre lo social y lo político, conservando cada uno su autonomía y especificidad.

Según Tironi, la oposición al régimen militar:

...está lejos siquiera de hacerse cargo del cúmulo inmenso de transformaciones que han caído sobre Chile. Repite propuestas para un país objetivamente inexistente –y en un lenguaje seguramente incomprendible para las nuevas generaciones, carentes de la tradicional “cultura política” chilena–; y con el inconfundible objetivo de retrotraerla a una situación pasada que nadie quiere repetir y que, en el mejor de los casos, no significa sino reiniciar un ciclo

siniestro”¹⁶⁹.

La izquierda, a juicio del sociólogo, debe asumir estas transformaciones y conectarse con los cambios que no puede pasar por alto si quiere convertirse nuevamente en actor. Dado ese diagnóstico, Tironi enfatiza la idea de ampliar el conjunto de la izquierda y de la oposición, hacia el mundo cristiano que durante los primeros años dictatoriales se convirtió en factor fundamental para salvar vidas en nuestro país. El rechazo al ‘cristianismo’ como factor constitutivo de la cultura nacional, generó divisiones odiosas antaño y una desconexión profundamente dañina para la construcción de las hegemonías culturales.

En los primeros años de dictadura, se ha ido produciendo un proceso de debilitamiento y ausencia de mediación política institucional, sin debate interno, público y libre, que unido al fenómeno del individualismo ha debilitado los referentes clásicos sobre los cuales se constituían las identidades individuales y colectiva. Sin embargo:

...en un plano inverso al anterior, se ha producido una considerable expansión del sistema valórico cristiano como efecto del impacto de la experiencia reciente. También valores como los de libertad y democracia –que han sido siempre piezas claves en la conciencia y acción de los sectores populares¹⁷⁰– se han reafirmado extraoficialmente en los últimos años perdiendo terreno la visión instrumentalizada que tantas veces ayudó a restarles fulgor y credibilidad en el pasado¹⁷¹.

Estas transformaciones culturales que se han experimentado en la sociedad chilena, producto del golpe de Estado, se institucionalizaron públicamente a través de las siete modernizaciones, cuestión que marca en el discurso renovado un claro quiebre con la forma de interpretar el gobierno dictatorial. Esta expresión pública de las transformaciones de la sociedad chilena, generaron en los intelectuales renovadores una especie de alerta, que volvía cada vez más visible el carácter refundacional del gobierno militar. No cabía, según estos análisis, responder con las “mismas armas”¹⁷², con las cuales se había pensado y hecho la política antaño. A una transformación revolucionaria y radical, le

competía una transformación en iguales proporciones desde la oposición política y, sobre todo, desde la izquierda.

La incorporación de la Iglesia católica en la lucha por la defensa de los Derechos Humanos permitió vincular al mundo de la oposición política y, principalmente, de la izquierda, a un sector que conflictivamente había participado del gobierno de la Unidad Popular. Enfatizo la idea de ‘incorporación conflictiva’, porque este elemento era especialmente complejo en el MAPU, para cuyos militantes esta relación identitaria con el mundo cristiano se había constituido como un lastre a la hora de definir su carácter de tercera fuerza de izquierda¹⁷³, dado que según los mismos, les restaba fuerza como corriente de izquierda “racional y moderna”.

La constatación de estos profundos cambios, a juicio de Tironi, no había sido apropiada en el ámbito de las prácticas políticas, por lo que la oposición se encontraba anclada en un desconocimiento inhibitorio de nuevas propuestas, nuevos lenguajes y nuevas prácticas, aumentando el distanciamiento con la vida cotidiana de los sujetos. Según Eugenio Tironi, “en innumerables ocasiones, su relación con ese movimiento no logra sino reforzar algunos de sus rasgos negativos, o bien castra una de sus potencialidades más relevantes, como es su vocación de autonomía”¹⁷⁴.

Uno de los factores para explicar esta resistencia al cambio estuvo asociado, para Tironi, a la mantención de los mismos cuadros políticos, en quienes confluía la práctica pasada y el peso de la derrota y el fracaso, que los imposibilitaba para experimentar nuevas formas de aproximarse e intentar recrear prácticas novedosas, dado su compleja experiencia en el largo y corto plazo. Si se hacía necesario renovar la práctica, también era necesario renovar los cuadros; de lo contrario, la renovación sería superficial y poco hegemónica, volviendo a repetir los mismos errores del pasado.

Otro de los problemas que manifestó el antiguo sistema de partidos, destruido por la fuerza en el año 1973, era que este sumó nuevos actores en la misma proporción como disminuía su capacidad de concertación, lo que a la larga generó un sistema político polarizado y profundamente dividido y tensionado, sumado a una concepción ‘purista de la política’ que terminó por rigidizar la práctica política que perdió su capacidad por dibujar concertadamente los ordenes sociales, consensualmente definidos para mantener la cohesión de la nación¹⁷⁵.

Dado lo anterior es que este autor propone normativamente que el sistema de partidos se nutra en el movimiento social, pero que mantenga su autonomía generadora de conflictos inherentes a una sociedad capitalista, con sus especificidades latinoamericanas, donde la política debe construir los órdenes posibles y necesarios para mantener una nación cohesionada internamente. En suma, las transformaciones políticas deben ser, para el autor renovado, lentas pero creadoras de hegemonías, sin las cuales cualquier cambio es superficial y, por ende, débil en la configuración nacional.

Otra imagen que emerge en las ideas de la renovación socialista y que se analiza casi de manera paralela con la crítica a las prácticas políticas, corresponde a ‘los movimientos sociales’. Esta incorporación al discurso político generó una nueva forma de nominar la especificidad de estos actores, que no se subsumían en la esfera de lo político, sino que se mantenían autónomos. Este es uno de los contenidos renovados más innovador e importante en la forma de concebir la realidad sociopolítica de un pueblo. Lo político, por tanto, era solo una más de las esferas de la vida social, y no debía suponer superioridad sobre las otras esferas. La política no es todo, y debe ser ejercida desde la especificidad que le corresponde, cuestión que derivará en una concepción profesionalizante de la misma, que dibujará un nuevo universo en el que participarán solo algunos actores.

Cuarto nudo discursivo: los movimientos sociales, entre la dependencia y la autonomía

La constatación temprana sobre el proceso de transformación radical de la sociedad chilena, llevó muy luego a que los intelectuales tuvieran que plantear la problemática sobre cómo debían entenderse, en el nuevo escenario, los sujetos políticos y sociales. Tal como expresamos anteriormente, la idea de que la política ya no podía ser entendida ni practicada como antaño, llevó inherente la crítica hacia la forma cómo se habían constituido también los sujetos sociales.

La constatación de un reduccionismo clasista, que suponía a los sujetos sociales condicionados por el lugar que ocupaban en la producción, motivó una relación de subordinación hacia lo político, lo que ayudó a rigidizar las prácticas políticas e imposibilitó la generación de consensos a nivel de las decisiones estatales.

Garretón, hacia fines de los años 70, denominaba este proceso de transformación como de ‘transición invisible’, caracterizado por una reconfiguración de los actores sociales, desvinculados de la política, debido al cierre de esta esfera dada a la instalación de la dictadura. Para Lechner, la desaparición del espacio de articulación y de configuración de las identidades colectivas en torno a los referentes políticos, obligó a los sujetos sociales a buscar nuevos referentes sobre los cuales fundamentar su propia nominación identitaria¹⁷⁶.

Para Tironi, la desestructuración del antiguo universo sociopolítico tiene como virtud precisamente el requerimiento de repensar nuevas formas de construir las identidades colectivas. La búsqueda de nuevos referentes teóricos, menos ortodoxos, menos rígidos y más flexibles, posibilitaría la emergencia de nuevos actores sociales no subordinados a lo político. Sin embargo, si bien este rasgo es positivo, Tironi también detectó que la no subordinación no significaba fin de relaciones, es decir, no significaba desconexión de las dos esferas. A juicio de este autor, se hacía urgente redefinir una relación entre lo social y lo político, donde el movimiento social sería “el punto de partida y el referente cotidiano del quehacer político de la oposición; esta última dada a la tarea de globalizar e integrar las demandas de aquel para proyectarlas nacionalmente dentro de una propuesta histórica que interprete a la mayoría de los trabajadores y a la mayoría

del país”¹⁷⁷.

La teoría marxista ortodoxa predominante en los análisis de la izquierda pre golpe de Estado de 1973, imposibilitó la comprensión de un sujeto social múltiple y diverso, y supuso conductas teleológicamente configuradas, lo que hacía prevalecer la idea de que la política debía subsumirlo. Esto en la práctica había generado un sujeto social invisible, que se realizaba solo en tanto tenía expresión nominal en cuanto actor político.

Dada las condiciones políticas emergentes con la dictadura, el movimiento social debió abruptamente autonomizarse de lo político, lo que a juicio de Tironi es un aspecto “virtualmente enriquecedor”¹⁷⁸ de esta crisis. Esta constatación sería para el autor una gran oportunidad para la izquierda, dada la urgencia de una nueva reflexión analítica, así como de la puesta en escena de una vinculación más sana con lo social, que no suponga su invisibilización, sino que manifieste su especificidad.

Esta reflexión debía redundar en una reconfiguración de la izquierda en dos polos históricamente hegemónicos dentro de las fuerzas populares. Para Tironi, no comprender el ‘bipartidismo’ de la izquierda criolla, es solo un ‘voluntarismo inútil’, por lo que los esfuerzos deben dirigirse hacia una reconfiguración renovada del socialismo, como fuerza amplia, heterodoxa y flexible, en conjunto con la mantención del universo comunista, más radical y más rígido, que marque el camino hacia la izquierda. Por lo tanto, debía hacerse un esfuerzo para la que la convergencia social tuviera también un referente mediador en una convergencia política.

Según Tironi, es necesario comprender que los movimientos sociales tienen especificidades características que no son reductibles a lo político, sino que deben mantener su autonomía, en tanto expresión de necesidades particulares de distintos grupos sociales. Los movimientos sociales tienen tendencia al corporativismo, al reivindicacionismo particular y cortoplacista, por lo que no pueden suponerse como actores nacionales articuladores de mayorías hegemónicas, porque esa es una función estrictamente política e indelegable.

La necesidad de una rearticulación entre lo político y social conllevó a los intelectuales de la renovación a suponer que la lucha social debía despolitizarse para mantener su especificidad. En esta línea, el pensador más radical es Eugenio Tironi, quien en 1982 sugería que el marco neoliberal impuesto por la

dictadura era necesario de considerar en cualquier forma que resultara de la nueva rearticulación.

Para Tironi era un desafío “democratizar la vida económica, reconociendo el mercado como espacio donde pueden expresarse en toda su diversidad determinadas esferas de las necesidades humanas. Experimentar formas corporativas y autogestionarias que expandan en la sociedad el poder de iniciativa en la vida económica”¹⁷⁹. Para el mismo autor, era necesario reconocer ciertos atractivos del neoliberalismo en tanto corriente de pensamiento político, más allá de su puesta en práctica histórica. Uno de los atractivos más importantes destacado por el sociólogo de SUR, era:

...la dimensión y valor irreductibles del individuo y su libertad. La defensa celosa de esta libertad ante la intromisión del Estado. La concepción de un orden donde las distintas esferas y entidades sociales gocen de una autonomía efectiva frente a la acción político-gubernativa.

El mercado disminuye el poder coercitivo del Estado, desconcentra y descentraliza (socializa) el poder, efectivamente disuelve las bases potenciales de un sistema totalitario¹⁸⁰.

El mercado permitía consignar una posibilidad de autonomía de los movimientos sociales, quienes debían presionar sobre el sistema de partidos como instancia de mediación, pero no de subordinación. Solo así se restablecería una lógica dialéctica sana, donde el partido se nutriera de los requerimientos sociales, a su vez que el movimiento social utilizara canales de expresión que tensionara a los partidos y desde allí apuntar al Estado como generador de algunas respuestas a esas necesidades. Sin embargo, el partido no debía identificarse con el movimiento ni viceversa. Para Tironi, esta era el gran desafío de la Segunda Renovación.

En paralelo a lo anterior, estos intelectuales fueron dibujando la idea de un sujeto popular cada vez más autónomo de los partidos políticos, que a la postre estaban desparecidos de la escena pública. Estos sujetos, sin embargo, se tensionaban en dos polos contradictorios. Por un lado, el polo social y, por otro, el polo político. Los autores detectan un sujeto que va constituyendo un capital social de

autonomía, pero que se desdobra en la actividad política por cuanto, pese a la desaparición de ese referente, la mayoría de los líderes de estos movimientos tenían vinculaciones con los partidos políticos o, por lo menos, referencias identitarias a las mismas. Eso confluía en la imposibilidad de constituir un sujeto propiamente social y terminaba radicalizando las posturas o planteamientos de este mismo sector, dada la relación oculta con los referentes políticos, inhibiendo cualquier posibilidad de puntos intermedios en las propuestas y en las luchas.

Quinto nudo discursivo: un nuevo espacio, un nuevo tiempo, una nueva realidad: los cambios en la sociedad chilena bajo la dictadura

¡Ya no somos los mismos!

Toda la reflexión sobre lo político y lo social se fundamentaba a partir de las transformaciones radicales que había introducido la dictadura militar. Antes de 1978, el debate intelectual renovado ya consignaba en los escritos de los ‘mapuchitas’ la idea de una revolución autoritaria que había desestructurado profundamente a la sociedad chilena. Se dejaba ver la idea de que este era un proyecto de largo plazo y duración, por lo que cualquier problematización sobre la salida política o revolucionaria al régimen militar, debía dar cuenta de esta transformación, para no quedarse cegada por una realidad que no existía más que en el lenguaje discursivo y ajeno de la izquierda política que se resistía a renovarse.

En 1983, Brunner consignaba ese cambio en función de la reflexión sobre los cambios culturales:

El discurso autoritario, tal como ha sido elaborado en Chile bajo el régimen de Pinochet, combina dos ejes ideológicos que pueden subsumirse bajo los términos claves de seguridad y mercado. Si nos representamos esos ejes como cadenas de significados, entonces el primero elabora el universo temático del orden (o la represión) y el segundo el universo del progreso (o la satisfacción). Aquel se rige por el principio de la necesidad, este otro instaura el reino de la libertad. Ambos a su modo construyen el espacio simbólico de la integración social autoritaria. Uno debe hacerse cargo de generar solidaridades morales; el otro, de incentivar la solidaridad orgánica. En el tiempo, estos dos componentes de la matriz discursiva aparecen sucesivamente: primero, se constituye la ideología de la seguridad nacional y, posteriormente, la ideología neoliberal del mercado¹⁸¹.

Sin duda que uno de los hitos históricos más importantes que ayudó a configurar la idea de que la dictadura incubaba un proyecto refundacional, estuvo formado por las diversas leyes que constituyeron lo que se conoció como las siete modernizaciones. El discurso de Chacarillas del año 1977, donde quedaron expresadas estas modernizaciones en tanto anhelo político de transformación, llevó a los intelectuales a asumir que la forma de salida a la dictadura militar iba a ser más difícil de lo que los partidos de izquierda suponían. La dictadura había logrado reponerse a los primeros problemas económicos, e iba construyendo por la vía autoritaria un nuevo proyecto ‘total’, que a punta de fuerza constituía su propia hegemonía legitimadora.

Detrás de la instalación de la dictadura en 1973 estaba un proyecto de transformación social profundo y radical, que iba a desarticular dolorosamente la forma cómo se constituían los sujetos sociales y los colectivos políticos; en suma, una transformación revolucionaria que reconfigura los espacios público y privado, cuya matriz histórica había hecho crisis en 1973. El discurso renovado plantea ya hacia 1978 que la dictadura tendría una duración más larga de la que se supuso y que, por ende, cualquier salida a la misma debía considerar dichas transformaciones radicales. De otra forma, cualquier salida sería una ilusión y peligrosamente un suicidio colectivo. Las reglas del juego estaban puestas; cabía hacia 1978 decidir si se aceptaban o se botaba el tablero.

Según Brunner, las transformaciones dictatoriales eran tan profundas que habían cambiado intensamente también el campo de lo cultural, y por ello mismo estaban destinadas a permanecer durante largo tiempo. Para este autor:

...las relaciones entre la política y la cultura cambian drásticamente con la imposición del régimen militar que (a) transforma la función del Estado, otorgándole una extensa función represiva y de supervigilancia del campo cultural; (b) elimina el mercado político competitivo y el sistema tradicional de mediaciones política; (c) subordina el espacio público de la sociedad a las nuevas necesidades de control y disciplinamiento de la población y, (d) debe encontrar formas sustitutivas de generar conformismo en la sociedad para producir su propia legitimación y, sobre todo, motivaciones de obediencia conforme a la necesidades de exigencia del sistema¹⁸².

Una mirada a nuestra sociedad: el reflejo de lo que somos y la esperanza del deber ser

El reconocimiento temprano de que la dictadura militar traía consigo un proyecto modernizador, que iba en contra de los vectores de democratización y desarrollo que habían intentado poner en práctica las fuerzas progresistas de nuestro espectro político (Democracia Cristiana y partidos políticos que conformaron el bloque Unidad Popular), hacía que el análisis renovado planteara la idea de que la dictadura no era momentánea, sino que un proceso de largo plazo, transformador y radicalmente revolucionario. Vino para quedarse y si algún día, temprano o tarde, se iba del poder, la sociedad chilena no sería la misma y, por ende, había que consignar el cambio para poder proponer en cada momento, desde la oposición, un nuevo proyecto de sociedad.

Los primeros síntomas de esta transformación aparecieron con la entrada de los cambios en el ámbito de lo político. A juicio de Garretón, el golpe de Estado introdujo una desarticulación de los modos que tenían los sujetos sociales para constituirse en actores sociales. La imbricación entre sociedad, partido y Estado, que había caracterizado la ‘columna vertebral’ en torno a la constitución de los sujetos sociales, se había disuelto producto de un retiro forzado de los partidos políticos de la escena pública y un Estado que abandonaba el rol compensador y regulador de los conflictos sociales. En esa lógica, cada una de las tres partes de dicha columna seguían existiendo, de manera precaria algunas, pero por sobre todo desconectadas¹⁸³.

Esta desarticulación generaba, según Garretón, una incapacidad de que los movimientos sociales pudieran generar acuerdos y construir referentes políticos, lo que les restaba potencialidad frente al régimen autoritario. Ante ello, la pelea de los movimientos sociales se volvía corporativa, precaria y, en algunos casos, potencialmente radical, debido a que no encontraban mediadores frente a un Estado omnipotente, que los anulaba en tanto actores, y sin reconocimiento de los partidos como entidades mediadoras.

Otro de los cambios esgrimidos por los intelectuales renovados es que había una transformación importante a nivel de la subjetividad individual y política. La subjetividad individual de la clase política y en especial de los mapus, debió reconocer la derrota de un proceso donde los sujetos sociales se sentían cada vez más constructores del mundo en el que vivían. La amarga constatación en el año 1979, hecha por Eugenio Tironi, resume muy bien este cambio de subjetividad:

“¡Ya no somos dioses, no somos dueños, ni protagonistas, ni arquitectos, ni parte de nada!”¹⁸⁴.

La respuesta inmediata a esta constatación fue la resistencia a las transformaciones; sin embargo, ya hacia mediados de la década del 70 los intelectuales de la renovación manifestaban una necesidad de nominar y hacer inteligible los procesos de cambios que se experimentaban en la sociedad chilena. Según Tironi, la izquierda debía reconocer que se hacía necesario “construir una alternativa con capacidad hegemónica frente a un proyecto macizo, que ha logrado un alto nivel de sistematización del sentido común capitalista y una gran eficacia en la implantación de pautas conductuales que lo reproducen”¹⁸⁵.

Uno de los primeros cambios es que la actividad política había pasado de ser una actividad pública a una clandestina, riesgosa, peligrosa e ilegal. Esto llevó a que muchos militantes vivieran vidas desdobladas y la acción política se convirtió en una actividad donde se refugiaba el sentimiento de impotencia. De allí que la militancia se convirtiera en algo heroico, que rayaba en el misticismo religioso y que la volvía aun más anormal de lo que la ley dictaminaba.

La desconexión con el mundo cotidiano generaba una acción política disgregada y que solo resumía mitos y repetía viejos ritos, que la volvían terapia para superar frustraciones, más que una acción de construcción de ordenes deseados. Los viejos esquemas analíticos, los viejos dogmas teóricos estaban agotados y se requerían nuevos lenguajes y conceptos para comprender el nuevo espacio nacional.

Es por eso que, tanto Garretón como Tironi, enfatizan la idea de que se hace necesario abrir el universo de referencia de la izquierda, incorporando los elementos identitarios y epistemológicos que pudiera entregar el ideario del cristianismo, que se ha asociado a la izquierda en las luchas por la defensa de los derechos humanos. En esta convivencia cotidiana en la lucha por derechos básicos, que suponen anticipan el carácter humano, Tironi plantea que era indispensable incorporar las posturas “humanista, democrática y marcadamente antieconomicista, muy coincidente con el planteo democrático, liberal, clásico” que aportaba el mundo cristiano¹⁸⁶.

Este reconocimiento permite un reencuentro no conflictivo con la tradición valórica del mundo cristiano, de la cual provenía el MAPU. Podríamos hacer la

metáfora que volvía el hijo pródigo. Así, mediante este proceso de reconocimiento de las raíces identitarias que habían sido un elemento importante en el MAPU durante los años 70, se lograba por fin resolver la conflictividad constitutiva entre marxismo y cristianismo, que a dicho partido le había costado tanto sacarse de encima en sus años fundacionales. Hacia fines de los años 70, entonces, lo que había sido un lastre, se convertía en un aporte, en una suma de valor, donde la colectividad se convertía en puente identitario, terminando con la confrontación de dos universos aparentemente incompatibles¹⁸⁷.

En conjunto con lo anterior, los autores de la renovación socialista entran rápidamente a analizar las transformaciones que el modelo económico implementado generaba en los actores. Así “la intensificación y expansión de las relaciones capitalistas y el abandono por parte del Estado de su rol compensador de desigualdades y de mediador respecto de las contradicciones sociales, ha desembocado en una multiplicación, agudización y atomización de los conflictos, los que son relegados al ámbito de lo privado o corporativo”¹⁸⁸.

Estas transformaciones son tan profundas y hegemónicas, que la izquierda debe reconocerlas no solo para generar desde ese mismo nuevo escenario las salidas posibles a la dictadura, sino que también para nominarlas, hacerlas inteligibles y abandonar las teorías rígidas y ortodoxas que terminan por dibujar una realidad que no existe para nadie más que para los militantes de una izquierda alejada del mundo social.

Según Tironi, es necesario abandonar los reduccionismos clasistas y economicistas que estaban detrás de la aplicación del marxismo en tanto dogma de análisis social, porque se debe reconocer que el sujeto social no se agota en la esfera de la producción. Un individuo no es solo productor, ni consumidor; es sujeto espiritual, es poblador, es trabajador, es padre o madre, entre otros múltiples aspectos de su vida social, donde la labor productiva ocupa solo un lugar. Esta constatación de la complejidad del sujeto lleva a Tironi a plantear que era necesario abandonar el concepto de clase, tal como se había instalado en el imaginario de la izquierda, debido a que este concepto decía muy poco del sujeto social al que se aspiraba a nominar inteligeriblemente.

Construir un discurso en términos exclusivos de luchas y alianzas de clases, no permite concebir a “los agentes concretos como sujetos múltiples y a las luchas sociales como prácticas articulatorias”; por ello, el discurso intelectual renovado apelaba al abandono de la ortodoxia marxista. Esto permitía posibilitar

epistemológicamente la “ruptura consiguiente con la idea de que la historia tiene como sujetos a las clases sociales”... y la “aceptación de la existencia de posicionalidades populares y posicionalidades democráticas no siempre congruentes, y la política como ‘práctica articulatoria’, en cada momento histórico, de ambas posicionalidades”¹⁸⁹.

En este proceso de transformación económica como el implementado por la dictadura, que ha trasladado “la dinámica del crecimiento hacia actividades primario exportadoras con alta renta diferencial y poca absorción de mano de obra, y hacia las actividades comerciales y de servicios, los sectores que aumentan su peso en la estructura, en cambio, son los desempleados, las capas vinculadas al empleo informal y las fracciones independientes de la pequeña burguesía”¹⁹⁰. En ese nuevo escenario, seguir hablando de la clase obrera, como sujeto mesiánico de la revolución, era un esfuerzo totalmente inútil e incompresivo. Según Martínez y Tironi:

...dos clases de procesos se combinan, en consecuencia, para producir una importante disminución de la magnitud de la clase obrera chilena: los primeros son los procesos de carácter general que afectan la distribución sectorial de la fuerza de trabajo y que son típicos del desarrollo latinoamericano de la postguerra, esto es, la urbanización y la tercerización. A estos se agregan, sin embargo, procesos que tienen que ver con la redefinición de las relaciones sociales a partir de la implementación de un nuevo estilo de desarrollo capitalista en Chile desde 1973, y en particular con la nueva segmentación de las dinámicas productivas originada por la irrestricta apertura externa de la economía; una reversión del proceso de reforma agraria, que sin embargo no extiende las relaciones típicas del capitalismo industrial sino a una proporción ínfima de la población agrícola, y una competencia de importaciones que provoca una profunda crisis en el sector industrial con uso intensivo del factor trabajo¹⁹¹.

El proceso de desindustrialización implementado por la dictadura había transformado la base material de constitución de actores, donde visiblemente la clase obrera había perdido protagonismo, a la par que surgían nuevos sectores sociales (desempleados, empleo informal) que no podían definirse como los sustitutos de este sector. De esta forma:

[...] si las ramas que ocupan una mayor proporción de obreros tienden a mantener o disminuir su peso, mientras las restantes lo aumentan, debemos concluir que la clase como conjunto pierde, desde el punto de vista estructural, centralidad estratégica. Ahora bien, es éste último el caso en Chile: la restructuración del aparato productivo, y la traslación de las fracciones dinámicas del mismo, hacen que mientras los sectores que ocupan mayor cantidad de obreros mantengan su peso en la estructura relativamente constante; los sectores sociales de mayor composición orgánica aumenten rápidamente su peso¹⁹².

Esta transformación en el ámbito productivo tenía expresión en forma equivalente en el ámbito de las subjetividades sociales, sobre todo porque dada la creciente heterogeneidad que se detectaba, en la ‘composición de la clase obrera’, restaba potencia al paso a una ‘clase para sí’, lo que en suma disminuía su cohesión de clase, multiplicando al sujeto popular.

El restablecimiento, intensificación y expansión de las más clásicas pautas capitalistas de funcionamiento de la economía y la sociedad, en conjunto con una reversión radical del proceso de democratizador integrador, generaba una sociedad absolutamente nueva:

Así, por ejemplo, la instauración del reinado del mercado y de la ganancia han fomentado el individualismo. Esto se ve reforzado por el hecho de que el Estado eluda toda responsabilidad en la satisfacción de las reivindicaciones populares, lo que conduce a que la presión colectiva y organizada sobre este carezca de la eficacia de antaño¹⁹³.

El proceso anterior se daba en paralelo con la ausencia de instancias de mediación política. No hay expresión pública y orgánica de partidos políticos, el parlamento cesó sus funciones y el debate público y libre fue clausurado, lo que unido al proceso de individualismo que las transformaciones económicas generaban “conducen a un marcado apoliticismo en la gran masa de la

población". Por ende:

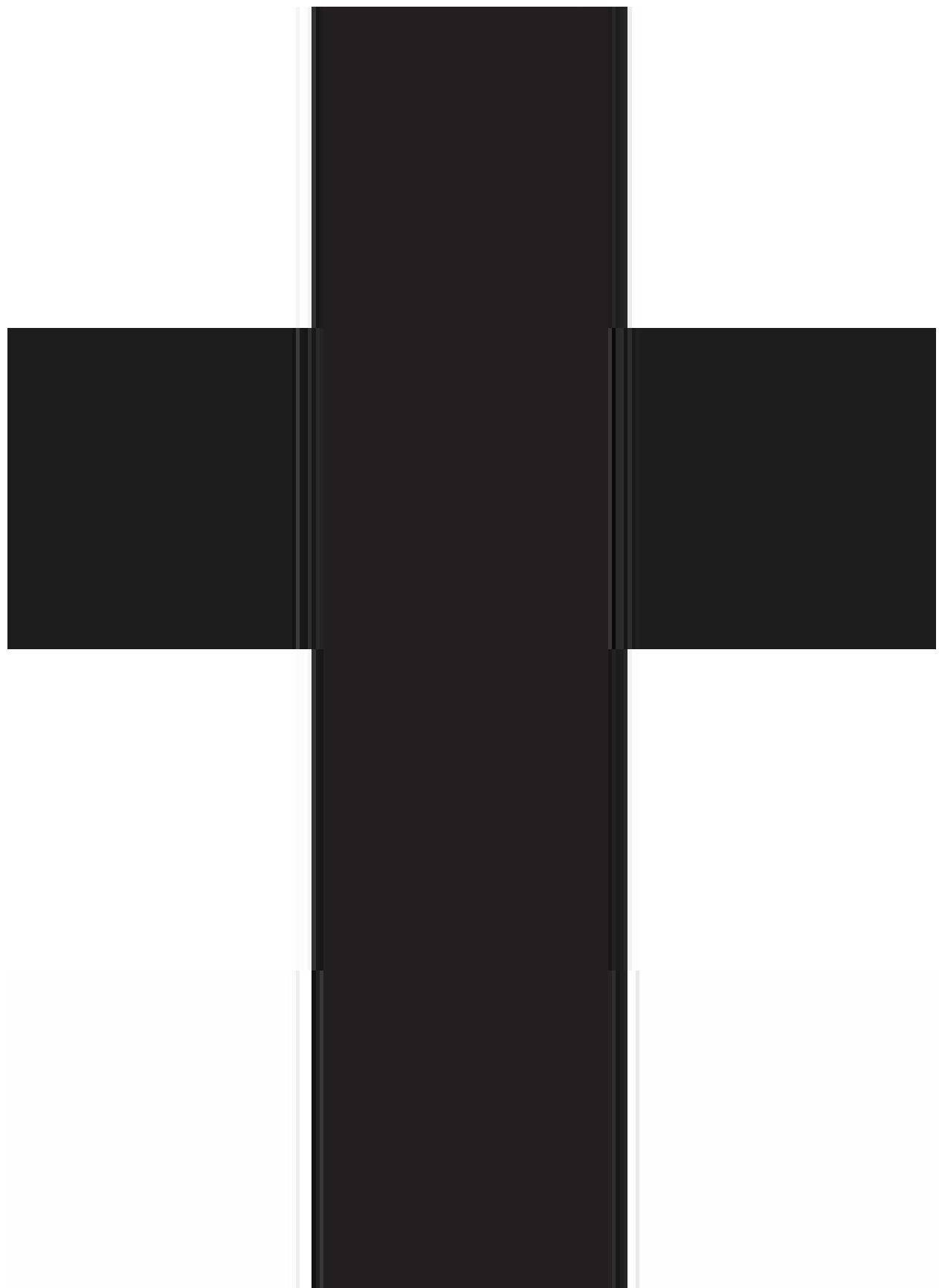
...lo que hay que retener es que se han producido mutaciones profundas en la subjetividad popular, las que forman una sola totalidad con el nuevo escenario económico social impuesto en el país en los años recientes. En este contexto –y en forma casi natural– ha venido emergiendo un nuevo tipo de prácticas, movimientos y organizaciones sociales¹⁹⁴.

En este nuevo escenario comienza a aparecer cada vez más fuerte la idea de que Chile estaba configurando de manera invisible, nuevos sujetos sociales, nuevos movimientos, que escapan a la epistemología de la izquierda marxista y que harán su aparición pública en las jornadas de protesta iniciadas en 1983. Será este episodio, que se extiende hasta el año 1985, el que marcará un giro importante en las reflexiones de la renovación socialista. La aparición de un sujeto nuevo, con una innovadora forma de conexión con el mundo político, generará un proceso de reflexión que abandonará cada vez más el análisis de las transformaciones sociales que había implementado la dictadura, para avocarse a la comprensión de los nuevos movimientos sociales, así como a esbozar las salidas posibles a la dictadura.

La etapa que se extiende entre 1983 y 1990 se caracteriza, en el discurso renovador, por el predominio de los análisis normativos. Más que analizar la realidad presente, los escritos intelectuales realizan una conexión de las razones de la derrota, junto con delinean las formas de salida a la dictadura. Aquí los diseños predominantes apelan al deber ser de la transición, lo que deben ser y hacer los partidos políticos y cómo debe conectarse la sociedad con la esfera de la política. La emergencia de un sujeto social incontrolable, que se vuelve ajeno y cuyas manifestaciones de radicalidad en las protestas en los años 84 y 85 solo puede ayudar a mantener la imagen de desorden que pesa sobre la izquierda desde el año 1973 y lleva a construir un discurso que apela por sobre todo a la negociación política y a sugerir que se hace necesario pactar, lograr consensos, frente a un sujeto social. Los discursos renovados toman en este período un carácter marcadamente normativos, junto con la idea que se hace cada vez más fuerte, que plantea que lo primero que debe convocar a la unidad política de la oposición es lo referido a volver a un proceso de democracia representativa,

dejando para después de la conquista de las elecciones libres y democráticas, las luchas por la democratización de la sociedad. Así, la idea de que esta transición debía hacerse por la vía política, como objetivo central y primordial por alcanzar, se impone sobre las discusiones de lo ‘socialmente esperado’, que debía expresarse de manera programática después de reconquistada la esfera pública. Por eso, para los renovados, una cuestión es reconquistar la democracia y otra muy distinta es democratizar la sociedad. Ambos objetivos, sin ser excluyentes, tienen tiempos y estrategias distintas. El realismo político ganó la primera batalla.

CAPÍTULO III



REPRESENTANDO LOS CAMBIOS: EL PASO DEL ANÁLISIS COMPRENSIVO A LA POSTURA NORMATIVA 1983-1989

“Y lo que predominó fue la discrepancia por líneas políticas. La cultura de la renovación no llegó a ser precisamente eso, no llegó a ser cultura”.

Manuel Antonio Garretón, 1987.

La crisis del año 1982 pareció debilitar la dictadura; así lo consignaron algunos discursos políticos que vieron en esta crisis el fin del régimen. El modelo instalado por los Chicago boys mostraba la cara más oscura del neoliberalismo: desempleo, pobreza y marginalidad, eran los efectos sociales que hicieron restarle legitimidad al gobierno encabezado por el General Pinochet. Sin embargo, ni la pobreza ni la cesantía ni la marginalidad eran problemas nuevos en la sociedad chilena. Lo que aparecía como una cuestión novedosa era la merma de apoyo político de los sectores medios asalariados y profesionales, que vieron bruscamente alterado su bienestar económico y su ascenso social. De repente, ni los profesionales ni los jóvenes ni los pobladores y trabajadores estaban dispuestos a seguir tolerando un régimen político autoritario, que no entregaba beneficios a la población y que había socavado su propia legitimidad.

En ese contexto, la dictadura perdía paulatinamente el apoyo político y la legitimidad que aparentemente tenía en la población nacional. Las jornadas de protesta popular, expresión de dicho proceso, permitieron hacer visible una transformación en las formas de movilización popular, a raíz precisamente de las transformaciones estructurales impuestas desde el poder político autoritario de la Junta de Gobierno. En forma paralela a las jornadas, se iniciaba un proceso de institucionalización del régimen, forzado por cierto, a través de la aprobación de la Constitución de 1980.

Las jornadas de protesta popular marcan también un hito en el proceso de renovación socialista, por cuanto, a raíz de las movilizaciones, es posible identificar en el pensamiento renovador un punto de inflexión en la forma y los principales procesos de referencia analítica.

En el periodo anterior, comprendido entre 1977 y 1983, la reflexión estaba básicamente dirigida al pasado, en tanto análisis de los fracasos y las derrotas que políticamente había sufrido la izquierda. Solo hacia el año 1979 los análisis comenzaron a centrarse en nominar los procesos de transformación que había impuesto la dictadura militar. De todas formas, el énfasis fundamental seguía

siendo el ajuste de cuentas con el pasado y, sobre todo, el derrumbe de la democracia producto del golpe de Estado. Los intelectuales de la renovación hacen la crítica radical de todos los fundamentos de su identidad de izquierda: marcos teóricos de reflexión, conceptos de compresión de la sociedad, formas de hacer política, entre muchos otros nudos discursivos que destacamos en el capítulo anterior. El pasado era el objeto de estudio central de estos intelectuales.

Con la pérdida de apoyo y masividad, además de la radicalidad de las jornadas de protesta popular, hacia el año 1985, y posteriormente con el fracaso de la salida insurreccional en 1986¹⁹⁵, los análisis que constituyen el pensamiento renovado pasaron de la esfera analítica a la esfera normativa. En esta etapa que se extiende desde 1983 hasta 1989, los escritos que constituyen la renovación socialista están orientados a reflexionar sobre el futuro político de la nación y la salida a la dictadura militar. Se privilegia en los estudios reflexivos el ‘deber ser’ de la política y los políticos, ya que la mayoría de los temas se orientaron a la transición política deseada y posible.

Por razones metodológicas, en este capítulo se presenta el análisis que se realiza en torno a cinco nudos discursivos. El primero de ellos corresponde a la superación de la autocritica sobre la derrota-fracaso de la Unidad Popular; el segundo, a la propuesta normativa de separar lo político de lo social que posibilitaría una conexión ‘más sana’ entre Estado, sociedad civil y partidos políticos. El tercer nudo discursivo se refiere a los cambios más importantes que se generaron con la dictadura, evaluación que se realiza a base de la consideración que merecen las jornadas de protesta social y su espiral de violencia. Las reflexiones en torno a este nudo discursivo establecen los supuestos que tendieron a mantenerse en la consideración de una salida política a la dictadura. En otras palabras, la reflexión sobre los cambios ya no se hace con afán comprensivo, que caracterizó el período 1973-1983, sino que como una forma de delinear cuáles serían aquellos cambios y problemas que debía tener en cuenta cualquier negociación de salida a la dictadura. Este nudo discursivo tiene una especial importancia, dado que en ese análisis se establecen las jerarquizaciones y prioridades de solución que tiene que realizar la transición. Esa delimitación epistemológica de las transformaciones constituyó el alimento para el diseño de la estrategia comunicacional del NO en el plebiscito de 1988.

Por último, el quinto nudo discursivo es el que se construye en torno a la objetivización que hace sobre sí mismo el proceso de renovación socialista. Es interesante resaltar que este proceso de autoconciencia reflexiva aparece con

nitidez hacia 1984. Los intelectuales que componen este proceso de renovación, comienzan a reflexionar sobre el llamado a renovación que estuvo presente en el periodo anteriormente analizado. Existe, por lo tanto, un intento de sistematización analítica y conceptual, así como política, de lo que fue (hasta ese entonces) y estaba siendo el proceso de renovación socialista. Será a través de esta operación reflexiva donde el MAPU (en sus dos versiones) adquiere la característica más importante que mantiene durante la transición: el convertirse en la generación puente entre el centro político y la izquierda socialista. El MAPU pasó de ser un grupo en sí a un grupo para sí, construyendo una identidad que intentaba condensar el proceso de renovación socialista, en tanto pensamiento y práctica política. El efecto de esta apuesta política, en relación específica con la construcción hegemónica de un nuevo universo simbólico que nutriera a la izquierda en la transición a la democracia, no puede ser evaluado a través de los discursos reflexivos. Para resolver aquello cobra especial importancia la memoria de los actores.

En el periodo que enmarca este capítulo se puede observar una bifurcación de caminos dentro de la renovación socialista. Es posible distinguir aquí un distanciamiento de la reflexión socialista y cierta práctica política que se nutre especialmente de las jornadas de protesta nacional. La violencia urbana y el predominio de movilizaciones con carácter expresivo identitario, originaron en la misma ‘episteme’ renovada dos vías que comienzan a oponerse política y reflexivamente.

Una de estas vías es la que privilegia la idea de salida pactada con el régimen, debido tanto al diagnóstico de fracaso de la salida insurreccional, como el fracaso de la idea de ingobernabilidad política por vía de las movilizaciones populares. En estos análisis se privilegia el contenido normativo en torno al consenso político, que debe lograr presionar por la transición a la democracia. Un elemento fundamental, para llegar a dicho análisis, fue la evaluación que se hizo del fracaso de la Unidad Popular debido a la crisis del sistema político de tres tercios, con un centro incapaz de servir de puente y conglomerar mayorías para las transformaciones radicales. Es decir, la ya famosa y casi no discutida tesis de Arturo Valenzuela en *El quiebre de la democracia en Chile*¹⁹⁶.

Cualquier proyecto del nuevo Chile quedaba subordinado a la democracia posible, es decir, se apelaba a la conformación de un bloque por los cambios que no debía articularse en torno a un proyecto ideológico, sino que pragmático y coyuntural. Toda discusión sobre proyectos de sociedad, alternativa o no al

modelo que dejaba la dictadura, debía postergarse en beneficio de lograr el máximo número de adherentes hacia la recuperación de la democracia política, representativa y formal.

La otra de las vías fue aquella que nutrida por el impacto de las jornadas de protesta popular, y de los mismos referentes teóricos reconocidos abiertamente, supone que la movilización subversiva y rebelde, que se hizo presente en las protestas, habían ayudado a configurar un sujeto rebelde, juvenil, que no supone como ‘bien fundamental’ la democracia burguesa; sino que la constitución de un nuevo actor social, que haría explotar desde sus cimientos la sociedad capitalista, con todo el andamiaje partidario que la articulaba y sostenía.

Esa línea fue la que originó, dentro del MAPU, el surgimiento del grupo subversivo Lautaro. Este grupo auguraba la consolidación de un nuevo actor, que se nutría de los movimientos populares de largo arraigo en nuestra historia social, pero que habían sido silenciados, negados e invisibilizados por el lenguaje, las acciones y las prácticas de la clase política civil y, posteriormente, la clase política militar¹⁹⁷.

Dos líneas analíticas –consenso y rebeldía– se confrontan en este período de las reflexiones renovadas, básicamente porque habiendo hecho el mea culpa con el pasado de la izquierda, había que diseñar el futuro próximo, la salida hacia la democracia, el imaginario de un Chile distinto. Y ahí había más puntos de desencuentro que de encuentro. El pasado ya había sido lo suficientemente escarbado; el problema que se presentaba ahora era cómo proyectar el nuevo Chile. En esta etapa, la discusión sobre el futuro se entiende condicionada, determinada, por la vía a la que se recurra para alcanzarlo. Mientras el camino democrático conduce a un Chile democrático formal, la vía rebelde conduce a un ‘Chile democrático sustantivo’. En ambas aproximaciones al futuro, cambia el modelo de convivencia deseado y quienes hegemónizarán el poder por administrar.

En conjunto con lo anterior, en este mismo período comienza a tantearse una idea que será fundamental en el desarrollo posterior que tomó la renovación socialista. Dicha idea se refiere al proceso de profesionalización y academicismo –carácter técnico en expresión de Tironi– que tendrá la actividad política de ahí en adelante. Sin embargo, este proceso cruzará todo el ámbito de la izquierda y el centro político, ya que tal como lo expresa J. Puryear, la crítica académica era la única oposición posible que podía realizarse. Podría afirmarse que la primera

de las líneas reflexivas que hemos destacado en este capítulo, es decir, la línea que privilegia la opción de negociación, consenso y búsqueda de acuerdos, concluye rápidamente (hacia 1984) que las movilizaciones sociales sin conducción política son inútiles y, a la postre, solo pueden generar más violencia de los organismos represores del Estado. Por ello sería una irresponsabilidad seguir utilizando a los pobladores, jóvenes, mujeres y militantes de base, como base de origen y expansión de la ingobernabilidad, puesto que se daba por entendido que la dictadura no caería por la vía violenta.

El discurso renovado se sistematizó tempranamente en los siguientes códigos semánticos: la movilización social sin conducción política puede servir para presionar sobre el poder político instituido, de manera que demuestre efectivamente el poder social que está detrás de una alternativa, pero no sirve como construcción de alternativa política. Así, las movilizaciones sociales espontáneas serían más un lastre que un apoyo efectivo a los procesos de democratización. Los análisis renovados esbozados por Manuel Antonio Garretón y Eugenio Tironi enfatizaron la idea de que las movilizaciones sociales donde predominan lo afectivo-expresivo, solo son válvulas de escape a procesos de pauperización y de falta de integración, dentro del modelo neoliberal impuesto por la dictadura. Ellas podrían hipotéticamente derribar un gobierno, pero jamás podrían, según ellos, construir algo después de la caída. Por eso, la política en tanto actividad que construye órdenes y posibilita la cohesión de la nación, debe guiar la movilización hacia objetivos concretos, que una vez conseguidos debe agotarse y disolverse. Retirarse a la esfera de lo privado.

La política pasó a conceptualizarse como una esfera destinada a profesionales-técnicos que deben administrar los sueños de los habitantes de una nación, dentro del marco de posibilidades institucionales que el sistema democrático tiene. Es así como, esta visión abandona la idea de revolución como ruptura y de masividad de la política. Se pasó a conceptualizar como ‘orden deseable’ aquel que permite establecer cambios paulatinos y hegemónicos en el largo plazo; es decir, la mejor política sería aquella que no se percibe en lo cotidiano y que, además, permite a los ciudadanos expresarse periódicamente por la vía de las elecciones políticas¹⁹⁸.

La mejor expresión de que un sistema político funciona será, para los renovados, la constatación de que la política en las calles, la expresión afectiva e identitaria que tienen las movilizaciones sociales, sea una excepción a la normalidad de la sociedad. Aun cuando se les supone válidas para presionar por cuestiones

parciales o intereses particulares. Orden y progreso, tal como el ideal positivista, supone que solo es posible avanzar construyendo consensos políticos conducidos por profesionales, es decir, la actividad de la administración de nuestros sueños conceptualizados a nivel de lo político. Había que vaciar a la política de la aparente irracionalidad que la había caracterizado en los años 60 y 70, donde el apego a teorías dogmáticas había impedido cualquier proceso de encuentro político. El *mea culpa* de la izquierda estaba interiorizado a nivel del ejercicio y práctica de la política. La gente, la sociedad civil, nunca más el pueblo, debía actuar como sujeto responsable y racional, capaz de expresar por la vía de los canales institucionales, sus anhelos y disgustos. La inflación ideológica que configuró las identidades de los años 60 y 70, debía evaluarse como un signo de una sociedad enferma.

Me parece sugerente plantear que esta opción de vaciar la política del contenido afectivo e identitario que poseía hasta mediados de los años 80, fue muy importante en el MAPU, dado su propia característica orgánica. Dicho colectivo, en sus dos versiones, no logró constituirse nunca en un partido de masas y se mantuvo durante todo el proceso dictatorial como un partido de cuadros. A pesar del discurso fundacional, que quedó representado en el lema “Seremos 100.000”, con el cual se inició la campaña de reunión de firmas para inscribir al MAPU legalmente en los registros electorales en el año 70 y que, posteriormente, a medida que disminuía el plazo para el proceso, la cifra quedó reducida a “10.000”¹⁹⁹; dicho partido nunca logró articular una base militante numéricamente importante.

Esta colectividad política, conducida básicamente por adultos jóvenes con alto nivel de formación profesional, privilegió el análisis intelectual de la dictadura, más que un ejercicio práctico de oposición a la misma. A diferencia del Partido Socialista, donde las disputas internas estaban articuladas en torno a las vías de derrota (en la práctica cotidiana) a la dictadura y sobre cómo reconciliarse con la democracia política, en el MAPU la reflexión fue siempre más analítica, desde la teoría. Sin embargo, a pesar de esta distinción, muchos militantes del MAPU actuaron en distintos movimientos sociales, como el de derechos humanos, el solidario, el feminista, el cultural o el estudiantil, introduciendo en los mismos el ideal de construir hegemonía ‘político-cultural’ con las masas para derrotar a la dictadura.

En el MAPU, estos dos espacios se fueron distanciando cada vez más. Lo social y lo político que durante los años 60 y 70 parecían esferas mezcladas y con

predominio de la última, se convirtieron en espacios distintos y con funciones específicas. La militancia, entonces, tendió también a dividirse, y muchos miembros de la colectividad, sobre todos los que pertenecían al MAPU-Garretón, abandonaron la actividad partidaria, para dedicarse al estudio o a la construcción de la sociedad civil²⁰⁰. La política quedaba reservada a los políticos profesionales y a los intelectuales, cuadros que debían aportar a la reconquista democrática desde una perspectiva analítica y precisa²⁰¹.

El político de profesión, es decir, aquel que solo hace política partidaria, pasó a ser designado como actor de una época pasada y sin posibilidad de acceder al poder. Diferente, en cambio, sería aquel actor que desde una perspectiva científica, profesional y técnica pudiese aportar a la formación de la nueva democracia, más racional y moderna. Con esto se abandona definitivamente la función expresivo-identitaria que pudiera haber tenido la política antes de los 90, y de soslayo, se abandonan también las antiguas identidades articuladas por el eje izquierda-derecha. El MAPU reconvirtió su discurso político –la renovación socialista– preservando los elementos básicos de su cultura, de una forma que lo alejaba de antinomias codificadas en los términos de la guerra fría. Este proyecto político no redituó ganancias políticas para el MAPU, que como partido experimentaba constantes escisiones, pero si ganó espacio dentro de los socialistas históricos y fue reconocido como una autocrítica de la izquierda en la Democracia Cristiana.

La dispersión de los militantes MAPU precede con holgura al momento de su disolución, pues se inicia prácticamente a los dos años de su fundación –al formarse la Izquierda Cristiana– y no cesa hasta su disolución. Las confianzas básicas que fundan su cultura política se mantienen y, por lo tanto, pueden revitalizarse e incluso ritualizarse en los contactos informales entre antiguos militantes²⁰². De esta forma, la ‘red MAPU’ cubre distancias insospechadas, con la pura condición de que los códigos de pertenencia sean respetados. La cultura política del MAPU y su red son, por lo tanto, elementos indisociables.

El MAPU, en sus dos versiones, comenzará a profundizar este discurso de construcción de una política más ‘moderna’, o quizás ‘posmoderna’, como planteará Lechner, en conjunto con la idea de disolver la colectividad, para pasar a formar parte de la izquierda socialista. Las grandes migraciones que desgajan al MAPU comienzan hacia mediados de la década de los 80 y culminan en 1989, cuando ambas colectividades (MAPU y MAPU-OC) entran de manera pública al Partido Socialista.

El desafío en esos años era construir un gran referente de la izquierda renovada, que permitiera condensar esfuerzos. El Partido Socialista le aportaba al MAPU la fuerza social, las bases que lo conformaban, la identidad de izquierda con pasado largo; a base de esas consideraciones, parte de sus militantes terminan por ingresar a dicho partido. El MAPU, en cambio, le aportaba al Partido Socialista cuadros e intelectuales que habían construido el discurso de la renovación socialista desde la reflexión de una nueva política. Sin embargo, sería interesante evaluar cómo cuajó la mezcla, es decir, cómo se yuxtapusieron ambos ámbitos de la construcción identitaria de un partido y cómo se formuló una nueva cultura política en la izquierda con vocación de hegemonía.

Mi percepción es que esa mezcla no logró dar por cimentado un proceso de construcción identitaria del socialismo renovado, y eso es lo que genera, hasta el día de hoy, la permanencia del MAPU como colectivo en las sombras, actuante e influyente, a más de 15 años de su disolución. Hubo un discurso renovado en el ámbito de las élites políticas del Partido Socialista, principalmente construido por militantes o ex militantes del MAPU, que no se logró complementar con la militancia y los elementos identitarios de la base política de dicho partido. La cultura política del MAPU, cuyos elementos de mayor continuidad estaban puestos en las formas de militancia que se construyeron en sus años fundacionales (1969-1973), y que se fortalecieron durante el periodo dictatorial a través de la intensa red de relaciones afectivas, políticas y familiares, posibilitó una manera de hacer política donde la institucionalidad partidaria se convertía en un espacio más –y no en ‘el espacio’– para ejercer dicha actividad.

El MAPU aportó al socialismo una reflexión temprana y consistente sobre los principales temas que componen el proceso de renovación socialista, además de cuadros altamente calificados y redes sociales que cruzaban transversalmente la sociedad y la política. Sin embargo, nunca dejó de encarnar una reflexión desde arriba, desde las élites intelectuales y políticas. Su trayectoria relativamente corta, y remontada precisamente a los tiempos nominados como ‘épocas de conflicto’, no podía aportar al socialismo un referente identitario. Es por ello que el MAPU trasvasijó su militancia en el socialismo criollo, a través de una práctica política profesionalizante (que era uno de sus puntos cualitativamente más importante) y a través de redes de afectividad, confianza y complicidades, que le permitieron ser puente de unión entre la izquierda y el centro político (DC).

El MAPU proveyó, en los inicios de la transición, aquellas relaciones afectivas y

de confianza que institucionalmente no podía darse en el marco político autoritario instalado con la dictadura. Cruzando el espectro de manera horizontal, ‘los mapu’ provenían ancestralmente de la Democracia Cristiana, tenían cercanía afectiva y familiar con el mundo de la Iglesia católica, habían participado de la Unidad Popular de manera reconocidamente comprometida, y habían sufrido la represión, el exilio y la clandestinidad en dictadura; en suma, aportaban relaciones familiares, sociales y culturales con sectores de la sociedad que no habían estado jamás asociados a la izquierda: las clases media y alta. Esta colectividad política, por lo tanto, posibilitó a través de sus militantes la configuración de un amplio espectro político social, que los partidos políticos de izquierda no lograban representar. La política de los afectos y las confianzas mutuas y una reflexión analítica de la misma, entendida como actividad racional de construcción de órdenes, permitieron que el MAPU no anulara su propia identidad al integrarse al socialismo²⁰³ y, por ende, aún aparece visible como tal²⁰⁴, a pesar de su desaparición formal a fines de los años 80.

Esta cultura política que permite expresar continuidad en la política pre y posgolpe de Estado, en sujetos de carne y hueso, es a su vez causa de resquemores y animosidades, producto de que no puede reproducirse históricamente²⁰⁵. En otras palabras, esta cultura política no es extendible a nuevos sujetos; se agota en algunos particulares y, por ende, está condenada a desaparecer conforme al ciclo natural de vida humana. Por ello es tan potente y visible; nadie más puede agregarse a la misma, por cuanto su constitución se cristalizó con el golpe de Estado y los caminos que condujeron a la transición política. El MAPU son sus ex militantes y una reflexión radical sobre la izquierda y su pasado, que configuró el proceso de renovación socialista. Son hombres y mujeres de carne y hueso, que aún permanecen vivos y en quienes pesa el estigma o el valor de haber formado parte de este partido generacional.

Primer nudo discursivo: un énfasis que se debilita: 1973 y la crisis política

El análisis dedicado a la crisis del año 1973 va perdiendo fuerza en los renovados en este segundo periodo. El ajuste de cuentas con el pasado deja de ser el tema central y se mantienen dos ideas clave, que se van delineando entre 1983 y 1985 y que toman fuerza política hacia 1986. La primera de esas ideas corresponde al análisis de la crisis de 1973, entendida como esencialmente política, producto de una rigidización ideológica de los partidos políticos, quienes fueron incapaces de generar consensos estabilizadores necesarios para poner en práctica procesos de transformación tan profundos como el de la vía chilena al socialismo. Este análisis se conecta, además, con la idea de que en esa crisis brutal y radical se había evidenciado la crisis simultánea del proyecto de la izquierda chilena. En otras palabras, el fracaso de la izquierda nacional tuvo su expresión empírica en el mismo momento que llegaba al poder, a través de la presidencia de Salvador Allende, lo que era un golpe central a toda la construcción política que este sector ideológico había fundamentado como base de su acción y discurso. Según Eugenio Tironi:

...la ascensión al gobierno en 1970 de la coalición de la UP (PC, PS, PR y agrupaciones pequeñas escindidas de la DC) fue un reflejo (antes que una causa) del clima prevalecientes en esos años". "Lo que persiguió la UP, en suma, fue exacerbar simultáneamente las tres tendencias características del arreglo democrático: integración social, democratización política e industrialización vía sustitutiva de importaciones²⁰⁶.

En el caso de Tomás Moulian, el análisis comienza a mostrar matices distintos de los otros discursos intelectuales de la renovación. Este sociólogo, que comparte con los otros las mismas referencias reflexivas mencionadas anteriormente, tiende a mantener constante el análisis del pasado, centrándose en la estructuración histórica del sistema político que eclosiona en 1973. Si en el primer periodo extendido entre 1973 y 1983, la mayoría de las reflexiones de la

renovación son relativas a las décadas del 60 en adelante, en este segundo periodo analizado, las reflexiones de Moulian escapan a dicho espacio temporal para remontarse a la constitución del espectro político ideológico-partidista, que tiene como base lo delineado por la Constitución de Alessandri en la segunda década del siglo XX.

A juicio de Moulian, el sistema político articulado en la Constitución de 1925 tendió a una polarización ideológica constante, que solo se podría superar a través de la existencia de un centro político pragmático, articulador de consensos con los extremos del mismo sistema. Es decir, existió una estructura jurídico-legislativa que promovía la ideologización y rigidización del espectro partidista, lo que obligaba al centro político a jugar un rol clave, pero no regulado constitucionalmente, para suavizar los extremos a los que conducía el sistema.

Para este autor, “los partidos no tienen, en sentido estricto, un ‘en sí’ o una ‘esencia’, sino una ‘existencia’ en el marco del sistema. Pero la identidad de un partido se construye siempre en referencia tanto a condiciones sociales como a otros sujetos del sistema de acción; se elabora por proximidad, diferenciación, oposición o negación”²⁰⁷. De esta forma, los partidos que actuaron en las décadas del 60 y 70, e incluso, con mayor potencial los que nacieron en esa época como el MAPU, darían cuenta del sistema político en su conjunto y, sobre todo, de las imperfecciones que habrían posibilitado la deslegitimación del marco constitucional como válido para resolver los conflictos. Sin embargo, esos conflictos no son coyunturales, sino que expresiones estructurales del sistema generado bajo la regulación constitucional de 1925.

Las imperfecciones del sistema²⁰⁸, que el autor destaca como las más importantes, son:

1. La elección presidencial y la no consecución de mayorías, daba al Parlamento la voluntad y el poder de decidir sobre las dos primeras mayorías. Esto obligaba a realizar alianzas políticas y a ‘remendar proyectos políticos’ para conseguir dichos apoyos y lograr la ratificación de la primera mayoría, aunque en la práctica esta tendiera a respetarse.
2. El sistema también daría cuenta de las dificultades para construir mayorías electorales estables. Ante ello, el Presidente de la República solo mantiene el

poder defensivo. Los factores que explican aquello son la existencia de un multipartidismo proporcional y el debilitamiento de la propensión coalicional, producto de la estructuración ideológica del sistema de partidos.

3. Dificultad para mantener las mayorías, debido al constante conflicto entre presidente y partidos, problema que se radicaliza en la década del 60. Según Moulian, por esos años “los partidos tuvieron la pretensión de dirigir y determinar la política realizada por el gobierno, la intención de coparticipar en la dirección del Estado”²⁰⁹, lo que generó numerosos roces entre el Ejecutivo y los partidos, que trataban de mantener a la vez cierta distancia crítica, que les permitiera mantener alguna autonomía electoral y no cargar ciento por ciento con las responsabilidades y expectativas no cumplidas de la administración del Estado. Esto último se exacerbaba ante la imposibilidad de reelección presidencial.

4. Existencia de la posibilidad de gobernar sin mayorías reales y solo con mayorías relativas, lo que le restaba legitimidad al sistema y los proyectos de transformación. Sin embargo, la implementación de dichos proyectos transformadores dependían en la práctica de la posibilidad de generar alianzas, lo que a su vez le restaba radicalismo ante la necesidad de negociar apoyos políticos y, por ende, aumentaba la sensación de frustración y el anhelo revolucionario.

5. Existencia de ciertos vicios de representación donde confluían la corrupción electoral, las prácticas clientelares y la facilidad para hacer y deshacer alianzas políticas a niveles locales y provinciales, restándole credibilidad al proyecto en su conjunto.

6. Hacia la década del 60 se vive además cierta rigidización del sistema de partidos, producto de la radicalización de cada una de las tendencias extremas en la derecha y en la izquierda, y del efecto centrífugo que provocó la lógica antialiancista de la DC.

7. Por último, Moulian argumenta, a diferencia de lo que han planteado otros analistas como Arturo Valenzuela y Ricardo Yocelevsky, que los partidos políticos eran bastante débiles producto de su carácter oligárquico, tradicional e ideologizado:

La diferencia entre un partido ideológico y uno ideologizado no consiste en la renuncia a pensar en una sociedad futura y el abandono de la preocupación por el buen orden. La diferencia radica en que un partido ideológico tiene conciencia que se deben tener planteamientos programáticos sobre el Estado, la educación, la vivienda, el poder local y no sólo el conjunto de deducciones normativas o de especulación abstracta sobre el poder y la dominación²¹⁰.

De esta manera, Moulian analiza una serie de imperfecciones que el sistema manifestaba en su génesis misma, pero que sumado a elementos coyunturales y de carácter internacional, van generando que dichos elementos se vuelvan un freno radical a la posibilidad de transformación social. La existencia simultánea de partidos ideologizados, como lo sería la DC, ayudó a polarizar más el sistema y a echar por la borda los elementos tradicionales que existían para darle estabilidad al sistema político en su conjunto. Desde esta perspectiva, no había proyectos globales excluyentes, sino más bien proyectos dogmáticos abstractos, sin posibilidad de entendimiento debido a su misma lógica de abstracción y de principios constituyentes, que superponían ‘principios’ a ‘prácticas de poder efectivas’.

En una perspectiva similar a la de Moulian, pero enfatizando más la proyección de la crisis a una postura normativa sobre la transición, Eugenio Tironi concluía hacia fines de 1985 que el mismo proceso de incorporación social por la vía del Estado “incrementó las presiones sobre el sistema. Al conflicto secular entre trabajadores y capitalistas se le superpuso otro más explosivo: aquel entre esos dos integrados al sistema y la masa que permanecía excluida o que incorporaba recién a la periferia de la estructura social. Los dos conflictos convergían sobre el Estado, lo que politizó marcadamente a la sociedad”²¹¹.

Este aumento de presión se hace más insostenible ante el agotamiento del proyecto industrializador sustitutivo que había sido la base material de sustento del proceso político anterior. Así, mientras más sujetos se incorporaban al sistema político, más presión había sobre un Estado con cada vez menos recursos para garantizar una incorporación social asociada al mayor bienestar material.

Para Tironi, las dos condiciones antes mencionadas llevan a que:

...en el plano político, los obstáculos al proceso de integración de los excluidos favorecieron el surgimiento de alternativas radicales orientadas a modificar las bases estructurales de la sociedad. Aún más, la presencia cada vez más activa de los “condenados de la Tierra” estimuló el extremismo ideológico en la clase política, incapaz de resistir la tentación de ofrecer paraísos que le atrajeran su apoyo²¹².

De esta forma, el fracaso de la izquierda consistió en su incapacidad política para dirigir un proceso consensual y limitado de integración, que favoreciera el avance lento, pero hegemónico.

Nótese el impacto que causa el recurso metafórico de ‘los condenados de la Tierra’ en la reflexión de Tironi, quien escribe estas reflexiones inmediatamente después de las protestas iniciadas en 1983. La imagen de una sociedad desarticulada, que irrumpió en el espacio público se convierte en una pesadilla para la reflexión renovada, lo que los lleva a plantear que la política es una esfera limitada de la vida social y, por ende, que no puede hacerse cargo de transformaciones radicales ni globales. De otra forma, “un sistema político donde concurren únicamente opciones de cambio total es obviamente incapaz de generar consensos básicos; ni siquiera de mantener aquellas ‘reglas del juego’ en donde descansaba la institucionalidad y la cohesión social”²¹³.

El impacto de la Constitución de 1980 y su aprobación, así como las jornadas de protesta, permiten comprender el momento de aparición de estos análisis de la estructura política de antaño. El plebiscito de 1980, con todo lo irregular que haya sido, marcó un hito central en el debate intelectual de la renovación socialista. Fue la constatación de que el régimen dictatorial dejaba de ser un régimen de excepción y traía consigo un proyecto refundacional completo. El triunfo de la opción Sí en el plebiscito, generó el marco institucional con el que la dictadura se daba legitimidad. Si se aceptaba dicho marco, por parte de la oposición, se requería analizar desde esa aceptación cuáles eran los espacios y caminos posibles para salir del régimen dictatorial, así como los mecanismos e institucionalidad que se suponían válidos para la reconstitución político democrático.

En ese debate, los análisis de Moulian se concentraron en la estructura político-partidaria previa a la dictadura, de manera de alumbrar al debate político de la época, en especial el referente a las consecuencias posibles que traería la aceptación de las reglas del juego que instalaba la dictadura. Si la salida era política, debía configurar aquellas condiciones institucionales mínimas que posibilitarían un proceso de transición a la democracia. Sin reforma del marco constitucional, la democracia posible sería tutelada y autoritaria.

La revalorización de los análisis de Gramsci, referente a la hegemonía política necesaria para las transformaciones sociales en el largo plazo, permitió vincular la idea de cambio social y democracia. Por ello, se aceptaba que era necesario respetar los límites institucionales, que podían alterarse previo acuerdo mayoritario de la sociedad, expresado en la institucionalidad que se daba a sí misma. Ya hacia 1986, Moulian sostuvo que lo central era concentrarse en identificar aquellos mecanismos institucionales autoritarios que debían eliminarse, siguiendo el ritmo y los tiempos que establecía la Constitución del 80. De otra forma, la democracia reconquistada sería igual de precaria que la democracia destruida por el golpe de Estado de 1973 y, por ende, carente de la hegemonía sociocultural necesaria para constituirse y mantenerse.

En una línea similar a la de Moulian, se encuentran los análisis de Manuel Antonio Garretón. Para este sociólogo, sin embargo, el análisis del pasado va perdiendo fuerza para concentrarse en el ámbito puramente normativo de una posible transición. En el caso de Garretón y también de Tironi, serán las jornadas de protesta popular lo que genere el cambio fundamental en las temáticas renovadas. La constitución del 80 se acepta rápidamente como el marco válido para dejar el régimen de excepción e iniciar, paralelamente, al arduo camino de reconfiguración pública del tejido político, que hasta ese entonces carecía de epidermis. Ese será el énfasis central del nuevo periodo de debate intelectual renovado.

La irrupción de la masa, su autonomía inicial, su posterior radicalización y disminución de convocatoria social, volvió a tensionar la relación entre lo social y político, que había sido un núcleo central en los análisis del primer periodo. Sin embargo, aquí cualquier coqueteo con aquellas posturas más basistas que apelaban a la autonomía de la sociedad civil, a la emancipación del pueblo y a la idealización de las conductas rebeldes²¹⁴, fueron absorbidas por la idea de ingobernabilidad, de radicalización sin objetivo político y, por ende, sucumbieron ante el temor de que una escalada de violencia popular generaría

más violencia política del Estado, así como la posible perpetuación de la dictadura militar. Mirando hacia atrás, pero convencido de estar hablando hacia el futuro, Tironi concluye que “lo que condujo al quiebre de 1973, por lo tanto, fue el tradicionalismo de la clase política chilena. Frente a los procesos de modernización que sacudían a la sociedad, esta no supo reproducir mecanismos racionales de regulación política basados en la negociación, la concertación y el compromiso”²¹⁵.

El análisis renovado comenzó, hacia 1984, a plantear que era necesario reconstituir la nación chilena, cuya unidad y existencia vital se acabó con el golpe de Estado. Por lo tanto, la salida política de la dictadura debía configurar un nuevo universo simbólico que relevara la confrontación de antaño, para concentrarse en los consensos y las prácticas políticas de lo posible. Tal como lo enfatizara Norbert Lechner en esos años, la necesidad de un ‘realismo político’ era condición básica para la restauración de la política. Los grandes sueños transformadores, las grandes utopías futuristas y vanguardistas, que tanto daño le generaron a la política de los 60 y los 70, debían abandonarse por una política profesionalizada, realista y cohesionadora. Era la política ‘posmoderna’, como la llamara el fallecido cientista político antes mencionado, una política basada en la aceptación formal de las reglas del juego, que debía concentrar su lucha en la esfera de lo cultural, desde donde podían construirse nuevos proyectos de sociedad con hegemonía sociopolítica y, por ende, con la intencionalidad de mantenerse por largos períodos de tiempo.

En el caso de Eugenio Tironi, existe un breve periodo reflexivo antes del giro hacia la salida política, que está presente entre 1983 y 1984. En dicho periodo, Tironi aún manifiesta cierta admiración por la posibilidad de una sociedad civil autónoma, sin subordinación a los partidos políticos. El sujeto popular, que reemplaza discursivamente al ‘obrero’, nominación del marxismo que refería a las clases sociales y que supone un tipo de actuación política específica, se construye conceptualmente como un ser autónomo, sin relación política establecida a priori, solidario y con tendencia a la actuación colectiva. Este sujeto, que se hacía visible en la cotidianidad social, era expresión de un fuerte capital social que la política partidista había obstruido en los años anteriores.

Tironi llega a vislumbrar en los textos escritos entre 1983 y 1984, un potencial sistema de constitución de sujetos políticos, donde los partidos solo juegan un rol de representación en el Estado, que debe nutrirse de los requerimientos específicos que emergen de la misma sociedad. Así, su ideal se representa en la

idea de nunca más un partido creando utopías, sino que partidos haciéndose cargo de nominar y reconstruir en el ámbito de lo público, los sueños que la sociedad expresa, de manera parcial, en cada uno de sus componentes funcionales.

Se va esbozando, en este análisis, una idea normativa de partido político, entendiendo a este como una organización más flexible, más pragmática y menos ideológica, que es canal de transmisión de las necesidades más importantes, que no pueden autosatisfacerse por la sociedad civil. Esta reflexión nos lleva al segundo nudo discursivo de este periodo, referido al impacto mismo de las protestas y la oposición política.

Segundo nudo discursivo: diseñando un sano ‘apartheid’ entre lo social y lo político

Dentro de los temas de reflexión que va ocupando un interés central en este período y que se acentúa hacia 1986, es aquel que propone una nueva relación entre lo social y lo político. Los análisis renovados fueron planteando cada vez con mayor énfasis lo funesto que había sido para el desarrollo democrático la vinculación subordinada de lo social a lo político.

La denominada ‘columna vertebral’, según Garretón, que había constituido el soporte del desarrollo político social de nuestro país, se había articulado predominantemente en torno a la esfera de lo político. Ello llevó a suponer que la actividad política era una actividad que subsumía, que condensaba en ella todos los otros momentos societales o económicos. Así, por medio de la mediación de los partidos políticos se presionaba directamente al Estado para lograr beneficios particulares e integración.

Esta monopolización de lo político terminó, a juicio de Manuel Antonio Garretón, subordinando todo accionar autónomo de movimientos sociales a las lógicas partidarias y a una conceptualización del Estado como el único espacio donde se localizaba el poder. De allí que la lucha por conquistar el Estado se convirtiera en el objetivo de todos.

Sin embargo, esta forma de vinculación entre lo institucional-representativo, lo social y lo político, terminó por polarizar el Estado, que dejaba de ser entendido como la institucionalidad cuyo objetivo es asegurar el bien común y la cohesión social, para pasar a ser el espacio que los distintos partidos políticos aspiraban ocupar para realizar las transformaciones sociales profundas y radicales que los distintos grupos sociales anhelaban. El Estado, por tanto, abandonaba la idea de representación nacional para ser visto y valorado como el instrumento mediante el cual un sector social se imponía políticamente al resto de la sociedad.

Lo importante de esta reflexión, a juicio de Garretón, es que el rol que jugaban los partidos políticos como únicos agentes capaces de transferir y de resignificar las demandas sociales, se volvía cada vez más absorbente de lo social y a la

postre terminaba por anularlo a través de la perdida de su especificidad. Si un movimiento social quería presionar lo debía hacer mediante un partido político, por lo que la vinculación entre el movimiento y el partido no suponía la diferenciación específica, y generaba un exceso de politización de las demandas sociales, lo que hacía casi imposible la desideologización requerida para transformar un anhelo particular en un anhelo colectivo.

Hacia 1984 aparece en los discursos renovados²¹⁶ la idea de que la dictadura ha generado transformaciones tan profundas en la sociedad chilena, que inevitablemente se había alterado esa forma de vinculación entre lo social y lo político. Este cambio generó, a su vez, una modificación profunda en la forma como se constituían los sujetos sociales y políticos. Para Manuel Antonio Garretón:

...el cambio social parece ir en dos direcciones diferentes según los casos. Una primera es la de una modernización incompleta donde se combinó un avance en la industrialización, una presencia del Estado y la creación de bases estructurales para el surgimiento de nuevos sujetos sociales con la mantención del estancamiento y la marginalización de vastos sectores. La existencia de espacios de representación permitió aquí un cierto cotejamiento y combinación, no sin tensión, entre lo “viejo y lo nuevo”... Una segunda dirección fue la del estancamiento o retroceso del proceso de industrialización, la reducción del papel social del Estado y la eliminación de todos los espacios de representación pública. Ello significó un profundo debilitamiento y estrechamiento de las bases estructurales e institucionales de constitución de los antiguos sujetos y actores sociopolíticos, sin el surgimiento de ninguno nuevo que reemplazara el rol de aquellos. Aquí se plantea un problema de recuperación de identidades y representación colectivas y la temática de la transición a la democracia se redefine en términos de un proceso de reconstrucción de la nación²¹⁷.

Esta segunda dirección era la predominante en Chile. Para el autor antes mencionado, este proceso de desarticulación de las antiguas bases sobre las cuales se constituían los sujetos sociales y políticos, generó una importante posibilidad para abandonar esta negativa vinculación subordinada de lo social a lo político de antaño, que estaba en los genes de la ruptura democrática de 1973.

Las transformaciones dictatoriales han generado marginación y exclusión, han derribado el sistema de clases tradicionales en el que se situaban identitariamente los sujetos, conduciendo a una atomización social cada vez más notoria, a la par que con un debilitamiento forzado de la esfera de lo político. Esta última transformación fue valorizada como la gran oportunidad para terminar de manera definitiva con esa imbricación funesta, a juicio de los intelectuales renovados que hemos revisado.

Se dibuja así una imagen de apartheid. Juntos pero no revueltos, porque la:

...sociedad no se reduce nunca a ese momento partidario (político). En este mundo complejo el partido es un instrumento, momento o forma de representación, pero un proyecto de sociedad es algo demasiado complicado para que pueda ser encarnado sólo en un partido. Los partidos no tienen sustitutos pero son sólo instancias o momentos de la sociedad y nunca, como se ha pretendido a veces, su síntesis o su vanguardia²¹⁸.

De esta forma, se esbozó una imagen de un sujeto-actor multifacético, por lo que ya no era posible definirlo en términos de una sola imagen identitaria. Un poco antes de la reflexión expresada por Garretón en 1984, Eugenio Tironi afirmaba que ante la irreductibilidad de las facetas que constituyen al individuo, lo “mejor es aceptar y darle tiempo a todas nuestras caras; no iluminar una a costa del oscurecimiento de las otras. Aceptar que uno es esencialmente ambiguo porque está compuesto por múltiples vocaciones entre sí contradictorias”²¹⁹.

Lo social tiene así una especificidad propia, al igual que lo político, por lo que es un error suponer que una es más importante que la otra, o que una contiene a la otra. Esta reflexión llevó a Tironi a plantear, después del impacto de las primeras jornadas de protesta nacional, que “la política no es una actividad masificable, como se hace creer desde su versión imperialista. En efecto, la política ha devenido una actividad profesional, que exige vocación y talento especiales, precisamente por el grado de institucionalización en que se desenvuelve”²²⁰.

Llegar a expresar esta reflexión fue congruente con la identificación y valorización de la vocación de autonomía de los movimientos sociales en el primer periodo de los registros analíticos de la renovación socialista. Tanto

Tironi como Garretón, Lechner y Moulian expresan esa valoración en sus escritos.

Los efectos de aquella reflexión en su operatividad normativa, condujo a imaginar una sociedad donde la política cumpliera un espacio restringido y menos omnipotente, en comparación con las décadas pasadas. No todo es, ni puede ser, política. Esta conclusión se encuentra más firmemente marcada en las reflexiones de Tironi, quien hace una crítica formal de todas aquellas visiones que expandían la esfera de lo político para contener a toda la sociedad.

A juicio de Tironi, esta reflexión se produce a partir de la incorporación de nuevos referentes teóricos, que llevaron a relocalizar el poder y el Estado, dándole un innovador carácter a la actividad política. Así, a través del influjo de Althusser se redefinió el concepto de Estado y su extensión hacia la esfera de las prácticas sociales. Gramsci posibilitó la incorporación del concepto de hegemonía para poder explicar la permanencia histórica del capitalismo desarrollado.

De la consideración gramsciana se llega a la conclusión que la lucha política es una guerra de posiciones. Así, “las posiciones por conquistar se encuentran, para Gramsci, en la misma sociedad. Se trata, pues, de hacer todos sus espacios y ámbitos lugares contra-estatales, para-estatales y en el límite estatales. Se trata, en otros términos, de politizar a toda la sociedad”²²¹.

Esa incorporación teórica se sumó, según Tironi, a los postulados fascinantes de M. Foucault sobre el poder, ya que “para este el poder debe encontrarse –más que en el Estado– dentro de un tejido infinito de relaciones que conforman la sociedad. Ahora bien, como la política se ha definido como ‘la lucha por el poder’ y dado que este está en todas partes: ¡Todo es política!”²²².

La mixtura teórica anterior llevaría, a juicio de este sociólogo, a una conceptualización errada de lo político, lo que también tendría efecto en las prácticas políticas de los propios partidos. En pleno desarrollo de las jornadas de protesta, Tironi sentenciaba que “la función cotidiana de la política es articular utopías y demandas sociales en proyectos de orden social viables y que despierten un grado de consenso tal en la población que los vuelva factibles. Esto hace de ella, por otra parte, una actividad eminentemente pragmática y subjetiva”²²³. Es decir, alcanzar como utopía más sana el realismo político, en palabras de Lechner.

Para Tironi, la política es pragmática “porque su horizonte es la coyuntura, o cuando mucho, plazos históricos cortos... La política es pragmática en tanto se trata básicamente de una acción racional con arreglo a fines regida por la ética de la responsabilidad, como lo subrayara Weber”²²⁴.

Se abandona, por lo tanto, la idea de que la función política era dibujar y alcanzar la utopía de proyectos transformadores y globales que habían caracterizado la acción política de las décadas del 60 y 70. Según Brunner: “Lo que interesa al país son las definiciones programáticas de este socialismo. Su visión concreta de la economía y de la sociedad: sus postulados de reforma en esos ámbitos; su posición en el campo sindical, frente a la salud, la educación, la previsión y así por delante”²²⁵.

En conjunto con lo anterior, se plantea que “La política es por otra parte subjetiva. Ella se desenvuelve en el continente de las decisiones de la voluntad; donde el diagnóstico y el análisis son solamente insumos”²²⁶. Por ello pragmatismo y subjetividad deben configurar la nueva política deseada y posible de ser desarrollada. Se concluye, hacia 1983, que:

...si hubiera que proclamar una consigna ella sería la inversa: reducir cuanto se pueda la esfera de la política, del Estado; amplificar cuanto se pueda el campo y la libertad de las demás dimensiones y vocaciones; construir un sistema de contrapoderes que logre el máximo (nunca el total) control sobre la política. Esto implica democracia... es decir, la generación continua de un orden libre donde cada esfera se desenvuelva con autonomía y participe de lo público con originalidad, asegurando así un control social de las decisiones que afectan a toda la comunidad²²⁷.

Por ello, una política renovada debe ser una actividad parcial, limitada y peculiar:

Renovar la política es una tarea más concreta, que consiste entre otras cosas en hacer más transparente los nuevos ideales y sociales de sus propuestas, más eficientes y democráticas sus organizaciones, más estricto el control social sobre

su ejercicio, etc. Pero sin duda lo primero y principal es descorrer el velo sagrado que rodea a la política, sacar a relucir sus límites, contener sus ansias imperialistas. Solo puesta en su lugar la tarea de la renovación de la política tiene un significado real²²⁸.

Desde una perspectiva similar, Brunner argumentaba en 1986 que:

...desde el punto de vista de muchos socialistas empeñados en la renovación de su ideario y organización, dicho bloque debiera ser programático antes que ideológico; pluralista en sus componentes sociales y doctrinarios; con capacidad de expresarse social y culturalmente antes que en el solo plano político y, en este último, abarcando un arco de partidos que pueda ofrecer gobierno estable, administración eficaz y claridad de propósitos de reforma social, económica y de gestión de la sociedad²²⁹.

De esta forma, la valoración de la autonomía de los movimientos sociales que está presente en el discurso renovado en el periodo anterior a las jornadas de protesta, se transforma en una delimitación pragmática de lo político y la política, conceptualizada ahora como una actividad específica que no debe abarcar todo el ámbito de la vida humana. Se le quita, por lo tanto, la idea de una acción sublime que convertía al ser humano en actor o sujeto, al estilo de las concepciones provenientes de la Grecia Antigua.

Tercer nudo discursivo: violencia, marginalidad y exclusión... una problemática que emerge con las jornadas de protesta

Las jornadas de protesta nacional convocadas a mediados de 1983 por el Comando de Trabajadores del Cobre, marcaron un antes y un después en la reflexión renovada. El impacto de su aparición y convocatoria, hacían confirmar los primeros indicios de que algo había estado sucediendo en la sociedad chilena, a pesar de la represión política que caracterizó a los primeros 10 años de la dictadura militar. Era la ‘transición invisible’, como la había conceptualizado Manuel Antonio Garretón en los inicios de los años 80.

La crisis de 1982 mostró las debilidades del proyecto neoliberal y el fracaso de quienes creían fervientemente en el modelo instalado por los Chicago boys. Ello llevó a que algunos sectores políticos pensaran que era el fin de la dictadura; que la sociedad no estaría dispuesta a soportar la represión a cambio de una promesa de bienestar que se había derrumbado junto con los nuevos cimientos del mercado y la desindustrialización.

Sin embargo, las jornadas de protesta nacional mostraron que la sociedad chilena no estaba muerta, solo dormida. Su despertar espontáneo generó la sensación subjetiva de pérdida del miedo colectivo, aún cuando, a su vez, el nuevo escenario era totalmente distinto al de antaño.

¿Quiénes protestaron en 1983? Fue una pregunta crucial. ¿Habían sido los partidos políticos? ¿O acaso nuevos actores sociales habían aparecido en la superficie? En un comienzo, la ‘espontaneidad’ con la que la sociedad chilena expresó su disconformidad al gobierno dictatorial mostraba la imagen de un sujeto social autónomo de los partidos políticos, quienes difícilmente hubieran podido convocar masivamente a una protesta contra el régimen, dada la precariedad y lentitud de su reconstrucción después del golpe de Estado.

Para Garretón, las movilizaciones de protesta tuvieron en su inicio varios aspectos positivos. Junto a la erosión del miedo, también se establecía (obligadamente) una nueva relación entre la sociedad y el Estado, donde la mediación del sistema de partidos era casi inexistente o, por lo menos, bastante

más débil que en décadas pasadas. En forma paralela, las movilizaciones obligaron al régimen a combinar la lógica militar con la política, lo que permitió un inicial reconocimiento de la oposición política²³⁰.

Sin embargo, fue la constatación de este último logro el que permitió articular una nueva mirada sobre las jornadas de protesta nacional y las movilizaciones sociales. En el discurso renovado, hacia 1984, el inicial encantamiento con la sociedad civil emancipada va girando hacia una mirada crítica sobre la misma, sobre sus métodos de expresión y sobre la incapacidad de transformarse en un activo de presión política. La anterior cualidad de autonomía se transformó en un impedimento, en un estorbo a la dimensión política que se estipulaba debía predominar en los caminos que condujeran a la transición a la democracia.

Podríamos decir que se pasa de un análisis donde hay una valoración de la autonomía inicial que expresaron las movilizaciones masivas, y que permitieron mostrar una relación más sana con la política, a un análisis donde se va delineando una mirada horrorizada ante el espanto de una sociedad popular incapaz de ser controlada. Debo enfatizar que esta última mirada ‘horrorizada’ está presente de manera más clara en los escritos de Eugenio Tironi desde 1984 en adelante.

Los discursos renovados coinciden, hacia 1985, en que ninguna movilización social sería capaz de derrotar a la dictadura, ya que la carencia de direccionalidad política la agotaba en la dimensión afectivo-expresiva. Y aunque todos los intelectuales renovados apuntan a que la demostración de una sociedad descontenta del régimen fue vital para obligar a la Junta al reconocimiento de la oposición, también coinciden en que mostraron la incapacidad de generar la destrucción de la dictadura. Emergió la idea de que la movilización o se usaba como parte de una estrategia política que permitiera el paso a una transición hacia la democracia, o su descontrol terminaría por destruir una nación en agonía.

La mirada horrorizada aparece más nítidamente hacia fines de 1985, cuando las jornadas de protesta comenzaron a volverse cada vez más radicales y violentas, concentrándose en el espacio poblacional y cuyo principal agente activo era la juventud. A juicio de Manuel Antonio Garretón, este sector social era la mejor expresión de los cambios radicales y profundos que había generado la transformación radical implementada por la dictadura. Los jóvenes eran quienes más sufrían la exclusión y marginalidad tanto del sistema laboral y económico,

como de la esfera política. Manifestaban a su vez un claro desprecio por las formas de hacer política utilizadas en el pasado, intentando desarrollar nuevas formas de expresión sociopolítica, que los visibilizaran ante el resto de la sociedad. Estos jóvenes eran expresión de la modernización y de la exclusión, dos caras de la misma transformación implementada por la dictadura.

El desprecio por las formas tradicionales de hacer política generó nuevas expresiones mayoritariamente violentas y rebeldes. En estas predominó la dimensión afectiva que permitía fortalecer identidades colectivas en conjunto con la afirmación de pertenencia a una comunidad. La imagen de un descontrol de las protestas y de la subversión rebelde juvenil, generó un duro rechazo en los discursos renovados. Sin embargo, dicho rechazo no era un prejuicio sobre los jóvenes, sino que un rechazo a la lógica de la ingobernabilidad como estrategia de salida a la dictadura. Brunner afirmaba, categórico, que:

El rechazo, la rebeldía, la agitación y la movilización social solo serán eficaces, masivos y conducentes a la democracia si se inscriben clara y completamente dentro de una estrategia política y no bélica. En la medida que el PC mantenga respecto a este punto una ambigüedad, favoreciendo la violencia latente, la escalada de agresión, represión y una eventual salida insurreccional –que, en la práctica, no existe si no en los sueños de sus dirigentes– solo contribuiría a debilitar a la oposición y a prolongar el actual estado de confusión política²³¹.

Desde una perspectiva similar, Manuel Antonio Garretón planteaba que:

...la violencia que surge como respuesta desesperada, sobre todo en sector jóvenes avasallados por el régimen, (la que) debe ser canalizada hacia formas diversas de participación y expresión constructiva, pero no simplemente condenada sin comprender sus raíces; y la violencia que forma parte de una estrategia armada. Esta última, que sin duda le ha creado enormes problemas a la oposición y provocó el reflujo y la consolidación parcial del régimen durante 1986, no puede ser tratada militarmente porque esto significaría aceptar la liquidación física de sus militantes, sino políticamente, como se trata la guerrilla en otros contextos. Esto implica una fórmula de transición como la que hemos

indicado...²³².

En la misma línea, este sociólogo reafirmaba esta perspectiva crítica aludiendo que:

...lo que todas las encuestas muestran es que, junto a los núcleos radicalizados minoritarios, el gran país quiere la democracia, rechaza al régimen, cree en la política y en los partidos, pero se muestra escéptico, desconfiado y confundido respecto del conjunto de la clase política (incluido por supuesto el sector gobernante) y aspire abrumadoramente a una negociación entre régimen y oposición para poner término a la actual situación rechazando el enfrentamiento y el inmovilismo. Quizás el riesgo del cinismo, de que “las cosas van a seguir igual”, provenga precisamente de esta instancia entre valorización profunda de la política y la democracia y la frustración respecto del liderazgo y acción política actuales²³³.

De esta forma, ya hacia 1986, con el aparente fracaso de la vía militar y durante más de dos años de movimientos explosivos, violentos, marginales y que originaron como contraparte duras respuestas de violencia institucionalizada, se delineó la imagen de la única salida posible para reconquistar la democracia. Según Tironi:

...el fenómeno de “la protesta” de otra parte, alcanzó dimensiones políticamente incontrolables. Lo que partió como una manifestación pluriclasista y pacífica contra la dictadura, se transformó crecientemente en una revuelta global de los excluidos (especialmente los jóvenes), con resultados cada vez más violentos a causa de la represión policial. El fenómeno llevó a que los grupos medios, hasta entonces mayoritariamente opositores a Pinochet, re-evaluaran su posición. El costo de la presencia de Pinochet, pasó a ser menor que la amenaza social presente en la protesta²³⁴.

Para Tironi, el cierre de los espacios tradicionales donde se hacía la política y la supresión represiva de la misma, permitió la proliferación de movilizaciones donde predominaba lo simbólico o testimonial “cuyo fin verdadero termina siendo la cohesión del grupo que lo realiza antes que la satisfacción de una demanda negociable”²³⁵. Así, el recordado año decisivo, 1986, mostró que en Chile parecía no haber espacio para la política. Según el mismo autor, “Las Fuerzas Armadas están resueltas a no modificar la Constitución, a respaldar a Pinochet hasta 1989 –a lo menos–, y a combatir con todos los medios al marxismo. Sectores de la oposición, entre tanto, aparecen respaldando una estrategia de enfrentamiento violento al régimen, con lo cual consiguen liderar con éxito a los ‘condenados de la Tierra’ (especialmente a los jóvenes de las poblaciones)”²³⁶, pero sin lograr debilitar políticamente a la dictadura. De esta forma, “la política parece condenada a la impotencia; y las únicas salidas son entonces ‘el orden’ represivo que se simboliza en la figura autoritaria de Pinochet, la violencia desesperada de pequeños grupos contra la maquinaria autoritaria, o la apatía e indiferencia ante la suerte de la colectividad. Profundizar la guerra o replegarse a la vida privada”²³⁷.

En sintonía con esa reflexión, Manuel Antonio Garretón planteaba que:

...todo proceso de movilización social que no esté guiado por un diseño y una propuesta política única del conjunto de la oposición sin exclusiones, sería impotente para posibilitar el cambio de régimen político. Estas movilizaciones podrán cohesionar grupos, obtener logros y avances, pero será estéril desde el punto de vista de provocar el término del régimen militar y posibilitar una transición democrática y, lo más probable, terminará desgastado, disminuido en su poder de convocatoria y a merced de la represión física e institucional del régimen²³⁸.

Para Garretón, la pérdida de convocatoria de las jornadas de protesta nacional junto a la presencia de un ‘activo social político’, entendido como aquel militante intermedio que hacía política a través de los movimientos sociales, terminaba radicalizando los objetivos de las movilizaciones y, por ende, transformándola solo en expresiones identitarias, en válvulas de escapes a la exclusión y marginalidad, por lo que una vez ocurridas aumentaban la sensación de angustia, ante la imposibilidad de concretar sus objetivos que se resumían en ‘el todo o nada’.

En sintonía con las reflexiones anteriores, Brunner plantea que la sociedad

chilena, transformada profundamente por las políticas dictatoriales, habían generado cambios en las formas de percibir la política. Según un análisis de encuestas realizadas en 1986, Brunner plantea que el chileno tiene posiciones ambiguas respecto de las valoraciones de la democracia y de la política y enfatiza que las posiciones mayoritarias adhieren a regímenes con opciones moderadas y de no enfrentamiento o violentas²³⁹. De esta forma, se zanjaba por la vía de la validación técnica, una propuesta de la renovación pro alianzas entre centro e izquierda y una retórica de conciliación entre los actores.

En 1987 Garretón afirmaba retrospectivamente que:

...hace algunos años, antes de desencantarse las protestas populares, denominaba “transición invisible” a este fenómeno de redemocratización de la sociedad en términos de recomposición y reorganización de sujetos y actores sociales, distinguiéndola de la transición política a la democracia que se mide en términos de mecanismos y plazos del régimen político. Lo que aparece como característico de las protestas y movilizaciones bajo dictaduras es, por un lado, un contexto institucional que las prohíbe, impide o dificulta; por otro lado, el que ellas explícita o implícitamente apuntan al término del régimen. Estos dos rasgos, a su vez, le dan a las protestas y movilizaciones bajo dictaduras un alto componente de “heroicidad” y carga emotiva y también de politización. En tercer lugar, estas movilizaciones se mueven en dos ejes principales de significación: reconstitución del sistema de actores sociales y lucha por el término del régimen²⁴⁰.

De esta forma, era posible distinguir varios tipos de movilizaciones. Sin embargo, para salir de la dictadura, era la movilización política la que debía predominar, a juicio de los intelectuales de la renovación.

La violencia como característica más permanente en las movilizaciones y protestas, generaron una:

...bifurcación de la masa que protesta entre quienes se retiran o buscan resolver problemas reivindicativos y sectores populares que buscan sobre todo la

dimensión expresiva, va a converger con la radicalización política de algunos sectores que buscan sobre todo la dimensión expresiva, va a converger con la radicalización política de algunos sectores de oposición que se inclinan a posiciones de corte insurreccional y militarizada (FPMR y Milicias Rodriguistas, cercanas a la JJCC, además del MIR y otros grupos menores), y explica la transformación de las formas de protesta y movilización²⁴¹.

De lo anterior se deduce, en lógica renovada, que la apuesta por la ingobernabilidad como estrategia de derrota al régimen solo generaría un revés en los incipientes acuerdos que se expresaron en 1985, a través del Acuerdo Nacional. Dicho Acuerdo Nacional será valorizado como una primera muestra de articular un camino político hacia la democracia, que involucrara a todos los actores políticos que sintieran que esta era la forma de gobierno más deseada.

En forma similar, la propuesta del Bloque por los Cambios congregaba a quienes políticamente aspiraban a renovar la política, de manera que pudiera hacerse cargo de las transformaciones profundas que recorrían Chile, así como diseñar aquellos acuerdos mínimos sobre los cuales social y políticamente se construirían las bases concensuales de la transición posible. Esta construcción política aspiraba a convocar transversalmente a los distintos partidos políticos opositores a Pinochet, en conjunto con el intento de diseñar un marco mínimo sobre el cual negociar la salida dictatorial. Es importante señalar que, ya hacia 1986, estaba instalada la idea terminar con la dictadura como el gran objetivo político, al que debía subordinarse cualquier otro.

El proceso de democratización social debía postergarse, abandonarse, porque no existía un ideal de sociedad compartido por toda la oposición. Por lo pronto, lo importante era la tarea de recuperación democrática; más tarde vendría la discusión por el tipo de sociedad. Según Garretón, el gran imperativo era lograr unificar a la izquierda y a toda la oposición: “La meta es la construcción de un bloque cultural y sociopolítico que asegure la democracia política y cambio social, y en términos de esta meta hay que juzgar los instrumentos que se utilicen”.

Así, lo social y lo político van delineando esferas distintas, que se cruzan, pero que mantienen su propia especificidad. Para Garretón:

...lo más probable, entonces, es que asista a la emergencia de una forma totalmente distinta en relación entre política y sociedad civil, con constitución independiente de los movimientos sociales, sino a una forma de combinación cercana a la tensión (y no a la mera imbricación entre ambos como en el pasado) entre estos dos elementos. Ello implica que el lugar principal de resolución de esta tensión son los partidos mismos por el peso específico que tienen en Chile y la constitución del movimiento social²⁴².

El partido vuelve a ser el gran referente para los renovados. Así, según Brunner:

...Chile necesita, en cambio, un partido socialista fuerte, moderno y eficaz que interprete a diversos sectores medios, populares y capas educadas, al servicio de transformaciones posibles dentro de la democracia. Que proporcione expresión a los sentimientos de cambio ampliamente difundidos en la sociedad, pero que sea capaz de canalizarlos con sentido de responsabilidad nacional, con destreza política y con capacidad técnica. Que tenga flexibilidad para pactar; armar alianzas de largo plazo, y rigor para perseguir objetivos democráticos que interesen al país y susciten un amplio apoyo en la población²⁴³.

Habiendo transitado por el encandilamiento inicial de una sociedad civil emancipada y autónoma, capaz de visibilizarse como actor, se llega a la idea del partido político como el espacio para lograr los acuerdos. La imagen de una sociedad civil desbocada y descontrolada que se representó con las jornadas de protesta nacional, terminó acentuando la idea de la salida posible. Era necesario restaurar la nación a base del orden social, y los partidos debían contribuir a esta misión con la responsabilidad política que Tironi rescata de la lectura de Max Weber.

Para Tironi “en todos los casos en que ha tenido éxito, la concertación se ha basado en acuerdos de índole político. En Chile, dado el Estado de desintegración en que se encuentra la sociedad y teniendo en cuenta el peso histórico de la dimensión política, es de suponer que tendría que cumplirse con

la regla: el peso de los acuerdos políticos, por lo tanto, será capital”²⁴⁴.

Dado que las protestas fueron la expresión visible de una nación en vías de desintegración, según los renovados, permitieron a su vez una dura constatación, referida a que “no se cuenta, por tanto, con actores organizados y representativos, capaces de orientarse según estrategias racionales y en condiciones de actuar en un marco institucional determinado, como lo requiere un sistema de concertación social”²⁴⁵. Sin embargo, a pesar de que esta reflexión fue relativamente homogénea en el MAPU, existió un sector que mantuvo su ‘encandilamiento’ por la autonomía social, y que terminará quebrando el MAPU hacia 1986.

Ante la ausencia de actores organizados, Tironi concluye que “la responsabilidad recaerá inevitablemente sobre las espaldas del Estado, el único agente en condiciones de restituir la unidad básica de una sociedad profundamente escindida. Y ello tiene que contar con un consenso básico que respalde ese proceso y liquide, de una vez, la fractura política que arrastra la sociedad desde hace casi 15 años”²⁴⁶. Ese respaldo debía emanar de los partidos políticos... porque, como expresó Jaime Guzmán en un recordado fragmento que aparece en el documental de Patricio Guzmán *La Batalla de Chile*, y que por cierto tiene una referencia a la situación de 1973, “las sociedades solas no pueden gobernarse”. Por la claridad de su frase valga la comparación extemporánea y cuyo autor, por cierto, nada tenía que ver con este partido.

Cuarto nudo discursivo: las transformaciones estructurales... La herencia de la dictadura en el largo plazo

El año 1982 y el impacto de la crisis económica que azotó al país, fue el segundo de los fenómenos que ayudó a visibilizar, a juicio de los renovados, lo profundo de las transformaciones dictatoriales. Después de la expresión pública que se hizo con modernizaciones entre 1977-1978, estaba claro que la dictadura militar transformaría radicalmente la economía y, por ende, también las bases constitutivas de la sociedad.

La crisis de 1982 sirvió para consolidar el proyecto revolucionario y de largo plazo de la dictadura. El régimen de facto no cayó, pese a las movilizaciones sociales desatadas después de la crisis, lo que demostraba a juicio de los renovados, que los cambios estaban más allá de la epidermis social y habían calado tan hondo, que la nueva sociedad tenía problemas epistemológicos y conceptuales para reconocerse a sí misma.

Según Tironi, “la involución global que caracteriza a la sociedad chilena de hoy comprende pues dos procesos, vale decir, la reversión del ‘desarrollismo’ de corte industrialista previo a 1973, y el rápido agotamiento de la primavera consumista que acompañó al ‘milagro económico’ de 1978-1981”²⁴⁷. El proceso de neoliberalización de la economía, menos ortodoxo y más pragmático que conducirá Hernan Buchi desde el Ministerio de Hacienda, comenzará a dar sus primeros frutos hacia fines de 1985, con lo que la apertura mercantil y la vuelta al patrón primario exportador con canasta diversificada tendían a consolidarse en la estructura base del nuevo crecimiento económico de Chile.

Las transformaciones a nivel económico no afectaron solo a la estructura productiva y para los intelectuales de la renovación, tal como Marx lo había enseñado; debía tener un cambio en el correlato en las relaciones sociales de producción y la superestructura que la legitimaba. Así, el análisis, siguiendo las clásicas pautas del análisis dialéctico y materialista, concluyó que:

...el capitalismo criollo, por lo tanto, no parece engendrar sus propios sepultureros, ni fomentar las condiciones sociales de su superación, sino exactamente lo contrario. Pero lo más característico ha sido el proceso de desorganización material al que ha estado sometido el sistema de clases, que debilita en sus raíces a los grupos de interés y dificulta severamente la gestación de movilizaciones colectivas capaces de poner en jaque el poder del Estado²⁴⁸.

Para Garretón, las transformaciones en el ámbito de lo productivo inevitablemente generaron un nuevo marco de constitución de los actores sociales y político. De esta forma:

...los fenómenos de tercerización de la economía, cambio tecnológico, pérdida relativa de importancia de la clase obrera en el mundo del trabajo, explosión de demandas y proliferación de activos sociales que desbordan el mundo del trabajo, complexificación y heterogeneización de la sociedad, por citar solo algunos, hacen que la idea socialista no pueda reposar ya únicamente en una clase particular, como sería la clase obrera, o incluso la clase trabajadora, que ya es un concepto distinto más amplio²⁴⁹.

El abandono del clasismo reduccionista se justificaba a la luz de las nuevas transformaciones en el modo de producción implementado por la dictadura. El marco del análisis marxista, en torno a la clase obrera y su oposición a la clase burguesa, no podía dar cuenta del nuevo escenario, y llegar a ese reconocimiento resultaba una tarea epistemológica necesaria para dibujar analítica y operacionalmente cualquier salida política a la dictadura. De allí que la:

...crisis del modelo de desarrollo, donde lo que aparece como crucial, en estos países, es un proceso de marginalización creciente, una situación en la que millones de seres humanos, no van a alcanzar las condiciones elementales de la sobrevivencia, realización personal y el nivel básico de la ciudadanía. El mundo sumergido, creciente y sin esperanzas, es el primer elemento de la gran crisis de la sociedad que enfrentamos. La segunda dimensión se ubica en el plano

sociocultural y se refiere a la tensión, no resuelta hasta ahora, entre los fenómenos de socialización, es decir, de expresiones colectivas donde las clases, los grupos, las categorías se manifiestan y se autoafirman como tales, y las tendencias cada vez más presentes de individuación en la que la gente quiere ser cada vez más sí misma y cada vez más distinta²⁵⁰.

El diagnóstico de una sociedad marcada por esta doble crisis de marginalización masiva, creciente y de contradicción entre los fenómenos de socialización necesaria, y las tendencias y aspiraciones a la individualización, debían ser abordados por la actividad política mediante el abandono de las formas tradicionales de hacer política, que mantiene la misma clase política presente antes del golpe de Estado.

El nuevo escenario de transformaciones económicas y socioculturales, se concluye, generó un cambio en la forma como tradicionalmente se habían constituido los sujetos sociales y que Garretón había denominado la ‘columna vertebral’ de Chile. Se abandonó el sistema de articulación de los sujetos y actores sociales en referencia al Estado y a partir de un tejido de relaciones entre organizaciones de la sociedad civil y estructura político-partidaria. De esta forma, la constatación de ese cambio significativo en la ‘columna vertebral’ de la sociedad chilena, basada en una imbricación entre liderazgo político y organización social, no sería reemplazada por una nueva matriz, pero tampoco permanecería incólume. Para Garretón, esto implicaba “la relativa continuidad de una clase política capaz de representar y concertar, pero distante de la sensibilidad de masas.”²⁵¹ y el surgimiento de un activista intermedio que se conecta con la sensibilidad de las masas, pero carente de herramientas y estrategias para negociar y concertar políticamente.

Sin embargo, pese a la constatación de esas profundas transformaciones, los renovados también argumentan que existen continuidades importantes en la sociedad chilena que permirtirían ser el soporte básico de una transición a la democracia. Garretón, al respecto, sostiene lo siguiente:

Hay una cultura de la dignidad personal, una valorización de la acción colectiva y política, una adhesión a lo que puede hacer un Estado como representante de la

nación, una comprensión de la solidaridad, un reconocimiento de la diversidad, un rechazo a las desigualdades e injusticias sociales e injusticias, que no han sido alteradas. En otras palabras, el sustrato cultural democrático no ha sido eliminado y persiste generalizadamente en la población²⁵².

La mantención de ese sustrato democrático se vio posibilitado por la ‘solidez histórica de la estructura político partidaria’, que ha permitido mantener una continuidad, si bien fragmentada, garantizadora de la sobrevivencia de ciertos ideales e instrumentos políticos²⁵³. Los partidos políticos, por lo tanto, volvían a ser instrumentos clave para la recuperación de la democracia política, pese a la seducción inicial generada por la idea de una sociedad civil autónoma, emancipada y crítica del sistema partidario. Según Garretón,

[...] las cosas mostraron una mayor complejidad en su desarrollo. Si uno examina las encuestas de opinión pública, por un lado, se verá la amplia legitimidad y demanda social por estatismo, de un rol activo del Estado en todos los problemas de la vida nacional. Por otro lado, la apuesta por un movimiento social estrictamente autónomo, al menos en el caso estudiantil pero también en el sindical, se mostró incapaz de enfrentar una realidad donde los liderazgos siguen siendo partidarios, pero de forma más compleja y menos mecánica que en el pasado²⁵⁴.

A decir de Eugenio Tironi, si la política no recupera su rol central en la configuración de la nación, se transformará en una actividad que solo permitirá la mantención de referentes culturales testimoniales, que si bien ayudan a reemplazar el vínculo nacional por uno comunitario, no aportan en la resolución del problema central. Según este autor,

[...] la resistencia cultural de los vencidos, para no perder su identidad, ha estado obligada invocar los valores y símbolos del ‘antiguo orden’, especialmente los que emergieron en el periodo de la UP... El renacimiento comunitario ha sido un proceso bastante difundido en el mundo popular, especialmente en las mujeres,

los jóvenes y los grupos dirigentes. Se identifica por el dominio de pautas de acción eminentemente afectivas, una fuerte vivencia religiosa, el quiebre y contraposición entre un mundo popular mitologizado y los valores de la sociedad de mercado, y el rechazo a las formas institucionales de acción. La comunidad representa, en este sentido, una forma de rechazo al tipo de modernización que impuso el régimen militar y una compensación ante el vacío que dejó el agotamiento y cancelación del proceso evolucionista de tipo integrador a las décadas anteriores a 1973²⁵⁵.

Es decir, la debilidad de este tipo de práctica política residía en su incapacidad de generar visiones de futuro, toda vez que tendía a una reconstrucción idealizada del pasado anterior al golpe de Estado. La ausencia de crítica en esta perspectiva, producía un rescate simbólico de elementos que permiten mantener la unidad necesaria para resistir comunitariamente, pero es incapaz de proyectar una construcción político-social futura, haciéndose cargo de los fracasos y errores del pasado, para convertirse en una evocación de un tiempo idílico y al que se espera regresar. Para los análisis renovados, este tipo de oposición se irá anclando de manera más visible en la izquierda ‘no renovada’.

Dos universos políticos de izquierda se hicieron presentes en el nuevo escenario que construyó el régimen militar. Para Garretón:

...los principales cambios en el espectro partidario tienen que ver con la fragmentación, disolución y posterior recomposición de la derecha política; la fragmentación y renovación de la izquierda socialista, apartándose del modelo clásico marxista-leninista, y la inclinación del Partido Comunista hacia líneas más radicales e insurreccionales; la presencia de grupos políticos armados que enfrentan el régimen por la vía militar; una cierta flexibilización en las posibilidades de alianzas entre sectores de derecha democrática, de centro y de izquierda, al menos en lo que concierne a la oposición a la continuidad del régimen militar²⁵⁶.

Esto los lleva a concluir que el nuevo espectro político dejaría los clásicos tres tercios que se opusieron hacia las décadas del 60 y 70, para pasar a constituirse

en un nuevo espectro de cuatro polos, lo que permitiría realizar alianzas más estables y a su vez menos rígidas en el tiempo.

Sin embargo, pese a la positividad que les merece la nueva situación política, hacia 1987 se constata la ocurrencia de una separación cada vez más amplia entre la esfera simbólica y la esfera instrumental de la política, lo que restará potencia al proceso renovado. Según Garretón, era necesario que cualquier proyecto político de oposición a la dictadura, en el cual participara la izquierda, debía unir esa esfera simbólico-comunitaria con aquella otra modernizante e instrumental, necesaria para avanzar hacia una transición democrática negociada con el régimen militar. De esta manera, sería posible mantener una continuidad identitaria en los actores y en sus prácticas, dado los profundos cambios que habían ocurrido desde 1973 hasta la época en cuestión.

La razón de esta separación estuvo relacionada con el:

...surgimiento de una especie de clase política intermedia, relativamente autónoma del liderazgo partidario, que juega un papel de animación y activación en las organizaciones y movimientos sociales, con fuerte tendencia al ideologismo y radicalización, y que está formada por activistas de derechos humanos, educadores populares, militantes intermedios de partidos y organizaciones de Iglesia o estudiantiles... que tienden a inclinarse a posiciones maximalistas en relación al grueso de las organizaciones sociales en la que participa²⁵⁷.

Estas dos esferas se irán separando cada vez más, conforme la élite política retomaba su antiguo lugar dentro de los partidos en restructuración, de manera que las acciones que esta implementaba en torno a negociaciones de salida a la dictadura, se hicieron poco atractivas y deseadas para quienes enarbocaban como bandera de lucha la coherencia política y moral, destacada por la permanencia y compromiso de su participación en la clandestinidad dictatorial.

La separación de estas dos esferas se volvió un problema para tratar de darle al diseño de una transición un carácter político incluyente y simbólico, que permitiera refundar la nación chilena. La dictadura, pese a sus numerosos intentos, no logró terminar con ‘la política’ ni con los ‘partidos’ y estos

permanecieron contradictoriamente transitando por estas dos esferas. Para Garretón “es igualmente claro que en Chile los partidos fueron claves en la constitución de los actores sociales; que no hay instancias de reemplazo, sino de complementación de los partidos; que en el futuro los partidos seguirán jugando un rol central”²⁵⁸.

Otra de las transformaciones importantes que se encuentran registradas en los discursos de los intelectuales de la renovación, es la constatación de tres actores sociopolíticos que no siendo nuevos se transformaron durante la dictadura. El primero de ellos corresponde al movimiento estudiantil, que si bien no surge en el contexto dictatorial, jugará un rol fundamental en el aumento de presión social para deslegitimar la dictadura. Lo interesante de este movimiento consistió en el levantamiento de peticiones sectoriales (exclusivamente universitarias o secundarias), aunadas en el marco de crítica a la dictadura. De esta forma, el movimiento estudiantil permitía ampliar el marco de convocatoria y medir en términos políticos los logros relativos a los requerimientos propiamente estudiantiles. Los estudiantes sabían que no podían derrocar a la dictadura, pero sí erosionar su legitimidad y doblarle la mano en algunas medidas específicas que esta implementaba en el marco de las modernizaciones.

Separado del movimiento estudiantil, se encuentra la reflexión sobre los jóvenes, en especial de los que habitan el espacio poblacional. Este actor social es caracterizado como excluido de la modernización y marginado de cualquier incorporación y participación política. Según Garretón, en los jóvenes pobladores predomina la movilización expresivo-simbólica, ya que tiene un:

...carácter fundamentalmente expresivo, desprovisto de contenido instrumental o reivindicativo preciso, donde lo que importa es la afirmación como sujeto de una identidad negada por la cotidianeidad impuesta, y una tendencia hacia formas de movilización que privilegien el enfrentamiento con el mundo oficial simbolizado en el aparato represivo; barricadas apedreamientos, pequeñas destrucciones de símbolos públicos... lo que refuerza su carácter comunitario y no societal²⁵⁹.

La reflexión sobre el uso de la violencia en jóvenes pobladores pasó de una valorización comprensiva a una valorización normativa negativa. Hacia 1987, la

idea de una sociedad que condensa elementos anómicos o disfuncionales, cuya máxima representación eran los jóvenes y pobladores, producto del proceso de modernización capitalista neoliberal que había implementado la dictadura, aparecía ya clarificado como uno de los problemas más graves que debería enfrentar la transición a la democracia. La pregunta giró entonces hacia cómo incorporar a dichos sectores, cómo incluirlos y seducirlos por la nueva política renovada.

Otro actor importante rescatado por la renovación lo constituyó la Iglesia católica, principalmente a través de su valorado trabajo en la defensa de los derechos humanos. Según Tironi, la Iglesia católica fue fundamental en aquel momento en que los partidos estaban prácticamente disueltos y la sociedad chilena era fuertemente golpeada por la represión política. En ese escenario, “se ha producido una considerable expansión del sistema valórico cristiano como efecto del impacto de la experiencia reciente”²⁶⁰.

Fue la práctica política en un escenario represivo donde lo político estaba sumergido, lo que explica para Tironi ese nuevo rol fundamental que jugó la Iglesia como actor político y social. Es interesante resaltar que en este autor, el tema de la Iglesia es más intenso que en los otros discursos de renovación estudiados aquí. Es sugerente plantear que en la construcción renovada de Tironi hay un intento consciente de conciliar la vertiente cristiana y fundamentalmente católica, con la vertiente socialista de izquierda. La tensión entre marxismo y cristianismo estuvo expresada como ruptura en los años fundacionales del MAPU.

Con la renovación, el MAPU puede reconciliarse con su pasado y usarlo en forma estratégica como valor agregado de su mundo y redes políticas. Esto podría explicar además la importante actuación que juega el MAPU en los diseños transicionales que aunaron a la Democracia Cristiana y a la izquierda socialista. Así se cerraba la construcción identitaria marcada por la ruptura en los años iniciales del Movimiento de Acción Popular Unitaria. El MAPU de Tironi, el MAPU de la renovación, podía ahora sentirse perteneciente al mundo cristiano, cualidad que antes había destacado Allende²⁶¹, pero que estos jóvenes militantes se negaron a aceptar y a capitalizar.

Otro de los actores destacados por los discursos de la renovación, y que es reconocido como un actor nuevo en la política chilena, corresponde a las mujeres. Según Garretón:

...este ha sido un sector especialmente activo en las organizaciones populares y en los momentos de movilización global (aunque paradojalmente las encuestas lo muestran como conservador en términos de sus visiones y opiniones). Lo que aparece como significativo en todo este periodo es el surgimiento de una demanda específicamente femenina, que no se reduce a la lucha política contra el régimen, expresada en un número importante de grupos y círculos de mujeres que se hacen presentes en las movilizaciones globales. Asimismo, la movilización propiamente política ha tenido caracteres originales en tanto ha superado mejor que las estructuras partidarias las tendencias a las divisiones por razones orgánicas o estratégicas²⁶².

Para este autor, las mujeres (que si bien habían estado presentes durante el siglo XX con el movimiento sufragista) habían logrado construir un discurso donde se combinaba el rechazo a la dictadura en conjunto con todo otro tipo de dominación patriarcal. El lema de “Democracia en la casa y en el país” que caracterizó al movimiento feminista en la dictadura, abrió el debate sobre las formas de dominación y la especificidad de la mujer como actor distinto del masculino, con problemas, códigos e instrumentos propios de su carácter genérico. Sin embargo, para Garretón quedaba pendiente la incorporación de esa demanda femenina en el marco de la estrategia transicional o su postergación y absorción en las demandas partidarias pro democracia, que se construía con códigos y liderazgos masculinos.

Para Tironi, la incorporación masiva (en comparación a las décadas pasadas) de mujeres al mercado del trabajo durante los años 80, permitió configurar un actor público reconocido como distinto. La mujer que trabajaba se convertía en ‘sujeto’, a decir de Robert Castell, y por ende construyó bajo la ética del trabajo moderno su petición de incorporación plena al sistema de participación política y laboral. Sin embargo, Tironi plantea que esta incorporación no necesariamente traía consigo un cambio en la cultura política asociada a la mujer y el predominio del conservadurismo. Analizando el triunfo de la opción NO en el plebiscito de 1988, este sociólogo plantea que:

...la campaña por el NO apeló principalmente a los valores de la normalización, al reencuentro en la continuidad histórica de la nación, y a la unidad y reconciliación entre los chilenos. A la solidaridad y a la estabilidad. En este sentido, el NO representó una opción clásicamente conservadora; y en parte importante, ahí está la clave para el apoyo que recibió entre las mujeres y de su victoria en el plebiscito²⁶³.

En síntesis, los cambios en la esfera de la economía en conjunto con los cambios sociales, produjo simultáneamente cambios en los referentes culturales con que la izquierda había construido su identidad política. Según Tironi, hacia fines de 1987 estaba claro para muchos analistas políticos que la sociedad chilena había atravesado por un período prolongado de desintegración. “De partida, el hecho de haber sido azotada por olas de cambios sucesivos y radicales, terminó por provocar en la gente un hondo cansancio. Muchos de los antiguos referentes normativos, valóricos y simbólicos fueron destruidos”²⁶⁴.

Para este sociólogo, el debilitamiento de la cohesión social sumado a la acción represiva de la dictadura, generó en la población temores, angustias e impotencias que deterioraron la identidad y autoimagen de los actores sociopolíticos. De allí que fuera necesario que la salida transicional se hiciera sobre una estrategia política y comunicacional que fortaleciera “los valores de cohesión social, continuidad histórica, unidad nacional y normalización (con los cuales el NO se identificó)”²⁶⁵. Se plantea así la necesidad de construir una propuesta ‘conservadora’ en sus cimientos, sus prácticas y discursos, que pudiera fortalecer esos valores de mantención de un orden que enfatice la cohesión y la unidad nacional.

De esta reflexión uno podría preguntarse cómo la renovación socialista, en tanto proceso de cambio en la política chilena, pudo derivar hacia caminos tan diversos como lo fue la apuesta conservadora que representa Tironi, que se consolida en el diseño comunicacional de la campaña por el NO, y la apuesta revolucionaria, que bajo los mismos códigos y reflexiones posibilitó el surgimiento del grupo rebelde Lautaro, que se escinde del MAPU en 1986.

Para Tironi, predominará la imagen de una sociedad enferma. En 1986 concluye categóricamente el sociólogo:

Hay que tomarse en serio algo que se dice corrientemente sin medir todas sus consecuencias: que la chilena es una sociedad enferma. Sometida a un proceso de decadencia y desintegración, ella no es capaz de gestar un proceso genuino de concertación social; ni tampoco, de convenir en una fórmula puramente política que deje a un lado, aunque sea temporalmente, la cuestión de su futuro. El tema que realmente se omite: la transición. Este equivale, en cierto modo, a ese periodo de convalecencia o “reestructuración general” por el que debieron pasar –según lo relata B. Bettelheim– los sobrevivientes de los campos de concentración nazi antes de volver a una vida plenamente normal²⁶⁶.

Nótese el carácter pesimista que esboza la cita escogida de Tironi y la manifestación expresa de que la sociedad no tiene ninguna posibilidad de expresarse por sí misma. De allí la revalorización de los acuerdos, los partidos y la clase política. Para este experto en comunicaciones, “los partidos políticos y el Estado, por lo tanto, volverán a cumplir su papel de siempre como proveedores de identidades colectivas y de una regulación democrática de la sociedad. ¿Quiénes si no?”²⁶⁷.

sY vale la pregunta: ¿Qué pasó con esa consideración positiva sobre la sociedad civil emancipada y crítica? Tironi concluye:

[...] la pura acción autónoma de los movimientos sociales, equivale a seguir en la órbita ideológica del neoliberalismo, desconociendo a la par el estado crítico en que se encuentra la sociedad chilena hoy. La política nunca es puramente instrumental y representativa; siempre tiene un aspecto afectivo y de creación histórica. En condiciones de disolución social, los discursos, la organización y los liderazgos, en efecto, son los que han de proveer de la síntesis cultural, de las representaciones colectivas, de los ritos e instituciones, a partir de los cuales ir recreando una comunidad nacional tolerante, secular y democrática²⁶⁸.

Por ello:

...la democracia que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República... Cuando se hayan moralizado, venga el Gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual²⁶⁹.

Quien escribió estas líneas no perteneció ni a la izquierda ni mucho menos participó del proceso de renovación socialista. Sin embargo, su diagnóstico de hace más de un siglo también detecta una sociedad enferma y, por ende, incapaz de gobernarse por sí misma. También hay una coincidencia en la gran importancia que se le da a la institucionalidad política, cuestión congruente con el pensamiento despótico e ilustrado. Quién escribe no es Tironi, sino Diego Portales... Y el diagnóstico se repite: la sociedad chilena está (¿estuvo y estará?) enferma.

Quinto nudo discursivo: la renovación se objetiviza a sí misma. Símbolos y definición identitaria

En el periodo anterior (1973-1983), los llamados a la renovación de la política, tanto en sus símbolos como en sus supuestos epistemológicos y estratégicos, se encuentran insertos dentro del proceso de autocrítica y de comprensión vital que realiza un sector de la izquierda chilena.

El llamado está compuesto por varias tonalidades y matices. Primero es una voz de angustia por el reconocimiento del fracaso, una voz grave, profunda, que arremete contra todo el marco epistemológico que constituyó la opera que aprendió a cantar la izquierda durante el siglo XX. Según Norbert Lechner:

Los golpes militares desmitifican la fe revolucionaria y hacen estallar un marxismo dogmatizado... De un modo cruel y muchas veces traumático acontece una “crisis de paradigma”, con un efecto benéfico empero: la ampliación del horizonte cultural y la confrontación con obras antes desdeñadas o ignoradas... La recepción masiva de Gramsci a mediados de los 70, de Foucault posteriormente y el actual interés por Habermas señalan algunas de las principales lecturas... Así y todo, me parece ser un fenómeno saludable en la medida en que significa el abandono de la exégesis o la “aplicación” de una teoría preconstituida y se busca dar cuenta de determinada realidad social²⁷⁰.

La segunda voz es más aguda, es un llamado de atención, un grito por mantener a la izquierda viva. Se reconoce la necesidad de renovación, tanto de las prácticas como de las estrategias, de la política y su relación con lo social. Es una voz que muestra la voluntad de permanecer, no inmóvil, sino que creativamente activa, adecuándose al nuevo escenario que la dictadura implementaba sin un rechazo social importante. Lechner intenta, por ejemplo, valorizar dentro del gris contexto, el efecto del exilio en la izquierda nacional, afirmando que:

[...] esta transnacionalización (efecto del exilio) disminuye el provincialismo (frecuentemente completado por un europeísmo acrítico) y facilita la renovación de un pensamiento político relativamente autónomo de las estructuras partidarias en cada país. Adquiriendo mayor autonomía respecto a las organizaciones políticas, la discusión intelectual (sobre todo en las izquierdas) logra desarrollar un enfoque más universalista (menos instrumental) de la política²⁷¹.

Esas dos voces son las que predominan en dicho periodo de instalación de la dictadura. Los matices de cada voz están desarrollados en el capítulo anterior, y van desde el grito desgarrador y efectista del fracaso rotundo que esboza Tironi, hasta el sonido más suave, pero igual de penetrante, que realiza Moulian en el marco del análisis del sistema político chileno.

Sin embargo, pese a la constatación de una necesidad de renovación no está presente aún una autoobjetivación del proceso, en tanto corriente de pensamiento político. Será recién hacia 1985 cuando la renovación se vea a sí misma como un cuerpo de pensamiento crítico dentro de la izquierda socialista, que incubaba un proyecto de transformación social y política.

Desde 1985 y hasta 1989, la renovación comenzará a tomar cuerpo en los sujetos, en las prácticas, en los símbolos que un sector de la izquierda comienza a utilizar como forma específica de identidad política. En este periodo se juzgan los lenguajes y las estrategias en función de pertenecer o no a dicho marco identitario. La renovación, sin embargo, no tuvo una línea estratégica de política coyuntural, o siquiera en el mediano plazo, por lo que pueden encontrarse posiciones encontradas y hasta contradictorias, que derivaron en diseños de estrategias políticas tan disímiles como la práctica consensual y aliancista, hasta la salida rebelde y subversiva que planteó el Lautaro, el hijo no reconocido de la renovación socialista.

La renovación socialista, por lo tanto, se objetiviza a sí misma como cuerpo epistemológico para una nueva política, refunde y se reapropia de símbolos culturales que permitan establecer ciertas continuidades entre el Chile previo al golpe de Estado y el que emergió después, pero no propone una línea de acción política específica. En sus líneas, sin embargo, fue predominando la idea de una

salida política, consensual y pactada. Pero este camino no estaba preconfigurado, y su articulación finalmente estará en las manos de los militantes políticos más que en los intelectuales que fundamentan la reflexión temprana de la renovación.

Esta disociación entre renovación intelectual y renovación de prácticas políticas se irá haciendo cada vez más fuerte, sobre todo porque no se logró realizar una línea de apropiación simbólica que permitiera unir el pensamiento, la acción y la significación de la misma. Lechner grafica este proceso afirmando que “hasta ahora estos esfuerzos de renovación han quedado reducidos al ámbito intelectual, encontrando poco eco en los partidos de izquierda”²⁷².

Moulian y Tironi abandonarán su militancia en este mismo periodo; Garretón finalmente ingresará al Partido Socialista; sin embargo, la discusión intelectual que ellos lideraron no pasó de ser un activo, un aporte de un sector de la izquierda socialista, una élite, sin lograr unir la acción política instrumental con la acción cultural y afectiva que requiere cualquier acción política.

La incorporación del MAPU y del MAPU-OC al Partido Socialista, que también vivió un proceso de renovación distinto del ocurrido en el MAPU, hizo perder a dicha colectividad su especificidad particular y en la práctica la ‘renovación’ se truncó, se congeló en esos militantes, en esa generación MAPU, que usando sus técnicas y redes logró posicionarse como la generación puente entre el centro y la izquierda tradicional. Sin embargo, en esa misma función se pierde la consolidación del proceso de renovación y termina bifurcando una práctica militante de base que no se reconoce en la renovación y una élite, con poder y participe del Estado, que parece monopolizar este proceso, como gran símbolo de identidad y de influencia.

Es importante, por lo tanto, hacer la distinción entre una renovación teórico-intelectual, una renovación en las prácticas políticas y una apuesta política coyuntural. Esta última no tenía una preconfiguración establecida. La opción política tomada (para salir de la dictadura) fue una entre muchas otras posibles; sin embargo, hoy tiende a asociarse directamente con el proceso más global de renovación socialista y es precisamente producto de esa asociación, que dicho proceso está cargado de prejuicios, de rencores y traiciones. Hasta aquí hemos ido tratando de demostrar su complejidad.

La renovación socialista se objetiviza a sí misma a partir de 1985 como una corriente de pensamiento crítico en el marco de la izquierda. Los llamados no

serán ya a renovar, sino que a sistematizar coherentemente los postulados que estaban detrás de la conciencia crítica y radical que se encuentra en los inicios de la misma. Garretón la define como “el proceso teórico y práctico de crítica al socialismo clásico tal como se vivió en Chile hasta 1973 y de reformulación y actualización de su bagaje intelectual y político durante los últimos diez años aproximadamente”²⁷³.

Para Lechner “El vuelco de la discusión intelectual hacia la cuestión democrática significa una importante innovación en unas izquierdas tradicionalmente más interesadas en los cambios socioeconómicos. Se inicia un proceso de renovación, cuyos resultados empero todavía no son previsibles”²⁷⁴. De este modo:

...las corrientes renovadoras, en cambio, privilegian la democracia política, sin mostrar similar creatividad para repensar el socialismo. A lo más se anuncia una perspectiva: el socialismo como profundización de la democracia. Esta perspectiva elimina las connotaciones teleológicas y objetivistas del enfoque ortodoxo, pero plantea otra interrogante: ¿cómo compatibilizar la prioridad otorgada a los procedimientos formales con la defensa de determinados contenidos, históricos?²⁷⁵.

Quedaban esbozadas así las dificultades del proceso de renovación recién objetivado.

Para Tironi, la renovación socialista es, a su vez, la producción de una nueva izquierda que se rearticula después del golpe de Estado. Esta izquierda se diferenciaba de la anterior por la renuncia abierta a cualquier ideología revolucionaria que guiaba teleológicamente las prácticas políticas. Existió una toma de conciencia de lo perjudicial que era el ideologismo dogmático que terminaba por obnubilar los procesos comprensivos de la sociedad en la que se pretendía actuar, transformar e incidir.

La crítica es también una crítica generacional. Hubo un fracaso de una generación:

...la llamada generación del 68. Impregnada de omnipotencia modernizadora, ella rompió drásticamente con sus orígenes (el laicismo progresista y el tradicionalismo católico), arrebatada por el afán de construir un orden nuevo. Con semejante misión entre manos, no fue extraño que se haya visto arrastrada al autoritarismo: en algunos casos este se tradujo en un culto y en otros llegó hasta la proclamación de la crítica de las armas²⁷⁶.

Lo que fracasa, por lo tanto, no fue ni la ‘vía chilena al socialismo’ ni el socialismo como principio libertario e igualitario, sino que las estrategias que las fuerzas políticas de izquierda consideraron como optimas para alcanzar esa sociedad. Para los intelectuales de la renovación:

...el fracaso de la Unidad Popular consistió en su incapacidad de constituir una mayoría social y política que resistiera la reacción de las fuerzas conservadoras contra su proyecto transformador. Paradojalmente, se mostraba que solo se puede realizar un profundo proyecto transformador si se cuenta con mayoría para ello y que esa mayoría solo puede constituirse en un marco político institucional democrático²⁷⁷.

A través de esas consideraciones, hubo un esfuerzo conciente por hacer un rescate de la figura de Allende, como ícono de la nueva izquierda, de esa renovación que habiendo hecho el mea culpa, se reconciliaba con la apuesta reformista del ex presidente. Junto con el rescate de Allende, había también una reconciliación de fondo con la democracia como el mejor régimen político que puede tener Chile, dada sus particulares formas de desarrollo.

Tanto Tironi, como Moulian, Brunner y Garretón, coincidieron en que Allende era la gran figura simbólica sobre la que debía construirse la nueva izquierda renovada. Allende simbolizaba por un lado un gran aprecio, no solo formal, hacia la democracia, y por el otro representaba el sacrificio y el compromiso por una sociedad más igualitaria y más justa:

Para la renovación socialista, Allende expresa las grandes virtudes de la izquierda, combinando la vocación popular con la presencia y el manejo institucional, adelantando, mas intuitiva y prácticamente que a nivel teórico, la vinculación entre socialismo y democracia política, combinando el proyecto nacional con su instrumento, la unidad de la izquierda²⁷⁸.

En un mismo acto, la renovación resignificaba en la figura del presidente héroe su propio proceso de adhesión a la democracia política.

Los intelectuales de la renovación reconocen que fue la instalación dramática y brutal de la dictadura, con el cierre de los espacios públicos, con la represión y la muerte, lo que permitió valorizar la democracia como el régimen político no solo adecuado, sino que el más deseado y valorado para una sociedad como la nuestra. Junto a este proceso de reconciliación con la despreciada democracia, también se establece una crítica a la forma en que la actividad política se relaciona con los movimientos y sujetos sociales. Según Garretón:

[...] la experiencia dictatorial muestra no solo la importancia y el carácter irrenunciables de las libertades públicas y de un tipo de institucionalidad que las garantice y promueva, sino también lleva a la valorización de formas autónomas de lucha y de afirmación como sujetos por parte de los diversos sectores sociales. La acción colectiva simbólica, expresiva, defensiva, reivindicativa, participativa, de enfrentamiento y de autoafirmación, la creación de espacios de dignidad y la búsqueda de autogobierno, son todas dimensiones de un proyecto que no descansa en la pura dependencia del sistema político y que redefine el sentido mismo de la acción política²⁷⁹.

Esta redefinición rápidamente se constituye como una especificación y delimitación de la esfera de la política. Lo social y lo político son momentos distintos de una sociedad. Ninguno subsume ni condensa al otro. Según Tironi, la subordinación de lo social a lo político provocó paradójicamente un agotamiento de la política, ya que “la efervescencia, la desestabilización de la vida ordinaria, el desvanecimiento del límite entre individuo y masa, no pueden ser sino transitorios. A la larga producen, inevitablemente, agotamiento, hastío y

después de un tiempo, una reacción imprevisible”²⁸⁰.

De allí que, junto con lo anterior, Allende podía ser evocado tan revolucionariamente como los renovados quisieran, básicamente porque la revolución dejó de entenderse como una ‘vía’ o como ‘estrategia’, para pasar a darle sentido y contenido a la lucha cotidiana. El socialismo dejó de ser concebido como un modelo de sociedad, para constituirse en principio de la acción política; eso era lo potencialmente revolucionario: más una asociación a ciertos valores que a un tipo particular de régimen político o de sociedad.

Esta reconceptualización del socialismo se hizo bajo la influencia de Gramsci y su propuesta de construcción de hegemonías dentro de los procesos de transformación social. Para los renovados, hubo un fracaso de la clase política y la forma en que se entendieron y practicaron los acuerdos políticos. A ese reconocimiento, Tironi agrega, además, que el golpe de Estado “representó el quiebre de un cierto tipo de integración de la sociedad chilena, la ruptura con el modo como esta colectividad se imaginaba su unidad; de la manera como ella había aprendido a regular su convivencia. La profundidad de lo que estaba en juego, al origen, es lo que explica después la extraordinaria longevidad del régimen de Pinochet”²⁸¹.

Fracaso y no solo derrota. Fracaso de una práctica, de una clase y de una estrategia política, pero no del principio socialista. Para la renovación el socialismo debe reconceptualizarse y dejar de ser considerado una forma particular de sociedad, para constituirse en principio orientador de la acción política, sin un régimen político definido a priori o impuesto fuera de la realidad histórica de cada nación.

El socialismo fue entendido como “un principio de transformación social; la superación de alienaciones, opresiones y explotaciones basada en la idea de la emancipación social y autogobierno de la gente, con un rol protagónico de los trabajadores y dominados, pero no es un esquema de mecanismos concretos, un sistema social determinado”²⁸². Por ello no hay modelo socialista, sino que solo proceso socialista; por lo tanto, reversible y transformable en la propia historicidad de cada pueblo. Así, “en sentido estricto, no hay proyecto socialista ni modelo global concreto definido para siempre, no hay toma del poder ni un momento en que se empieza a construir el socialismo, pero hay siempre política socialista posible, tarea socialista frente a todo”²⁸³.

Junto con esa redefinición de socialismo y la argumentación de que en Chile la política socialista solo podía realizarse bajo un régimen de gobierno democrático, la renovación plantea la división necesaria entre lo social y lo político, reconociendo la sanidad de una relación tensionada entre ambos polos, pero sin sujeción de uno a otro. Hubo en el recuento de la renovación un inicial encantamiento con la posibilidad de una sociedad autónoma; sin embargo, ya hacia 1986 estaba instalada la idea de lo insustituible del momento partidario, sobre todo en la construcción de los actores sociales.

Esa nueva relación entre lo social y lo político requería de un proceso de cambio en los partidos políticos, lugar donde precisamente la intelectualidad renovada reconoce las principales dificultades. Para Garretón, la práctica renovada que requiere la implementación operativa del discurso de la renovación socialista, solo ha penetrado muy superficialmente en la clase política nacional. Así, en 1987 concluye categóricamente:

Abandonar tanto el modelo de partidos populista como el de partido de vanguardia, por lo que propugnaba un tipo de partido que fuera el depositario de las instancias de representación y en la sociedad civil se mantuviera la idea de participación. Sin embargo, es en esta área donde ha habido menos renovación práctica.

La construcción de hegemonía político-cultural en torno al ideal o principio socialista, requiere por un lado de la unidad de esfuerzos políticos, cuestión que llevó a plantear la idea de generar una unificación de todas las fuerzas socialistas como forma de condensar esfuerzos, para evitar la extrema dependencia política que podía generar el centro o la izquierda comunista. Por otro lado, esta labor repone al socialismo renovado como la punta de lanza que introduce en la práctica política los temas de avanzada o progresistas, bajo una práctica de medición de posibilidades que la izquierda no renovada supone como no transaccional.

sPara que esta propuesta socialista se logre articular, debe construir una propuesta simbólica y afectiva que permita integrar al partido nuevos actores, nuevos temas y nuevas prácticas. Sin embargo, a juicio de Garretón este ha sido

una de las máximas dificultades de la renovación socialista, ya que:

...la dimensión “movimiento” se desprendió de la dimensión “partido” y quedaron uno y otro por su lado; es decir, movimientos y partidos a media. Movimientos con dificultades de representarse y globalizar. Partidos muy inteligentes, con dificultad de convocatoria en un medio donde no están dadas las condiciones propias de la convocatoria de partidos democráticos como son las elecciones... Se da a la vez una enorme dificultad del actor socialista, o de los actores socialistas, de juntar ambos elementos, y la bifurcación que expresa esta separación entre lo instrumental, lo institucional, lo cupular y lo popular, la épica, la ética, la movilización. Y esta separación se produce organizacionalmente con lo que la fragmentación se consolida. La renovación queda nuevamente desgarrada y a medio camino²⁸⁴.

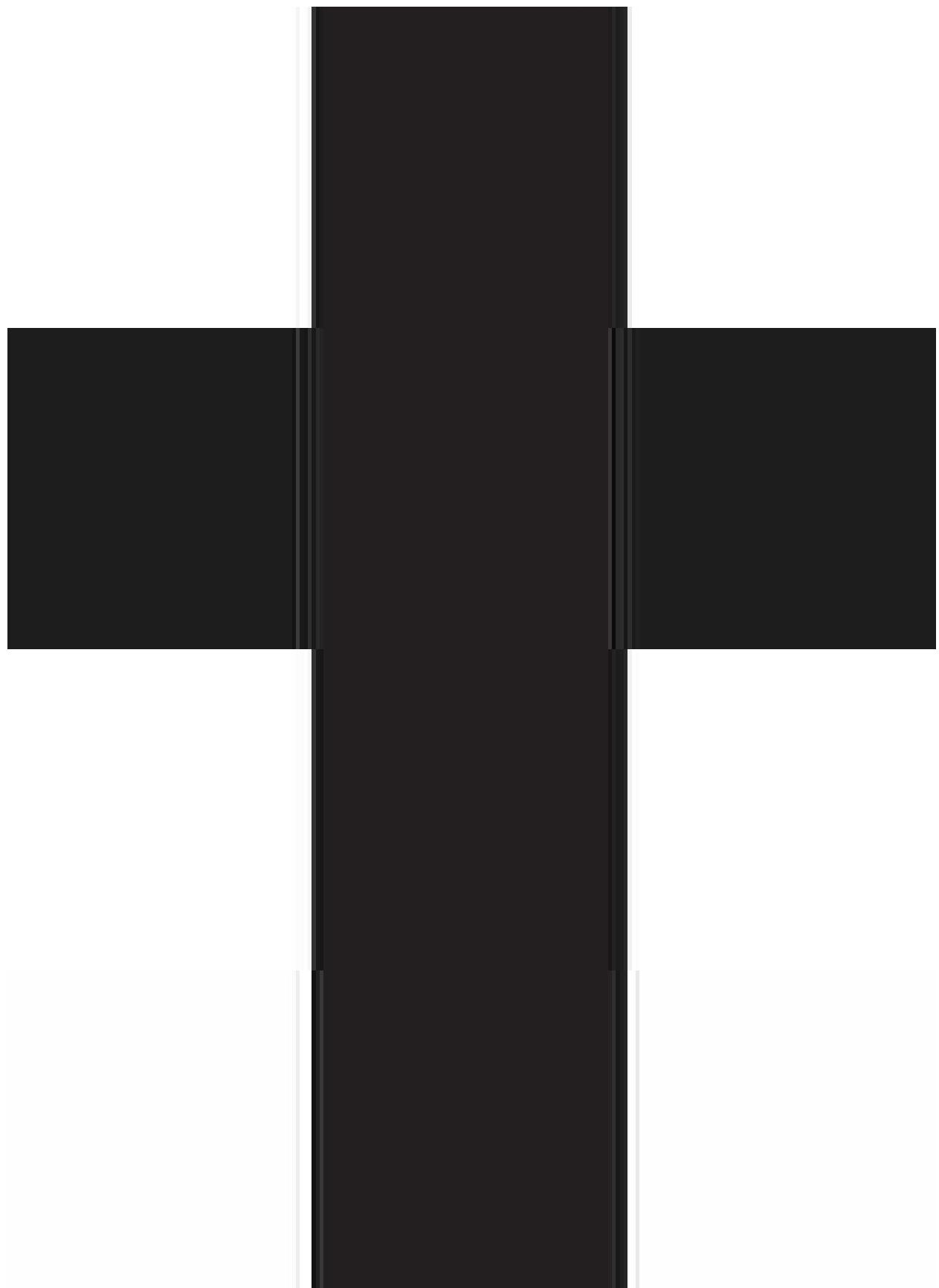
La propuesta renovada se operativizó hacia fines de los años 80, cuando se concluye que la única salida transicional posible es respetando los tiempos y espacios que imponía la dictadura. Esto es lo que permite analizar transversalmente los caminos que este proceso de transformación político cultural tomó para implementarse en tanto práctica política.

El año 1986 fue clave en este proceso; el sector intelectual de la renovación reconoció que en ese año decisivo fracasó cualquier salida a la dictadura por la vía insurreccional y de la ingobernalidad. ¡Había que negociar! Y mientras más luego se aceptara esa conclusión, mejor podrían ser los frutos que esa negociación reportara. Tal como expresa Lechner, la aceptación del ‘realismo político’ era solo cuestión de tiempo.

Sin embargo, el año 1986 también es clave en el MAPU, ya que en esa fecha se escinde el Movimiento Lautaro, que había surgido como un movimiento juvenil en el año 83, en pleno escenario de las protestas populares. El Lautaro hizo suya en plenitud la idea del movimiento social autónomo, de la subversión y la rebeldía, de la construcción crítica de una política epícorea, donde la felicidad era parte del principio de la lucha política. Por lo tanto, el Lautaro emerge en los códigos, en los cambios profundos, y en la misma epistemología que da cuerpo a la renovación socialista. Porque “la renovación socialista no era una línea

política específica ni una estrategia política, sino un cambio ideológico y, más precisamente, cultural, en cuyo interior podían darse muy diversas líneas o estrategias políticas contradictorias entre sí”²⁸⁵.

CAPÍTULO IV



**EL TRIUNFO POLÍTICO DE LA OPCIÓN NO.
ESTRATEGIAS, EVALUACIONES Y PROBLEMAS EN EL
INICIO DE LA TRANSICIÓN CHILENA (1987-1990)**

“Porque digan lo que digan, yo soy libre de pensarPorque pienso que es la hora de ganar la libertadHasta cuándo ya de abusos, es el tiempo de cambiarPorque basta de miserias, voy a decir que NO”. Porque nace el arco iris después de la tempestadPorque quiero que florezca mi manera de pensarPorque sin la dictadura, la alegría va a llegarPorque pienso en el futuro, voy a decir que NO. Vamos a decir que no, con la fuerza de mi vozVamos a decir que no, yo lo canto sin temor ¡Chile, la alegría ya viene. Chile, la alegría ya viene!

“Chile, la alegría ya viene”.

Himno de la campaña por el NO.

Hacia 1986, cuando hubo fracasado la vía insurreccional, la posición de aceptar los caminos transicionales definidos por la constitución de 1980 se volvieron cada vez más hegemónicos dentro de las fuerzas de oposición. Ese mismo año, en el MAPU se escindió aquel grupo que esgrimía la posibilidad de una salida rebelde e insurreccional y que se había formado en 1983 en plena “explosión de la mayorías”²⁸⁶. Nos referimos al Lautaro, cuya especificidad merece un capítulo aparte.

Es importante, además, dejar planteado que el MAPU Obrero-Campesino también manifestaba su preferencia por la vía institucional de negociación con la dictadura. Garretón escribía a fines de 1986 que:

...ni continuidad posible al régimen autoritario ni alternativa de derrocamiento o colapso. Ello significa que la transición a la democracia en Chile girará inevitablemente en torno al cambio del marco institucional impuesto en 1980, es decir, que no hay transición a la democracia con continuidad institucional, pero que tampoco la hay con vacío institucional. No hay otra derrota política que el cambio negociado del marco institucional de 1980²⁸⁷.

Al interior de esta colectividad, la mayor discusión intelectual, como se desprende de la reflexión de Garretón, estuvo concentrada en torno a la aceptación de los tiempos y plazos que planteaba la Constitución o si se lograba configurar una alianza política que presionara para alterar esos plazos, lo que obligaría a la dictadura a negociar en peores condiciones que respetando su itinerario. Sin embargo, hacia 1986 estaba claro, a juicio de sus intelectuales, que el plebiscito se realizaría en 1988 y que no existían indicios que pudieran dar cuenta de un cambio de escenario. Había que negociar con la dictadura, era la conclusión que ambos mapu habían sacado por la vía de reflexiones y evaluaciones de la coyuntura política.

Sin embargo, si bien podemos encontrar una confluencia de líneas en la acción política de cada una de estas colectividades, en el plano intelectual los discursos constitutivos del proceso de renovación van marcando diferencias importantes. Es aquí donde podemos encontrar los primeros indicios de configuración de las identidades visibilizadas en el año 2000, bajo el contexto de la segunda vuelta presidencial que zanjó la victoria de Ricardo Lagos. Nos referimos a la identidad ‘autocomplaciente’ y ‘autoflagelante’. Este debate también es posible de rastrear en el texto que recopila una cadena de misivas en las que discutían José Joaquín Brunner y Tomás Moulian, que publicó el diario El Mostrador y que fue conocido con el título “Brunner versus Moulian. Capitalismo e Izquierda” del año 2002.

Así, simultáneamente, las líneas reflexivas de la renovación socialista van articulando un marco coherente sobre la valorización de la democracia, sobre la política y los políticos y sobre la mantención del ideal socialista dentro de la identidad de izquierda, en conjunto con una bifurcación sobre lo que podía o no podía hacer la futura transición política. Por lo mismo, mientras hacia 1987 había una confluencia, que después de 1988 tiende a la separación.

Primer nudo discursivo: “Cambia todo cambia”, y en ese contexto, ¿qué le queda a la política?

Hacia 1986 el discurso intelectual político renovado afirmaba que la sociedad chilena había sufrido transformaciones estructurales. Este proceso de cambio acelerado, violento, con un alto costo social y de integración, era el nuevo escenario que debía reconocerse, aun cuando no agradara. Del conocimiento de ese espacio dependía la posibilidad de cambio político y, por ende, de la estrategia específica que guiaría los caminos a la transición.

Es posible destacar, conjuntamente, un abandono progresivo del análisis de las transformaciones económicas de la dictadura y su impacto sobre los sujetos y las clases sociales, que predominaron entre 1977 y 1983. Este abandono o giro, tendió a la configuración de reflexiones que se concentraron mayoritariamente en las transformaciones culturales y políticas de nuestra nación²⁸⁸. Para Lechner, uno de los cambios más trascendentales en el área de las representaciones políticas y que necesariamente tuvo efectos en la reconstrucción de nuevas identidades y culturas políticas, estuvo centrado en la revalorización afectiva de la democracia, por parte de la izquierda. Según este cientista político:

...la revalorización de la antes criticada “democracia formal” se inicia pues a partir de la propia experiencia personal más que de una reflexión teórica. Y no obstante el carácter primordialmente defensivo, esta experiencia probablemente repercute sobre el arraigo afectivo que tenga la democratización en las izquierdas²⁸⁹.

Así la izquierda nacional había logrado reencontrarse con la democracia desde una perspectiva existencial y, por ende, su anhelo y su defensa se volvían también cuestiones de vida.

Este proceso de revisión existencial de la democracia y su revalorización en el

ámbito de las experiencias de vida, obligó simultáneamente a un giro en la discusión intelectual, sobre todo en los temas de debate. Según Lechner:

Alrededor de 1980 y especialmente a partir de la crisis económica agudizada en 1982, la atención se desplaza del autoritarismo hacia la democratización. En el debate sobre la alternativa democrática sobresalen dos pasos que preparan una renovación del pensamiento político latinoamericano. Por una parte, una revalorización de la política... La izquierda descubre que la política no tiene una significación única y unívoca. Un eje fundamental de la lucha política es precisamente la lucha por definir qué significa hacer política. Por otra parte, tiene lugar una revalorización de la sociedad civil... En ambos casos, el interés por la sociedad civil tiene una clara connotación política: las condiciones sociales de la democracia.

De esta forma:

...la preocupación por la reconstrucción del tejido social responde desde luego a la herencia de unas dictaduras devastadoras, pero a la vez está influida por los planteamientos neoliberales. Al recoger las objeciones antiestatistas se prepara para la superación de la tradición borbónica (y napoleónica) del Estado que prevalecía en la región, aunque muchas veces al precio de un liberalismo ingenuo²⁹⁰.

Hacia 1986, lo central de la discusión política intelectual se concentró en visibilizar los dispositivos transformadores de la dictadura, trabajando sobre el supuesto de que la dictadura no solo se había mantenido por la fuerza, sino que también por un cúmulo de transformaciones hegemónicas. Para Tironi, por ejemplo, constatar este proceso era condición sine qua non para que emergiera alguna alternativa política a la dictadura, dada la asunción temprana de que la salida insurreccional o militar no era viable y había además demostrado su rotundo fracaso.

Según Eugenio Tironi, la oposición política ha mantenido una acción y un discurso cargado de nostalgia y poco asertivo para convocar a la población. Esto la ha llevado a disociarse de lo social, ya que no ha sido capaz de dibujar esos puentes imaginarios donde lo político es capaz de convertir los anhelos individuales en proyectos sociales; construir afectivamente la esperanza. Tajantemente declaró en 1987, después de la venida del Papa Juan Pablo II, que se logró demostrar que lo “que esta sociedad necesita es una declaración de esperanza, no que se siga hurgando en sus miserias; necesita el aire fresco del porvenir, no que se siga invocando a sus fantasmas; necesita de la responsabilidad de cada uno, no de la culpa de otros”²⁹¹.

Por lo tanto, este sociólogo afirma que para lograr esta renovación política, se hace necesario también reconocer los cambios introducidos por la dictadura militar en las profundidades de la sociedad chilena. Por ello, declaraba en el mismo año 1987 que aquella conducta de denuncia y de intentos vanos por revertir las tendencias modernizadoras, llevaría a la izquierda a un aislamiento ideologicista. Así, este intelectual declaraba que “anunciar su liquidación equivale a proponer una crisis histórica como la que la sociedad trata de dejar atrás; y en un país que ha acumulado en tan poco tiempo experimentos y traumas de tanta magnitud, es de presumir que semejante convocatoria no despertará más que un entusiasmo pasajero”²⁹².

Simultáneamente a lo anterior, propone que es necesario “poner la atención en las oportunidades que ofrece todo lo nuevo y dinámico que presenta la sociedad chilena hoy”²⁹³. De lo contrario, cualquier diseño político de salida transicional está condenado a fracasar. Para Tironi, la izquierda en especial debe ser capaz de diseñar esperanza, de proponer órdenes y no más complejos procesos de cambio social que impliquen rupturas. La conclusión es que la gente²⁹⁴ quiere un orden, una seguridad, una estabilidad donde poder construir su proyecto de vida.

Similar a esta reflexión, y un poco más anterior a la de Tironi, es la que realiza Norbert Lechner cuando afirma que “deseamos el orden por encima de cualquier otra cosa y siempre soñamos en un orden mejor”²⁹⁵. Dada la constatación intelectual de la necesidad de un orden sobre el cual articular la vida individual y colectiva, se construye en el discurso renovado una vinculación teórica con el liberalismo más clásico. Así cuando Lechner afirmaba que lo necesario era que la política volviera a revisar y a creer en la idea de una sociedad basada en un contractualismo, realizaba una conexión con el liberalismo bastante nueva para la memoria de corto plazo en la izquierda nacional. Lechner argumentaba:

El grueso del debate político intelectual puede ser situado dentro de la temática “neocontractualista”... la idea del pacto social y las estrategias de concertación significan importantes innovaciones. Ellas responden –tras la experiencia de desorden bajo los gobiernos autoritarios– a una aspiración generalizada por una institucionalidad estable y participativa... Apoyada en tal respaldo masivo, la noción de pacto expresa la búsqueda de un acuerdo complejo y confuso en que se sobreponen la restauración de reglas de juego fundamentales, la negociación de un itinerario y un temario mínimos para la transición, así como el establecimiento de mecanismos de concertación socioeconómica²⁹⁶.

La búsqueda de un pacto formal que se realizaría sobre la base de una red de confianzas simultáneas y mutuas era, a juicio de los renovados, una condición básica sobre la cual debía erigirse la transición a la democracia. Esta confianza debía ejercer la función legitimadora dentro de un sistema político, que en el mejor de los casos no existe. En conjunto con ello, la política debía construirse como una esfera nuevamente legítima dentro de la sociedad, así como necesaria. Era un desafío también para volver a construir el puente entre lo político y lo social, así como el lugar que les correspondería a los partidos políticos. Para Lechner:

...aun cuando las antiguas lealtades partidistas sobrevivan al régimen militar, la gente común encuentra dificultades en objetivar los sentimientos de arraigo social y pertenencia colectiva en los partidos. En la medida en que las organizaciones políticas, cada vez más especializadas (burocratización) y escindidas del quehacer diario de “gente como uno”, ya no crean ni aseguren las identidades colectivas, estas tienden a recomponerse al margen e incluso en oposición a las instituciones²⁹⁷.

Este cambio en la esfera de la cultura, generó una transformación de los lugares donde las instituciones cobraban sentido e identidad. Lechner afirmaba en 1984 que “la sociedad no solo es el material, sino simultáneamente el intérprete de ese material. Un enfoque que no tenga en cuenta las autointerpretaciones que hacen

los hombres y mujeres de su vida y los tome como simples ‘objetos’ de estudio, más que analizar la realidad social la está cambiando políticamente”²⁹⁸. Sin embargo, dicho cambio político choca con la constitución de una sociedad a la que le cuesta identificarse en un solo gran discurso globalizante, dada la fragmentación resultante de la interacción y sobrevivencia en más de diez años de dictadura.

También, en esa sociedad múltiple y diversa que se hace visible en los comienzos de la década de los 80, no solo se carga consigo el peso de diez años de represión, sino que además se lleva a cuenta un proyecto de refundación social, donde se diseña una vinculación nueva con lo político, dado la ausencia radical de esta esfera constituyente de las identidades sociales de antaño. De allí que el gran desafío de la izquierda renovada era dar cuenta, pero también apropiarse, de este cambio fundamental. Lechner afirma que:

...en América Latina la actual revalorización de los procedimientos e instituciones formales de la democracia no puede apoyarse en hábitos establecidos y en normas reconocidas por todos. No se trata de restaurar normas regulativas, sino de crear aquellas constitutivas de la actividad política: la transición exige la elaboración de una nueva gramática. Es decir, el inicio del juego democrático y el acuerdo sobre las reglas de juego son dos caras (simultáneas) de un mismo proceso²⁹⁹.

Y es precisamente en este proceso transformador que la renovación socialista tenía una ventaja comparativa importante puesto que ya había realizado el proceso de desencantamiento, de crisis y de autocrítica, que la había obligado a repensar su propia existencia y permanencia en la sociedad chilena. Sin embargo, Lechner vislumbraba hacia 1984 que:

...las corrientes renovadoras, en cambio, privilegian la democracia política, sin mostrar similar creatividad para repensar el socialismo. A lo más se anuncia una perspectiva: el socialismo como profundización de la democracia. Esta perspectiva elimina las connotaciones teleológicas y objetivistas del enfoque ortodoxo, pero plantea otra interrogante: ¿Cómo compatibilizar la prioridad

otorgada a los procedimientos formales con la defensa de determinados contenidos, históricamente referidos a la superación de la explotación económica y la desigualdad social?³⁰⁰.

Toma fuerza hacia 1986 la reflexión renovada que enfatiza la idea de que el socialismo debe constituirse, en el plazo inmediato a 1986, en una fuerza de unidad dentro de la oposición, cuyo único objetivo inmediato es crear una presión política importante para deslegitimar a la dictadura y emplazar a la comunidad a participar del camino trazado por ella para avanzar en la transición a la democracia. Tironi, Garretón y Brunner, sin embargo, coinciden en que la meta en el corto plazo es lograr la unión pragmática de todas las fuerzas políticas y sociales de oposición, ya que cualquier proyecto de uniformización programática es contraproducente.

Sin embargo, si bien hay una coincidencia inicial, las reflexiones consignan diferencias en torno a la idea del socialismo en la sociedad de transición. Para Garretón y Lechner no debe abandonarse el diseño de una política que inhiba la explotación y las diferencias sociales, en todos los ámbitos de la vida social. En estos dos intelectuales, por tanto, existe una diferencia entre democratización y búsqueda de democracia. El objetivo último era una cuestión de existencia sine qua non para el posterior desarrollo del primero. Así Lechner consigna:

Cabe presumir que de la misma democratización vuelva a surgir el tema del socialismo. Su actualidad empero ya no radicaría en la creación revolucionaria de un “hombre nuevo” (Che Guevara), sino en la dinámica de un proceso de subjetivización, siempre tensionado entre la utopía de una subjetividad plena y las posibilidades de la reforma institucional³⁰¹.

Por ello:

...en América Latina la actual revalorización de los procedimientos e instituciones formales de la democracia no puede apoyarse en hábitos

establecidos y en normas reconocidas por todos. No se trata de restaurar normas regulativas, sino de crear aquellas constitutivas de la actividad política: la transición exige la elaboración de una nueva gramática. Es decir, el inicio del juego democrático y el acuerdo sobre las reglas de juego son dos caras (simultáneas) de un mismo proceso³⁰².

Sin la construcción de esa nueva gramática, de nuevos símbolos y confianzas, el proceso de transición se quedaría sin el vector democratizador y, por ende, rápidamente comenzaría a deslegitimarse, a vaciarse de sentido y la política nuevamente dejaría de ser un referente social.

En Tironi esta preocupación está ausente y solo aparecen reflexiones estéticas y culturales de la sociedad que era deseable una vez recuperada la democracia. Para este sociólogo, “el anhelo básico de los chilenos es vivir en una sociedad en donde, en reemplazo del miedo, lo que se encuentre sea seguridad y un sentimiento de unidad y transcendencia”³⁰³. “Los chilenos tienen necesidad de un futuro, pero los agobia la posibilidad de que él reavive los traumas del pasado. La despolitización de los chilenos es una respuesta a esos conflictos emocionales”³⁰⁴. Por ello, a juicio de Tironi, la aceptación de un plebiscito es una oportunidad política. Allí la oposición, y en especial la izquierda, deben abandonar la actitud:

...marcada por la queja, la denuncia y el escepticismo. Si es así, entonces se estará profundizando la impotencia y el miedo; vale decir, los soportes sicosociales de la apatía. Por lo tanto, es urgente romper con la actitud de muchos militantes de la oposición. Para terminar con la apatía, esos militantes tendrán que transformarse en los profetas de la esperanza, en los comunicadores de la nueva actitud: el plebiscito es una oportunidad para afirmar la dignidad de los chilenos y para mostrar el poder del pueblo³⁰⁵.

El plebiscito era además una oportunidad de demostrar que la oposición era una fuerza política dispuesta a respetar las normas del juego. Si alguien desconocía los resultados, no sería la oposición y con ello demostraría que la cuenta por “la irresponsabilidad”³⁰⁶ de los hechos del pasado, estaba más que saldada. El peso

del pasado pasaba a ser resignificado como garante de buen comportamiento porque la autocrítica había sido radical y asumida.

Según las reflexiones renovadas, por tanto, lo más importante en el periodo que va desde 1986 hasta 1987 es convencerse de que el plebiscito es una opción y a la vez una gran oportunidad. Para Tironi, en especial, “ofrece una ventaja comparativa que no puede desaprovecharse: permite la unidad de objetivo y conductas a un conglomerado heterogéneo en cuanto a sus motivaciones”³⁰⁷. Era la oportunidad de demostrar que la izquierda en particular, se había dado cuenta de que uno de los fracasos más profundos de la Unidad Popular pasó por la no construcción de puentes aliancista con el centro político. Si algo había que hacer en la transición era la configuración de alianzas pragmáticas que ayudara a la configuración de transformaciones hegemónicas. Dichas transformaciones debían hacerse, además, dentro del marco de alianzas lo más amplias posibles.

Por ello tanto Tironi como Garretón concordaban en la reflexión de que la coalición que debía fundarse para derrotar en el plebiscito a la dictadura, no debía contener grandes alcances programáticos ni ideológicos. De no ser así, se perdía la ventaja comparativa. Tironi argumentaba que “lo peor de todas las estrategias posibles es enfrentar el plebiscito como si fuera una elección abierta y competitiva. En el amplio arco por el NO hay espacio para todos; por lo mismo, cualquier proyecto de uniformarlo es contraproducente”³⁰⁸.

En reflexiones temporalmente anteriores, Manuel Antonio Garretón también esgrimía que un gran problema que tenía la oposición estaba dado por el exceso de ideologicismo que mantenían sus partidos, y que generaba problemas “respecto de consensos pragmáticos y lleva(ba) a exclusiones negativas, por ejemplo del Partido Comunista...”³⁰⁹. En 1986, este sociólogo planteaba que junto a este exceso había otro problema que agobiaba a esta oposición, referido a la “dificultad de ligar el mundo político propiamente tal con el mundo social afectado por procesos de desarticulación, temor, radicalización visceral y desconfianza de los procesos institucionales”³¹⁰.

Así, hacia 1987 había, en registro renovado, tres desafíos básicos para el socialismo. El primero de ellos consistía en ayudar a crear un referente de unidad opositora, que dejase para después el debate por la sociedad que se anhelaba. El segundo desafío era cambiar la forma de hacer política en un mundo que, si bien tuvo grandes bajas humanas, seguía apgado a formas antiguas como estrategia de sobrevivencia y continuidad identitaria. Por último, el tercer gran desafío, era

ayudar a que la transición a la democracia se hiciera sobre las bases de confianzas restituidas, dado que el sistema no proporcionaba un marco legitimario básico y aceptado por todos.

Este último desafío estaba intrínsecamente ligado a la propuesta de ‘realismo político’. Esta propuesta estaba constituida por una actitud de autocritica, de abandono de anhelos transformadores radicales y de responsabilidad ante la sociedad civil por parte de la clase política. Este término aparece por primera vez en los textos de Norbert Lechner escritos hacia 1984. Este investigador de la FLACSO argumentaba que una manera de ser realista “era de reducir el campo de lo posible” mediante el desarrollo de relaciones de confianza. “Confirando en el otro se es menos vulnerable a su imprevisibilidad, porque ella ha sido incorporada a las expectativas. La confianza no elimina la incertidumbre, pero permite tolerar un mayor grado de inseguridad”³¹¹. Por ello:

...la principal cuestión es: ¿cómo crear confianza en la democracia? La estabilidad del sistema democrático depende de la confianza que la sociedad tenga en el orden. Ahora bien, ¿qué significa, en concreto, confiar en el orden? La confianza abarca tanto la identificación de la ciudadanía con el sistema político como la “credibilidad” de este frente a la opinión pública. Ella se apoya en la eficacia de los procedimientos (legalidad), pero también en un sentido de orden que permita poner los límites a la incertidumbre de un futuro abierto³¹²... Esas acciones no suponen todavía un apoyo activo a la democracia, ni siquiera algún oportunismo, sino solamente aquel conformismo indispensable para poder desarrollar una rutina cotidiana. Las consecuencias, empero son grandes: como nadie gusta perder sus inversiones, económicas o afectiva, todos están interesados en mantener el orden duradero. [Por ello], el realismo es más que una lógica del cálculo. Al entender el realismo como una categoría crítica nos referimos también a una lógica de la acción. Nos referimos a una elaboración del tiempo. Cuando preguntamos sobre qué posibilidades se apoya, qué posibilidades abre la democratización, la crítica de “lo posible” nos remite a la producción de temporalidades³¹³.

Se concluye que quien tiene el poder es aquel que puede construir las temporalidades. El NO y su campaña apostaría a ello: a configurar una nueva de

forma de comprender la temporalidad, que le permitiera a la oposición y en especial a la izquierda renovada, replantear identitariamente su nuevo ‘ser’ a fines de 1980. Junto a ello, era imprescindible construir una imagen de confianza, que si no podía ser institucional, había que construirla en torno a las redes sociales, las experiencias compartidas, en la construcción de una historia común que habían recorrido todos quienes habían presenciado como actores, protagonistas o de reparto, la crisis democrática que Chile sufrió en 1973.

Segundo nudo discursivo: el diseño de la estrategia comunicacional que posibilitó³¹⁴ el triunfo del NO

La campaña por el NO y su diseño estratégico comunicacional fue la oportunidad para que algunos políticos pusieran en acción los postulados de la renovación socialista. La idea de un cambio fundamental en los cimientos de la política chilena, y sobre todo de la izquierda socialista, fue un elemento crucial en la definición de la campaña. Responsabilidad, tecnificación, redefinición de un nuevo universo simbólico identitario, la propuesta de futuro, la recomposición de la nación, la idea de orden y estabilidad, se pusieron en escena a través del diseño comunicacional. Si hubiera que graficar simbólicamente el ícono de la renovación socialista, la campaña por el NO sería su mejor exponente.

Recordemos un poco la estética de la franja por el NO. Un joven alto, bien vestido, buen mozo camina por un puente libremente y con actitud de confianza en sí mismo. Comienza la canción anteriormente transcrita, y aparecen sucesivas imágenes de personas que representan a los distintos sectores sociales. Todas estas personas, a la luz de un arcoiris, se abrazan y se reencuentran. Los partidos políticos están casi invisibilizados en el spot inicial y aparece la idea de un país que funciona.

Sin duda que estas imágenes que recién esbocé tienen muchos elementos del discurso que el MAPU introdujo desde la renovación socialista. Hay un abandono de la estética del enfrentamiento, o dicho en otros términos, de la lucha de clases; la sociedad aparece como una sociedad que necesita de armonía para evitar desgarros profundos. Hay, simultáneamente, un afán de redención de la izquierda, toda vez que pretende mostrarse como una fuerza moderna, que se hizo autocríticamente cargo del pasado, pero que aspira sobre todo a ser referente en el futuro.

Aparece también en la franja una puesta en escena de unión con la Democracia Cristiana; paralelamente, se construye fuertemente la idea que ‘gobernar es concertar’, transformándose en el ícono político de la estrategia comunicacional. El llamado a la alegría y no al enfrentamiento, el uso de colores vivos, de una

aspiración representativa que no solo se agota en el mundo popular, van estableciendo cambios fundamentales en la cultura política de la izquierda socialista. Pese a lo innovador, creo que ese proceso, hacia el año 1990, no logró consolidarse y generar adhesiones transversales cuando muchos de los partidos pequeños ingresaron al Partido Socialista. La constitución de un referente identitario y su apropiación a nivel discursivo se mantuvo como bandera de cierto sector socialista y no logró posicionarse hegemónicamente.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, me parece interesante enfatizar que la franja televisiva y radial se hizo cargo de dar cuenta de este proceso de transformaciones en la izquierda socialista. Según Eugenio Tironi, la realización de la campaña por el NO fue el reflejo de un proceso de modernización de la forma de hacer política: “la atención prestada a las encuestas de opinión y a su imagen pública revela la voluntad de los políticos de adaptarse a las percepciones, sentimientos y opiniones de la gente común, para ensayar interpretarla”³¹⁵, en contraste con la figura de un político profeta que pone en acción un proyecto preconcebido de manera voluntarista.

A juicio de este mismo sociólogo, ese proceso de transformación en la relación político-elector (gente), permite a su vez ser el freno del desarrollo de proyectos globales y de cambio radical, toda vez que en el contacto cotidiano la realidad se demuestra en toda su complejidad y tonalidades. Según Tironi, “desde el momento en que los líderes trascienden sus grupos de referencia para acercarse a la gente ordinaria en el afán de representarla, no hay duda de que las posibilidades de los proyectos ideológicos totales son mucho menores, lo que desde todo punto de vista es positivo”³¹⁶.

La construcción de una política responsable de mantener el orden y la estabilidad para garantizar la cohesión de la nación debía, sin embargo, ser también portadora de nuevos sueños, menos ideologizados, pero sueños al fin. De esta forma, el NO debía representar, en primer lugar, esta opción de civilización por una refundación de la cultura cívica así como una apelación a una conquista emocional y afectiva.

El consenso aparece en esta matriz reflexiva como un valor en sí mismo, toda vez que sería la representación empírica y sujeta al escrutinio ciudadano, de que la política en Chile había cambiado después de 17 años de dictadura. El consenso era pragmático y no programático, lo que para Tironi fue la gran virtud de la campaña, dada su fuerza integradora. Ese consenso se realizó sobre tres

puntos cruciales y por todos compartidos; el primero de ellos estaba dado por la aspiración de recuperación de la ciudadanía (restablecer el derecho a voto); el segundo por mantener una estabilidad económica, con crecimiento así como con equidad; el tercero de esos puntos estaba en la base de un acuerdo cívico de que cualquier cambio político se haría en orden.

Las propuestas programáticas que estarían detrás del punto número dos son, a juicio de Garretón, algo que debía dejarse para un tiempo posterior a la recuperación de la democracia. Sin embargo, esta línea discursiva que enfatizará en los desafíos de la transición, serán presentados más adelante.

Para Tironi el NO ganó precisamente porque logró convocar, concertar y evocar. Propuso iconográficamente la idea de una nación cohesionada e integrada, por lo que se comenzó a estimar como dañino al sistema político el debate confrontacional. La dilución de lo confrontacional ayudó también a reconfigurar las identidades políticas, por lo que la izquierda, el centro y la derecha ya no podían contener las transformaciones. Así “la campaña por el NO hizo suya la hipótesis según la cual la sociedad chilena había atravesado por un período prolongado de desintegración. De partida, el hecho de haber sido azotada por olas de cambios sucesivos y radicales, terminó por provocar en la gente un hondo cansancio. Muchos de los antiguos referentes normativos, valóricos y simbólicos fueron destruidos”³¹⁷.

El NO, por lo tanto, ayudó a configurar una especie de campaña por la sanación y la reconciliación, una apuesta por la cohesión social y la mantención del orden y estabilidad como los valores más deseables. Así el NO abandonó ex profeso cualquier nominación a lo revolucionario, y se articuló precisamente como una campaña conservadora. A juicio de Tironi, este cambio fue fundamental para entender el triunfo, y también (aunque el autor no lo dice) para diseñar las acciones políticas posteriores. “La estrategia del NO consistió básicamente en la formulación de mensajes y en la organización de eventos que, en vez de reforzar las tendencias conflictuales y desintegrativas dominantes por años en la sociedad chilena, respondieron a los anhelos reprimidos de reconciliación y cohesión social”.

Hubo que dibujar entonces un diseño político-comunicacional que se centrara en una sociedad acogedora y segura, donde se respetara la dignidad así como también el legítimo derecho a la movilidad social. Una propuesta que en lo político se la jugara por la apertura de los canales de participación, de restitución

de las confianzas y donde predominara un sentimiento de pertenencia y fortalecimiento de la comunidad política o la nación³¹⁸.

Paralelamente, el NO debía apostar a una conquista de los nuevos votantes, los que habían vivido mayoritariamente sus vida en dictadura. A ellos les debía convocar, integrar, prometer el futuro, pero no como dado por un Estado, sino que a base de la competencia individual, donde se garantice la igualdad de oportunidades. Por ello, el No debía constituir la expresión del “compromiso de los partidos políticos en el sentido de que su primera prioridad sería ampliar las oportunidades socioeconómicas de las personas, antes que emprender grandes transformaciones de tipo estructural”³¹⁹.

Para Tironi, quien jugó un rol muy relevante en el diseño de la campaña, la propuesta del NO era una propuesta profundamente conservadora, precisamente por la convocatoria a los valores de la cohesión social, la continuidad histórica y la unidad nacional. Se abandonaba, por lo tanto, el discurso revolucionario, de la lucha de clases y de los anhelos colectivos. Era hora de delinejar un nuevo escenario equitativo, pero competitivo, donde cada quien pudiera ser libre de desarrollarse de acuerdo con sus propios anhelos individuales.

Bajo esta matriz reflexiva, el plebiscito fue la oportunidad para realizar el rito de reconciliación, ya que “permitió exorcizar los demonios que habitaban en la historia reciente del país, y que mantenían a los chilenos atemorizados y divididos. Participar en un mismo rito, defendiéndolo y respetándolo, los llevó a reconocerse como parte de una misma comunidad nacional y, por ende, a respetar sus diferencias”³²⁰.

De esta forma, las antiguas identidades entre el centro y la izquierda que se disolvieron en la propuesta de oposición, fue a juicio de Tironi un elemento positivo para enfrentar el nuevo escenario transicional. Hubo un abandono consciente de dichas identidades y la configuración y mantención de la Concertación en el tiempo formaba parte del anhelo configurar una nueva identidad hegemónica de largo plazo.

Esta nueva identidad concertacionista debía aglutinar todos los procesos renovadores de la política, tanto dentro de la Democracia Cristiana como en la izquierda socialista. Sin embargo, esta debía posicionarse no solamente como una estrategia de acuerdos consensuales, como los de antaño, sino que como una nueva forma de hacer política. En esa nueva forma, la:

...campaña no se planteó un cuestionamiento global del sistema; el foco de su crítica fue la forma en que se distribuían los beneficios del sistema. Este es un país que andaba bien, pero los chilenos están mal. No queremos acabar con las modernizaciones, sino que estas se pongan al alcance de más gente. Esto fue lo que estuvo en la base del discurso socioeconómico del NO³²¹.

La aceptación crítica de las transformaciones de la dictadura y la idea de un país moderno pero humano, trascendió aparentemente las aguas de las clásicas divergencias políticas de los partidos del conglomerado. En la izquierda, marcó la consolidación de una izquierda nueva, renovada, que se planteaba defensora de los derechos humanos, pero que también asumía los desafíos de la modernidad y el libre mercado, que seguía manteniendo un cariño por el pueblo y lo tradicional, pero que no se negaba a abrirse al mundo; en suma, una izquierda que combinaba solidaridad con modernización³²².

El NO evocaba el fin de las epopeyas y su triunfo la valorización positiva de ese proceso. Según los ideológicos de la campaña, la gente en Chile estaba cansada de tantas transformaciones radicales y su máxima aspiración era que la política se redujera a una esfera mínima, que si bien importante debía alejarse de lo cotidiano, para ejercerse profesionalmente.

Se ponía fin a una época y, por ello, el plebiscito era expresión del fin de un proceso estructural, donde la política desplazó su eje referencial al pasado para concentrarse en el futuro. Simultáneamente, se separaba lo social de lo político y con ello se le restaba omnipotencia a la actividad política, permitiendo la generación de un sistema de autodefensa de cualquier posible quiebre democrático futuro. No todo era, fue ni debía ser política.

En este nuevo escenario y después del triunfo del NO, y más tarde de Aylwin, Eugenio Tironi declaró que la transición había terminado. Bajo sus códigos semánticos y epistemológicos efectivamente esa transición tocaba a su fin con la puesta en marcha de la Concertación de Partidos por la Democracia, alianza que configuraba un nuevo referente político, así como un producto de la recuperación ciudadana de los derechos propios. Tironi cerró la transición afirmando que las identidades políticas tradicionales se habían acabado y que

dicho fin expresaba, a su vez, un proceso profundo de modernización política. Paralelamente, en ese mismo discurso emergió la propuesta de que la actividad debía dejar de ser una actividad que rodeaba todo el mundo social, que lo inundaba y, por ende, generaba una sensación de inestabilidad permanente, para volver a una ‘normalidad’ donde quienes la ejerzan sean apenas percibidos en la cotidaneidad.

*Tercer nudo discursivo: separando aguas... Ni tan triunfalista ni tan pesimista.
Los problemas y desafíos en perspectiva de futuro*

Fue el año 86 el año decisivo para que la renovación socialista instalara la tesis de la transición negociada, con convocatoria amplia y respetando el itinerario fijado por la Constitución de 1980. Fue el año en que un sector importante de la oposición aceptó jugar con las reglas de juego que la dictadura había configurado.

Junto a la estructuración hegemónica de dicho discurso, también comenzó a configurarse un nudo discursivo nuevo y que se orientaba a delinejar los problemas de la futura transición, en tanto temas pendientes como en desafíos en el mediano plazo. Es aquí donde las voces articuladas en torno a la FLACSO, y que visibilizaban el pensamiento renovado más enraizado en las dinámicas de los poderes institucionales, toman como principal temática en discusión los límites de la transición política.

Tanto Garretón como Moulian orientaron sus líneas analíticas acerca del deber ser de las políticas públicas en torno a los grandes problemas estructurales que se hacían presente con las profundas transformaciones que había generado la dictadura de 17 años. Si bien estos intelectuales comparten la postura de la construcción coyuntural de una amplia alianza sin exclusiones de ninguna clase y que pusiera acento en el retorno hacia la democracia formal, van difiriendo del triunfalismo que aparece en algunos sectores políticos de la renovación socialista. En estos intelectuales es posible identificar una preocupación coyuntural y agotada en el plebiscito y los problemas que en el largo plazo iban a configurar los principales debates de la política en nuestro país.

En otra línea analítica se encuentran las reflexiones que realiza Norbert Lechner, quien a mediados de la década de los 80 introdujo la preocupación por los aspectos subjetivos de la política, en tanto generación de afectos y emocionalidades que pueden contribuir a la apropiación hegemónica de la democracia como la ‘mejor forma de gobierno’.

Según Lechner, la preocupación por la democracia y su deseabilidad ocurre en la

izquierda socialista mediante el proceso de quiebre de la misma y la autocrítica que la fundamenta. Fue el golpe de Estado de 1973 con todo lo de horror que contuvo, lo que permitió una apropiación afectiva por el sistema democrático. Así, en la década de los 80 el gran tema de debate convergente estuvo orientado hacia la recuperación de la misma.

Sin embargo, a pesar de lo hegemónico de la preocupación por la recuperación democrática, Lechner afirma:

Las corrientes renovadoras, en cambio, privilegian la democracia política, sin mostrar similar creatividad para repensar el socialismo. A lo más se anuncia una perspectiva: el socialismo como profundización de la democracia. Esta perspectiva elimina las connotaciones teleológicas y objetivistas del enfoque ortodoxo, pero plantea otra interrogante: ¿cómo compatibilizar la prioridad otorgada a los procedimientos formales con la defensa de determinados contenidos, históricamente referidos a la superación de la explotación económica y la desigualdad social?³²³.

Se visualiza bajo estas líneas reflexivas que el exceso de preocupación por un sistema democrático políticamente formal vaciaba de aquellos referentes subjetivos que en el largo plazo debían constituir los cimientos de estabilidad del mismo. Entre líneas se deduce que la democracia no debía solo construirse en torno a las apropiaciones de las generaciones políticas que pudieron vivenciar el golpe de Estado, sino que debía ampliarse a una construcción política y simbólica que se mantuviera en el tiempo, sin agotarse en los actores políticos.

Era presumible, a juicio de Lechner, que de no abordar este problema la democracia en Chile sería inestable en el tiempo, con lo que la preocupación por los niveles de compromiso afectivo hacia ella debían plantearse simultáneamente con la preocupación por los aspectos más formales de su funcionamiento. Así, este sociólogo opina:

Cabe presumir que de la misma democratización vuelva a surgir el tema del socialismo. Su actualidad empero ya no radicaría en la creación revolucionaria

de un ‘hombre nuevo’ (Che Guevara), sino en la dinámica de un proceso de subjetivización, siempre tensionado entre la utopía de una subjetividad plena y las posibilidades de la reforma institucional³²⁴.

El realismo político apareció como la propuesta política más adecuada; sin embargo, a pesar de su ‘constatación de realidad y posibilidad’ no debía agotar su dimensión afectiva y seductora, en cuya combinación equilibrada debía construirse la transición a la democracia. Un modo de establecer distancia equilibrada, a juicio de Lechner, eran los procedimientos formales:

Ellos neutralizan la dimensión subjetiva; la validez de un voto o de una decisión es vinculante independientemente de las consideraciones personales que la motivaron. Pero hemos extremado el campo de la racionalidad formal al punto de identificar la política racional con el cálculo de intereses; para algunos, la democracia se reduce a un método de calcular costos y beneficios. Estas concepciones muestran su insuficiencia, sin embargo, tan pronto pretendamos – al estilo del neoliberalismo – lograr un “mercado político” autorregulado al margen de los valores, las motivaciones y los sentimientos de la población³²⁵.

El problema para Lechner, por tanto, se construye en torno a la relación binaria entre racionalidad formal de la democracia y racionalidad afectiva de la misma. Sin un equilibrio tensionado, cualquier construcción democrática se volvía débil en el tiempo:

El avance la racionalidad formal (la progresiva burocratización) nunca logró sustraer a la política al mundo de las pasiones. Sólo que –una vez excluida la subjetividad como asunto privado– su presencia nos asusta como una irrupción de irracionalidad. La subjetividad que expulsamos retorna como fantasma. En conclusión, si la democracia no da cabida a los miedos ellos se impondrán a espaldas nuestras. Sucumbimos entonces al peor de los miedos: el miedo a imaginar otras ciudades posibles³²⁶.

Existe en la reflexión anterior una clara tensión crítica sobre los procedimientos formales de la democracia y los aspectos subjetivos que esta debe contener para mantener una apropiación hegemónica en el largo plazo. Como toda tensión, sin embargo, significa que en algunos momentos históricos habría hipotéticamente el predominio de uno por sobre el otro. Para los renovados, como Lechner, los diseños de la transición pusieron énfasis en los aspectos formales, debido a la coyuntura política dictatorial; sin embargo, la preocupación por la ‘subjetividad afectiva’ dejaba latente un problema que debía asumir el gobierno formalmente elegido bajo las reglas del juego democrático, que consistía en reencantar a la población sin volver a generar el mesianismo redentor que estuvo presente en la política de los años 60 y 70.

Para Garretón, quizás de una manera más frontal que en los planteamientos de Lechner, esta tensión estaba esbozada entre la democracia y la democratización. Según Garretón, se hacía necesario diseñar una estrategia opositora que manejara temporalidades distintas y que en el corto plazo solo debía abocarse a la construcción de una alianza sin exclusiones a priori, que permitiera mostrar a la dictadura una fuerza político-social mayoritaria, que la obligara a respetar el itinerario que contenía la constitución de 1980. En sus propias palabras “la única negociación posible es en torno a cómo se modifica el marco institucional impuesto por el régimen, es decir, cómo se modifica la Constitución para permitir las elecciones democráticas en plazos determinados y cómo podrá en el futuro irse elaborando un marco institucional democrático”³²⁷.

Una vez logrado el retorno hacia una democracia formal, el debate político debía concentrarse en un proyecto de país que obligaba necesariamente hacerse cargo de los enclaves autoritarios, así como de los problemas emergentes que las transformaciones implementadas en dictadura habían generado en la sociedad. Según Garretón, “las transiciones políticas dejan pendientes los problemas de democratización social (cambios sociales tendientes a la mayor igualdad de oportunidades y a la participación social) y esta pasa ser, como hipótesis general para este tipo de países, una de las condiciones de la consolidación democrática”³²⁸.

Se requería, a juicio del sociólogo, una separación en tanto medición de efectividad de la transición, evitando una mezcla de expectativas que generarían a la postre un desencanto y desafección en la sociedad. Así, Garretón reitera que:

Recordemos que las transiciones solo resuelven el problema del cambio de régimen (dictadura por democracia), pero dejan pendientes los problemas de transformación social, que en nuestros países solo pueden realizarse en democracia. Tales transformaciones exigen la participación y movilización de vastos sectores populares y de capas medias y apuntan a la democratización de la sociedad. Nuestra hipótesis es que en un país como Chile esta democratización y modernización más globales son una de las condiciones de la consolidación de la democracia política³²⁹.

Tensión entre democratización y democracia formal estaba presente en los análisis renovados desde inicios de la década de los 80, debido a la constatación que se hace de las nuevas de relación entre los movimientos sociales y los partidos políticos. Las jornadas de protesta popular que se abrieron en 1983 y que se mantendrán con distintas intensidades y actores hasta 1985, evidenciaron esa transformación histórica, con una impresión primera de que los movimientos sociales se habían emancipados de la tradicional fuerza clientelar y paternalista que configuraba la práctica de los partidos políticos. Sin embargo, esa impresión fue tomando hacia 1985 el carácter de ‘ilusión movimentista’ y los discursos renovados vuelven a suponer que el eje central de la actuación política debía ser el partido político, renovado, mutado o lo que sea, pero el partido al fin.

Garretón escribía en 1987:

[...] es igualmente claro que en Chile los partidos fueron claves en la constitución de los actores sociales, que no hay instancias de reemplazo sino de complementación de los partidos, que en el futuro los partidos seguirán jugando un rol central, que el régimen militar ni eliminó el sentido de partidos ni lo reemplazó por otros ni terminó con los partidos más significativos³³⁰.

La reposición de la centralidad de los partidos tomó fuerza hacia mediados de la década de los 80, y comenzaron a convertirse en el eje de los debates de los discursos renovados, sobre todo en relación con las transformaciones de la política en Chile y los nuevos requerimientos para enfrentar la situación

transicional. Si bien existía una continuidad en el tiempo de los principales partidos políticos desde la década del 60, la coyuntura histórica permitió mostrar, a su vez, que esos partidos debían reconfigurar sus identidades a la luz de los nuevos problemas y esto era condición básica para fortalecer una democracia estable en el tiempo.

En este nudo discursivo es posible encontrar tres problemas centrales que se articulan con la reflexión sobre el sistema de partidos. Estos problemas eran diferenciados según el antiguo esquema político partidario. Así, para Garretón el gran problema que debía resolver la derecha residía en la ‘reconversión democrática’ de sus miembros, ya que solo aquello podía validarla como actor en un contexto de competición democrática abierta. Junto con ello, la derecha debía resolver la constitución de dos polos que obligaban a la formación de alianzas como garantía de gobernabilidad. Estos polos estaban constituidos por una derecha más cercana a la dictadura y de propuesta valórica más conservadora encarnada en la Unión Demócrata Independiente (UDI). Más hacia el centro, se ubicaba Renovación Nacional, donde algunos dirigentes habían comenzado a desmarcarse de la dictadura y su obra.

En el centro y hacia la izquierda debía situarse, según Garretón, la gran alianza política donde convergían socialistas, radicales, partidos menores y demócratas cristianos. Esta alianza que ya se vislumbraba hacia 1987, debía hacerse cargo de la autocritica radical que hizo el socialismo renovado sobre la izquierda y su rol en el conflicto de la Unidad Popular que desencadenó el golpe de Estado. En esta configuración de una alianza en torno a principios políticos básicos, el MAPU jugó un rol relevante producto de su propia configuración histórica.

El aporte del MAPU, sobredimensionado en relación con su propio peso electoral, estuvo centrado en las particularidades de los sujetos que componían esta colectividad. El origen demócrata cristiano inicial, que en su fundación fue significado como ‘pecado original’, en los años 80 fue visto como el gran valor que permitía configurar una fuerza centrípeta entre la izquierda y el centro demócrata cristiano, que incluía de paso a los cristianos de base. Paralelamente, el profundo y comprometido trabajo en educación popular que hicieron muchos militantes políticos del MAPU, los vinculaba directamente con aquellos otros militantes de izquierda que ‘resistían a la dictadura’. Otra ventaja que sumaba el MAPU.

En conjunto con lo anterior, las buenas redes sociales que cruzaban el arco de la

estructura de clase chilena, con gran predominio de los grupos dirigenciales y visibles provenientes de las clases media y alta, facilitaron la construcción de confianzas iniciales básicas para emprender el camino a la transición.

Si tuvieramos que hacer una comparación con el rol de los mapu en la configuración de la Concertación, podríamos arriesgarnos a decir que esta generación jugó el rol de ser la generación puente entre el Chile político de los años 70 y el nuevo Chile de los años 80 y 90, es decir, el rol que muchos analistas suponen debía haber jugado la Democracia Cristiana. El MAPU se constituyó en la reencarnación del gran centro articulador sobre el cual se configuraba el equilibrio del sistema político chileno. Sin embargo, esta participación se hizo en torno a ‘sujetos’, ‘militantes’ que no lograron constituirse en una fuente continua en el tiempo y terminaron siendo absorbidos por los partidos políticos más clásicos. La práctica política que fundamentó la cultura política de los mapu fue un valor inicial incalculable, pero momentánea y reducida en el tiempo a un campo de acción cada vez menor, conforme se afianzaba la democracia y se institucionalizaban las acciones.

Por último, el tercer problema estaba constituido en torno al Partido Comunista y la exclusión inicial, a la que obligaban los requerimientos demócrata cristianos. Para Garretón, una fuerza institucional y fuerte hacia la izquierda de la Concertación (y especialmente a la izquierda del Partido Socialista) servía de límite abastecedor de los principales problemas que reclamaba para sí la izquierda; es decir, el énfasis sobre la igualdad. Sin un Partido Comunista integrado, la democracia tendía a debilitarse tanto simbólica como políticamente.

Estos tres problemas en el ámbito de la estructura partidaria convivieron con otros problemas, límites y desafíos que la política en su conjunto debía asumir como nuevos ejes constitutivos de las identidades y las prácticas. En orden de importancia, para Garretón uno los de problemas centrales que debía resolverse durante la transición era, en primer lugar, el fin de los enclaves autoritarios, que suponía una estrategia política de la coalición gobernante:

Esta debe combinar una dimensión legal o institucional, que significa transformación de algunos de ellos a través de las mayorías políticas necesarias, con una dimensión estrictamente política, donde otros enclaves son superados o eliminados por la vía de la negociación directa o la presión política favorecida

por la legitimidad democrática del gobierno, sin que ello signifique romper ni necesariamente modificar inmediatamente los aspectos legales. Ambos elementos de una estrategia que requiere del establecimiento de prioridades políticas, deben aprovechar las condiciones favorables del primer periodo o momento del gobierno democrático, para evitar situaciones de empantanamiento posteriores³³¹.

Este análisis implicaba una acción política y un discurso que pusiera énfasis en los límites de lo posible, única forma de reconstruir una afectividad subjetiva con la democracia en torno al realismo político. Según Garretón:

...todos los análisis muestran un bajo nivel de expectativas y una alta racionalidad respecto de qué es lo que es posible esperar de un régimen democrático, asociándose las demandas sobre todo a aspectos tales como la dignidad, el respeto, el ser escuchados, la participación, el empleo, la movilidad social para los hijos, la salud, ninguno de ellos de alto costo desestabilizador³³².

En conjunto con lo anterior, coexistía otro problema importante que debían considerar quienes aspiraban a convertirse en opción democrática a la dictadura militar: este se refería a la exclusión y marginalidad producto de las modernizaciones incompletas implementadas desde 1978 en adelante. Para Garretón “la consolidación democrática tendrá que enfrentar el problema de las nuevas relaciones entre política y sociedad, lo que va desde la mayor autonomía de las organizaciones sociales respecto del sistema político partidario hasta el problema de descentralización del poder estatal, fortalecimiento del poder local y de los diversos niveles de participación”³³³.

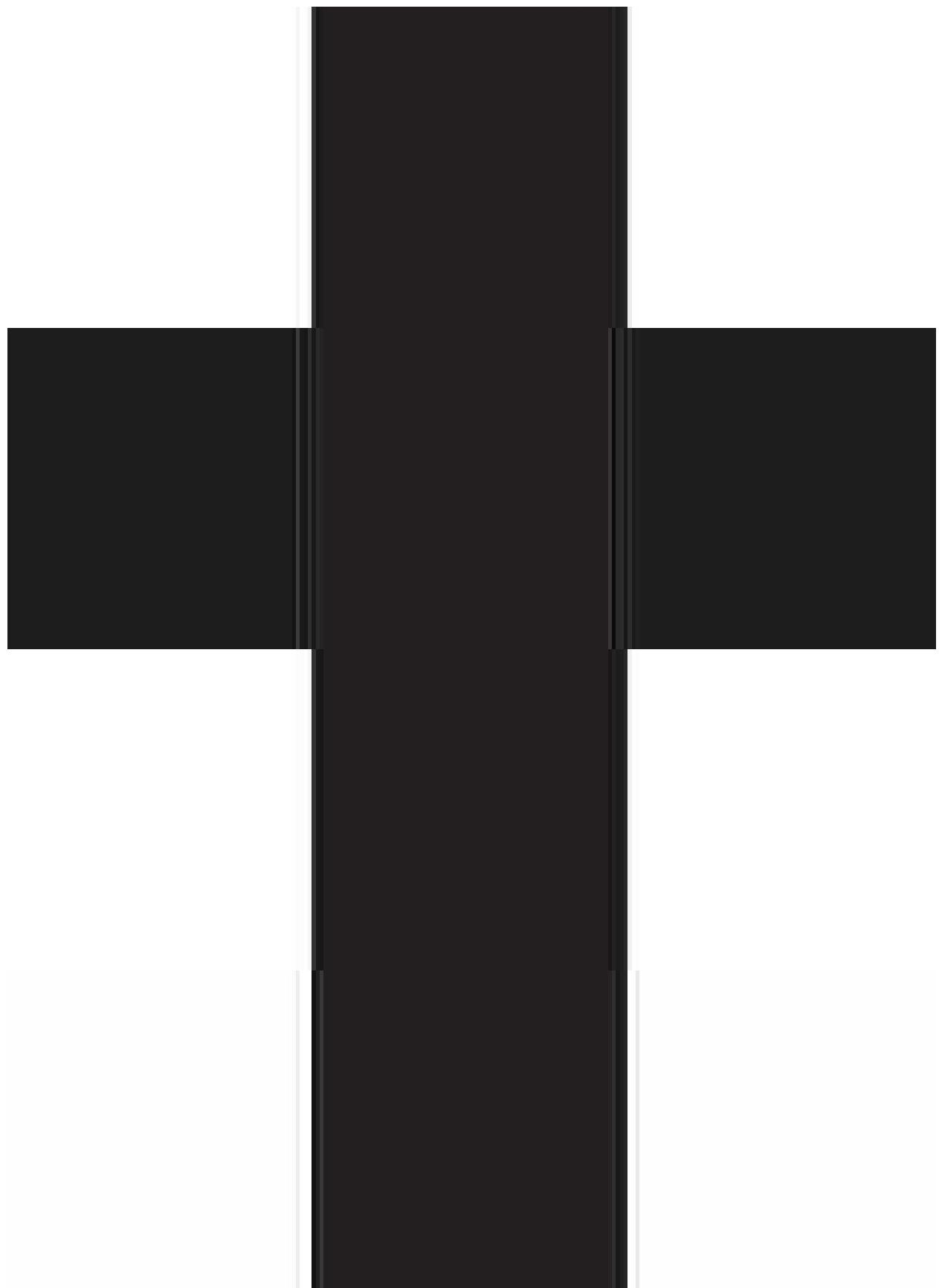
La consideración de estos problemas, que se transformaban en desafíos en el mediano plazo, no debían a su vez ser el eje central del primer gobierno democrático. Garretón dice al respecto:

Dada la enorme magnitud de las tareas planteadas este es el problema crucial. Se

refuerza lo que hemos dicho respecto de la necesidad de un primer gobierno democrático que sea expresión de una mayoría social y política, lo que en el caso chileno significa alianza del centro con la izquierda, única mayoría posible, por un tiempo relativamente largo. Las transiciones exitosas son aquellas en que existe un sistema de partidos fuertes y una mayoría política que recoge a la vez y en conjunto los requerimientos propios de la transición (superación de los enclaves autoritarios) y las demandas sociales por democratización global, sin la cual no hay consolidación democrática. Las transiciones en crisis o fracasadas son aquellas en que los elementos se disocian y polarizan, permitiendo nuevas desestabilizaciones e intervenciones militares³³⁴.

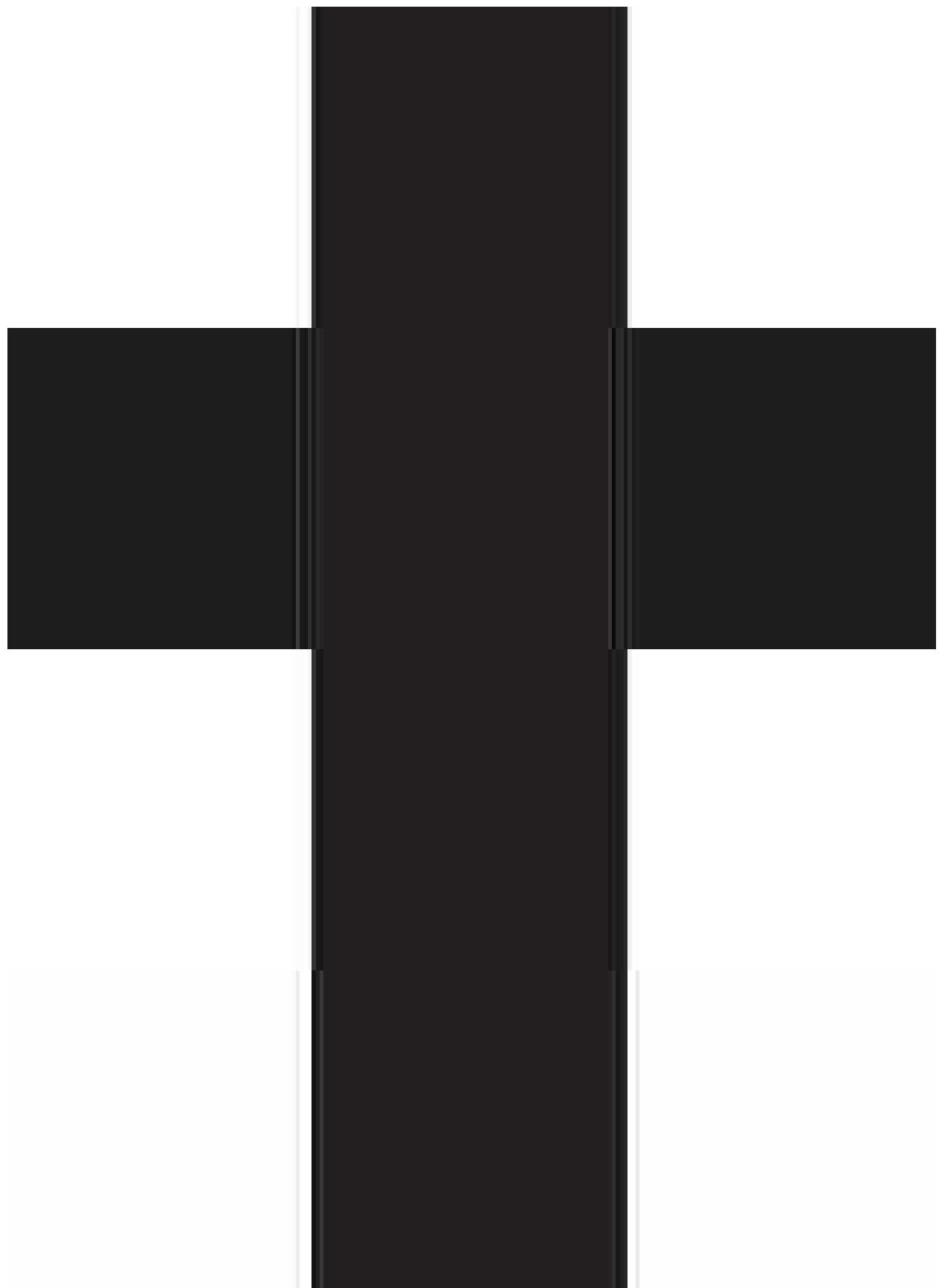
De esta forma, mientras un proceso de democratización era condición necesaria para la mantención de la democracia, según los renovados la acción política moderna debía racionalizarse en torno a una serie de objetivos en el corto, mediano y largo plazo. La idea de revolución se esfumaba de los discursos, los símbolos y las acciones, mientras el deseo de orden y normalidad se volvían los valores enarbolados. Responsabilidad política en registro renovado era ser realista, transparente y eficiente, cuestiones que años antes eran calificativos impensables dentro de los códigos de la izquierda chilena.

TERCERA PARTE



HISTORIZACIÓN DE LA PRAXIS POLÍTICA, EL PARTIDO Y LOS DEBATES DE LA RENOVACIÓN

CAPÍTULO V



**DISCURSIVIDAD RENOVADA Y PRÁCTICES EN TRANSICIÓN 1973-
1980: LOS CAMINOS DEL MAPU**

Los discursos intelectuales y su influjo en la actividad partidaria

Tal como lo presentamos en los capítulos anteriores, el discurso de renovación socialista emerge desde dos procesos alimentadores. El primero de ellos, de larga duración, se remonta a las transformaciones internacionales que había vivenciado la izquierda y la política en su conjunto. Mayo del 68 fue el ícono de la emergencia de nuevos actores en la escena pública: jóvenes ‘negadores y críticos’ hacían su entrada triunfal, nutridos tanto de la educación universitaria como de otros referentes ideológicos y culturales que provenían desde la Iglesia católica. En América Latina, la influencia de la Iglesia católica fue notoriamente superior a la ejercida en Europa, generando desde las entrañas del continente la teología de la liberación. Si le sumamos a este proceso otra variable latinoamericana, la Revolución cubana, que modificó los acuerdos de la Guerra fría así como las prácticas políticas y discursivas de la izquierda clásica, estamos en presencia de un proceso político de renovación política que debe remontarse a los años 60.

Este proceso genera cambios en todo el escenario político y en especial en la izquierda latinoamericana. Sin embargo, el cambio dentro de las organizaciones políticas históricas, como lo eran los partidos surgidos al aero de la revolución bolchevique y que usufructuaban del marxismo como teoría política, así como aquellas organizaciones de corte populista emergidas principalmente desde el seno del militarismo reformista de los años 30 y 40, vivieron este proceso de renovación a la luz de su propio historia. En otras palabras, el impacto de estos procesos a nivel estructural fue menos importante, generacionalmente vivido, que en aquellos otros conglomerados políticos que nacieron durante esos convulsionados años.

De esta forma, el criterio de formación de este discurso renovador en la política, el universo que lo origina en el largo plazo, que permite su aparición años después, se remonta a las décadas del 60 y del 70. Tal como lo expresa Moulian:

...la política se despliega mediante la producción de un “imaginario” donde la realidad aparece simbólicamente elaborada. Esta construcción contiene definiciones del mundo social realizada en términos fácticos (proposiciones donde se afirma la existencia objetiva de hechos sociales) y en términos normativos (proposiciones del deber ser)³³⁵.

Es en este cruce de subjetividad colectiva donde es posible comprender la emergencia de una generación política determinada, y que para el caso nuestro, tomó el nombre de un partido político.

Este artefacto, denominado por Moulian como imaginario, sirve para orientar las acciones de los sujetos así como para movilizar las voluntades. Dentro de él confluyen además las motivaciones inconscientes y los sentidos racionales e irracionales que se entremezclan en las estrategias, alianzas y cálculos de las mismas acciones³³⁶. De allí que el plano discursivo sea tan importante como las actuaciones, porque estas últimas adquieran sentido en el primero: allí se significan e incluso se evalúan.

El papel que juega la construcción discursiva también ayuda a visibilizar la realidad social. Al volver texto lo que presenciamos, lo que sentimos y lo que vivenciamos, este adquiere la validez de su existencia. Así lo expresa Illanes al enfatizar que el papel que juegan las ideologías dentro de las sociedades es “nominar y visibilizar las corrientes del cambio social”³³⁷. En otras palabras, darle cuerpo de significación y coherencia analítica a una realidad diversa, compleja y dispersamente ininteligible. Quienes comenzaron a hacer política en esos años, se volvieron simultáneamente sujetos políticos, se nominaron, se visibilizaron y usaron la fuerza de la construcción discursiva para recrearse. Tironi lo expresa a fines de la década de los 70 para argumentar su propia existencia política. La escritura era la forma en que se hacían nuevamente sujetos.

Según Moulian, una característica central de la época mencionada tiene relación con la fuerte contraposición entre crecimiento económico real y expectativas de derrumbe del capitalismo. Tal como lo expresara Hobsbawm en su historia del siglo XX, los años que van desde el 50 hasta el 73 corresponden a lo que él

denomina “años dorados del capitalismo”:

El alto crecimiento económico y la configuración de un Estado benefactor, hizo que muchos sectores sociales marginales pudieran incorporarse al consumo, en los países en desarrollo amplió las expectativas educacionales, mejoró los sistemas de salud e incorporó al movimiento obrero a prácticas sindicales que exigían cada vez más posibilidades de consumo masivo y menos enfrentamiento antagónico por derrumbar al modelo capitalista³³⁸.

Sin embargo, a pesar de que esto ocurría en el plano de lo cotidiano, existía una sensación, tanto en el primer como en el tercer mundo, de descontento, de necesidad de cambiar el sistema. Dicha situación se agudiza aún más en continentes como el americano donde la realidad del Estado benefactor no tuvo la fuerza histórica de los países desarrollados y, por lo tanto, la inserción equitativa, igualitaria y real de todos los sectores sociales era mucho menor que en Europa.

Así, en el mundo de los años 60 se contraponían dos imágenes importantes que ayudaron a articular un determinado campo de significación simbólica:

En los años sesenta ya había madurado y estabilizado, aunque con diferencias fuertes entre países, un capitalismo más racionalizado. Pero esto ocurría en la atmósfera opresiva de la “guerra fría”, de la amenaza nuclear y del riesgo de las constantes aventuras militaristas, realizadas por los países capitalistas occidentales o socialistas... Justamente lo que hace tan contradictoria esa época es que este relativo mejoramiento de la situación económico-social, que demostraba que no eran verdaderas las profecías de la crisis ineluctable o de la necesaria intensificación de los conflictos, se combinaba con una tendencia totalmente opuesta, la expansión de una ideología revolucionaria³³⁹.

Esta expansión de la ideología revolucionaria, la idea de la posibilidad de cambiar este mundo, de darle mayor espacio simbólico trascendental a la vida

del ser humano, de terminar con la “insopportable levedad del ser”, la posibilidad de que el ser humano se realizara en algo más allá del consumo, fue generándose en la época de expansión económica del capitalismo, precisamente porque solo bajo esas condiciones era posible imaginar un mundo mejor. Sin embargo, el modelo capitalista que había posibilitado el crecimiento económico y la integración (aunque desigual) de sectores que antes se encontraban marginados del consumo, no había desarrollado un marco discursivo de legitimación que le diera a él mismo la justificación de su mantención. En otras palabras, el capitalismo había fracasado en la construcción hegemónica. Sobre este punto el socialismo, en cuanto modelo simbólico, le llevaba gran ventaja, y por ello cautivó y conquistó a aquellas generaciones para quien el cambio, en una determinada época de vida, era algo tan natural como su propia naturaleza humana. Eugenio Tironi recuerda esta generación, enfatizando que: “fuimos dioses desde siempre. En nosotros aquel sentimiento de omnipotencia, que para bien de la especie, cada cual lleva consigo, fue llevado hasta el límite. En torno suyo se construyó algo así como una cultura de la cual fuimos, a la vez, resultado y gestores”³⁴⁰. Y agrega:

[...] como aparente contrapunto parojoal, también desde la posguerra se fue renovando constantemente la esperanza del socialismo. Más aún, en la década del sesenta esta llegó a convertirse en el mito ideológico de un segmento importante de los intelectuales y de un movimiento obrero que, sin embargo, estaba integrado, en los países del Occidente desarrollado, en la repartición del poder estatal³⁴¹.

El socialismo desplegaba, de esta forma, su principal virtud: una capacidad de seducción en tanto promesa de buen orden en lo ético, que apelaba a la búsqueda y construcción de la felicidad del hombre en la Tierra, que bien poco se condecía con los logros reales que el modelo implementaba en la práctica, pero que al menos como anhelo virtuoso lo lograba a cabalidad.

De esta forma, el socialismo había logrado una hegemonía discursiva de bondad y de seducción, de desarrollo igualitario, que logró proyectarse hasta entrada la década de los 80, cuando las perversiones, desviaciones y problemas del sistema, hicieron caer el modelo en su conjunto. Sin embargo, a pesar del derrumbe de lo

que se denominó socialismos reales, existía una lógica de preservar el ideal por sobre la construcción real:

El socialismo logra afincarse como ilusión liberadora, como único modelo de “buen orden” por su consonancia con ciertas características culturales de la época, que por supuesto (dialécticamente) contribuyó a formar. Se instauró como la única teoría que, por su radicalidad, podía dar cuenta del capitalismo, que proveía tanto una explicación fáctica como una política normativa, una propuesta utópica realizable, no por voluntad de los sujetos, sino por las condiciones históricas. Impregnó al propio mundo católico cuyas posiciones diferenciadoras fueron perdiendo la clara identidad de antaño y substituyó a las críticas que se inspiraban del liberalismo democrático o que tomaban las banderas del humanismo³⁴².

En América Latina, según Moulian, el socialismo se hizo particularmente atractivo por cuanto era el ejemplo histórico que sociedades atrasadas podían alcanzar en poco tiempo el desarrollo económico, tal como se ufanaban las sociedades del socialismo real con la URSS a la cabeza y más tarde, China. Nuestra conceptualizada dependencia económica y nuestro atraso y desigualdades, generaban un campo fértil para que estos discursos germinaran en proyectos políticos locales. Contribuyeron históricamente a esta reflexión la teoría de la marginalidad, que en Chile a través de los jesuitas y DESAL logró, con Roger Vekemans a la cabeza, seducir a un número importante de jóvenes cristianos que querían, desde la lógica del compromiso social y político, cambios radicales e integradores, de una sociedad que sabían y veían profundamente desigual. Así, el anhelo socialista se unía al anhelo del cristianismo de avanzada, unión que parecería actualmente extraña e inusual.

De esta manera, si estimamos que el socialismo tenía esa virtud de vocación seductora y hegemónica porque estaba planteada en términos valóricos, la potencia de las acciones realizadas bajo esa bandera debían ser, por lo demás, radicales y profundas. Sobre esto, Moulian destaca la fuerte carga de historicismo que trae consigo esta concepción filosófica que supone el cambio como algo global y necesario:

En esos tiempos los proyectos políticos con capacidad civilizatoria se formulaban como realización de una moral o como implementación de verdades... Más aún, tenían en su base una filosofía y más específicamente una antropología, de manera tal que en su centro no solo había la propuesta de una nueva organización económica, sino la propuesta de una revolución cultural³⁴³.

Otro militante del MAPU, Tironi, ejemplificaba esta revolución cultural dibujando a los sujetos omnipotentes, conscientes de su propia historicidad y depositarios del cambio histórico. Este sociólogo dirá que:

...si nos resultaba discutible el planteo de un profesor, lo interrumpíamos sin más y le rebatíamos; si la inflación era mucha o las condiciones de trabajo nos resultaban de pronto intolerables, organizábamos una asamblea, un paro, una huelga o una toma... o teníamos el más pleno derecho de hacerlo; nos tomábamos las universidades, los liceos y hasta los colegios particulares se la educación nos parecía reaccionaria; si no teníamos donde vivir, nos apropiábamos de un sitio con la casi certeza de que, luego de un tiempo, nos sería otorgado legalmente... si la familia se volvía limitantemente rutinaria y hasta coactiva, la abandonábamos, y en muchos casos nos casábamos –muy jóvenes– aprovechando todas las posibilidades que esos años ofrecían³⁴⁴.

La posibilidad que le daba el socialismo al hombre de aparecer como actor de su destino y como artífice de su presente, en una lucha que además era ética por cuanto no era un trabajo mezquino e individual, sino que una lucha colectiva por el mejoramiento de la sociedad en su conjunto, era lo que lo hacía más atractivo e inmensamente más hegemónico que el capitalismo. De esta forma:

...lo más seductor del marxismo, aquello que le permitió captar las ilusiones más profundas del mundo contemporáneo, es que se representa a la revolución como historicidad máxima, en cuanto tal como despliegue de la razón y como

condición del paso de la sociedad dividida a la sociedad armoniosa. En ella se concentra, por tanto, toda la carga de pasión, esperanza y energías que suscita la posibilidad de la “emancipación”³⁴⁵.

De allí que la praxis política fuera entendida como una acción humana superior, de entrega, de emancipación del hombre. Su fuerte carga ética conducía las acciones con una lógica de superioridad que el discurso entregaba hasta a los actos más mínimos o corrientes. Las definiciones esbozadas por Tironi expresan muy bien este sentimiento.

Según Illanes, esa época puede ser caracterizada porque se vivió una “gran revolución ética que atravesaba por casi todos los sectores de la sociedad y que inspiraba especialmente a la juventud”³⁴⁶, sector social donde la radicalidad del discurso se combinaba con la condición biológica de capacidad de acción y movilización del mismo.

En ese contexto deben entenderse las prácticas y los discursos políticos. Sin embargo, en los partidos que nacen en esta época dichas condicionantes serán mucho más poderosas, por cuanto no cuentan con una historia pasada de organización con la que deban lidiar o al menos intentar reacomodar. Ellos serán absolutamente hijos de esa época donde la revolución, la entrega y el cambio son los ejes fundamentales de la praxis política.

Quizás un ejemplo importante lo da la Democracia Cristiana, partido creado en 1957. Dicho partido, que ha sido analizado como colectividad de centro ideológico, puede ser entendido como parte de este proceso de construcción simbólica. Así lo expresa Jocelyn Holt cuando afirma:

[...] la DC, en ese entonces, ofrecía mística, unidad e ilusiones. La política se había desacreditado, ergo había que cambiar la política. De ahí que se ofreciera pureza e integridad, solvencia técnica y capacidad movilizadora, fe y esperanza, visión futura y crítica, confiable y fraternal amor a la Patria sin dejar de lado el compromiso continental, el “sueño de Bolívar”, certeza de los principios sumado a un permanente ánimo de lucha... Frei Montalva... en él se encarna la idea de que la política es otra manera de hacer religión³⁴⁷.

Partiendo de esa caracterización, el autor recién mencionado cuestiona políticamente esa característica de la DC. Le cuesta situarla en el contexto de significación simbólica mayor. Según él, las fuertes críticas que planteó la DC al sistema, que intentaron borrar de una plumada 150 años de historia chilena con ese afán revolucionario, “fue lo que desequilibró el orden político”³⁴⁸. Sin embargo, bajo la lógica de Moulian y de Illanes, esta potencialidad revolucionaria y discursiva era algo mucho mayor, más universal y que no se circunscribía solo al ámbito de la política chilena. La DC así vista es solo un ejemplo, no una excepción y por tanto su actuación en este ámbito no podría haber desequilibrado por sí sola el orden político existente.

Jocelyn Holt también critica la importancia de la verbalización en dicha época. A diferencia de Illanes, no entiende el discurso como capacidad de visualizar la realidad, de darle cabida a la inteligibilidad, sino que lo conceptualiza como peyorativo, al entregarle al discurso una validez en la acción material positiva. Según el autor...

...se habla porque se piensa que hablando se va a cambiar el mundo, mundo que se transformaría a punta de verbo y adjetivo en imagen y forma de nuestro creciente y deslumbrante bla bla. A propósito de esta eterna verbalización, llama la atención otro aspecto: el que sea tan poco consistente, tanta precaria materialidad. Frei Montalva nuevamente me parece el mejor exponente. Leyéndolo impresiona su facilidad extraordinaria de moverse en la abstracción. Siguiendo a Maritain, insiste mucho en esto del humanismo, de que el hombre no caiga en la alienación, sin embargo, es difícil, muy difícil ubicar al hombre de carne y hueso en sus discursos. Lo de él es ante todo una mirada sociológica, platónica, vaporosa. Frei habla para la historia, a partir de la historia, a propósito de la historia, para terminar con la historia³⁴⁹.

En esta última parte existe una coincidencia con Moulian, al entregarle al discurso de Frei, como parte de la época, un sentido historicista, característico del período, según el sociólogo. Sin embargo, difiere en suponer que el discurso deba evaluarse en la materialidad, ya que Moulian propone que la acción se

signifique en torno a la potencialidad discursiva, en su capacidad de visibilizar la acción y de darle mayor coherencia.

Si seguimos con la lógica de Jocelyn Holt, una sociedad donde la verbalización es excesiva no puede construir una política que aspire al gobierno, sino que solo a la movilización. De allí emerge la potencialidad disruptiva de la misma:

De modo que este hablar pretendía además convertirse en acción. Esto es enteramente nuevo. En el siglo XIX la política fue un medio para hacer país, mejor dicho, fue una manera de pensar e imaginar el país. Luego con el tiempo, la política se volvió instrumento participativo. En las décadas que estamos analizando, sin embargo, la política se redujo a una mera fuerza de cambio y movilización³⁵⁰.

De igual manera, no se entendió que una cosa es movilización y otra es gobernar. Movilizar desde luego no garantizaba un ordenado manejo de demandas. Tampoco aseguraba un disciplinado accionar político. En efecto, lo que se generó particularmente después de 1967, fue una avalancha de expectativas, de ilusiones que resultaron imposibles de satisfacer y frenar³⁵¹.

Desequilibrio del orden político existente, como consecuencia de la excesiva verbalización, según el autor. Nuevas formas de praxis políticas más globales, según Moulian, producto de una característica más general del sistema filosófico mundial que cambiaba los parámetros para evaluar las acciones políticas. Dos visiones culturales contrapuestas de la misma época, coincidentes en la caracterización inicial: polarización, ideologización y predominio del ideal revolucionario.

Este último ideal, existente siempre bajo los discursos socialistas, tomará gran fuerza en las décadas mencionadas dada la importancia que adquiere el fenómeno de la Revolución cubana. La mayoría de los científicos sociales coincide en destacar la importancia del mismo, en tanto ejemplo y en tanto realización efectiva de la lógica historicista que está detrás del modo socialista. Claro, eso sí, previas modificaciones conceptuales donde el paso de un modo de producción a otro, no tenía por qué seguir la lógica soviética. En este punto, los teóricos de la dependencia, que conceptualizaron la realidad latinoamericana

como un tipo especial de capitalismo dependiente, enfatizaron que la hora de la revolución no solo es posible, sino que se acerca raudamente y el ejemplo más visible de ello fue Cuba³⁵².

En conjunto con la posibilidad cierta de una revolución en este continente, Cuba además aportó una especie de “moralización de la lucha armada” o una revalorización de la violencia como método de lucha para derrocar el régimen capitalista. De esta forma:

...esta dejó de ser objeto de análisis en términos de racionalidad instrumental, porque dejó de estar sometida al estudio de la correlación de fuerzas, al cálculo de costos y oportunidades alternativas, para convertirse en un trascendental, en un fin en sí mismo. Se produjo una verdadera metamorfosis del medio en fin³⁵³.

La violencia pasó a estar sacralizada por el ejemplo cubano. Su utilización se justificaba en la historia misma y surgía además la idea de concebirla como necesidad. Este elemento puede ayudar a entender la radicalidad del discurso, violencia que penetró no solo los discursos de los partidarios del modelo socialista, sino que también de ciertos sectores de la derecha chilena.

La revolución, por lo tanto, fue entendida como necesidad y no como posibilidad; si su realización requería de los medios violentos para alcanzarla, había un discurso histórico que los avalaba. El ejemplo cubano y la especificidad del modelo de desarrollo capitalista dependiente eran los sustentos teóricos de dicha afirmación. Sin embargo, a pesar de que estos elementos calaron hondo en los grupos políticos de izquierda de la época, pusieron en tensión en nuestro país a aquellos sectores que no creyeron que esta posibilidad se pudiera aplicar a Chile: me refiero a la pugna entre los grupos denominados como ‘gradualistas’ y ‘rupturistas’³⁵⁴, que no cruzó solo a la izquierda, sino que también a la derecha y al centro político. Esto demostraría lo profundo y transversal de la discusión en torno al cambio revolucionario y la violencia:

La memoria de la izquierda que se registra en aquellos meses (últimos de 1968) sacude a los estudiantes en las universidades y en general a la juventud, a

propósito de la suerte de Guevara y de sus compañeros. La radical disconformidad de los jóvenes con la sociedad que les toca vivir, la convicción de que pueden lograr cambios sustantivos si luchan, la disponibilidad de organizaciones fuertes, como las federaciones de estudiantes o las juventudes políticas, y el efecto carismático de líderes inspirados en el Che o en el sacerdote guerrillero colombiano Camilo Torres, son el sustento del estudiantado como sujeto social con creciente poder político, tanto como los cambios que se viven en el interior de la Iglesia y en la sociedad...³⁵⁵.

Junto al impacto de los elementos anteriores en la configuración discursiva de los actores políticos de la época, Moulian destaca que:

...tres cuestiones favorecieron la capacidad de seducción de la revolución cubana. La primera era que convocaba a una política concebida como gesta épica, como sacrificio y entrega de sí, conectándose con las profundas raíces católicas de la cultura latinoamericana. La segunda clave era que presentaba al socialismo como resolución de la situación sin salida de las economías latinoamericanas. La tercera clave era la ya señalada debilidad cultural del capitalismo, su incapacidad de persuadir el camino de futuro, carencia que era mucho mayor en los países periféricos y atrasados³⁵⁶.

Nos interesa destacar, por su importancia con la colectividad que es el eje de esta tesis, el primer elemento señalado por Moulian, referido a la conexión con las raíces católicas de la sociedad latinoamericana. Esta conexión que analiza el autor, nos pone de manifiesto cierta transformación de la política en la década, ya que vuelve a nutrirse la acción política de una ética de vida, de entrega completa, de sacrificio, asociada a la actividad política, dejando atrás la propuesta maquiavélica que había separado la ética de la política, allá por el siglo XV.

La acción política y los discursos se vuelven más globales y a la vez más duramente antagónicos, toda vez que en ellos se encuentran expresados valores éticos que suponen la acción política no solo para alcanzar el poder, sino que para transformar el mundo en algo más feliz y bueno para todos. Aquí, el

objetivo de la lógica socialista era alcanzar una especie de paraíso terrenal, similar al propuesto por la Iglesia en el cielo. De allí el poder de la acción de este discurso y la permeabilidad que generó en las esferas de la vida privada de quienes vivieron la política en esos momentos. Volvemos a enfatizar que la presencia de esta característica será más fuerte en los grupos constituidos en estos mismos años, ya que los otros partidos de izquierda, como el socialista y comunista, traían prácticas propias, que si bien se nutrieron en estos años con la misma tónica, no significó un abandono absoluto de las otras que eran la base histórica de su identidad. Por ello, el Partido Socialista vivió de manera tensionada y a punto de fracturarse, la pugna entre “revolución institucional” o vía chilena al socialismo y la práctica del poder popular, durante el gobierno de Salvador Allende. Sin embargo, en colectividades como el MIR y el MAPU, donde el elemento juvenil se combinaba con el ethos revolucionario, esta lógica de la militancia ética fue mucho más poderosa, porque constituyó el elemento central de su propia cultura política.

Por su parte, la Iglesia en cuanto institución también vivió cambios importantes en la época. Proceso que para Moulian se retrotrae a la encíclica *Rerum Novarum*, “aun cuando esta misma no haya cuestionado el orden constitutivo del capitalismo ni sus ejes centrales de propiedad, lucro y mercado”³⁵⁷. Sin embargo, generó en la Iglesia un cambio de postura al pasar a constituir en sus ejes de preocupación los elementos de desigualdad y pobreza que generaba el capitalismo como modelo de desarrollo.

Uno de los cambios más trascendentales en la profundización de este proceso de transformación, se vivencia en la Iglesia justamente hacia estos mismos años: El Concilio Vaticano II, que “en parte culminó un cambio de atmósfera que había comenzado antes. La noción de revolución siguió siendo sospechosa, a menos que se usara por analogía, pero cambió la clasificación moral de los revolucionarios. Se les borró el estigma semidiabólico que se les había colocado y hasta fueron aceptados en la categoría, por otra parte sujeta a reinterpretación, de los humanistas”³⁵⁸.

De esta forma, los revolucionarios fueron bendecidos con el rótulo de buenas personas, de idealistas, de humanistas. Buscaban el bien en la Tierra, querían acabar con la pobreza, todos ideales que no tenían por qué contraponerse con los ideales que también decía sostener la Iglesia católica. De este modo, no es extraño que comenzaran a acercarse los partidarios del socialismo a los curas y miembros laicos de la Iglesia. Teología de la liberación en América Latina y

“Cristianos por el socialismo” en Chile, son ejemplos de esta mixtura que hoy nos parece tan extraña, pero que en la época se insertaba plenamente en la lógica cultural imperante. A decir de Foucault, son parte del ethos en la formación del nuevo discurso político.

El elemento cristiano le incorporó a la política de la época la concepción sacrificial de la militancia. Tal como lo expresara Moulian, las décadas de los 60 y 70, y en particular durante la Unidad Popular, la política se convirtió en una especie de religión, de fe quiliástica. En dicho nuevo constructo de la praxis política y lo simbólico, el elemento profético, mesiánico, se unía a la idea de entender la revolución como una necesidad. De esta forma, “la consecuencia, máxima expresión de la ética revolucionaria, implica heroísmo, entrega de sí, entrega de la vida, en ocasiones a través del martirio. Esa visión de la política es profundamente religiosa: a través de la militancia consecuente se consigue la salvación del alma”³⁵⁹, todos elementos que posibilitarán la alianza (no hegemónica, por cierto) entre marxismo y cristianismo, que parecía imposible y antagónica. Esa alianza tensionada en esos años, por sectores que se oponían a una unión discursiva y real, se realizará en los años 80 bajo las luchas antidictatoriales. Hay un germen embrionario de la renovación en los discursos unitarios entre socialistas y cristianos, entre marxistas y católicos que confluirán en la constitución de la Concertación en los albores de la década del 90.

Cuando los discursos políticos se plantean en esos términos, la potencialidad radicalizadora de las prácticas está en las palabras mismas que las textualizan. Sin comprender estos elementos, la polarización discursiva que caracterizaba, según los científicos sociales, al período que antecede al golpe de Estado, no se consigue entenderlo en su totalidad. Los elementos subjetivos del ethos cultural de la época, se van configurando de realidades significadas bajo conceptos construidos en un momento histórico. Las prácticas políticas no tendrían por qué estar ajena a dicho proceso y se van alimentando dialécticamente.

Según María Angélica Illanes, “una suerte de expiación histórica ocurría a través del acercamiento de la palabra solidaria y del compromiso por el cambio estructural”³⁶⁰. El sujeto que permitía a las colectividades políticas acercarse a esa expiación histórica y ética era el ‘sujeto popular’; de allí su constante presencia en los discursos de la época. Se habla para el pueblo, desde el pueblo y por el pueblo. Su estado de abandono y de pobreza lo hacía asible como sujeto con el cual se alcanzaba la salvación. “El pueblo pasó a ser el tema central de la sociedad chilena. Al nombrarse su presencia pobre, al estamparse su imagen

blanca y negra con sus tablas, cartones y cordeles de ropa húmeda, el pueblo entró al texto, a la conciencia social y a la economía, a la prensa, a las cámaras y al aula universitaria”³⁶¹, y su figura estuvo en el centro de los discursos y debates políticos copando de manera hegemónica las referencias en estos ámbitos.

Sin embargo, y esto fue lo más peligroso para un sector de la clase política chilena, el pueblo también entró a las prácticas políticas, sobre todo en estas décadas donde las primeras políticas de promoción popular del gobierno de Frei y más tarde las políticas de integración y participación que fomentó la UP. El pueblo parecía convertirse en actor con deseo de poder, no solo a través de discursos que otros podían emitir, sino que también expresar un ‘poder hacer’. Para Illanes, esto fue un elemento esencial de la UP en cuanto apropiación de los sectores populares de las acciones del gobierno. “Los problemas eran secundarios, la factibilidad era secundaria, la vía era secundaria; lo principal era haber hecho andar la gobernabilidad popular a través de un camino que la había conducido al ‘gobierno mío’. En esto consistía la base real de la revolución”³⁶².

Estas características culturales de la época que hemos destacado recientemente, significan el espacio donde se desarrollará el particular sistema de partidos que articulará las redes de poder que manejarán el Estado en Chile en las décadas analizadas. El MAPU es hijo de estos años, nutrido mayoritariamente de la irrupción juvenil, cristiana, revolucionaria y mesiánica, que desarrolló durante sus años fundacionales una práctica política congruente con ese ‘espíritu de época’ y preservó para sus años posteriores dos elementos clave. El primero de ellos corresponde al ‘sentido de deber’ que contenía la política, en tanto discurso así como práctica, por lo que repensarse a sí misma era base sustantiva de la acción propia en el escenario de lo público y lo privado. El segundo de los elementos es ‘el afán crítico intelectualizado’ que muchos de sus militantes preservaron aun después de su quiebre en el año 1973 y que se mantiene en muchos de los ex miembros de la colectividad. Crítica y deber ser son los elementos que articularon la potencialidad formacional del discurso renovador en el MAPU, en sus dos versiones, cuando acaeció el golpe de Estado en septiembre de 1973.

Tal como expresamos al inicio de este capítulo, habría un segundo proceso que se encuentra en la constitución del discurso renovador, proceso más coyuntural que el anterior que se extiende como telón de fondo a la generación política mapucista. Este proceso es el golpe de Estado, la irrupción militar en septiembre de 1973 y la crisis proyectual que genera en la izquierda este abatimiento por la

armas de un proyecto que se suponía superior, liberador y hasta, en cierta forma, históricamente determinado a ocurrir.

El golpe de Estado no solo fue un golpe a la democracia y a la institucionalidad política existente en Chile desde la década del 30 en nuestro país, sino que también fue un golpe a la discursividad y a las prácticas políticas de todos los grupos políticos que actuaron en la escena pública previo al suceso desgarrador. En la izquierda, el golpe de Estado golpeó fuertemente en los cimientos de las colectividades políticas; algunas soportaron de mejor forma este embate, refugiándose en una historia pasada, en una rememoración de su propia construcción simbólica, obteniendo desde su memoria social y colectiva los elementos para poder comprender el rotundo fracaso gubernamental. Otras colectividades, en cambio, las más recientes dentro de la izquierda, debieron asumir la derrota política desde una perspectiva nueva. No teniendo elementos históricos a los que echar mano, debieron enfrentar el episodio releyendo su corta existencia y mirando hacia otros lados de la escena política. En esa circunstancia quedó el MAPU, después de dos golpes sucesivos a su propia organicidad. Nos referimos al quiebre interno de marzo de 1973 y al golpe de Estado del 11 de septiembre de aquel año.

La dificultad de las ahora dos colectividades mapuchistas, en tanto su organización interna y la articulación de discursos reflexivos que permitieran imprimir un sello característico a las prácticas políticas para enfrentar a la instalada dictadura, mermaron la capacidad inicial para responder los embates de la represión política del Estado. En esas circunstancias arrolladoras, el MAPU asumió rápidamente la idea de hacerse cargo no solo de la derrota, sino que también del fracaso. Reconocido este último tempranamente, los caminos hacia la renovación política se hicieron cada vez más reconocibles, nítidos y transparentes.

El golpe de Estado se leyó hacia fines de 1975 como derrota del proyecto histórico que encarnaba la Unidad Popular y como fracaso de las formas, las prácticas y los discursos a los que había recurrido la izquierda para instalarse en el poder. Si bien se reconoce que el socialismo sigue teniendo vigencia histórica, este cambia de sentido, cambia de significado y comienza a entroncarse con el ideal liberal de “fin de las enajenaciones, explotaciones múltiples y de las desigualdades” que sufre el individuo para desarrollarse plenamente. En este contexto, la fuerte autocritica obligó a cambiar la perspectiva política para comenzar a definir un nuevo concepto de política, de sujeto social, de partido

político, de sociedad, de socialismo y de democracia.

La crisis del golpe de Estado le demostró a la izquierda, según los primeros análisis renovados, que había una necesidad de reconstruirse teóricamente, debido a que la utilización dogmática del marxismo había generado una barrera analítica que distorsionaba la realidad social vivida y observada. El cambio social no estaba teleológicamente determinado ni habían sujetos predeterminados para hacerlo, de manera que se hacía urgente buscar los elementos teóricos, discursivos y simbólicos que le permitiera a la izquierda salir del pantano en el que se encontraba.

En ese contexto de búsqueda de nuevos referentes teóricos y políticos, se obligó necesariamente a repensar las alianzas políticas y los objetivos de las mismas. En esta arena el MAPU (Garretón) rápidamente comenzó a plantear que la mantención o reconstrucción de la Unidad Popular como alianza antifascista, era un error político, por cuanto era hija de un análisis incorrecto de la radicalidad transformadora que la dictadura traía consigo. Sin embargo, el MAPU-OC persiguió en acuerdo con los comunistas la preservación de esta alianza (UP) por lo menos hasta fines de la década de 1970, cuando definitivamente plantea que ese referente se encuentra agotado.

El umbral crítico que se condensa hacia fines de la década de 1970, se alimentó de una transformación previa de la concepción material de la vida social, en donde se resignifica al sujeto y sus propias características. En este contexto, nace un sujeto nuevo epistemológicamente hablando, que será conceptualizado como ‘sujeto popular’, distinto del ‘movimiento obrero’ y emparentado al menos nominalmente con el concepto de pueblo. A este sujeto popular autónomo, libertario y solidario, le corresponde construir su vida social. Este núcleo analítico, que emerge principalmente y con mayor nitidez en el MAPU dirigido en el interior por Carlos Montes, y que plantea como estrategia política fortalecer al sujeto popular para construir su autonomía de los partidos políticos y con ello facilitar una relación más sana y potencialmente más armónica entre sociedad y política, tiene una arista poco examinada que entronca hacia inicios de la década de los 80 con la ideología liberal. Eugenio Tironi, en tanto intelectual orgánico, es la mejor expresión de este giro discursivo dentro del pensamiento que se circscribe a la renovación socialista. Desde ese mismo giro discursivo, radicalizando la idea de lo liberador y la subversión colectiva, nace también el Movimiento Lautaro.

La reconceptualización del sujeto lleva a una reconceptualización casi simultánea sobre la política y lo político. El ‘deber ser’ se instala como eje central del análisis hacia los albores de la década de los 80 y conduce rápidamente a una nueva problematización sobre las alianzas políticas, las estrategias de derrota o negociación con la dictadura militar y la posibilidad de una transición a la democracia.

Tal como lo expresamos en los capítulos anteriores, entre 1983 y 1985 la emergencia pública de la reactivación social que demostraron las jornadas de protesta popular, reavivaron el debate sobre lo social y lo político, sobre la autonomía y la subordinación, que ante el desborde poblacional, juvenil y violento en que derivaron las protestas, determinó que el discurso pro autonomía del sujeto popular, disminuyera su propio influjo para acoplarse a la potente idea que se presentará como eje de la transición política, referida a la propuesta de que no hay posibilidad de que una sociedad autónoma exprese ordenada y coherentemente sus anhelos de transformación y que, por tanto, debe mediar sus necesidades y proyectos a través de la política. Sin conducción política la movilización social solo genera más represión, inercia y desorden, siendo incapaz de condensar un proyecto de transformación social; esta fue la conclusión central que hacia 1986 se había instalado en el discurso renovado. En otras palabras, una movilización social puede botar un régimen, pero no puede construir nada desde las cenizas.

El efecto que este debate generó en las prácticas políticas partidarias, es lo que nos interesa en esta tercera parte de nuestra investigación ya que este discurso renovador fue calando las formas de hacer política, se sistematizó en el ser de los partidos, aunque con bastante menos coherencia que el discurso intelectual propiamente tal. El discurso toma cuerpo, se introduce lentamente en los tejidos de la militancia política y genera consecuencias inesperadas e incluso indeseadas. Hacia fines de la década de los setenta, el discurso renovador se diferenció claramente de dos discursos que coexistieron con el socialista. El primero de ellos corresponde al discurso corporativista que en un primer momento tenía un sector de la Democracia Cristiana y un sector militar, encabezado por el general Gustavo Leigh. Paralelamente encontramos al segundo discurso predominante mayoritariamente en la izquierda comunista, un sector del Partido Socialista e incluso en un sector de la Democracia Cristiana, que hacia eco de la propuesta antifascista y que planteaba la conformación de una gran alianza de centro izquierda, a imitación de las viejas alianzas antifascistas frontepopulistas. La renovación, por tanto, fue calando en todos los

sectores políticos. Los temas centrales de los que hemos dado cuenta en los capítulos anteriores, también fueron asumidos, resignificados y reapropiados en cada una de las culturas políticas. Sin embargo, los caminos no estaban preconcebidos y, por ello, es fundamental hacer esta investigación histórica, que ayuda a comprender cambios subjetivos en la élite que más tarde configuró la Concertación.

Los discursos aparentemente coherentes desde la inteligencia política, suelen leerse, vivirse en la práctica política de manera bastante menos coherente que en la verba intelectual. Los sujetos políticos tienen necesidad de comprenderse en el tiempo, de sentirse parte de una historia y no traicionando permanentemente su propia identidad. De allí, por tanto, que los discursos renovadores no tengan necesariamente una práctica política reflejada inmediatamente. El MAPU y sus dos versiones son un ejemplo de ello, aunque hayan sido, a nuestro juicio, el grupo político donde la renovación alcanzó la mayor hegemonía identitaria dentro de la izquierda socialista. Si tuviéramos que imaginar a un socialista renovado, probablemente tengamos en mente a algún MAPU.

Memorias para sobrevivir

Los distintos partidos que configuraban el arco político del Chile democrático se vieron enfrentados a una realidad nueva con el golpe de Estado. Así, tanto quienes apoyaron la irrupción de los militares y el quiebre democrático, como quienes se opusieron a la misma acción, debieron rehacerse, tanto en sus prácticas como en sus discursos. Los partidos de más larga data, buscaron en su propia historia los elementos que les permitieran en primera instancia mantenerse como colectivos; buscaron en su identidad construida en el largo o mediano plazo aquellos símbolos y memorias que les ayudara a sobrevivir. Así, tanto el Partido Comunista como el Socialista volvieron la mirada hacia los años de marginalidad política, persecución y clandestinidad que formaban parte de su propia historia colectiva. Se revivieron las épocas de la dictadura Ibañista, así como el anticomunismo que se instaló mientras estuvo vigente la ley maldita, que condenó al ostracismo al comunismo chileno en las postrimerías de la década del 40.

La resignificación de una historia a la luz de las memorias colectivas permitió en los primeros años del golpe, sentirse cobijado bajo un manto de símbolos y experiencias resignificadas en el nuevo campo de represión y persecución que instaló la dictadura. Estos partidos con historia encontraron en la misma la fórmula de sobreponerse al golpe, levantarse y comenzar a reorganizarse. Sin embargo, ¿qué podían hacer aquellos partidos, que como el MAPU en sus dos versiones, o la Izquierda Cristiana, eran hijos de la década del 70? ¿Qué podían hacer aquellos para quien la historia se remitía solo a los años de la épica Unidad Popular? ¿En qué memoria buscar sus propios elementos identitarios?

Quizás sea esta escasez de memoria inicial lo que condujo a estas pequeñas colectividades a liberarse de la historia y romper ataduras con el pasado inmediato. Quizás sea esta situación histórica particular lo que permitió que fuera en estos grupos donde la discusión por la renovación fuera más profunda, más visible y menos tensionada. Para el MAPU, la fortaleza de su propia identidad no estaba puesta en el pasado, sino que en la potencialidad de futuro, en su reinención para los caminos que había que andar, para las sendas que abrieran las puertas de una redemocratización social y política. De allí que la

fuerza del discurso renovador pase de ser un ajuste de cuentas con el pasado a un análisis normativo del deber hacer, del deber ser de la política. Solo bajo esta óptica se puede comprender el proceso mediante el cual el MAPU se reconcilia tanto con su origen de clase predominante, como con su origen cristiano, que en los años fundacionales intentó ser negado bajo una militancia disciplinada de mimetización con lo popular y de uso y abuso del marxismo-leninismo como herramienta para analizar la realidad social³⁶³.

El olfato mapucista, característico de sus intelectuales, llevó a apostar por construir un nuevo eje sobre el cual debían entenderse la izquierda y las fuerzas populares. El proceso de renovación socialista tuvo, por lo tanto, mucho de reinención de las propias culturas políticas, tuvo mucho de imaginario colectivo puesto al servicio de las prácticas políticas y mucho de reedición del ideario unitario que en sus años fundacionales dio al colectivo la razón de ser de su propia existencia.

Sin embargo, pese a lo anterior, los intelectuales por muy orgánicos que puedan ser, por muy militantes que puedan resultar sus reflexiones, son bastante más libres de expresar su propia impresión intelectual que el líder político que forma parte de la estructura orgánica del partido. El rol del dirigente de mediatizar entre las bases y las capas dirigentes, aquel que ejerce la función de ser depositario, pero también traductor y conductor de las experiencias cotidianas, está mucho más constreñido a parecer coherente entre el discurso y la práctica. El intelectual no gana votos, no seduce a las masas; el dirigente sí y, por ende, sus cambios, sus rupturas parecen ser bastante más visibles y juzgables por los otros. El líder no puede darse el lujo de desprenderse libremente de una identidad que se forma en el tiempo, con discursos, con símbolos, con prácticas cotidianas.

De allí que, pese a que los intelectuales que nosotros analizamos en los capítulos anteriores, sean pensadores militantes del MAPU o del MAPU-OC, su separación de la estructura orgánica se vaya acentuando de manera más radical hacia fines de los años 70. Su crítica radical amenazaba a la propia identidad de la resistencia antifascista y eso no era muy fácil de instalar en los colectivos políticos. Así, Tironi rompe virtualmente con el MAPU a fines de los 70, cuando instala la propuesta de la Convergencia Social; le seguirán desde la otra vertiente mapucista, en los albores de los años 80, Brunner, Moulian y en menor medida Garretón. Sus caminos, que anticipan el giro final que tomarán las dos versiones del MAPU, pasaron por una redefinición del colectivo en su propia historia

contingente. De esta forma, hacia mediados de los años 80, ambos MAPU declaran su propio agotamiento histórico y deciden hegemonizar la refundación del socialismo. Con un largo camino recorrido por la turbulentas aguas de la reconversión política, ideológica y cultural, los MAPU decidieron entrar a un partido, el Socialista, que les aportaba las bases políticas militantes, una historia resignificada a la luz del golpe de Estado, pero donde la tensión entre quienes se habían ‘abiertamente renovado’ y quienes se resistían a dicho proceso, era un conflicto todavía abierto a fines de los años 80.

En esa realidad era donde su propio proceso de renovación parecía útil para concretar las bases de una transición negociada a la democracia y con una férrea alianza entre el centro político y la izquierda. Como recuerda en sus memorias Jaime Gazmuri, era más fácil crear un partido que decidir su muerte, porque la ‘eutanasia’ no es una práctica que los políticos ejerzan con mucha habilidad y porque en ese proceso se desgarran las propias construcciones identitarias. Así quedó desgarrada la renovación socialista, a medio camino de la hegemonización faccionalista dentro del PS, que desde la microhistoria nos permite reconstruir el MAPU.

Cómo llegaron a decidir la eutanasia política es lo que historizaremos en dos períodos, el que se extiende entre 1973 y 1980, espacio temporal donde el discurso renovado intelectual traspasa a la práctica política y la tensiona; y entre 1980 y 1986, donde la fluidez entre práctica y discurso intelectual se vuelve más visible y permite la desaparición del propio colectivo.

De rupturistas revolucionarios a rupturistas renovados: el MAPU

El quiebre de marzo de 1973 tenía al MAPU abocado principalmente a las tareas de reconstrucción de la colectividad cuando se viene el fin del gobierno de la Unidad Popular. La ferocidad del golpe, la represión política y la persecución disolvió la organización y no será sino hasta mediados del 74 que el MAPU, bajo el liderazgo de Carlos Montes, pueda rearticularse como colectividad.

El clima en el que queda el partido es abrumador y oscuro. Parece el fin del proyecto. Se entiende que hubo una derrota y había que significar sus causas. Surge la necesidad de realizar una autocrítica profunda, que fuera capaz de articular respuestas de futuro. Sin embargo, la primera acción en clandestinidad fue sobrevivir y al poco tiempo rearticular los contactos. Entre septiembre de 1973 y octubre de 1974 la posibilidad de sistematizar ordenadamente la reflexión política era bastante precaria y a veces, poco útil para la vida cotidiana. Sin embargo, una vez asumida la nueva realidad, el MAPU inicia internamente un proceso de reconfiguración como colectividad, dentro de un contexto nuevo que lo obliga a redefinirse políticamente.

Junto con la perplejidad inicial, se va constituyendo nítidamente la idea de crisis de la izquierda como motor para avanzar en el proceso de renovación. El discurso intelectual que se articuló en torno a la autocrítica de la propia izquierda, se realizó en el MAPU como proceso revitalizador de la colectividad. Tal como escribiera Eugenio Tironi en una carta dirigida al director del Mercurio: “yo creo que es cierto que la izquierda está en crisis. Porque está viva, en primer lugar. Porque ha sido implacablemente reprimida y perseguida –como usted bien lo sabe–, en segundo lugar. Porque debe evaluar críticamente su pasado y elaborar nuevas respuestas para una sociedad profundamente transformada por el autoritarismo, en tercer lugar”³⁶⁴.

Primer período 1974-1977: la renovación, necesidad de sobrevivencia

Reconocida inicialmente la crisis, es posible identificar un primer periodo que se extiende desde 1974 a 1975, caracterizado mayoritariamente por una transición discursiva entre el antiguo lenguaje de la izquierda, de gran ortodoxia marxista-leninista, a un nuevo lenguaje que se va liberando paulatinamente no solo de los conceptos clásicos con los cuales se nominaba la realidad chilena, sino también de las preocupaciones centrales de la política.

La instalación del nuevo gobierno dictatorial, tal como han destacado historiadores como Gazmuri, Correa y otros, tiene una primera fase inicial caracterizada por la pugna y definición de proyectos políticos, sociales y económicos que deberían cambiar la cara de nuestro país. Esta pugna percibida a nivel de los partidos políticos, lleva a que muchos de quienes formaban parte operativa de la UP, signifiquen la tensión como una dictadura carente de un proyecto coherente, que no fuera más que una regresión hacia un capitalismo monopólico dependiente. Esta primera percepción posibilitó el surgimiento de la creencia de que la dictadura caería tempranamente.

Sin embargo, ya hacia 1975 el MAPU esbozaba en sus documentos partidarios el reconocimiento de un proyecto refundacional de la dictadura, que transformaba lentamente las bases materiales sobre las cuales se construían las identidades colectivas. El deterioro económico, las políticas de shock, la apertura del mercado, la liberalización de precios, los altos niveles de desempleo y la lenta recuperación económica, aparejados con una inflación significativa y un deterioro cada vez mayor del sector industrial nacional, mostraban que la dictadura, aunque incipiente y a veces contradictoria, tenía un proyecto que no solo pasaba por devolverle a las clases dirigentes su antiguo poder, sino que también tenía embrionario una proyecto de transformación nacional, que pasaba por la destrucción de las bases materiales sobre las cuales se posibilitó la instalación del gobierno socialista de Allende.

En este marco analítico, los discursos que emergían desde el partido expresaban la comprensión tanto de las duras acciones represivas que operaban desde los aparatos de seguridad de la dictadura, como las acciones políticas destinadas a

destruir las sociabilidades populares. La represión política, laboral y social estaban dirigidas a transformar las formas en las que la izquierda entendía se constituían los sujetos sociales.

En conjunto con esta primera constatación de transformación y de proyecto de largo alcance, existen en el MAPU dos tensiones que no es posible vislumbrar en los discursos intelectuales. En primer lugar, la tensión entre un partido estructurado y orgánico y una nueva forma de hacer partido, más social, más de base, más inserto en la sociedad. Así, la permanente pugna entre lo social y político que estaba presente desde los años fundacionales en el MAPU, vuelve a tensionar no solo el discurso, sino que también las prácticas políticas. Tal como expresamos en investigaciones anteriores³⁶⁵, la tensión entre lo social y lo político cruzó en forma horizontal el quiebre de la colectividad en marzo de 1973, aunque no zanjó el problema de forma definitiva, ya que a pesar de que la división separó a los grupos más visibles en estos dos bloques, esta tensión siguió presente en las colectividades. Así tanto el MAPU como el MAPU-OC revivieron en sus propias estructuras partidarias esta complicada forma de entender lo social, lo político y el poder.

El ejemplo más visible de ese conflicto en el MAPU tomará rasgos territoriales, porque se expresará en la búsqueda de legitimidades directivas entre la parte del partido que se queda en Chile y la parte que se exilia. Es una pugna entre quienes proponen formar parte de la reconstrucción de la UP, y entre quienes aspiran a construir un nuevo tipo de alianza de las fuerzas populares.

En la carta que envía el MAPU a la Comisión Política del Partido Comunista en 1975, y que fue escrita por la dirección encabezada desde el exilio por Oscar Guillermo Garretón, se apelaba insistentemente en la incorporación efectiva de esta colectividad a la alianza de la UP, de la cual habrían estado en la práctica totalmente ausentes. Junto con lo anterior, se buscaba la incorporación del MIR a esta alianza, por cuanto se entendía que la UP debía ser la fuerza política eje que “imprimiera conducción al movimiento popular” y, por ende, no podía cometer los mismos errores exclusionistas de antaño³⁶⁶. A pesar de esta crítica a la UP, se sigue valorando esta alianza como una forma válida de organizar a las fuerzas políticas de oposición a la dictadura. La crítica sigue siendo más formal que de fondo.

Mientras la discusión en el exterior se centra en las alianzas políticas, en el interior el grupo liderado por Carlos Montes, Carlos Ortúzar, Fernando

Ossandón, Guillermo Ossandón y Eugenio Tironi, entre otros, emprende la compleja tarea de rearticular el MAPU en Chile. Aprovechando un elemento característico de la cultura política de esta colectividad, el MAPU que se rearticuló en el interior lo hizo de forma bastante horizontal y fragmentaria. Predominó la lógica de pequeños grupos donde se practicaba la militancia, que se iban conectando entre sí hasta llegar a instancias de la dirección. Se transversalizó la discusión y las acciones de resistencia a la dictadura, y la dirección canalizaba las discusiones y les entregaba cierto ordenamiento analítico y político, destacando la libertad con la que cada GAP ejercía la militancia, mayoritariamente realizada en los frentes sociales.

Esta forma particular de reorganización en Chile le posibilitó al MAPU instalar una crítica de la UP como la alianza más fecunda para dirigir la resistencia. Ya, hacia 1975, el MAPU en su boletín Venceremos afirma que la UP está agotada, ya que los problemas no eran ni la búsqueda de alianza con la DC ni la reconstrucción de una fórmula organizativa que había demostrado su ineeficacia, en conjunto con una repetición simbólica y discursiva que no podía dar cuenta de los profundos cambios que estaban ocurriendo en Chile. Para el MAPU, lo central debía estar puesto en construir nuevas formas hegemónicas de hacer los cambios políticos, que pasaban por dotar de autonomía en la base a los sujetos sociales. Tal como manifestaran un poco más tarde los documentos de los intelectuales, sería desde la propia cotidianeidad, desde los propios conflictos pequeños y presentes en el día a día, como lo eran la cesantía, el hambre y la falta de libertades, desde donde se podría gatillar la formación de un movimiento social de rechazo a la dictadura, que ampliara las fronteras de los grupos de militantes que conformaban los partidos de la UP.

La política desde las bases, la política desde abajo y no solo las alianzas y los acuerdos entre las cúpulas partidarias, eran la fórmula que según esta colectividad, permitiría derrocar a la dictadura, porque se entendía que el gran fracaso del gobierno de la UP fue precisamente la incapacidad de articular un proyecto hegemónico de transformación socialista, que incluyera no solo a los trabajadores o a los más discriminados, sino que al conjunto de la población nacional. Así, mezclando un lenguaje marxista-leninista, con nuevos conceptos políticos, provenientes de un reapropiado liberalismo, el MAPU plantea que “atentan las posiciones políticas que esperan derrotar esta dictadura por la vía exclusiva de la presión por arriba, de los acuerdos superestructurales, atentan los compañeros que trabajan solo para el hoy, sin ir preparando, pacientemente, las condiciones del mañana, sin fortalecer la conciencia para niveles superiores de

lucha”³⁶⁷.

Las formas de lucha propuestas eran “crear 100.000 comités de resistencia”, porque “así formando cada uno de nosotros un comité de resistencia estaremos avanzando en la construcción de la Dirección Política Unitaria que el pueblo necesita y exige. ¡Basta ya de esperar que las cosas se hagan solo por arriba!”³⁶⁸. Se dibuja la idea de un MAPU extendido por toda la sociedad, donde cada militante era en sí mismo expresión del partido, aun cuando las instancias formales y orgánicas del mismo fueran ajenas a su propia actividad.

En segundo lugar, aparece una tensión que también está ausente en los discursos de los intelectuales, que correspondió a la pugna entre una extrema socialización del hacer política, ocupando cualquier medio para transformar el país, contra la propuesta de la vanguardia leninista, que todavía constituye la forma más aceptada de agente de cambio revolucionario. En ese contexto, aparece por primera vez la idea de resistencia armada, no militar propiamente tal, que más tarde se enlazará con la propuesta de autonomización del sujeto popular, unión que permitió la emergencia del concepto de subversión.

El discurso es ambiguo, poco preciso y esboza inicialmente esa combinación que nos permite afirmar que este periodo (1975-1977) fue de transición entre las antiguas concepciones de la política, marcadas por el lenguaje marxista-leninista, y las nuevas concepciones que darán cuerpo a la renovación socialista. Así el MAPU destacará que “si bien hay avances importantes, estos tienen una gran debilidad. La clase obrera y el pueblo no necesitan solo de declaraciones, más bien requieren de unidad efectiva, en la lucha, capaz de concretarse en coordinación superior, capaz de poner en pie a la clase obrera y avanzar hacia enfrentamientos superiores mañana”³⁶⁹. La preocupación por las alianzas políticas formales eran secundarias, toda vez que se entendía era la lucha cotidiana, las acciones de resistencia en los lugares de vivienda, de trabajo o de estudio donde estas alianzas de volvían reales, y agrupaban a todos quienes aborrecían a la dictadura militar. Los acuerdos entre las cúpulas perdían legitimidad para los militantes del MAPU, para quienes ‘el hacer’ era la base de un ‘ser’ posterior, con proyecto, hegemónico, activo y nacional-popular.

Si recurrimos a la clasificación que Luis Corvalán Márquez da a los partidos políticos en torno a las posiciones ideológicas dentro de la UP, el MAPU pasó de formar parte de las fuerzas rupturistas; es decir, de quienes aspiraban a una transformación radical de la sociedad por medio de la aceleración de los

procesos sociales, políticos y económicos, no considerando las trabas institucionales que ralentizaba el proceso, a un nuevo rupturismo que apelaba a la superación de la UP como formula política y a construir un nuevo referente político que se hiciera cargo de una fórmula socialista hegemónica. La propuesta de revivir los CUP (Comités de Unidad Popular) como la fuerza orgánica más eficiente para combatir a la dictadura, fue la expresión propositiva a través de la cual el MAPU planteaba debían hacerse las alianzas, con fuerte énfasis de la lucha en las bases. Sin embargo, aún esa propuesta era revisión, reapropiación de viejas formulas. La proposición de cambio, de fórmulas, vendrá más adelante.

De esta forma, tres son los ejes del pensamiento político que emergen del MAPU entre 1975-1977. El primer eje gira en torno a la definición de lo ocurrido en 1973, es decir, la caracterización de la derrota. Al igual que en los registros intelectuales, la mayoría de los análisis son retrospectivos, son ajustes de cuenta con el pasado inmediato. La conclusión predominante a este primer cuestionamiento sería que la derrota de la Unidad Popular fue producto de la incapacidad de construir un proyecto político de transformación social, que fuera visto, apropiado y entendido como un proyecto nacional y no solo la expresión de una lucha de clases. De esta forma, se instala la idea de hegemonía en el debate político, aun cuando su nominación conceptual sea escasa.

Vista así la derrota, era fácil pasar a la idea de un fracaso, toda vez que la responsabilidad del quiebre democrático ya no solo recae en factores exógenos al gobierno, como lo era la factibilidad de alianzas con la DC, el predominio de una oposición política rupturista o la ayuda de los norteamericanos a través de su imperialismo en tiempos de Guerra Fría. El eje de las explicaciones del quiebre democrático pasa directamente a situar como actor fundamental a la propia Unidad Popular y sus fuerzas políticas, como conductora del proceso de transformación social. Lo que había detrás, entonces, era el fracaso de las formas y los modos de hacer política en la izquierda nacional, un fracaso que ponía en jaque, además, la manera como se entendía el socialismo. Ergo, había que renovarse.

El segundo eje de pensamiento del MAPU pasa por un reconocimiento inicial de la dictadura no solo como reflejo de un proyecto restaurador de las ‘granjerías’ de la clase dominante, es decir, no solo como restauración política de los años 50, sino como un proyecto de construcción de un nuevo Chile. Esta percepción se consolida hacia 1977, cuando la dictadura instale una política económica abiertamente neoliberal y se esbocen de manera pública las líneas directrices

desde las cuales se entendería a la nueva sociedad chilena. Por lo tanto, si la dictadura era cambio, era refundacional, si incubaba un proyecto revolucionario de transformación capitalista, las formas, los métodos y el universo valórico y simbólico de la izquierda debían adecuarse a esas nuevas condiciones. No se podía hacer política de la misma forma siempre, en una sociedad que había cambiado y cambiaría profundamente. Ergo, había que renovarse.

Por último, el tercer eje de pensamiento se desprende del anterior y tiene estricta relación con la reflexión en torno al mismo partido. Ya no la izquierda o la UP, sino el MAPU. Ya no la reflexión desde las estructuras, sino desde la cotidianidad. Ya no el rescate del sujeto político, sino el sujeto social. Estas reflexiones tensionaron la organización interna en el MAPU, lo que llevó a la separación entre los militantes del exilio y los del interior, es decir, entre quienes alejados de la realidad chilena seguían haciendo y entendiendo la política de la misma forma como la habían hecho y entendido siempre y quienes, dentro del contexto de represión, clandestinidad, dispersión y atomización, seguían practicando la política en Chile. Si las condiciones objetivas habían cambiado, las condiciones subjetivas también debían hacerlo. El antiguo partido se volvía disfuncional. Ergo, había que renovarse.

Segundo período 1977-1979/80: de la necesidad de renovación a la práctica renovada

El segundo periodo de la reflexión partidaria es el que se extiende entre 1977 y 1979, y que se caracterizó por una comunicación más fluida entre la reflexión intelectual y las discusiones políticas partidarias. En este periodo, la idea de crisis se encuentra más acabada y emerge simultáneamente la idea de que lo ocurrido en septiembre de 1973 no solo fue una derrota de las fuerzas políticas que conducían el proceso de revolución socialista, sino que un fracaso del proyecto que esas mismas fuerzas representaban. La diferencia con el periodo anterior es que aquí la idea de fracaso es nominada de esa forma. Es durante este mismo periodo donde aparece claramente la idea de renovación del partido, de las formas y las concepciones de la política en su conjunto. La renovación toma cuerpo por cuanto se objetiviza en las prácticas políticas y los sujetos la nominan como tal. Así, cualquier acción política, por muy vieja que fuere, se enmarca en una episteme renovada.

En mayo de 1977, durante la conmemoración del octavo aniversario de la colectividad, el MAPU reconoce abiertamente la idea del fracaso del proyecto socialista chileno. Se planteó que el exceso de dogmatismo ideológico, la desconexión entre lo que ocurría en la sociedad y las formas de nominación desde la política, así como la construcción de partidos políticos rígidos y repetidores de símbolos y ritos que fortalecían las identidades, pero que simultáneamente les impedía convertirse en agentes de cambio, eran los nuevos elementos que debían incorporarse a la búsqueda de las explicaciones de lo ocurrido el 11 de septiembre del año 73. Porque “si no hemos sabido vencer no ha sido porque el embarazo revolucionario no existiera, sino porque los parteros hemos sido aprendices dogmáticos y muchas veces no usamos el instrumento adecuado”³⁷⁰.

Este diagnóstico crítico de la situación que vivenciaba la izquierda chilena se abrió paso dentro de la autocrítica para convertirse en una acción propositiva, donde el carácter normativo de las actividades que se articularon en sintonía con los discursos intelectuales. Así lo afirmaba el MAPU cuando planteaba que las luchas de resistencia debían dejar de ser solo resistencia y pasar a ser

transformación democrática, porque:

...esta misión sólo puede desarrollarla la izquierda chilena, parte y expresión política más representativa del pueblo y los trabajadores. Pero esta misión histórica exige un cambio en los rumbos, en las concepciones y prácticas que se han emprendido y que han caracterizado históricamente su acción. Exige un proceso de renovación en profundidad³⁷¹.

Continúa la reflexión con la idea de que “no basta con ser capaces de derrocar a la dictadura. Es necesario saber y poder gobernar. Es necesario haber ido carcomiendo los pilares en que se sostiene la dominación de la gran burguesía, que no es solo en las armas”³⁷².

Las ideas destacadas anteriormente, muestran la apropiación consolidada, a nivel de los discursos emanados desde el partido, del concepto de hegemonía. Aunque algunos indicios son posibles de encontrar en el año 1975, es en el año 1977 cuando este concepto trasciende la reflexión partidaria. Se entendió por hegemonía, en esos años, a los proyectos políticos que son capaces de traspasar la esfera de lo meramente político, para ocupar la capilaridad de las acciones cotidianas de los sujetos. Por primera vez, además, y a raíz de este uso conceptual, se entiende que la dictadura también tiene su propio proyecto hegemónico. Chacarillas y el discurso de Pinochet sobre las siete modernizaciones eran expresión de lo revolucionario del proyecto de transformación que encarnaba la dictadura, precisamente expresado en 1977. Por lo anterior, el MAPU plantea que “estos casi cuatro años nos han dejado lecciones y experiencias que se deben recoger. Nos han mostrado que la vía de la propaganda armada y de las bombas a instituciones y familias es ineficaz para activar la lucha y la resistencia de todo el movimiento popular”³⁷³. La conclusión es lapidaria: con fuerza solo se llama más fuerza, y se olvida la construcción hegemónica, no impositiva y no vanguardista. Una movilización de resistencia podrá botar un gobierno, pero no podrá gobernar³⁷⁴.

Simultáneo al proceso de reflexión anterior, este es el mismo periodo en el cual la dirección interna del partido encabezada por Montes, desata una interesante arremetida para legitimar la conducción del MAPU desde el interior y no en el

exilio, donde Garretón mantenía la calidad de máximo representante de la colectividad. Son los años en que el actual diputado socialista envía precisamente a Eugenio Tironi a ‘intervenir’ el MAPU, para poner en sintonía la reflexión desde el exilio con la que se hacía en el interior, y zanjar la pugna entre dos fracciones enfrentadas en torno a la propuesta de salida a la dictadura. El compañero Martín³⁷⁵ debía poner fin al conflicto corporizado como tensión entre Rodrigo González, actual diputado por la circunscripción de Viña del Mar y dirigente del PPD, y Eduardo Aquevedo, actual director de la Escuela de Sociología de la Universidad de Concepción. Sin embargo, la operación política en manos de Tironi en el exterior generó también resistencia al interior del MAPU que se quedó en Chile. Al respecto recuerda Carlos Montes:

Lo que pasa es que tenemos afuera una pelea muy fuerte, que nos llegaba como una pelea entre Rodrigo González, diputado actual, y Eduardo Aquevedo. Una pelea que en lo político era casi entre estos dos enfoques: el bonapartista y el eurocomunista, pero que tenía harto de pelea de poder y de cuotas. Y entonces nosotros decidimos que esto no podía ser y planteamos que necesitamos que ustedes (referido al frente externo) nos ayuden, nos ayuden a pensar, nos ayuden a mantenernos económicamente, no podemos vivir con esta pelea eterna afuera y se le pide a Tironi, que en ese momento es el que estuvo dispuesto, porque lo pensamos y lo sacamos, que fuera a la intervención del Frente Externo para ordenarlo en función de los objetivos: que nos ayuden al debate, que nos ayuden a tener recursos, que nos ayuden a formar gente, que nos ayuden a sostenernos, o sea que nos ayuden a buscar la sintonía entre lo de afuera y lo de adentro. Eso fue básicamente el objetivo³⁷⁶.

Este proceso de intervención del frente externo buscaba legitimar la realidad interna de Chile como base de la reflexión política. Se trataba de evitar con esto que las directrices analíticas que llegaban desde fuera, no se impusieran ciegamente a las que se realizaban en nuestro país, porque eso era simplemente repetir el clásico esquema ortodoxo con el que se había movido la izquierda, sobre todo en las décadas del 60 y 70. Así, se pretendía abandonar esa postura que planteaba que si la teoría no se ajustaba a la realidad, era la realidad la equivocada.

El MAPU conducido por Carlos Montes articuló como principal actividad del debate político en un primer momento el Balance de Autocrítica Nacional. Ese BAN, que fue una práctica política ideada funcionalmente a los requerimientos de seguridad y de posibilidad de hacer política en los años iniciales de la dictadura, fue tomando cuerpo, fue consolidándose en un discurso partidario que, hacia 1979, estaba en condiciones de afirmar un nuevo tipo de partido, un nuevo tipo de alianzas y un nuevo tipo de socialismo.

Sin embargo, la instalación de estas reflexiones no solo generó resistencias en el exterior, sino que también en el interior por parte del grupo conocido como “bonapartista”. Así, Montes recuerda que:

Nosotros tuvimos ahí dos críticas fuertes, que como bien decía usted era una crítica desde la teoría a gente que estaba inserta en una dinámica práctica maldita. O sea, para nosotros, el espacio para un debate era mínimo. Bueno, pero lo que sí teníamos claro era que lo que nos venía de afuera no tenía mucha relación con lo que estábamos viviendo. Nos venía una crítica del “bonapartismo”, que es el sector más marxista tradicional en el MAPU y que sostenía que teníamos una dictadura bonapartista y que teníamos que enfrentarla de una determinada manera y eso era Aquevedo, en ese entonces con un señor Román, todo un sector marxista tradicional que nos criticaba por ahí. Y había otra crítica que venía en el fondo, a raíz de lo incompleto que era nuestro planteamiento, que podríamos decir que viene de Glauser, que viene de una vertiente más influida por el eurocomunismo, y que nos dice: a sus análisis les faltan muchos elementos. Y era verdad, nos faltaban muchas cosas, lo que pasa es que esa vertiente concluía planteándonos que había que preparar una invasión a Chile. Y el tema era preparar una invasión y curiosamente por Carrizal, o sea esos ‘gallos’ fueron los primeros en hablar de Carrizal³⁷⁷ mucho tiempo antes de que ocurriera lo de Carrizal y eso fue Glauser. Glauser nos planteó la necesidad de que había que tener un barco y traer soldados, y que frente a eso el pueblo chileno iba a despertar, se iba a levantar y que iba a haber un cambio total. Era todo un enfoque de esa naturaleza, o sea de una matriz conceptual y teórica más eurocomunista, se pasa a un aterrizaje bastante a la cubana, del Gramna y todas esas cosas³⁷⁸.

De esta disputa quedan los rastros materiales registrados en el boletín De Frente, que en el interior condensará la voz disidente a los caminos que había tomado la dirección de Montes. Interesante de destacar fue que el nombre de ese boletín era el mismo que anteriormente se había usado como comunicación oficial del MAPU, antes del golpe de Estado. Existe aquí un llamado a recoger ese pasado y a no desligarse de él, porque había ya una sensación de que la radicalización de la crítica a la izquierda, conceptos, símbolos, prácticas y discursos, terminaría generando una nueva izquierda que no tendría posibilidad de identidad histórica, que no fuera la pura negación o el reconocimiento de la derrota. Así, en 1978, el boletín De Frente declara en su editorial que su misión es defender y desarrollar:

...los principios de la mayoría en la lucha contra la confusión ideológica, política, orgánica y militar sembrada en el Partido y las masas por la Minoría seguidista del reformismo expresada por la fracción dirigente..., porque el proceso de derechización de la fracción minoritaria dirigente no tiene límite: comenzó por un abandono creciente de los lineamientos de nuestro II Congreso hasta llegar a sepultar definitivamente el Programa, en este aprobado. Hoy día se plantea desembozadamente alternativas políticas de colaboración de clases, poniéndose a la cola del reformismo obrero; están, incluso, dispuestos a pagar con la sangre obrera de una demagógica insurrección popular, su objetivo de transformación del proletariado en rehén de la burguesía³⁷⁹.

De Frente era la expresión de resistencia a una renovación radical que emergía menos del discurso intelectual y más de la práctica política. Sin embargo, a pesar de que sus páginas transpiran nostalgia pasada, y se construye narrativamente la heroicidad de la izquierda, también se escribe con registros renovados. Desaparece la clase social como agente del cambio, y emerge el sujeto popular, autónomo, con proyecto de transformación. Desaparece la estructura del partido paraemerger un partido desde la propia sociedad, que mezcla de manera bien ineficiente la vanguardia leninista con preminencia de lo social.

Las transformaciones políticas que vivenciaba el MAPU en el interior, estuvieron muy marcadas por las coyunturas políticas de la dictadura. De allí que el año 1977 sea clave para comprender los cambios renovadores. Tal como

expresamos antes, el partido será uno de los principales objetos de renovación política. El lugar que se le asigna en la lucha política contra la dictadura, aún es central, pero se irá transformando después de 1983. Así, en noviembre de 1979, aparece por primera vez una propuesta de partido concreta y visible. En el boletín Venceremos se afirma que:

...debemos partir por entender a nuestros propios partidos como instrumentos de la propia autoemancipación popular. Ningún partido, por fuerte y organizado que sea, podrá provocar por sí solo las transformaciones que requiere nuestra Patria en un sentido democrático y socialista; esto es tarea del pueblo masivamente, en calidad de sujeto histórico³⁸⁰.

La esfera de lo social vuelve a entrar en conflicto con lo político, y expresa nuevamente esa tensión nunca resuelta en el MAPU. El partido inmerso en lo social, pero partido al fin y al cabo y, por ende, diferenciado del movimiento social. Partido que dé cuenta de los requerimientos sociales, pero que a su vez sea instrumento de transformación social. Partido que sea facilitador de acuerdos, pero que no se restrinja a las cúpulas. En esas tensiones, la solución final será la eutanasia del MAPU en 1989. La muerte formal, pero que mantiene a los mismos sujetos que conformaron la colectividad en 1969 como depositarios de una vocación de transversalidad suprapartidaria, que generó gran parte de las desconfianzas políticas dentro de la Concertación de Partido por la Democracia hacia ese sector, durante el periodo de transición.

De la crítica al partido y su rol hacia fines de la década del 70, emergió la propuesta renovada de Convergencia Social, sistematizada por Eugenio Tironi en sus escritos entre 1979 y 1982. Dicha Convergencia Social, que más tarde tomará el nombre de Convergencia Socialista, se supone una nueva forma de alianzas políticas y sociales que supere a la ya desahuciada Unidad Popular.

Según el MAPU, la vieja alianza no pudo avanzar en configurar en torno suyo una convocatoria más amplia que la de sus bases militantes, por lo que seguía siendo vista como el grupo de derrotados en 1973. Sobre la mantención de esa estructura, cualquier alianza con la Democracia Cristiana era entendida meramente como alianza formal antifascista, sin posibilidad de que ese partido

de centro pudiera conformar a la larga un proyecto de transformación con las fuerzas de izquierda. Según el MAPU, la alianza entre la DC y la UP era una reiteración del antiguo Frente Popular de los años 30.

Para esta colectividad, se hacía urgente construir un nuevo referente político, capaz de agrupar en torno a nuevos elementos compartidos una alianza que desde la lucha cotidiana se convirtiera en un nuevo Bloque Histórico. Sin embargo, de lo que carecía una alianza entre la DC y la izquierda, era precisamente de una historia.

Desde sus inicios como colectividad en los años 50, la DC había articulado su identidad política en contraposición tanto a la derecha como a la izquierda. La vía de desarrollo no capitalista, que se sistematizó como propuesta a mediados de la década del 60, era precisamente una vía alternativa tanto al capitalismo como al socialismo. Su alternativismo partía precisamente de una diferenciación de la izquierda.

Por ello, la alianza con la Democracia Cristiana no era un problema menor, sobre todo considerando que este partido apoyó oficialmente la irrupción de los militares en 1973. Así, tanto la memoria de mediano plazo como la memoria más coyuntural no tenía registros de alianzas entre ambos bloques políticos.

Es por ello que la alianza entre ambos grupos solo comenzó a tomar cuerpo como un algo distinto desde la sistematización de las luchas de resistencia y oposición a la dictadura militar. Hacia 1977, en el Boletín Venceremos el MAPU reconoce que la DC forma parte, en la práctica política cotidiana, de las fuerzas opositoras a la dictadura, y que en ese paso fue muy importante “la ilegalización y pronunciamiento de la DC, que incorpora nuevas caras a las filas antidictatoriales”³⁸¹.

En la trinchera de la resistencia, la DC y la izquierda comienzan a unir sus mundos, muy ligado este proceso al papel que jugó la Iglesia católica en torno a la lucha por la libertad y el respeto a los derechos humanos. La Iglesia y sus instituciones como el Comité Pro Paz y posteriormente, la Vicaría de la Solidaridad, fue el espacio que agrupó a quienes estaban en distintas trincheras al momento del golpe de Estado.

Sin embargo, había un sector de militantes de la izquierda para el que las relaciones con la DC no le eran ajenas y mucho menos se sentía incómodo en el

mundo cristiano. Ese grupo era precisamente el MAPU, que a raíz de la propia autocritica se reencuentra, cual hijo prodigo, con sus raíces cristianas. Estas raíces se resignifican en la lucha clandestina, y constituye a esta colectividad en una especie de puente de plata entre dos mundos que en la década del 70 se consideraban absolutamente opuestos.

Si pedimos prestados los elementos que nos entregan los estudios sobre redes sociales, podemos argumentar que esta posición de centralidad que ocupa el MAPU se constituye, a raíz de su propia experiencia histórica, en lo que le permite compartir dos mundos en su propia colectividad, convirtiéndolo en un actor central en el proceso de transición a la democracia.

Así, si entendemos el poder como una cuestión inherentemente relacional, un individuo o un grupo tendrán poder en la medida que puedan influir sobre los otros:

Tener una posición favorable significa que un actor puede extraer mejores ofertas en los intercambios y que será un foco para la deferencia y atención por parte que aquellos en posiciones menos favorables³⁸²... De lo que se desprende que la influencia y centralidad de un actor, o de un grupo de actores, depende del número de vínculos que tenga este en relación con los otros... Así los actores que son capaces de alcanzar a otros en longitudes de caminos más cortas, o quienes son más accesibles por otros actores en longitudes de caminos más cortos, tienen posiciones favorables. Esta ventaja estructural puede ser traducida en poder³⁸³.

De esta forma, la teoría sobre las redes sociales nos puede ayudar a comprender la importancia que asume el MAPU como generación y como colectividad, al ser puente histórico entre dos bloques que se habían entendido como antagónicos en tanto su propia configuración de identidades.

Lo que la teoría de redes no proporciona, sin embargo, es cómo se construyen históricamente esas redes. Y en ese sentido, la lucha de resistencia y la revaloración del origen social y cultural de esta generación MAPU serán elementos fundamentales para comprender la centralidad de ese actor, toda vez que las redes se construyen en las prácticas políticas, sociales y económicas, en

un contexto y en un tiempo determinado.

Este proceso, sin embargo, no solo fue producto de la práctica de resistencia, de compartir la identidad de oposición a la dictadura, sino que también se posibilitó y se fortaleció por medio de una reconceptualización del ideario socialista. Sin embargo, el nuevo socialismo, que como propuesta más acabada corresponde al periodo posterior a 1980, está en el origen de posibilidad de la idea de convergencia socialista.

La Convergencia Social se entendió como el nuevo bloque que en la lucha:

...abarque a todas las fuerzas democráticas, por derrocar a la dictadura y dar paso a un régimen democrático, popular, nacional y progresista. Que entiende la alternativa democrática como categóricamente antimonopólica y antiimperialista, y la lucha por la democracia como parte indisoluble de la lucha del pueblo chileno por su liberación de la opresión capitalista³⁸⁴.

La unión, aún compleja entre socialismo y democracia, está en la formación de esta propuesta de Convergencia Social, a pesar de que existían problemas para unir dos formas de sociedad que se entendían antagónicas y que solo se resolverá cuando se entienda al socialismo como vector de liberación de todas las opresiones, y la democracia solo como el mejor régimen de gobierno que permita precisamente la emancipación humana. Pero esto vendrá después del impacto que las protestas generarán en la práctica política partidaria. La Convergencia, sin embargo, aún no toma cuerpo, aún no es más que un referente nominal de un conglomerado de partidos que mantienen su propia identidad.

Dos fueron los hitos partidarios que dieron coherencia a esta reflexión sobre el partido, el rol de la política, la idea de combinar socialismo y democracia y la articulación de un nuevo frente histórico. El primero de esos hitos será en el exterior el seminario de Ariccia, en 1979; el segundo fue el II Pleno en Clandestinidad realizado en 1980. Dos instancias donde las reflexiones confluyen y la renovación toma un cuerpo claro, coherente y distingible tanto para los actores que la constituyen como para quienes se separan de la misma.

El exilio en renovación

El proceso de renovación socialista en el exilio tuvo una dinámica y un ritmo distintos de lo que se vivió en el interior de nuestro país. Muchos militantes que abandonaron el país, dadas las condiciones de represión existente, se refugiaron, mayoritariamente, en países de Europa Occidental, así como también en Perú, Ecuador, Cuba, Estados Unidos, Canadá y Mozambique, por nombrar algunos de los que recibieron gran cantidad de exiliados del MAPU.

Estos militantes rápidamente se articularon en el Frente Externo o FEXT, cuya dirección la conservó el Secretario General del partido antes del golpe, Óscar Guillermo Garretón. De esta forma, en los primeros meses transcurridos después del golpe la Dirección oficial del MAPU se detentaba en el exterior al igual que la mayoría de los partidos que habían participado de la Unidad Popular.

Tal como lo expresamos con anterioridad con la rearticulación que realiza al interior de Chile Carlos Montes, comienza una disputa por legitimar la conducción oficial del partido desde el país y el MAPU se convertirá en una de las primeras colectividades que tendrá, a partir de esos años, la dirección oficial y reconocida en el interior.

Los primeros discursos germinales de la renovación socialista que se articularon en el marco de la clandestinidad poco tuvieron que ver con los discursos que se imponían en el mundo de los exiliados. Sin embargo, la Dirigencia Interna logró imponer sus análisis, aduciendo que nadie mejor que ellos conocía la realidad interna de Chile y la crisis que la izquierda tradicional vivenciaba en el marco de los cambios profundos y trascendentales que imponía la dictadura.

Lo anterior explica, en parte, la rápida aceptación de los discursos de la renovación socialista hacia fines de los años 70, cuando los grupos en el exilio se nutrieron de las discusiones ideológicas que la izquierda europea estaba viviendo. Existía para esa mezcla, entre reflexión renovada interna y externa, un campo fértil de germinación en este colectivo.

De todas formas, se hace necesario resaltar que la reflexión en el exilio se

encontró muy marcada por el proceso de crítica iniciado en Italia y España, fundamentalmente, a los socialismos reales. El rescate de Gramsci y su propuesta de hegemonía, iluminó a muchos políticos europeos después del golpe de Estado en Chile. Así, la propuesta eurocomunista, que en Italia se articuló en torno a la tesis de Enrico Berlinguer del Compromiso Histórico, permitió la renovación de la izquierda europea y, simultáneamente, encauzó las reflexiones que los chilenos en el exilio hicieron sobre nuestro país, el golpe de Estado, el fracaso de la UP y las posibilidades de salida a la dictadura militar. En ese campo narrativo, la propuesta del Bloque Histórico que emerge en el interior de Chile, planteado como una alianza que supera los márgenes restrictivos de la UP, y que supone repensar un proyecto de unión entre el centro y la izquierda que tenga vocación de transformaciones sociales en el marco de la democracia, fue muy similar a la propuesta del PCI y de Berlinguer.

Por caminos distintos, con una reflexión más coyuntural y menos teórica, hecha en un marco hostil a la política, las críticas del MAPU a la UP y por ende las críticas a la izquierda, fueron fortalecidas, resignificadas cuando la reflexión europea se hizo más sistemática, y los exiliados comenzaron a sintonizar con las discusiones internas que se realizaban en Chile.

Ante esa sintonía analítica, la necesidad y urgencia de renovación se volvía hegemónica y en el MAPU el proceso fue menos disruptivo de lo que ocurrió con otras colectividades de la izquierda chilena³⁸⁵. Para esta colectividad el proceso de renovación fue menos imposición y más construcción propia; fue menos ruptura y más continuidad debido a su particular cultura política. Los caminos de la convergencia discursiva se encuentran en Ariccia y en el II Pleno en Clandestinidad. Sin embargo, los caminos fueron diversos y solo la reconstrucción histórica nos permite entender cómo llegaron a confluir tan tempranamente en comparación con los otros partidos de nuestra izquierda³⁸⁶.

Los primeros discursos que se fueron articulando desde el Frente Externo en el exilio, pueden sintetizarse de dos formas. Por un lado, encontramos al parecer la línea mayoritaria del partido, que analizaba la derrota de la Unidad Popular como una derrota táctica y donde parte importante de la misma se debía a la escasa preparación armada con la que contaba el Movimiento Obrero y Popular. Dicha línea de análisis, por lo tanto, ponía el acento en ejecutar las acciones que posibilitaran una salida insurreccional y armada al régimen dictatorial que existía en Chile, como única forma de asegurar un triunfo futuro del proyecto socialista. La idea de lo insurreccional y militar, sin embargo, no era inmediata: debía

prepararse al pueblo para ello. Sin este elemento, cualquier transformación social futura, de la envergadura de una construcción socialista, fracasaría como lo había hecho la Unidad Popular.

Esta postura es nítida en el documento que en octubre de 1975 redactaba el FETEX titulado “A los partidos hermanos de la izquierda chilena”. En dicho documento se enfatiza:

El derrocamiento de la dictadura solo será posible si desarrollamos un movimiento de resistencia de carácter masivo que logre acumular las fuerzas ideológicas, políticas y militares suficientes, y sea capaz de culminar en una insurrección victoriosa, que aniquele el poder de la dictadura... los partidos de la izquierda tenemos la obligación de comenzar a construir concertadamente la capacidad militar propia del pueblo chileno indispensable para desarrollar el proceso insurreccional que derrocará a la dictadura e instaurará el gobierno popular y revolucionario³⁸⁷.

Me parece importante resaltar que esta propuesta de salida insurreccional no se entendía desde la perspectiva de la guerrilla al estilo cubano, sino que contiene en su fondo la creencia de que la defensa militar del régimen socialista se haría no por imposición o voluntarismo, sino que desde la perspectiva de defensa de un proyecto por todos construido y deseado. En esa línea analítica, la idea de hegemonía es bastante nítida, aun cuando fuera resistida desde el interior.

De manera similar recuerda Carlos Montes las primeras líneas de reflexión que llegaban desde el exterior:

Las primeras ideas que nos llegan de afuera, es si el tema era insurrección popular o guerra popular, con personajes que después terminaron diciendo exactamente lo contrario de lo que pensaban. Estoy hablando de José Bengoa, de Rodrigo Vera, o sea de un conjunto de personajes, pero era muy abstracto todo, o sea, nosotros aquí teníamos que sobrevivir... sobrevivir apenas, con mucha dificultad y desde afuera nos llegaba toda una versión de que aquí el problema era construir una capacidad de combate inmediato. Alguna gente sostuvo en

algunos documentos por ahí, que había que tener toda una capacidad de combate para poder enfrentar a “campo abierto”, recuerdo que se usaba en la época, al ejército. Cosas absurdas. Eso fue lo primero³⁸⁸.

Estas ‘cosas absurdas’ a las cuales se refería Montes, se combinaban por otro lado con las posturas que ponían más énfasis en la búsqueda de alianzas con los partidos que habían constituido la Unidad Popular en el pasado, como una manera de construir un referente antidictatorial poderoso, capaz de negociar y de llegar a una instancia de entendimiento con la Democracia Cristiana, en la urgencia de volver a un sistema democrático.

Los primeros documentos que pudimos revisar de producción clandestina, de quien fuera el Secretario General del partido en el exterior, Óscar Guillermo Garretón, junto con enfatizar la idea de fortalecer la salida militar a la dictadura, muestran una constante preocupación por incorporar al MIR en las negociaciones de constitución de alianza de la UP, aun cuando dicha colectividad no hubiera pertenecido a esa coalición de gobierno. Esta cercanía con el MIR, que el MAPU-Garretón había constituido en los últimos meses antes del golpe, justificaban la insistencia de su Secretario General por la integración a la discusión y a las negociaciones, así como permiten entender, paralelamente, las primeras coincidencias de los diagnósticos y salidas que a la dictadura le veían ambas colectividades³⁸⁹.

Junto con la idea de una salida insurreccional armada, el MAPU-Exterior coincidía con los análisis que las fuerzas rupturistas de la UP hacían de la derrota. Según ellos, parte de la derrota se explicaba por el predominio de posiciones reformistas dentro de los partidos de la izquierda, que no ayudaron a constituir una vanguardia verdaderamente revolucionaria que llevara al pueblo por el camino de la victoria y lo alejara del clientelismo histórico:

El MAPU, al igual que otros sectores de la UP y de la izquierda, ha planteado que la derrota de Septiembre refleja insuficiencias fundamentales de la clase obrera y pone en evidencia la ausencia de una vanguardia revolucionaria, capaz de imprimirlle al movimiento popular una conducción auténticamente revolucionaria y proletaria... Sin embargo, conquistado el gobierno, quedó de

manifiesto la incapacidad de la conducción política para guiar a la clase obrera y el pueblo a la victoria en la lucha por el poder. Ello es producto de todo el desarrollo anterior. Por una parte, la dirección política, en la definición de sus metas, de su línea y de sus métodos de lucha, está condicionada por el desarrollo objetivo de la clase obrera dentro de los marcos estructurales del sistema político y social chileno. Por otra parte, las insuficiencias ideológicas y políticas de la clase obrera y del pueblo son también el producto de la conducción que en ella imprimieron los partidos obreros y populares³⁹⁰.

Existe en esta reflexión una profunda crítica a la forma en que los partidos políticos, especialmente los de izquierda, se relacionaron con las masas y con sus representados, conteniendo un germen que explotó con fuerza en el discurso intelectual: me refiero a la idea de ‘sujeto popular autónomo’, cuya máxima expresión fueron los trabajos intelectuales que desarrolló un conjunto de científicos sociales en las ONG’s y Centros de Estudios (SUR y FLACSO). Es por ello que debemos decir que esta revalorización del movimiento social y sus capacidades de constituirse en una sociedad civil fuerte, se mantendrán a lo largo del proceso de renovación ideológica y es la primera coincidencia sobre la cual se articulará la sintonía de debates, en medio de la dispersión del mismo.

La segunda de esas coincidencias tiene relación con el abandono de las categorías clasista-economicistas para el análisis de los actores sociales, que también se dio tempranamente en la colectividad. Ambos MAPU, tanto el interno como el externo, plantearon que las transformaciones que estaba generando la dictadura militar en el plano económico y que eran visibles con las primeras medidas de shock del año 75, pusieron de manifiesto lo “fundacional del nuevo modelo neoliberal”. Según Óscar Guillermo Garretón, las transformaciones en el plano de lo económico y su análisis por parte de los miembros del MAPU en el exterior, hacían ver que las antiguas categorías analíticas poco servían para dar cuenta de la nueva realidad, que en el plano de la economía transformaba también lo social. Garretón recuerda:

En el exterior, las primeras dificultades del MAPU con sus aliados no derivaron de las orientaciones de Chile. Tuvieron su origen bastante temprano, precisamente en el juicio sobre el carácter estratégico del cambio que impulsaba

la dictadura. No era pura represión brutal, ni lacayismo del imperialismo. La diferencia con el resto de la UP, especialmente con el PC, se dio en el juicio sobre la política económica de la dictadura³⁹¹.

De esta forma, el MAPU exterior dirigido por Garretón comenzaba a articular un discurso que, de acuerdo con el recuerdo de este ex dirigente, no fue bien recibido por el resto de la izquierda chilena en el exilio:

Hay decenas de anécdotas donde altos dirigentes del PC y PS se reunían con máximas autoridades de diferentes países augurando la crisis inminente del modelo económico de la dictadura (si te interesa puedo relatarte algunos). Quizás contagiada por esa visión siempre catastrofista de un capitalismo al borde de la crisis, adobada con datos de Chile sobre cesantía, hambre, quiebra de empresas, etc., la UP hacía gala de este discurso “esperanzador” respecto a la economía chilena. Nuestra apreciación, más de una vez acusada de “derrotista” y “sembradora de desaliento en las masas combatientes”, era radicalmente distinta³⁹².

Según Óscar Guillermo Garretón, el discurso del MAPU en este plano podía sintetizarse de la siguiente forma:

Mire Ud., uno puede hablar de fracaso o crisis cuando se propone un objetivo y resulta otro. Pero no puede hacerlo si en la realidad ocurre exactamente lo que uno se ha propuesto. Si la dictadura se hubiera propuesto combatir la cesantía, evitar las quiebras, mantener los pactos regionales, impedir privatizaciones, evitar toda crisis coyuntural en alimentos, salud y otros bienes básicos, entonces se puede hablar de fracaso. Pero eso no es así. La dictadura se ha propuesto –otra cosa es que nos guste– transformar la economía chilena en una economía de mercado y abierta. Para ella la quiebra de empresas y su subsiguiente aumento de cesantía no es sino el costo asumido de una opción deseada. La apertura económica o las privatizaciones podemos repudiarlas, pero al materializarlas se está avanzando de manera sistemática en un cambio estratégico en la economía

chilena y probablemente en la mentalidad de los chilenos. Si bien a la larga esto les gustará a los empresarios, es un simplismo ver esta política como surgida de sus conspiraciones. El núcleo de este cambio es la alianza de un grupo ideológico que ha tomado el control de la conducción económica del gobierno – los Chicago boys, único grupo técnico colectivo y coherente, distinto a los grupos técnicos de la DC o la UP– en alianza con Pinochet, parte del ejército y la Marina. Por tanto, apostar al fracaso económico de la dictadura o a su transitoriedad era un grave error. Ella contiene un proyecto estratégico de largo plazo que se propone imponer contra viento y marea³⁹³.

De manera muy similar a este relato hecho por Garretón, se encuentran los diagnósticos internos que se hacían en Chile y que pudieron ser rastreados a través de los boletines Venceremos y De Frente. De esa transformación profunda que en el plano económico estaba articulando la dictadura, y que traía como consecuencia una transformación radical en el plano de lo político, se hacia necesario replantear el rol de los partidos políticos y su relación con los nuevos sujetos sociales emergentes. ¿Se debía seguir apelando a la clase obrera, cuando esta, producto de las quiebras de las industrias que habían surgido al amparo del modelo proteccionista pasado, se estaba desarticulando? ¿Se podía seguir hablando de clase obrera y organizada, cuando las reformas laborales y la represión política impedían la organización sindical? ¿Cómo nominar al nuevo sujeto que surgía de estos cambios tan profundos? Era necesario renovar el lenguaje, las antiguas claves enunciativas y conceptuales; de otra forma, lo político se alejaría cada vez más de esta nueva realidad, y el MAPU tomó tempranamente conciencia de ello.

Sin embargo, pese a esos análisis, el Frente Externo se había llevado consigo disputas de poder interna del MAPU post quiebre de marzo del 73, cuestión que en el Frente Interno se habían aplacado dadas las condiciones de represión y urgencia de la sobrevivencia que imponía el régimen dictatorial. De esta manera, la dispersión de posiciones analíticas, sumada a la dispersión territorial en el exilio y a la disputas de poder de los diferentes comités locales europeos, llevaron a la decisión de la Dirección Interna de Carlos Montes de dar el ‘golpe’ de intervenir el Frente Externo a fines de 1975, en búsqueda de tres objetivos que ya habíamos mencionado: terminar con la dispersión de discursos que en nada ayudaban a fortalecer una posición hegemónica dentro del partido; terminar con las luchas de poder que estaban detrás de esta discusión y que dividían al

partido en el exterior, y lograr vías de financiamiento más fluidas que le permitieran a la Dirección Interna sobrevivir en nuestro país.

Sobre si se lograron o no los objetivos, Carlos Montes evalúa:

[...] se logra en algunos aspectos. Yo creo que en la cosa más material, se retoma el flujo de financiamiento de manera más contundente. Sin embargo, en los otros puntos, no del todo. Inicialmente Tironi tiene un viraje más hacia el MIR³⁹⁴; entonces se rodea de un grupo que mira más bien para allá. Después Tironi se va a México y ahí entra en esta cosa de la renovación sobre “las anchas Alamedas” y esa discusión, pero inicialmente se va en una onda mucho más MIR, que en esa época era básicamente guerrillera y que no era la nuestra. O sea nosotros, nunca fuimos una cuestión militar³⁹⁵.

De esta forma, dos objetivos primordiales no se lograron inmediatamente con la intervención del Frente Externo; sin embargo, de a poco y nutriéndose del debate de la izquierda europea, que además constituía la principal fuente de financiamiento del partido, se va logrando hacer confluir los caminos discursivos.

Esta necesidad de buscar financiamiento en el exterior, fue para algunos militantes un elemento que les restó autonomía en el pensamiento. Así lo recuerdan los militantes de la Dirección del Frente Externo Ernesto Galaz, quien estuvo en Rumania y después en Bélgica, y Sergio Sánchez³⁹⁶, quien estuvo en Yugoslavia. Según Galaz:

[...] las fuentes de financiamiento o las obtenías de los estados que te apoyaban y por lo tanto era imprescindible tener buenas relaciones con los alemanes, con los soviéticos, los cubanos, los estados que podían darte plata. Esto obligaba al MAPU en el exterior a tener una política bastante amplia, por decir lo menos. Que iba de tener buenas relaciones con los cubanos hasta con la socialdemocracia escandinava, lo que muchas veces inhibía la capacidad y autonomía reflexiva³⁹⁷.

Sergio Sánchez coincide y enfatiza:

[...] en el comienzo era claro que el MAPU y nosotros en el exilio éramos un predecesor del Frente Patriótico, o sea las primeras tesis eran que había que armarse y botar a la dictadura. Entonces, cuando se da el cuento de que eso en Europa no tiene eco se comienza el cambio. Yo diría que la única parte donde yo hallé eco fue en Argelia; a mí me tocó hablar con Boumedien, para pedirle solidaridad y él me dice si ustedes quieren enfrentar a la dictadura a través de la lucha armada, nosotros les damos las armas y usted que está en Yugoslavia, los yugoslavos le ponen las armas donde usted quiera. Pero evidentemente, eso duró unos cuantos meses y rápidamente hubo un viraje... Tanto así que Carlos Altamirano, que era el ultra radical, al poco andar se da cuenta de que esa postura no le trae ningún apoyo, y entonces se va a Holanda y se pone en manos de la socialdemocracia³⁹⁸.

De esta forma, ya hacia el año 1977, cuando se realiza la Conferencia del Frente Exterior en Argelia³⁹⁹, los discursos del Frente Exterior se abrían camino hacia la renovación. El camino había sido poco autónomo, tuvo que ser intervenido, estaba mediatizado por la discusión que la izquierda europea esgrimía sobre el fracaso de la UP, pero finalmente lograban coincidir las sendas. En pocas palabras, el anhelo de Carlos Montes de lograr una sintonía discursiva se encontraba casi cumplido.

Es así, como ya mencionamos, que se comenzó a abandonar el reduccionismo clasista, a mantener la valorización de la autonomía del movimiento popular, junto a una revalorización de la democracia. El Voto N° 1 del Frente Externo, que abogaba por mantener una estrategia de guerrilla política de masas, introducía el elemento gramsciano de la hegemonía. Así los caminos confluían lentamente.

El documento del FEXT producido en Bélgica en 1977 con motivo de la Conferencia de Argel, enfatizaba que había que abandonar las categorías clasistas y reduccionistas que antaño habían servido para analizar la realidad chilena, producto de que el cambio que la dictadura había generado era profundo

y no epidérmico. Según este documento:

[...] este cambio de estructura trae como consecuencia para nosotros el tener que variar lo que hasta ahora había sido el análisis de clases que realizábamos de nuestra sociedad; es así como hoy día surge una cantidad apreciable de subproletariado que en la práctica viene siendo la fuerza que actúa en el plano semilegal de la lucha (comités de cesantes, comedores populares); el empleo mínimo también constituye una manifestación donde se encuentran aquellos sectores que antes constituían la pequeña burguesía y demás capas intermedias⁴⁰⁰.

Esta complejización social que ha generado el impacto del modelo económico de la dictadura, provocaba la necesidad de repensar la realidad y resignificar las categorías de antaño, a la luz de las mismas transformaciones.

En ese contexto, el otro tema que en el exilio comenzó intensamente a discutirse, era el tema de las alianzas políticas. Tal como recuerda Ernesto Galaz, la primera lógica que los exiliados asumieron en este plano era la reconstitución de la UP; sin embargo, en el interior de nuestro país ya se había planteado una aguda crítica a esta alianza, producto de que dicha estrategia se entendía como agotada:

El MAPU afuera funcionaba en torno a la UP y un poco como reflejo de lo que había sido la UP afuera antes del golpe. Y el MAPU aquí dentro no estaba en esa, porque no era posible que la UP existiera, pero más que eso porque ya había empezado un proceso de distanciamiento de la UP y del modelo que la misma representaba. Se entendía que la reconstrucción del movimiento popular no iba a darse de la misma manera como se había dado y por lo tanto no había que insistir en el mismo modelo. Y afuera, había gente que entendía que la UP era la única manera de sobrevivir como orgánica y para juntar los recursos, hasta otros que creían que el modelo seguía funcionando. Eso fue así y cuando se hace la Conferencia del Frente Externo, se cambia el giro y se empieza a tener una política en el exterior igual a la del interior. Somos así el primer partido que comienza a tener la dirección política en el interior y no afuera. Fuimos considerados disruptores⁴⁰¹.

De esta forma, será en el exilio donde el tema de las alianzas políticas y de clase se convierta en un tema central. La mayoría de la discusión de los documentos del FEXT va articulando la posibilidad de construir una Convergencia Socialista, vista como necesaria para salir de la dictadura. Dicha Convergencia fue entendida como una alianza política y programática nutrida por las luchas de resistencia, respetando la autonomía del movimiento obrero y popular, así como la reconstrucción de un proyecto político socialista y democrático. En ese sentido, el MAPU va construyendo lentamente una coherencia discursiva al plantear tanto en el interior como en el exterior que una alianza sin proyecto programático está condenada al fracaso. De esta forma, ya a fines de 1979 existe coincidencia discursiva entre los escritos intelectuales de Tironi, la reflexión en el exterior y los lineamientos de la política interna del MAPU.

La sintonía analítica ayudó a limar asperezas entre las dos direcciones y a fortalecer acciones destinadas a operacionalizar la política de renovación. Mientras el Frente Externo trabajaba afanosamente por recursos y por constituir alianzas, al interior de Chile se articulaba efectivamente la política de la guerrilla de masas, de violencia no activa, que fue posibilitando que germinaran las semillas de renovación. De esta forma, el Frente Externo define que:

...es a nosotros, militantes de la izquierda en el exterior, que nos cabe la responsabilidad de ser una efectiva retaguardia en el plano material, solidario, político e ideológico de nuestra lucha en el frente principal; somos nosotros los encargados de mostrar al movimiento obrero internacional, a la solidaridad internacional los grandes avances de la resistencia, desarrollando tareas, entregando los elementos que sean expresión real de nuestra lucha. Creemos necesario emprender desde ya el trabajo emanado de las directrices del interior, adecuando aquellas a la realidad local⁴⁰².

De esta forma, a tres años de la conducción de Montes en el interior, su dirección lograba consolidarse, no sin críticas y disidencias como habíamos analizado anteriormente. Sin embargo, en el año previo al desarrollo del Seminario de Ariccia en 1979, los caminos del interior y del exterior confluían, se apoyaban y

dividían el trabajo de manera que las sendas hacia la renovación se pavimentaban más rápidamente y tomaban cuerpo en la propuesta de una Convergencia Social. Según Tironi:

...el impacto de la derrota, así como de las transformaciones en el orden objetivo y subjetivo experimentadas por la sociedad chilena en los últimos años, ha repercutido sobre el bagaje teórico-político de la corriente socialista con más fuerza que sobre las demás, como efecto de una cierta sensibilidad frente a los cambios de la realidad nacional y de un espíritu crítico, creador y antidogmático⁴⁰³.

Estos elementos constituyentes de una cultura política permitían avanzar hacia la posibilidad de una alianza, que según el interventor del Frente Externo, debía nutrirse de las luchas sociales internas.

Situado en el marco discursivo anterior, la Convergencia Social (posteriormente llamada Convergencia Socialista) resultó de la redefinición, hecha a la luz de la autocritica que había realizado la izquierda, del concepto de socialismo. Este debía caracterizarse por “la adopción de un pensamiento crítico, creador, enemigo de todo dogmatismo, lo que implica por sobre todo rechazar la esterilización estalinista del marxismo”⁴⁰⁴, junto a la revalorización de todas las propuestas ideológicas que abogaban por el respeto hacia lo humano, la tolerancia y la libertad, que en la práctica se reunían en la lucha cotidiana contra la dictadura, aún antes siquiera de que esto fuera teorizado o conceptualizado como tal. Esta ampliación social se encontraría sustentada:

...en la idea democrático-socialista de la Revolución chilena, esto es, el desarrollo de un proceso democratizador sustantivo sostenido en una presencia hegemónica de los trabajadores y en el libre y extendido ejercicio de la soberanía popular. Se trata en otros términos de una concepción donde los términos de democracia y socialismo se contengan mutuamente⁴⁰⁵.

Democracia social que debía necesariamente redefinir el rol del partido sustentado ahora en:

...una práctica política no burocrática, en la que el partido no es el “aporte ilustrado” de un “socialismo” sobre el cual hay que convencer a un pueblo desprevenido; que no aspira al control del movimiento social, sino a orientar su dirección en el máximo respeto a su propia autonomía, que en su interior ejercita la democracia hasta sus últimas consecuencias⁴⁰⁶.

Lo anterior requería, por cierto, de una ruptura con los antiguos dogmas que guiaban a la izquierda marcando sus derroteros; significaba la posibilidad de moverse en un ambiente de libertad que la perplejidad permite y, ante la dura crítica, construir nuevos programas políticos más certeros, más renovados y más hegemónicos. Para eso el nuevo socialismo no debe aceptar “vaticanos ideológicos o políticos”, sino que debe alimentarse siempre “del análisis crítico de nuestras propias condiciones nacionales”⁴⁰⁷.

De esta forma, la nueva Convergencia Social integra discursivamente los principales elementos ideológicos que caracterizan el proceso de renovación socialista. Ad portas de la realización del Seminario de Ariccia y después del II Pleno en Clandestinidad, en el MAPU el proceso era ya abiertamente hegemónico. La nueva Convergencia se definía entonces como “una confluencia cualitativa alrededor del perfil histórico del socialismo chileno, de fuerzas políticas y culturales que traen consigo distintos acervos, diferentes orígenes y prácticas. Del éxito de este proceso dependerá el levantamiento de una alternativa democrático-socialista popular y moderna que en los años a venir permita romper con el bloqueamiento histórico del país”⁴⁰⁸.

La necesidad de esta construcción política estratégica era fundamental para el MAPU, ya que solo esto le garantizaría la posibilidad de sobrevivir. Garretón analiza desde el presente que la urgencia de las alianzas y la idea de la construcción del Bloque Histórico Socialista y que más tarde derivó en la Convergencia, era urgente para que la cultura política de esta colectividad pudiera seguir existiendo dentro de la izquierda:

[...] los Mapu necesitaban imperiosamente encontrar una casa política nueva donde convivir y remezclar sus sellos. Ese problema no era de la misma dimensión para el PS y el PC, menos antes de la crisis de la URSS. Ayudó al MAPU en ello que la siega de la dictadura pasó muy a ras del suelo, igualando a todos en la proscripción, la represión, el exilio, etc. Las pertenencias históricas originarias de los Mapu –Reforma Agraria de Frei, Vaticano II, reforma universitaria, vertientes europeas post 68 de marxismo, etc.– no significaban mucho frente a la pertenencia unificadora, agobiante, inolvidable cada minuto del día, al mundo de los perseguidos por la dictadura⁴⁰⁹.

Sin embargo, estos últimos referentes identitarios fueron los que posibilitaron al MAPU construir una continuidad en los análisis de la derrota-fracaso de la UP. El mirar hacia atrás, hacia sus inicios, les permitió reencontrarse con aquellos derroteros diversos que articularon tempranamente los discursos de la renovación socialista:

Considerar esto tiene otro ingrediente de actualidad. Si bien el MAPU –como dices– tuvo razones y aptitudes especiales para aportar al fenómeno de la renovación, no se bastaba por sí mismo. El proceso debía ser muchísimo más amplio para hacerse hegemónico en la izquierda (recordemos que es solo en 1989, en la primera elección parlamentaria de la democracia, que la ciudadanía zanjó la primacía en la izquierda del voto renovado –PPD– por sobre el voto más ortodoxo que expresaba el MDP y permitió la reunificación socialista en diciembre de 1989)⁴¹⁰.

El MAPU, pese a la existencia de nueve años más después de que tomara cuerpo el discurso de la renovación en el interior, decide autoinmolarse en función del propio proyecto renovador. Sin embargo, el proyecto de construir un nuevo referente político identitario, que superara las matrices estructurales de los partidos clásicos de la izquierda, será la lucha que los MAPU intenten dar al interior del PS y del PPD, en pos de una Concertación que se constituyera en el soñado Bloque Histórico y que anteriormente nominara Radomiro Tomic como Unidad Popular.

Ariccia y el II Pleno 1979-1980

En enero de 1979 se realizó en Ariccia, cerca de Roma, en Italia, un seminario organizado por Lelio Basso, denominado “Socialismo chileno. Historia y perspectivas”, que tuvo una segunda versión en el verano de 1980. Dicho evento tenía como principales objetivos discutir las nuevas perspectivas del socialismo en el marco de los cambios que vivenciaba el mundo, los socialismos reales y en especial, los cambios que vivía nuestro país después del fracaso de la Unidad Popular y el proyecto implementado a fuego por la dictadura militar. Paralelamente, se afirmaba que el seminario también tenía como objetivo generar una discusión sobre “las proposiciones orgánicas como la creación de un Comité de Enlace permanente entre partidos del área socialista, así como la creación oficial de un organismo amplio que organice la acción de los exiliados chilenos”⁴¹¹.

El evento congregó a los miembros de los partidos de lo que fue denominado vertiente socialista del espectro de la izquierda chilena, es decir al Partido Socialista, al MAPU⁴¹², al MAPU-OC y a la Izquierda Cristiana, dejando fuera de dicha área al Partido Comunista. Se rompía así con una alianza estructurada históricamente desde la década de 1950.

Sobre la base diagnóstica de la crisis que vivía la izquierda chilena, en el seminario se discutieron los principales tópicos que más tarde se conocerán como ideas de la renovación socialista, avanzando además sobre la estrategia política de realizar una amplia alianza partidaria que buscase las líneas de acción más eficientes para derrotar a la dictadura de Pinochet. De esta forma, fueron elementos centrales de la discusión los conceptos relativos al socialismo y la democracia y aunque la diversidad de definiciones daba cuenta de lo precario del proceso de renovación socialista en general, sí se avanzó de manera bastante audaz en la idea de la Convergencia Socialista, como alianza partidaria y como diseño de nueva organización superior que le diera conducción política a la salida a la dictadura. De esta forma, tal como sistematiza la editorial de la revista Fragua: “como puede apreciarse en las opiniones que se recogieron entre los dirigentes presentes, no todos tienen la misma concepción del área socialista o de su proceso de convergencia. Pero todas las intervenciones parten de la base de

una cierta crisis, de un inmovilismo, de la necesidad de renovarse, de aprender de las experiencias de la Resistencia”⁴¹³.

La diversidad conceptual y la discusión que se dio en el seno del seminario, demostraban además que dentro de los partidos de la izquierda chilena había grandes diferencias en sus propias definiciones sobre los temas que convocaban al área socialista. En este sentido, el MAPU era una especie de excepción a la regla, porque los discursos entre el interior y el exterior, así como los avances en la definición teórica y programática del partido, comenzaban a tener sintonía expresa y hegemónica en esos mismos años. La sistematización final de los principales postulados teóricos, analíticos y programáticos quedaron plasmados en el II Pleno en la Clandestinidad, evento que media entre la realización de Ariccia I y Ariccia II, y que aúna en una sola postura coherente y sólida, las discusiones internas con las externas, avanzando posteriormente hacia la nueva discusión relativa a la Convergencia Socialista. Sin embargo, los principales postulados de la renovación, es decir lo que entenderá el MAPU por socialismo, por democracia, el tema de las estrategias de lucha, el abandono del marxismo dogmático, la integración de un lenguaje analítico más flexible, así como la sistematización de una estrategia de lucha que tendiera a la autonomía del movimiento social, dentro de una concepción de partido político, del poder y del Estado, articularon el marco de reflexión sobre el cual dicha colectividad analizó las posibilidades de alianzas partidarias, en el contexto de su propia renovación política. El camino que el MAPU llevaba recorrido en este sentido era ya bastante largo.

Los principales acuerdos a los que llegó el Seminario de Ariccia, según su acta de clausura, y que avanzaban en el proceso de renovación ideológica de la izquierda socialista chilena, son los siguientes:

1. Valoración de las nuevas estrategias de lucha que se han dado dentro de la resistencia chilena. Con lo cual se hacía un llamado a los partidos a sistematizar estos nuevos métodos surgidos en el fragor de la lucha y que dan cuenta de un agotamiento de las estrategias tradicionales enarboladas por la izquierda.
2. Junto a la valoración de estas nuevas estrategias, se criticó el rol de los partidos de izquierda en la tarea de sistematización y conducción del proceso, aduciendo que los movimientos de resistencia en Chile registran carencias “que

todavía los afectan, especialmente al nivel de la dirección política de la izquierda y sus instancias unitarias”⁴¹⁴.

3. Se valorizó la “concepción profundamente democrática en todos los ámbitos del socialismo que se aspira a construir su carácter nacional y capacidad para representar una respuesta de fondo a los problemas de Chile, que recoja las aspiraciones e intereses de todos los trabajadores y capas sociales oprimidas”.

4. Junto a lo anterior, se rescató la autonomía del movimiento de masas, considerado como maduración de las fuerzas progresistas en el plano de lucha contra la dictadura, aunque con desarrollo todavía incipiente.

5. Sistematización de la idea de “forjar el más amplio bloque social y político de fuerzas en torno a un compromiso de luchar por la democracia y la plena realización y vigencia de la soberanía popular en la decisión de los destinos de Chile”⁴¹⁵.

Del análisis anterior, podemos concluir que los registros centrales sobre los cuales se articuló el proceso de renovación socialista en general quedaron planteados. Sin embargo, todavía permanecían abiertas varias propuestas programáticas que le dieran cuerpo a una reflexión un tanto dispersa; sobre todo, lograr definir la difícil forma en que se articularían socialismo y democracia.

Sobre este hecho, creo que es importante destacar que la discusión teórica de las distintas vertientes sobre los conceptos de democracia y socialismo se desdibujó y perdió fuerza hacia mediados de los años 80, en la urgencia de derrotar a la dictadura. Esto conllevó a mantener una construcción esencialista del concepto de democracia, para formar la amplia alianza política, que no necesitará mayores definiciones dado el contexto, pero que limitó el proyecto político de la transición a la democracia, generando críticas, frustraciones y divergencias. La idea de democracia y de una sociedad nueva posdictadura, no se dibujó bajo una matriz hegemónica y cada partido construyó la propia, perdiéndose la posibilidad de construir un ideario simbólico sobre el cual se articulara un nuevo mito fundador de la alianza entre el centro y la izquierda. Un mito fundador que lograra superar la sola referencia a la lucha contra la dictadura. Sobre esas ideas la evaluación de si el proceso de transición está o no concluido, será fundamental para comprender la actuación de cada sujeto político en nuestro tiempo presente.

De esta forma, en el contexto del Seminario de Ariccia, el MAPU traía sus propias definiciones sobre lo que entendía por socialismo, democracia, partido político, Estado, poder y movimientos sociales. Estas propuestas teóricas se presentaron a través de los documentos que generaron grupos de discusión, escritos por Óscar Guillermo Garretón, Rodrigo González y Javier Ossandón y que daban cuenta de una clara sintonía con lo que se sistematizó en el II Pleno en Clandestinidad desarrollado en nuestro país.

Sobre el concepto de socialismo, el MAPU sostenía que debía definirse no solo...

...como una sociedad más eficaz para la mayoría: debe ser también una sociedad más feliz⁴¹⁶, más fraterna, más amable. Por lo demás, las dificultades serán grandes en la construcción del socialismo y necesitamos a un pueblo templado, comprometido a sacrificarse por lograrlo y no un pueblo encandilado por promesas de victorias fáciles y acomodadas⁴¹⁷.

En suma, la construcción de una sociedad socialista se definía en términos valóricos y éticos, debía contar con una hegemonía social y no ser entendida como una imposición de una vanguardia iluminada. Se abandona lentamente la idea de que socialismo se contrapone con la democracia, porque el socialismo ya se entendía como vector orientador de las transformaciones y no más como un tipo particular de régimen de gobierno.

Según Garretón, “desde siempre el MAPU ha defendido al socialismo como un poder de las masas obreras y populares y siempre –lo planteó hace tiempo Rodrigo Ambrosio– hemos tenido una visión integral de él, que rebasa la sola consideración económica”⁴¹⁸. En ese sentido, el nuevo socialismo para el MAPU debía necesariamente tener un sello democrático.

Bajo esta definición, el partido reactualiza críticamente sus concepciones de la democracia, para poder sistematizar una unión fraterna entre esta y socialismo, que antes se entendían como antagónicos. De allí que se explice que:

[...] entendemos al socialismo, como aquella sociedad en la cual todas las palancas del poder, en todos los ámbitos de la vida social, están en manos de las mayorías populares y no existe minoría alguna con el poder suficiente para imponer sus designios a las mayorías. Un poder así concebido no representa sino una democracia plena de profundidades impensadas bajo el capitalismo. Porque socialismo para nosotros supone democracia económica. Sin embargo, supone también y principalmente democracia política. Pero no basta asegurar al pueblo el derecho de elegir con tantos años, sino que además y sobre todo debemos construir un pueblo entero, protagonista de las decisiones nacionales⁴¹⁹.

En suma, lo que hace Garretón aquí es unir las dos radicalidades de las que hacía mención previamente Manuel Antonio Garretón, en su balance del proceso de renovación. Radicalidad democrática y radicalidad socialista entendidas como principios aglutinadores de una construcción política, social, económica y cultural donde estuvieran representados hegemónicamente los objetivos e ideas de la mayoría del país.

En esta idea de mayorías, existe un claro avance del MAPU en dejar de hacer referencia exclusiva a la clase obrera como depositario del potencial revolucionario que caracterizaba las definiciones socialistas de los años 60 y 70. El abandono del clasismo economicista marxista fue sustancial para abordar en forma contigua las transformaciones que la dictadura y sus políticas económicas habían generado en la sociedad chilena.

Los actores políticos han sistematizado que la nueva realidad social no se ajustaba a las categorías pasadas con las cuales se analizaba al país y su estructura socioeconómica. El proceso de renovación daba cuenta de ese cambio y obligaba a hacerse cargo de una redefinición teórico-conceptual que permitiera comprender la realidad de una manera más compleja, pero al mismo tiempo, también era una necesidad para que el diagnóstico y el lenguaje político fuera más próximo a lo que la gente común percibía como su propia realidad. De esta forma, Óscar Garretón afirmaba:

[...] es imprescindible convocar al interior de nuestro proyecto a otras fuerzas sociales. Y cuando hablamos de pueblo de Chile, no basta con la formula de la

alianza obrero-campesina adecuada a otras realidades: ella por sí sola no resuelve el problema de la fuerza social de la revolución en un país con un 75% de población urbana y una formación social compleja.

En ese sentido, “los elementos subjetivos influyen en las posiciones de las fuerzas sociales de la revolución. El solo criterio clasista define determinantes elementales gruesos, pero no recoge todas las mediaciones ideológicas que van desde la posición de clase hasta la postura política específica de grandes masas de nuestro pueblo”⁴²⁰.

La consideración de estos elementos subjetivos en el plano de la lucha política hizo abandonar las ortodoxas premisas marxistas-leninistas de la conciencia de clase, que generaba análisis reduccionistas y enfatizaba como superior el rol conductor que jugaban las vanguardias políticas. La emergencia del consumo, las diferencias de posición entre los sectores medios así como de los sectores populares, ya no serán entendidos como desviaciones o falsa conciencia, sino que tratarán de ser entendidos como fenómenos subjetivos, sobre las cuales las nuevas prácticas políticas constructoras de hegemonía debían dar cuenta.

Este será un tema no menor en la consideración de las estrategias de lucha contra la dictadura. Tal como indica Javier Ossandón:

[...] estamos convencidos que es indispensable, sobre la base de una autocrítica seria y global, apuntar a la renovación integral del movimiento popular. Lo cual implica de partida modificar sustancialmente el estilo con el cual la izquierda ha venido vinculándose con las masas y sus organizaciones amplias, las formas de enfrentar el debate político y la lucha ideológica, el lenguaje de nuestro discurso. Para avanzar, democratizar la izquierda, fundar la unidad en una intensificación de la acción común en la lucha contra la dictadura y en un diálogo abierto, sin complejos, clarificador. Renovación que, en suma, se expresa en una práctica política democrática que día a día que vaya prefigurando en cada una de nuestras acciones el modelo chileno de sociedad socialista que aspiramos a edificar⁴²¹.

El análisis renovado, por ende, debía hacerse cargo de la complejidad de la

nueva estructura social y del abandono del clasismo como categoría teórica dogmática, ampliándose a la idea de la subjetividad y de hegemonía como parte de las nuevas prácticas políticas, lo que redundaría en un cambio radical de la concepción del partido político.

Se constaba en los análisis que, producto de la crisis de representatividad partidaria que viven las colectividades política al interior de Chile, dado el contexto de desestructuración forzada y persecución que la dictadura había sistematizado para desarticular a las colectividades, el movimiento de resistencia tenía cada vez más a la autonomía en referencia a los partidos políticos tradicionales. De esta forma, bajo ese diagnóstico se hacía necesario redefinir el rol del partido político en este nuevo contexto, así como la redefinición de su relación con las masas o el movimiento social.

Al respecto, Óscar Garretón planteaba que “concebimos al partido como instrumento y parte de un pueblo, no como el actor central del proceso. El gran actor de un proceso revolucionario transformado en un bloque social y político es el pueblo. El partido es el instrumento fundamental en la constitución de ese pueblo en protagonista”⁴²². De esta manera, el partido no puede instrumentalizar al pueblo, sino que la relación debe ser inversa, es decir, el partido debe ser el instrumento a través del cual la lucha sea más articulada y eficiente en la búsqueda de determinados objetivos políticos.

Con lo anterior se abandona la idea de vanguardia leninista y se utiliza un concepto de partido más gramsciano, es decir, se deja el iluminismo de la vanguardia de Lenin para pasar a una construcción conceptual que entiende al partido como constructor de hegemonías y no como impositor de ideales supremos.

Este cambio teórico supone también para esta colectividad una necesidad de redefinir lo que se entiende por poder. Este tema será nuevamente central en la discusión, y tal como analizamos en el proceso de quiebre del MAPU en el año 73, este vuelve a retomar importancia a la hora de definir posiciones. El Estado y el movimiento social dejaron de ser entendidos como antagónicos en la lucha por el poder. De allí que, para que este desarrollo sea armónico y complementario se supuso como vital recuperar el espacio del Estado para hacer las transformaciones estructurales más amplias, sin que esto sea visto como una perdida inmediata de la autonomía y el poder social, que han desarrollado las masas en su convivencia y luchas cotidianas. Lo que anteriormente hemos

denominado como el ‘sano apartheid’ entre lo social y lo político trasciende también al discurso emergido desde el seno del partido. Por ello se enfatizó que:

...concebimos la forma de construcción y desarrollo del socialismo y su Estado no con las masas constituidas en Estado, sino un Estado socialista sustentado en una fuerza organizada de masas, autónoma de él, transformando ambos en motores del desarrollo socialista de la sociedad. Ni las masas “estatalizadas”, ni un Estado omnipoente ajeno a su control son garantías de un desarrollo de la democracia: la construcción socialista se da desde dentro y fuera del Estado⁴²³.

La anterior definición surge no solo de las referencias hechas a la constatación de la autonomía que había ido adquiriendo el movimiento de resistencia en nuestro país, que de todas formas fue el elemento central, sino que también de una aguda decepción sobre la construcción histórica que sostenía a los socialismos reales. La crisis de referentes no es solo ideológica, sino que también simbólica, y así lo reconoce Rodrigo González cuando afirma que:

Los cambios son tan enormes que ya no son los mismos los referentes de los pueblos y de los militantes de los movimientos populares. Han caído en crisis los modelos del socialismo y se han debilitado los ídolos de las décadas pasadas. Basta hacer mención a Indochina y todas sus implicaciones. El socialismo ha dejado de ser un pensamiento, una doctrina, un ideal. Ante los ojos del mundo es una realidad. Una realidad que refleja deformaciones y aberraciones muy importantes, incompatibles con los principios y motivaciones que habrían guiado a la construcción de los regímenes de ese nombre⁴²⁴.

Ante esa orfandad simbólica, la izquierda debía hacerse cargo de refundar al socialismo como principio de justicia social, de bienestar, de comunitarismo, de democracia y de felicidad. Esto conlleva a una construcción teórica que no supone al socialismo como un estado dentro de la evolución de la historia, sino que lo supone como ideal de sociedad por construir, sin que ese ideal se agote, sino que se constituya como motor de los cambios hacia la perfección mayor.

Lo anterior, podemos afirmar, son los principales ejes que articularon las proposiciones del grupo en exilio, aunados a la otra gran preocupación de constituir una fuerza política superior denominada Convergencia Socialista, que sistematizara a nivel político y de alianzas partidarias la salida a la dictadura militar. Esta discusión se zanjó años más tarde, tanto dentro de la izquierda como dentro del MAPU en particular, para constituirse de manera oficial hacia el año 1983.

Si en el exilio Ariccia fue central para darle sistematicidad a las reflexiones renovadas, en el interior el hecho que marca la adopción de esta línea analítica, fue el desarrollo del II Pleno en Clandestinidad realizado en Chile en 1980. Dicha instancia de reunión logró hacer converger los postulados del Frente Interno con el Externo, entregándole una potencialidad especial a esta colectividad, sobre todo para enfrentar las negociaciones posteriores en la línea de la Convergencia Socialista.

De esta forma, las reflexiones de ese encuentro pueden sintetizarse de la siguiente forma:

1. El proyecto dictatorial ha cambiado profundamente a Chile y constituye además un proyecto de largo plazo.
2. Se constata una fuerte crisis en la izquierda, dada la disonancia entre prácticas y lenguaje político, así como de representación de la subjetividad del sentir de las masas. “Nuestros lenguajes, preocupaciones, aspiraciones y valores se distancian crecientemente. El universo teórico y doctrinal de la izquierda está profundamente alejado del sentido común de las masas y de la cultura popular. Nuestras formas de hacer política están desgastadas”⁴²⁵.
3. Es necesario cambiar la relación entre partido y masas, abandonando el concepto de vanguardia y de superioridad del partido. Debe privilegiarse el sentir y actuar autónomos del movimiento social. De allí el fuerte rol que se le asigne a la estrategia de la “guerrilla política de masas” como principal instrumento para agotar a la dictadura.
4. Se entiende por socialismo un modelo de construcción política:
...donde la propiedad social de los medios de producción aseguren a los chilenos

la plena igualdad de oportunidades y el desarrollo nacional por la senda del progreso cultural y material en equilibrio con la naturaleza y las condiciones de vida elementales para la humanidad. Donde los trabajadores y las mayorías nacionales ejerzan a través del Estado como palanca eficaz de transformaciones revolucionarias su dominación sobre la sociedad. Aislando y suprimiendo toda acción contrarrevolucionaria de la minoría en el marco del respeto de los derechos humanos, sociales e individuales y del impulso de la amplia libertad de expresión y pluralismo ideológico en el seno del pueblo⁴²⁶.

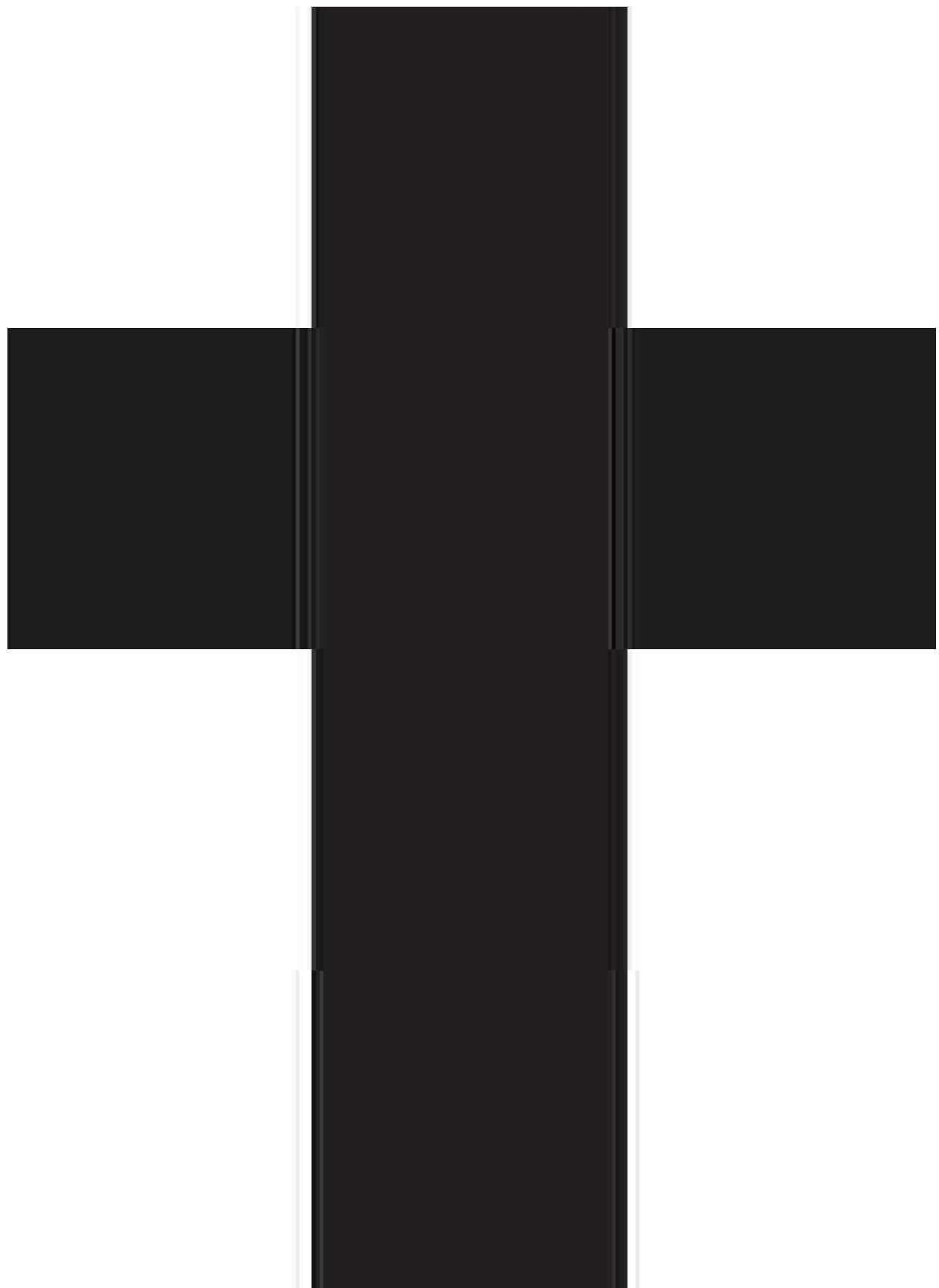
5. Ese modelo de socialismo no puede entenderse sino dentro de un contexto de democracia, donde se haya “superado su acepción burguesa” y se entienda como el escenario político viable, donde las transformaciones hegemónicas contemplen soberanía popular, independencia y respeto de las diversidades así como democracia económica.

Estas reflexiones demuestran el temprano ensamblaje entre las reflexiones surgidas desde la práctica política en Chile y desde las realidades de exilio. Sin embargo, tenían un gran talón de Aquiles: la mantención o no de la existencia del propio partido. ¿Podía justificarse la existencia del MAPU en este nuevo contexto referenciado por los códigos renovados? ¿Qué cuerpo debía tomar la propuesta de la Convergencia? ¿Era esta solo un nombre para nominar una nueva alianza con el centro, que en la práctica podía remontarse a un pasado de resistencia antifascista, al viejo estilo de los frentes populares? ¿No era acaso la Convergencia un nuevo proyecto de identidad política, un nuevo bloque histórico? Si lo era, ¿para qué seguir manteniendo los viejos partidos? Y a raíz de ello, ¿cómo hacer para que la Convergencia se articulara dentro del marco de una identidad histórica, que no se explicara a sí misma sobre la coyuntura solamente? ¿Cómo darle continuidad a un proyecto de largo plazo, que construya un discurso hegemónico y que pueda sentirse parte de la historia de Chile? ¿Cómo no parecer y ser algo que de tan nuevo impida a los sujetos reconocerse?

Las respuestas a estas interrogantes, más que emergidas de la sistematización de los propios sujetos, pueden ser contestadas a la luz de los procesos históricos que se vivieron en el Chile de la década de los 80 y que sabemos culmina con la desaparición formal de este MAPU en el año 1989. Pero antes de esta eutanasia política, la otra versión del MAPU, el que dirigía Gazmuri, también hizo su

propio proceso de renovación y cuatro años antes de que el MAPU-Garretón se autoinmolara entrando al Partido Socialista.

CAPÍTULO VI



**DISCURSIVIDAD RENOVADA Y PRACTICES EN
TRANSICIÓN: LOS CAMINOS DEL MAPU OBRERO
CAMPESINO HACIA LA PRIMERA AUTOINMOLACIÓN**

El MAPU Obrero Campesino fue el nombre que tomó el sector del MAPU, que dirigido por Jaime Gazmuri, quebró con la colectividad en un “confuso y vergonzoso”⁴²⁷ proceso que tuvo su primera visibilización pública en el II Congreso de 1972, y que toma forma en un fallo judicial de 1973, en el que se obligaba a la fracción dirigida por Gazmuri a abandonar sus intereses por mantener el nombre de origen de la colectividad.

Esta colectividad ha sido comúnmente ubicada, por los análisis políticos sobre el contexto coyuntural de la Unidad Popular, dentro del grupo de fuerzas gradualistas, muy cercana al Partido Comunista y que era partidario de hacer las transformaciones sociales sin romper con la estructura legal que el propio sistema político proporcionaba. La cercanía que tuvo con los sectores moderados del PS y el PC, se gestó por medio de las redes sociales que estos habían articulado. Ejemplo de ello, es la experiencia de Enrique Correa, quien ejerció durante el periodo de la UP como asesor de Clodomiro Almeyda en la Cancillería, dirigente socialista cuyas hijas eran a su vez militantes de esta pequeña colectividad.

Al igual que el sector que mantuvo el nombre de MAPU, el MAPU Obrero Campesino (MAPU-OC) tenía una estructura partidaria relativamente precaria, pero bastante más orgánica, para dar respuesta rápida y ordenada a los requerimientos políticos que el nuevo contexto exigía. A los días de ocurrido el golpe de Estado, el MAPU-OC logra re establecer un mínimo sistema de enlaces, que permitió una pequeña reunión en máximas condiciones de seguridad, en la que se resuelve que la dirección de la colectividad se quedaría en Chile, rechazando asilarse. Tal como recuerda Jaime Gazmuri, solo se asilarían, para no poner en riesgo sus vidas, quienes eran figuras conocidas por su participación en el gobierno de la UP⁴²⁸.

Una vez tomada esa decisión, lo más urgente era rearmar el circuito, establecer una red de financiamiento mínimo, condiciones mínimas de seguridad para los que nos quedábamos, en condiciones de mucha precariedad. El problema era conseguir locales para funcionar y crear algún sistema de enlace entre la dirección y el resto de las estructuras partidarias⁴²⁹.

Buscando resolver esos problemas puntuales, Gazmuri como secretario general instala la idea de que la mejor forma de sortear la actividad represiva de los organismos de seguridad, era migrando desde las poblaciones a los barrios de la clase alta santiaguina. Haciendo eco de una reflexión que, según sus memorias, emergió de la experiencia de los tupamaros uruguayos, la instalación clandestina en los sectores acomodados implicaba mimetizarse de la mejor forma posible con la clase alta, sobre todo en las prácticas cotidianas.

Mantener seguro al Secretario General del Partido era una ardua tarea para la pequeña estructura orgánica del MAPU-OC; sin embargo, cabe señalar que en esa tarea fueron fundamentales las redes sociales que los propios sujetos tenían y que les permitieron insertarse sin problemas en los barrios acomodados y mantener un determinado nivel de vida, para no despertar sospechas de los adherentes al nuevo régimen militar. A nuestro juicio, esta particularidad del MAPU, con redes sociales vinculadas a sus propias experiencias de vida, a la clase alta y media alta, colegios privados mayoritariamente católicos y educación formal universitaria de elite, les hizo más fácil mantenerse en la clandestinidad. Así, aunque Gazmuri recuerde que “me vestía de corbata, con trajes elegantes, para hacerme pasar por una persona de clase alta”⁴³⁰, no hay que olvidar el origen de clase (el mismo Gazmuri había cursado su enseñanza secundaria en el Colegio Verbo Divino y Agronomía en la U. de Chile) mayoritario de los militantes del MAPU, que les permitió hacer uso de unas redes sociales más amplias con nudos en la elite santiaguina, en conjunto con una relación más fluida con la Iglesia católica y con ex compañeros de la escindida Democracia Cristiana. Al respecto, Gazmuri recuerda que hacia los primeros meses de 1974:

...establecimos las primeras vinculaciones con la Democracia Cristiana, con el sector que se oponía a la dictadura. Ahí, desde el principio el contacto más sistemático que tuvimos y además, en una actitud muy solidaria, fue con Felipe Amunátegui, vicepresidente de la DC. Y tuvimos un primer y muy temprano contacto con la Iglesia a través de una reunión con Carlos Camus, entonces secretario general del episcopado⁴³¹.

Esa reunión marca el inicio del fin de una conflictiva relación que este

conglomerado había tenido con la Iglesia católica, sobre todo en sus años fundacionales, producto de la necesidad de definir una identidad política de izquierda, moderna y marxista, a la que no le acomodaba su vinculación originaria al cristianismo, y que un sector de la izquierda (en especial Allende y el PC) le interesaba resaltar, producto que ampliaba la base social sobre la cual la izquierda había construido su electorado.

Después de rearticuladas las conexiones iniciales que le permitieron al partido seguir existiendo, se construye una estructura partidaria donde el centralismo se encontraba bastante exacerbado. A diferencia del otro MAPU, donde las redes estructurales eran considerablemente más débiles, debido a su confesada vocación basista, el MAPU-OC construyó una estructura que tendió a concentrar el poder en la secretaría general y en un núcleo muy pequeño, que fue conocido como el ‘secretariado’, compuesto por un pequeño y selecto grupo de miembros del comité central, que tomaba las principales decisiones políticas.

Constituyeron el secretariado políticos como Enrique Correa, Alejandro Bell, Fernando Ávila, Daniel San Martín y María Antonieta Saa. Otro de los miembros importantes y que reemplazó a Enrique Correa cuando este se asiló en la embajada de Perú, fue Mario Valdivia, quien era “destacado economista del Banco Central, y por lo tanto se podía mover con mayor libertad”⁴³².

Vicente García-Huidobro concentró en sus manos la labor de rearticular el sistema de seguridad que se viera desbaratado después de la detención de Fernando Villagrán y Felipe Agüero, episodio que se encuentra relatado en el libro de Villagrán, Disparen a la bandada, a los pocos días de ocurrido el golpe de Estado.

En el exilio fueron personajes centrales los militantes Juan Enrique Vega, radicado en Buenos Aires; José Miguel Insulza, quien estuvo en Europa, México y Buenos Aires, y Enrique Correa, Jaime Estévez y Carlos Bau, quienes estuvieron en la Unión Soviética. Otro líder importantísimo por el rol jugado en el proceso de renovación socialista y que se radicó en Italia, fue el ex subsecretario de justicia de la UP y militante del MAPU-OC, José Antonio Viera Gallo.

A diferencia de lo ocurrido en el MAPU, el MAPU-OC mostró una coherencia analítica y política mayor entre los militantes que se fueron al exilio y quienes permanecieron en la clandestinidad. Casi no existen diferencias en las

reflexiones emanadas desde el exilio y las que se realizaron en Chile, por lo que las tensiones no marcaron diferencias en el pensamiento renovador que emerge desde esta colectividad.

Desde el inicio del ‘periodo de excepción’, la dirigencia del MAPU-OC estableció que la autocrítica y las líneas políticas que emergieran de la misma, debían tener como base material la situación particular de nuestro país. Fue una forma discursiva de validar y legitimar las reflexiones, evitando generar en la militancia la sensación de una excesiva influencia de otras colectividades cuyas dirigencias se encontraban en el exilio o la incorporación de pensamientos ideológicos que poco tuvieran que ver con la identidad de izquierda, que a este conglomerado le interesaba mantener. Mirado desde la actualidad, fue una buena estrategia política con la que se disminuyó el impacto de una imagen plasmada en las retinas de los militantes del MAPU cuando ocurre el quiebre de la colectividad. Fórmula que sirvió para marcar distancia de los comunistas, quienes eran sindicados en las memorias de los militantes como los cerebros de la operación política que dividió al MAPU en marzo de 1973.

En conjunto con la decisión anterior, este conglomerado determinó cuatro objetivos políticos fundamentales, que guió parte importante de la acción práctica tanto en Chile como en el exterior, entre 1974 y 1979. El primero de esos objetivos era rearticular y posibilitar la mantención de la UP como alianza, de manera de concentrar en un solo gran conglomerado la acción de resistencia a la dictadura. De otra forma, la dispersión solo aumentaría la incapacidad en la que se encontraban los referentes orgánicos de la izquierda para derrotar al gobierno militar, pero también para posibilitar la emergencia de un proyecto de nación cuando esta hubiera caído.

Es por ello que la mayoría de los documentos políticos de esta colectividad tienen especial preocupación por la política de alianzas, en donde tempranamente se instala la propuesta de construir un gran frente antifascista que incluyera a todas las fuerzas de izquierda y a la Democracia Cristiana. Esta propuesta era una reiteración de la política proyectada por el PC en pleno gobierno de Allende, y que se resistematizó en el contexto de la dictadura. Nada nuevo bajo el sol, excepto la nueva situación política (cuestión que, por cierto, no era un detalle). También puede entenderse como el viejo anhelo de los ex rebeldes de la DC y Tomic de construir una Unidad de las Fuerzas Populares que permitiera las transformaciones sociales con una mayoría de apoyo político y electoral. El viejo anhelo mapucista, que cambió de piel hacia 1972, que se

reviste con nuevas ropas en la alianza antifascista.

El segundo de los objetivos, y que por cierto se fue haciendo cada vez más importante, era construir un partido vinculado al movimiento ‘popular’ o social, que se había entendido como abandonado por las cúpulas partidarias, presas de sus propias pugnas. Esto lleva al MAPU-OC a reencontrarse con la vieja tensión de los poderes que estaba en la génesis de la colectividad. Bajo esta misión, el MAPU-OC establece que son prioritarios los siguientes frentes sociales: el sindical, el juvenil y en especial el juvenil universitario y el frente poblacional, donde se habían conectado tempranamente con la Iglesia católica en el movimiento de solidaridad y de defensa de los derechos humanos.

Definidos así los frentes de acción, la colectividad asume que otro de los objetivos fundamentales debe ser la acción de propaganda, donde se combinaba la difusión de reflexiones partidarias, junto con la reflexión más teórica y de carácter cultural que emergía de los intelectuales y artistas vinculados a la colectividad. Esta preocupación por la actividad más intelectual o cultural, termina siendo una de las actividades más poderosas e innovadoras del MAPU-OC, ya que trasunta en su propia germinación y desarrollo, el ideario de que las transformaciones políticas a nivel de las estructuras no puede ir desacompañado de la preocupación por generar hegemonías culturales, valóricas y normativas que hicieran de cualquier proyecto político, un proyecto “construido y valorado” por todos. Dentro de este objetivo, se entiende la creación del boletín informativo “Bandera Verde, con información política para la militancia y los sectores afines”⁴³³; la Revista de la Resistencia y más tarde, en 1976, el apoyo para la creación de la revista APSI. Todo este esfuerzo posibilitó a que rápidamente el MAPU-OC se constituyera en una importante fuente de pensamiento político, reflexivo y crítico, en un contexto con nula apertura política.

Por último, el cuarto objetivo tenía relación con lograr establecer una red de financiamiento político, que le permitiera a la colectividad subsistir en las duras condiciones en las que se encontraba la izquierda en general. Siendo un partido relativamente nuevo, debió ingeníarselas en el exilio para establecer relaciones con los principales partidos y gobiernos que apoyaban a la resistencia chilena.

De esta forma, establecidos los objetivos antes mencionados, el MAPU-OC hizo un recorrido interesante hacia la renovación socialista, diferente pero complementario con las reflexiones que el otro MAPU realizaba en planos

distintos. Podemos argumentar que en el MAPU-OC predominó la preocupación por las transformaciones políticas que la dictadura implementaba, así como la reflexión sobre la política de alianzas y la construcción de un nuevo proyecto refundacional de la izquierda derrotada, a juicio de los mapuchistas, por la ‘incapacidad dirigencial’ unitaria de la UP, que no logró ordenar las fuerzas políticas que la constituían.

Sin embargo, hacia 1979-1980 el MAPU-OC llegaba a la misma conclusión del otro MAPU: la Unidad Popular era una vieja y anquilosada alianza, que no lograba dar cuenta de las reflexiones innovadoras sobre la manera de comprender a la dictadura, así como tampoco lograba desatar las pugnas partidarias para construir un nuevo e histórico referente político que agrupara a todas las fuerzas democráticas y antifascistas que existían en Chile. Los objetivos previamente definidos tuvieron tiempos de desarrollo distintos, pero cada uno de ellos permitió concluir que la única salida posible a la dictadura era mediante una gran alianza, que sobrepasara los estrechos marcos de la izquierda y que mirara a la democracia, no solo como un régimen de gobierno burgués, sino que como el único y más deseado régimen de gobierno donde pueda tener cabida el ideario socialista. Veamos ahora cada uno de estos caminos en particular.

De la autocritica a la política de alianzas

La autocritica de la UP y su gobierno, fue uno de los temas centrales de la renovación socialista. Ya nos hemos referido en capítulos anteriores a que el punto central sobre el que versa el discurso renovador, entre 1977 y 1983, gira en torno a realizar un duro ajuste de cuentas con la propia historia de la izquierda. Esta proposición es válida tanto desde la reflexión de los intelectuales como desde los partidos. Para el caso del MAPU-OC, esta problemática de hacerse cargo del pasado tiene un cariz distinto de la radicalidad que tiene la misma discusión en el otro MAPU, debido a que en la colectividad dirigida por Gazmuri no existe un reconocimiento explícito al ‘fracaso’ del proyecto socialista y de la izquierda, aun cuando el análisis de la derrota vaya transitando cada vez más hacia las responsabilidades de la izquierda.

Hago esta precisión debido a la permanente necesidad que manifiesta el MAPU-OC en buscar una continuidad positiva en dos aspectos centrales de la propuesta de la Unidad Popular; por un lado, está el rescate de la UP como alianza política, que es el sustento simbólico que a juicio de Insulza⁴³⁴ permite construir una identidad común entre fuerzas que pudieran enfrentarse en sus posturas ideológicas o doctrinales; y por otro lado, el rescate de una vocación allendista y en especial de los sectores vinculados al PC y al MAPU-OC, de volcarse hacia la reflexión de la política de alianzas, sobre todo con la DC, como una de las formas de ampliar la base de apoyo del proyecto popular, que rápidamente se transforma hacia 1980 en un proyecto progresista, democrático y nacional. Esto último a pesar de que Insulza y Viera Gallo concluyan hacia 1979 que no era posible una alianza con la DC durante el gobierno de Allende, y que por lo tanto, esta construcción no ha sido más que un mito sobre el cual se pueden construir las condiciones subjetivas, que sumada a la práctica política de resistencia, ayude a conformar la gran alianza renovadora y democrática en donde la izquierda pueda vincularse con la DC y dejar de verse como enemigos históricos⁴³⁵.

La reflexión sobre la derrota del gobierno de la UP tiene su primera expresión en el documento “A todos los organismos y militantes del Partido en Chile y en el exterior”, escrito en mayo de 1974, por la dirección del MAPU Obrero

Campesino. En este documento se plantea que “la enorme fuerza de nuestros enemigos y los errores de nuestra dirección hicieron posible el derrocamiento del gobierno popular y la instauración de la más feroz dictadura fascista”⁴³⁶. Dicha reflexión es compartida simultáneamente por el Partido Comunista y por la dirección del PS en Chile, conformada por los míticos Carlos Lorca, Exequiel Ponce y Ricardo Lagos Salinas⁴³⁷. Para todos estos conglomerados la gran responsabilidad de la izquierda estaba en la incapacidad de construir una alianza de gobierno unitaria, que hiciera frente al fraccionamiento político y que se mostrara como una dirección coherente y con capacidad de liderazgo.

Desde este primer paso de autocrítica, relativamente conservador, a juicio de las reflexiones que emergen desde el otro MAPU, permiten al MAPU-OC plantear su línea política sobre el rol del partido en el nuevo escenario político. Así rodeado de un ortodoxo lenguaje marxista-leninista, el MOC se entiende como vanguardia política de la resistencia que debe:

...encabezar la lucha antifascista en estrecha unidad con los partidos obreros y populares... férreamente unido en torno a su ideología proletaria, marxista-leninista, a su línea política y a su máxima dirección fiel a su vocación unitaria, dispuesto a entregar todo su aporte a la tarea histórica de construir el Partido Único del proletariado chileno y a luchar hasta la muerte por liberar a Chile del fascismo, la dependencia, la explotación y la miseria⁴³⁸.

Extrayendo la intencionalidad que de arenga tenga esta reflexión, es importante destacar que durante este primer año de dictadura, esta era entendida por el MAPU-OC, en concordancia con las reflexiones comunistas, como una dictadura fascista, básicamente restauradora de los privilegios de la ‘oligarquía chilena’ y de los capitales monopólicos e imperialistas⁴³⁹, por lo que las tácticas de salida y la política de alianzas se restringían a revivir viejos episodios de la historia de Chile. En paralelo, el rol del partido de izquierda seguía siendo visto como la vieja vanguardia leninista, acentuando la vocación de ejercicio de poder sobre las masas populares.

Transitando hacia el año 1975, podemos encontrar que aparecen las primeras reflexiones, que enmarcadas en las mismas líneas discursivas anteriores,

comienzan a pensar la alianza con la Democracia Cristiana. Sin embargo, el rescate de la alianza con la DC tiene una matriz distinta de la mera repetición histórica del antiguo Frente Popular, ya que lo que permitiría realizar la nueva alianza es la invocación desde la izquierda al respeto y valoración de la democracia como sistema de gobierno. Si bien el desarrollo histórico que posibilitó el triunfo de la izquierda en 1970 fue gracias al respeto que la mayoría de los sectores políticos tenían sobre el sistema democrático, no existía en el lenguaje ni en los símbolos con los cuales la propia izquierda construyó su identidad, una reflexión de defensa de la democracia, que se entendía como un régimen de gobierno burgués, defectuoso y que debía ser superado posteriormente por la sociedad socialista. Por lo tanto, fue el impacto del golpe el que posibilitó la reflexión y valoración de la democracia; tanto así, que concentró el debate de la izquierda en todo el periodo que se extiende entre 1973 y 1989.

Junto a lo anterior, en ese mismo año⁴⁴⁰ se incorporan por primera vez a la reflexión sobre la derrota de la izquierda elementos nuevos que excedían la mera “falta de dirección unitaria de la UP”. Según Arrate, es la primera vez que dentro de la izquierda puede encontrarse la discusión sobre la hegemonía, a raíz de la revalorización de Gramsci⁴⁴¹. Estos elementos eran “la insuficiencia de la lucha ideológica”, es decir, la crítica sobre el abandono que la UP hizo de aquellos elementos simbólicos, discursivos e ideológicos que hubieran permitido al proyecto socialista trascender los marcos de los propios partidos, para convertirlo en un proyecto nacional; y por otro lado, “las debilidades en la construcción de la alianza política y de clases que permitiera el amplio programa del gobierno popular”. Fue por lo tanto la falta de un proyecto político y social hegemónico uno de los elementos centrales que permitía, a juicio del MOC, dar cuenta de la derrota de la UP.

Este giro en el discurso posibilitó que la reflexión que emerge desde este colectivo, tendiera a concentrarse precisamente en torno a la ‘política de alianzas’ y que rápidamente hacia 1977, después del impacto que genera el discurso de Chacarillas y la confesada intención de Pinochet de institucionalizar la dictadura, se llegara a la conclusión de que la única salida posible al régimen de facto era una salida política, negando cualquier intento de derrocamiento por la vía de la insurrección popular o por la vía militar.

El mismo año 1975 marca también el inicio de un tercer proceso reflexivo, referido a la crítica sobre la propia Unidad Popular, como centro aglutinador de

las fuerzas políticas de la izquierda. Insisto en que a pesar del intento permanente del MAPU-OC por mantener viva a la UP, coexiste simultáneamente una dura crítica, primero a la forma y luego al fondo, que convoca a dicha alianza.

Esta crítica tímida al principio, comienza a hacerse cada vez más aguda e incisiva después del año 77. Una de las razones que posibilita la irrupción más sonora de esta reflexión, es la evaluación sistemática sobre la actuación y límites del movimiento de resistencia en Chile, emergido principalmente desde organismos intermedios y no precisamente desde la dirección de la colectividad. Colaboraron a este proceso la fundación en 1976 de la juventud del partido y la creación de la dirección cultural⁴⁴² en el mismo año.

Según la evaluación que emite la dirección cultural del MOC a fines de 1976, se estableció que “los partidos obreros de nuestro país hemos estado lejos de plantearnos una política cultural coherente”⁴⁴³, lo que habría permitido una construcción hegemónicamente débil del proyecto transformador y revolucionario de la Unidad Popular. Repetir esos errores era, a juicio de la dirección, un suicidio político de la izquierda en el largo plazo y a su vez, implicaba el riesgo de mantener a este sector subordinado a otros proyectos ajenos que tuvieran una coherencia cultural mayor.

Con estos elementos instalados en la reflexión política, la dirección central del MAPU-OC comienza a preocuparse hacia el año 1977 de la construcción de una alianza con la Democracia Cristiana. Las críticas emergidas desde el seno de la colectividad, ponían a la dirección en una difícil posición frente a aliados históricos como lo había sido el Partido Comunista, debido principalmente a la resistencia que emergía desde la colectividad cristiana a una alianza con los amarantos. La mantención predominante en la DC de un sentimiento anticomunista, complejizaba la posibilidad de la construcción de una alianza de nuevo cariz, que no fuera solo una táctica para recuperar la democracia, sino que un referente de largo alcance en el tiempo y que permitiera superar la falta de hegemonía del proyecto socialista anterior.

Este problema fue sorteado inicialmente mediante la valoración de una alianza de facto entre cristianos y marxistas en las luchas de resistencia a la dictadura. Gazmuri expresaba en 1976 en una entrevista:

[dado que] en el conjunto de las masas cristianas se produce un sentimiento general de repudio hacia la dictadura... no solo por las cuestiones económicas, sino también por los aspectos políticos e ideológicos del facismo... los entendimientos, las convergencias programáticas, políticas, con las masas cristianas desde el punto de vista nuestro son convergencias que están destinadas a tener muy larga vida. Nuestra opinión es que el pensamiento cristiano enfrentando al fascismo adquiere hoy día en Chile un carácter progresista y liberador y que encuentra por tanto en el plano ideológico un terreno común de diálogo con el pensamiento marxista⁴⁴.

El rescate de esas experiencias colectivas fue cimentando un ideario simbólico que se transformó en un elemento central en la construcción identitaria de un sector de la izquierda y de la DC y que más tarde posibilitó la creación de la Concertación de Partidos por el NO.

Ahora bien, si lo anterior se fue dando en la lucha de resistencia dentro de Chile, una cuestión similar fue ocurriendo en el exilio. Sin embargo, es importante resaltar que en el exilio la relación aliancista fue predominantemente una acción de las élites políticas, que convergen rápidamente a través de un retorno a las viejas amistades que alguna vez compartieron la denominación de camaradas. Ejemplo de esta práctica fue el caso de la fundación de la Revista Chile América, donde participaron dirigentes del MAPU-OC como J.A. Viera Gallo, Julio Silva Solar, ex militante DC, fundador del MAPU y militante de la IC, y Bernardo Leighton, militante histórico del partido de la falange para esos años.

De esta forma fue la práctica política y su conceptualización en el plano discursivo, uno de los factores que permitió la posibilidad de imaginar y fundamentar una alianza con la DC que dejara de ser una mera imitación del Frente Popular. Este fenómeno se hizo visible hacia 1977, a través de un llamado explícito a realizar una elaboración teórica para “adecuar el pensamiento tradicional de la izquierda respecto del papel que puedan jugar las concepciones cristianas y la propia Iglesia en la vida social, a las nuevas experiencias de que somos testigos”⁴⁴⁵. Esta elaboración debía concluir en un nuevo tipo de alianza política que permita “la creación de una nueva democracia”⁴⁴⁶.

Así, a juicio de Gazmuri era la lucha cotidiana la que permitiría crear “las condiciones políticas subjetivas que hacen posible superar las divisiones del

pasado”⁴⁴⁷. Junto a lo anterior, la publicación del documento de la DC “Una patria para todos” de octubre de 1977, lleva a Gazmuri a plantear que además se encontraban las condiciones objetivas para que esa alianza se llevara a cabo, debido a las coincidencias fundamentales entre ambas reflexiones. Según el Secretario General del MOC:

...sin repetir los argumentos ya dados por la UP, se desprenden de las posiciones de la DC al menos dos tipos de coincidencia que consideramos importantes. La primera es la urgencia en encontrar una salida política que signifique una profunda renovación democrática del país... La afirmación DC de que la Declaración Universal de los DDHH sirva como criterio básico a la nueva Constitución, y una Asamblea Constituyente como la instancia de aprobación popular, son elementos de convergencia importantes. Lo segundo, es la fuerza que hoy día da la DC al desarrollo de un vasto movimiento social de carácter democrático que encabeza la lucha por las libertades, como se desprende de su proposición de dar forma a un Movimiento Nacional de Restauración Democrática⁴⁴⁸.

Esta reflexión resulta coincidente con los postulados esgrimidos por M.A. Garretón y Moulian⁴⁴⁹ respecto de la construcción de un programa básico y común que se articulara como el eje aglutinador de una recuperación democrática, dejando para después una discusión más profunda sobre las distintas visiones de sociedad que se anhelaban. Emerge de aquello lo que fue conocido como el “Gobierno Democrático Provisional”, entendido como el proyecto que “ponga término a la dictadura y tome en sus manos la tarea patriótica de renovar la democracia, de restablecer la convivencia nacional y de avanzar por la senda del progreso económico y social”⁴⁵⁰.

De la propuesta anterior se desprenden dos hechos significativos para la renovación socialista. Por un lado, es posible distinguir el abandono del socialismo como un tipo específico de sociedad antagónico a la democracia burguesa, lo que lleva a que en los documentos se encuentre cada vez más presente la idea de un proyecto político progresista. Y en segundo lugar, el abandono cada vez más rápido de la retórica marxista en el análisis político. Así hacia 1979, el MAPU-OC planteaba que la concepción de la revolución

democrática y nacional:

...significa una ruptura de consideración con nuestro pensamiento anterior acerca del carácter de la revolución chilena... Es por ello, y no por otra razón, que en nuestras concepciones la lucha por la democracia y el objetivo socialista están estrechamente vinculados. Toda la vieja discusión habida en la izquierda chilena y latinoamericana acerca del contenido esencialmente burgués de las transformaciones democráticas, tesis que en mayor o menor grado sosteníamos todos los partidos obreros y socialistas del país, ya no resiste un análisis riguroso de nuestra experiencia histórica⁴⁵¹.

La reunión de todos estos elementos confluyen de manera disruptiva en el V Congreso del MAPU-OC realizado en 1979, espacio donde las críticas a la actuación del mismo colectivo y en particular a la UP, toman un carácter inédito. Las actas de dicho Congreso dan cuenta de un agotamiento de la alianza, que carece de programa y que en la práctica se había convertido en una traba para la libre confluencia de actores en la base misma de la resistencia antifascista.

Junto a lo anterior, se hace una aguda crítica a la actuación de los distintos conglomerados de la UP, en especial al PC y al PS⁴⁵², ya que se concluía que sus peleas internas y sus diferencias impedían que la alianza con la DC y con otros referentes sociales de la resistencia pudiera avanzar hacia una oposición política, capaz de convertirse en un actor válido para la propia dictadura y para aquellos sectores que desde la derecha estaban dispuestos a iniciar la conversación sobre la apertura democrática.

De esta forma, hacia 1980 el MAPU, que trató por todos los medios de reconstruir una UP de nuevo cuño, concluía el agotamiento de la vieja alianza. El documento que mejor recoge esta reflexión está escrito por J. Miguel Insulza en 1979 y publicado en 1980 en “Cuadernos de Marcha”. En ese documento Insulza plantea que “La UP es crecientemente un colectivo donde no se discute sino formalmente, donde los problemas de fondo son examinados en aras de un concepto de unidad estático que al final termina por ser contraproducente”⁴⁵³.

Según el actual Secretario General de la OEA, la mantención formal de la UP reflejaba:

...el carácter algo difuso de nuestro proyecto. Difuso, porque a pesar de lo avanzado en la discusión acerca de la nueva institucionalidad democrática y, en algunos aspectos, en el terreno económico, se nota aún la ausencia de algunas definiciones básicas acerca del modelo general de sociedad al que aspiramos⁴⁵⁴.

Para Insulza, esto retrasa cualquier salida a la dictadura, porque no existe un proyecto social común compartido que reúna a todas las fuerzas políticas democráticas opositoras a la dictadura. A juicio de él, que esta discusión se realice fuera de los marcos de la UP parece negativo ya que “al fin y al cabo, solo se pide que una alianza que se define como estratégica tenga... una línea estratégica”⁴⁵⁵.

Por último, Insulza sentencia tajante: o la UP se renueva o está condenada morir. Afirmaba en 1980:

Si la UP es capaz de renovarse en todos los sentidos que hemos indicado⁴⁵⁶, será posible afirmar su vigencia con mucho mayor fuerza que hoy. Estaremos también en condiciones de abordar otras cuestiones políticas que últimamente han sido puestas al centro de la discusión. Nos referimos concretamente a las propuestas de “reformulación” avanzadas por algunos partidos. Si esa reformulación consiste simplemente en juntar partidos o pedazos de partidos entre sí con un mero afán cosmético, nos parece, como hemos dicho muchas veces, que no soluciona ningún problema de fondo⁴⁵⁷.

A raíz de lo anterior, Insulza deja instalado la propuesta de una nueva coalición política, que puede mantener el nombre de Unidad Popular, pero que debe ser cualitativamente superior, y que contenga no solo a los partidos que históricamente configuraron esta coalición, sino que también a la DC. ¿Era acaso la renovación del viejo anhelo, que alguna vez los rebeldes de la DC que formaron el MAPU, aspiraron por allá en el año 69? ¿Fue este el germen inicial de la Concertación?

El Seminario de Ariccia celebrado en 1979 condensa también estas mismas discusiones que toman un sentido nuevo, cuando desde el Partido Socialista el dirigente Raúl Ampuero formule una propuesta de unidad de las fuerzas opositoras que deja fuera al Partido Comunista. Fue allí, en tierras italianas, donde se zanjó el fin de la UP, para abrir paso a una nueva discusión sobre el rol del socialismo y su organicidad. Según Gazmuri, después de Ariccia y Chantilly⁴⁵⁸ el MAPU-OC comienza a ser fuertemente influenciado por la experiencia del Partido Socialista francés y su proceso de reunificación con otros partidos menores de origen cristiano y de izquierda. De allí a la primera autoinmolación mapucista solo transcurren cuatro años.

La dictadura y su carácter: la discusión política y la acción en los frentes sociales

Otra de las controversias centrales que generó la discusión en los primeros siete años de la dictadura, fue el carácter del nuevo gobierno. La definición de este carácter era fundamental para definir las acciones políticas de oposición y resistencia. En este sentido, resulta interesante destacar que en la mayoría de los documentos revisados para el período 1973-1980, la dictadura fue definida como fascista, con un proyecto regresivo, antinacional, proimperialista, de restitución de los privilegios de las clases dominantes.

Esta definición concentró los análisis en la esfera de lo político, de lo que derivaba el análisis de las políticas económicas como reflejo de la intención anterior. La consecuencia de este análisis, a juicio de Gazmuri “[fue] el aspecto refundacional en el terreno económico, un asunto que nos pasó relativamente inadvertido (no a todos, porque hubo alguna reflexión⁴⁵⁹, sobre todo en el país que apuntaba en esta dirección); nuestra reflexión refundacional, si la queremos llamar así, es básicamente política”⁴⁶⁰.

El efecto de este proceso de reflexión, y que es posible detectar en los documentos partidarios del periodo, generó una visión sobre la dictadura que estuvo centrada en resaltar los fracasos de la política económica, sobre todo debido al alto grado de pobreza y cesantía que las medidas de los Chicago boys generaron en la estructura socioeconómica de nuestro país. Mirado así, el gobierno de Pinochet estuvo siempre bajo la posibilidad de caer, en crisis de dominación y de hegemonía. Eso lo demuestran especialmente los discursos centrados entre 1975 y 1977, donde el proyecto económico de la dictadura comenzaba a tomar un carácter cada vez más cristalino.

De esta forma, la orientación de las políticas de oposición emergidas desde el seno del MAPU-OC, se centraron en fortalecer el movimiento sindical, el movimiento poblacional y juvenil, para constituirlos en actores clave que pudieran debilitar aún más a la dictadura militar. El otro efecto de esta reflexión fue la postergación del debate en torno a un proyecto económico alternativo al impuesto, toda vez que los referentes discursivos y analíticos se mantenían en

revivir el carácter nacional y desarrollista que tuvo, a juicio de los documentos, el proyecto tanto de Frei Montalva como el de Allende.

Por lo anterior, se sobrevaloró en la colectividad el peso que podría generar el frente sindical en la aceleración de la caída de la dictadura, y no se observó la nueva forma que iba tomando la estructura económica y de clases que la dictadura generaba en la sociedad chilena. Esta reflexión es coincidente con la producción intelectual tanto de Garretón como de Moulian, aún cuando este último haya diagnosticado tempranamente el carácter revolucionario del proyecto capitalista de la dictadura, que se concentró mayoritariamente en lo político. Aquí existe una diferencia fundamental con los análisis del otro MAPU, donde sus principales intelectuales se centraron en la desestructuración material de la antigua sociedad de clases y en el impacto que eso traería a la forma tradicional en la que, según la izquierda, entendía se constituían los sujetos sociales.

Una dictadura a punto de caer y en crisis de dominación interna, era el discurso predominante del MAPU-OC, sin lograr explicar cómo y por qué un gobierno con esa debilidad interna, sumada a una baja legitimidad sociopolítica, se mantenía por tanto tiempo en el poder. La represión no podía ser la clave para aquello, y los MAPU-OC lo sabían, sobre todo después que comienza a ser integrado el concepto de hegemonía a la discusión política interna. Sin embargo, pese a lo anterior, la política sobre los frentes sociales era congruente con el diagnóstico del carácter de la dictadura, de lo que resultó una línea de acción bastante conservadora, sobre todo en la vinculación con el frente sindical.

La preocupación central en torno a lo político conllevó, a juicio de Gazmuri a una forma distinta de mirar la sociedad chilena y, en especial, a una crítica sobre el rol del partido político en el nuevo escenario. Confluyen en este primer periodo la visión tradicional del partido político como vanguardia de las clases trabajadoras, junto a la incorporación del debate sobre la autonomía del movimiento social, que no logra articular una creación nueva sobre el partido. Según el senador socialista:

Hay una reflexión, que queda completamente a medio camino, pero que se inicia, sobre la renovación de los partidos y de las concepciones de los partidos. Eso lleva al abandono explícito del leninismo que se manifiesta con todas las

timideces del mundo en un comienzo. En mi caso, el primer texto donde doy la batalla contra el leninismo es un informe escrito al Pleno del MAPU (en 1979-1980), pero es una batalla referida a Stalin, o al marxismo-leninismo como cristalización dogmática, aunque todos sabíamos de qué se trataba. Otros los hacían más abiertamente, en particular los intelectuales⁴⁶¹.

Esa inconclusión sobre el partido resultaba de una consideración especialmente importante en el MAPU-OC, debido a antiguas pugnas no resueltas entre lo social y lo político. Tal como lo hemos planteado anteriormente, entraban en contradicción dos formas de comprender el poder, que estaban en la génesis del MAPU, y que se visibilizaron con mayor nitidez en el II Congreso de 1972, origen de la división de la colectividad en marzo de 1973.

A pesar de que estas pugnas coexistieron al interior de la colectividad y solo pudieron ser sorteadas en el marco de la unidad necesaria para sobrevivir en condiciones políticas adversas, comienzan a surgir reflexiones políticas interesantes, sobre todo en los nuevos frentes que se definen como prioritarios para el MAPU-OC. El frente estudiantil, que no tiene nada de novedoso a primera vista, jugó un importante rol en llevar a la práctica las discusiones sobre la importancia de lo cultural en la acción política; era la puesta en escena de la teorización gramsciana sobre la hegemonía. La preocupación por las acciones culturales, por el rescate de símbolos que nutrieran la identidad de la izquierda, que no se agotaba en la experiencia de la UP, constituyeron parte importante no solo de los discursos sino que también de las prácticas del colectivo.

La fundación de la juventud del MAPU-OC en 1976 y de su dirección cultural, forman parte de esta puesta en práctica, pero también su participación masiva en la ACU (Asociación Cultural Universitaria) de fines de los 70, lo que posibilitó un crecimiento de la colectividad en el mismo lecho social que le había dado origen a fines de los años 60. Será en este espacio juvenil, creador, resistente e innovador, donde aparecen las críticas más incisivas a la mantención de la UP, y sobre todo al carácter centralizado y poco democrático que el partido había tomado y mantenido durante los primeros años de la dictadura.

La política juvenil y cultural del MAPU-OC se centró en ampliar las convocatorias a múltiples y diversos actores sociales, que no se restringieran únicamente a los militantes de los partidos políticos. Para los jóvenes del MOC

en esos años, había que concertar en torno a acciones concretas que pudieran ir generando lazos unitarios, que rebasaban con fuerza los acuerdos entre las cúpulas partidarias.

En una evaluación hecha por la Unión de Jóvenes Democráticos (UJD), que era el nombre de la Juventud del MOC, se planteaba que cada vez que se convocaban a actos de manifestación de solidaridad, en defensa de los derechos humanos u otros de carácter más cultural, como las peñas universitarias, la amplitud de la misma crecía a diferencia de los actos llamados únicamente con fines de protesta por la dictadura. Para los dirigentes juveniles, la unidad entre las diferentes fuerzas democráticas se vivía en la práctica, pero se deshacía cuando se expresaban los afanes y pugnas partidarias, que terminaban dificultando la construcción de un amplio frente de resistencia social. En 1979 concluye la UJD que la carencia de una política juvenil potente y unitaria de los partidos políticos opositores a la dictadura, había imposibilitado avanzar desde el plano de las acciones concretas a la definición de un proyecto propio más profundo y de largo plazo, por lo que se propuso la creación de “una flexible política de alianzas..., una gran capacidad orgánica de trabajar con y a través de instituciones y organizaciones universitarias culturales que no son propiamente dirigidas o generadas por el partido”⁴⁶².

En el mismo año, haciéndose eco de estas discusiones, la dirección del partido concluía que si bien “se constata un aumento de la participación del MOC en el movimiento de masas”, este se caracterizaba por... “su espontaneísmo más que por una línea política”⁴⁶³. Esto llevó a plantear que:

...nuestra presencia en los medios intelectuales y académicos, artísticos e incluso profesionales ha sido en este periodo de evidente importancia. No es exagerado afirmar que el partido constituye hoy por hoy la fuerza de izquierda con mayor peso entre la intelectualidad democrática que ha logrado permanecer en el país⁴⁶⁴.

Sin embargo, la crítica que emerge es que esto no ha sido fruto de una política coherente y ordenada, sino que de acciones diversas no sistematizadas, por lo que, a la postre, le ha restado impacto político. 1979 fue el año en que se habría

tomado conciencia de esto y se detectaba la necesidad de cambiarlo, como única posibilidad de aumentar el capital político de la oposición a la dictadura. De esta forma, se expresaba en el MAPU-OC la tensión entre el movimiento social y el partido político, que integraba los debates renovados y que en el otro MAPU se sistematizaba como autonomía de lo social sobre lo político.

Otro de los frentes desde donde emerge una dura crítica a esta forma en que la dirección del MAPU-OC había construido su relación con el movimiento social, proviene desde el frente femenino. Según sus integrantes, la mujer en la política y su irrupción en el nuevo escenario también pone en jaque a las formas tradicionales de hacer política en la izquierda, por lo que la tensión crítica también toma el carácter de lucha de género.

En una evaluación del 2º Encuentro Nacional de Mujeres realizado en 1979, las militantes del MAPU-OC planteaban que “esta gran movilización de mujeres ha sido un remezón para todos los partidos políticos, especialmente para los de la UP que han descuidado históricamente el trabajo con las mujeres y especialmente el trabajo por los problemas de las mujeres”⁴⁶⁵. A juicio de las militantes, la realización de este segundo encuentro nacional habría demostrado que la mujer seguía siendo considerada como una clientela política, a pesar de la emergencia de un discurso político democrático e integrador, que chocaba con una práctica autoritaria. Según las asistentes, el MAPU-OC habría sido la única colectividad política que participó con una delegación absolutamente femenina, a diferencia de los otros partidos de oposición. Esto les lleva a concluir que:

[...] las mujeres militantes de los partidos de la UP, en general, han aceptado la utilización y subvaloración de la mujer y aceptan y mantienen los hábitos machistas arcaicos de nuestros partidos, y por lo tanto, son menos flexibles y creativas para implementar nuevas políticas hacia la mujer. Esto se observa desde el lenguaje que usan donde la mujer está por cierto ausente⁴⁶⁶.

Nuevamente, pero ahora desde el movimiento de mujeres, emerge la crítica a la forma de vinculación entre lo social y lo político, que está en las entrañas del debate renovador. En las conclusiones del IV Pleno de 1979, esta discusión toma cuerpo en torno a la necesidad de abandonar las ‘desviaciones obreristas’ que

restringían el crecimiento social del MAPU porque le impedía abrir sus puertas a nuevos sectores que pudieran sentirse convocados por él. Fue la práctica política, en este sentido, lo que llevó a la colectividad a hacerse cargo de la crítica sobre su propia identidad⁴⁶⁷. La constatación de estos problemas llevó al colectivo a plantear abiertamente:

...la necesidad de estudiar y recuperar determinadas características originarias del partido, en cuanto su propia concepción como instrumento político. Lo segundo es que sin una discusión sobre el tipo de partido que necesitamos construir en función de nuestra línea, la crítica y autocrítica de nuestros problemas de dirección y de construcción, no tienen marco teórico suficiente y deviene, finalmente, en una mera enunciación de insuficiencia⁴⁶⁸.

En ese marco autocrítico aparece por primera vez en los discursos partidistas un reconocimiento del exceso dogmático en el que había caído la utilización del marxismo. La dirección expresaba que “en nuestra opinión la principal de ellas es la influencia que comenzó a adquirir en el partido una concepción dogmática del marxismo y en particular del leninismo, y que se expresó de manera principal –aunque no única– en lo que se refiere a la concepción del partido vanguardista, burocrático y mecanicista”⁴⁶⁹. La consecuencia de esto era una relación autoritaria y burocrática con las masas, acentuando la desconexión entre el desarrollo del movimiento antifascista y las direcciones partidarias para dirigirlo. Así, el partido volvía a aparecer como la principal traba para que se ampliara el movimiento social de resistencia a la dictadura.

De esta forma, no resuelta la tensión entre lo social y lo político así como la carencia de una reflexión en el plano de lo económico que no fuera solo el impacto social que generaban las políticas dictatoriales, llevó al MAPU-OC a centrar su atención en el terreno de las alianzas políticas y, en especial, al rol particular que podía jugar la colectividad en la construcción de un nuevo referente político de oposición. Así, el MAPU apoyará las iniciativas de configurar dentro de la izquierda nuevos referentes político más amplios y que a la postre superaran a la desgastada UP, como lo fue la Convergencia Socialista. Sin embargo, esta discusión toma un cariz nuevo a principios de los ochenta, cuando comience a desgranarse el colectivo hasta llegar a su disolución casi

formal en 1985.

El financiamiento, los compromisos y la influencia exterior

La relación con los militantes en el exilio fue menos tensa en este periodo que en el MAPU, básicamente porque la dirección oficial de la colectividad antes del golpe de Estado se mantuvo en el interior de Chile. La legitimidad de Gazmuri no estaba en entredicho, y rápidamente se establecieron contactos con los principales dirigentes que habían tenido que exiliarse. Según las memorias del ex Secretario General del MAPU-OC, asumieron esas labores en el extranjero José M. Insulza, J.A Viera Gallo, Enrique Correa, Juan Enrique Vega, Carlos Bau y Jaime Estévez, quienes debían encargarse de establecer fuentes de financiamiento que le permitieran sobrevivir a la dirección clandestina en Chile, pero a su vez, también tenían en sus manos la tarea de mantener los contactos fluidos especialmente con las directivas socialistas y comunistas, en virtud de mantener vigente y operativa a la Unidad Popular.

De esta forma, las principales redes de financiamiento se establecieron bajo dos principios. El primero de ellos era conseguir los dineros a través de las conexiones con los partidos socialistas y comunistas europeos, así como con el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética). El segundo principio era evitar caer en la tentación de finanziarse por la vía de operaciones armadas⁴⁷⁰. Según Gazmuri:

...una parte de la actividad exterior consistía en generar recursos para la actividad, la propaganda y la seguridad del partido en Chile. Nosotros teníamos dos capítulos de gastos: uno, el menor, era el financiamiento de la estructura exterior, los cuatro o cinco compañeros profesionales de tiempo completo pagados por el partido y que estaban o estábamos en Roma (los otros tres eran los compañeros de Moscú, de Berlín y La Habana, que eran financiados por el partido comunista de cada país); y el otro, el más importante, era el financiamiento del partido en Chile: cuadros clandestinos, algunos otros de dedicación exclusiva, locales, propaganda, vehículos, aportes solidarios a las familias de compañeros presos o en situación difícil⁴⁷¹.

Estos ítemes de gastos se financiaron en un 25% por propia colaboración de los militantes, ya sea en el exilio o en el interior, y el otro 75% provenía del financiamiento de los partidos políticos extranjeros y también de movimientos de solidaridad y organizaciones sindicales. Para ordenar los recursos que venían de los organismos de solidaridad internacional, el MAPU-OC estructuró ‘Chile Democrático’, que funcionaba operativamente en Roma, que también recibía aportes de gobiernos europeos.

Uno de los problemas importantes que debió enfrentar el MOC en estos años fue la vinculación permanente que se le hizo con el Partido Comunista chileno, debido a la cercanía en sus líneas políticas durante el gobierno de la UP. Esta consideración le restringió un poco los espacios para conseguir financiamiento, en especial a través de los partidos socialdemócratas europeos y en particular del alemán. Recuerda Gazmuri que “no éramos comunistas, pero éramos muy amigos de los comunistas y eso, para una parte de la socialdemocracia europea, delimitaba las cosas y establecía las diferencias”⁴⁷².

El financiamiento más permanente que tuvo la colectividad provino, sin embargo, de los partidos comunistas soviético y cubano. En menor medida, de los partidos comunistas alemán, italiano y búlgaro. En conjunto con lo anterior, según Gazmuri “desde el exterior se hacían grandes esfuerzos de apoyo a proyectos de oenegés activas en Chile que, aunque no encajaban en estructuras estrictamente partidarias, tenían vinculaciones partidarias o políticas”⁴⁷³. Así, la estructura operativa del MAPU, según el ex secretario general, requería para el año 1979 de un millón de dólares anuales.

Sin embargo, la conexión con el exterior que era fundamental para la sobrevivencia, no solo aportó los recursos, sino que tal como lo reconocen los ex militantes del otro MAPU, condicionó un poco las reflexiones en torno al golpe de Estado, la dictadura, la evaluación de la UP y la política de alianzas. Podría asegurarse que estos militantes se hicieron mucho más permeables a esas influencias que los militantes en el interior, pese a sus numerosas declaraciones de independencia ideológica.

La ubicación en el exilio resulta un factor clave para comprender cuáles fueron las ideas más acogidas por la colectividad. Así, ubicados en su mayoría en la Europa Occidental y en especial en Italia, el MAPU-OC recoge rápidamente las

discusiones que en esos años se daban en el PCI, y que habían tenido como punto de origen la propia reflexión que los comunistas italianos, encabezados por Berlinguer, comenzaban a construir sobre la experiencia chilena. La tesis del compromiso histórico estaba ya sistematizada hacia 1975 y se comenzaba a concretar a través de un acercamiento cada vez más rápido entre la Democracia Cristiana italiana y el Partido Comunista del mismo país. Por ello, no es extraño que en el caso de los chilenos exiliados allá, este haya sido un clima propicio para que las antiguas diferencias entre mapucistas y demócratas cristianos comiencen a ser superadas al calor de la reflexión teórica. “Chile América” es un buen ejemplo de aquello.

Tal como lo reconoce Gazmuri, fue Italia el lugar donde el MAPU-OC, y en especial él, comienza a construir una crítica, tímida al principio y más visible después, hacia los socialismos reales. Sin embargo, la dependencia de los comunistas soviéticos impide que esta crítica devenga en ruptura, sino hasta los años 80. De esta forma, a pesar de la importante fase de prosovietismo que vive el MAPU-OC después de el quiebre del 73, comienza a debilitarse rápidamente hacia fines de la década del 70. Según recuerda:

...nos demoramos bastante en exteriorizar opiniones distintas o más independientes respecto de la URSS en materia de política internacional. Las primeras discusiones internas del MAPU respecto de asuntos de esa naturaleza surgieron tras la intervención soviética en Afganistán. No nos gustó, no entendimos mucho, pero nos quedamos callados; debimos estar divididos o es posible que el asunto nos pareciera muy lejano. Pero cuando se produjo el golpe de Polonia, en 1980, hicimos pública una declaración crítica. Me impresionó mucho lo de Polonia, me pareció muy fuerte. Y esa declaración significó, sin que lo buscáramos, sin que yo lo imaginara, el quiebre con el PCUS, que fue completamente unilateral⁴⁷⁴.

De hecho, aunque este episodio esté ausente en el recuerdo de varios militantes, el proceso de quiebre con el mundo soviético ya se avisoraba, no de manera frontal, pero sí de forma indirecta a través de las gestiones de Juan Enrique Vega como encargado exterior del MAPU-OC en 1977. En una misiva enviada al Comité Central del MAPU, Enrique Correa, muy cercano al mundo soviético,

criticaba a Vega por sus gestiones poco ortodoxas en cuanto a los contactos políticos en el exterior. Según la acusación, Correa afirmaba que el encargado en cuestión carecía de “una línea política de clases en las relaciones internacionales del partido”, junto con no establecer rápidas gestiones de contacto con el PCUS y con los partidos obreros europeos, aduciendo una línea tercero-mundista⁴⁷⁵. Aunque esta crítica fue desestimada por el Comité Central, quedan esbozados, anterior a lo que recuerda Gazmuri, los problemas en el exterior, toda vez que el establecimiento de relaciones no solo era parte de la política de financiamiento, sino por sobre todo determinaba también las líneas reflexivas en general dentro de la colectividad.

Simultáneamente a lo anterior, en 1976 se realiza un encuentro en Nueva York en el ala progresista de la DC, el MAPU-OC y la Izquierda Cristiana, donde se aborda abiertamente la posibilidad de articular una alianza renovada. En las conclusiones del encuentro se plantea que:

[...] un grupo de chilenos que reconocemos un común origen cristiano, con diferentes posiciones políticas, nos hemos reunido bajo los auspicios del Consejo de Iglesias de los EE.UU, para intercambiar opiniones sobre la posibilidad de que las grandes fuerzas sociales y corrientes políticas de las cuales formamos parte, pero cuya representación no asumimos, puedan llegar a un consenso sobre las acciones necesarias para procurar poner término a la dictadura reaccionaria y profascista y para el advenimiento de una democracia fundamentalmente renovada y con una amplia participación del pueblo en su conducción... Es una alternativa histórica, política y social de inmensa magnitud. No puede basarse en un retorno al pasado ni volver a cometer los errores que todos cometimos... Proyecto de renovación democrática basado en la plena vigencia de los derechos humanos, en el consenso, la libertad, el sufragio, la participación y la existencia de un gobierno eficaz⁴⁷⁶.

Tres años después, cuando se organizó el seminario de Ariccia, esta alternativa renovada toma cuerpo. Tal como expresamos anteriormente, la convocatoria de Raul Ampuero posibilitó la reunión de los grupos de ‘sensibilidad socialista’, excluyendo por primera vez la participación de los comunistas. A juicio de Arrate, esta reunión fue la base de lo que se conoció como Convergencia

Socialista.

La Convergencia, que en el otro MAPU había sido conceptualizada como Convergencia Social, se comienza a constituir en un nuevo referente político hacia fines de 1979. Dos hechos posibilitan esta transformación estructural en las alianzas de la izquierda. El primero de ellos fue la declaración de México de 1979, donde los dos MAPU y la IC emiten en una declaración conjunta su voluntad política de avanzar en la construcción de un nuevo frente de acción unitario para derrocar a la dictadura. Según los tres partidos antes mencionados, la incapacidad que ha mostrado la UP para readecuar no solo su acción sino que también su práctica discursiva, teórica y conceptual, ha imposibilitado avanzar de manera más eficaz en construir una oposición coherente para presionar al gobierno de Pinochet. Así, tal como expresaba Insulza en el documento sobre el futuro de la Unidad Popular, el gran error de esta coalición fue la no consideración del proyecto revolucionario y fundacional que traía consigo la dictadura. Esas transformaciones radicales hacían imposible que la sociedad pudiera seguir siendo analizada con las viejas herramientas conceptuales que tenía la izquierda, que ya no servían, a juicio de los renovados, ni siquiera para lograr nominar los cambios. Chacarillas fue el llamado de atención en 1977, con lo que la necesidad incipiente de renovación se va volviendo una urgencia.

El segundo de los hechos fue reconocer, al igual como planteara previamente Moulian, que “el capitalismo globalizado es un nuevo modelo de acumulación y las antiguas estrategias y alianzas no son capaces de dar cuenta de estas transformaciones, de allí que sea necesario renovarse”⁴⁷⁷. Sin embargo, esa renovación no implicaba necesariamente adherir a una propuesta reformista, sino más bien, era una invitación emergida desde la profunda autocrítica y de la idea de un fracaso-derrota, que apelaba a sacudir las bases de una izquierda, cuyo proyecto se había puesto en entredicho, no solo por la fuerza militar, sino que por su propia incapacidad hegemónica.

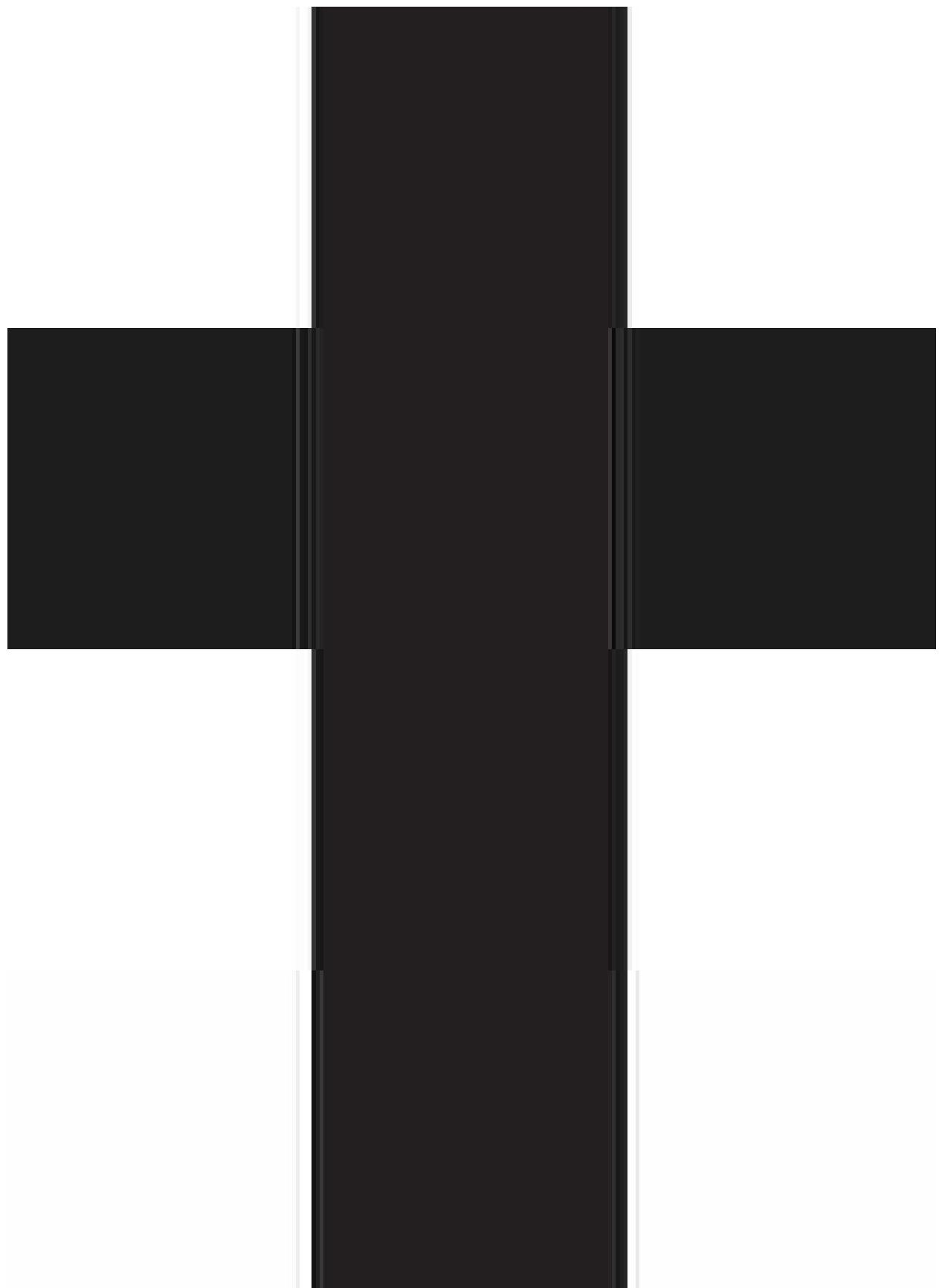
Este llamado renovador implicaba, por tanto, redefinir el rol de la política, de los partidos, de la vinculación con la sociedad, de la autonomía de los movimientos sociales y de la irrupción de nuevos sujetos políticos. Implicaba un reconocimiento abierto a la necesidad de repensar el socialismo y la democracia y, en esa perspectiva, un proyecto de un nuevo Chile. Para asumir la magnitud de tal tarea, se requería repensar las alianzas clásicas que había implementado la izquierda, e implicaba, a su vez, el reconocimiento de que esas alianzas, más que tácticas, fuesen fundamentales y estratégicas para que dicho proyecto no fuera

una imposición, sino que tomara un carácter nacional e integrador.

¿Cómo lograr que esta necesidad de renovación política mantuviera la especificidad de los valores tradicionales que había enarbolado la izquierda? ¿Cómo luchar contra las identidades partidarias y su anhelo de mantención en el tiempo? ¿Quién y cuándo debería ceder autoinmolándose con el fin de concretar el anhelo renovador, unitario y con vocación aliancista? ¿Podía la Convergencia Socialista convertirse en un referente orgánico que conteniendo a los partido, pudiera superarlos? ¿Podía la renovación alcanzar a las bases militantes y dejar de ser una reflexión intelectual y de las élites?

Las respuestas a esas interrogantes las encontramos en la década del 80. Así, en 1982 se constituye el Secretariado de Partidos de Convergencia Socialista, que integra al PS Núñez, los dos MAPU y la IC, que recoge el perfil movimientista e intelectual que había tenido la Convergencia entre 1979 y 1982. Integran también la Convergencia ex militantes del MIR, como Carlos Ominami y miembros del Partido Socialista que se habían mantenido neutrales en la división del PS en 1979, posición que llevó a Hortensia Bussi a apodarlos como ‘los suizos’. En ese grupo encontramos a los socialistas Ricardo Lagos Escobar y Enzo Faletto. Según sus miembros, la Convergencia pretende promover “una secularización teórica a ideológica que permite unir tras un proyecto democrático vertientes culturales tan diversas como la laica y marxista con la religiosa y cristiana, y que dé al movimiento todo su potencial de desarrollo y arraigo en la base popular”⁴⁷⁸. Los anhelos quedan planteados; veamos lo que sucede al intentar implementarlos.

CAPÍTULO VII



**DE LA RENOVACIÓN A LA AUTOINMOLACIÓN. EL MAPU,
EL MAPU-OC Y LA PROPUESTA DE UNA NUEVA
IDENTIDAD POLÍTICA (1980-1989)**

Tal como expresamos en el capítulo anterior, hacia finales de la década de 1970 ambos MAPU habían sistematizado coherentemente un pensamiento renovador dentro de la izquierda. Dicho pensamiento, articulado en un comienzo desde una profunda autocritica, se iba deslizando lentamente hacia nuevos referentes teóricos y políticos que permitían construir varias imágenes de la sociedad chilena y la transición democrática. Así, mientras en el MAPU se va consolidando una propuesta de autonomía del sujeto popular, de restricción de la esfera de lo político y de nueva vinculación con lo social, en conjunto con una propuesta de construir un nuevo referente político que agrupara a la izquierda socialista, en el MAPU-OC la reflexión se concentró en la política de alianzas y la salida a la dictadura, en el plano de la negociación política. De esta forma, hacia fines de la década de los 80 ambos caminos se complementarán en el sistema político resultante.

Sin embargo, la radicalidad de las reflexiones renovadas marcaron el sino de esta pequeña colectividad divida en dos. Ambos MAPU llegaron a la conclusión de que la construcción de un nuevo referente político implicaba reconocer el agotamiento histórico de su propio proyecto, por lo que la autoinmolación fue el resultado final de una retórica renovada que se articuló tempranamente en la década de los 70 y que toma sus ribetes definitivos después de las jornadas de protesta nacional enmarcadas en los años 1983 y 1985.

De la Convergencia al Bloque Socialista

El II Pleno en Clandestinidad del MAPU, realizado en 1980, condensaba, tal como lo planteamos, una cierta hegemonía de un discurso renovado al interior de la colectividad. Dicha hegemonía se había construido durante la década del 70 y tiene dos hitos centrales; el primero de ellos en 1976, cuando el MAPU conducido por Carlos Montes envía a intervenir la colectividad en el exterior. Dicha tarea, asumida por el compañero Martín (Eugenio Tironi) tenía como principal objetivo zanjar las disputas ideológicas y de poder que se expresaban en dos bandos: uno liderado por Rodrigo González y el otro liderado por Gerardo Aquevedo. Montes expresaba que dicha intervención le permitiría lograr la legitimidad de la conducción mapucista en el interior y en conjunto ‘erradicar’ de la colectividad el discurso más radical con fuerte influjo maoísta. Si la operación daba sus frutos, el MAPU iniciaría el proceso de reflexión política que le permitiría construir un discurso nuevo frente a los cambios radicales que instalaba la dictadura en Chile⁴⁷⁹.

El segundo hito histórico fue la realización del seminario de Ariccia en 1979. Dicha ciudad italiana concentró por primera vez en una reflexión política a lo que se denominó ‘izquierda socialista’, calificativo que pretendía distanciarse de la izquierda comunista y separar aguas en un momento en que el PC comenzaba a dar lo que se conocería como el giro histórico.

Ambos hitos fueron centrales al momento de analizar el camino del MAPU en la renovación socialista, porque será en este corto periodo mediado entre la intervención en el Frente Externo y la realización del seminario de Ariccia, cuando los discursos producidos tanto en el interior de Chile como en el exilio logren una sintonía, la que le permite avanzar rápidamente a la colectividad hacia un discurso renovador, coherente y ambicioso. El primer fruto de esta sintonía fue el II Pleno en Clandestinidad, en el que es posible reconocer la emergencia discursiva de un nuevo sujeto social, de nuevas reflexiones políticas y teóricas, en las que el influjo de Gramsci y posteriormente de Foucault abrieron las perspectivas de lo que se entendía por política y, por último, donde comienzan a esbozarse las primeras salidas posibles a la dictadura.

Junto a lo anterior, el Seminario de Ariccia instaló por primera vez un nuevo referente político que estaba presente como anhelo en la construcción teórico-discursiva de uno de los intelectuales mapuchistas, Eugenio Tironi. 1979 es el año del nacimiento formal de la Convergencia Socialista, fuerza política que se autodenominaba renovadora y aglutinante de los sectores políticos que habían logrado vincular teóricamente el socialismo con la democracia. Con esta definición se dejaba fuera ex profeso al Partido Comunista y a un sector del MIR, que aún creía en la salida insurreccional. Constituyeron la Convergencia el MAPU, un sector del Partido Socialista⁴⁸⁰ (liderado por Altamirano), el MAPU-OC y la Izquierda Cristiana.

En una entrevista clandestina realizada a Óscar Guillermo Garretón en 1979, mientras permanecía ilegal en Chile y como Secretario General del MAPU, este dirigente reflexionaba sobre la derrota de la Unidad Popular en 1973, para concluir tajantemente que “si se produjo la derrota, fue por nuestra debilidad para diseñar y practicar una política capaz de impedir sus intentos. La derrota deja al desnudo la debilidad estratégica que teníamos como movimiento”⁴⁸¹. Esta conclusión autocrítica conduce al MAPU a pensar la crisis de 1973 como una oportunidad para la izquierda, sobre todo para superar sus debilidades, sus fraccionamientos, el ideologicismo y una práctica y concepción sectaria de la política. En la misma entrevista Garretón planteaba que “Chile ha cambiando en estos años. Ello nos urge a sacarnos de encima las camisetas sectarias y los anteojos dogmáticos para repensar esta realidad y aprender a luchar unitariamente en las nuevas condiciones”⁴⁸².

El peso de las identidades partidarias era percibido por los militantes del MAPU como un problema para avanzar en la lucha política contra la dictadura. El sectarismo manifiesto en los liderazgos que aspiraban a conquistar determinadas cuotas de poder dentro del escenario opositor, conducía a quiebres profundos en el diseño antidictatorial y conflictuaba las relaciones en las bases de la resistencia. Por ello, era urgente, según el MAPU, superar esas barreras identitarias en pos de construir un nuevo referente más acorde y más apropiado con las nuevas realidades instaladas por la dictadura. Según este colectivo:

Más allá de todos los problemas coyunturales, la tiranía ha instalado un nuevo escenario nacional y coherente con dicha realidad, va levantando nuevas reglas del juego en distintos aspectos de la organización y de la vida de la sociedad. La

puesta a prueba del Plan Laboral, la nueva ley de municipalidades, y en general, todas las llamadas modernizaciones, concretan este camino⁴⁸³.

Por ello, continuar con las viejas prácticas y consignas políticas partidarias no hacía sino profundizar el actuar dictatorial que no tenía frente a sí una oposición cohesionada y coherente, con un proyecto alternativo viable en el corto o mediano plazo.

Ante este análisis, el MAPU asume como propia la construcción de un nuevo referente político, antiexcluyente y aglutinador, que se hiciera cargo de este desafío creador y renovador. Dicho proyecto es funcional, además, a un partido político cuya corta historia no permitía la mantención de una identidad con perspectiva de pasado, por lo que rápidamente se inclinó por esta nueva fundación, en la que por cierto podía ser una figura más gravitante. En ese esquema se entiende el proyecto de Convergencia Socialista, que a juicio de los militantes mapu no es más que una nominación discursiva a una práctica de resistencia ampliamente difundida en la cotidianeidad de las acciones contra la dictadura. De esta forma se entendía que la Convergencia nacía como:

...producto y propuesta de salida a esta crisis. Su ambición es cristalizar en una poderosa fuerza política que haga viable al conjunto de la izquierda, dotando a ésta de la calidad hegemónica que el derrocamiento de la dictadura y la democratización requieren, asegurando el curso revolucionario y socialista del proceso. Su sentido específico apunta a convocar, unificar y hacer converger en esta nueva fuerza política a la amplia franja de los sectores revolucionarios “no comunistas” de la izquierda, tanto históricos como del contingente surgido en estos años, militantes e independientes⁴⁸⁴.

La Convergencia quedaba planteada como propuesta de un sector de la izquierda nacional, que rompía en primer lugar con la alianza frentista de la Unidad Popular y por otro lado, establecía una aspiración de superación de las formas aliancistas tradicionales, mediante la incorporación de sujetos no militantes en sus filas. Bajo los ideales movimientistas prevalentes en el MAPU, este nuevo referente aspiraba a construir, con mayores libertades creativas, un nuevo

proyecto refundacional para una sociedad que se entendía anómica y en crisis.

En la configuración de este proceso, el MAPU comienza a repensar su corta historia de vida, destacándose por primera vez una recuperación del objetivo inicial que explica su propio origen. Así, este colectivo comienza a reiventarse como un partido que desde su nacimiento había abogado por una renovación de la izquierda y por la superación de las identidades políticas clásicas, para construir una unidad que lograra exceder las estructuras partidarias en el largo plazo.

La Convergencia Socialista, mirada desde esta perspectiva, estaba en el código genético del MAPU, ya que revive el viejo anhelo original de unidad de las fuerzas populares por cambios radicales y socialistas en la sociedad chilena. Sin embargo, esto implicaba comenzar a distanciarse del proyecto ‘ambrosiano’⁴⁸⁵ de hacer del MAPU el tercer partido de la izquierda chilena y, por ende, dar por fracasado el proyecto generacional que se impone con fuerza desde agosto de 1971.

El funcionamiento de la Convergencia Socialista (CS) fue bastante confuso. Ya hacia 1981 se articularon dos fuertes críticas en torno a ella. La primera crítica esbozaba que esta apuesta no lograba superar las viejas disputas históricas del socialismo criollo, lo que ponía en duda su propia funcionalidad en el corto plazo. La consecuencia operativa resultante de esta crítica era la escasa capacidad de acción que registraba este nuevo referente, que no lograba articularse como una identidad nueva, capaz de superar las viejas estructuras partidarias.

La segunda crítica daba cuenta del escaso arraigo que una propuesta de este tipo podía tener en la militancia política, destacando el elemento cupular y elitista de este referente. Hacia 1981, el MAPU planteaba que la convergencia no era “una idea política orgánica a la lucha contra la dictadura y el espacio en que se desenvuelve es fundamentalmente cupular”⁴⁸⁶, por lo que no lograba convertirse en el gran instrumento de unidad de la izquierda socialista.

El elemento que causaba más conflictos era la intención de constituir a la Convergencia en un espacio por sobre las estructuras partidarias, un espacio que los superara en tanto orgánicas e identidades políticas, por lo que generaba resquemores en la clase política que sentía una mayor competencia inherente y donde no estaban asegurados su propios intereses. Así lo expresaba al menos en

su declaración de principios en 1981 la CS formada por el MAPU, el MAPU-OC, la IC y el PS Altamirano, enfáticos en exponer que “no pensamos que el destino de la renovación sea el de una mera recomposición de las estructuras políticas tradicionales que forman parte del movimiento popular ni aspirar a la simple reactualización de sus programas y plataformas y a las nuevas realidades del país”⁴⁸⁷. Sin embargo, en la práctica esto chocaba con las resistencias operativas de los conglomerados políticos que se movían más lento que los anhelos principistas de los líderes renovados.

Ante esta problemática, en 1981 el MAPU y la IC acuerdan constituir un pro secretariado de Convergencia Socialista con el fin de articular una estructura más operativa a los requerimientos políticos de esos años. El objetivo puntual era expresado como una acción para que la CS “deje de ser una gran negación y pase a ser un sujeto político operante en la lucha concreta de nuestro pueblo”⁴⁸⁸.

Pese a estos esfuerzos y declaraciones de intenciones, la Convergencia comenzaba a diluirse tensionada, por un lado, por las estructuras partidarias resistentes a reconfigurar sus propias identidades y, por el otro, por dos nuevos referentes que la desvirtuaron. Esos dos referentes eran la Alianza Democrática (AD) y el Movimiento Democrático Popular (MDP).

Ambas alianzas, nacidas en los inicios de la década de los 80, sobrepasaron las intenciones de la CS y la dejaron literalmente fuera del juego político. La Alianza Democrática nace en 1982, constituyéndose en el primer acuerdo aliancista entre el centro Demócrata Cristiano y un sector de los socialistas, especialmente los renovados y en el que participó también el MAPU-OC. El otro referente nace en 1983, nominado como Movimiento Democrático Popular; tenía entre sus componentes al PC como principal fuerza hegemónica, el sector de los socialistas liderados por Almeyda y al MIR. El MAPU intentó mantenerse equidistante, al igual que la IC, de estos dos referentes, pero esa apuesta terminó por liquidar el objetivo de la Convergencia Socialista, que a fines de 1982 lanza otra gran apuesta política: el Bloque Socialista.

El Bloque Socialista: una apuesta político-identitaria de destino incierto

A las críticas que se vertían sobre la Convergencia Socialista y su carácter elitista y cupular, se le sumaron otras referidas a ciertas dudas del carácter de izquierda de dicha agrupación. Existía una necesidad expresa de limpiar el nombre de la agrupación, enfatizando su carácter revolucionario dentro del espíritu de la renovación, con lo que se aspiraba a minimizar la cada vez más creciente tendencia a vincularla con la socialdemocracia, precisamente porque miembros de la Convergencia participaban de la Alianza Democrática.

Por otro lado, el MAPU realiza sendos esfuerzos discursivos por hacer aparecer a la CS como una construcción partidaria, aun cuando esté abierta a individuos no militantes, quizás como una forma de generar una mayor adhesión subjetiva de los cuadros políticos hacia la misma. Estos esfuerzos, sin embargo, comienzan a desaparecer hacia fines del año 1983, cuando empieza a tomar cuerpo otra construcción política, mucho más orgánica que la desdibujada CS. Este nuevo referente era el Bloque Socialista.

En el año 1984 el MAPU instala una fuerte crítica tanto a la Alianza Democrática como al MDP, planteando una alternativa distinta que vuelve a tensionar su propio objetivo unitario entre esta estrategia y los intentos pasados. En el III Congreso Programático del MAPU, realizado en este año, se expresaba:

El Bloque Socialista nace como un tercer referente político nacional que busca reponer en el marco de la nueva situación política socialista para Chile. Los partidos y los movimientos que nos comprometemos en él nos propusimos generar un espacio socialista autónomo frente a una izquierda comunista expresada en el MDP y al centro político hegemónico de la AD, para desde allí representar a un importante segmento de las clases populares y contribuir a la lucha contra la dictadura⁴⁸⁹.

De esa manera, el Bloque Socialista pretendía constituirse en un espacio autónomo de lo que se entendía era el mundo socialista, compuesto por el socialismo histórico y los denominados socialismos emergentes.

El Bloque Socialista (BS) pasará a ser en el marco de la constitución de las alianzas políticas, el espacio antecesor de una futura unidad del área socialista. Era el camino intermedio entre las estructuras orgánicas de los partidos y un nuevo partido socialista que fuera capaz de convocar en una sola fuerza a las distintas subjetividades y experiencias socialistas.

Para el MAPU, el Bloque Socialista que se encontraba formado también por la IC, el MAPU-OC y el PS Briones y Altamirano, era una expresión más de la Convergencia –con cierta unidad teórica y programática– y de lo que ya se entendía como renovación socialista. Sin embargo, para 1984, a pocos meses de haberse constituido, el Bloque Socialista se resentía de la misma tensión interna como consecuencia de la mantención de las otras estructuras aliadas. Es por ello que el MAPU y la IC sentenciaron que:

...es necesario reponer al Bloque Socialista una capacidad propia efectiva de realizar una política popular y autónoma, orientarlo hacia la movilización popular y constituirlo en un factor articulador de la unidad democrática de toda la oposición. Sin embargo, esto último hace necesario superar la presencia de un sector del Bloque Socialista en la AD⁴⁹⁰.

La direccionalidad de la crítica apuntaba directamente al PS y al MAPU-OC, quienes ya habían ido generando acercamientos profundos, que se hacen públicos cuando en el año 1985 los principales líderes de este último colectivo ingresen al PS Briones, registrándose la primera eutanasia mapucista. Gazmuri recuerda que en esos años esta indefinición fue reduciendo la capacidad operativa del BS, “porque en general los socialistas del XXIV Congreso son muy partidarios de sellar pronto una alianza formal con la DC y otras fuerzas de centro, mientras que a otros no nos parece”⁴⁹¹. Este hecho fue la lápida al Bloque Socialista y su aspiración refundacional, ya que aun cuando se mantuviera un año más, en la práctica el resto del camino estaba orientado a una futura unidad del MAPU para ingresar definitivamente al Partido Socialista.

Sin embargo, en los cortos años de su existencia, el Bloque Socialista permitió definir una intencionalidad política novedosa, más allá de su propio fracaso. Ese intento clarifica discursivamente el fundamento del MAPU, en tanto generación política, pero también marca el destino del mismo, cuyos miembros ya en el año 83 anuncian su propia defunción. La forma en que se vivenció este proceso dentro del colectivo, generó un afianzamiento de lazos de sociabilidad histórica, de experiencias de vida y de redes sociales, que el MAPU optó por desarrollar como una manera de no perecer cuando viniera la ansiada unidad socialista. Quizás sea esta manera particular de vivenciar esta experiencia operativa lo que permita, aún en la actualidad y pese a que han transcurrido 12 años desde su desaparición formal, la vigencia subjetiva de su existencia en la política contingente, cuestión que llegó a su paroxismo en la pasada elección presidencial del año 2005, cuando se anunció en septiembre de ese año la ‘muerte del MAPU’ y su posterior ‘resurrección’ inmediata.

En un documento de producción partidaria escrito en 1983, previa realización del III Congreso Programático, el MAPU expresaba que su política partidaria debía dirigirse a la construcción de un solo gran ‘referente socialista’; para ello enfatizaban: “marcharemos por un proceso de rescate de nuestra singularidad y de maximización de nuestras cualidades de manera de preparar el gran salto adelante hacia la nueva fuerza socialista, momento en el cual el MAPU habrá cumplido su ciclo”⁴⁹². Continúa el documento enfatizando que el MAPU era:

...parte de una generación que va más allá de nuestra frontera orgánica y buscaremos desarrollar junto a ella nuestro aporte vital a estos procesos, poniendo en el centro la opción por el sujeto popular. Esto lo haremos sin afanes competitivos ni conspirativos, procuramos entregar nuestro generoso esfuerzo al socialismo chileno, a su renovación y a su claro carácter democrático y popular⁴⁹³.

De esta forma, el MAPU se autodefinía como una generación política que revive fuertemente el mito fundacional de unidad de las fuerzas populares. Con esto se intentaba zanjar, además, una disputa que se acentuó en la mitad de la década de los 80 y que pasaba por fundamentar una alianza con el centro demócrata cristiano. Lentamente, este colectivo pasará a entenderse a sí mismo más como

una identidad que como una orgánica estructural y jerárquica, con disposición a inmolar su propia especificidad en función de la creación de un nuevo bloque histórico por los cambios, que termine de una vez:

...con la fractura histórica en el seno del pueblo entre la izquierda y el centro. El sujeto de todo esto es el conjunto del pueblo, con sus distintas clases, grupos, sectores y movimientos que sufren la dominación actual del sistema. Se trata de incorporar y recoger activamente todas las ideologías populares en su versión progresista y transformadora, para que aporten de manera pluriclasista a la conformación de esa mayoría: el marxismo en sus diversas versiones; el socialcristianismo y el cristianismo popular, el laicismo y el racionalismo, así como las aspiraciones propiamente nacionales de raigambre particular en las fuerzas armadas⁴⁹⁴.

En esos mismos años es posible distinguir en el discurso mapucista la propuesta de conformar una gran concertación multipartidaria entre el centro demócrata cristiano y el mundo socialista, que le diera operatividad orgánica a este bloque histórico por los cambios. En 1984 las conclusiones del III Congreso manifestaban:

[...] nos pronunciamos por avanzar hacia una mesa de concertación o multipartidaria que reúna a todas las fuerzas políticas que estén por poner fin al régimen militar y reencantar al país por la senda de la democracia. Cada conglomerado o partido mantendría su plena autonomía, el país conocería de las diferencias naturales... pero se asumirían con flexibilidad, generosidad y responsabilidad histórica los compromisos que permitan democratizar el país⁴⁹⁵.

Esbozado así, el ideal fundacional tomaba ribetes nuevos al argumentar esta necesidad histórica de construir este referente político, que los intelectuales del partido ya habían planteado a comienzos de la década de los 80. Hasta cierto punto, podríamos argumentar que en lograr este objetivo, el MAPU adquiría una importancia central, por cuanto se reconciliaba con su origen democrata

cristiano, sin romper con la izquierda y, por lo tanto, posibilitaba el puente de los acuerdos necesarios para que esta unidad tomara la forma que no pudo tomar en el año 69.

Definido así, el proyecto histórico que articula el MAPU después de 1984 era preparar la unidad del socialismo en una sola fuerza, que fuera capaz de contener dentro de sí mismo las distintas ‘sensibilidades socialistas’, de manera que ninguna de ellas tuviera un peso histórico capaz de subsumir a las otras, sino que cada una aportara desde una perspectiva distinta a este socialismo renovado.

Así, entre 1984 y 1985 el MAPU concentra su discurso en torno a su definición histórica, orientado a dos acciones. La primera era refundar el partido, es decir, lograr la unidad entre los dos grupos que se dividieron en marzo de 1973, como una forma de acumular fuerza política y centrar en torno a este MAPU los elementos más innovadores de la renovación socialista. La segunda, articular en función de su propia identidad un bloque político que permitiera fundar un nuevo referente social y programático, que superara las viejas alianzas políticas y creara el imaginario simbólico capaz de superar la experiencia de la UP, y centrarse en un nuevo proyecto que tenía como referente más cercano las luchas de resistencia y oposición a la dictadura militar. Por ello fue central la memoria del posgolpe de Estado, único tiempo histórico reciente donde se podía buscar en el otrora viejo enemigo, un aliado central y de largo plazo.

Pese a la claridad de estos procesos, la apuesta por constituir al Bloque Socialista en una estructura operativa para el socialismo renovado, pierde importancia real cuando un grupo de militantes del MAPU-OC, centralmente compuesto por su directiva, entra al Partido Socialista y abandona su conglomerado original. Según los recuerdos de Jaime Gazmuri, la discusión interna en este conglomerado se fue haciendo cada vez más compleja y penosa:

[...] la verdad es que se produjeron una vez más entre nosotros diferencias muy profundas, relativamente insalvables, entre aquellos que estábamos por impulsar todo el proceso de renovación socialista, por apuntar a la construcción de una nueva fuerza (el Bloque Socialista lo construimos en esos años, pero en medio de grandes tensiones internas en el partido), y una mayoría de la dirección que se mostraba muy en contra de la línea que yo venía impulsando con el apoyo de muchos compañeros de la dirección intermedia y de toda la dirección exterior⁴⁹⁶.

Para Gazmuri, los tres primeros años de la década de los 80 fueron de intensa discusión y de desgarro interno dentro del MAPU-OC, que habría entrado en:

...una situación muy anómica, porque nosotros estábamos por la disolución del partido para construir una nueva fuerza, pero la nueva fuerza todavía no se construía, y entonces vino un largo período en que el partido ya no tenía voluntad de seguir como tal, pero no había dónde irse (salvo al movimiento de la Convergencia, pero eso estaba para los individuos: nosotros éramos un Partido). Y toda esta situación se prolongó, se me hizo muy larga, porque tenía conciencia de que no tenía sentido, pero es que es muy difícil terminar con un partido. El partido deseaba sumarse a un proyecto político mayor, lo que ocurrió finalmente dos años después, en 1985, cuando ya me había instalado en Buenos Aires⁴⁹⁷.

Así, mientras pasaban a formar parte del Partido Socialista líderes del MAPU como Jorge Molina, Jaime Estévez, Marcelo Contreras y Jaime Gazmuri, mantenía el timbre del MAPU-OC el sector opositor a la renovación en el mismo, liderado por Fernando Ávila. Esto fue en conjunto con la migración de otros líderes fundadores del MAPU que se reintegraban a esta colectividad después de la violenta separación de marzo de 1973. En 1985 militaban nuevamente en el mismo MAPU, Enrique Correa, Óscar Garretón, Alejandro Bell y Carlos Montes.

El proceso de reunificación de las colectividades de la bandera verde y la estrella roja, fue demostrando la hegemonía de las voces de registro renovador así como de las resistencias que generaba en el mundo socialista esa necesidad unitaria. En 1985, el MAPU expresaba que su unificación se hacía en torno a un programa de transformaciones para Chile. “Sus militantes, que aportan al partido la variada gama de valores y concepciones culturales progresistas presentes en nuestro pueblo, no se aglutan en torno a una definición ideológica, sino alrededor del programa común y del esfuerzo por hacerlo”⁴⁹⁸. Así, el MAPU se concibe como “expresión fundamental de la historia del socialismo emergente, como canal de agrupamiento de renovación socialista, opta por un fortalecimiento como fuerza para juzgar por su consecuencia unitaria e

independencia política, un papel avanzado en la perspectiva de hacer realidad esa fuerza socialista”⁴⁹⁹.

Por ello, “concientes de la matriz común que compartimos y dispuestos a enfrentar reagrupados los desafíos que se nos presentan hacia delante, proponemos a todos los sectores del socialismo emergente una reconstitución del MAPU con el propósito de contribuir con más fuerza y perfilar al socialismo chileno”⁵⁰⁰. Sin embargo, esta unidad no llegará sino hasta 1989, previa defunción del mismo bloque socialista, hacia fines de 1985, cuando el comité central del MAPU unificado planteaba que:

Nuestro Comité Central ha concluido que es urgente llevar hoy a la práctica el acuerdo de nuestro congreso de unificar a todos los socialistas en un partido federado. En función de ello y considerando la actual negativa del PS que dirige Briones a hacer del Bloque Socialista una fuerza autónoma, hemos decidido apurar el camino, a partir por cierto de lo que tenemos construido, y trabajar desde el Bloque con el fin de superarlo y de posibilitar una concertación socialista superior en un partido único de los socialistas chilenos. Allí deberemos encontrarnos todos los que queremos la democracia y el socialismo⁵⁰¹.

Sin embargo, se entendía también que la unificación del MAPU no era un objetivo en sí mismo, sino que una estrategia para lograr la unidad socialista. Enrique Correa era enfático en hacer esta precisión, argumentando que:

[...] para que ello sea así, sin embargo, se requiere de dos condiciones a lo menos: la primera de ellas es que no se intente reproducir el MAPU buscando infructuosamente el tiempo perdido. Es necesario expresar a un área amplia y sobre todo importante de grupos, organizaciones y personas que se han identificado en el mundo popular con el planteamiento de una renovación socialista. La segunda es que tal agrupación se conciba a sí misma, no de nuevo como la “tercera fuerza de la izquierda” como en los tiempos de Ambrosio, sino como un componente, como una corriente de esa fuerza socialista amplia y nacional que es a la que aspiramos como proyecto más definitivo⁵⁰².

En conjunto con lo anterior, en esos mismos años se instalaba con más fuerza la idea del camino hacia una transición pactada y negociada con los militares, cuestión que era un tema casi asumido por los mapu, especialmente después de la fractura ocurrida en 1984 cuando el Movimiento Juvenil Lautaro decide escindirse de su colectivo original del cual había nacido en 1982. El Congreso de Unidad zanjó, por así decirlo, el imaginario dominante en los militantes del MAPU, de una sociedad escindida, en conflicto, al filo de la anomia social y que solo podía recomponerse con un gran esfuerzo de la élite política dispuesta a asumir sus responsabilidades y a construir un nuevo Chile; de allí la positiva valoración que hizo este colectivo del Acuerdo Nacional, nominándolo como el primer acuerdo político que consigue unir a la oposición a Pinochet, en virtud de avanzar en la línea de una transición hacia la democracia. Para el MAPU:

...la propuesta que busca una ruptura con el ordenamiento institucional creado por la dictadura y el fin inmediato de Pinochet –es decir el plebiscito– tiene sólidas bases de realidad para ser exitosa y a la vez implica grandes desafíos para la oposición y para el pueblo. En efecto, el plebiscito, siendo una propuesta rupturista, se levanta sobre las proposiciones del Acuerdo Nacional; es decir, potencialmente podría contar con un amplio espectro social y político y lo asume consecuentemente. Por otro lado, el plebiscito es una fórmula movilizadora, capaz de pensionar a la ciudadanía tras una demanda democrática concreta, visible, de corto plazo, no apocalíptica y profundamente enraizada en las tradiciones cívicas de nuestro pueblo. La gente podría sentirse protagonista de una salida política que pasa por su participación y por su propio pronunciamiento: allí radica la fuerza y su posibilidad⁵⁰³.

Nótese cómo en esta cita es posible apreciar la nueva forma en la que se valora la democracia representativa, donde la participación se va reduciendo al acto de votar, en conciencia y libremente. Para el año 88 el gran acto revolucionario será, a juicio del MAPU, votar NO en las elecciones.

La valoración de la participación electoral, en virtud de mantener cohesionada a la nación, llevó al MAPU a distanciarse cada vez más tanto de las propuestas

rupturistas y violentas, así como de los discursos ideológicos que antaño lo habían caracterizado. En 1986 el MAPU planteaba que:

[...] el último tiempo ha traído signos positivos de parte de la mayoría de las fuerzas políticas, signos que alimentan la esperanza que el ideologismo y el sectarismo van perdiendo terreno a favor de un sano pragmatismo. Las políticas de radicales y socialistas que han buscado un diálogo con el MDP, pasando por sobre las indefiniciones de la AD; el proceso de superación del Bloque Socialista acordado por una concurrida asamblea, que introduce un factor de flexibilidad en el campo socialista; el acuerdo MAPU-IC que favorece el fortalecimiento de instancias amplias de encuentro de la izquierda, como la Intransigencia Democrática (ID); y el notorio ejercicio de la presidencia del MDP por un socialista, son todos hechos que le han dado mayor fluidez y elasticidad a un escenario político que ya mostraba evidentes síntomas de arteriosclerosis, dada su total inadecuación a los dilemas del país⁵⁰⁴.

De esta forma, la vorágine de la urgencia democrática va produciendo en el MAPU un aumento de las reflexiones que se centran en la política de alianzas, en especial, en una concertación que reuniera a todo el espectro socialista junto al centro radical y demócrata cristiano, excluyendo ex profeso al PC. Pese a ello, quedaron instalados en la dialéctica renovada mapucista dos discursos centrales. El primero, referido a la imagen de una sociedad adulta, consciente, ciudadana, donde lo autónomo era requisito básico de mantención y profundización del proceso democratizador. Por ello, la construcción de un sujeto popular, que hace estallar el clasismo economicista con los cuales los partidos de la izquierda entendían a los actores sociales y que introduce abiertamente ‘lo popular’ como una posición subordinada y no hegemónica, trasciende a las estrategias de resistencia a la dictadura. Esta definición gramsciana tuvo su mayor desarrollo analítico en el MAPU que permaneció en Chile, liderado entre otros por Carlos Montes, desde donde emerge el concepto de subversión y de desobediencia civil, que especificaba un tipo de lucha mucho más simbólica que frontal. De ese campo discursivo emerge la propuesta que origina al Movimiento Juvenil Lautaro, quienes radicalizaron el discurso y terminaron rompiendo con el MAPU. Es por eso que planteamos que el Lautaro es hijo de la renovación socialista, cuestión que desarrollaremos en el capítulo siguiente.

El otro discurso corresponde a la idea de una política éticamente responsable y programática, separada de lo social debido a su propia especificidad. La crítica al ideologicismo exacerbado de antaño, que fundamentaba una práctica política dogmática, debía superarse en función de evitar las condiciones que llevaron a la nación chilena al punto de su desintegración. Nótese que esta preocupación por la cohesión social escapaba también a la lógica con la que se entendían los procesos sociales de antaño, mirados a la luz de la lucha de clases.

Ese discurso supuso una sociedad donde lo político debía tener su esfera de influencia específica; la idea de que ‘no todo es política’ está contenida tanto en el discurso intelectual como en el político. Por ello, este apartheid, que pretendía fundamentar las relaciones sociales, evitando que la estructura del Estado contuviera las pugnas sociales, según se entendía, había ocurrido en el pasado.

Las reflexiones emergidas desde esa narración política fueron el centro de la política aliancista del MAPU ya unificado en 1985. De ellas emerge la discursividad que fundamenta la Concertación de Partidos por el NO en 1988 y que triunfa en el plebiscito y en la elección presidencial de 1989. Para la mayoría de los mapu, esta construcción excedía con creces cualquier política de alianzas táctica o estratégica, ya que se la entendió como un nuevo bloque histórico por los cambios, aspirando calladamente a que esta nueva identidad superara las identidades históricas de los partidos que la componían.

En el camino a la configuración de este nuevo referente político e histórico, se entiende la decisión de integrarse al PS en 1989, bajo la argumentación de que el MAPU había agotado su misión histórica y cuyo nuevo proyecto era incidir desde dentro del mundo socialista por lograr la hegemonía de la renovación. Si en 1969 el MAPU optó por ser ‘cabeza de ratón’, en 1989 la misma colectividad decidía convertirse en una ‘cola de león’, pero de un león que estaba tensionado internamente entre dos sectores históricos que habían avanzado en diferentes reflexiones y propuestas, producto de sus propias experiencias históricas y cuya fractura de 1979 estaba latente en el nuevo partido. Un león que necesitaba de estos militantes para fundamentar una férrea y sólida alianza con el centro, basada más en aspectos subjetivos, de confianzas, aprecios mutuos y reconocimientos históricos, que en una propuesta ideológica de largo plazo. El MAPU optó por su ingreso al PS, por ser la generación puente tanto dentro del mundo socialista, así como con la Democracia Cristiana. La idea de hegemonía gramsciana había calado tan hondo en estos militantes, que se propusieron intervenir desde dentro, sigilosamente, para articular un nuevo discurso

socialista y renovado.

Sin embargo, un nuevo tropezón histórico marcará los límites de esta estrategia, cuando muchos militantes importantes del MAPU, como Eugenio Tironi, Víctor Barrueto, María Antonieta Saa, Fernando Flores, entre otros, decidan quedarse en el Partido por la Democracia (PPD) en 1990, conglomerado que nació como una necesidad pragmática ante la imposibilidad legal que recaía sobre el Partido Socialista de existir como partido político. Esta pugna, a nuestro juicio, expresa una gran tensión nunca resuelta en el MAPU, pero que excede esta investigación. Esa tensión entre el movimiento y el partido, que ha marcado tan profundamente la corta vida de este conglomerado.

El imaginario renovado y la lucha de resistencia: de la desobediencia civil a la participación electoral

Una de las expresiones simbólicas más importantes para evaluar el impacto de la renovación, corresponde a las prácticas políticas y discursivas pensadas como estrategias para resistir y derrotar a la dictadura. En el diseño de las mismas se ponen en escena las imágenes que representan a la dictadura, así como a los actores sociales y la transición deseada.

Después de la integración del discurso que articula la imagen de una dictadura revolucionaria, el MAPU establece como su objetivo central de existencia el posibilitar la autonomía del sujeto popular. Esta propuesta contiene los registros del diagnóstico anterior sobre las causas del golpe de Estado, enfatizando que la escasa autonomía de los sujetos sociales, el exceso de politización y la manipulación de los partidos políticos había generado una situación de crisis institucional, en la cual los sectores populares se llevaron la peor parte.

Por ello el MAPU instala como necesidad la idea de que lo social debe ser una esfera autónoma, de expresión de las propias formas asociativas en torno a los requerimientos específicos de su vida cotidiana, donde los partidos políticos ejercieran una función de corrección transportadora hacia el Estado y el diseño de políticas públicas, en tanto representantes de intereses colectivos nacionales, pero en ningún caso debían dirigir las movilizaciones sociales.

En este marco analítico, el MAPU establece hacia 1981 que la mejor estrategia de lucha, que permite la autonomía del sujeto popular, la expresión de su propia heterogeneidad y que posibilita la construcción de una identidad social creativa y propia, es la ‘desobediencia civil’, entendida como expresión social de descontento en los propios marcos de los sujetos que la expresan.

En los comienzos de la década de los 80, esta propuesta de desobediencia civil está cruzada por una tensión no resuelta entre la violencia y la resistencia pacífica, por lo que no son claras aún las características que podía tomar esta forma de expresión de oposición a la dictadura. Quizás el influjo presente de la revolución sandinista en Nicaragua genere esta indefinición del MAPU, que se

terminará de zanjar cuando el MJL, creado bajo estos códigos formales y discursivos, quiebre con su colectividad de origen.

Según el MAPU, existía una necesidad política e histórica de crear nuevas formas políticas de protesta social, en especial debido a las condiciones de siete años de dura represión y de desarticulación de la nación. Por ello, no era posible mantener las viejas consignas y menos aún las formas de lucha que estaban en la memoria de la izquierda. Este diagnóstico queda sistematizado cuando en 1981 se concluye que “queda en evidencia que la izquierda no es orgánica al movimiento de masas que se ha venido reconstruyendo, que las formas de lucha y movilización deben modificarse y, por último, el que buena parte del discurso y las definiciones políticas se ven sobrepasadas por la realidad impuesta por la dictadura”⁵⁰⁵.

En 1984, después del duro impacto que generaron las jornadas de protesta social entre los años 83 y 84, se consolidará el discurso movimientista en torno a las expresiones simbólicas de resistencia pacífica, como la gran estrategia social combinada con las presiones políticas hacia un aperturismo democrático. En el II Congreso Programático realizado el 11 de septiembre de 1984, el MAPU establece como síntesis que:

[...] la mobilización (sic) popular por sí misma no se constituye mecánicamente en alternativa política. Incluso, en el marco de la movilización del pueblo pueden desarrollarse fuerzas distintas a la izquierda que capitalicen la lucha democrática en el seno de la sociedad. Hoy por hoy, por la fase histórica que vive nuestra patria, el centro político puede jugar un papel importante en la generación de salidas frente al régimen autoritario⁵⁰⁶.

De allí que sea urgente el diseño de estrategias que posibiliten una coordinación entre movilizaciones sociales autónomas, específicas, que ayuden a generar un clima de ingobernabilidad y deslegitimación de la dictadura, en conjunto con el establecimiento de acuerdos políticos. Sin embargo, en este último punto el MAPU entendía que “las fuerzas populares de izquierda podrán ser un factor que incida en el curso político de la crisis nacional y condicione con su presencia y demandas en el escenario político; pero no podrá determinarlo en esta fase”⁵⁰⁷.

Esta última reflexión fue el resultado de la evaluación del rol que jugaron las fuerzas de izquierda en las movilizaciones sociales, apareciendo nítidamente la imagen de una crisis de representatividad en una izquierda anquilosada en discursos identitarios, pero que era incapaz de construir un proyecto alternativo a la dictadura que estuviera en sintonía con las transformaciones sociales y, por ende, que diera cuenta de las subjetividades populares y nacionales⁵⁰⁸.

El Movimiento Juvenil Lautaro nace en este contexto discursivo, como un movimiento orientado básicamente a dar cuenta de las especificidades de los jóvenes populares, politizando su propia rebeldía y expresiones de violencia. Por ello, su conformación se aprueba en 1982, bajo el universo discursivo movimientista y autonomista que primó en el MAPU hasta 1985.

Bajo el mismo universo narrativo anterior se entendió también la especificidad de la lucha de las mujeres y los jóvenes universitarios. En ambos casos los discursos se concentraron en torno a las particularidades de sus demandas y sus propios referentes identitarios, por lo que no es posible encontrar reflexiones políticas generales de esos actores y menos aún la incidencia específica que tuvieron sus demandas o perspectivas en la línea política del partido. El exceso movimientista terminó por invisibilizar en el amplio concepto de lo popular lo particular de estos actores, así como la propuesta de desobediencia civil invisibilizó su práctica de resistencia.

La desobediencia civil, tal como lo expresamos anteriormente, contenía el afán movimientista y autonomista que le dio la particularidad al discurso renovado en el MAPU. Su expresión social era tan amplia como ambigua y fluctuaba entre la violencia política y las expresiones de rebeldía pacífica que privilegiaban acciones poco rupturistas y primordialmente testimoniales. Todo esto congruente con el objetivo de “pasar de una política de masas para minorías activas a una amplia capaz de canalizar las nuevas subjetividades e insertarse en las tendencias de politización de la sociedad en su conjunto”⁵⁰⁹.

La politización requerida no implicaba conducir ni menos aún manipular al movimiento social en función de los intereses políticos, sino que se entendió como una práctica cada vez más tecnificada y profesionalizante de la actividad propia del partido político. En el mismo documento citado anteriormente, el MAPU establecía que:

desde el punto de vista de las demandas, proponemos politizar las reivindicaciones parciales con los problemas de la democracia. Pasar a generar petitorios y pliegos propositivos que levanten alternativas para la inversión social, respuestas técnicas y exigencias de participación, canalizando con este objetivo el apoyo de profesionales e instituciones. Coordinar para todo esto el máximo de organizaciones representativas de cada zona, sin sectarismos, es vital⁵¹⁰.

Esta tecnificación de la actividad política, cuya esfera quedaba definida en función de su propia especificidad, era congruente con la propuesta de desobediencia civil, que según el MAPU era la única forma de lucha donde se potenciaba la creatividad de los sujetos sociales y su expresión de diversidad. Para este colectivo, la desobediencia civil “evitaba el choque frontal más aún en el terreno que la dictadura es superior: el militar. Pero apunta a subvertir el orden, desbordar el aparato represivo y generar ingobernabilidad a la manera que el pueblo puede hacerlo: haciendo uso de su condición de mayorías, pública y directamente”⁵¹¹.

La desobediencia civil se entendía a su vez compuesta por variadas prácticas sociales, en tanto expresiones de la mutidiversidad social. Así el MAPU identificaba cuatro tipos de movilizaciones distintas compuestas por aquella que contenía la promoción y defensa de los derechos humanos; la social reivindicativa que surgía de la demanda material frente a los patrones, alcaldes y el Estado; la movilización y lucha del sector más politizado en acciones testimoniales de solidaridad y de conquista de la calle para la expresión de las demandas populares y democráticas. Y, por último, “grandes movilizaciones políticas de masas como concentraciones, marchas, protestas o huelgas nacionales”⁵¹².

La especificación de los tipos de movilizaciones sociales y políticas contenía en su discurso una nueva manera de observar la realidad social. De un sujeto básicamente constituido en la esfera de la producción se pasa a un sujeto social diverso y múltiple, por lo que su comportamiento político dejaba de estar condicionado o regulado por las leyes económicas que articulaban el antiguo universo conceptual de las clases sociales. Este sujeto nuevo no llevaba consigo ninguna premisa a priori en su comportamiento, no tenía ningún proyecto teleológicamente determinado y, por ende, su lucha política se entendía como

cotidiana, microscópica y jamás sujeta a algún tipo particular de ideología o militancia política.

El abandono del obrerismo en el discurso político le permitió al MAPU reconciliarse con su propia historia y origen social. Si entre 1971 y 1973 había primado el afán proletizador, con el que se pretendía redimir un origen social no escogido, pero que culpabilizaba las acciones de cada militante y le imprimía un sello emancipador en cada una de ellas, en los inicios de la década de los 80 lo popular vino a reemplazar los antiguos códigos semánticos con los que los sujetos se entendían a sí mismos.

Lo popular era una categoría tan amplia como extensa, que se entendía básicamente en torno al ejercicio del poder. De esta manera, popular será quien se encuentre en calidad de subalterno o subordinado, quien no detente los elementos que permiten dominar en una estructura social, económica o cultural. Así lo popular ampliaba el universo contenedor de la identidad política y el MAPU lograba por fin sentirse cómodo con un calificativo que lo expresaba en tanto afán y en tanto objeto.

La explosión del antiguo lenguaje de clases, criticado por su reduccionismo comprensivo, ponía en jaque también la propia identidad del ser de izquierda. Este conflicto llevó al MAPU a un nuevo intento de definición política, tratando de pasar de un partido ideológico a un partido programático, en el marco de la renovación socialista. El éxito de esa operación estaba en los cimientos del nuevo socialismo y de la transición deseada. Ocho años antes del triunfo de la vía negociada a la transición, el MAPU había decidido inmolarse en pos de una nueva política y de una nueva sociedad.

De esta forma, el MAPU asume la década del 80 con un discurso autoprofético de su fin. Sin embargo, su muerte planificada y pensada por lo menos nueve años antes de que ocurriera formalmente, lo obligó a definir su propia especificidad en tanto aporte a la nueva forma orgánica que tomaría el socialismo criollo. Así, esta colectividad expresaba en 1984 que su gran aporte consistía básicamente en su ‘estilo político’ caracterizado como:

...amplio y no chovinista, que ha permitido avanzar en la creación de condiciones para el desarrollo de una nueva fuerza socialista. Esta gran empresa

que nos ha comprometido desde sus orígenes ha ido agregando progresivamente nuevas voluntades y aportes hasta convertirse a través del Bloque Socialista es una realidad política en marcha⁵¹³.

Junto con lo anterior, esta colectividad intentaba sistematizar un discurso específico dentro del universo de la renovación, tratando de diferenciarse en este aporte, con el fin de mantener una identidad que los excediera como grupo político. Por ello, más que reflexiones sobre alianzas políticas de mediano o largo plazo, el MAPU insistía en que los contenidos de su discurso renovado lo componían: un protagonismo popular, en la perspectiva “que entiende que revolución es esencialmente autoemancipación y socialismo democratización plena de la sociedad”⁵¹⁴; un anhelo antisectario, anticompetitivo y antidogmático en relación expresa con la posibilidad de gestar nuevas alianzas políticas que superaran la clásica división entre el centro y la izquierda, y el esfuerzo por contribuir a formar “una nueva fuerza socialista que unifique las diversas expresiones existentes⁵¹⁵”.

Estas reflexiones muestran cómo el MAPU tomaba conciencia de sí mismo dentro del espectro de las fuerzas de izquierda y apelando a su muerte anunciada, pretendía seguir influyendo en el cuerpo político de la sociedad. En ese sentido, esta colectividad mantiene una particular forma de comprender la política, que estuvo presente en el origen histórico de la misma, pero constantemente tensionada por las distintas concepciones del poder. En 1984, el MAPU volvía a plantear que aspira a:

[...] una política que no se reduce a la conquista del Estado, sin negar la necesidad de su control y transformación, pues entiende que el poder político no está encarnado o concentrado solo allí. La transformación de la sociedad comienza antes de la conquista del Estado, en el fortalecimiento y democratización de la sociedad civil y en la constitución de hegemonía en su seno⁵¹⁶.

Sociedad civil que viene a reemplazar la categoría de pueblo que antaño constituía un concepto central en los discursos de la izquierda; sociedad civil

entendida como un ampliado de ciudadanos iguales en derechos y deberes, que participan racionalmente de las decisiones políticas generales y que articulan sus propios nichos de acción social en una esfera intermedia entre lo público y lo privado. En ese nuevo espacio se entendía la lucha por la hegemonía valórica, proyectual y programática de un Estado libre, soberano y participativo. Así, el viejo discurso de la izquierda comenzaba a ser desplazado por uno con componentes liberales y socialdemócratas, bajo la conclusión de que la nación chilena había alcanzado su plena madurez y no necesitaba, por lo mismo, de ninguna vanguardia iluminada que la hiciera caminar hacia la promesa del futuro dorado.

En este giro lingüístico, la desobediencia civil era congruente con el ideario de una sociedad madura dispuesta a autoemanciparse desde su propia especificidad y diversidad. Después del Congreso de Unidad realizado en 1985, cuando el MAPU reunificó sus dos colectividades separadas desde marzo de 1973, se llegaba a la conclusión que como identidad de izquierda moderna y renovada, el discurso ontológico de su ser debía expresarse en un abrazo a las múltiples luchas de los sujetos sociales, superando el antagonismo clasista y la reivindicación obrerista que en algún momento hegemonizó a la izquierda nacional. Así el MAPU expresaba en su Congreso de Unidad:

[...] no pensamos el socialismo como la dominación de un partido, sino como el reino de la participación y de la libre expresión de las diferencias. Valoramos e incentivamos todas aquellas prácticas sociales transformadoras que no se reducen estrictamente a las contradicciones de clases, tales como las que se dan en el campo de la defensa ecológica, de los derechos femeninos, de las relaciones interpersonales⁵¹⁷.

Este cambio sustancial en la forma identitaria potenció y fundamentó la nueva autodefinición del MAPU como un partido programático. En 1985 se planteaba:

El MAPU se unifica en torno a un programa de transformaciones para Chile. Sus militantes, que aportan al partido la variada gama de valores y concepciones culturales progresistas presentes en nuestro pueblo, no se aglutan en torno a

una definición ideológica, sino alrededor del programa común y del esfuerzo por hacerlo⁵¹⁸.

El programa común hacia 1985 era, consensuadamente dentro de la colectividad, lograr una negociación en el marco de una derrota política, con la dictadura militar y avanzar rápidamente hacia un gobierno de transición a la democracia. Sus componentes mayoritariamente eran formalistas y no profundizaban mucho en la sociedad futura; por ello, y seguramente ante las críticas de los otros partidos políticos, Víctor Barrueto afirmaba en 1985 que la definición de programático “no significa pragmático, sino que significa que la ideología o la cultura política concreta, construida a partir de Chile, de la experiencia de su pueblo y de las distintas culturas presentes en él; y eso se expresa en una cierta propuesta o proyecto de transformación revolucionaria del país⁵¹⁹”.

Esta nueva definición, que pretendía también reconciliarse con el quiebre de marzo de 1973, donde el exceso ideológico y doctrinario fue una de las causales, identificadas por sus propios militantes como el centro de la ruptura partidaria, logró ser congruente con la propuesta de desobediencia civil en función de la derrota política a la dictadura. Sin embargo, se entendía que esta estrategia era solo un paso para obligar a la negociación y en ningún caso traería consigo el derrocamiento popular del gobierno de los militares. Por ello se expresaba que lo más complejo era “cómo buscamos en su momento oportuno la fórmula política de término del régimen, y que supone por lo tanto asumir con claridad y honestamente que hay un momento en que hay negociar, sobre la base de fuerza, con condiciones, con principios, pero hay que negociar”⁵²⁰.

1985 fue el año en que el MAPU se reunificó y en conjunto con ello, ganaba terreno la propuesta de la salida negociada con la dictadura y la revalorización de las elecciones como vía política válida y deseable. Así, sin abandonar la propuesta de desobediencia civil, la colectividad comienza a reflexionar sobre el carácter que debía tener esta como estrategia electoral para poner fin a los años de terror revolucionario que se había impuesto desde septiembre 1973. Ante ello, se entendía como fundamental lograr convocar a la subjetividad de los electores, de los compatriotas, lograr entrar en aquellos aspectos menos racionales que seducían a los sujetos a participar, a sentirse parte de una nación. La reflexión interna planteaba:

[...] una vez más nos queda la sensación de que quienes hacemos política, tenemos mucho que aprender sobre lo que vive y siente la gente común y silvestre. O dicho de otra manera, abrir nuestros sentidos e imbuirnos de lo que piensa y siente la mayoría... Todo esto puede parecer raro, contactarse con los sentimientos, con situaciones concretas y también con crear e idear desde la base. Pero son cuestiones centrales para mejorar la eficacia de este instrumento. Creo finalmente, que de esta manera avanzamos en algo central para la renovación del socialismo: ¡El que quienes ejecutan las acciones sean también los creadores de su propia política!“⁵²¹.

Esta convocatoria a lo emocional, a la seducción programática por sobre la racionalización ideológica, fue ganando terreno en el MAPU, hasta fundamentar el alma de la campaña electoral que convocaba a inscribirse en los registros electorales para sacar a Pinochet votando NO. Las mismas premisas, las mismas discusiones estaban presentes en las reflexiones de Tironi, y fundamentaron la apuesta escénica que corporizó la campaña y la franja televisa del NO.

Ante ello, el MAPU concluía un año después de su unificación, mismo año ‘decisivo’, que:

[...] hay un papel particular y preferente para el socialismo en el seno de la concertación y éste es vincular Acuerdo y Movilización, demanda democrática y reivindicación socio económica, papel de los partidos y rol protagónico de los movimientos sociales. Para ello debe distinguir entre el esfuerzo generoso por presentar el amplio Acuerdo Nacional, sin pedirle peras al olmo o dicho de otro modo, sin exigirle a la derecha un comportamiento de izquierda, de esfuerzo permanente por levantar dinámicamente un eje movilizador de las fuerzas por los cambios...”⁵²².

El socialismo encontraba su nicho, su lugar en una nueva sociedad que emergía con los pilares estructurales que había instalado la dictadura. Desconocer este hecho le parecía al MAPU una irresponsabilidad, ya que apelaba a una

transformación larga en el tiempo, reconociendo que el Chile que entregaba la dictadura era radicalmente distinto al Chile previo a 1973.

De esta forma, en 1986 el MAPU instalaba hegemonicamente entre sus cuadros políticos la lucha por alcanzar el plebiscito en 1988, respetando los márgenes temporales que imponía la Constitución de 1980. Significaba, por lo tanto, aceptar no solo el itinerario, sino también la misma carta fundamental. Según la colectividad:

[...] el plebiscito es una fórmula movilizadora, capaz de tensionar a la ciudadanía tras una demanda democrática concreta, visible, de corto plazo, no apocalíptica y profundamente enraizada en las tradiciones cívicas de nuestro pueblo. La gente podría sentirse protagonista de una salida política que pasa por su participación y por su propio pronunciamiento: allí radica su fuerza y su posibilidad. En otras palabras, el plebiscito en el marco de las salidas políticas, es una propuesta capaz de generar la movilización necesaria y de concertar el consenso indispensable para ser una carta de triunfo, que obligue a Pinochet o a las FFAA a aceptarla⁵²³.

El llamado a participar, a limitar el campo de la política y concertar en función de la unidad nacional, configuró el nuevo universo del MAPU en el espacio de la renovación. Articulado este ideario programático, el MAPU se concentró entre mediados de 1986 hasta 1988 en dos tareas centrales. La primera, posibilitar la fundación de la Concertación y la segunda, alcanzar la unidad del socialismo chileno.

Esta última tarea se vio tensionada entre dos alternativas: refundar el socialismo histórico con los socialismos emergentes, o crear un nuevo partido. En términos históricos, la unidad del socialismo tuvo dos etapas. La primera de ellas se realizó en 1987, cuando se logra la conformación de la Izquierda Unida, coalición de la que participó el MAPU; la segunda etapa estuvo en la formación de un nuevo partido instrumental donde se conglomeraba al socialismo histórico y emergente, producto de la imposibilidad legal que pesaba sobre la colectividad fundada en el año 33 por Marmaduke Groove. Por ello, el MAPU participa activamente de la fundación del PPD, entendido como estrategia política para

refundar al Partido Socialista. Este partido se refundó en las postrimerías de 1987 y en su configuración el MAPU jugó un papel central.

Sin embargo, a poco andar, la formación del PPD, que se entendía, según el MAPU, como un partido expresión de su política del Bloque por los Cambios, fue cuestionada por miembros de la Izquierda Unida, para quienes la instrumentalidad del PPD era dudosa. Según la colectividad rojo-verde, era necesario precisar que la militancia en el PPD era de sujetos y no del partido como estructura orgánica, quizás como forma de superar el impasse ocurrido a pocos meses del plebiscito. Ante ello, el MAPU planteaba:

1. El CC reitera la definición del Pleno del MAPU, en el sentido que: a) Todos los militantes del MAPU, en cualquier frente que actúen aplican las políticas colectivamente definidas por el Partido y en particular en este período, el Plan de Acción Democrática aprobado por este CC. b) El MAPU no participa como partido en el PPD y reafirma el carácter instrumental de esta organización para la lucha contra la dictadura en la próxima confrontación electoral. c) El MAPU autoriza a sus militantes a participar en el PPD⁵²⁴.

Pese a lo anterior, la discusión expresada en los documentos va demostrando como dicha tensión no se resuelve y finalmente se decanta el apoyo irrestricto del MAPU a la formación del PPD y su mantención en el tiempo, como ese gran partido instrumental que lograría agrupar a todos los partidos, militantes e independientes que sintieran como suyo el proyecto de democratizar a la sociedad chilena. En noviembre de 1988, un mes después del plebiscito, el MAPU advierte lo valioso de la estrategia para lograr el triunfo de la opción NO. Según Ernesto Galaz y Etienne Lefranc:

Entendemos que de manera tardía algunos sectores de izquierda han llegado a la conclusión de que es necesario tener partido instrumental. Ello es altamente positivo, y lo sería más si no hubiera mediado un año y medio de luchas políticas y una gran victoria como la del 5 para que estos sectores actualizaran sus análisis y conclusiones. En efecto, nos recordamos cuando el MAPU levantó la tesis del partido por la democracia en enero del 87. Recordemos que el alternativismo de

centro expresado en la DC fue el primero en desechar la oferta unitaria; que detrás vino el PC con sus argumentaciones “principistas” ya que entraríamos en la legalidad reforzando al régimen, avalándolo. La posición del PC generó un efecto dominó, y ello llevó a que sectores bajo esta influencia expresaran su seguidismo en el MAPU luchando contra el partido por la democracia⁵²⁵.

En ese mismo debate se entiende la otra estrategia mapucista de configurar una Concertación de Partidos, multipartidaria, diversa y con unidad programática. Podemos enfatizar que en esta tarea, el MAPU fue un actor central, haciendo de puente entre la DC y el mundo de la izquierda socialista, con quienes el MAPU compartía una historia y también un proyecto unitario. Si bien este proyecto aparecía dibujado en los inicios de la década de los 80, no será sino hasta el año 1987 que este tome la fuerza necesaria para concretarse como tal.

El fracaso de la estrategia militar levantada por el PC, el agotamiento de las movilizaciones sociales, la recuperación económica y el fuerte predominio político de Pinochet, fueron las luces que mostraban que el itinerario aperturista que estaba plasmado en la Constitución de 1980, no sería alterado en sus tiempos. Ante ello, fue ganando cada vez más adeptos la tesis de una salida política a la dictadura y dentro de esta tesis, la necesidad urgente de poder concitar al mayor número de partidos políticos decididos a regirse por el sistema electoral que planteaba la Constitución y también respetar los tiempos de la transición. La tesis de una salida política era, en el imaginario dominante, la única salida posible y, por cierto, la más responsable.

En enero de 1987 el MAPU planteaba:

[...] proponemos reconstruir la concertación de la oposición en torno a una salida política nacional y fortalecer la capacidad transformadora del movimiento popular. Enfrentar y derrotar el plan político del régimen con una oposición concertada y activa en torno a una salida político nacional. Este propósito debe traducirse a lo menos en las siguientes tareas principales: levantar una campaña por elecciones libres, amplia y plural que se convierta en el centro de las demandas nacional. Dicha campaña debe constituirse en el punto de unidad de los chilenos y ser capaz de articular los ideales democráticos de toda la

diversidad de organizaciones políticas, sociales y culturales a través de las cuales se expresa nuestra nación temporalmente doblegada bajo el peso de la dictadura⁵²⁶.

Junto a lo anterior, se insistía en:

...la necesidad de actuar con responsabilidad y concitar conductas comunes de la oposición. Si ello no se logra, el régimen puede hacer inviable los propósitos oficiales. Desde ese punto de vista, la proposición de inscripción de un Partido por la Democracia nos parece una alternativa digna de ser considerada, ya que ello posibilitará la unificación de la oposición tras el objetivo preciso de cuestionar el carácter autoritario de la ley, levantando la bandera de su derogación o reforma y permitiendo a cada sector y en particular al MAPU, mantener su independencia ante la institucionalidad oficial y su propia identidad como partido. El MAPU como tal no se inscribirá en el actual sistema. Si no hubiera un partido por la democracia, el MAPU está por contemplar la eventual inscripción de un Partido por la Democracia y los Cambios, con todas aquellas fuerzas políticas que estén dispuestas a ello⁵²⁷.

De esta forma, el MAPU lanzaba al escenario político sus dos estrategias centrales. Sin embargo, pese a lo adelantado del planteamiento, rápidamente la colectividad se fue dando cuenta de que carecía de la fuerza orgánica para poder realizarlo. Numerosas críticas emergen del seno del partido, demostrando que pese al crecimiento de militantes, el MAPU seguía siendo un partido poco relevante para imponer con la fuerza necesaria esas tesis.

Esta constatación puede haber sido una de las razones pragmáticas más fuertes para que después del triunfo del NO, el MAPU insistiera con mucha más fuerza en la necesidad de unificar el socialismo. Sin embargo, había resistencias. Algunas provenientes desde el mismo colectivo, de personajes que no se sentían atraídos por la inmolación de la colectividad en un partido cuyo peso histórico iba a terminar borrando la identidad mapu. Otras resistencias provenían del mismo socialismo, fragmentado aún hasta el año 89, que no miraba con buenos ojos la unidad de dos fracciones que habían seguido caminos tan diversos desde

la ruptura hacía 10 años atrás.

Sin embargo, la existencia del PPD como partido instrumental y que se mantuvo en el tiempo, permitió a muchos mapu pensar en un espacio autónomo de participación, desde donde podían ser más influyentes. Este a la larga terminó siendo el espacio socialista de deserción, cuando las pugnas dentro del PS se expresaron con la fuerza contenida de años. En mayo de 1989, la colectividad expresaba en su revista Fragua: “El MAPU está en el PPD, además porque él es un escenario privilegiado del desarrollo de la unidad socialista y constituye el instrumento más eficaz en las actuales condiciones para dar dirección democrática y popular verdaderamente transformadora y no simplemente contestataria”⁵²⁸.

La construcción de ese espacio alternativo, permitió que hacia diciembre de 1989 se lograra la tan esperada unidad socialista. Para el MAPU, ese hecho debía ser leído como un triunfo de su política unitaria, expresada con fuerza y nitidez desde 1985 y dentro de la estrategia de configurar un Bloque por los Cambios. Así el partido expresaba un mes antes de la ansiada unidad:

La unidad del socialismo no es una necesidad interna del MAPU, ni un reclamo del mundo socialista. Es una condición de viabilidad de la transición. No hay posibilidad de construir unidad en la sociedad chilena si el gobierno se basa en un solo partido fuerte DC y una izquierda débil, subsumida entre 16 partidos. La fuerza del cambio requiere de un socialismo de potente gravitación en el gobierno. La izquierda no superará hacia el futuro el lastre de credibilidad que arrastra, si el socialismo no es exitoso e influyente en la gestión del gobierno nacional. Un socialismo unido, renovado y fuerte tanto en la sociedad como en el gobierno, es requisito del bloque por los cambios “a la chilena”⁵²⁹.

El 29 de diciembre de 1989, en un acto realizado en el Hotel Tupahue se zanja la unidad socialista. Concurren al nuevo Partido Socialista de Chile, el PS liderado por Arrate y el liderado por Almeyda, más el MAPU unificado de 1985. El final unitario había llegado por fin: el MAPU habían decidido pelear desde dentro de esta estructura orgánica por una identidad socialista renovada.

La apuesta identitaria del MAPU se había ido construyendo desde la propia

praxis de renovación, que incipiente en la década de los 80, toma fuerza a mediados de la misma, para plantear que el MAPU era por sobre todo una identidad y una cultura política particular. La construcción de una automirada era sintetizada de la siguiente forma:

El MAPU ha contribuido como ningún otro a la definición de un cuerpo de ideas fuerza que identifican a la Renovación: la reconstrucción del tejido social, la educación popular y la perspectiva en que el pueblo encuentre identidad y se potencie como un actor autónomo, creativo y participativo en el país; protagonismo popular; bloque por los cambios; poder comunal, movimientos sociales autónomos y poderosos, cultura alternativa, marxismo crítico y cristianismo liberador y la integración de lo popular y nacional en un solo proyecto, el relevar los derechos humanos como lógica política. Todos ellos son patrimonio nuestro. Son parte de nuestra matriz cultural⁵³⁰.

Así conceptualizado, el MAPU podía seguir existiendo más allá de su estructura orgánica, más allá de sus alianzas políticas, porque se definía a sí mismo en torno a una práctica política de sujetos, de grupo, de lealtades, de compartir ideas y experiencias de vida. Puesto así, el MAPU podía jugar dentro del PS una estrategia para hegemonizar el ideario renovado y concertar la unidad de un conglomerado multipartidista, que le diera a Chile una transición democrática posible y anhelable.

Para la colectividad verde y rojo, el socialismo debía conceptualizarse y en ese afán la discusión intelectual fue su gran aporte al ideario de la renovación. Echadas las cartas, el partido había que jugarlo, con reglas y dispuesto a dominar desde dentro. En 1988, el MAPU planteaba:

[...] socialismo es una sociedad donde todos sus integrantes son protagonistas libres, dignos y soberanos en todos los ámbitos de la vida social. Le agregaría, a la luz de lo dicho en los primeros párrafos, protagonistas desarrollándose en armonía con su medio como un solo todo nacional. En definitiva, un mundo de convivencia solidaria y no de dominación. Todas estas metas últimas a lo mejor resultan inalcanzables, pero ello no las hace menos formidables en la práctica,

porque determinan el accionar cotidiano de los que quieren avanzar en el sentido de su utopía: los portadores de utopía que son consecuentes, buscan tender hacia ella⁵³¹.

De esta manera, el socialismo se entendía como vector de políticas, jamás como un tipo de sociedad; mucho más orientador de una perspectiva de lucha que de un objetivo plenamente alcanzable. La reivención de la figura del líder fundador de esta generación política fue fundamental, por lo que enfatizaban que:

Quizás Rodrigo Ambrosio tuvo una premonición salvadora cuando afirmó en el lenguaje de su época, que socialismo no era estatizar medios de producción sino crear poder de masas. O sea, que el problema no era la “objetividad del cambio, sino que sus sujetos (su subjetividad) y su sentido (su dirección y sensualidad) ¡Pobre Marx, qué laya de hijos herejes hacen uso de su herencia”⁵³².

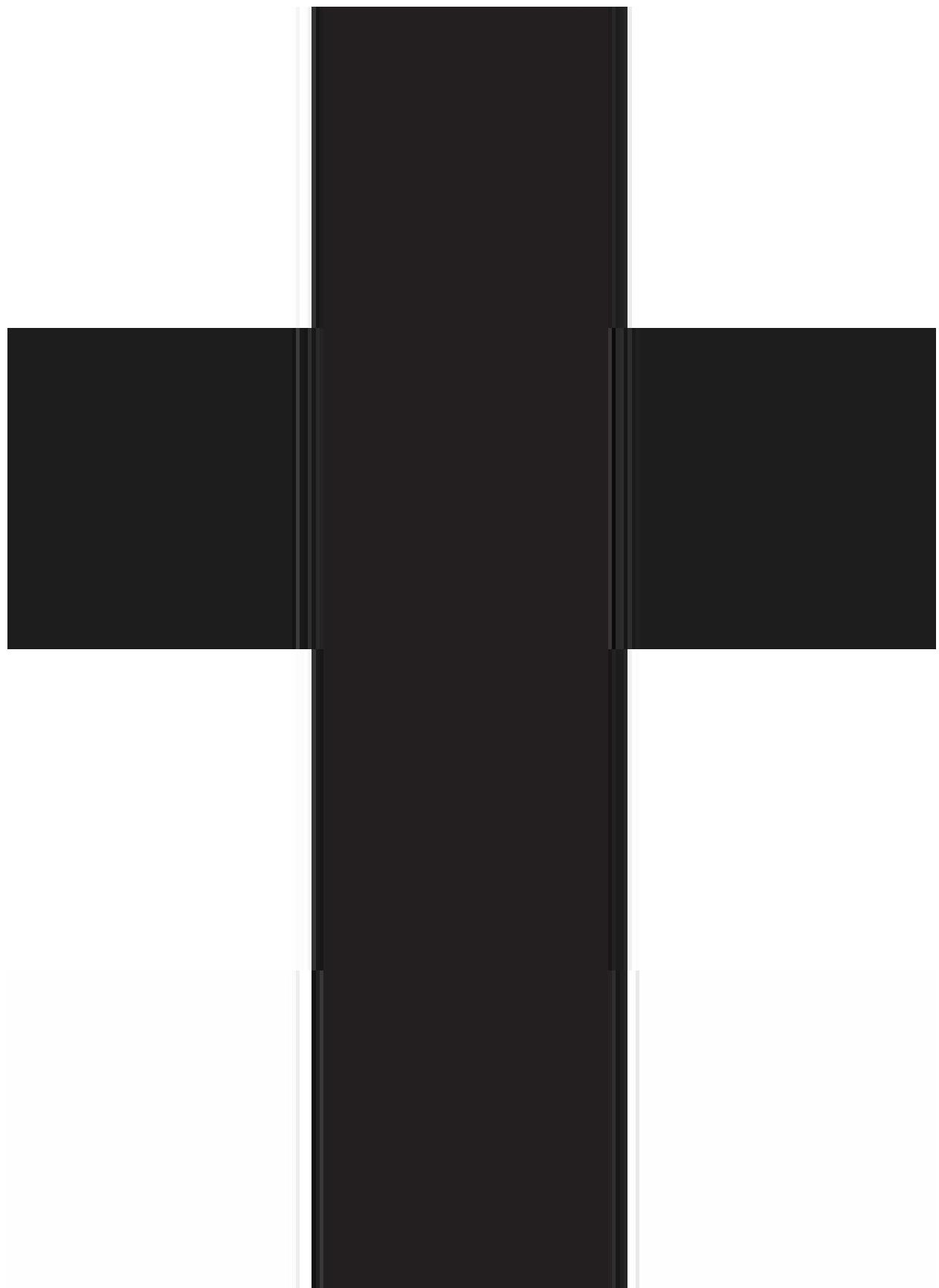
El rescate ‘ambrosiano’, su nueva lectura y reinvención, posibilitó que la identidad mapucista se tendiera a fortalecer en los sujetos, más que en un conjunto de políticas y alianzas estructurales. El MAPU se reinventa a la luz de la renovación socialista; se reencuentra con su matriz cristiana, fuertemente negada en sus orígenes; se reencuentra con la DC en la lucha contra la dictadura y se forja en la resistencia una perdurable alianza e identidad con la izquierda socialista. La herejía dogmática que antaño dividió al MAPU, en las postimerías de la dictadura, se convertía en una virtud. Sus sujetos, mayoritariamente profesionales de alto nivel técnico, pusieron sus experticias sobre la mesa y silenciosamente fueron articulando redes que los volvería actores centrales de una transición a la democracia, que se había articulado sobre la idea de una sociedad en crisis, en anomia y que necesitaba de una élite política responsable, dispuesta a sanarla y a recomponer la cohesión nacional.

En una evaluación hecha en perspectiva, Jorge Arrate y Eduardo Rojas plantean que la renovación socialista quedó truncada...

...limitada por sus opciones políticas inmediatas o por sus problemas de identidad histórica, a comienzos de 1986 termina una fase de siete años de desarrollo de la “renovación”. Sólo tres años después, tras el impulso de la unificación de los partidos socialistas dirigidos por Almeyda y Arrate, el MAPU y la IC se plegarán mayoritariamente al partido unificado, mientras otros intelectuales que participaron en las iniciativas de la renovación tomarán otras opciones o simplemente prescindirán de toda afiliación política⁵³³.

Sin embargo, podemos reeler esta crítica y afirmar que se impuso otra renovación, una renovación proveniente del socialismo emergente de los años 60, una renovación que tenía genes MAPU y que los socialistas no lograron asumir como cuerpo de ideas propio. Quizás por ello, la tensión dentro del PS y también en el PPD, se mantenga presente hasta la actualidad.

CAPÍTULO VIII



LA RETÓRICA DE LA RENOVACIÓN HASTA SU PAROXISMO: DEL MAPU RENOVADO AL LAUTARO

534

A comienzos de los años 80, la idea de un sujeto popular autónomo conformaba la base de la estructura discursiva que cruzaba la reflexión mapucista. Esta base permitía, por un lado, construir un puente entre las propuestas radicales del poder popular, que eclosionaron durante la UP, con la crítica a los postulados clásicos, evitando una ruptura en la identidad política militante; por otro lado, era una salida a la tensión nunca bien resuelta entre el partido y el movimiento.

Este discurso movimientista y popular tomó un carácter mucho más notorio y coherente cuando ‘irrumpen las masas’ en las jornadas de protesta social. La imagen de una sociedad en rebeldía nutrió los sueños de muchos militantes del MAPU, que sintieron que este reventón social, que escapó al control de los partidos, era la mejor expresión de que este discurso, más que un anhelo, era una realidad.

La rebeldía construía una imagen mucho más amplia que la que se visibilizaba con la lucha de clases, por cuanto la primera contiene un elemento más visceral y subjetivo que vuelve al sujeto autónomo y no teledirigido a un proyecto que lo antecede y, hasta cierto punto, lo determina como sujeto social. La rebeldía era expresión de descontento, pero también de creatividad, era expresión de la explotación y la opresión, pero también de la libertad. En esa perspectiva, lo rebelde se entendía como una postura para combatir hasta en lo más mínimo los ejercicios de poder en los cuerpos, en las vidas, en la cotidianidad. Era como pasar de una propuesta de hegemonía gramsciana a una idea del poder y la resistencia en las microluchas, que por eso mismos años sistematizaba Michel Foucault en el viejo continente.

La rebeldía era una forma de ser y de actuar; no era expresión de un proyecto, sino que una actitud que permitía develar al sujeto en toda su complejidad y que le permitía ejercer la acción de autonomía hasta en los aspectos más básicos y simbólicos de su propia vida. La educación popular, fundamentada en las premisas de Paulo Freire, sistematizó la vieja promesa moderna de la autoemancipación por la vía del conocimiento, la autorreflexión y la crítica. El MAPU no solo se sintió atraído por estas propuestas, sino que fue el partido desde donde emergieron importantes teóricos y promotores de esta forma de acercamiento hacia el sujeto popular, que quebraba con el obrerismo rígido de los años 60 y 70.

Desde esa perspectiva, el MAPU construyó su poco clara y definida política de

insurrección popular o insurrección de masas. Política que pretendía ser el motor que liberara al sujeto de su propia estrechez cotidiana, así como de las preconcebidas conductas que desde la política se habían articulado. Era además una política que jugaba ambiguamente tanto con la violencia defensiva o activa, como con la violencia simbólica de una resistencia pacífica al estilo de Ghandi. El exceso por lo popular vino a reemplazar el exceso obrerista que anteriormente había cruzado los discursos de los años fundacionales de la colectividad, cuando su líder Rodrigo Ambrosio llamaba a proletarizarse, a mimetizarse con el pueblo, a exculpar el origen de clases con el compromiso y la anulación del propio sujeto que viene a liberar. Surgía así nuevamente la matriz mesiánica que marcó al MAPU en sus años fundacionales, lectura de una historia que los volvía líderes dispuestos a la inmolación por un proyecto político unitario.

Ese mesianismo redentor que estaba en la cultura política del MAPU y que muestra el fuerte influjo cristiano en su propia propuesta, combinado y transformado por la profunda crisis de los paradigmas que esta colectividad reconocía en la izquierda, fundamentó en 1982 la creación de un movimiento juvenil, enraizado en las luchas cotidianas de resistencia en las poblaciones, un movimiento que aspiraba a dar salida a las múltiples rebeldías liberadoras: el Movimiento Juvenil Lautaro.

Desde el plano más general, la fundación del Lautaro también se entiende con los giros en torno a las consideraciones sobre la violencia que se estaba dando en el Partido Comunista, pero por sobre todo, el impacto que generó la revolución sandinista en Nicaragua y su triunfo en 1979. La idea de un pueblo combatiente, donde la violencia es parte de la propia forma de relación con los otros y que convive con la solidaridad y los proyectos de transformación, se entremezclaron novedosamente hacia 1982. En el III Pleno en la Clandestinidad, el MAPU concluía:

[...] desde el punto de vista de los problemas de hoy, y coherentes con esa perspectiva de masas, entendemos que el problema principal es desarrollar en las propias masas, al menos, su capacidad y voluntad de desobedecer. Pero también es claro que las fuerzas políticas tienen que jugar un papel educador en el ejercicio de la violencia para generar esta capacidad en las masas⁵³⁵.

Esta consideración sobre la violencia como forma de expresión y de defensa, estaba construida sobre la base de un sujeto popular resistente, un sujeto popular que se liberaba con medios y métodos que estaban en los genes de su propia condición popular, preso, oprimido y explotado, por un sistema capitalista que engendraba cotidianamente la violencia.

Este debate sobre la violencia convivía con la propuesta de una insurrección popular de masas, política más amplia que entendía también la resistencia simbólica y pacífica dentro de sus componentes. Estos elementos nuevos llevaron al MAPU a la necesidad de dar una coherencia teórica a estos preceptos, ordenar la discusión para transformarla en política partidaria de acción. En este proceso, la colectividad se mira a sí misma en perspectiva histórica y concluye:

[...] pensamos que en nuestra historia ha estado presente cierta identidad básica, asentada en ciertas ideas-fuerza (el pueblo como sujeto social y político, renovación del marxismo, idea de socialismo democrático, etc.) y que, sin embargo, no hemos sabido rescatarla con la suficiente claridad... Es por ello que es necesario recrearlas, es decir, es imprescindible avanzar en la confección de un marco político ideológico que sintetice la práctica del partido. Se hace necesario reasumir la tarea de hacer teoría política a partir de nuestra propia experiencia y de la relectura crítica de la teoría clásica⁵³⁶.

La mirada retrospectiva realizada en 1982 esboza una continuidad histórica de una identidad política profundamente renovadora desde su nacimiento. Puede argumentarse que detrás de ello estaba la necesidad de buscar las líneas de conexión, los puentes simbólico-discursivos con un pasado radical. Para uno de los líderes del MAPU-Lautaro, quien estuvo preso en la Cárcel de Alta Seguridad por 10 años (1994-2004), Guillermo Ossandón Cañas, el MAPU representó en sus años fundacionales esa renovación de la izquierda política; era expresión de un aire nuevo, que quebraba los esquemas constitutivos de un estilo de militancia más tradicional representado por el PC y el PS. Ossandón recuerda:

Ahora dentro de la izquierda había varias opciones. Estaba el PC, que tradicionalmente parecía para la gente que no tenía vinculación con la cultura

PC, como algo más lento y más enredado o más complicado, a pesar de que el PC era el partido más grande. Y por otro lado, estaban las variedades de los atajos: atajo socialista, atajo mirista, y el MAPU era un atajo entretenido.

En ese tiempo el MAPU era pura gente joven, representaba una opción intelectual nueva, era como una onda que estaba recién naciendo y que tenía esa gracia, esa magia, estaban atreviéndose a pensar cosas de manera distinta. El MAPU (bueno, Ambrosio era marxista) todavía no era marxista, pero era un marxista distinto, formado en mayo del 68, París, era otro cuento, no era el marxismo de la Unión Soviética y además tenía la volá de las cosas más rápidas, pero no era el MIR que en ese tiempo actuaba, o sea, ya había asaltado bancos, era como una cosa más clandestina, aunque nadie los buscaba, pero era como el sabor de otro cuento. Entonces, el MAPU también llegaba a esa frontera. Deslindaba con todas las fronteras pero manteniendo una especificidad que te abría nuevos mundos, quizá esa sea la gracia del MAPU hasta que se quebró⁵³⁷.

Esta autopercepción de partido renovador e innovador jugó un rol central al momento de diseñar los caminos políticos en época de dictadura. Su propia capacidad de criticar y de buscar salidas fuera de lo ‘esperado’, estuvo en las bases de construcción del Movimiento Juvenil Lautaro. En 1982, el Comité Central del MAPU acuerda:

1. Aprobar el Movimiento Juvenil Lautaro como propuesta política en el Partido para el trabajo juvenil popular.
2. La propuesta del Movimiento Juvenil Lautaro se asume dentro de la definición de movimientos políticos de masas, ubicándose en un nivel intermedio entre los sectores organizados en partidos políticos y el amplio sector juvenil popular comprendiendo en su interior a militantes e independientes.
3. [...] ello no significa que busquemos que el movimiento Lautaro pertenezca al partido o a la Convergencia Socialista, queremos que conserve su carácter de movimiento político más amplio.
4. El MJL debe llegar a ser un referente real para la juventud; que recoja las reivindicaciones juveniles más sentidas (trabajo, estudio, recreación,

convivencia, etc.), que interprete y se haga parte del espíritu juvenil, que integre la vida y las reivindicaciones juveniles a la realidad popular más amplia (o de otros sectores), que promueva las movilizaciones para su lucha y defensa, que inyecte a la juventud popular como una fuerza política y social.

5. Que definiéndose el Movimiento Juvenil Lautaro como una fuerza política juvenil, reconoce un espacio propio para la acción política, pero que dicha acción debe apuntar permanentemente a profundizar elementos de una línea de masas para la juventud y tener como norte ampliar y movilizar a vastos sectores juveniles⁵³⁸.

De esta forma el MJL contiene tres elementos por considerar, en su momento fundacional. El primero de ellos corresponde a la expresión de la vieja tensión entre movimiento y partido, donde se enfrentan la organicidad y disciplina militante en una estructura partidaria y el espacio más laxo, innovador y creativo del movimiento de masas. Por otro lado, expresa también la propuesta de una política diseñada desde el movimiento social, que reflejaba el anhelo por insertarse en las masas mismas, cuestión que también formaba parte de la cultura política fundacional del MAPU.

Por último, el tercer elemento tiene relación directa con una propuesta política especializada que siendo incluyente, supone la necesidad de construir nuevos discursos y prácticas específicas en cada espacio social, respetando solo un marco de objetivos máximos que conducen y enmarcan el fin de las acciones cotidianas. Estaba en el MJL la propuesta de una política que construyera discursos desde la propia práctica social, imbuida en las potencialidades y carencias de los sujetos de carne y hueso y no de acuerdo a construcciones generalizantes que hacían desparecer a los mismos. Se permitía, por tanto, una política ‘cosificada’, en función de cada actor social cuyos anhelos y peticiones se visibilizaban y respondían con sus propios elementos discursivos y narrativos.

En ese contexto, el MJL era la propuesta para dar cuenta de un nuevo sujeto social: el pueblo rebelde. Pueblo rebelde que excedía con creces la militancia partidaria y que representaba al sujeto popular con todas sus complejidades. Pueblo rebelde que era un sujeto reconceptualizado para liberarse de la estrechez nominativa del obrerismo marxista y que le permitía al MAPU, además, liberarse de su propia estructura partidaria.

La autonomía movimientista con la que nace el Lautaro, se entiende bajo las construcciones teóricas específicas de la renovación socialista en el MAPU, quien en su conjunto había participado de otra construcción suprapartidaria como lo era la Convergencia Socialista. El Lautaro entraña también con la propuesta localista de la insubordinación territorial que estaba en las propuestas de resistencia del conglomerado. Por otro lado, es también una demostración de la compleja relación de amor y odio entre lo partidario y lo movimientista.

Las tensiones que incuba sobre sí mismo el MJL rápidamente van a entrar en un choque frontal con quienes entendían su misión como parte de una estrategia de recuperación democrática. La radicalidad de las protestas sociales de los años 83 y 84, ayudan a contribuir con una especie de temor a la violencia incontrolada, al desborde social, que golpeaba fuertemente la idea de los sujetos populares autónomos. La imagen de una nación en crisis, comenzaba a primar en los dirigentes mapucistas, quienes veían con horror lo incontrolable y peligroso que podía ser un sujeto rebelde sin control político.

La aguda represión que la dictadura implementó para impedir las movilizaciones, generó en el cuadro dirigencial una alerta, con la consecuencia inmediata de una revisión profunda de las propuestas políticas del MAPU. Con la movilización desbordada, el MAPU sostenía que la dictadura se justificaba a sí misma; la imagen de un caos social recordaba los oscuros años de la UP, a la luz de la autocrítica renovada. La culpabilidad de un fracaso enunciado en la década del 70 generó en los sujetos directivos un repensar de sus posiciones.

Sin embargo el MJL, que había nacido con la propuesta autonómica del movimiento, entraba en duras disputas por la cada vez más clara disposición del MAPU a aceptar y dirigir una salida negociada con la dictadura militar. Las definiciones sobre el objetivo del Lautaro llegan a un punto de inflexión en 1983. Así mientras el grupo central de la directiva y rearticulador del MAPU después del golpe planteaba que el Lautaro representaba la apertura de “un nuevo surco, rompiendo el inmovilismo y la falta de horizontes de la juventud popular, y evitar la instrumentalización militarista del segmento más radical de los jóvenes populares...”⁵³⁹; otro sector básicamente dirigido por Guillermo Ossandón y Bernardo Acevedo, planteaba la necesidad de optar por una radicalización de las posturas, para sostener un enfrentamiento directo con la dictadura.

Estas posiciones se volvieron irreconciliables en 1983, cuando en la realización

del V Pleno en la Clandestinidad ambos grupos se autoexpulsaron repitiendo el esquema de la división del MAPU en 1973. De esta forma, 10 años más tarde, otra ruptura se sumaba a la corta vida de este partido político. El partido y el movimiento, la política y la movilización social, volvían a ser el punto de no retorno de una identidad tensionada desde sus orígenes.

El V Pleno Nacional del MAPU, agosto de 1983

La realización del V Pleno Nacional en Clandestinidad hizo evidente dos concepciones políticas que aunque nacieron en el proceso de renovación socialista se fueron volviendo cada vez más irreconciliables.

El discurso basista y de autonomía popular tuvo una radicalización específica con las jornadas de protesta social, que un sector del MAPU nominó como el nacimiento del pueblo rebelde. La rebeldía era expresión soberana de un pueblo que se resistía a la dominación en sus distintas formas y con especificidades creativas nacidas de su propia cotidianeidad.

Este sector del MAPU había dirigido las acciones del Movimiento Juvenil Lautaro registrando un amplio crecimiento en los sectores poblaciones de la zona sur de Santiago. Muy arraigado a la Iglesia en las poblacionales y al amparo de la defensa de los derechos humanos, muchos de quienes ingresaron al MAPU en estos años vieron en la colectividad la imagen de una nueva izquierda, renovada, poco dogmática, audaz y creativa. Sin embargo, este nuevo contingente mayoritariamente juvenil, poco tenía que ver con el camino histórico que habían seguido los grupos fundadores de la colectividad.

Sus diferencias no eran solo de clase, sino que también de estilos y de prácticas políticas. Mientras que los fundadores provenían de las clases acomodadas de nuestro país, ilustrados en las universidades más importantes de Santiago, Valparaíso y Concepción, los jóvenes rebeldes provenían de las poblaciones, de la marginalidad y la pobreza que había aumentado con la dictadura. Muchos de ellos sin educación completa o estudiantes en proceso, poco tenían que ver con los líderes fundadores.

Por otro lado, la práctica política fundacional que mezclaba el mesianismo redentor con la reflexión intelectual, se distanciaba fuertemente de los jóvenes para quienes las consignas resumían un accionar que era especialmente inmediato, espontáneo y voluntarista. El hacer se volvía imperante, sin mucho maquillaje teórico, con lenguaje sencillo y heterodoxo; el pueblo rebelde se levantaba como el gran sujeto político que terminó dividiendo al MAPU

nuevamente.

Avanzados los procesos de Convergencia Socialista y la configuración del Bloque Socialista, este sector del MAPU se fue enfrentando con quienes insistían en la salida política, negociada y de unidad nacional. La idea de la movilización, si bien se mantuvo en los dos MAPU, para el sector mayoritario de la dirigencia debía hacerse en función de debilitar a la dictadura e imponer una restauración democrática que permitiera la normalización de la vida cívica en Chile. Se sentía la necesidad de lograr acuerdos mínimos en virtud de evitar la desintegración nacional.

Para el otro sector del MAPU, esto era simple y llanamente una opción socialdemócrata y burguesa, que llevaría a la colectividad a una subordinación a la Democracia Cristiana, impidiendo el desarrollo emancipatorio del sujeto popular, en pos de una alternativa política viable, ordenada y consensuada. Este grupo, liderado por Guillermo Ossandón, quien había participado de la fundación del MAPU en los años 70, esgrimió un abandono de los ideales del MAPU en manos de la dirección, y decidió quebrar con el partido.

En el pleno de 1983, este sector radicalizado expresó que su desacuerdo por la salida de una negociación con la dictadura estaba fuera de sus anhelos políticos, porque “ella no apunta a la satisfacción plena de las necesidades del Pueblo, punto que para nosotros es la piedra angular para la definición de cualquier alternativa, dado nuestro carácter de fuerza popular y revolucionaria”⁵⁴⁰. Por otro lado, a juicio de los radicalizados, esa salida negociada era poco viable, ya que “el camino de la apertura por la presión no violenta está lejos de ser un trecho pavimentado y directo. Lo que complica no solo es la tozudez del tirano que se niega a irse y la incapacidad del régimen para evolucionar, sino que fundamentalmente este inesperado proceso de ‘Toma de Chile’ que ha empezado a aparecer desde los territorios y las fuerzas populares”⁵⁴¹.

Para el grupo que liderará lo que más tarde será conocido como el MAPU-Lautaro, la emergencia del pueblo rebelde obligaba a una revisión de las principales vías de salida a la dictadura, que se habían pensado en los comienzos de los 80. El pueblo rebelde dispuesto a combatir desde su espacio, que se había tomado las protestas desde una perspectiva local y poblacional, era expresión de un resurgimiento del movimiento social, pero que tenía un profundo perfil renovado, porque ampliaba el obrerismo clásico y superaba a la vanguardia, así como combinaba la protesta en tanto expresión afectiva y simbólica con la

insubordinación y la rebeldía a la dominación.

Para el MAPU-Lautaro este pueblo rebelde era un sujeto nuevo, nacido a raíz de las profundas transformaciones que había implementado la dictadura, desde la marginalidad, desde el desempleo, desde el copamiento del espacio territorial local y que se alzaba como el principal sujeto de combate a la dictadura militar. Este pueblo rebelde era expresión simultánea de la autonomía y la creación social de las bases, poco subordinado a los intereses político-partidistas, y dispuesto a combatir con sus propias armas cotidianas a la opresión capitalista⁵⁴².

La exacerbación del discurso basista, presente en el MAPU desde sus años fundacionales, llegaba a su paroxismo, generando el quiebre irreversible entre el sector radicalizado y quienes habían apostado por una salida política, unitaria y transformadora de Chile, a la luz del mismo discurso renovado. La tarea central que el Lautaro se impone en el corto plazo, después de este pleno, fue “la construcción de una alternativa popular, priorizando en el levantamiento de referentes territoriales”, en función de fortalecer “el campo de acción cotidiana de los revolucionarios en el pueblo mismo”⁵⁴³; para ello, era urgente fortalecer la movilización social, la guerrilla insurreccional de masas y la violencia expresiva y defensiva que aumentaría la autonomía política de estos sujetos sociales.

De esta forma, enfrentadas dos lógicas discursivas que tendieron a bifurcarse, el grupo conocido como los MAPU-Lautaro expulsan del MAPU a líderes como Carlos Montes, Rodrigo González, entre otros, acusándolos de querer llevar al partido hacia una identidad socialdemócrata que poco tenía que ver con las especificidades históricas de la misma colectividad. Sin embargo, en la práctica los rupturistas, al poco andar, se centraron en la tarea de construir lo que será conocido como el complejo partidario, y el sector liderado por Montes, será heteroreconocido como MAPU ‘verdadero’.

El sector lautarista quebrará con la Convergencia Socialista y criticará fuertemente la conformación del Bloque Socialista, argumentando que:

Detrás del proyecto del llamado Bloque Socialista se encuentra la intención de crear una fuerza de carácter socialdemócrata, con alguna base de apoyo en el pueblo, cuyo único destino será –aunque sus integrantes digan otra cosa– prestar base de apoyo popular a un proyecto de reconstrucción capitalista. Sin embargo,

el drama de este grupo es que solo tiene un bonito discurso con respecto a la renovación del socialismo, más bien una renegación del marxismo-leninismo y de la práctica revolucionaria⁵⁴⁴.

En ese contexto de acusaciones mutuas, el quiebre del MAPU agudiza la contradicción nunca resuelta entre el movimentismo basista y el poder institucional superestructural del partido. Así, mientras el grupo radical apostaba por la vía insurreccional y de enfrentamiento directo a las fuerzas represivas de la dictadura, el otro sector consolidaba el discurso del agotamiento del proyecto histórico de la colectividad, la mantención de un ideario de sociedad civil fuerte y autónoma mediante la construcción de hegemonías intelectuales y proyectos políticos transversales, en función de alcanzar una democracia representativa que volviera a Chile a la senda perdida de una civilidad derrumbada.

Del V Pleno a la construcción de una nueva identidad política: 1983-1988

Los comienzos del MAPU-Lautaro hay que buscarlo en ese voto político que originó al MJL. Con un fuerte discurso autonomista, popular y movimientista, el grupo que quiebra con el MAPU exacerba la tensión en torno a las salidas de la dictadura y los imaginarios de una transición. Si el efecto de las protestas sociales habían generado en muchos militantes del MAPU un temor al desborde social, en conjunto con el predominio de una postura conservadora de autorresponsabilidad de la acción política, el grupo que se fue con el Lautaro había profundizado su vinculación con la rebeldía y la autonomía creativa del movimiento popular, del pueblo rebelde que había hecho su estreno en dichas protestas.

Los inicios de este movimiento durante los años que quedan del gobierno dictatorial son bastante difusos y contradictorios. Las fuentes escasean y las memorias nos remiten más al presente que a esos inicios históricos. Sin embargo, con los escasos documentos de que disponemos, podemos argumentar que entre 1983 y 1988 el MAPU-Lautaro estuvo vivenciando dos procesos simultáneos. El primero de ellos cruza el periodo y está referido a intentos por construir una identidad política de izquierda renovada y definida. El segundo de ellos, se da después del año 85, cuando la cúpula dirigente se aboca a construir el Complejo Partidario, para darle a esa nueva identidad una estructura coherente que va emergiendo con la luz de las luchas de resistencia.

Los escasos estudios sobre el Lautaro tienden a coincidir en dos características centrales de este nuevo colectivo. Una de ellas corresponde al reconocimiento de que el Lautaro es un tipo de izquierda nueva que emerge y toma sentido a la luz de los cambios profundos que había realizado la dictadura militar, tocando hasta los espacios más íntimos e individuales de los sujetos y, que por lo tanto, sería expresión de la generación rebelde y marginal de los años 80. La otra característica es que no tiene continuidad cultural ni política con el partido que lo originó. Así, el Lautaro sería más un síntoma de los tiempos que parte del proceso de transformaciones que vivió su colectividad de origen a la luz de la renovación socialista.

Si bien coincidimos en la particularidad del Lautaro, en tanto discursos y praxis políticas, creemos, sin embargo, que representa una radicalización del discurso renovador en el MAPU y, por lo mismo, tiene en sus orígenes importantes elementos de continuidad con esa colectividad originaria. Así, no será sino hasta las vísperas del plebiscito que el Lautaro logre desvincularse discursivamente de su comunidad madre; previo ese periodo, la búsqueda de una identidad política miraba mucho más al pasado que al presente. Así, por ejemplo, en mayo de 1986 el Lautaro conmemoraba 17 años de vida de la colectividad, haciéndose eco expreso de continuar con el legado de Ambrosio. A decir de los propios mapuchistas lautarinos:

Cumplimos 17 años desde que un grupo de jóvenes, un 19 de mayo de 1969, encabezados por Rodrigo Ambrosio, postularan un proyecto de Victoria Popular y el socialismo para Chile. Sin duda que nuestro partido no ha estado ajeno a contradicciones y debilidades, pero la generación de combatientes, que se han unido a nuestro destacamento nacidos al calor de la lucha contra la tiranía, no tan solo ha refrescado con savia nueva y vigorosa nuestra organización, sino que también ha logrado entroncar definitivamente el MAPU con lo mejor de su pueblo⁵⁴⁵.

El V Pleno del MAPU, realizado en Lima, vio nacer a este escindido grupo. La retórica expresada en las conclusiones de dicho pleno, muestran la ambigüedad teórica, la creatividad autónoma y poco ortodoxa, de una colectividad que entre la negación y la autocrítica que recorre toda la década del 70 y los primeros años de la década siguiente, intenta recrear la utopía socialista en un nuevo marco político y social.

En las conclusiones lautarinas abundan los conceptos del viejo marxismo-leninismo, como el de revolución, el de vanguardia, el de clase y socialismo. Conviven tímidamente con una retórica renovada, donde la primacía del sujeto, del individuo, su desconfianza hacia lo político institucional o partidario y una ansiada autonomía movimientista constituyen un discurso emergente y que tomará mayor coherencia entre los años 87 y 88.

De esta forma, en la primera parte de la década de los 80 el Lautaro está en una

búsqueda política para constituir una nueva identidad. Sin embargo, las disputas por el nombre, que revivieron la antigua disputa de marzo de 1983, también dan cuenta del peso histórico de la cultura política original en los dirigentes fundadores de este nuevo movimiento. Así, en una declaración pública de marzo de 1984, la renovada ‘querella de investiduras’ se comunicó al resto de la comunidad política:

Rodrigo González Torres, director de CEDAL y uno de sus propietarios, fue efectivamente miembro del Partido hasta agosto del año 1983, fecha en que se realizó nuestro V Pleno Nacional en la Clandestinidad. En este evento, Rodrigo González, junto a otros miembros del Partido, fueron separados de la organización por desarrollar prácticas y proyectos políticos que pretendían separar al MAPU del movimiento popular, de la izquierda y de una política revolucionaria y hacerlo funcional a un proyecto de carácter socialdemócrata⁵⁴⁶.

La legalidad del acto era mucho más un simbolismo partidario que una acción política efectiva, toda vez que este y otros partidos estaban proscritos de la actividad partidaria pública, existente en Chile en esos años de dictadura. De todas formas, para los dirigentes era un acto de afirmación identitaria, de apropiación de años formativos y del legado ambrosiano, que no se abandonarían tan fácilmente. Enfatizaban al final de la misma declaración pública:

Por último, queremos decir que la política del MAPU se desarrolla en medio del pueblo, en las poblaciones, fábricas y escuelas. No nos insertamos ni manejamos el movimiento desde las instituciones. Así lo hemos demostrado en los últimos meses con la calidad de nuestros militantes y su capacidad combatiente⁵⁴⁷.

En esas líneas se expresaba soterradamente una crítica a la propia conformación de clase del MAPU, y lo incómodo que le resultaba a algunos de sus miembros el haber pertenecido a las familias acomodadas de nuestro país. En el Lautaro, el carácter proletarizador que tuviera en los años fundacionales el discurso

ambrosiano, se exacerbará en el fenómeno de popularización de la colectividad y su nueva camada de militantes de base, que eran mayoritariamente jóvenes pobladores, marginales y pobres.

En una mirada retrospectiva, tres años después de la fundación del Lautaro, su líder Guillermo Ossandón explicaba el nacimiento del Lautaro, aun cuando se siga ocupando el nombre de MAPU, como una ruptura de dos formas de entender y practicar la política, formas que se fueron haciendo cada vez más contrapuestas e irreconciliables. Para Ossandón, un sector del partido durante el V Pleno, se estaba alejando de la concepción leninista...

...como instrumento de una clase concreta, como una capacidad de concentración de una política determinada expresada en hombres y en una organización con capacidades que se van desplegando, y pasaba a transformarse en un grupo de amigos, suma de voluntades diversas y oficinas e instituciones, centros de reflexión, pero no como centros de acción política, Hay también otra idea que venía causando problemas al interior de la organización. Esta es que el partido había llegado a un tope de su desarrollo histórico, que había llegado ya a un techo imposible de salvar y, por lo tanto, había que dar curso a lo que ellos llamaban una nueva fuerza política; o sea, entrar en un proceso de fusión con otros, donde pasamos a adquirir una identidad distinta a la que la mayoría del partido tenía, no una identidad revolucionaria y de clases, inserta en el pueblo; sino que fundamentalmente una identidad con signo socialdemócrata y que tuviera fundamentalmente una base de operación en sectores de la pequeña burguesía⁵⁴⁸.

La profunda crítica que está detrás de las palabras de Ossandón marcarán una característica central del Lautaro: su desprecio por la teorización o intelectualización de la política y la gran importancia que le darán a la acción política efectiva. El hacer, el estar haciendo la revolución cotidianamente, llenará las memorias activas de los miembros de la colectividad. La propuesta de una revolución continua, permanente y prolongada, reúne claramente los influjos trotskistas y maoístas en una interesante combinación, que los lautaros nominarán como, ‘marxismo-leninismo mapucista lautarino’, en una nítida imitación a las formas que por esos mismos años formalizaban la retórica del Partido Comunista

Peruano en el Sendero Luminoso de J.C. Mariátegui, con su ‘marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento Gonzalo’.

Profundamente irrespetuosos con los grandes dogmas fundamentales para la izquierda, la irreverencia popular y juvenil copó las formas políticas de la nueva colectividad. El sujeto debía ser creativo, donde la teoría era solo un instrumento para comprender la realidad, pero en ningún caso una estructura rígida. Se recoge lo que sirve, se usa lo que es útil, se releen, se reapropian y con lenguaje simple y popular se comunican en el hacer. Así nace la consigna como forma de expresión del pensamiento lautarino y la propia colectividad entendida como herramienta de utilidad a la autonomía del sujeto popular. Ossandón plantea:

Lo que estaba motivando este paso político interno que dimos en el V Pleno era la idea de conformar a nuestra organización en un partido útil al pueblo, al despliegue de una línea revolucionaria, jugándose en las masas y abriendo los caminos, que ya en ese tiempo estaban en curso, de la movilización y la rebeldía de masas; o sea con un compromiso vital con el Pueblo Rebelde, con el sujeto principal de realización⁵⁴⁹.

El Pueblo Rebelde será la síntesis renovadora del sujeto popular autónomo que existía en la retórica mapucista desde mediados de los años 70. Ese Pueblo Rebelde, constituía un sujeto nuevo en la historia de Chile, un pueblo que lo había ayudado a conformar la dictadura, con sus profundos procesos de transformación social. Ese PR era más que el obrero o el marginal; era un pueblo nuevo, que se levantaba para luchar contra la tiranía, respondía con violencia a la violencia cotidiana y no tenía vinculaciones estrechas con la izquierda partidista clásica. Ese PR era también la juventud radicalizada, no por la teoría y la reflexión, sino que por la propia lucha por sobrevivir bajo un sistema que les impedía integrarse. Ese PR era solidario, era parte de un complejo e histórico movimiento popular que la izquierda tradicional no había logrado representar; era un pueblo que había alcanzado su historicidad en la resistencia a la represión, al hambre y a la marginación que imponía la dictadura. Ese PR era la mejor expresión del desarrollo capitalista nacional, y también era expresión de un pueblo que no espera nada del Estado y que, por lo mismo, puede estar más dispuesto a quebrar con todo.

Para el Lautaro, ese nuevo sujeto no tenía cabida en la izquierda tradicional; era incomprensible también al viejo lenguaje y a la praxis política. Así, esta colectividad se sentirá llamada a posibilitar la concreción de un proyecto histórico que estaba detrás de esos sujetos de carne y hueso. Dada sus particularidades, ese pueblo no requería de teorías, de extensas discusiones metafísicas, sino que de acción; por ello, había que simplemente comunicar y actuar, permitiendo la libre creación autónoma emergente de la apropiación de una forma particular de mirar la realidad social.

La política se deja de entenderse como posibilidad y pasa a constituir un voluntarismo accionalista maximista en donde la realidad se transforma con los sueños y las ganas, según el decir de la retórica lautarina. Este discurso se pone al frente del camino hegemónico de la renovación socialista, cuyos intelectuales y militantes habían establecido que gobernar es consensuar, conciliar y negociar.

La crítica que emerge desde el Lautaro hacia las posiciones reconocidas públicamente como renovadas, se observa en la siguiente conclusión de Ossandón:

La argumentación central de estos sectores que de renovados han pasado a posturas socialdemócratas, está ubicado en términos de cómo se debería haber enfocado el problema de ampliación de fuerzas hacia el centro político de una manera distinta de la que se hizo. Bueno, y eso nos lleva a un problema más global porque lo que está contenido en esta línea de argumentación es en definitiva una concepción que dice que en este tiempo no era posible (y ahí está este asunto de las condiciones políticas) resolver el problema del poder. Por lo tanto, ahí se plantea una ampliación hacia el centro, porque dicen que había que plantear fundamentalmente una línea de democratización en los marcos del sistema, sin alterar la estructura y la composición global de la sociedad⁵⁵⁰.

Así, para los lautarinos el problema de las condiciones pasará a un segundo plano. La posibilidad de hacer las cosas, a su juicio, dependerá absolutamente de las ganas que tenga cada sujeto de hacerlo. La realidad la construyen los actores y, por ende, nada que desagrade debe precisamente existir, por lo que el simple impulso permite adentrarse en una práctica transformadora, principalmente

desde lo cotidiano. Para el MAPU-Lautaro los sectores renovados habían abandonado precisamente el voluntarismo leninista de transformación social. Enfatizaban que:

En algunos sectores del BS el concepto de revolución desaparece y es reemplazado por la noción de transformación constante y evolutiva. El concepto de Estado como instrumento de ejercicio del poder de clases, también se pone borroso y empieza a diluirse, y el Estado empieza a ser un espacio de concertación y confrontación de diferente sectores sociales. La política pasa a ser fundamentalmente de consenso, pasa a adquirir entonces un carácter predominantemente burgués. La política más que la realización de aspiraciones de un pueblo entero y la transformación de todo eso en una nueva sociedad, pasa a ser juego constante de entendimientos, acuerdos, de consensos, entre los diferentes agentes políticos. La política entonces se desliga del pueblo transformándose en un juego de superestructuras.

En cuanto a la propuesta política concreta que levanta frente a la dictadura, es una línea de recuperación democrática, independientemente de cuales sean los contenidos políticos de esta recuperación democrática nacional. Y se inscribe en la línea del Acuerdo Nacional⁵⁵¹.

La propuesta, ambigua pero atractiva, era la ‘toma de Chile’, ‘tomarse todita’ la patria, desde los espacios locales hasta el gobierno. Había que transformar desde los cimientos a la sociedad chilena, por lo que la guerra sería larga y prolongada, no de enfrentamiento directo, sino que irregular, indirecto, cotidiano, subversivo. El pueblo combatiente...

...no está instalado en cuarteles, no está separado de lo que es la vida cotidiana. Es un pueblo que junto con sobrevivir y trabajar, hace la guerra. Dentro de este pueblo, se va instalando una segunda capacidad específica que es lo que llamamos la fuerza guerrillera de carácter irregular, que abarca fundamentalmente el espacio de los sectores avanzados del pueblo. Desde el punto de vista de su poder de fuego también, aparte de su manejo profundo, extensivo, creativo, de todo lo que es el tremendo espacio de posibilidades que

da el armamento casero, ha venido forjando una capacidad de fuego superior que está dado fundamentalmente por un arma corta que ha venido saliendo producto de la recuperación de materiales de los cuales dispone el enemigo. Decimos guerrillera porque opera con una alta movilidad. Se confunde con el pueblo, aparece, golpea, se dispersa; y su calidad orgánica le permite desarrollar operaciones de carácter más ofensivo: ataque a las comisarías, apoyo extensivo a la propaganda armada, línea de sabotaje económico y al control extendida en el pueblo y adiestramiento de más fuerza de combate⁵⁵².

Para los lautarinos la tarea era lograr instalar la propuesta de una Guerra Insurreccional de Masas, donde se combinara la autonomía creativa con la lucha frontal, derribando no solo al aparato represivo del Estado, sino que hasta los fundamentos valóricos y éticos de la sociedad capitalista y patriarcal. De esta forma, la resistencia cotidiana era también acción creadora. Para los lautaros, las microluchas irían transformando lentamente esta sociedad que no les gustaba, como decían ellos mismos. Desde la cama hasta el Estado, esa era la ruta.

Sin embargo, las relaciones tradicionales entre partidos no eran una gran preocupación para este grupo. La lucha por la emancipación también estaba por mantener la libertad de asociación. En este punto vuelve a aparecer en el Lautaro el viejo problema de enfrentamiento entre partido y movimiento. El discurso de este colectivo en 1986 recuperaba el mismo discurso Ambrosiano del MAPU como partido de cuadros inserto en las masas. Las viejas palabras de Rodrigo Ambrosio estaban ahora en la retórica del Lautaro. Para Guillermo Ossandón:

...nosotros mantenemos y desarrollamos una construcción de partido obrero abierto a las masas, no en cuanto a nuestra estructura orgánica, sino que en cuanto a nuestra actividad y en cuanto a nuestra propuesta política. Realizamos y valoramos las acciones de vanguardia, pero en el pueblo, que generen movimiento y aprendizaje de masas. Esto permite que un núcleo relativamente pequeño, como el nuestro, pueda ir constantemente ampliándose en sus niveles de legitimidad, de convocatoria y en sus niveles de operación política⁵⁵³.

Concebida la política como praxis fundamentalmente colectiva y directa, al

MAPU-Lautaro no le interesaban las relaciones formales con otras colectividades de izquierda. La política lautarina:

...no tiene como vehículo central en el plano de la operación de entes superestructurales, llámense estos oficinas, academias, institutos, conferencias de prensa, etc. Principalmente no es por la vía de la prensa de la dictadura o por los espacios de la oposición burguesa donde debiera concentrarse la expresión de la política del pueblo. El problema de la proyección nacional está relacionado con los espacios ganados desde la base, con la capacidad de contar con opinión pública a partir de la generación de hechos políticos, con la proyección de instrumentos y de referentes de masas que se legitiman y ganan espacio por su propio accionar, con la difusión de propuestas políticas, con el trabajo de agitación y propaganda, con el trabajo de relaciones internacionales⁵⁵⁴.

Cuánto de ese rechazo a las vinculaciones era decisión propia, cuánto de rechazo de las propias colectividades de izquierda hacia la colectividad, no es posible determinar. Sin embargo, lo cierto es que en los años noventa el Lautaro se convirtió en los parias de la izquierda chilena, asociándose con el lumpen, la delincuencia y la marginalidad. La izquierda renovada⁵⁵⁵ trató de desvincularse de este colectivo; para el propio MAPU, este grupo era incómodo, anormal, incomprensible, negando cualquier posibilidad de conexión con una retórica inicial que ambos compartieron.

La consolidación de una identidad política: 1986-1990

El discurso que constituye el MAPU-Lautaro, fue un discurso tensionado por el binomio modernidad-posmodernidad. Es un discurso que transita entre estas dos fuentes y va mostrando a su vez cómo influye en el pensamiento político las transformaciones culturales e intelectuales del mundo de los 80. Esta década pone en jaque los grandes metarrelatos modernos y en ese sentido, el Lautaro también es hijo de ese tiempo.

En el Lautaro conviven elementos propios de la política moderna, como lo son el voluntarismo libertario, el individuo colectivo (la clase) como actor de su propio presente y de su futuro, y la utopía como fuente de existencia⁵⁵⁶, con elementos absolutamente novedosos en la praxis discursiva de la izquierda chilena, como la preocupación por lo cotidiano, las micro-luchas, el micropoder, el cuerpo y el disciplinamiento cultural. Esta mezcla, que para algunos fue una ‘majamama’⁵⁵⁷, es quizás uno de los elementos más atractivos de esta pequeña organización política.

La década de los 80 contiene el surgimiento y consolidación del Lautaro; sin embargo, este grupo cobrará interés y reconocimiento público en las cercanías al plebiscito, pero por sobre todo, en los primeros años del gobierno de transición conducido por Patricio Aylwin. Su reconocimiento temporal trajo consigo la incomprendión de la mayoría de la izquierda y de los partidos opositores y la DC. El Lautaro se hizo público con un desfase, que para muchos actores políticos, había que castigar.

El Lautaro se hizo famoso cuando ya había caído el Muro, cuando el socialismo real se derrumbaba a pasos agigantados, cuando la gran mayoría de los militantes de izquierda se habían convencido de que el socialismo era un vector de políticas y no un tipo de sociedad, cuando, por último, el mea culpa profundo de la renovación socialista había concluido que gobernar era concertar, negociar y consensuar. En ese marco referencial hegemónico, el Lautaro era una especie de piedra en el zapato, un lastre que había que cortar por la vía de la represión y el encarcelamiento.

El tiempo de la irrupción pública de este colectivo no le dio cabida a una valoración más profunda de sus actos. Detrás de los juicios categóricos que la izquierda socialista renovada hizo de sus propios hijos, no solo se escondía una crítica a la acción subversiva, sino que también se escondía cierto desprecio de clase, un desprecio que le negó a la generación de los 80 su propio heroicismo⁵⁵⁸, que mantuvo como un baluarte historicista la generación del 68 que hacia su entrada al poder con la transición.

Pese a ello, el Lautaro introdujo una praxis política novedosa, sin mucha reflexión teórica detrás; este colectivo se dispuso a crear en la autonomía y la libertad, tal como estaba contenido en los discursos setenteros de intelectuales como Eugenio Tironi, en el MAPU. Esa libertad excesiva, sin embargo, les significó la ruptura y más tarde el encarcelamiento en la Cárcel de Alta Seguridad.

Uno de los elementos innovadores que el Lautaro construyó fue la comprensión de la revolución como un acto-proceso, inserto en la cotidaneidad de los actores y que convertía a cada acción en un hecho de la revolución. Para estos militantes, la revolución se tenía que hacer siempre, a cada momento y en cada pequeña parte de las vidas; había que gozarla intensamente y para ello solo se necesitaban las ganas.

En 1988 los miembros del MAPU Lautaro se definían como:

[...] ambiciosos... estamos hablando del poder y la victoria ahora y para siempre. La ambición es voluntad y fuerza transformadora; es confianza y la fuerza propia; es mirar y enfrentar los problemas y los obstáculos para superarlos; es recorrer los desafíos aunque estos inicialmente siempre nos queden como “ponchos”. Los mapuches somos rebeldes, intransigentes en nuestras certezas y en nuestra voluntad de futuro victorioso. Las razones se hacen logros con decisión, audacia y valentía⁵⁵⁹.

El voluntarismo mostrado en esta cita no solo debe comprenderse como una revitalización de la vieja vanguardia leninista, que por cierto estaba presente en el Lautaro, sino que también como abandono de la política como posibilidad, un abandono de las condiciones objetivas para hacer la revolución. En este

colectivo, lo central eran precisamente las condiciones subjetivas, el convencimiento y las ganas de realizar las transformaciones. Bastaba querer, ya que los mapuchistas somos revolucionarios porque queremos y nos gusta serlo”⁵⁶⁰. De esta forma, el elemento juvenil le incorporaba al Lautaro un elemento novedoso en la praxis política, que también tuvo el MAPU en sus años fundacionales:

Los mapuchistas somos jóvenes, tanto por la composición mayoritaria de nuestra militancia, pero también y por sobre todo por nuestra forma de hacer y vivir la revolución. Hemos superado el miedo y la vergüenza de soñar. Valoramos cada vez más la política de las sensaciones y de los símbolos. El hecho político es huella que se hace imagen perdurable en la memoria masiva. La revolución no es sólo “deber”, es también entusiasmo y ganas crecientes⁵⁶¹.

En esa matriz retórica, para los Lautaros un elemento central de la política y la subversión era la felicidad, el goce de los sentidos, el amor libre, el placer y la solidaridad. Se combinaba aquí el hombre nuevo y el deber guevarianos, con el epicureísmo y el goce de la vida. Así toda reivindicación de las bases es siempre revolucionaria, porque es expresión de una necesidad, pero también de la voluntad de satisfacerla. Los lautarinos enfatizan que:

El principal eslabón de avance se encuentra en las necesidades y aspiraciones de los pueblos. Las revoluciones son para satisfacerlas. No existen las revoluciones por principios, ni tampoco los avances y las luchas por conceptos abstractos. Al final, lo que determina todo es la vitalidad cotidiana, de allí arranca la pasión de masas que hace posible la victoria. Lo principal es ejercer las reivindicaciones, satisfacer directamente las necesidades, tomarse todos los derechos. Así el gigante se extiende y se hace de millones, fuerza nacional, alternativa y realidad de poder⁵⁶².

El acento estaba puesto en la subjetividad, en el sentir las transformaciones y en la utilidad de los actos. Para el Lautaro, la revolución no requería ni inmolación

ni el sufrimiento y mucho menos el abandono de los placeres. La imagen de una revolución sufriente y donde los revolucionarios son ascetas de una moral rígida y estoica, no cabía en la rejuvenecida revolución lautarina. Ossandón planteaba en una entrevista:

Yo me imagino ese sueño como una situación desparramada, instalada, desplegada, que es el pueblo protagónico. Me imagino el poder con mucha gente queriéndolo, construyéndolo de las formas más diversas. Me imagino además un poder útil para nosotros los chilenos. Es decir, un pueblo apropiado de los recursos de su nación en función de resolver sus necesidades todas: los sueños, las ganas, la alegría, el sexo, la vida. Me imagino además un poder con capacidad de defensa de su revolución e integrado en la dimensión de este pueblo continente. Me imagino, por último, un país modesto, así como el pueblo. Modesto no significa rasca, sí significa opuesto a la cultura del consumismo. Un país donde la economía esté al servicio del hombre y no al revés⁵⁶³.

Los contenidos revolucionarios del Lautaro se caracterizaron por una congruencia retórica con la política de las ganas y útiles para el pueblo. De allí que las acciones realizadas por esta colectividad estuvieran relacionadas con las microluchas y las microresistencias. En este colectivo se tipificaron varias acciones que se nominaron de formas bastante singulares. Por ejemplo, la acción de apropiarse de algunos productos revolucionarios (que iban desde comidas, mayoritariamente pollos, hasta zapatos, cassetes y condones) se les denominaba ‘recuperaciones’ y se repartían en las poblaciones a todos los pobladores sin distinción, generalmente en momentos donde se cortaba el acceso a carabineros con barricadas y enfrentamientos directos, que ellos llamaban Copamientos Territoriales Armados (CTA) y liberados del consumismo capitalista.

Estas nominaciones representaban una forma distinta de percibir la realidad y la misma revolución cobraba un aspecto más modesto, pero no por ello menos importante. Según Eyleen Faure:

Los Copamientos también llevaban contenidos una carga simbólica. Eran espacios y momentos sin capitalismo –momentos de revolución–; se presentaban

como espacios físicos y periodos de tiempo en los cuales se llevaba a cabo una subversión total de la realidad, en los que todos recibían todo lo que querían y necesitaban solo tomándoselo. Durante el transcurso de los CTA, se desplegaba una forma de poder popular que no tenía existencia fuera de aquel espacio “copado” por las ganas. Representaban momentos de fiesta popular en los cuales todos éramos dueños de todo lo que necesitábamos⁵⁶⁴.

Estos CTA constituían momentos, pequeños espacios temporales y espaciales donde se disolvía el capitalismo; según los propios lautarinos, estos “representan toda una simbología concentrada de poder. Es un poder que se desplaza, itinerante, que se repite cuando se lo propone, por todos lados... es una evidencia concentrada de revolución, simple y audaz. Es el futuro que ‘se trae para acá’... así extendemos la dinámica táctica de tomarnos todo”⁵⁶⁵. CTA, productos revolucionarios recuperados, ajusticiamientos, entre otros, eran acciones fugaces, pero que a juicio de los actores generaban disrupciones en el orden capitalista. Por ello, por muy pequeños y fugaces que fueran, se consideraban parte de un proceso revolucionario que desestabilizaba permanentemente los cimientos de ese orden.

Para lograr estas acciones, el MAPU-Lautaro se constituyó en lo que se autodenominó Complejo Partidario:

Este complejo partidario está constituido por tres elementos fundamentales: el Partido, que opera como el punto de condensación y canalización del conjunto de la capacidad que se va generando y, junto a él, operan el Movimiento Juvenil Lautaro (MJL) y las Fuerzas Rebeldes y Populares Lautaro (FFPL)⁵⁶⁶.

El MJL se estructura en torno a brigadas. La idea es que sea una organización muy simple y muy vital. No tiene estructura nacional, pero está en todos lados. Son brigadas que se forman en los frentes naturales, donde hay jóvenes, en las poblaciones, los liceos, las escuelas, las fábricas y que desarrollan esta política de tomarse y ejercer derechos en todos los planos⁵⁶⁷.

El tercer componente de nuestro complejo partidario son las Fuerzas Rebeldes y Populares Lautaro (FRPL), que son la expresión más alta de nuestra capacidad militar. Comprometen más bien el espacio partidario y allí se ubican las

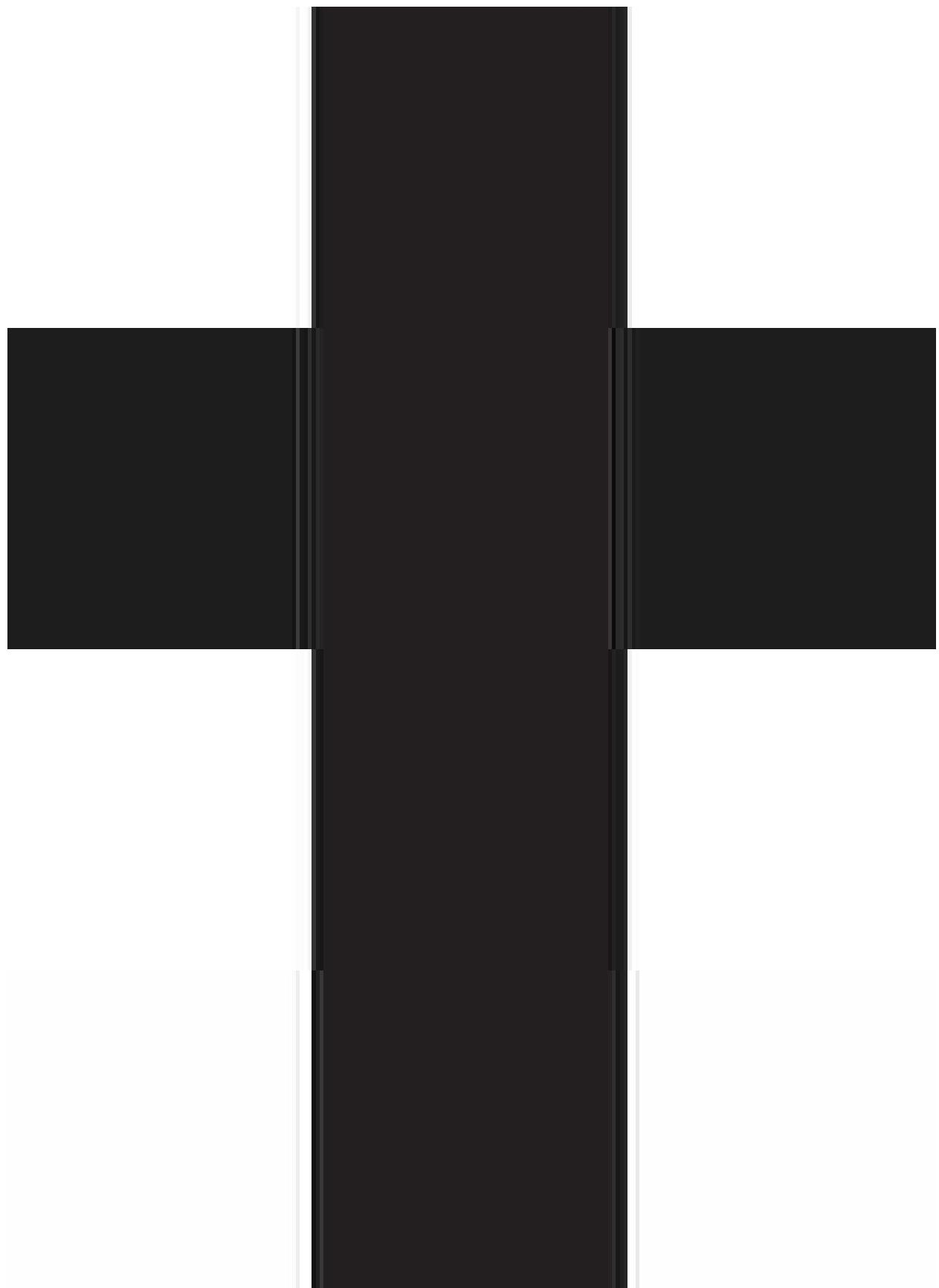
estructuras y combatientes que se dedican de una manera más especializada al desarrollo de nuestra política militar. Estas fuerzas tienen menos tiempo, nacieron el año 87 y con su accionar han venido realizando el invento de nuestra guerra insurreccional, marcando una huella de legitimidad y de reproducción en el movimiento popular⁵⁶⁸.

De esta forma, la estructura política del MAPU-Lautaro contiene una vanguardia, un partido y un movimiento social, que nutre al Partido y a la vanguardia, volviendo a reiterar la vieja tensión entre lo social y lo político. Este último componente de la tensión es el que, sin duda, tuvo en la práctica mayor importancia. La evidencia es que cuando cayó su líder Guillermo Ossandón en 1994, en el balneario de Cartagena, todo el Lautaro desapareció de la escena pública.

Los jóvenes lautarios “buena onda, enamorados de la vida. Con una audacia que, mirada desde fuera, puede aparecer como irresponsabilidad. Una cierta irreverencia frente a lo instituido que viene de eso de ser subversivo sin vuelta. Muy apagados a la realización de la política; es decir, pensando y creando en función del hacer. Y sintiéndonos sin inhibiciones, dejando inhibiciones en el camino...”⁵⁶⁹, hijos de la retórica renovada, que constituyeron un discurso ochentero de la revolución, con el ‘sexo nuestro’, con las fiestas populares y la autonomía creativa, desaparecieron por la represión⁵⁷⁰ por el peso de una política transicional que no supo convencerlos de que el tiempo de hacer la revolución ya había pasado.

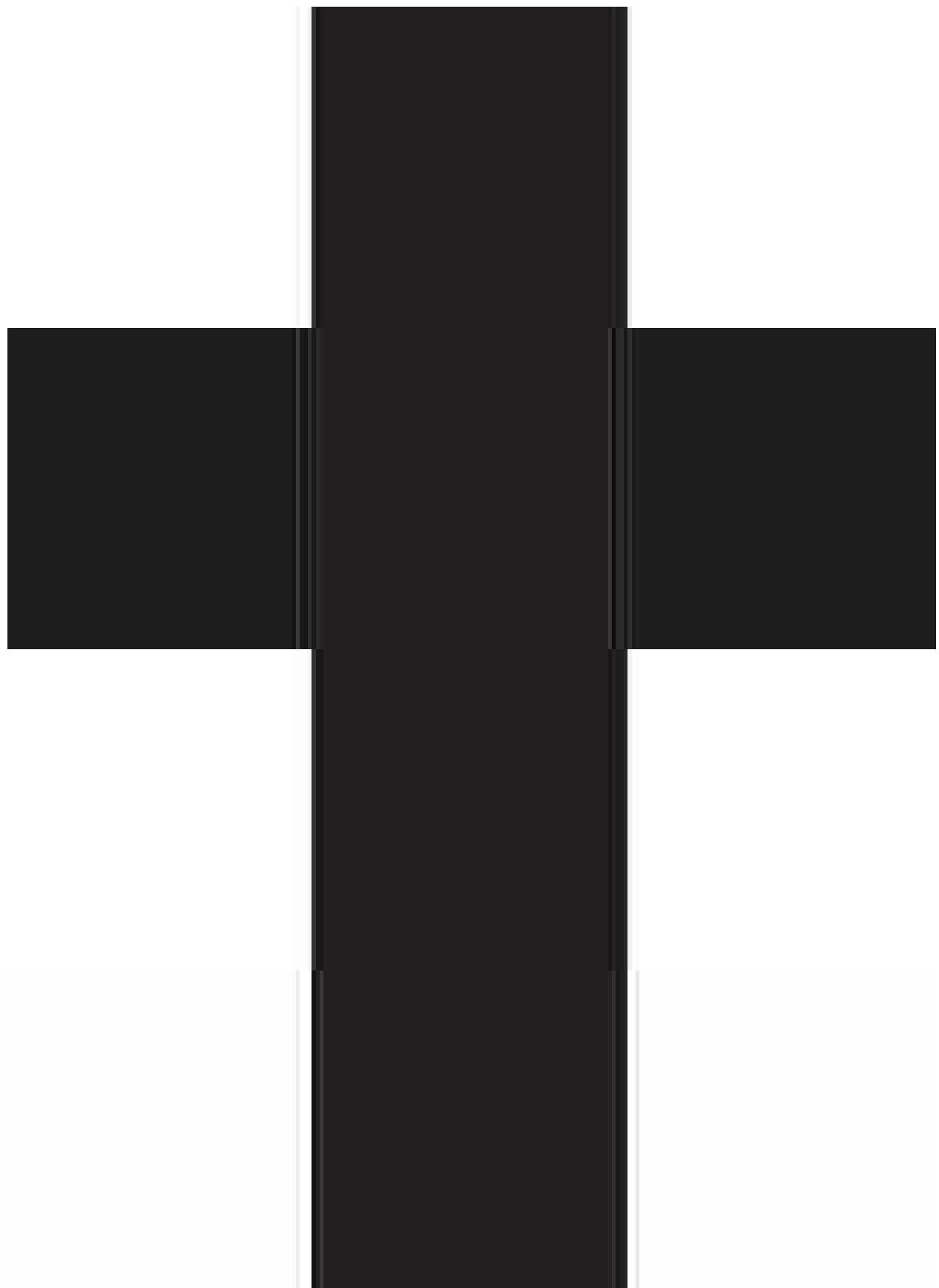
Esos jóvenes populares, expresión simultánea de la politización de los años 80, se sumergieron involuntariamente cuando su líder máximo, Guillermo Ossandón, fue detenido por la Policía de Investigaciones en el balneario de Cartagena, un día de 1994, mientras hacía una llamada desde un teléfono público. Dirigía la compañía de Teléfonos por esos años un compañero de ruta, Óscar Guillermo Garretón, quien ha sido sindicado como uno de los gestores intelectuales del Lautaro mientras permanecía en el exilio en Cuba. Así, simbólicamente, se reunieron de nuevo las retóricas renovadas mapuchistas, una para sepultarse y la otra para erigirse como vencedora. El Lautaro se convertiría, de esta forma, en el movimiento paria de nuestra transición.

CUARTA PARTE



PRENSA Y MEMORIA EN LOS SUTRATOS INICIALES DEL MITO
TRANSICIONAL

CAPÍTULO IX



**RETRATO AUSENTE, RETRATO PRESENTE. LOS
REGISTROS PERIODÍSTICOS Y LA MIRADA DE LOS
OTROS**

Una vez que se instala hegemónicamente el imaginario sobre la salida pactada, después de la rotunda derrota a la vía insurreccional en el año 1986, los registros de prensa se convierten en una fuente inapreciable de construcción de identidades políticas. Los partidos políticos se visibilizan abiertamente en las disputas por la normatividad de la salida y por intentar definir el sueño de país anhelable.

El registro periodístico contiene la referencia de la coyuntura, va marcando el día a día y se encuentra compuesto de dos tipos de relatos. Por un lado, el registro periodístico narra lo que va ocurriendo y define a los actores a través de una acción referida a marcos situacionales de su existencia. Esta es la crónica. Por otro lado, el registro periodístico contiene otra narrativa en su interior, que menos referida a la coyuntura política cotidiana va delineando la normatividad de los procesos por venir. En ese sentido, predomina la referencia a un futuro cercano, dialogando entre la percepción del presente con el proyecto anhelado. Este registro lo podemos encontrar en el relato editorial y en las columnas de opinión.

De esta forma, es necesario distinguir estos dos cuerpos narrativos y en especial el espacio de normatividad de opinión o editorial, porque el período que se extiende entre 1986 y 1989 está cruzado por la definición de las acciones por seguir para derrotar, por la vía política, a la dictadura militar. En ese cuerpo del relato periodístico están en pugna los sueños futuros, pero también está en pugna el instalar un imaginario colectivo en ese presente, que haga congruente la acción política, no solo en la comprensibilidad de la misma, sino que como parte de un diseño más o menos coherente hacia un futuro cada vez menos incierto.

Las fuentes que consultamos para el período de 1986 a 1989 se pueden dividir así en el relato de la crónica cotidiana, presente en los diarios de circulación masiva, y las revistas políticas de circulación periódica, donde predomina la discusión y el debate en función de la racionalización que hacen los mismos actores sobre las acciones cotidianas.

El registro periodístico es fuente también para descubrir la forma en que se construyen las heteromiradas sobre el otro social. La heteromirada, plasmada en la reflexión del otro, permite al actor nominado situarse en un espacio validado para configurar su propia automirada. Así, la identidad política configurada por el cruce de estas dos miradas va expresando un complejo discurso nominal sobre

los otros y sobre los mismos, dibujando el espacio desde donde se situará el actor para disputar la construcción de los imaginarios sociales.

Los periódicos y la crónica política: un retrato ausente

Tal como expresamos previamente, la crónica política estructura una narración desde la coyuntura, mediante la cual se informa a los lectores de lo que va ocurriendo en el espacio social compartido. En dicho relato se dibuja a los actores claves, a los protagonistas de un determinado proceso político. Quedan expresadas en sus páginas las disputas clave, las opiniones de cada actor, en conjunto con la narración de lo que va sucediendo.

En raras ocasiones la crónica política aborda a los actores desde perspectivas más profundas; no señala a cada momento desde dónde habla el sujeto narrado, por lo que trabaja con imágenes aparentemente compartidas y construidas en un espacio social contemporáneo, donde los lugares de los otros aparecen como no discutidos.

Tomando los registros de prensa provenientes de *El Mercurio*, *La Tercera* y *La Época* entre 1986 y 1989, uno puede observar los siguientes elementos:

1. La orientación y centralidad del debate.
2. Quiénes hablan.
3. Para qué hablan.

Siguiendo esta nominación, el año 1986 marca un abrupto quiebre respecto de la crónica política de los años previos. Una primera característica es que el debate político ha retomado como centro de praxis el propio país. De esta forma, desde 1986 en adelante, los registros periodísticos van descubriendo a los actores clave y sus posiciones respecto de la ya instalada salida política a la dictadura.

Una segunda característica que posee este año decisivo corresponde al aumento considerable del debate político como parte de la misma crónica. Las páginas dedicadas a esa discusión se vuelven centrales y cargadas de noticias, retomando la política un lugar público y validado en la información entregada. Así, los actores políticos recuperan una tribuna que antes había estado básicamente en el

espacio académico o en el exilio.

Por último una tercera característica de este año, corresponde al predominio de un discurso que sitúa, intencionalmente, el debate político en el centro de la coyuntura, derivando las acciones nominadas como terroristas a las páginas de crónica policial. Lentamente, se va configurando una sanción sociopolítica sobre estas acciones, que definitivamente quedarán fuera de estas páginas dedicadas a la discusión del establishment político, cuestión que se seguirá compartiendo una vez que se retorne a la democracia.

El año decisivo efectivamente fue 1986, pero no para derrotar por la vía violenta a la dictadura, sino que para instalar la validación de la política como una práctica consensual, racional y de compromisos base para rearticular una institucionalidad política desvirtuada y deslegitimada tanto por el régimen militar como por los propios actores políticos.

En ese contexto era necesario construir una discursividad integradora, cuya base sustancial supusiera un imaginario que permitiera a los actores políticos encontrarse después de muchos años de autonegación. Era necesario refundar la política, transformarla en una práctica social tecnificada y eficiente, de manera que se pudiera cumplir el anhelo compartido por la oposición de un ‘nunca más’. Pero ello requería de dos componentes básicos; por un lado, hacer de la política una actividad más técnica y menos ideologizante y, por otro, entregar un sueño convertido en referente que permitiera nuevamente soñar en un futuro esperanzador, pero no radicalmente distinto del que existía.

Las intencionalidades destacadas parecían chocar entre sí; pueden incluso ser consideradas antagónicas. ¿Cómo combinarlas? ¿Cómo hacer una nueva política con actores viejos? ¿Cómo invitar a una participación social sin que ello implique una movilización que derive en desorden? ¿Cómo reencantar una práctica política, liquidada en el enfrentamiento y en la deslegitimación mutua? ¿Cómo discutir proyectos sin que ello pareciera un enfrentamiento? ¿Cómo reponer en el espacio cotidiano las luchas por el poder, sin que quedara la sensación del vacío estructural, ante una política que temía soñar? ¿Cómo no perderse en la coyuntura y mirar por sobre las narices de las estrechas cúpulas políticas existentes? ¿Cómo reencantar a la ciudadanía a una participación responsable, en el marco institucional que la propia acción política no reconocía como válida? Estas preguntas cruzan los avatares políticos de los actores involucrados en dicha actividad. Es aquí donde la praxis política requiere de la

construcción de un imaginario que la soporte y la normativice, ejerciendo el rol de realidad sobre la que se actúa y que se pretende modificar.

Lo decisivo del año 1986 era poder combinar la lógica política de la salida pactada y negociada, con un imaginario coherente que la soportara y la hiciera lógica. Sin embargo, esos imaginarios difícilmente se pueden construir en el día a día, en la operación política cotidiana. En ese sentido, y solo en ese sentido, el discurso de la renovación socialista que estructuró el MAPU, en sus dos versiones, se convirtió en un elemento central.

Los años siguientes, especialmente 1987 y 1988, son años donde la coyuntura política vuelve a cobrar la centralidad que tuvo antaño. Sin embargo, en el relato de la crónica el MAPU está ausente.

1987-1988. La centralidad de los partidos políticos

El año 1987 es el año de los partidos. Los actores individuales, las personalidades se van desdibujando, para volver a retomar importancia las estructuras partidarias. El registro periodístico asociará después de cada nombre hablante, el partido político que lo representa. Los voceros, los autorizados y los no reconocidos, se debaten por alcanzar un intenso reconocimiento de los otros, por alzarse como voces validadas ante los otros actores políticos.

Dos son los debates centrales que distingue la prensa en el año 1987. El primero de ellos referido a la aceptación o no de la estructura legal que la propia dictadura había consignado, respecto de la institucionalidad de los partidos políticos. Los partidos de la oposición, considerando aquí al amplio arco de los partidos de izquierda, en conjunto con la DC y el Partido Radical, debatieron arduamente sobre la validación que entregaba la junta militar para constituir un marco institucional desde el cual hacer política.

Este debate dividió en dos a la oposición. Por un lado se encontraban todas las fuerzas políticas que se inclinaban por aceptar el restringido marco que consignaba la dictadura y que permitía la legalización de algunos partidos de la oposición y los de la derecha. Eran firmes partidarios de esta posición la Democracia Cristiana, el Partido Radical, el Partido Social Demócrata y el

Partido Socialista liderado por Ricardo Núñez. A estos les parecía que ganarle a la dictadura, con sus reglas del juego, ayudaba a darle carácter de derrota política a una salida pactada y negociada con los militares.

Por otro lado, se encontraban los partidos que se negaban a validar el cuadro institucional que les dibujaba la dictadura, precisamente porque sus estructuras partidarias quedaban consignadas como ilegales en ese marco restringido.

Lideraban esta opción el Partido Socialista de Almeyda, la Izquierda Cristiana, un sector del MIR y el PC, que con ello autoafirmaban su propia propuesta de salida insurreccional.

En una ambigua posición se encontraban el MAPU reunificado y el MAPU-OC que no se integró al PS ni al MAPU en el año 1985. Estas colectividades aparecían firmando en apoyo al PS Almeyda y sus posturas más intransigentes, agrupadas en lo que quedaba del MDP y, otras veces, firmaron apoyando las posiciones del sector del socialismo liderado por Núñez, partidarios de jugar con las reglas de la dictadura.

Así, por ejemplo, en febrero del 1987 el Área Socialista emitió una declaración pública en la que exterioriza fuertes críticas a las leyes de partidos políticos y de inscripciones electorales. El documento, suscrito por la Izquierda Cristiana, el MAPU, PS Histórico y PS Unitario, muestra que el régimen impone una institucionalidad antidemocrática:

Un sistema de partidos políticos sólo tiene sentido si se ubica dentro de un marco democrático que posibilite la efectiva representación y participación del pueblo en la conducción y dirección del Estado, y no en el de una ley que les impide a los partidos desarrollar su función propia. Por último, hace un llamado a la civilidad para que rechace las leyes políticas y las denuncie como un intento de prolongación del Gobierno⁵⁷¹.

Tres meses después, el MAPU aparece firmando una declaración en conjunto con el PS Núñez, para alentar la campaña de inscripción en los registros electorales y validar con ello la institucionalidad consignada por la dictadura⁵⁷². Sin embargo, lejos de pensar que este debate quedaba zanjado, el MAPU siguió mostrándose como un partido ambiguo en sus decisiones políticas.

El 21 de junio del mismo año, Claudio Vásquez, integrante del MAPU, tuvo que aclarar que “su comisión no se suscribió a la declaración que rechaza la ley de partidos y a la inscripción en los registros electorales y que aboga por impulsar una estrategia que apunta al derrocamiento del régimen militar a través de ‘todas las formas de lucha’”⁵⁷³, en la que aparecían firmando el PS Salvador Allende, PS Unitario, PS Dirección Colectiva, MIR, MAPU-OC, y el MAPU. Vásquez indicó que el autor de la nota podría ser del MAPU-Lautaro, grupo al que no se le reconocía relación presente con su partido.

El segundo debate que cruza el año 1987 estuvo centrado en la estructuración de la alianza política que debería derrotar políticamente a la dictadura. Los nudos argumentativos estaban también divididos en dos grandes discursos. Por un lado, estaba la Democracia Cristiana, dispuesta a un pacto con el área socialista, pero que se mostraba intransigente respecto de la integración del PC, o de cualquier otro grupo, que a decir de los DC validara la vía violenta como salida al régimen.

Esta posición intransigente generaba reacciones en el PS Almeyda, que tenía una historia de encuentros y alianzas tácitas y explícitas con el Partido Comunista. Para los socialistas liderados por el ex canciller, solo habría alianza con la DC si esta se mostraba incluyente de toda la oposición. Para la DC, la exclusión del PC era condición básica para comenzar las negociaciones.

El segundo nudo discursivo estaba liderado por el PS Núñez y el MAPU, quienes validaban una alianza con la DC, pese a la exclusión del PC, como instancia absolutamente necesaria para avanzar en los caminos transicionales ya diseñados desde el régimen militar. De este nudo, surge un tercer debate que cruzó al socialismo en sentido amplio, referido a la necesidad de configurar una unidad de estas fuerzas dispersas en al menos siete referentes políticos: El MAPU, el MAPU-OC, el PS Auténtico, el PS Histórico, el PS de Chile, el PS Núñez y el PS Almeyda, que balcanizaban la potencialidad de constituir al socialismo en un referente político de peso.

Sobre este debate, el año 1987 fue crucial. ¿Qué hacer con el socialismo? ¿Unificar al PS, como lo pretendía Almeyda? ¿O bien construir un nuevo referente político renovado, que contuviera a las distintas identidades políticas? En estas discusiones, nació la idea de crear el PPD.

El PPD se convirtió en un nuevo referente que permitió agrupar ambos debates

que se manifestaron públicamente en el año 1987. Surgido desde el PS Núñez, sector renovado del mundo socialista, de algunos ex militantes del MAPU y del propio MAPU reunificado en el año 1985, esta nueva colectividad pretendía permitir la articulación de la instrumentalidad requerida por la reglamentación electoral vigente, y la posibilidad de reunificar al socialismo en un referente más amplio, con una nueva identidad, donde predominara la renovación socialista como imaginario compartido, lo que posibilitaría una alianza política con la DC, menos restrictiva y duradera en el tiempo.

Uno de los ideólogos de la necesidad de fundar al PPD como partido instrumental y como campo de refundación del socialismo, fue Ricardo Lagos. Este futuro Presidente de Chile (2000-2006), proveniente del radicalismo, había hecho su ingreso al Partido Socialista en los años 70. Una vez ocurrido el golpe, Lagos se alineó con los sectores más moderados del socialismo, que en el exilio estaban paradójicamente agrupados por la figura de Carlos Altamirano. Lagos lideraba una fracción nominada ‘los suizos’, apelativo que les dio la ex Primera Dama Hortensia Bussi; este apelativo mostraba metafóricamente las posiciones de neutralidad que tomó este grupo respecto de las disputas que llevan al quiebre del PS en 1979.

Una vez que el quiebre se hizo efectivo, Lagos formó parte de los sectores renovados que encabezará el ex senador Ricardo Núñez. En esa situación, Lagos se interrelacionó en Europa y América Latina con distintas personalidades de los partidos políticos de oposición, a través de una fructífera relación que combinaba política y academia. Ahí nacen las redes con importantes personajes de la renovación intelectual y política del socialismo, espacio en que los militantes del MAPU tenían destacada participación.

Una vez en Chile, y después de haber participado junto al PS Núñez en la Alianza Democrática, Lagos fue uno de los principales impulsores de gestar, en el marco de la restrictiva ley de partidos políticos que comenzaba a regir a partir de 1987, la formación de un nuevo partido, en principio instrumental, que le permitiera al área socialista reunirse nuevamente. Sin embargo, las resistencias a este proyecto provenían principalmente de dos sectores políticos: el Partido Radical y el Partido Socialista Almeyda. Este último, en particular, era más partidario de reunificar en un solo partido socialista a todos los pequeños grupos en que se dividía el socialismo histórico y el emergente, como se denominaban a los sectores del MAPU y de la IC.

Almeyda se oponía a configurar un nuevo referente político, porque estimaba que esto podría desvirtuar el proyecto socialista y configurar un ‘área progresista’ más parecida a la socialdemocracia europea que al socialismo histórico. Las posiciones de Almeyda pesaban sobre todo por el poder de su convocatoria, ya que era el conglomerado más importante en relación a la cantidad de militantes que convocabía al interior de Chile. Al igual que para el Partido Radical, la unidad en un nuevo referente debilitaba las identidades históricas y desvirtuaba el aporte que en tanto colectividad podían realizar.

En el caso de los grupos partidarios de la constitución del PPD, estaban los sectores del PS Núñez, el MAPU y la IC, quienes apostaban a que en un nuevo referente, el desdibujamiento de las identidades históricas podía ayudar a constituirlos en actores de relevancia, ante la debilitada base política de apoyo real con el que contaban. Al igual que en el período fundacional del MAPU, hubo una estrategia de inserción en la izquierda, que pretendía erigirse como moderna y poderosa, pero que no podía competir con las identidades históricas y las culturas políticas fundantes de partidos políticos que tenían más de medio siglo de funcionamiento. El MAPU podía aportar cuadros calificados, pero no una historia sólida que fuera fuente de construcción de proyectos. Sin embargo, en esa debilidad residía también su propia fortaleza.

Tal como consignaba *El Mercurio*, el área socialista enfrentaba tres posiciones distintas:

1) El MAPU: Para la constitución de este grupo político hay quienes postulan la incorporación de todo el socialismo chileno “sin mayores precisiones de tipo ideológico y político; 2) PS-Almeyda (aunque este no participa en el área): “Reunificación del PS como necesidad o tarea inmediata, sirviéndose para tal efecto de una iniciativa como la del área; 3) Radical, Humanista, USOPO, PS-Mandujano y sectores del PS-Núñez: desarrollar mediante esta propuesta de constitución del Área Socialista una alternativa de izquierda democrática que establezca claramente los alcances ideológicos que significa⁵⁷⁴.

De esta forma, las discusiones socialistas de la segunda mitad del año 1987 estuvieron centradas en decidir la formación o no de un partido instrumental en

el que se pudiera reunir al socialismo, así como a otros actores políticos que le dieran un carácter transversal, menos ideológico y más programático, como convocante de un universo más amplio de la oposición a la dictadura.

Las resistencias, sin embargo, no se dejaron esperar. Provenientes tanto de la Democracia Cristiana como del Socialismo almeydista y del Partido Radical, el nuevo partido instrumental nació truncado. Por ejemplo, el 20 de marzo El Mercurio informaba de la constitución de un área socialista, cuyos coordinadores serían Heraldo Muñoz (PS Núñez), Carlos Montes (MAPU) y Raúl Díaz (PS Almeyda). Un día después, el viernes 21 de marzo, el mencionado coordinador del PS Almeyda se veía en la obligación de desmentir la información reiterando que no existe el área socialista y enfatizó que “cualquier punto de encuentro de los socialistas debe darse en el marco de la unidad de la izquierda. Desmintió también que se esté elaborando un documento constitutivo de ese eventual conglomerado o nuevo referente”⁵⁷⁵.

En mayo del mismo año, el nuevo referente seguía siendo víctima de las suspicacias, tanto de la DC como de un sector del Partido Radical, que exigían precisiones sobre los alcances de dicha configuración. Así el 25 de mayo todos los periódicos consignan una aclaración del PS Núñez, el MAPU y del sector del radicalismo liderado por Fernando Luengo:

[...] entre las exigencias principales que las colectividades plantearán al resto de los grupos de izquierda, se incluyen una postura definida y positiva a favor de la campaña por elecciones libres, una condena clara y categórica de la violencia y la militarización de la política; junto a la desaparición de los actuales conglomerados que han impedido un dialogo político mas fluido, entre los que se encuentran el MDP y la Intransigencia Democrática⁵⁷⁶.

Había que demostrar por todos los medios que no se validaba la violencia ni la salida militar a la dictadura; esto era necesario para que el nuevo referente fuera voz legitimada en las negociaciones con la DC. Sin embargo, estas posturas moderadas despertaban las suspicacias del sector del socialismo liderado por Almeyda, el que sentía que las presiones exageradas de la DC para excluir al PC de la conversaciones, así como a otros grupos políticos, se veía potenciado por la

configuración de nuevos referentes, en los que el socialismo histórico perdía identidad. El martes 2 de junio, el PS Almeyda apareció en la prensa criticando las acciones del PS Núñez “por su renuente posición frente a la constitución de un conglomerado de izquierda”, acusándolo, además, “de hacerle el juego a las políticas sectarias y excluyentes del centro político”⁵⁷⁷.

En esas disputas, la posibilidad de crear este nuevo referente político se minimizaban cada día más. Ante esto, algunos actores políticos tomaron la iniciativa por fuera de los mismos partidos políticos y el día 19 de junio del año 87 formaron el Comité de Izquierda por elecciones libres. El objetivo del Comité “era promover una activa movilización social, y lograr una masiva inscripción en los registros electorales”. Los militantes que dieron esta información fueron Ricardo Lagos (PS Núñez), Pedro Felipe Ramírez (IC), Guillermo del Valle (MAPU), Raúl Aravena⁵⁷⁸ (presidente de la Confederación Obrero Campesina), Jorge Andrés Richards⁵⁷⁹ (vicepresidente del Colegio de Periodistas), Soledad Larraín⁵⁸⁰ (dirigente del Colegio de Sicólogos), Gonzalo Daniel Martner⁵⁸¹ (economista), Patricio Cotal (MAPU), Lincoyán Cepeda (PS Núñez), Víctor Manuel Rebollo (PR) y Soledad Parada (PC).

El 27 de junio de 1987, el PS Núñez y el MAPU hacen un llamado a inscribirse en los registros electorales y comunican además su intención de contribuir a la:

...creación de bases políticas que permitan el diálogo entre fuerzas políticas del centro y la izquierda; así como contribuir a que exista un único comando de elecciones libres. Por eso postula una “coordinación socialista” e insistirá en la creación de una estructura partidaria cuyo único requisito de ingreso sea “la convicción democrática y el respeto a la pluralidad”⁵⁸².

Las tensiones continuaban en el mundo socialista durante los meses de agosto, septiembre y octubre. Las disputas internas de las distintas fracciones del Partido Socialista no colaboraban a la configuración de un nuevo referente, que en reflexiones del MAPU se había nominado como “Bloque por los Cambios”. Esto lleva a que en octubre de ese año, el MAPU publicara una carta por la prensa dirigida a Clodomiro Almeyda, Raúl Ampuero, Jorge Arrate, Germán Correa, Juan Gutiérrez, Ricardo Lagos, Manuel Mandujano, Ricardo Núñez y Aniceto

Rodríguez. En dicha misiva se les instaba a formular una propuesta de unidad del socialismo. En el documento se esbozaba “una propuesta de unidad del socialismo en el que se valora el patrimonio del socialismo histórico, pero también se destaca el aporte que significa el surgimiento de otros movimientos socialistas de raíz cristiana en las dos últimas décadas”⁵⁸³.

La carta anterior contenía el temor mapucista de verse anulado por las disputas políticas del socialismo histórico. Tal como recordara José Miguel Insulza, la invitación a formar parte del Queen Mary era atractiva, pero también arriesgada para quienes tenían una identidad histórica tan precaria. Según Insulza, en sus conversaciones con Altamirano en el exilio europeo:

[...] cuando uno conversaba con él, con esa forma bien divertida que tenía de hablar Altamirano. Y decía, mira, es bien simple: ustedes tienen unos barquitos bien bonitos, unos barquitos perfectos, bien presentados, bien arreglados que navegan como flecha... pero son chiquititos. Yo tengo el Queen Mary, el Queen Mary está lleno de ratones, las bodegas se hacen agua y todo lo demás, pero es el Queen Mary, entonces porqué no se suben al Queen Mary y lo arreglamos entre todos... (risas)⁵⁸⁴.

El 30 de octubre, el PS Almeyda daba a conocer su postura respecto de la inminente inscripción del Partido por la Democracia (PPD) en los registros electorales. En la prensa, manifestó su total “rechazo a participar en un ‘partido por la democracia’ que se inscriba legalmente, aduciendo que ello significaría insertarse en el actual marco constitucional y aceptar el plebiscito contemplado en sus disposiciones transitorias. Igualmente, sostiene que dicha iniciativa no ayuda a la unidad de la izquierda ni al socialismo”⁵⁸⁵.

Con el rechazo del PS Almeyda, la configuración de este nuevo referente quedaba mermada del socialismo histórico más importante por su adhesión militante. En conjunto con ello, el Partido Radical manifestó la sanción de suspensión de militancia a todos aquellos militantes radicales que se inscribieran en la nueva colectividad.

El 17 de diciembre, finalmente, se inscribió ante los registros electorales el nuevo Partido por la Democracia, “presidido por el economista socialista,

Ricardo Lagos, e integrado, inicialmente, por el PS Núñez, MAPU, Comité de Izquierda por Elecciones Libres (CIEL) y personalidades de los partidos políticos opositores e independientes”⁵⁸⁶.

Las presiones no se hicieron esperar y las acciones más radicales fueron tomadas por el Partido Radical, haciendo honor a su nombre. El viernes 18 de diciembre fueron suspendidos en su militancia “Jorge Schaulsohn, Víctor Manuel Rebolledo, Berta Belmar y Marisol Lascar, por no acatar el acuerdo de su partido de no integrar el Partido por la Democracia. La medida fue adoptada por CEN Radical”⁵⁸⁷.

Por su parte, el MAPU se debatía en su propia ambigüedad política, ya que como colectividad se había tratado de mantener equidistante de las posiciones más extremas, aunque sus acercamientos dirigenciales se encontraban bastante más concordantes con las posiciones del PS Núñez, que había apoyado la conformación del PPD. En diciembre del 87, el MAPU discutía en su Pleno qué decisión tomar al respecto y se zanjó, según la prensa, el respaldo a “la incorporación de algunos de sus militantes al Partido por la Democracia. Así mismo, ratificó su participación en la coalición Izquierda Unida, enfatizando la necesidad de robustecerla, especialmente en lo que dice la relación al Comando de Lucha por las Demandas Populares y las Elecciones Libres (CODEPEL)”⁵⁸⁸. Esta indefinición equidistante terminará por debilitar a la colectividad, que al año siguiente comienza a preparar su incorporación al Partido Socialista.

La poca importancia del MAPU como colectivo es visible a través del registro periodístico. Así, pese a que el MAPU, varios años después se reapropie de la configuración del PPD y de la Concertación, su aporte político era casi no consignado por la prensa. Por ejemplo, el diario La Época planteaba sobre la constitución del PPD que con ello “se concluye un largo periodo de negociaciones entre tres actores: el PS Núñez, el CIEL (ambos decidieron lanzar la iniciativa), y el Partido Radical, que no participará en ella por ahora”⁵⁸⁹. Termina el año 1987 y nos encontramos con un retrato ausente. ¿Dónde está el MAPU?

El 88: El año del NO a Pinochet

El año 1988 está asentado en una vorágine política. Tras 15 años de dictadura, la política volvía a retomar en plenitud el espacio público que les había sido negado por la fuerza del terror. La centralidad de los acuerdos políticos cubren la mayoría de los reportajes de la prensa escrita nacional.

Varios fueron los debates políticos que cruzaron este año. Respecto de la oposición en general, la configuración de una Concertación de Partidos por el NO fue el tema central de los primeros meses del año. Esta Concertación se entendía como un espacio de convergencia, no ideológico y amplio, que tenía como principal fin agrupar a todos quienes querían terminar con el gobierno dictatorial y decirle NO al candidato oficialista, que se preveía podía ser Pinochet.

Así, si en el año 1987 el debate de la oposición estuvo centrado en la decisión de aceptar o no las reglas del juego impuestas por la dictadura, el año 1988 fue el año del diseño operacional para derrotar políticamente a Pinochet. En ese contexto, los partidos políticos fueron constituyendo el centro del debate, porque en el año 1988 los partidos definitivamente habían copado el rol principal. De esta forma, se terminan de desdibujar las ‘personalidades’ y predominan las acciones colectivas y partidarias.

La decisión de configurar una Concertación de Partidos por el NO se consolidó a mediados de febrero. Si bien también tuvo resistencias de algunos partidos políticos, la amplitud de su convocatoria inicial terminó por limar las asperezas y en agosto del mismo año estaba configurada por un amplio arco de colectividades políticas.

Las bases previas del acuerdo cupular que la originó, se comenzaron a formar a mediados de la década de los 80. En el ámbito estudiantil y en la lucha por los derechos humanos, el trabajo concertado llevaba varios años. Sin embargo, durante el año 1987 esas experiencias se fueron multiplicando y en varias elecciones estudiantiles iban listas integradas de los partidos políticos.

Pese a las oposiciones de las dirigencias, estas actuaciones fueron posibilitando un acercamiento al calor de la lucha contra la dictadura, que permitió generar un clima de camaradería y confianzas mutuas, que más tarde se convirtieron en el soporte real de la Concertación. El mejor ejemplo de esto fue la lucha de la FECH para sacar a Federichi, nominado como rector de la Universidad de Chile por Augusto Pinochet en 1986.

Sin embargo, si bien la lucha social tenía importantes ejemplos de concertación social y política, la nueva Concertación política carecía de un discurso constituyente que pudiera remontarse más allá de la mera alianza electoral para sacar a Pinochet. Las resistencias del socialismo almeydista, así como las restricciones que exigía la Democracia Cristiana, visibilizaban un referente unido con precauciones permanentes, tanto hacia el centro como hacia la izquierda.

Para los Socialistas más duros, la mantención del MDP y más tarde de Izquierda Unida, generaban un espacio común y reconocido, pero que entraba en pugna con la Alianza Democrática, donde habían participado los demócratas cristianos y socialistas renovados. Repensarse en el otro, significaba reconocer una derrota política, y ningún partido quería comenzar su reintegración con ese reconocimiento. De esta forma, el último de los partidos políticos importantes en incorporarse a la Concertación fue el Partido Socialista de Almeyda. Estos habían aceptado participar en el Comando por el NO, pero en su dirigencia había resistencias a configurar a priori una alianza que pretendía extenderse más allá del triunfo a Pinochet.

El 26 de enero de 1987, el PS Almeyda seguía exigiendo cláusulas de compromiso para participar de la nueva alianza que se encontraba ad portas de su publicación. La Época publicaba:

[...] el comité político de la IU propuso ayer al resto de la Oposición sostener una “reunión inmediata y pública” con el fin de concordar una opinión común para impulsar una movilización a favor del NO. Eduardo Loyola, Germán Correa y Luciano Valle señalaron en la conferencia de la colectividad del PS Almeyda que serán partícipes en la concertación y movilización en torno al NO, junto con la necesidad de establecer un acuerdo sin exclusiones de la oposición en 4 puntos:

1. Organizar una campaña por el NO que denuncie el fraude de Pinochet y movilizaciones.
2. Constituir un Comando Nacional por el NO.
3. Respaldar la demanda de Chile y del pliego Comando Nacional de trabajadores.
4. Exigir las garantías de legitimidad y validez de un acto electoral, planteadas por la conferencia episcopal y movilizarse por ellas⁵⁹⁰.

Semanas después, el 3 de febrero, se hacía pública la conformación de la Concertación de Partidos por el NO. Aparecían participando de ellas 13 partidos, cuyos representantes eran:

IC: Roberto Celedón; MAPU: Víctor Barrueto; SD: Amador Navarro; PS Núñez: Ricardo Núñez; PR Luengo: Fernando Luengo; DC: Patricio Aylwin; PS Almeyda: Germán Correa; PR Silva Cimma: Carlos González Márquez. Usopo: Ramón Silva Ulloa; Unión Liberal-republicana: Guillermo Toro; PADENA: Wolfgang Prieur; PH: José Tomás Sáenz. El ministro de fe de dicha constitución fue el demócrata cristiano Edgardo Boeninger⁵⁹¹.

Zanjada así la conformación de la Concertación, el mundo socialista seguía viviendo otra tensión: la existencia del PPD se había convertido en un problema, ya que en vez de tornarse en el mentado espacio de unidad, generaba divisiones profundas en las principales facciones del socialismo. Diez días después del origen de la Concertación, el VI Pleno del Partido Socialista de Almeyda ratificaba su aprobación a la concertación de trece partidos políticos en torno al NO en el plebiscito, pero manifestaba su rechazo a la incorporación del PPD⁵⁹².

De esta forma, ante la resistencia de las colectividades a integrarse a este partido instrumental se fue debilitando la posibilidad de que este se convirtiera en un espacio de unidad del mundo socialista amplio. Las incorporaciones al PPD se volvieron entonces opciones personales, como, por ejemplo, fue el caso de

Sergio Bitar, quien abandona la IC para inscribirse en el PPD⁵⁹³.

En el MAPU las presiones también se hicieron sentir. La inscripción de los dirigentes nacionales en el PPD les significó una sanción de la Izquierda Unida, referente que agrupaba a lo que quedaba del MDP, y más tarde, implicó la renuncia de varios militantes que decidieron ingresar al PS Almeyda, pues sentían que se había desvirtuado la lucha contra la dictadura. En abril del año 88, el pleno del MAPU acordó mantenerse ambivalente tanto en el Comando Socialista por el NO como en el PPD, logrando un equilibrio entre quienes, como el Secretario General (Victor Barrueto), habían instado a la inscripción de la colectividad en el PPD.

Esta decisión generó una nueva escisión en el MAPU y “unos 200 dirigentes y militantes del MAPU en todo el país oficializaron su renuncia al partido. Esto se produce en rechazo a la gestión del secretario general del MAPU. Los que se van piensan seguir trabajando como independientes en la campaña opositora por el NO”⁵⁹⁴. Muchos de estos militantes hacen su entrada formal, días después, al PS Almeyda.

Otro de los debates centrales del año 88 se dio en torno a la definición del partido y a la persona que debía encarnar públicamente la vocería oficial de la Concertación de Partidos por el NO. Por un lado, se encontraban quienes pensaban que debía dirigir este conglomerado alguien proveniente del mundo DC, como forma de disminuir el temor público que la dictadura había desatado, vinculando esta coalición con una nueva UP maquillada. Los más fervientes adeptos a esta oposición fueron la misma DC, un sector del PS Núñez y lo que quedaba del MAPU-OC liderado por Ernesto Ávila. De otro lado, estaban quienes apostaban a que el liderazgo de la Concertación lo tuviera el presidente del PPD, Ricardo Lagos, quien se instituía en el mejor ejemplo del socialismo renovado y comprometido con la democracia.

La campaña sucia contra la figura de Lagos, dirigida desde el gobierno, fue lo suficientemente poderosa para que la oposición se terminara uniendo en torno a la Democracia Cristiana. El 19 de mayo el diario La Época publicaba que “existe consenso entre todos los partidos de la concertación por el NO, en que debía ser la DC la que encabezara ese consejo de presidentes, por ser reconocida como la mayor fuerza política del país El cargo de coordinador de campaña sería ocupado por Patricio Aylwin”⁵⁹⁵.

De esta forma, en mayo de 1988 la Concertación tomaba vida; sin embargo, detrás de ella no existía un discurso coherente, unificador, proyectual que pudiera prolongarse más allá del mero anhelo de recuperar la democracia. El resto de las discusiones de este año estuvieron concentradas en operacionalizar la campaña territorial y organizar las acciones que se realizarían para montar un sistema de cómputos paralelos para impedir el posible fraude de Pinochet.

El 11 de agosto⁵⁹⁶, sin embargo, hay un primer atisbo de darle coherencia proyectual al conglomerado. Un documento poco cubierto por la prensa, había sido puesto a discusión. El documento era un acuerdo de gobernabilidad que fuera el sustento de una extensión temporal de la coalición, en un futuro gobierno después de conseguir el triunfo del NO. Dicho documento fue elaborado por la directiva del MAPU, Víctor Barrueto y Claudio Vásquez. No hay nada más de esto en la prensa.

El 14 de septiembre Patricio Aylwin declaraba a la prensa que su partido estaba dispuesto a conformar una coalición de gobierno que le ‘diera una alternativa al país’, y cuyo eje colectivo debía ser la Concertación de Partidos por el NO⁵⁹⁷. Mientras tanto, el área socialista seguía debatiéndose entre la incorporación al PPD y su manutención en el tiempo, o conseguir la unidad del socialismo en un Partido Socialista. El 21 de septiembre “un total cercano a los 80 integrantes del PS Mandujano anunciaron ayer su integración al PS Almeyda. Varios de ellos, como Carlos Martínez y Leonor Jiménez, pertenecían a la comisión política de la colectividad y otras al frente de mujeres de los Mandujano”⁵⁹⁸.

La decisión final sobre el camino por seguir vino inmediatamente después del triunfo del NO. Pocos días después del rotundo éxito, el PS Almeyda planteó que “La Concertación de 16 partidos políticos por el NO debe fortalecerse para formar una coalición de gobierno que enfrente, con el mismo éxito del día cinco de octubre, las elecciones presidenciales abiertas de 1989, con un candidato único”⁵⁹⁹. Con los socialistas mayoritarios adheridos a esta propuesta, el camino de consolidación de una nueva alianza estaba casi completamente recorrido.

El 15 de octubre del año 1988 se publicaba en la prensa:

La concertación de 16 partidos expresó ayer su voluntad de nominar un candidato único a la Presidencia del país a la vez que precisó los siguientes

cambios constitucionales:

- a) Notificación de las normas permanentes de reforma constitucional de manera de hacer efectivas las facultades constituyentes propias del Congreso.
- b) Elección íntegra del Congreso Nacional por sufragio popular.
- c) Término inmediato de las proscripciones políticas y derogación del artículo octavo, garantizando un efectivo pluralismo político en los términos suscritos en nuestro compromiso del 2 de febrero.
- d) Aumento del número de miembros civiles del Consejo de Seguridad Nacional y modificación de sus facultades de modo de asegurar el pleno respeto al principio de supremacía de la soberanía popular. Derogación de la norma que establece la inamovilidad de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y de Orden, cargos que deben ser de exclusiva confianza del Presidente de la República.

El documento entregado en la sede del Comando Nacional por el NO fue suscrito por: Patricio Aylwin (PDC), Clodomiro Almeyda (PS), Fernando Ávila (MAPU-OC), Víctor Barrueto (MAPU), Juan Gutiérrez (PS Histórico), Tomás Hirsch (PH), Andrés Koryzma (Partido de los Verdes), Luis Maira (Izquierda Cristiana), Víctor Sergio Mena (PS Mandujano), Luis Minchel (Padena), Ricardo Núñez (PS), Aníbal Palma (PRSD), Enrique Silva Cimma (PR), Ramón Silva Ulloa (USOPO), Eugenio Velasco (SD) y Hugo Zepeda (PL). Tres grupos moderados –Alessandristas Independientes, Fracción Social Demócrata y Partido de los Jubilados– formaron la Unión de Centro Democrático⁶⁰⁰.

El 3 de noviembre de 1988 el PS Almeyda hizo una jugada audaz, al decidir inscribirse en los registros electorales, argumentando que la decisión se fundamentaba en constituirse en “un espacio socialista a disposición de las fuerzas populares, de los independientes progresistas y de Izquierda que hasta hoy no forman parte de los partidos ya legalizados o en perspectiva de hacerlo”⁶⁰¹. Lo que vino más tarde para el mundo socialista, en el año 1989, fue tomar la decisión de reunificación o de la mantención del PPD como referente de un socialismo progresista. Esta decisión no se tomó y ambos partidos mantuvieron sus diferencias y permanecen separados hasta el día de hoy, expresando tanto el personalismo de sus líderes, así como los intereses políticos

de sectores, que como el MAPU y el MAPU-OC, veían limitadas sus aspiraciones de poder en una estructura histórica que no los reconocía como propios.

Finalizado el año 1988, la discusión en el mundo socialista también sacudió al MAPU. Así, el año siguiente, estará marcado por la decisión institucional de fusionarse con el PS reunificado, que generó resistencias de varios militantes que deciden migrar al espacio político que les proveía el PPD, menos histórico, más pragmático y con mayor posibilidad de acceso a cargos de poder. Tal como en el año anterior, los mapu se diluyen en el acontecer mayor. ¿Dónde están los mapu? Aún no los encontramos: sigue un retrato ausente.

El 89 y el fin de un largo camino de retorno al poder político

Los debates políticos centrales en la oposición a la dictadura, que cruzaron este año, se encontraban referidos a la lucha por nominar a un candidato único del Pacto de la Concertación, lo que nuevamente repone como central la actividad de los partidos y sus estructuras dirigenciales. Las voces de personajes se desdibujaron definitivamente, reemplazadas las de los voceros y dirigentes centrales de cada colectividad.

El segundo debate cruzó al socialismo en pleno. Las tensiones centrales se configuraron en torno a la unidad de las fracciones que dividían a dicha colectividad. El proyecto almeydista de reunir en un solo Partido Socialista, se volvió hegemónico en el año 89. Fundamental fue para ello el abandono de líderes provenientes del PS Núñez a sus vinculaciones formales con el PPD.

Por último, el tercer debate político estuvo centrado en determinar el carácter que debía asumir la Concertación de Partidos por la Democracia. Dos posturas encontradas pugnaban por instalar un imaginario de la Concertación, como alianza electoral multipartidista o bien configurarla como un nuevo referente unitario, dispuesto a hacerse de una nueva identidad política que la prolongara en el tiempo.

Este último debate condicionó, por cierto, las discusiones antes mencionadas. Quienes eran partidarios de hacer de la Concertación una nueva fuerza política, amplia, democrática y programática, eran partidarios de nominar un candidato único, ojalá demócrata cristiano que fuera ejemplo de la capacidad de acuerdos y consensos, respecto de la toma de decisiones trascendentales. Entendían estos actores que esa acción era lo mejor para la gobernabilidad que la coalición podía entregarle a los electores. Lideraban esta opción algunas figuras como Gabriel Valdés y algunos socialistas como Jorge Arrate.

De otra parte, quienes entendían a la Concertación como una alianza electoral, eran detractores de construir una identidad política nueva. Tajantes en esa decisión eran Andrés Zaldívar de la DC y Ricardo Lagos del PPD. La tensión representada en estos dos liderazgos se inicia en los inicios del año 1989, con un

Andrés Zaldívar que mira con resistencias las relaciones que se establecían con el mundo socialista. Enfatizaba este líder que con la izquierda había un acuerdo democrático, sin identidad ideológica posible de ser construida⁶⁰².

Este debate se fue agudizando en los meses en que se hacía urgente nominar al candidato presidencial. La DC proclamó tempranamente como precandidato presidencial a Patricio Aylwin. Por su parte, los partidos del área socialista nominaron como precandidato al presidente del Partido Radical de entonces, Enrique Silva Cimma.

Las negociaciones que se extienden en este primer semestre del año se concentraron en la disputa del nombre del candidato. Tal como hubiera ocurrido en la última elección presidencial del año 1969, los partidos sacaban sus cartas y negociaban las recompensas electorales posibles de ser obtenidas al definirse por una u otra opción.

Dos actos y una conducta serán centrales en la resolución de esta discusión. La intransigencia de la Democracia Cristiana de aceptar a la izquierda de la Concertación sin contrapesos y sujeta a una serie de declaraciones de limpieza democrática, graficaban la todavía existente desconfianza entre ambos mundos. Los socialistas se veían en la obligación permanente de moderar sus discursos a fin de no asustar al centro político. El peso de la autocrítica que hizo un sector del socialismo sobre el fracaso de la Unidad Popular era un fantasma que recorría el lenguaje, los símbolos y los cuerpos de los renovados.

Sin embargo, pese a ello, los primeros en acordar un pacto de gobernabilidad con la DC fue el sector del socialismo chileno que se había mostrado más duro en sus reflexiones con el pasado y en el que la renovación socialista no fue un proceso hegemónico. El 23 de marzo de este año 89, La Tercera publicaba:

El partido DC y la fracción Almeyda del PS de Chile, sellaron virtualmente su alianza ayer, al suscribir un pacto de gobernabilidad de cuatro puntos básico denominado de “Reconstrucción Democrática”. Participaron de este acuerdo, Patricio Aylwin, Gutemberg Martínez, Boeninger (PDC) y Luciano Valle, Rolando Calderón, Hernán del Canto y Camilo Escalona (PS-A)⁶⁰³.

Este pacto de gobernabilidad temprano en estas dos colectividades le imprimió a la Concertación su sello inicial: una alianza electoral. Aunque más adelante, algunos militantes del MAPU en el PPD o Arrate y Núñez en el socialismo, trataron de darle a esta alianza un carácter de proyecto unitario, con afinidades ideológicas comunes, con compromisos y lealtades cruzadas en años de lucha por la democratización, un sector de la Concertación entendió que esto era nada más que un pacto instrumental. En noviembre del 2006, en el contexto de los conflictos internos que vive la Concertación por la corrupción, Adolfo Zaldívar nominó a los socialistas y pepedés como aliados circunstanciales, sellando el fin de un camino, el fin de este proyecto que alguna vez pareció ser hegemónico⁶⁰⁴.

Así, a esta conducta de intransigencia de la DC se le suman dos actos centrales. Por un lado, la necesidad de unificar al socialismo como fuerza central para disputar con la DC los espacios de poder dentro de la alianza. El año 1989 fue el año en que el proyecto almeydista toma por fin su forma definitiva. En agosto, los sectores renovados del PS se acercaron al definitivamente al almeydismo. La Tercera informaba que “el secretario general del Partido Socialista, Jorge Arrate, manifestó ayer que el socialismo buscará retomar sus banderas en un plan expansivo, tras 16 años de inactividad política en el país, y que adhería a la candidatura del dirigente Clodomiro Almeyda”⁶⁰⁵.

El 6 de agosto⁶⁰⁶ se sellaba un acuerdo electoral de presentar candidatos únicos a las circunscripciones electorales para diputados y senadores, aunando esfuerzos del socialismo almeydista y del socialismo renovado. El 25 de noviembre, las fracciones lideradas por Almeyda y Arrate sesionaron por primera vez desde la división en 1979 en un pleno unitario. El martes 28 de noviembre⁶⁰⁷ se consignaba públicamente la unidad del socialismo chileno con sus fracciones más importantes concurrentes.

Estos pasos de unidad del mundo socialista fueron mirados con resistencia por algunos militantes. Este segundo acto marca también la crónica periodística. Los militantes del PPD como Jorge Schaulson (PR), Rodrigo González (MAPU), María Antonieta Saa (MAPU), Víctor Barrueto (MAPU) y Ricardo Lagos (PS-Núñez), se mostraron ajenos a la unión del socialismo. Se iniciaba aquí un complejo proceso de disputas entre un partido que se concibió en primera instancia como instrumental y que se negaba a desaparecer en virtud de la recuperación democrática.

Los militantes del PPD que se negaron a ingresar al PS enarbolaron un discurso

sobre la configuración de una nueva identidad socialista, que fuera expresión de un socialismo renovado y que permitiera la incorporación de sectores liberales y demócratas, para hacer de esta colectividad un referente socialdemócrata más adecuado a los requerimientos de la nueva sociedad chilena. Sergio Bitar (ex IC), dirigente nacional del PPD, planteaba, por ejemplo, que era necesario consignar con mayor benevolencia las críticas que se le hacían a la dictadura. El 22 de mayo aparecían en La Tercera sus declaraciones, en las cuales expresaba la urgencia de reconocer “que durante el régimen actual ha habido cambios importantes que es conveniente mantener o mejorar, en tanto que otros deberán modificarse en la forma más consensual posible”⁶⁰⁸.

La resistencia del PPD también tenía mucho de intereses personales. Por ejemplo, el mismo Lagos morigeró sus críticas al precandidato presidencial de la DC, Patricio Aylwin, después de una conversación con la directiva de este partido, en la que se le aseguraba su participación en el futuro gobierno, en la eventualidad del triunfo en las elecciones de diciembre de 1989.

De esta forma, las resistencias a la candidatura de Aylwin fueron disminuyendo considerablemente y en septiembre de ese mismo año, se lo proclama como candidato único de los 16 partidos de la Concertación. El primero de los partidos políticos que adhirieron a la candidatura de Aylwin, y que quitaron el apoyo inicial a la precandidatura de Silva Cimma, fue el MAPU. Le siguieron después el socialismo reunificado y por último el PPD.

En noviembre de 1989, sin embargo, ocurrirá otro hecho central. El MAPU en pleno ha decidido unirse al nuevo Partido Socialista. Como colectividad declaraba agotado su proyecto propio, enarbolándose de forma pública que con esta alianza configuradora de la Concertación y que permitía la unidad entre el centro y la izquierda, el MAPU concretaba sus sueños históricos y fundacionales del año 1969. Se cerraba así un ciclo de vida política y pública de esta colectividad.

Por último, es necesario consignar que durante el tiempo que va desde 1989 hasta 1991, varios ex mapu se integrarán al PPD, alejándose del socialismo histórico que los veía como sujetos ajenos a su propio mundo. Comenzaba aquí a nacer el mito del partido transicional.

El mito MAPU

Lo más significativo en este tipo de registros periodísticos revisados es que los actores mapuches se encuentran casi invisibilizados. No hay reconocimiento de actores clave en este período, de personajes que aparezcan asociados o identificados con esta pequeña colectividad reunificada en el año 1985. ¿Dónde están los mapu? La prensa dibuja simplemente un retrato ausente.

Los mapu aparecen en contadas ocasiones como protagonistas de la noticia; en la mayoría de los casos aparecen simplemente como firma colectiva en documentos de difusión política de la izquierda. Ni los famosos y estigmatizados Correa, Brunner, Tironi o Gazmuri están en las páginas de la crónica política. Pareciera ser que no fueron actores relevantes; estaban ausentes.

Si estaban ausentes es difícil imaginar cómo se ha construido el mito transicional del partido. Si la prensa no los retrató ¿dónde estaban los mapu? ¿Desde dónde se construyeron los imaginarios sociales que entre 1994 y el 2006 lo han mantenido como una identidad clara, homogénea y visible? ¿Cómo es que el MAPU se constituyó en el mito tanto de la secta de poder como en el de ser el artífice de la transición? ¿Desde qué experiencias convividas y pasadas emerge esta narración?

Hoy, en nuestra contemporaneidad, los registros sobre el MAPU, las opiniones y las valoraciones retratan un actor más relevante, más contingente, poderoso y hasta fundamental de lo que fue en los momentos mismos desde los cuales se articula el relato experencial referido al pasado. Es interesante dar cuenta que desde que se va instalando el mito sobre el MAPU, este aparece con más regularidad en la prensa que cuando efectivamente se articuló y diseñó nuestro proceso de transición a la democracia. Lo anterior puede apreciarse en algunos titulares de noticias y reflexiones que ha aparecido entre 1994 y el 2006.

**Revista Cosas: “Este es un gobierno DC dirigido por gente del MAPU”.
(Alfredo Jocelyn Holt, 1994).**

El Mostrador: “Existe una conspiración destinada a generar una fuerza política y un aparato orgánico que les permita apropiarse del PS, cuya estructura dirigente ya está dominada en la actualidad por gente proveniente de la corriente MAPU y MIR, que ha desplazado al socialismo histórico de las esferas del poder”. (Antonio Cortés Terzi, 2004).

El Periodista: “Provenir de una familia tradicional, de colegio privado, de la UC, de formación jesuita, con contactos internacionales y parientes en la derecha convirtió a los ex Mapus en personas relevantes para hacer un tipo de política en que las operaciones cupulares y la negociación han sido fundamentales”. (Junio del 2004).

Centro Avance: “El MAPU ha sido –guste o no– una escuela probada de gestión eficaz, pensamiento innovador y liderazgo en muy diversos ámbitos”. (Palabras del Óscar Guillermo Garretón, 2005).

El Mercurio: A propósito de la llegada de Ricardo Solari al comando de Michelle Bachelet: “Entre sus enemigos socialistas comentan que la decisión de jugarse por Bachelet, solo se explica porque es la primera vez que divisa la posibilidad de entrar en gloria y majestad a La Moneda, y ubicarse en el centro del poder. Es la entrada del socialismo histórico a La Moneda y la salida de los MAPU representada en personas como Enrique Correa, J.M Insulza, J.J. Bruner, J.A. Viera Gallo o Jaime Gazmuri”. (Abril, 2005).

La Nación: “Lo que yo pienso es que esto que se llama el MAPU, en un sentido literal, no es una red que alguien administre o que alguien alimente, sino que es un grupo que estuvo en la creación, tanto intelectual como política, de la Concertación, que siente que su compromiso es con la coalición, que está dispuesto a dejar cualquier cosa y colaborar con la coalición si esta se ve en peligro, que está dispuesto, como decía el Presidente, a enfrentarse con

sus propias tribus, si eso es necesario, para salvar a la coalición". (Septiembre del 2005).

La Tercera: "La reflexión de Tironi es relevante, ya que permite dimensionar la envergadura de este proyecto transversal. Me sorprende pensar, retrospectivamente, cómo toda una 'generación' pudo siquiera soñar en superar las históricas fronteras partidarias y, a fortiori, sus culturas. Es cierto: las culturas políticas de los partidos de la Concertación son hoy mucho más heterogéneas, menos exigentes y masivas, pero lo suficientemente eficaces para socializar a nuevas generaciones de militantes y ciudadanos localizados en su periferia en contextos nuevos, reproducir identidades organizacionales, servir (aunque cada vez menos) de principios de producción de votos y, sobre todo, ordenar significativamente el campo político en función de diversos ejes autoritarismo/democracia, derecha/izquierda, etc.". (Alfredo Joignant, septiembre del 2005).

La Tercera: "Todo esto, y discúlpeme el aludido (Eugenio Tironi), podría parecer simplemente una soberana lesiva si no fuera porque esconde una reacción profundamente conservadora ante los cambios que significa para Chile la elección de Bachelet. Lo que hay aquí es aprensión ante lo que viene, temor a un supuesto desorden, al ingreso de generaciones nuevas, de gente desconocida con otras historias y proyectos... Mi punto de vista es otro: quien radica la Concertación en pequeñas cábalas elegidas por los dioses no percibe que ella es el reflejo de un proceso de cambio de la sociedad chilena, de una expresión permanente del progresismo que rechaza los privilegios y busca una creciente igualdad, pluralidad y participación en una sociedad cada vez más democrática... Porque el MAPU no fue nunca una tarjeta de crédito, sino un partido de gente joven de los 60 y 70 con ideales de cambio social, con audacia e inteligencia y con un amor por Chile que sigue y seguirá inspirando a todos los que, donde sea que estén, una vez pertenecieron a él". (Palabras de Juan Gabriel Valdés, septiembre del 2005).

La Tercera: "Concuerdo con Eugenio Tironi en que viene un cambio

generacional con el gobierno de Bachelet. Pero discrepo en que eso signifique el fin de la Concertación o de la lógica concertacionista. No veo por qué las transversalidades no puedan existir en la nueva Concertación, no creo que el sello de garantía de gobernabilidad vaya a desaparecer y no creo que ese papel sea exclusividad de nadie". (Palabras de Víctor Barrueto, septiembre del 2005).

La Tercera: "Evidentemente, la Concertación está cambiando. Es lógico que tenga que haber un recambio. Cuando Lagos termine, la Concertación va a haber gobernado por 16 años. Es un tiempo casi equivalente a los 17 años de la dictadura. Por lo tanto, es obvio que tienen que venir caras nuevas. ¿Por qué no va haber afectos, criterios transversales en esta nueva concertación?... Los afectos se construyen, se van generando en el día a día. Tal vez porque parte de un supuesto que no comparto: de que aquí hubo gente que fue clave y que sin ellos esto no habría funcionado. Yo discrepo. Esa gente fue súper importante, pero no fueron los únicos". (Palabras de Ricardo Lagos Weber, septiembre del 2005).

La Tercera: "...En este cuadro, la 'generación MAPU' dispersa en diferentes partidos, no tiene razones para jubilarse... No advertimos el deterioro del espíritu concertacionista, ni que la transversalidad que le es propia esté herida, tampoco vemos un auge del chauvinismo partidario. Por el contrario, parece surgir en los partidos el espíritu de tendencias, de fracción y de una suerte de primacía de los proyectos personales por sobre los colectivos... No son los partidos los fuertes, son sus grupos internos los que han salido a la palestra a la luz del falso convencimiento de que la elección presidencial está ganada y cunde el espíritu de fronda para disputar cuotas del futuro poder". (Palabras de José Antonio Viera Gallo, septiembre del 2005).

La Tercera: "No hay riesgos. Ese grupo transversal no es el único. Yo soy transversal, Ricardo Solari también lo es, al igual que Isidro Solís y Ricardo Núñez. Lo que quiso decir Eugenio, y le encuentro razón, es que se está produciendo un cambio de folio. Después de 16 años, la coalición no puede ser

manejada por la misma gente". (Palabras de Jorge Schaulson, septiembre del 2005)⁶⁰⁹.

La Tercera: "En circunstancias especiales pueden entenderse algunas situaciones. Sin embargo, los ríos vuelven a su cauce y no es bueno abusar de ellos tratando de manipularlos o canalizarlos artificialmente. Los partidos políticos son esenciales para el funcionamiento de la democracia y todo lo que significa fortalecerlos ayuda a tener una política de mejor calidad... La adhesión de Bachelet es mérito de ella, su empatía con la gente superó todas las expectativas. Es más, desarticuló una serie de entramados políticos que articulaban algunos, dejándolos descolocados, al punto que aún no se recuperan e inventan fórmulas para volver a presentarse como imprescindibles... Va a terminar un eje... Se abre espacio para una nueva política que de alguna forma fue impedida de expresarse durante años". (Palabras de Adolfo Zaldívar, octubre del 2005).

La Tercera: "...Parece que Tironi ha logrado aprender mucho de directorios en el último tiempo, pero en rigor yo siento que sus declaraciones fueron una hemorragia de autosuficiencia en un punto concreto; en atribuir al grupo informal denominado MAPU el mérito de la transición chilena. En todo lo demás, me parece que son materias opinables. '¡Por favor!' Así comenzó la Concertación que estaba organizada bajo el liderazgo del presidente de la DC de la época, Patricio Aylwin y eso no hubiese sido posible sin la participación del principal dirigente del PS que era Clodomiro Almeyda y sin el concurso del otro sector socialista de Ricardo Núñez y Jorge Arrate. Y luego sin la participación del presidente del PPD, que se llamaba Ricardo Lagos Escobar... La Concertación se forjó sobre el respeto de la institucionalidad de los partidos políticos... Es que no creo en esa teoría de 'los transversales'. Para serte franco, creo que Tironi no tuvo nada que ver en la fundación de la Concertación. Sin el apretón de manos entre Aylwin y Clodomiro Almeyda en Capuchinos no hubiese habido Concertación". (Palabras de Camilo Escalona, octubre del 2005).

En estas reflexiones el MAPU aparece como un actor sobredimensionado en su propio carácter y rol histórico. El debate sobre la secta de poder o los artífices de la transición no podría comprenderse única y exclusivamente usando los registros de la crónica periodística. Sin embargo, hay una clave que emerge desde los mismos registros de prensa. Me refiero a las editoriales y a los registros de opinión que se estructuran en las revistas políticas entre 1986 y 1989.

Las revistas políticas revisadas –Cauce, Análisis y Apsi– constituyen una fuente esencial para lograr comprender tanto las particularidades del proceso de renovación en el MAPU en su fase final, así como los discursos normativos proyectivos que constituyen el sustrato enunciativo de las acciones de los actores políticos.

Las editoriales, las columnas de opinión y los intelectuales del MAPU

Las revistas políticas revisadas –Apsi, Análisis y Cauce– nos permiten abrirmos a un mundo distinto de la crónica periodística. En ellas es posible observar al MAPU en sus liderazgos individuales y, por sobre todo, como agentes reflexivos de una coyuntura política cuyo tiempo se acelera después de 1986.

Intelectuales y políticos que estuvieron alguna vez o estaban en esos años vinculados todavía al MAPU, tomaban posesión de este espacio de reflexión para difundir sus pensamientos políticos. A este respecto, es posible indicar al menos cinco ideas fuerza que van nutriendo el sustrato imaginario, nominativo de una realidad sobre la que se deseaba influir políticamente.

La primera idea fuerza que toma importancia en el año 1986, fue la reiteración de que una dictadura no se puede derrotar por la fuerza de las armas, ni por una insurrección popular. El descubrimiento del arsenal internado por Carrizal Bajo y, más tarde, el fallido intento de asesinato a Pinochet, fueron los hechos que hicieron que la propuesta de una salida negociada quedara como la vía más certera y sólida entre las que existían. En septiembre de 1986, Manuel Antonio Garretón planteaba:

[...] es irreal pensar que podrá haber una transición por la vía de la sublevación o insurrección. Es igualmente irreal pensar que la habrá si uno se atiene a las condiciones de la constitución del 80, como dicen algunos. Tampoco la habrá si mantiene la política de las exclusiones. Tampoco la habrá sin movilización concertada en torno a una fórmula unitaria que fuerce una negociación entre toda la oposición y los titulares del poder⁶¹⁰.

En la Revista Análisis, Garretón volvía a argumentar a favor de una salida negociada y pactada con la dictadura. Enfatizaba que:

Hay que aprovechar la capacidad movilizadora actual y el enorme sentido de responsabilidad que a través de todos los estudios muestra la población chilena. En ese sentido, no basta la denuncia de cada institución avasallada por el régimen ni la denuncia general de que nada es creíble. Hay que mostrar en general y en cada ámbito específico que existe una alternativa y que ella puede ser parcialmente implementada desde ahora. Esto supone, por un lado, plantear al debate público estas alternativas, lo que implica una claridad y un consenso que están todavía en proceso de elaboración. Por otro lado, supone una estrategia de movilización social que incorpore el tema de la reconstrucción institucional y que, en cada esfera, se organiza en términos de recuperar el tema de una nueva institucionalidad y una nueva gobernabilidad⁶¹¹.

De esta forma, la salida negociada era pensada como la más adecuada a la realidad chilena, donde la urgencia por una renormalización de la vida social y cotidiana era fundamental para recomponer un nuevo pacto político, que le diera sustento a una democracia más duradera, estable y deseable en el tiempo. Para estos actores, la democracia política era el mejor régimen de gobierno, lo que implicaba que la lucha central debía orientarse por lograr su recuperación, para más tarde profundizarla. El desgarro individual y colectivo ocurrido con el golpe y la instalación de la dictadura, había vuelto a la democracia el bien máspreciado de toda acción política.

La segunda idea fuerza, fruto de los razonamientos anteriores, decía relación con la necesidad de construir consensos políticos, porque se entendía que la crisis del año 73 había obedecido a una incapacidad de construir una gobernabilidad adecuada, tanto como a una insana forma de relacionar lo político con lo social, la movilización con la participación y el desarrollo económico con las expectativas sociales. Por esto, habiendo aprendido de aquello, los intelectuales mapuchistas establecían una normatividad que, de forma punzante, valorizaba sobre manera el acuerdo, la transacción, el consenso y la negociación.

En esta línea se entendía que si gobernar era concertar, lo central estaba en la construcción de una alianza multipartidista, poco dogmática y expresión de un arco amplio esencialmente democrático. Por ello se valoraba incansablemente la experiencia del año 1985, en el que a través del Acuerdo Nacional, se avanzaba

en una convivencia política sana, tolerante y responsable. En febrero de 1986, Brunner planteaba:

Chile necesitará, para sostener la democracia y retomar un rumbo de desarrollo en función de la mayoría de su población, no solamente gobiernos sólidos, sino una base de apoyo para los cambios sociales que va más allá de la usual noción de “alianzas políticas”. Más que el acuerdo esporádico entre partidos, el futuro del país dependerá de la convergencia entre sus fuerzas sociales, del respaldo que los proyectos de reforma puedan despertar en las instituciones centrales de la sociedad y del consenso histórico que se logre entre las grandes corrientes de opinión... de hoy para adelante lo que se requiere es un diseño distinto, a la vez más amplio y complejo. Donde, en torno a un principio de concertación para el desarrollo y la reforma de la sociedad chilena, se encuentren expresados todos los sectores democráticos, representados en las fuerzas que concurren a la constitucionalidad. Es evidente que en un primer momento, lograda la transición desde el autoritarismo, dicho amplio concierto de fuerzas tendrá que expresarse en un programa mínimo de gobierno, lo más inclusivo y por tanto moderado que exija la situación⁶¹².

De esta forma, una nueva alianza política y social debería configurarse como el actor central de la transición que conllevará a la democracia. Esto, sin embargo, requería de cierta disposición política partidaria, para que se pensara más en el futuro de Chile que en los intereses históricos de los distintos conglomerados. El desprendimiento como conducta requerida de los partidos políticos, que volvían a retomar centralidad en las discusiones políticas al interior del país, era entendido como una acción de máxima consecuencia democrática.

La alianza requerida debía construirse sobre la base de un acuerdo mínimo en torno la reconstrucción de una institucionalidad legítima, aceptada por todas las fuerzas políticas. A ello debería ayudar la experiencia de lucha contra el régimen y que tenía, a juicio de Garretón y Brunner, como primer hito histórico la configuración de la Alianza Democrática en 1983. Estas reflexiones, llevaron a Garretón a plantear que la transición pensada debía ser solo política, a fin de no crear expectativas de transformaciones profundas de la sociedad chilena, sobre la que no existía un acuerdo compartido. Según el sociólogo:

[...] en cuanto al tipo de transición, ella girará en torno a un cambio de los plazos y mecanismos establecidos por la Constitución, para lo cual es indispensables la propuesta única de toda la oposición al respecto, en términos precisos y desligada de las inútiles discusiones sobre “referentes” o candidatos. Cuando decimos la oposición, incluimos socialistas y comunistas del MPD. Si no hay concertación ahí, no habrá la fuerza para negociar con el régimen ni para forzar una salida política. Cuando decimos formula alternativa, pensamos en algo mucho más preciso que el puro concepto de elecciones libres (eso ya es un paso, aunque insuficiente), en un diseño de transición tras el cual se moviliza toda la oposición y que es el que se contrapone al de la Constitución del 80. Es el instrumento consensual de movilización, presión y negociación a la vez⁶¹³.

Después de la venida del Papa Juan Pablo II en abril de 1987, Garretón escribía:

Este país está destinado urgentemente a establecer una vida democrática y que los responsables de su construcción son todas las fuerzas políticas, sin exclusiones, como en el Acuerdo Nacional, lo que quedó simbolizado en la reunión del Papa con los dirigentes partidarios. Esta construcción de la democracia excluye la violencia armada organizada. Se trata simplemente de que el conjunto de fuerzas políticas que se reunieron con el Papa lo vuelvan a hacer entre ellos, solamente para proponerle al país una fórmula institucional a la propuesta por el régimen, para asegurar a la brevedad un régimen democrático⁶¹⁴.

Mientras estas discusiones se daban en el espacio de lo político, el MAPU confirmaba con fuerza, en la reflexión interna partidaria, lo útil que podía ser su propuesta de un Bloque Histórico por los Cambios. Sin embargo, tal como lo dejara entrever Garretón, era muy temprano para pensar en esos nuevos referentes y los partidos muy poderosos todavía para decidir inmolar sus propias identidades.

Derivada de la reflexión anterior, la tercera idea fuerza decía relación con la

posibilidad de configurar una alianza política que se prolongara en el tiempo, sin dañar inicialmente las identidades históricas, pero que en el largo plazo las subsumiera internamente. Esa fue la idea propuesta por estos intelectuales como trasfondo de la posteriormente denominada Concertación de Partidos.

Ahora bien, pensar en un proyecto de esta magnitud implicaba configurar un conglomerado donde pudieran convivir distintos pensamientos, considerando que la amplitud y la tolerancia permitirían una recuperación democrática de larga duración. Para ello, las identidades partidistas deberían inmolarse y surgir en su reemplazo visiones, referentes más pragmáticos que ideológicos, donde la unidad estuviera sustentada en un compromiso irrenunciable con la democracia.

Enrique Correa, uno de los operadores políticos más importante del MAPU, establecía:

[...] el país requiere que su liderato político salga del estrecho círculo en que se mueve, postergue preocupaciones parciales y se aboque a lo principal: articular todas las fuerzas disponibles para impedir que Pinochet monte un escenario que permita su reelección. La ciudadanía chilena necesita de propuestas amplias que la interpreten y le hagan recuperar sus expectativas y esperanzas democráticas⁶¹⁵.

Para el MAPU ‘partido’, representado en la figura de Correa, la apuesta por un tipo de referente nuevo constituía la única opción de mantener su influencia política, ya que de otra forma, subsumidos por partidos con trayectoria e identidad histórica acentuada, los desdibujaría completamente en el escenario transicional.

Para evitar esta muerte, los ideólogos mapuchistas y sus militantes políticos enarbolaron la necesidad de que el proceso de renovación socialista se articulara como el gran universo contenedor de las distintas sensibilidades socialistas. No es casual que en el año 1987, cuando los partidos van recuperando su centralidad, el MAPU insista permanentemente en construir este referente para relacionarse con la DC, en conjunto con bajarle el perfil a la necesidad de una unidad en un partido socialista. Esta fue la cuarta idea fuerza.

¿Qué era el socialismo renovado? Para Brunner el socialismo renovado debía ser

un espacio de identidad política que agrupara a todos quienes se sentían parte de esa sensibilidad, por lo que restringirla a la unidad de las fracciones del viejo PS era partir con dificultades adicionales a las ya existentes.

Por ello, en el lenguaje mapucista, se habla de socialismo y no de partido socialista, narración que también configura el discurso de Lagos y Arrate en el PS Núñez. Representaba, por cierto, una estrategia de sobrevivencia de conglomerados que no podían competir con la base de apoyo del socialismo no renovado, mayoritario en Chile. Sin embargo, para Brunner, si las fuerzas partidarias consignaran la necesidad de partidizar esta sensibilidad, ello conduciría a luchar por constituir un nuevo partido socialista. Según Brunner:

Chile necesita, en cambio, un Partido Socialista fuerte, moderno y eficaz que interprete a diversos sectores medios, populares y de capas educadas, al servicio de transformaciones posibles dentro de la democracia. Que proporcione expresión a los sentimientos de cambio ampliamente difundidos en la sociedad, pero que sea capaz de canalizarlos con sentido de responsabilidad nacional, con destreza política y con capacidad técnica. Que tenga flexibilidad para pactar; armar alianzas de largo plazo, y rigor para perseguir objetivos democráticos que interesen al país y susciten un amplio apoyo en la población⁶¹⁶.

Continuaba el mismo Brunner planteando que:

[...] desde el punto de vista de muchos socialistas empeñados en la renovación de su ideario y organización, dicho bloque debiera ser programático antes que ideológico; pluralista en sus componentes sociales y doctrinarios; con capacidad de expresarse social y culturalmente antes que en el solo plano político y, en este último, abarcando un arco de partidos que pueda ofrecer gobierno estable, administración eficaz y claridad de propósitos de reforma social, económica y de gestión de la sociedad⁶¹⁷.

Esbozado así, el socialismo renovado debía ser piedra fundamental de la futura

Concertación, debido a que ello le aseguraba, a una incierta coalición, la representación de un sector de la izquierda, lo que entregaba amplitud y una sensibilidad por hacer reformas sociales con un fin de justicia social.

El socialismo renovado ya no creía en la revolución. Es más, partía de la base de que un futuro gobierno democrático debía erigirse sobre la base sustancial del nuevo Chile creado por la dictadura. Quien fuera Secretario General del MAPU durante los últimos meses del gobierno de Allende y después del golpe, quien fuera uno de los hombres más buscados por la dictadura, Óscar Guillermo Garretón, establecía “que la izquierda es en Chile un sentimiento profundo en busca de identidad, que tiene una historia ancha –no de rincones–, pero que no puede atrincherarse en la nostalgia del pasado”. Por ello, continuaba, era ilusorio pretender replantear el ritmo revolucionario, ya que:

[...] puede que no se produzcan grandes cambios en la política exportadora o en el manejo macroeconómico riguroso, pero si yo le pregunto a un poblador de La Legua si le parece que es un cambio comenzar a tener salud o posibilidades de empleo, estoy seguro que será para él nada menor la diferencia entre la miseria y la marginación y la posibilidad de comenzar a tener un mínimo de dignidad humana. En este sentido, eliminar las desigualdades sociales tremendas de estos 15 años será, estoy seguro, una transformación notable para millones y millones de chilenos⁶¹⁸.

Quien fuera uno de los impulsores del proyecto de propiedad social en el gobierno de Allende, había hecho una individual y profunda transición hacia el liberalismo y la social democracia. En la década de 1990, Garretón planteaba que lo más revolucionario que había hecho en su vida, fue haber expandido las líneas y redes telefónicas a todo el país, dejando de ser un privilegio de unos pocos, mientras fue gerente general de la Telefónica.

Así, el socialismo renovado debía constituirse en el facilitador de los acuerdos y garantía de que un futuro gobierno tuviera sensibilidad hacia lo social, enfatizando la equidad como principio fundamental. En ese mismo contexto, se entienden los permanentes actos de ‘manos limpias’ que realizan los mapu para demostrar su nueva convicción democrática. En esa perspectiva, Manuel

Antonio Garretón planteaba, mientras se discutía si aceptar o no el marco institucional de elecciones que configuraba la dictadura, que “toda lucha política se hará en un marco institucional favorable a la dictadura. El problema no es legitimar o no ese marco, sino saber hasta qué punto sirve para avanzar y cómo es posible trasformarlo sabiendo que no se puede hacer como si no existiera”⁶¹⁹.

Esto llevó a una disputa dentro del socialismo respecto de la existencia de dos izquierdas. Para los renovados, la otra izquierda iba desde el almeydismo socialista hasta los comunistas, lo que generaba las resistencias identitarias del sector mayoritario del socialismo chileno, que finalmente subsumirá la renovación como nominación de una facción o ‘lote’, expresado en jerga socialista. Por ello Carlos Montes, militante del MAPU, era enfático en señalar:

[...] no estamos por reconstruir la Unidad Popular; pero sí por asumir lo que representó el gobierno de Salvador Allende como patrimonio del socialismo. Pero hoy tenemos un país distinto, que enfrenta la tarea de salir de trece años de dictadura y reconstruirse democráticamente, lo que requiere grandes movimientos, grandes fuerzas. Pensamos en un proyecto de unidad social y política mucho más amplio de lo que fue la UP y mucho más preciso en su propuesta de reconstrucción de acuerdo con lo que está viviendo el país hoy día⁶²⁰.

Por otro lado, dentro de la generación mapucista existía la voz que consignaba a las dos izquierdas como una realidad reconocible. Para Brunner:

[...] existen en Chile hoy día dos izquierdas. Una que mira al futuro, convoca al pueblo a inscribirse en los registros electorales y postula una salida política hacia la democracia, en un amplio acuerdo nacional de fuerzas disímiles. Y que propone, para el futuro país, la necesidad de un bloque por los cambios, esto es, un pacto de fuerzas que están a favor de las reformas económicas y sociales dentro de las limitaciones y tiempos que exige la democracia. Por otro lado, hay una izquierda que se ha quedado atrapada en su propio pasado, que confunde las buenas intenciones con la realidad y que por eso ha propuesto caminos maximalistas al país, que son mayoritariamente rechazados y que han postergado

el proceso de recuperación de la democracia. Es una izquierda doctrinaria, que no llama hoy al pueblo a organizarse electoralmente, sino que le ofrece un itinerario de confrontaciones, de testimonios y derrotas. Que mantiene su ambigüedad frente a la democracia y cree poder reeditar las figuras, los programas y los estilos de los años 60. Que tiene vocación de cambio y representa a un sector del pueblo, pero cuyas direcciones han perdido contacto con la realidad y se mueven en la confusión. El socialismo democrático se ubica cada vez más claramente en una de estas vertientes y con ello, está echando las bases para una gradual transformación del cuadro político del país: en el inmediato futuro y, además, al plazo largo⁶²¹.

Las dos opiniones confrontadas en estas citas, demuestran el sustrato normativo que cruzaba a las decisiones de fundar o no un partido nuevo, más moderno, instrumental, amplio y con vocación de liderazgo dentro del mundo socialista, como se planteaba al PPD según un sector. Mirado desde el presente, no es casual que Brunner haya decidido su militancia en el PPD y que Montes haya ingresado, por la unidad del socialismo y el MAPU, al Partido Socialista.

La discursividad que verbaliza Brunner establece un socialismo renovado de objetivos mínimos y contenidos fundamentales. El otro sector era visto como un espacio anquilosado en definiciones ideológicas añejas y que ya habían fracasado en el mundo occidental. Según este sociólogo y futuro ministro de los dos primeros gobiernos de la Concertación:

La manera de enfrentar la confusión que parece prevalecer en ciertos sectores opositores, sobre todo entre sus exponentes maximalistas, exige presentar con claridad los propios puntos de vista. Sugiero que los pasos próximos para constituir una oposición eficaz son cuatro:

Conformación de una amplia coalición democrática que exprese la voluntad de transición efectiva de la mayoría, su oposición al continuismo pinochetista y su voluntad de asegurar la gobernabilidad del país. La coalición debe tener carácter nacional y programático: debe agrupar a las corrientes democráticas de la derecha, al sector radical social demócrata, a la democracia cristiana y a los socialistas. El fundamento de la coalición debe encontrarse en la convergencia

entre tres elaboraciones previas: el Acuerdo Nacional, el Pacto de Sustentación Democrática y el Pacto por la Justicia Social.

La transformación, a la brevedad, de dicha coalición en un gran movimiento democrático que cumpla simultáneamente dos cometidos: impulsar la campaña por las elecciones libres y las inmediatas del Acuerdo Nacional; impulsar la recomposición del sistema político, inscribiendo un Partido de la Democracia que junto con denunciar la ilegitimidad de las leyes políticas, se proponga aprovechar este nuevo espacio, ampliarlo y forzar sus progresiva modificación.

La proposición, a partir de ese Partido de la Democracia, de un nuevo consenso constitucional, explícitamente dirigido a toda la ciudadanía y sus fuerzas representativas, que comprometa la acción de todos en función de un marco común, mostrando ante el país y el mundo que existe en Chile la disposición de convivir sin exclusiones de ninguna naturaleza.

La elaboración, por el Partido de la Democracia, de una agenda inmediata de ejercicio de los derechos humanos, que exija y ofrezca una regulación de los comportamientos políticos de todas las agrupaciones e instituciones, de gobierno y de las diversas oposiciones y sectores organizados, en términos de: erradicación de la tortura, control público eficaz de los aparatos de seguridad, castigo severo a todo acto terrorista, supresión inmediata de las limitaciones para un eficaz funcionamiento de los tribunales de justicia, plena libertad de prensa, uso equitativo de la televisión. Una estrategia como la propuesta debería llevar a un cambio radical del presente cuadro de confusión y parálisis, abriría paso a una nueva dinámica política y aislaría a los que persistan en tácticas de mera confrontación bélica. Aquellos que desde la oposición solamente ofrecen un camino de testimonios y una estrategia puramente negativa se verían asimismo obligados a explicitar su visión política de futuro y asumir su responsabilidad, poniendo fin al juego de máscaras⁶²².

Todo lo demás sería impensable en el escenario que se configuraba para los años 88 y 89. Por ello, dispuestos en ese dilema, la discursividad intelectual y política mapucista articuló una quinta idea fuerza. El MAPU estaba agotado como partido político y su principal rol era facilitar los acuerdos, a través de constituirse en una generación puente para desarrollar las confianzas para que una alianza entre el socialismo y la DC fuera posible y estable en el tiempo. Así,

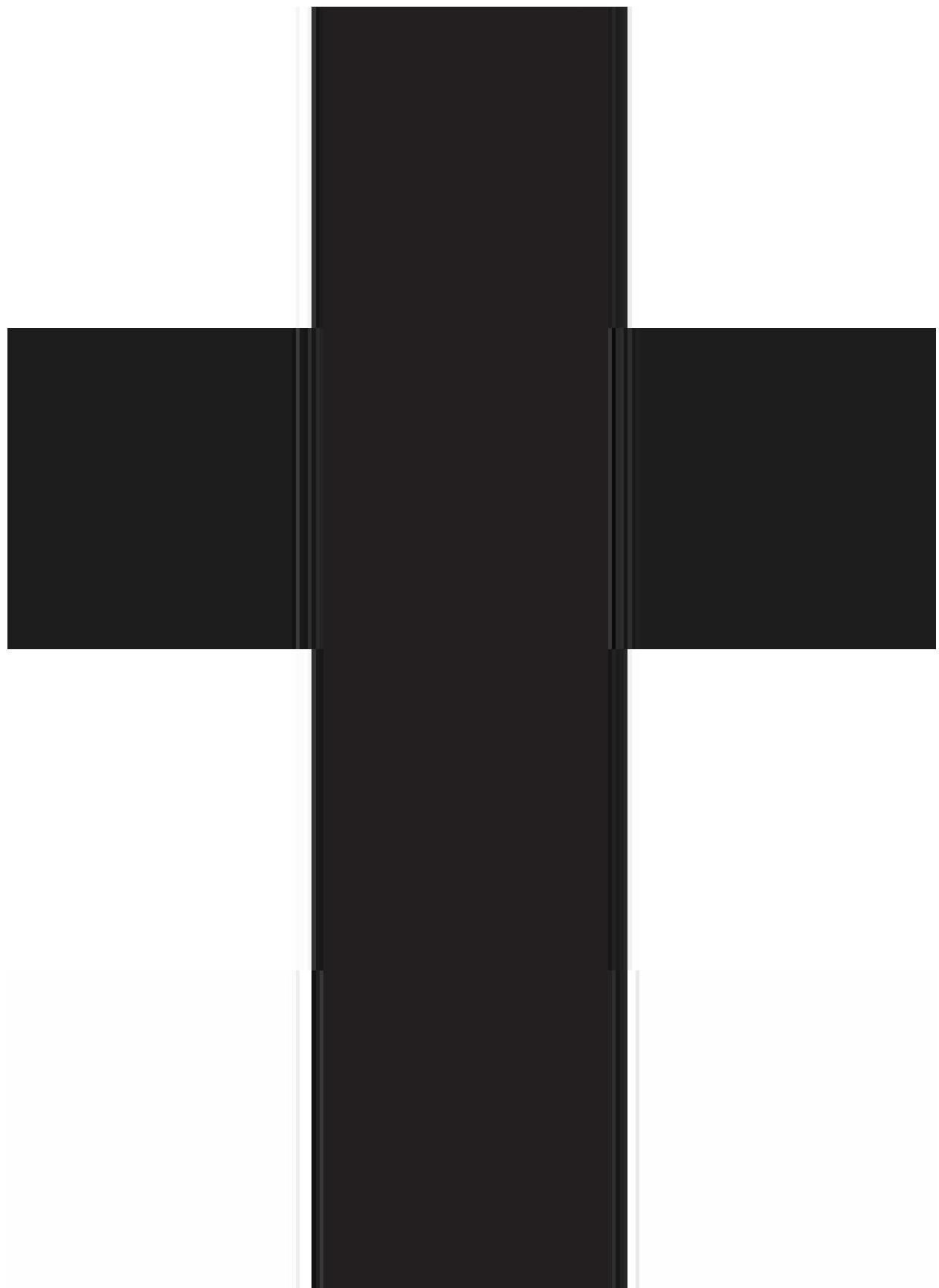
Óscar Guillermo Garretón sistematizaba el pensamiento de una generación política:

Durante estos años todo el país ha vivido una profunda crisis. La izquierda y también la derecha, se disgregaron. En el caso de la izquierda, habría que rediscutirse a sí misma a la luz de los errores que nos llevaron a septiembre de 1973. Situarse en un país que cambió, y eso ha sido un largo proceso. Estimo que se avanzó y que se ha ido gestando una izquierda que se proyecta al siglo XXI. Si algo mantenemos con orgullo es nuestro compromiso con el pueblo y profundamente con la democracia. El socialismo será en definitiva la gran defensa de una democracia futura. Pero un socialismo que tome en cuenta los tiempos que vivimos y el país en que estamos. La izquierda, en este último tiempo, ha dado muestras de que es capaz de flexibilizarse para sumar fuerzas, dejar la intransigencia de lado. Allí está nuestra incorporación al acuerdo de los 16 partidos por el NO, ya que entendimos que el compromiso de hoy es recuperar la democracia. Con la alegría del triunfo del NO vendrá un periodo más complejo, iniciaremos de verdad la etapa de transición y tendremos que jugar un rol para hacer realidad práctica el profundo deseo de cambio del pueblo. Una de las tareas que tendremos que asumir con fuerza es contribuir a la reconciliación, y para que esta sea efectiva tendremos que luchar por la verdad y la justicia. Es la mejor defensa que puede tener la futura democracia y el único remedio para evitar que todos los hechos que ensombrecieron la historia de este país no vuelvan a ocurrir⁶²³.

Desde estas líneas es más fácil comprender la configuración del mito mapucista transicional. Fueron sujetos, portavoces de una memoria que se constituyó en emblemática, porque ese imaginario político posibilitaría la transición hacia la democracia y se encontró un relato que permitió la reconciliación de la élite política. Sobre los mapu había una gran fortaleza discursiva, un imaginario político social que le dio coherencia a más de 25 años de historia de Chile, que mirándose a sí mismo podía generar en los otros los cuestionamientos y confirmaciones identitarias que les permitía seguir existiendo como partido político y dentro de una alianza. El MAPU articuló con su propia reinención histórica, una narrativa histórica que le dio el marco de decibilidad a la propia configuración narrativa de la Concertación. Ellos eran los jóvenes rebeldes,

cristianos, arrepentidos, quienes asumieron el fracaso, reconocieron sus errores y estaban dispuestos a construir un nuevo Chile, con lazos y amistades en los dos mundos en los que convivieron permanentemente: el mundo demócrata cristiano y el socialista. Allí se entiende el mito que los consigna como los artífices de la transición. De allí también surgen las críticas y miradas desconfiadas de algunos demócratas cristianos y socialistas que los sintieron siempre ajenos a su propia realidad, que participaron de la configuración de una alianza histórica, pero que la entendieron como instrumental y temporalmente definida. Estos actores son los que detentaron el poder ejecutivo en los tres primeros gobiernos concertacionistas, desde esas voces se ha construido el mito del MAPU como secta de poder.

CONCLUSIONES PARA SER REPENSADAS



**IMAGINARIOS, REAPROPIACIONES Y TRABAJOS DE LA MEMORIA.
LECTURAS PRESENTES DE UN PASADO PARA COMPRENDER EL MITO**

Un partido grande, pero de materialidad pequeña

Después de haber revisado las particularidades del proceso de renovación socialista en el MAPU, a través de los registros intelectuales, de los registros periodísticos y de los registros del partido político, en sus dos versiones, puede quedar la sensación de que aún no se comprende totalmente esta construcción mítica de la transición, que ha configurado una entelequia colectiva, a la que se le asignan comportamientos e intenciones y la que aún existe, pese a su disolución formal hace más de 16 años.

Uno pudiera pensar que el MAPU se resiste a desaparecer por su importancia en la historia política chilena. Sin embargo, la medición de la importancia es absolutamente relativa. Para algunos militantes de esta colectividad claramente fue muy importante, pero si lo medimos en función de su importancia electoral, o en su duración temporal, resulta ser bastante insignificante.

Cuando comencé esta investigación, quise intentar determinar cuántos militantes efectivos tuvo el MAPU, sabiendo que la militancia inscrita tiende a ser menor que los activistas reales. Escuchaba comúnmente en las conversaciones familiares, o en la prensa política, clásicas anotaciones sobre quien era o había sido militante del MAPU. Tironi⁶²⁴, MAPU; Insulza⁶²⁵, MAPU; “Enrique Correa⁶²⁶, MAPU; Óscar Guillermo Garretón⁶²⁷, MAPU; Viera Gallo⁶²⁸, MAPU; los Chadwick⁶²⁹ (antes de irse a la UDI), MAPU; Molina⁶³⁰ (fundador de Avanzada Nacional), MAPU; Moulian⁶³¹, MAPU; Manuel Riesco⁶³², MAPU; Manuel Antonio Garretón⁶³³, MAPU; Adriana Delpiano⁶³⁴, MAPU; Rodrigo Gonzalez⁶³⁵, MAPU; Fernando Flores⁶³⁶, MAPU; Carlos Montes⁶³⁷, MAPU; Barrueto⁶³⁸, MAPU; Sergio Galilea⁶³⁹, MAPU; Jaime Estévez⁶⁴⁰, MAPU; María Antonieta Saa⁶⁴¹, MAPU; Skarmeta⁶⁴², MAPU; Vicente García Huidobro⁶⁴³ (hijo), MAPU; Chonchol⁶⁴⁴, MAPU; Gumucio⁶⁴⁵, MAPU; José Joaquín Brunner⁶⁴⁶, MAPU; Jaime Gazmuri⁶⁴⁷, MAPU; Pedro Milos⁶⁴⁸, MAPU; Maximo Pacheco⁶⁴⁹, MAPU; Fernando Villagrán⁶⁵⁰, MAPU; uno de los gerentes de la viña Concha y Toro y dirigente de la Sofofa⁶⁵¹, MAPU; el líder del movimiento “guachaca”, Dióscoro Rojas, MAPU; Felipe Agüero⁶⁵², MAPU, Eduardo Devés⁶⁵³; MAPU; Luis Magallón⁶⁵⁴, MAPU; Javier Martínez⁶⁵⁵, MAPU; Vicente Espinoza⁶⁵⁶, MAPU; Virginia Rodríguez⁶⁵⁷, MAPU; Juan Ruz⁶⁵⁸, MAPU;

Guillermo Ossandón⁶⁵⁹, MAPU; Mario Ossandón⁶⁶⁰, MAPU; Norbert Lechner⁶⁶¹, MAPU; Fernando Ossandón Correa⁶⁶², MAPU; y Paulina Saball Astaburuaga⁶⁶³, MAPU, solo por nombrar las primeras 40 asociaciones.

De repente me encontré con que parte importante de la élite política chilena, así como también importantes pensadores del mundo de las ciencias sociales, habían pasado por esta pequeña colectividad. Lo más significativo de todo, sin embargo, era la composición de una imagen que me evocaba un partido, que se asimilaba a una ‘vagina mundis’, es decir, que establecía un mito originario, en el que parecía ser que toda la ‘gente importante’ o con poder, tuvo alguna vinculación con esta colectividad. De manera que el MAPU se volvía omnipresente, estaba en todas partes y la prensa lo consignaba constantemente. Así el MAPU se convirtió en una especie de apellido, de marca de nacimiento. Generaba recelos y desconfianzas, así como también para algunos era señal de eficiencia o bien carta de recomendación. En el anexo documental que se integra en esta investigación entrego solo una pequeña muestra de lo que se ha dicho sobre estos sujetos.

sPero más que estos nombres, no encontré nada. Jamás pude determinar efectivamente cuántos militantes pertenecieron al MAPU. En la fecha fundacional, consignada por las memorias de los militantes, solo encontré las siguientes afirmaciones hechas por la prensa. El Mercurio informaba:

Los sectores rupturistas encabezados por Gumucio, el ex vicepresidente de INDAP, Jacques Chonchol; el senador electo Alberto Jerez y el diputado Vicente Sota, unirán su destino a un movimiento cuyas bases serán sentadas en plazo de 15 días. Tendrá un carácter que escape a los márgenes de los partidos tradicionales, no basado en la acción parlamentaria, sino en la actividad con campesinos, obreros y juventud, y abierto a las colectividades marxistas para la conformación de la Unidad Popular, según declaraciones de los disidentes⁶⁶⁴.

Estos mismos disidentes agregaban que “nos organizaremos para seguir luchando por aquello que ha tenido un carácter más permanente en nuestra acción: retomar el legado moral de la Falange, unirnos a la lucha del pueblo por la justicia, por la democracia, por la revolución, por la nueva sociedad

comunitaria y socialista”⁶⁶⁵.

El Mercurio, La Tercera y El Clarín informaban el 18 de mayo de 1969 con los siguientes titulares la formación de esta nueva colectividad: “Rebeldes del PDC formaron el MAPU”⁶⁶⁶, “Movimiento político formaron militantes que abandonaron PDC”⁶⁶⁷ y “Ex militantes del PDC forman nuevo partido”⁶⁶⁸.

Días más tarde, el 30 de mayo del 69, La Tercera planteaba en su titular:

Marxistas y cristianos están fabricando nueva izquierda... las condiciones están dadas para que surja una “nueva izquierda”, en el país, a juicio del personero del MAPU, que participó en una reunión con comunistas y socialistas. Sobre la reunión que se realizó en la sede del PS dijeron los informantes que en ella hubo un análisis sobre las posibilidades de la unidad popular y que se notó gran coincidencia en los planteamientos de las tres colectividades, en el sentido de hacer la unidad partiendo desde las bases. Manifestó el vocero que a su juicio el resultado más importante es que las condiciones están dadas para que surja una nueva izquierda, con participación de cristianos, marxistas e independientes.

La única noticia que dio cuenta del número de convocados por esta nueva colectividad en ciernes, correspondió a una pequeña nota del diario El Clarín, que estipulaba que el 18 de mayo se constituyó en el local de los trabajadores de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado (ETCE), con unos 550 miembros, el MAPU: Movimiento de Acción Popular Unitario.

Otros números no existen, hasta la campaña de su inscripción formal en los registros electorales en agosto de 1971. Según la prensa de la época, el MAPU había iniciado en marzo una campaña para juntar las firmas necesarias para su inscripción legal como partido. El lema de la campaña era ¡Seremos cien mil!, haciendo alusión al número de firmas con el que pretendía inscribirse. Sin embargo, la campaña fue poco exitosa, ya que el 12 de agosto de 1971 el MAPU se inscribe como partido formal ante el registro electoral, con solo 34.000 firmas; sin embargo, el 6 de agosto ya habían renunciado los líderes más visibles en los primeros meses de existencia del Movimiento de Acción Popular Unitaria. No estarían en el MAPU ni Chonchol, ni Jerez, ni Gumucio, ni Silva Solar. Todos ellos habían migrado a la recientemente conformada Izquierda Cristiana.

De esta forma, las 34.000 firmas nos merecen dudas, aun cuando no exista otra fuente fidedigna que nos permita determinar la cantidad de militancia real.

Tampoco pudimos utilizar los registros de votaciones parlamentarias o presidenciales, ya que el MAPU se constituye con tres parlamentarios, cuyas votaciones no pueden anexarse al colectivo, ya que fueron electos como militantes demócrata cristianos. La única elección en la que el MAPU participa como tal, corresponde a la elección parlamentaria de marzo de 1973, en la que la colectividad estaba a punto de su quiebre. Sumamos a esto el quiebre que cruzó a toda la UP en la misma elección, lo que influyó sin duda en la intención de voto. Un ejemplo de ello fue la exigua votación que obtuvo José Miguel Insulza como candidato a diputado, que no superó el 2%, o el relato de Herman Mondaca sobre su votación en Arica por el candidato del PC Oriel Viciani. Según Mondaca: “En el MAPU nos dijeron que teníamos que votar no por el candidato del MAPU, sino que por el candidato comunista, porque eso era ser leal a Allende y su opción constitucional y democrática”⁶⁶⁹.

El 7 marzo de 1973 viene el quiebre del MAPU y hasta el 2 de junio de ese mismo año existió la pugna por quién se quedaba con el nombre de la colectividad, cuestión que determinó legalmente el Servicio Electoral, favoreciendo al grupo liderado por Óscar Guillermo Garretón. De allí en adelante las dos fracciones del MAPU se identificarán como MAPU-Garretón y MAPU-OC (MAPU Obrero Campesino) o MAPU-Gazmuri. Tres meses más tarde, acontece el golpe de Estado y todos los militantes políticos de esta colectividad se sumergen en la clandestinidad o en el exilio. Con esta nueva realidad, determinar su número de militantes era realmente imposible, porque toda consignación escrita de los mismos era un potencial suicidio en el nuevo contexto político.

Cercanos al año 1987, es decir 14 años después, cuando comienza a discutirse la ley de Registros Electorales que se constituirá en el marco de las elecciones de los años 1988 y 1989, el MAPU aún, según una declaración oficial, continuaba siendo una colectividad ilegal, por lo que su inscripción formal recién podría realizarse después del 11 de marzo de 1990. Sin embargo, la integración de una parte del MAPU-OC al PS Briones (o Núñez) en 1985 y, más tarde, la fusión del MAPU reunificado con el PS, en diciembre de 1989, imposibilita aún más la constatación de sus militantes reales, ya que cuando asume el primer gobierno democráticamente elegido después de Allende, el MAPU había dejado simplemente de existir como colectividad.

En esas circunstancias, no existe posibilidad alguna de constatar cuántos militantes reales tuvo el MAPU ni cuán importante fue efectivamente como colectividad. Solo nos queda una imagen de precariedad material de su existencia que no se corresponde con el mito que ha surgido sobre él mismo. Es más, si a esto le sumamos que Allende sí lo consideró como un partido conformante de la UP, pese a no estar inscrito legalmente, y en función de ello les asignó cuotas de representación política en el gobierno, no nos queda claro cuáles pudieron haber sido las líneas directrices de esta decisión presidencial. Lo único que podemos asegurar es que para Allende el MAPU fue tremadamente importante, porque le abrió un nicho de representación en un espacio electoral en el que la izquierda era sumamente débil: el mundo de los jóvenes de clase media y alta y con origen cristiano. ¿Fue en consideración de ese aporte que Allende consignó los ministerios, subsecretarías y otros cargos a militantes del MAPU? No lo sabemos, ni podríamos saberlo tampoco. Solo algunos parecen tener el poder de hablar con los muertos y, por lo demás, para la historiografía esto no es una fuente de información válida.

¿De dónde proviene entonces su importancia? Pareciera ser que está en los mismos sujetos que lo conformaron o al menos en algunos de ellos.

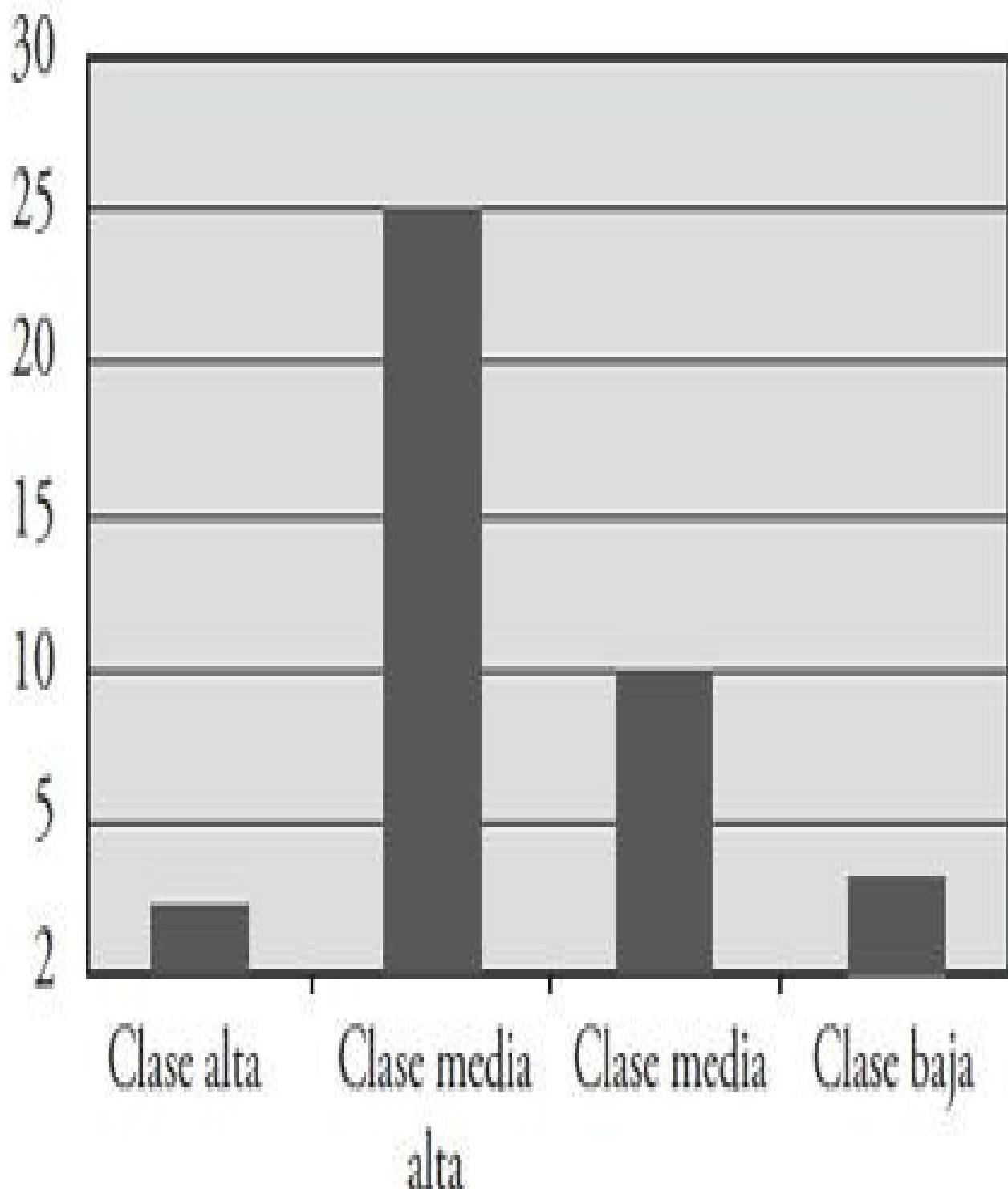
Unos sujetos

La configuración del MAPU ‘mito’ transicional ha venido de la mano de determinadas connotaciones sobre los sujetos. Así el MAPU se comporta como ‘apellido’ que marcó una afiliación política, pero también como una marca, un sello de identidad.

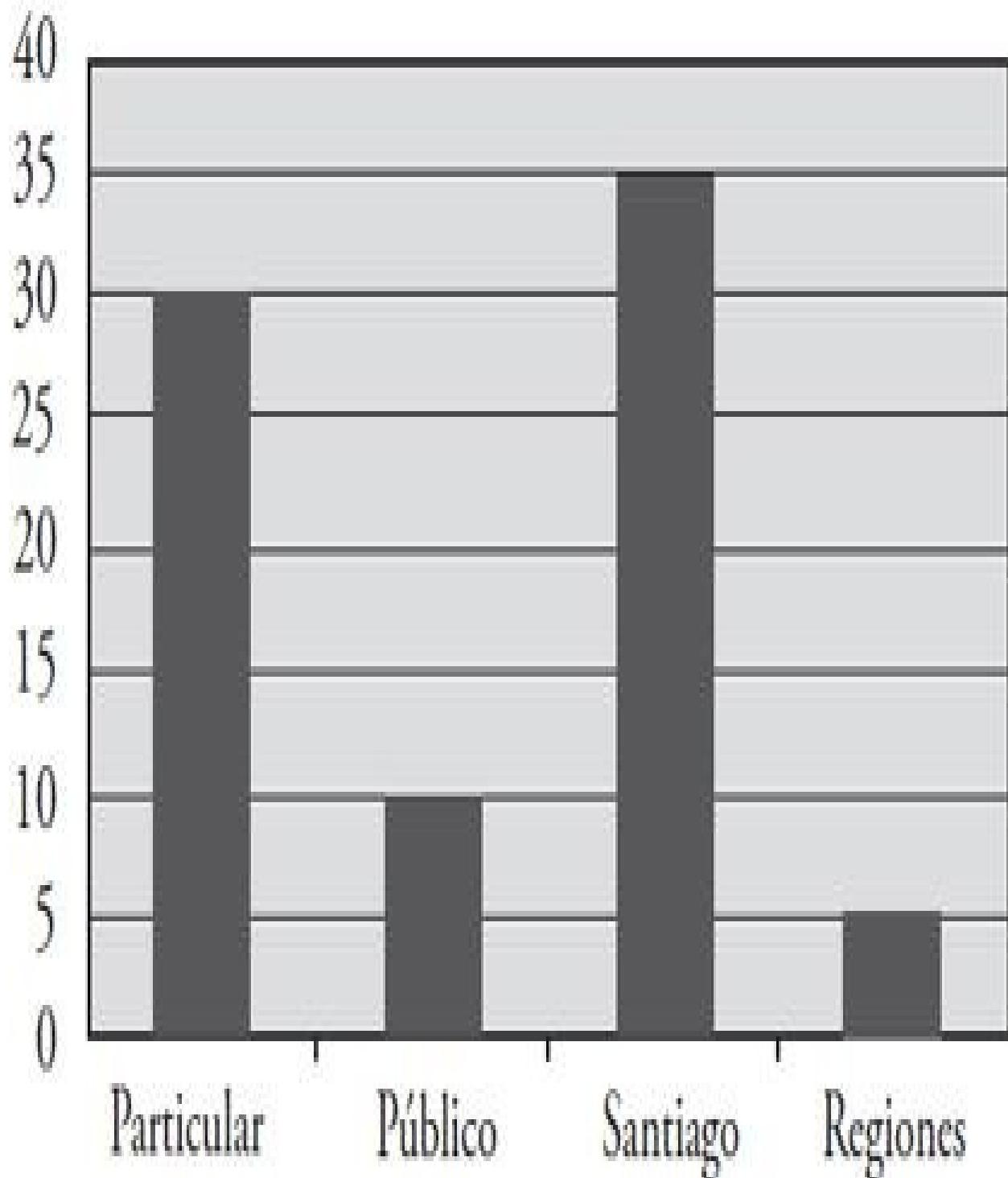
Una de las tantas definiciones que se han dado sobre los sujetos mapu, puede resumirse en lo que planteó el periódico El Periodista, que afirmaba en junio del 2004: “Provenir de una familia tradicional, de colegio privado, de la UC, de formación jesuita, con contactos internacionales y parientes en la derecha, convirtió a los ex Mapu en personas relevantes para hacer un tipo de política en que las operaciones cupulares y la negociación han sido fundamentales”. Caracterizado así, pareciera ser que el secreto del MAPU no estuvo en el partido, sino que en las particularidades de sus propios militantes.

Con una muestra de 30 pequeñas biografías⁶⁷⁰, lo que hemos podido consolidar como información es lo siguiente:

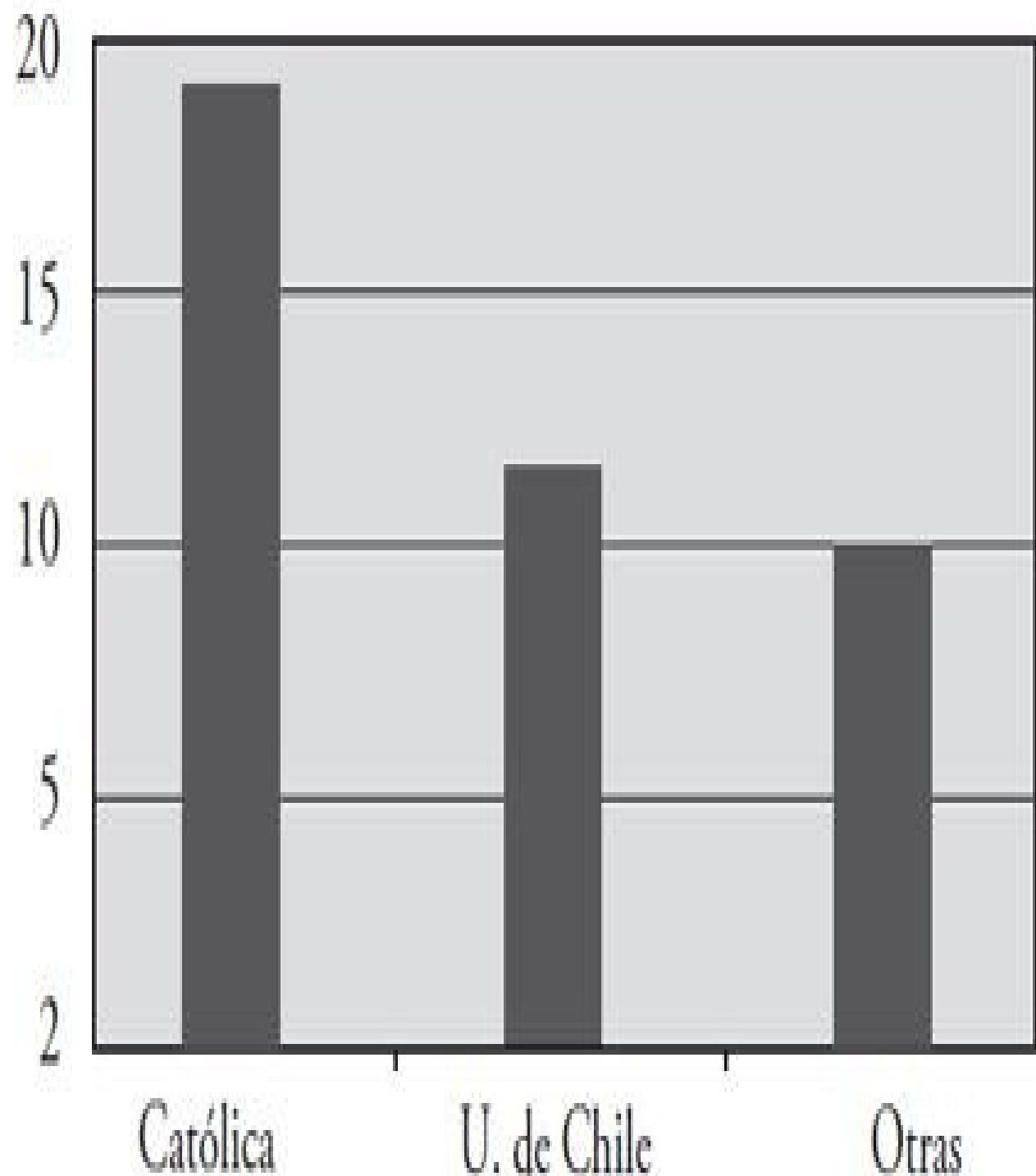
ORIGEN SOCIAL



PROCEDENCIA COLEGIOS



UNIVERSIDADES



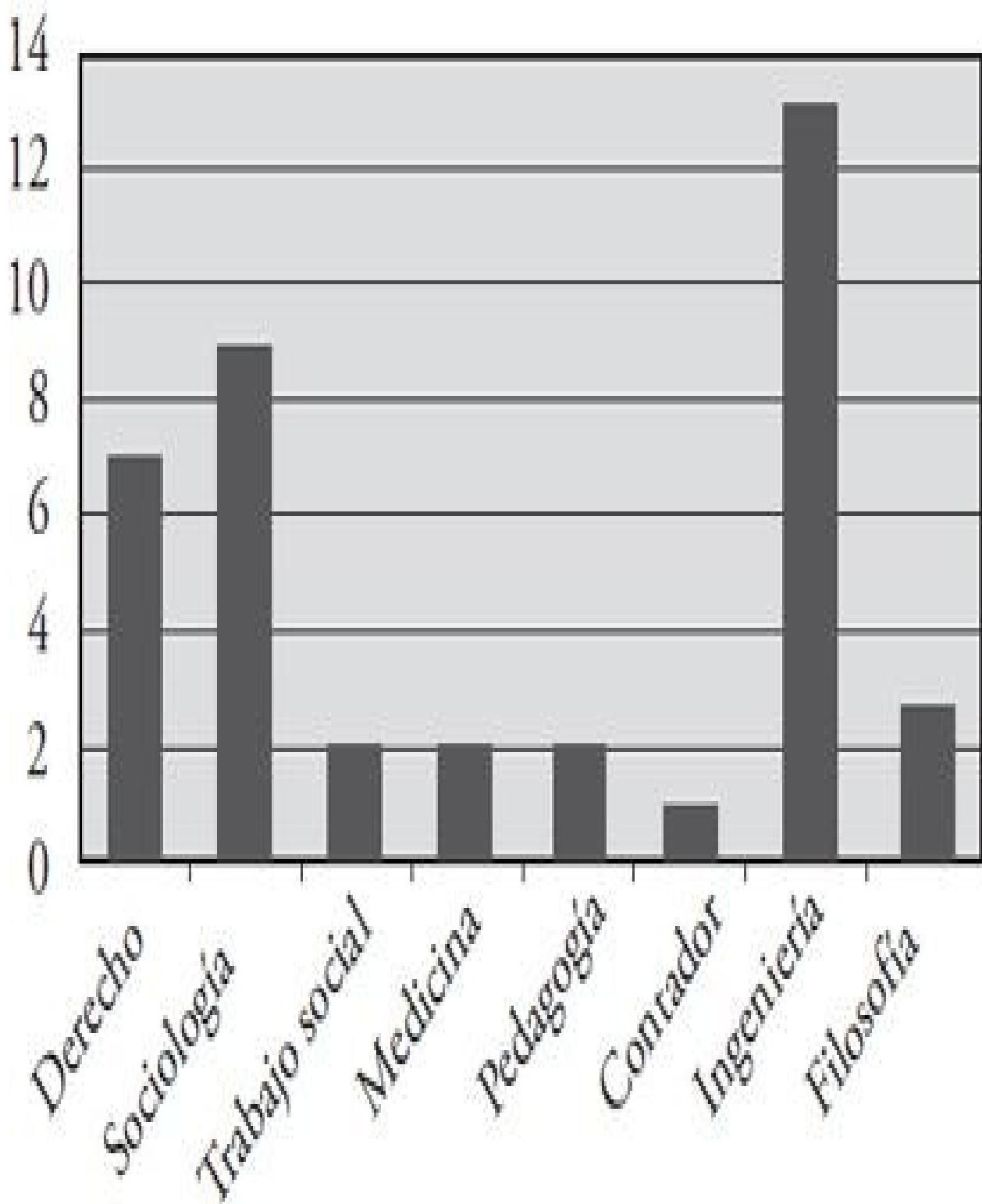
Respecto del origen social, no logramos consignar qué podía ser provenir de una ‘familia tradicional’, pero sí al menos precisar que la mayoría de quienes son consignados como miembros del MAPU provenían de familias de sectores medios acomodados, hijos de profesionales liberales (médicos y abogados) o bien de altos funcionarios públicos o académicos de universidades tradicionales. Solo en el caso de dos militantes identificamos precisamente un origen directo de clase alta, como lo son Manuel Riesco⁶⁷¹ y José Antonio Viera Gallo. En otros casos, provenían de familias de clase alta, pero empobrecidas, como el caso de Fernando Ossandón Correa y Óscar Mac-Clure.

Otra de las afirmaciones que podemos hacer corresponde a la constatación de que la mayoría de estos ex militantes provenían de colegios católicos, registrándose una alta coincidencia en colegios como el Saint George, el Verbo Divino y el Colegio San Ignacio. En los otros casos, hay menciones al Sagrado Corazón y otros colegios de menor relevancia en la educación de la élite santiaguina. Sin embargo, es importante resaltar que a diferencia de los políticos tradicionales cuya formación estudiantil se hacía en los colegios públicos, la mayoría de los militantes del MAPU hicieron todo su proceso de formación escolar y universitaria en instituciones privadas.

Siguiendo con esta caracterización, dos son las universidades centrales en la formación de los cuadros militantes del MAPU: la Universidad Católica y la Universidad de Chile. Sin embargo, los porcentajes no hacen tan superior a la UC por sobre las otras, ya que si sumamos a los que se educaron en la U. de Chile con las otras universidades, estas sobrepasan a quienes se formaron en la Universidad Católica.

Respecto de las profesiones que estos militantes eligieron nos encontramos con lo siguiente:

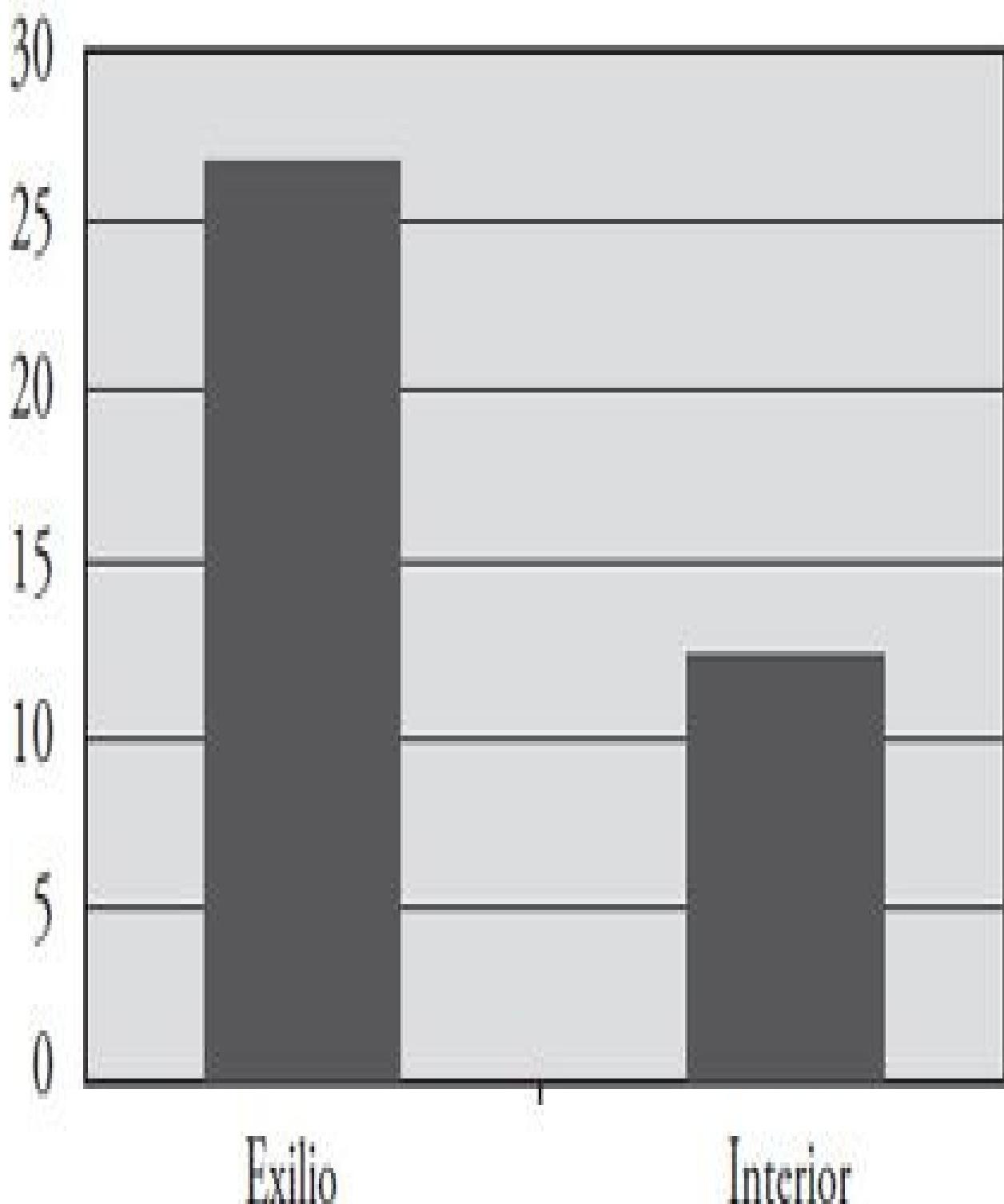
PROFESIONES



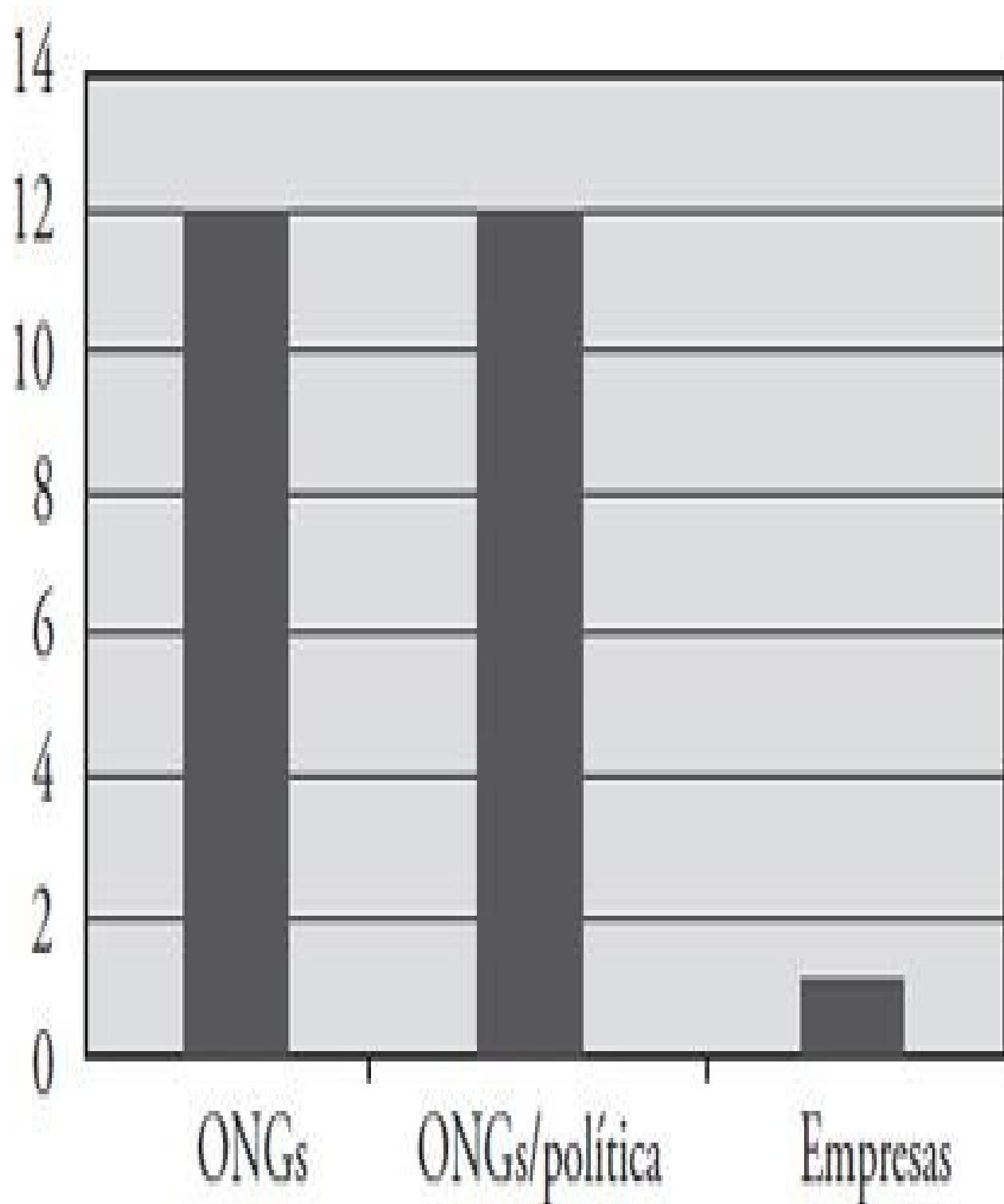
Existe efectivamente un predominio de quienes estudiaron ingeniería comercial (economía), derecho y sociología, lo que marca a juicio de Eduardo Devés⁶⁷², más que una particularidad de la colectividad, una característica de los años 60 y 70, en los que se produce este boom de profesiones de carácter tecnocrático político como lo fueron la economía y la sociología, que encontraron como espacio laboral y de reflexión la constitución de importantes centros de estudios que se conformaron en las universidades chilenas.

En conjunto con lo anterior, podríamos también hacer un cuadro que dé cuenta de los espacios que los cobijaron después del golpe de Estado y tenemos lo siguiente:

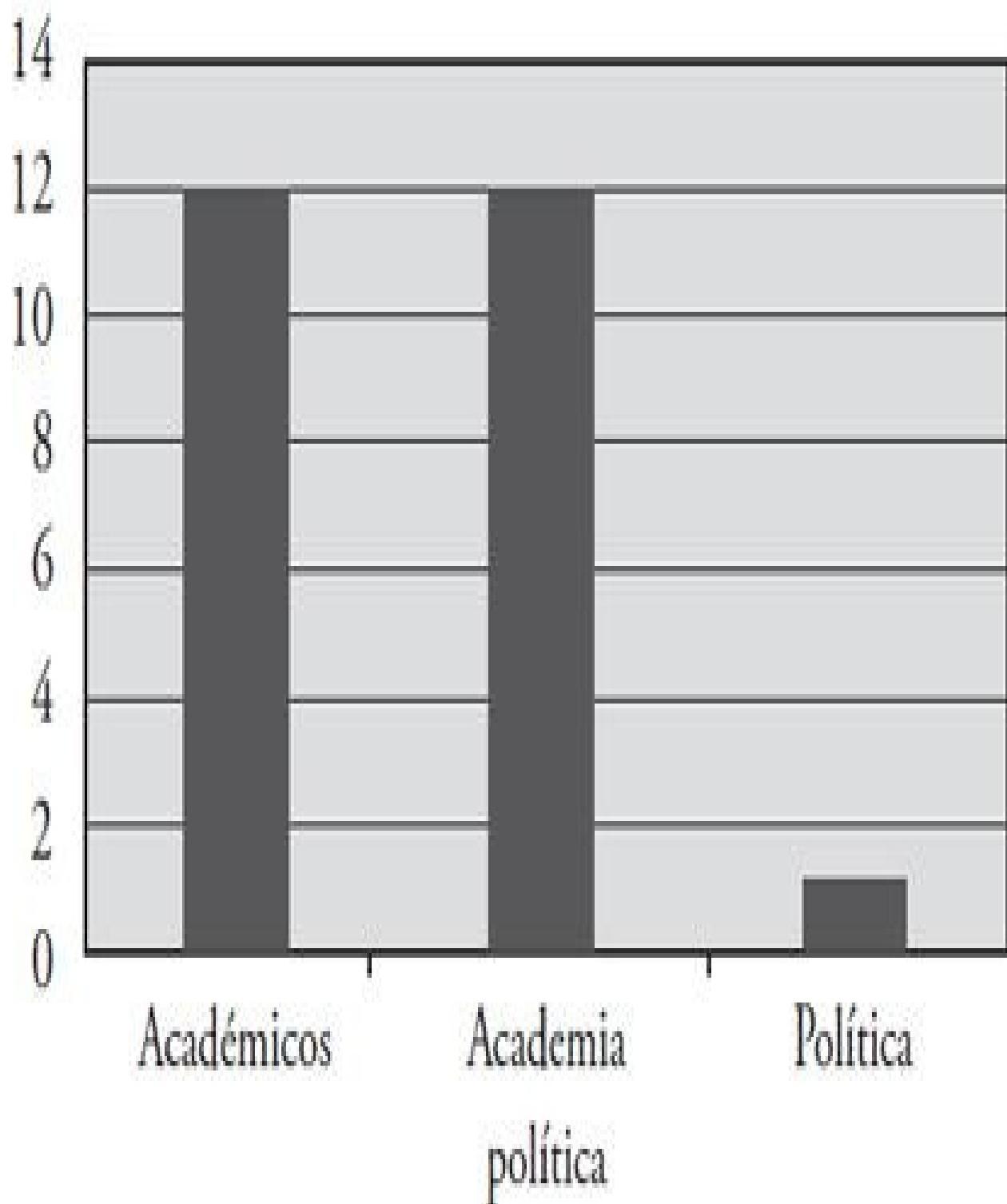
PERMANENCIA 1973-1986



PROFESIONES



OCUPACIÓN EXILIO



Estos cuadros nos muestran que existe una gran parte de ex militantes que se exilia durante algún periodo de la dictadura y cuya inserción tanto en el interior como en el exterior, se dio en espacios académicos, centros de reflexión u ONGs, donde combinaron tanto el ejercicio de la profesión como la reflexión política, cuestión que en el contexto político dictatorial era imposible de separar. De esta forma se nos configura un cuadro de profesionales, en muchos casos con estudios de posgrado en universidades europeas, a las que migraron por razones políticas, que los constituyeron en cuadros políticos tecnocráticos, preparados para jugar un rol importante en el periodo de transición a la democracia. Muchos de quienes se fueron al exilio se instalaron en los países que los recibieron no por vinculaciones políticas, sino que en función de redes personales. Allí vivieron y trabajaron hasta la lenta reapertura política que se inicia después del año 1983.

Sin embargo, esta referencia a los sujetos y sus características sociales tampoco nos permite concluir las razones de su importancia en el periodo transicional, que los convierte en el mito tantas veces ya nombrado.

Ello me lleva a plantear que se hace necesario agregar otro componente más, que ha sido desarrollado latamente en esta investigación y que se refiere a considerar el proceso de renovación socialista en el MAPU, no solo como una reconfiguración de una reflexión más constreñida al espacio de lo formalmente político, sino que entenderla como la producción de un imaginario social-colectivo que hacen unos determinados sujetos y que posibilita la configuración de una narrativa histórica que permite, a su vez, la vinculación de distintas memorias emblemáticas, que serán cruciales para la reconciliación de la élite política chilena en su izquierda y en su derecha.

Solo en la combinación del partido y los sujetos, los puntos suspensivos de esta investigación cobran sentido: la producción de un imaginario que articula nuestro proceso de transición política hacia la democracia. He allí la importancia de la renovación socialista.

Imaginarios transicionales

Antes que sociales, los imaginarios son producciones individuales. El imaginario se presenta, no como una gramática ordenada de inteligibilidad del universo, del mundo que se habita, sino como una composición relativamente libre e irrefutable de constatación nominativa del espacio que nos contiene. Su libertad reside en que no ha de rendir cuentas a ningún tipo de racionalidad, que se construye sin lógicas preconcebidas, que no sean las propias limitaciones de cualquier pensamiento socialmente construido, toda vez que los símbolos y significados de la comunicación constriñen nuestra propia capacidad de pensar y de pensarnos. De esta forma, podemos relacionar el imaginario con la producción de un mundo, referenciado por la libertad imaginaria relativa del creer.

Esta libertad imaginaria no tiene directa relación con una racionalidad comprensiva, al menos hasta el momento en que se socializa. Una distinción excluyente entre materialidad contextual y producción de imaginarios no es posible, toda vez que entendemos que esa materialidad es producida por los mismos símbolos significantes de un lenguaje socialmente compartido. Sin embargo, tampoco pretendemos relacionarla con las perspectivas marxianas de entender las creencias y su producción de valores como cortinas de humo sobre la realidad, tal como lo plantea Marx en su polémica con el idealismo de Fuerbach.

Así, queremos plantear, más influenciados por Castoriadis⁶⁷³ y Godelier⁶⁷⁴, que los imaginarios son construcciones individuales y sociales, que tienen una doble capacidad: provocan la consabida alienación, pero también dan lugar a la creación. Es decir, nos obnubilan una realidad material, pero sin cuya nominación no existe posibilidad de acción. De manera que la creación de un imaginario social, vivenciado y apropiado por sujetos, es condición básica para la acción política, acción que implica la mantención o la transformación de un espacio simbólicamente construido y recreado, tal como lo expresa Godelier para referirse a las formas imaginadas de dominación social. O como lo plantea Thomas Luckman⁶⁷⁵ para referirse a la construcción social de la realidad. Estas y otras precisiones fueron tratadas en capítulos previos en función de comprender

el discurso renovado como un discurso creador de representaciones sociales que delimitan los márgenes de acción y la normatividad que la dirige.

De esta forma, los imaginarios se construyen y socializan históricamente, se articulan como espacios de comprensión de la realidad y desde esa perspectiva nutren la normatividad de la propia acción política. Esos imaginarios sociales se producen en el compartir, en el vivir una determinada experiencia histórica, en la experiencia comunicativa y cobran eficacia si poseen la capacidad comunicacional que permita convertir un relato en una narrativa histórica.

Estos relatos que Stern ha denominado ‘memorias emblemáticas’, se entienden como contenidos, especies de marco que permiten organizar las memorias concretas, sus sentidos y los debates, en función de determinar un pasado como realmente vivido:

Da un sentido interpretativo y un criterio de selección a las memorias personales, vividas y medio-sueltas, pero no es una sola memoria, homogénea y sustantiva. Los contenidos específicos y los matices no son idénticos ni de una persona a otra, ni de un momento histórico a otro. La memoria emblemática es una gran carpa en que hay un show que se va incorporando, dando sentido y organizando varias memorias, articulándolas al sentido mayor. Este sentido mayor va definiendo cuáles son las memorias sueltas que hay que recordar, dándoles la bienvenida a la carpa y su show, y cuáles son las cosas que mejor es olvidar o empujar hacia los márgenes⁶⁷⁶.

Ahora bien, para que esos imaginarios tengan efecto, deben lograr legitimarse socialmente. Para ello necesitan que ese relato tenga referencia a experiencias que los otros reconozcan como existentes, como vividas en un pasado determinado y que tengan simultáneamente la virtud de erigirse como un discurso más globalizante, más integrador. En este proceso los actores constructores de ciertos imaginarios se vuelven centrales. Son los portavoces, como los denomina Stern, quienes a partir de la intelectualización de experiencias pasadas, le entregan racionalidad a situaciones que no tendrían por qué serlo. En suma, nos ofrecen una perspectiva para mirarnos y reconocernos como sujetos históricos en un presente existente.

La renovación socialista en el MAPU, a nuestro juicio, se convertirá en el imaginario sociopolítico más congruente y más útil, para posibilitar por un lado una explicación sobre 30 años de historia nacional; y por el otro, contiene la autocritica, el arrepentimiento y la culpa necesaria para posibilitar la alianza política que derrota políticamente a Pinochet, que se lee, además, como gesta épica.

De esta forma, el discurso de la renovación socialista en el MAPU presenta las siguientes particularidades que hemos tratado de fundamentar en esta investigación:

1. Una memoria y un relato sobre los años 1960 y 1970.
2. Una construcción histórico-comprensiva potente, que se articula desde la reflexión intelectual.
3. Una identidad de izquierda, pero que se reconoce hija del centro político.
4. Una identidad social que le permite vincularse naturalmente con el poder.
5. Una experiencia de exilio y de resistencia.
6. Un discurso conciliador, en la que práctica política se entiende como concertación y construcción de consensos.
7. Un imaginario en el que se combina lo irreverente, lo impulsivo y radical como conductas propias de la juventud, en conjunto con la integración de la figura cristiana en el que se valora el arrepentimiento. El MAPU simboliza al hijo rebelde que se transforma en hijo pródigo.

Son sus relatos de memoria, configurados discursivamente desde lo intelectual y político, los que le dan al carácter de la renovación socialista en este colectivo, la amplitud que no tuvo la reflexión en el Partido Socialista. De allí su importancia histórica, pero también su propia debilidad. Este fue un discurso que permitió la configuración de una memoria emblemática, hegemónicamente política, pero cuya hegemonía cultural hoy está puesta en duda.

Analicemos, como último punto, algunos extractos de memorias de militantes, para visibilizar la congruencia de este relato con el surgido desde la intelectualidad de los setenta y ochenta, y que tuvo también sus efectos en la reflexión propiamente partidaria. Quiero dejar en claro que he pospuesto para el final el trabajo con estas memorias, extraídas de 30 entrevistas en profundidad, porque he decidido no ocupar el relato como fuente reconstitutiva de un pasado vivido, sino que como condensación de un discurso hegémónico.

Memorias de los 60-70: el MAPU, un atajo al socialismo entretenido

El relato que emerge de los ex militantes del MAPU sobre los años 1960 y 1970 articula una narración que vincula el origen cristiano y los procesos de radicalización política que se vivían en América Latina. Este relato es predominante en quienes participaron del quiebre con la Democracia Cristiana hacia 1969, de manera que entienden que el MAPU es hijo de su época, es hijo de un proceso social de transformaciones que había llevado, por una parte, a la Democracia Cristiana al poder y, por el otro, le daba un carácter sacrificial a la política, entregado por los valores cristianos.

Enrique Correa, por ejemplo, recuerda que él entró a militar en la JDC en Ovalle a los 12 años, porque la JDC “conjugaba primero la Iglesia, ya que yo he sido siempre muy vinculado a la Iglesia católica y otro elemento era la rebeldía juvenil, el interés por expresar rebeldía ante el estado de cosas... y la DC en su conjunto representaba esa idea de catolicismo y cambio que era muy atractiva, para quienes estábamos alejados del mundo de la izquierda clásica”⁶⁷⁷.

Jose Miguel Insulza recuerda, por ejemplo, que sin pertenecer al sector rebelde de la JDC, vivió como colectividad un rápido proceso de radicalización política. Según Insulza, “la JDC que dirigíamos nosotros, es decir, antes de la llegada de Ambrosio, ya era muy radicalizada en su pensamiento político, ya era muy contestataria, muy anticapitalista si se quiere. Nuestras discusiones teóricas estaban ya en el marco de la izquierda, pero de una izquierda distinta, de una izquierda más moderna, con mucho marxismo... mucho marxismo”⁶⁷⁸.

Se construye así una imagen de jóvenes de formación cristiana, provenientes de sectores medios y acomodados, pero comprometidos con el cambio social y la transformación de la estructura capitalista, con un lenguaje teórico heterodoxo y

muy críticos de la izquierda tradicional, “muy críticos del PS y del PC, por su incapacidad para comprender las potencialidades, los cambios, las nuevas necesidades, es decir, un cuestionamiento a su inercia para comprender los nuevos vientos, las nuevas cosas... éramos jóvenes y pensábamos que era posible rehacer el mundo completamente”⁶⁷⁹.

La narrativa constitutiva de la colectividad subraya este elemento cristiano como fundamental, porque le entrega un carácter ético superior a esta militancia, le crea un pasaporte de credibilidad y de compromiso moral que a los cristianos les gustaba resaltar. Por otro lado, el MAPU leído de esta forma, era la mejor prueba de los procesos de radicalización que se aducen como contexto previo al golpe. En este relato es congruente entender el fracaso de la UP como epílogo de una época, un epílogo que había comenzado mucho antes. Según Montes:

El MAPU nace primero en ruptura con dos cosas que existen, que representaba el fenómeno de la Revolución en Libertad, y una ruptura también y una frustración de lo que representaba la historia del Partido Comunista y del Partido Socialista. Y también diferenciándose del MIR, porque el MIR representaba una corriente en ese entonces, una postura muy guerrillera clásica y acá había una vertiente muy marcada por la Doctrina Social de la Iglesia, si usted me pregunta lo que leíamos en ese tiempo, éramos muy lectores de Mounier, Maritain, y ahí Fromm fue muy importante y de ahí al estructuralismo y del estructuralismo a Marx. Ese fue el circuito, entonces nace una corriente con bastante omnipotencia, nace convencido de que tiene un papel importante que jugar, con cierto mesianismo también, habiendo incorporado muchos elementos del marxismo, pero muy crítico del marxismo, o sea siempre nos definíamos como una corriente que recogía todos los instrumentos para interpretar la realidad, como el marxismo y la Doctrina Social de la Iglesia y otras cosas. Bueno, eso y el atractivo era negar, joven negando cosas, el atractivo era también cierto nivel de modernidad respecto de lo existente, la capacidad de análisis, los métodos de trabajo, las formas de relacionarse, de participar en el programa del gobierno que venía. En todo eso había un atractivo, los métodos de trabajo social, los métodos para trabajar con la juventud, la forma de trabajar en el campo y en los barrios, todo eso y creo que había algo ahí de mesianismo, de novedad, de modernidad y con bastantes intelectuales que venían llegando de Lovaina, de distintos lados como factor de distinción⁶⁸⁰.

Detrás de este relato se combinan tanto los elementos que apelan a la comprensión de la juventud y el radicalismo como factores constituyentes de una época y, por el otro, como factores constituyentes de un sujeto. Detrás de las palabras de Montes se encuentra también el relato de Eugenio Tironi, que se difunde a través del artículo varias veces citado en esta investigación, “Y sólo ayer éramos dioses”.

Lo interesante de esta construcción narrativa es que se manifiesta en oposición a los escritos de prensa del momento fundacional mismo, en los que en reiteradas ocasiones los militantes del MAPU trataban de borrar su origen cristiano, para entrar por la puerta ancha al mundo de la izquierda. En ese sentido, la labor de Rodrigo Ambrosio fue fundamental, sobre todo en diseñar un tipo de praxis y discurso político que, amparado en el conocimiento del marxismo intelectual, pretendía erigirse como una nueva izquierda, más moderna y más profesional.

Según lo que recuerda Juan Milos, fue esta combinación la que hizo que el MAPU se hiciera atractivo en su nacimiento para cierto grupo social y etáreo:

En fin, fueron batallas épicas que tuvo ese periodo entre el 69 y 71. Así que evidentemente había toda una efervescencia y había muchas opciones. Ahora, yo creo que le daba cierto auge, atractivo, aunque después el MAPU trató de renegar, que era una cierta intelectualidad como..., digamos, no sé. A mí no me hubiera atraído tanto, quizá un partido que hubiera sido mas fuerte, pero que hubiera sido solo obrero o campesino o de sectores de empleados públicos, porque no me sentía representados por ellos. Además de que era, volvemos como a la cosa idealista, en parte lo cristiano, por lo menos en mí y en mucha gente de mi generación, no por el hecho de ser cristianos o querer hacer el cristianismo a través de la política, yo creo que también le daba cierta patente de idealismo, vinculado a objetivos más sanos que no se veían en otros partidos de la izquierda. Concretamente, la otra alternativa hubiera sido el PC, el MIR o alguna fracción del PS, pero por lo menos en ciertos sectores “pequeño burgueses” como se decía en esa época, nos provocaba mayor resistencia o reticencia o falta de conocimiento, cosa que nos hacía que nos sintiéramos más cómodos en un partido que intelectualmente se acercaba más a lo que nosotros pensábamos, a la manera de ser, los métodos políticos, a este idealismo, a este

cristianismo, pero que quede claro esa diferenciación, no era para hacer cristianos en política, no, yo creo y así pasó bastante, sobre todo en mi generación, no fue ese el sentimiento. Pero sí un elemento que como que te daba confianza, que algo que viniese de sectores cristianos, confianza entre comillas, porque confianza no la da objetivamente ni uno ni otro, pero en una etapa de tu formación que lo hacía distinto. Por eso como que en algo se lograba hacer la cuadratura del círculo, de acercarse a posiciones de izquierda, viviendo un tipo de vida muy querida para muchos, con vínculos familiares, en fin, que atraía a un sector, que tanto así llegó a ser casi un estigma. Por eso que después el partido buscó definiciones más revolucionarias, quiso abandonar esos orígenes y buscaba desesperadamente ser marxista leninista... Había un deseo de querer ser algo distinto de lo que originalmente se era y se quería ser el partido más revolucionario y bastante estricto, como fue el mismo MAPU, muy crítico de la UP, porque no se ha avanzado suficientemente hacia el socialismo y buscando hacer definiciones más obreras del Partido⁶⁸¹.

De esta forma, existe una primera imagen que resulta de la narración que tiende a comprender al MAPU como hijo de su época, con un cristianismo acentuado en los orígenes de sus miembros, que permite comprender la política como un acto sacrificial y que a su vez, era señal de buenas prácticas y de autonegación individual. En ese sentido, las prácticas políticas que se vivenciaron en esos primeros años de militancia tienden a enfatizar este último elemento. Al respecto, Daniela Sánchez nos cuenta:

Me incorporo a esto con en una idea de disciplinamiento, como entrar en un convento, yo creo. Los rayados, es que me gustaba rayar, al final sí porque uno siente recelo, ahora yo soy una persona atemorizada de la fuerza pública, le tengo pavor a esto hoy día, encontraba que era el acto más desordenado estar rayando, salir en una citroneta que yo tenía con un personaje como el Chico Zúñiga, que iba con una manguera, con un fierro para pegarle a alguien, para mí era: ¡Dios mío! ¿Cómo puedo estar en esto?... El hecho es de que me caso y sigo yendo todos los miércoles a rayar, una tarea como muy... yo creo un noviciado de un convento y eso puso en peligro mi matrimonio también con un MAPU, me entiendes, pero tenía más razón, o sea, entro con una minoría de edad y con cero visión de lo que es la instrumentalidad de la política, lo que es un partido

político, no uno entra aquí, si me hubieran dicho mira, no sé... no logré entender la minoría de edad ciudadana que tuve y estoy hablándote de veinte y tantos años, no de veintiuno, de veintiocho, casi treinta, o sea, en esa situación me pilla el golpe... Bueno después venía todo este tema de que uno tenía que saber tanto, también, o sea era una cosa muy estoica ya, eso ha sido materia de camping, de mucha conversa, bajo las estrellas, pero yo no te podría decir que viví placeres profundos, mucho menos que creí que entré al MAPU para escalar socialmente o para no... no para nada, también era una militancia muy fome, me tocó adentro de la Católica, entonces éramos por escuelas, teníamos cartas grandes de programación, si no cumplíamos uno de los pasos, el dueño de la Carta Grande era Sergio Galilea nos “lumiaba”, nos pasaron a control y cuadros, cada vez, o sea siempre había un peligro grave en el cual uno podía caer o sea yo creo que una minoría de edad ciudadana y un conjunto de disciplinamientos muy bien establecidos y en otra capa funcionaba la lectura ideológica, entonces mi formación ideológica tenía que ver con las idas al CEREN; con la lectura de la sociología, enganché muy bien con la escuela de Franckfurt, con Elias..., con Jaime, con esa ideología más crítica, con la autonomía de la capa ideológica...

De esta forma, los jóvenes cristianos y revolucionarios miran su pasado de radicalización como un proceso normal, propio de la época, epílogo de una forma particular de comprender las relaciones políticas, sociales y económicas. Detrás del MAPU se mira la historia de Chile, detrás del MAPU se construye una narración que lo sitúa como la mejor expresión de lo natural que era en esa época adherir a propuestas de cambio radical. Con ello se tiende a disminuir las propias responsabilidades, las propias culpas se visibilizan como parte de un ciclo histórico, en el que si bien se reconocen estas como actos enjuiciables, se incorporan estos atenuantes, que hacen que su posible ‘pecado’ sea automirado con mayor benevolencia.

En el caso de Tironi, esto se hace más evidente cuando compara al MAPU con el MIR, para enfatizar que lo atractivo del MAPU era su marcado talante intelectual, que se sobreponía a la acción política directa. En una entrevista realizada en el año 2004, Tironi nos cuenta acerca de su opción para ingresar al MAPU:

El PS no era opción, porque el PS era Allende y Allende era el acomodo, era la... whisky izquierda, es decir, el establishment, en ese caso era mejor quedarse en la DC. Te fijai, Allende no era opción para un rebelde de los 60. El PC era la URSS, era Stalin, era la ortodoxia... tenía ese componente. Entonces, el MIR... el MIR era más ajeno por lo menos a mi grupo, a mi hábitat, probablemente si hubiera vivido en Concepción hubiera sido más cercano, no tenía vínculos como los que tenía en el MAPU, a través de la UC, a través de profesores del colegio, había un vínculo que se establecía en la raíz cristiana. Y después mucho de este talante más intelectual del MAPU, versus un talante más de acción, más operativo que proponía el MIR.

De esta forma, para los ex militantes del MAPU tres serán los componentes básicos de su identidad originaria: 1) el ser jóvenes cristianos; 2) eran partidarios de un cambio revolucionario; 3) su militancia política se entendía como ejercicio de fe en la praxis, pero a su vez contenía un énfasis en la intelectualidad.

Intelectuales-políticos: los cuadros del MAP, en el imaginario social

Este último elemento es efectivamente importante en el MAPU, ya que tal como hemos expresado en los capítulos II, III y IV de esta investigación, sus cuadros intelectuales fueron centrales en el proceso de renovación socialista. Ellos articulan tempranamente un discurso que hemos dividido en dos períodos, pero que se caracterizó por contener varias narraciones.

En un primer período, que se extiende hasta 1983, predominan los juicios hacia el pasado y las constataciones del presente. El relato se vuelve existencial y los principales elementos discursivos se pueden sintetizar en:

- a) El golpe de Estado corresponde al resultado de una manera compleja de vincular lo social, lo político y lo económico.
- b) El golpe de Estado se entiende como epílogo de un largo proceso en el que el desarrollo de las fuerzas sociales no pudo ser contenida ni por el Estado ni por el crecimiento económico de la época. De manera que la movilización se desbordó ante la imposibilidad de responder a los requerimientos sociales, de grupos que ascendieron rápidamente a las esferas de participación política.

- c) El golpe era expresión, a su vez, de un fracaso de la izquierda, tanto en su proyecto como en su práctica.
- d) El uso de un lenguaje doctrinario y estrecho, como lo fue la apropiación del marxismo, ayudó a que la izquierda se encontrara imposibilitada para poder comprender la propia realidad vivida en los años 60 y 70.
- e) El fracaso de la izquierda se situó también en la omnipotencia identitaria, que articuló una praxis excluyente, en la que se bastaba a sí misma y su propio voluntarismo, rechazando la conciliación, la concertación y la búsqueda de alianzas.

En este mismo periodo y a partir del año 1977, se articula también un segundo eje narrativo, que tiende a entender a la dictadura no como un gobierno transitorio, sino que como contenedor de un proyecto de transformación profunda de la realidad. En ese sentido, los discursos del MAPU enarbolan la necesidad de reconocer esos cambios, de pensar sobre esa realidad, como condición básica para que una propuesta política no cometa los mismos errores del pasado. Se hacía necesario distinguir lo deseable de lo existente, porque lo primero puede ser un vector de direccionalidad, de orientación, pero nunca más una cortina de humo para comprender lo real.

Este discurso de realismo político, de reconocer los cambios y pensarse sobre ellos y no contra ellos, articula una narración cuyo efecto lógico era pensar una política de lo posible. Para estos efectos se racionaliza el socialismo no como un tipo de sociedad, sino que como indicador valórico, desvirtuando la revolución como forma de construir nuevos tipos de sociedad. No más una creencia de entender la política como un acto religioso, nunca más entender la política como enfrentamiento, sino que como construcción de consensos. Esa fue la lectura que se hizo de Gramsci en la misma colectividad.

En las prácticas partidarias, estos discursos fueron normalizando una acción política que se justificaba en ese discurso político reflexivo. La experiencia del exilio, sobre todo la italiana y francesa, abren una nueva vinculación entre los actores políticos. Al entenderse el consenso como práctica constitutiva de la política, las conversaciones con los DC, con los comunistas, con los socialistas, dejaron de verse como concesiones o traiciones de principios, sino que propios de una política responsable, profesional y que se asumió, en parte, como responsable del quiebre democrático.

En ese mismo sentido, desde los dos MAPU emerge esta necesidad histórica de configurar partidos políticos renovados, más profesionales y menos simbólicos, más referentes de ideas que articuladores de identidades sociales y culturales. El ¡No todo es política! será elevado a consigna.

Desde esa perspectiva, el periodo que se inicia con las protestas viene a consolidar otros nudos discursivos, como lo fueron:

- a) Lo social y lo político son ámbitos diferenciados de la realidad social. De allí que los movimientos sociales deben ser autónomos y considerados referentes de las propuestas que emergen desde los partidos políticos. Para una nueva política sana se requiere de una sociedad civil potente, autónoma, capaz de hacerse considerar, por partidos políticos que se comportan como intérpretes de esos anhelos más que como constructores de modelos apriorísticos.
- b) Los partidos políticos tienen como principal función articular las demandas sociales; por ello, su práctica debe ser conciliadora y no de enfrentamiento.
- c) La reflexión debe provenir de una lectura de la realidad, desideologizada, tecnificándose la política.

En un sentido distinto, pero complementario, la renovación socialista en esta colectividad comienza a releer el propio origen del MAPU. Se recupera la intencionalidad de haber nacido para posibilitar la unidad de las fuerzas progresistas. En ese sentido, se construye el mito ambrosiano, quien por cierto pensó al MAPU como una tercera fuerza de la izquierda y se distanció tempranamente de quienes efectivamente supusieron al MAPU como el puente de plata entre la izquierda y el centro.

Según la prensa de la época, el MAPU había nacido como movimiento para posibilitar de alguna forma el sueño tomicista y el sueño allendista. Al respecto titulaba *El Clarín* en 1969:

El MAPU apenas dijo “agú” y ya le están inventando chuecuras... Está bien que el MAPU de los ex rebeldes demócratacristianos tenga un nombre poco agarrador, pero no hay derecho a que le anden inventando propósitos e ideas que nunca han tenido. Desde la reunión que tuvieron el domingo les andan colgando que ahora están reuniendo 10.000 firmas para inscribir al movimiento como

nuevo partido político. “¡Nunca ha sido ese nuestro objetivo!” dijo a Clarín Jacques Chonchol, Secretario General del MAPU, para luego subrayar: “creemos que eso sólo contribuiría a aumentar la confusión dentro de las fuerzas populares”. El objetivo del movimiento (“que tiene fines políticos, pero que no está destinado a ser un partido político más”) fue señalado por Chonchol como “destinado a crear conciencia en las bases sociales del país: obreros, campesinos, asalariados, empleados, juventud, estudiantes, intelectuales, en toda la gente y también en los partidos que se dicen y son populares de la necesidad de unirse para impedir el regreso de la derecha al poder y la posibilidad de echar las bases para un proceso efectivamente revolucionario en nuestro país”⁶⁸².

El Mercurio también consignaba la misma información cuando define al MAPU como un movimiento...

...que desea crear conciencia en los partidos políticos de izquierda de que si no superan sus diferencias, que son lógicas porque somos pluralistas, no podremos jamás cambiar las estructuras, caeremos en el populismo y nos seguiremos engañando todos. Con Unidad Popular conquistaremos el poder... Así pretendemos ser un movimiento de cuadros y no un movimiento de masas. No pretendemos andar robándoles gente a los demás, sino dedicarnos a crear conciencia revolucionaria... Esta conciencia revolucionaria se realizará por medio del trabajo con los trabajadores en los cuatro frentes antes definidos, revelando a estos las contradicciones de clase que son producto del sistema capitalista y del reformismo populista que lo sostiene a través de la agudización de las luchas sociales⁶⁸³.

Sin embargo, pocos meses después y producto de las tensiones entre los sectores adultos que provienen de la DC y los jóvenes, liderados por Ambrosio, la idea de un tercer partido aparece nítidamente no solo en la prensa, sino que también en la memoria de los militantes. La participación en el gobierno de la UP presionó para que la estructura informal del movimiento se formalizase de hecho. Según Ambrosio, “los mapuchistas son de hecho un partido político y es absurdo que un movimiento que pretende colaborar estrechamente con el gobierno renuncie a

tener representantes en la asamblea del pueblo”⁶⁸⁴.

Junto con ello, el mismo Rodrigo Ambrosio especificaba:

[En] 1969, cuando se formó el movimiento, nos pareció que lo que requería la izquierda, más que un partido nuevo era un movimiento con perspectiva renovadora que empujara la unificación de la izquierda. Creemos que eso fue entendido por el pueblo y tenemos varios hitos significativos. Hay un aporte al programa de la UP a través del retiro de nuestro candidato Jacques Chonchol, un énfasis en la acción de los Comités de Unidad Popular, un aporte al estilo de la campaña, nuestra actitud frente a la constitución del gabinete y respecto de los cargos de la administración pública que denotan nuestra actitud antisectaria⁶⁸⁵.

De esta forma, el discurso de los intelectuales y los militantes en general del MAPU, vuelve a recuperar hacia fines de la década del 70, pero con más fuerza a partir del año 1983, esta idea de un ‘objetivo originario’ que se volvía central para derrotar políticamente a la dictadura de Pinochet. En ese contexto, podría decirse que la propuesta de ‘Convergencia social’ y de ‘Bloque por los cambios’, retomaba una lectura del origen mapucista, y que suponía que una vez consolidado ese objetivo, el mismo MAPU debería acabarse como colectividad, para no volver a cometer el mismo error fundacional.

Por ello, tanto el discurso intelectual como la práctica política en los dos sectores en que se dividió el MAPU se volvieron coherentes y mutuamente influyentes después del impacto que generaron las protestas sociales.

Los discursos de la renovación socialistas en el MAPU que toman centralidad hacia 1986, parecieran recoger las mismas impresiones que se vertieron en la prensa cuando se configuró la Unidad Popular. En esos años, el MAPU sentía que la izquierda estaba enfascada en una discusión poco asertiva y que se quedaba en la lógica electoralista. La nueva colectividad abogaba por una ruptura de los marcos tradicionales sobre los cuales la izquierda había realizado sus alianzas, entendiendo que...

...sin Unidad Popular efectiva, los obstáculos son demasiado grandes, los enemigos externos e internos demasiado poderosos, las fuerzas del mantenimiento del status quo, demasiado significativas, para que la revolución pueda ser realizada. Hay muchos ejemplos en América Latina, de gobiernos que contaron incluso con el apoyo mayoritario del pueblo y que terminaron con un populismo de compromiso con la oligarquía interna y con el imperialismo, para pensar que sin Unidad Popular profunda, consciente y organizada se pueda hacer efectiva una revolución anticapitalista y comenzar a construir el socialismo⁶⁸⁶.

Por ello, la Unidad Popular debía ser por sobre todo programática y ello será el principal aporte del MAPU en este contexto histórico.

Años después el mismo relato se recupera; los mejores ejemplos son Brunner, Tironi y Garretón. Desde el partido, las prácticas aliancistas y la propia opción de fusión con el PS, leída como autoinmolación en virtud de permitir el fin de su ciclo histórico, cierran esta parte de la renovación socialista.

Somos de izquierda, pero también fuimos de centro

Otro de los componentes del proceso de renovación socialista en el MAPU fue la articulación de un relato que contiene tres elementos centrales: 1) situarse como parte de la izquierda, con quienes se compartió la UP, el Golpe, la represión, la clandestinidad y el exilio; 2) situarse como generación clave para permitir las alianzas, buscando en los orígenes las vinculaciones con la DC y con ello cerrar un ciclo histórico, repensando y consolidando una identidad histórica en la misma figura del colectivo y, 3) situarse como generación clave que podría aportar a conectarse con la derecha a través de ciertas redes sociales.

Esta reflexión está presente en los relatos de los intelectuales, con mucha fuerza en Eugenio Tironi, pero también en la memoria de los militantes. El relato de Óscar Guillermo Garretón es bastante esclarecedor para graficar esta argumentación:

Creo que el rol de los mapu en la transición democrática, tan superior a su peso

numérico u orgánico, no se explica si no sumamos el “filo” MAPU con el “filo” MAPU-OC. Las contribuciones a la renovación son sin duda valiosísimas e indispensables. Pero la transición democrática jugaba muchas de sus cartas en el cambio de control sobre el Estado chileno. La dimensión “estatal” de la transición ha sido determinante en su éxito que tanto se admira en otras latitudes. Allí los cuadros del MAPU capitalizaron varias “virtudes” que no se dan en otros partidos de izquierda: únicos cuadros de dirección que tuvieron altas responsabilidades desde la UP (sus pares de entonces están inactivos o muertos) y concentra una fuerte capacidad de gestión política; vínculo generacional, de vida universitaria en tiempos donde la reforma junto a todos con todos aunque más no sea para conocerse como adversarios y hasta de relaciones familiares o clasistas en la medida que el MAPU fue cabeza de playa del pensamiento de izquierda en círculos de clase media y alta, de Santiago y regiones, donde jamás había llegado antes el pensamiento de izquierda. En este proceso de transición, con mucha transversalidad, más negociaciones que movilizaciones, era muy valioso tener a alguien conocido que le contestara el teléfono al otro lado. Agrega a esto, que la institucionalidad –gobierno, Parlamento, actividades sociales e incluso empresariales– debía dar espacio a esa mitad del país proscrito por 17 años. En una coyuntura así, muchos mapu tenían ventajas. En estricto rigor, tengo la impresión que más cuadros del MAPU-OC que del MAPU han tenido roles relevantes en estos años. Si no hubiera habido esta dimensión estatal de la influencia MAPU, el interés histórico por tu trabajo sería menor... salvo por cierto para los protagonistas directos⁶⁸⁷.

Lo interesante de este relato es que convive con otros que provienen de quienes formaron parte del Lautaro, en quienes la memoria de una pertenencia a la izquierda, de profunda convicción revolucionaria y de cambio político, fue central para la comprensión de sus posiciones políticas posteriores. Por ejemplo, el propio Guillermo Ossandón Cañas, planteaba sobre lo que hizo atractivo al MAPU cuando él se incorporó a la colectividad:

Había una gran frontera, había una izquierda, una izquierda en serio, no como la de hoy día. Había una izquierda y una derecha, el partido estaba partido en dos. Estábamos a meses de las elecciones. Había dos proyectos también, un proyecto popular y otro capitalista, de derecha. Y nosotros éramos de izquierda de todas

maneras. Ahora dentro de la izquierda había varias opciones. Estaba el PC, que tradicionalmente parecía para la gente que no tenía vinculación con la cultura PC, como algo más lento y más enredado o más complicado, a pesar de que el PC era el partido más grande. Y por otro lado... estaban las variedades de los atajos: atajo socialista, atajo mirista, y el MAPU era un atajo entretenido.

(...) En ese tiempo el MAPU era pura gente joven, representaba una opción intelectual nueva, era como una onda que estaba recién naciendo y que tenía esa gracia, esa magia, estaban atreviéndose a pensar cosas de manera distinta. El MAPU, bueno Ambrosio era marxista, el MAPU todavía no era marxista, pero era un marxista distinto, formado en mayo del 68 París, era otro cuento, no era el marxismo de la Unión Soviética y además tenía la volá de las cosas más rápidas, pero no era tampoco el MIR que en ese tiempo actuaba, o sea, ya había asaltado bancos, era como una cosa más clandestina, aunque nadie los buscaba, pero era como el sabor de otro cuento. Entonces, el MAPU también llegaba a esa frontera. Deslindaba con todas las fronteras, pero manteniendo una especificidad que te abría nuevos mundos, quizá esa sea la gracia del MAPU hasta que se quebró⁶⁸⁸.

De esta forma, el MAPU auto y hétero considerado de izquierda, con un origen demócrata cristiano, se transformó en el sujeto clave, que permitió construir una narrativa histórica en el que se configuraron los elementos centrales de la alianza de la izquierda con la DC, en las postrimerías de los 80. El MAPU era la expresión histórica del hijo pródigo rebelde que regresaba, el arrepentimiento que permitía unir un pasado revolucionario, juvenil y contestario, con un presente de responsabilidad, madurez y tolerancia. No era necesario construir un mito que le diera a la Concertación la épica y la narrativa heroica que se mostrara cautivadora, este ya existía como expresión de una generación histórica, que vivió las vueltas y reveses del mundo de izquierda, pero que ahora estaba dispuesto a inmolarse para concretar un objetivo histórico. Al menos ese fue el carácter que hizo que la Concertación sea sentida como parte de los genes del MAPU y del que Tironi ha sido el principal promotor.

En cierto sentido, nadie puede no reconocer que el MAPU vivió la represión, la clandestinidad y el exilio, al igual que otros sectores de la izquierda. Es cierto que la muerte y la tortura tuvo menos impacto en el colectivo; según el informe Rettig, solo 24 militantes del MAPU fueron víctimas directas de la represión, de

los cuales solo dos pertenecían a los sectores de la élite del partido: Juan Mayno y Eugenio Ruiz-Tagle; el resto son mayoritariamente campesinos de asentamientos agrícolas, que participaron del MAPU previa vinculación al aparato campesino de la DC, en los años 60.

Así, notoriamente menos golpeado que el MIR o el PS, el MAPU también participó de la identidad del resistente. Nadie podría desmerecer, en el discurso de defensa de los derechos humanos, que 24 vidas valían menos que más de 200. De allí que, pese a las críticas, la izquierda reconozca al MAPU como parte de su mundo.

También participó del exilio, con todos los inconvenientes que ello implicó. Las presiones de los grupos de financiamiento, los problemas para sobrevivir, las luchas con distintos sectores, están citados en varias partes de esta investigación. El MAPU habló desde el mundo de la izquierda y eso le permitió sentirse con propiedad para plantear que su proyecto de conexiones con la DC no era una traición a los principios, sino que una responsabilidad histórica.

Esas conexiones, a decir de Gazmuri, fueron bastante tempranas. En 1974, según el ex senador socialista:

Establecimos las primeras vinculaciones con la Democracia Cristiana, con el sector que se oponía a la dictadura. Ahí, desde el principio, el contacto más sistemático que tuvimos, y además en una actitud muy solidaria, fue con Felipe Amunátegui, vicepresidente de la DC. Y tuvimos un primer y muy temprano contacto con la Iglesia a través de una reunión con Carlos Camus, entonces secretario general del episcopado⁶⁸⁹.

Continúa reflexionando:

Nosotros teníamos una tradición de acercamiento, muchas veces conflictivo, a la Iglesia. Al principio fue la solidaridad y el trabajo de derechos humanos, pero después la Iglesia extendió su trabajo. La “pastoral de frontera” iba mucho más allá de la solidaridad con los perseguidos, porque atendía también a los

desocupados, los movimientos sociales. En el entorno de la Iglesia se construyó desde el comienzo una gran actividad social y ese trabajo de articulación de redes creció mucho con los años⁶⁹⁰.

Esos acercamientos iniciales fueron reflexionados desde el pensamiento intelectual, fueron vividos en la experiencia partidaria y configuraron a nuestro decir, las particularidades del proceso de renovación socialista en el MAPU. Los mapu hablan desde el sujeto desgarrado, desde el sujeto desdoblado, desde el sujeto que necesita adaptarse. Así la renovación socialista puede leerse como un discurso ontológico imperativo para no desmembrar la identidad, para no diluirse como actor.

Desde allí se constituye una narración de la que emerge una imagen de crisis de la izquierda, en la que el ritualismo, el desapego de lo real, lo ideológico y religioso, se entienden como pernicioso, como causantes esenciales de la crisis que culminó con el golpe de Estado.

Así, tal como destaca Gazmuri, hechos clave serán el reencuentro con la Iglesia y el mundo cristiano, a través de la lucha por la defensa de los derechos humanos. El espacio eclesiástico será reconocido como propio. Desde allí se construye el propio mito del partido de origen cristiano, compuesto de jóvenes rebeldes, pero éticamente buenos, ingenuos y sacrificados.

Junto a lo anterior, era fundamental construir el relato de continuidad en el que se recupera la figura de Ambrosio, y la idea de haber nacido para ser el puente de unidad de las fuerzas progresistas entre el centro y la izquierda. Esto permite, por un lado, la alianza con la DC, entendida como alianza histórica, como bloque por los cambios, más que un mero hecho político coyuntural o de aliados circunstanciales. Bajo esta retórica, el MAPU va dibujando su propio agotamiento como ciclo histórico, va construyendo su ideario de autoinmolación.

Cuando este discurso se hace hegémónico, se desprende un alma del MAPU, que se configuró en el fuego de las experiencias de protestas, y que se constituirá en una voz que desconoce lo que quedó del MAPU como colectivo de izquierda. Nos referimos al Lautaro. Desde esa voz también se ha potenciado el mito de la secta de poder.

Las jornadas de protesta popular, que en un comienzo son leídas como el pueblo valiente y heroico (y que se vinculan con la lectura del triunfo nicaragüense del Frente Sandinista de Liberación Nacional), pasan rápidamente a configurar una imagen del pueblo temible. Desde la cuarta protesta en adelante, el pueblo y su movilización serán mirados con escepticismo y con miedo. Allí se consolida el discurso de que una movilización puede botar a una dictadura, pero jamás gobernar.

La idea de una práctica política responsable, profesional, que apele a la construcción de consensos, de acuerdos, se entiende como la mejor política posible. Ese imaginario se constituyó en el soporte textual del camino pactado hacia la transición. En ese sentido, la narrativa que emerge de la renovación socialista en el MAPU, hacia 1986 adquirirá una fuerza histórica central, para darle a la salida negociada un carácter épico y heroico.

Los mapu le entregan al acercamiento de la DC con el mundo socialista una reflexión y una práctica, que les permite ser agentes válidos, centrales pero no fundamentales. ¿Por qué? Porque el discurso de la renovación socialista contiene un mito originario, en el que se entiende el encuentro con la DC como una necesidad histórica, como cierre de un ciclo, incomprendido en los años 60 y 70, pero que producto de la autocrítica y la culpa, se representa como urgente. Ahora sí que se debía revivir el sueño de Tomic y el de Allende: la unidad de las fuerzas progresistas, es decir, del centro y de la izquierda democrática.

¿Quién mejor que unos portavoces que se autoentendían como el hijo pródigo? Ese hijo que además estaba preparado, intelectual y políticamente, para asumir funciones gubernamentales y administrativas. Los cuadros del MAPU aportaron ese discurso que se vuelve clave al momento de sellar el pacto que dio origen a la Concertación. Esta será leída como una alianza política y social que tenía su origen histórico en las postrimerías de la década del 60 y que después de 16 años de dolor, muerte y aprendizaje se reinstalaba en la política chilena para posibilitar la transición. El MAPU era el mejor ejemplo para mostrar que se podía dejar de ser enemigos históricos.

Solo en ese sentido serán claves los portavoces, los sujetos, los Garretón, los Tironi, los Correa, los Viera Gallo, los Gazmuri. Ellos encarnan un relato histórico que permite la reconciliación de la élite política y que en términos de Stern contiene la memoria como salvación, la memoria como ruptura lascerante y como consecuencia ética.

Aporta una perspectiva transicional que está fundamentada en la idea de superación, de reconciliación necesaria. Cuestión que será bien percibida por la derecha política y con ello se fundamenta una memoria como olvido.

Sin embargo, para que ello ocurriera, era necesario refundar una identidad política que se viera construida después del golpe y no antes, a la vez que tuviera referencias históricas de un pasado más largo, que le diera coherencia a la práctica política, posterior a 1986. Para eso era necesario este proceso de construcción de imaginario, que se consolida en la configuración de la Concertación.

Pero, ahí vienen los problemas: ¿Hasta dónde las identidades históricas estaban dispuestas a desparecer? ¿Hasta cuando los militantes históricos de los partidos de izquierda iban a tolerar esa intromisión de la élite? ¿Qué profundidad tuvo este relato más allá de la propia élite política y social?

Los actuales sucesos políticos, cuya vertiginosidad es el ambiente en el que escribo estas conclusiones, me hace afirmar con aun más vigor que la renovación socialista en el MAPU permitió construir un imaginario, soporte de acciones que tuvo una hegemonía social en las cúpulas partidarias, pero que al no traspasarse ni ser reappropriado a las otras redes militantes, no logró consolidar una hegemonía cultural; solo en ese sentido ambos mitos sobre el MAPU cobran sentido: los artífices de la transición y la secta de poder.

Anexo biográfico de los fundadores

Humberto Vega. Estudió Ingeniería comercial en la Universidad Católica de Chile. En 1969 participó de la fundación del MAPU. Durante el gobierno de la UP se desempeñó como Subdirector Nacional de Presupuesto. Para la división de la colectividad quedó en el sector denominado MAPU-OC. A partir del golpe de Estado se fue al exilio a México donde ejerció un importante rol en el proceso de renovación socialista. Al retorno a la democracia, entre 1990 y 1994 se desempeñó como Tesorero General de la República. En la administración de Ricardo Lagos ocupó el cargo de Subsecretario de Planificación. Posteriormente se ha desempeñado como académico en la Universidad Central. Es actual militante del Partido Socialista de Chile.

Carmen Gloria Aguayo. En 1969 participa de la fundación del MAPU. Durante el período de la Unidad Popular se desempeña como Consejera de desarrollo social y Allende le encomienda la labor de fundar un futuro ministerio de la familia, que nunca se concretó. A partir del golpe debió irse al exilio con su marido, también militante del MAPU, ex diputado, Vicente Sota.

Mario Montanari. Ingeniero Agrónomo de la Universidad Católica, en 1969 participa de la fundación del MAPU. En 1973 asume como Subsecretario de Agricultura. Para la división de la colectividad quedó en el sector denominado MAPU-OC. Al igual que Humberto Vega, vivió el exilio en México. Al retorno a la democracia se desvinculó de las actividades militantes y se ha desempeñado como empresario del rubro salmonero. Ha ejercido como Vicepresidente del holding INVERTEC, exportador de salmones.

José Joaquín Brunner. Estudió sociología en la Universidad Católica y continuó estudios superiores en Inglaterra. En 1969 participa de la fundación del MAPU, posteriormente continúa su militancia en el MAPU-OC. Fue director de FLACSO en años complejos de la dictadura, desempeñando un papel muy relevante en el proceso de renovación socialista. Entre 1994-1998 cumplió funciones como Ministro Secretario General de Gobierno. Participó también como fundador del PPD donde actualmente milita. Hoy ejerce funciones académicas y de investigación en la universidad Diego Portales.

Miguel Ángel Solar. Cursó su enseñanza escolar en los colegios Liceo Alemán y Verbo Divino. Posteriormente estudió medicina en la Universidad Católica de Chile. Fue reconocido dirigente estudiantil durante el proceso de reforma universitaria en dicha casa de estudios. En 1967 fue Presidente de la FEUC y fundador de uno de los movimientos universitarios más incidentes en la fundación del MAPU. No ha ocupado nunca cargos públicos y se desempeña hasta la actualidad como médico en el sur de Chile.

Enrique Correa. Cursó su enseñanza media en el Liceo de Ovalle, para posteriormente ingresar al Seminario y terminar estudiando filosofía en la P. Universidad Católica. En 1958 ingresa a la JDC, asumiendo 10 años después como presidente de la misma. En 1969 participa como uno de los líderes de la fundación del MAPU. Durante el período de la UP se desempeña como asesor de Clodomiro Almeyda en el Ministerio de RREE. Es uno de los líderes de la división del MAPU, siendo activo gestor del MAPU-OC. Después del golpe de Estado vive en Perú y en Moscú, regresando a Chile clandestinamente entre 1975 y 1977. A partir de ese año asume como encargado exterior del MAPU-OC. A partir de 1981 se suma al proceso de renovación socialista y participa de la reunificación del MAPU en 1985. Desde 1990 y hasta 2004 milita en el PS. Durante el primer gobierno de la transición ejerce como Ministro Secretario General de Gobierno. Posteriormente se dedica a las asesorías comunicacionales y el lobby.

Carlos Montes Cisternas. Estudia en el Saint George y posteriormente Economía en la Universidad Católica. Entre 1967 y 1969 milita en la JDC y es dirigente estudiantil en la universidad antes mencionada. En 1969 participa de la fundación del MAPU. Entre 1973 a 1975 es el encargado de reactivar el MAPU en el interior del país. Vive su exilio en México y regresa a Chile en 1986 para reintegrarse al MAPU y preparar su entrada al PS, partido donde actualmente milita. Fue Director del Centro de Estudios Regionales de la U. Autónoma de Puebla y entre 1986-1990 Director del Centro de Estudios Municipales Cordillera. En 1988 fue encargado de la Región Metropolitana para la campaña por el NO y desde 1990 es diputado por La Florida.

José Antonio Viera Gallo. Estudió en el colegio Verbo Divino y posteriormente leyes en la Universidad Católica. En 1969 participa de la fundación del MAPU y entre 1970-1973 fue Subsecretario de Justicia. Para la división de la colectividad, adscribió al MAPU-OC. En 1973 partió al exilio en Italia hasta 1987. Trabajó como consultor de la UNESCO, CEPAL, FAO y el Consejo Mundial de Iglesias. A partir de 1983 fue director del CESOC. Ingresa al PS en 1989. Entre 1990 y 1998 fue diputado por Concepción y posteriormente elegido senador por la misma circunscripción, cargo que ejerció hasta el año 2006. Participó del último gobierno concertacionista como Ministro Secretario General de la Presidencia. Hoy día trabaja en la fundación ProyectAmérica.

Rafael Agustín Gumucio. Estudió en el Colegio de Los Sagrados Corazones de Santiago y posteriormente leyes en la UC. Tuvo una larga trayectoria política. Entre 1934-1938 participó de la Juventud Conservadora. En 1938 se integró a la Falange y electo regidor por Santiago hasta 1941. En 1941 ejerció como Fiscal de la Caja de Crédito Hipotecario. En 1942 trabajó como Comisario General de Subsistencias y Precios. En 1945 asumió como Director del INE. En 1952 se desempeñó como Subsecretario de Hacienda. En 1955 fue electo como diputado por el primer distrito de Santiago. 1957 es el año en el que preside la Falange y funda la DC, presidencia que asumirá en 1968. En 1957 fue reelecto diputado por dos períodos consecutivos y a partir de 1965 ejerce como senador por Santiago. En 1969 es uno de los

Líderes de la fundación del MAPU al que pertenece hasta 1971 cuando se integra a la Izquierda Cristiana. Luego del golpe vive exiliado en Roma, para regresar a Chile hacia el retorno de la democracia y morir en 1996.

Víctor Barrueto. Estudió en el colegio San Ignacio de Alonso Ovalle y posteriormente Ingeniería comercial en la Universidad de Chile. En 1970 ingresa al MAPU y ejerce como Presidente de la Unión de Estudiantes del Centro de Santiago. Fue secretario general del MAPU desde 1985, haciendo operativa la formación del PPD y de la Concertación. Diputado por tres periodos consecutivos (1994 hasta el 2006).

Vicente Sota Barros. Estudió en el colegio San Ignacio de Santiago y posteriormente ingeniería en la UC. Militante de la DC, partido por el que se presentó a diputado durante periodo que se extiende desde 1965 a 1970. En 1969 participa de la fundación del MAPU. Durante los años 1970-1973 ejerce como Gerente de la Industria, CORFO. En 1973 se exilia en Francia donde se desempeña como Subdirector de Marketing de la Sociedad de Cemento Lafarge. En 1986 retorna a Chile y se integra el Comité de Izquierda por las Elecciones Libres. En 1987 fue parte de la fundación del PPD y electo diputado por Talagante durante el periodo 1989 hasta 1998.

Tomás Moulian. Estudió en el Instituto de Humanidades Luis Campino y luego Sociología en la UC. Militante DC, participa en 1969 de la fundación del MAPU. Se desempeñó como investigador en el CEREN de la UC durante el periodo de la UP. Luego del golpe de Estado se vincula laboralmente a FLACSO donde ejerce un importante rol como intelectual del proceso de renovación socialista. Durante esos mismos años participa de la dirección clandestina del MAPU-OC. Hacia 1985 comienza a tomar distancia de la colectividad y no vuelve a militar políticamente. En los años 90 se encontraba políticamente muy cercano al PC dada su visión crítica del proceso de transición a la democracia en Chile. Trabaja como académico en la Universidad ARCIS.

Rodrigo González. Estudió en los Sagrados Corazones y se licenció en filosofía por la Universidad de Chile. En 1969 participa de la fundación del MAPU, ocupando el cargo de vicepresidente nacional. Para el proceso de división del MAPU, se vinculó con el grupo liderado por O.G. Garretón. Entre 1975 y 1977 colabora con el proceso de rearticulación del MAPU en clandestinidad. En 1977 se va al exilio a Luxemburgo y posteriormente a Italia, donde participa del proceso de renovación socialista. En esos años se desempeña laboralmente como Miembro de la Central Italiana de Sindicatos Libres y posteriormente como profesor en la U. de Luxemburgo. Hacia 1987 se convierte en unos fundadores del PPD, partido en el que actualmente milita. En 1988 asume como jefe territorial de la campaña por el NO en Valparaíso. Entre 1991 y el 2000 ejerció como Alcalde de la ciudad de Viña del Mar y fue electo diputado en varios períodos consecutivos por Viña del Mar y Concón.

Rodrigo Ambrosio. Estudió en el Colegio jesuita de Chillán y Sociología en la UC. En 1967 fue electo presidente de la JDC y en 1969 es uno de los líderes más importantes de la fracción juvenil que funda el MAPU. Hacia 1970 asume como secretario general de la colectividad y fallece en 1972 en un accidente automovilístico. Durante los años de la UP se desempeñaba como académico universitario. Sobre su liderazgo, consecuencia ética y capacidad intelectual se ha tejido todo un discurso que lo convirtió en una figura mítica dentro de la colectividad.

Óscar Guillermo Garretón. Estudió en los colegios de los Sagrados Corazones de Viña del Mar y Santiago. Posteriormente se graduó de ingeniero comercial en la UC. En 1969 participa del proceso fundacional del MAPU y en 1972 es elegido Secretario General del mismo. Durante 1970-1972 ejerce como Subsecretario de Economía del gobierno de la UP. En 1973 es electo diputado, pero no alcanza a asumir funciones producto del Golpe de Estado. Es el líder del sector más radical del MAPU y lidera el proceso de división conservando el nombre para su colectividad. La dictadura lo califica como uno de los hombres más peligrosos de Chile y debe irse al exilio, que vive en Cuba, siendo desde allí uno de los líderes de la colectividad y conservando hasta la década de los 80 el cargo de Secretario

General. Hacia fines de los 80 se integra al PS, junto al MAPU unificado. Durante la transición se desempeñó como Director del Metro de Santiago y más tarde presidente de la Compañía de Telecomunicaciones de Chile (CTC). Posteriormente fue Gerente General de Iansa.

María Antonieta Saa. Estudió en el Liceo de Niñas de Quillota y en el N° 7 de Providencia en Santiago. Posteriormente se graduó de profesora de castellano por el Pedagógico de la U. de Chile. En 1968 participa del Movimiento Iglesia Joven y hacia 1969 de la fundación del MAPU. Durante los años de la UP trabajó en la Corporación de Reforma Agraria. Para la división se vinculó al grupo liderado por Jaime Gazmuri, MAPU-OC, partido en el que milita hasta 1982 para incorporarse posteriormente (1984) al PS liderado por Ricardo Núñez. En 1987 forma parte del grupo fundacional del PPD. En 1990 es nombrada Alcaldesa por Conchalí y después electa diputada por dicho distrito en varios períodos consecutivos. Uno de sus trabajos más importantes durante el periodo dictatorial fue haber sido la Coordinadora del Círculo de Estudios de la Mujer.

Manuel Riesco Larraín. Estudió en el colegio Saint George y posteriormente Ingeniería comercial en la U. de Chile. En 1969 es elegido como presidente del Centro de Estudiantes de Ingeniería y participa en la fundación del MAPU. A fines de 1970 se retira del MAPU y se integra al P. Comunista, donde milita hasta hoy. En 1971 fue electo vicepresidente de la FECH y en 1988 Vicepresidente del partido PAIS. Fue candidato a diputado por el PAIS en 1988 y más tarde candidato a senador (2005) por el Pacto electoral en el que participaba el PC. Es ingeniero consultor de CENDA.

José Miguel Insulza. Estudió en el colegio Saint George y Derecho en la U. de Chile. En 1969 fue candidato a la presidencia de la JDC (fracción tercerista). A partir de 1970 se integra al MAPU. Hacia 1972 ejerce como asesor político del Ministro RR.EE. Clodomiro Almeyda y más tarde de Orlando Letelier. Fue Director de la Academia Diplomática y en 1973 candidato a diputado. Se vinculó a la fracción del MAPU que después del

golpe toma el nombre de MAPU-OC, donde ejerce el cargo de encargado de RRII. A partir de 1973 inicia un largo exilio primero en Italia y más tarde en México. En México trabajó como investigador del Instituto de Estudios de EE.UU., dependiente del CIDE y como docente de la UNAM y de la Universidad Iberoamericana, así como del Instituto Matías Romero, del cual llegó a ser director. Posteriormente se integra al Partido Socialista, colectividad en la que milita hasta hoy. Entre 1990-1994 se desempeña como Embajador para la Cooperación Internacional, Director de Asuntos Económicos Multilaterales del Ministerio de RR.EE. y Vicepresidente de la Agencia de Cooperación Internacional (AGCI). Hacia 1994 asume como Subsecretario de Relaciones Exteriores. En ese mismo año, asume como ministro. En 1999 asumió como Ministro Secretario General de la Presidencia. En la administración de Lagos se desempeña como Ministro del Interior y a partir del año 2005 ejerce como Secretario General de la OEA.

Juan Enrique Vega. Es sociólogo por la Universidad Católica. Militante de la DC, participa hacia 1969 de la fundación del MAPU, muy cercanamente a Rodrigo Ambrosio. Entre 1970-1971 fue asesor político y director de la Academia Diplomática. Entre 1971-73 se desempeña como Embajador en Cuba. Vive el exilio en México vinculándose a centros académicos y de investigación, participando activamente del proceso de renovación socialista. Entre 1989-1990 ejerce como Director Ejecutivo del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales. Para el período 1992-1994 fue director ejecutivo Corporación Tiempo 2000 y Miembro del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Entre 2000-2003 fue Embajador de Chile ante la ONU, cargo del que fue destituido.

Jaime Gazmuri Mujica. Estudió en el colegio Verbo Divino y posteriormente Agronomía en la U. de Chile. En 1967 ingresa a la DC y se desempeña posteriormente como Director de la División de Desarrollo Campesino del I. de Desarrollo Agropecuario (INDAP). En 1969 participa activamente de la fundación del MAPU. Después de la muerte de R. Ambrosio asume la Secretaría General del MAPU. Después de la división de la colectividad, asume el liderazgo del MAPU-OC. Entre 1973-1980 vive

clandestino en Chile, ejerciendo el cargo de Secretario General. Para el periodo que va desde 1980-1984 vive el exilio en Roma y posteriormente en Argentina. Hacia 1985 lidera el grupo de mapuchistas que se integra al PS. En 1989 es electo senador por la región del Maule, cargo que ejerce por reelección consecutiva hasta el 2010. Entre 2003-2004 fue vicepresidente del PS. Se ha desempeñado también como Consultor Desarrollo Agrícola FAO y PNUD, así como también del Banco Mundial.

Alberto Jerez. Estudia en el Seminario Pontificio y en el Liceo de Viña del Mar. Posteriormente se gradúa como abogado por la U. de Chile. Con una dilatada y larga trayectoria política, en 1945 ingresa a la Falange, asumiendo como su secretario Nacional en 1953. Hacia 1957 participa de la fundación de la DC, partido del que fue Secretario General en 1959. En 1961 fue electo diputado por dos períodos y en 1969 electo senador. Ese mismo año participa activamente de la fundación del MAPU, partido que abandona para integrarse a la Izquierda Cristiana en 1971 a la que renuncia en 1976. En 1983 regresa a la DC.

Jaime Estévez. Estudia en el Colegio Seminario de Chillán y en el San Ignacio en Santiago. Posteriormente se gradúa de ingeniero comercial por la U. de Chile. En 1969 participa de la fundación del MAPU y adhiere al sector liderado por J. Gazmuri durante la división. Entre 1970-1973 ejerce como Asesor de FEDHACH y ejecutivo de CODELCO. En 1973 parte al exilio radicándose en Italia. Más tarde se traslada a México hasta 1983, año en que se integra al PS, del cual fue Presidente Metropolitano. En el exilio trabajó como docente en la Universidad de Roma y como investigador en FLACSO, VECTOR y CIEPLAN. En 1989 fue electo diputado y reelecto por la circunscripción 29 de la R. Metropolitana. En el gobierno de Lagos fue Presidente del Banco Estado y Ministro de Obras Públicas.

Guillermo Ceroni Fuentes. Estudia en el Liceo de Hombres de Parral y posteriormente en el San Ignacio de Santiago. Se graduó como abogado por la U. de Chile. Entre 1969-1973 participa en el MAPU y posteriormente de

la fundación del PPD. A partir de 1994 es elegido diputado por la zona de Cauquenes, Chanco, Longaví, Parral y reelecto en tres ocasiones. Durante la dictadura militar, entre 1974-1979 se desempeña como abogado de la Cooperativa Agropecuaria Perquilauquén Ltda., y en 1987 como Abogado de Amnistía Internacional y de Alemania en el caso Colonia Dignidad.

Gabriel Gaspar. Estudió Derecho en la Universidad de Chile. En los años 60 milita en la JDC y participa de la fundación del MAPU. Era miembro de la directiva del MAPU al momento de la división (SAE) participando posteriormente la dirección del MAPU-OC. Vive el exilio en México, lugar donde se desempeña principalmente como académico. Se integró al PS en 1985 y ejerció como Subsecretario de Guerra en el gobierno de Ricardo Lagos y Embajador en el último gobierno de la Concertación.

Fernando Flores. Estudió en el Liceo Manuel Blanco Encalada de Talca y se graduó de ingeniero civil por la UC. Participa de la fundación del MAPU. En 1970 asume como Gerente CORFO y en 1972 como Subsecretario de Economía. En el último año del gobierno de la UP ejerce como Ministro de Hacienda. Se vincula al sector liderado por Gazmuri después del quiebre. En 1976 sale al exilio después de commutar su pena de cárcel, radicándose en California. Hacia 1987 participa de la fundación del PPD, partido al que renuncia para formar Chile Primero en 2008. En 2001 fue electo senador por la zona norte de Chile.

Carlos Bau. Contador, en 1969 participa de la fundación del MAPU. Entre 1970-1973 asume como gerente de Finanzas de Inacea. Participa de la dirección del MAPU-OC y después del golpe parte al exilio a Holanda. En 1978 reemplaza a Jaime Estévez en Moscú y regresa a Chile en 1990.

Alejandro Bell. Estudia en el Liceo Miguel Luis Amunátegui y posteriormente Filosofía en la U. de Chile. Hacia 1969 participa de la fundación del MAPU. En 1973 fue electo diputado por Linares, Loncomilla.

Hacia 1985 se integra al PS. Ha trabajado como asesor gubernamental y evaluador de Proyectos de Cooperación al Desarrollo de la Unión Europea.

Kalki Glausser. Ingeniero de la U.T. Federico Santa María. Provenía del PC y forma parte del PC Revolucionario. Hacia 1969 participa de la fundación del MAPU, quedando en la división vinculado al MAPU-Garretón. Vive el exilio en Europa, formando parte de las fracciones más radicales, para ser finalmente expulsado de la colectividad. Se desempeñó como académico en el CEREN y también en Europa, donde se destacó escribiendo varios artículos con Lelio Basso, colaborando así al proceso de renovación socialista.

Manuel Antonio Garretón. Sociólogo por la UC. En 1969 participa de la fundación del MAPU y posteriormente se vincula al MAPU-OC, partido al que pertenece hasta 1985, año en que se integra al PS. Se ha desempeñado principalmente como académico en DESAL, CEREN y FLACSO, donde cumplió un importante rol como intelectual del proceso de renovación socialista. Actualmente se desempeña como académico de la U. de Chile.

Ernesto Galaz Cañas. Terminó sus estudios secundarios en el Liceo N° 11 de Las Condes, hijo de uno de los militares de la FFAA que se opuso al Golpe de Estado, Ernesto Galaz, se integró al MAPU en 1970 después de una corta militancia en el PC. Participó de la Dirección del MAPU en el exilio, mientras vivió en Rumania y Bélgica, desde allí colaboró activamente con el proceso de renovación socialista en su colectividad. Regresó a Chile hacia finales de la dictadura siendo miembro del comité central del MAPU reunificado. Desde allí se integra al PS, partido en el que milita hasta hoy. A su retorno a Chile se desempeñó como abogado de CEDESOL, Subdirector de la División de Organizaciones Sociales y Director Jurídico del Ministerio Secretaria General de Gobierno hasta marzo del 2010.

Notas

1 Moyano, Cristina. MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición, 1969-1973. Eds. Alberto Hurtado, 2009.

2 Moyano, Cristina. Op. cit.

3 Leys-Stepan, Nancy. The Hour of Eugenics. Race, gender and nation in Latin America. Ithaca, Cornell University Press, 1991. P. 33.

4 Magnusson. “The Contours of Social History. Microhistory, posmodernism and Historical Sources”. En Mod nye historier. Rapporter til Det 24 Nordiske Historikemode 3. Arthus 2001. Pp. 83-107.

5 Levi, Giovanni. “Sobre microhistoria”, en Burke, Peter. Formas de historia cultural. Madrid, Alianza Universidad, 1999. P. 132.

6 Según Giovanni Levi, es necesario considerar que los seres humanos no siempre responden a conductas racionales. La historia, por lo tanto, no debiera aspirar a explicar el comportamiento social o individual, ya que no siempre el ser humano actúa de manera racional, sino que solo debe aspirar a comprender la compleja, multifacética y diversa forma de construir el mundo en el que vive.

7 Revel, Jacques. “Microanalysis and the Construction of the Social”. Versión en español en Un Momento historiográfico. Trece ensayos de historia social. Ed. Manantial. Bs. As., 2005.

8 Levi, Giovanni. Op. cit.

9 Levi, Giovanni. Op. cit. P. 124.

10 Revel, Jacques. “Microanalysis and the Construction of the Social”.

11 Revel, Jacques. Ibíd.

12 Revel, Jacques. Op. cit.

13 Magnusson. “The Contours of Social History”. Op. cit. P. 4.

14 Lechner, Norbert. Cultura política y democratización. Santiago, FLACSO – CLACSO – ICI, 1987. P. 11.

15 Erik Ericksson le integra al concepto de identidad una dimensión psicosocial. “Él define la identidad a la vez como conciencia y como proceso. Como conciencia él se refiere al sentimiento que el individuo tiene de su especificidad. Como proceso él sugiere un esfuerzo inconsciente tendiente a establecer la continuidad de la experiencia vivida y por rematar la solidaridad del individuo

con los ideales de un grupo". En Milos, Tesis doctoral inédita. Apartado 3.2. El concepto de identidad. Pp. 24-25.

16 Entendemos por identidad "un sistema dinámico, de sentimientos axiológicos y de representaciones por las cuales el actor social individual y colectivo orienta sus conductas, organiza sus proyectos, construye su historia, busca resolver sus conflictos, en función de las determinaciones diversas ligadas a sus condiciones de vida, a las relaciones de poder en las que él se encuentra implicado, en relaciones constantes con otros actores sociales, sin los cuales él no puede definirse ni reconocerse". Tap, Pierre. "Introduction", in Pierre, Tap. (sous la direction de). "Identités collectives et changements sociaux". Toulouse, 1980. Pp. 11-15.

17 Lechner, Norbert. Cultura política y democratización. P. 12.

18 Lechner, Norbert. Sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política. Lom Ediciones, Santiago, 2002. P. 63.

19 Geertz, Clifford. Conocimiento local. Ensayo sobre la interpretación de las culturas. Paidós, 1994. P. 180.

20 Geertz, C. Conocimiento local. Ensayo sobre la interpretación de las culturas. P. 180.

21 Duverger, Maurice. Los partidos políticos. Fondo de Cultura Económica, México 1996.

22 Lechner, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política. Santiago, FLACSO, 1988. P. 57.

23 Lechner, Norbert. Op. cit. Pp. 63-64.

24 Un camino distinto al de la renovación socialista es el que toma el PC, aun cuando comparten con el MAPU el mismo clima represivo en el marco de la dictadura. Sin embargo, las rutas y las discusiones que se generaron en ese contexto, posibilitaron que mientras una colectividad caminara hacia la renovación socialista, la otra tuviera el “giro político” que comenzaba a valorizar lo militar y la violencia como estrategia política válida y, en el fondo, la única posible. Para un análisis más profundo de los caminos que toma el PC ver Álvarez, Rolando: Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista 1973-1980. Ediciones Lom, Santiago 2003.

25 Lechner, Norbert. Op. cit. Pp. 65-66.

26 Geertz, Clifford. Op. cit. Pp. 44-45.

27 Bourdieu, Pierre. La codificación y espacio social y poder simbólico. (1988). P. 91.

28 Bourdieu, Pierre. Op. cit.

29 De Certau, Michel. La invención de lo cotidiano Ed. Artes de Hacer, 1996.

30 Puryear, J. “Thinking politics Intellectuals and democracy in Chile 1973-1988. John Hopkins University Press, 1997. P. 11.

31 Moyano, Cristina. “La seducción del poder y la juventud. Una aproximación desde la historia a la cultura política MAPU.1969-1973”. (Tesis para optar al grado de Magíster en Historia, USACH, 2005).

32 Puryear, J. Op. cit. P. 59.

33 Puryear, J. Op. cit. Pp. 56-57.

34 Puryear. Op. cit. Pp. 55-56.

35 Moyano, Cristina “De Gramsci a Foucault. Los inesperados caminos de la renovación socialista en el MAPU. 1973-1989”. Revista Cyber Humanitatis. N° 35, 2005. Universidad de Chile.

36 García, Canclini. Néstor. Ed. Cultura transnacional y culturas populares (Perú, IPAL, 1998). P. 22.

37 García Canclini. Ibíd. Pp 22-23.

38 Moyano, Cristina. “Vendedores ambulantes en la ciudad horrizada. Cambios en la identidad popular. Santiago, 1850-1880” (Tesis para optar al grado de licenciada en Educación en Historia y Geografía, USACH, Año, 2000). P. 42.

39 Ceballos, Garay, Héctor. Foucault y el poder. (Premisa Editora, la red de Jonás. México 1988). Pág. 9.

40 Ibíd. P. 41.

41 Foucault, Michel. Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones. Editorial Alianza. Madrid. 1981. P. 133.

42 Foucault, Michel. Ibíd. 137.

43 Ceballos Garibay, Héctor. Foucault y el poder. P. 36.

44 Foucault, Michel. Op. cit. P. 170.

45 Ceballos, Héctor. Foucault y el poder. P. 53.

46 Roussó, Henry. “Entrevista a” Puentes (Número 2. 2001). P. 32.

47 Ibíd. P. 33.

48 Ibíd. P. 34.

49 Sin embargo, me parece que el autor, al hacer esta afirmación, se olvida un poco de la función política que juega la historia en cuanto reconstrucción narrativa del pasado, ya que esta última también aporta visiones hegemónicas sobre ciertos periodos, que nutrirán visiones sociales y, por ende, de la justicia en tanto que tal.

50 Op. cit. P. 37.

51 Cuesta Bustillo, Josefina. “La memoria del horror después de la Segunda Guerra Mundial. En Memoria e Historia. Ayer Barcelona, 2001. P. 90.

52 Cuesta Bustillo, Josefina. Op. cit. P. 100.

53 Esta corriente se encuentra muy bien expuesta por Suzanne Citron.

54 Vezzetti, Hugo. “Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina” Siglo XXI, Bs. As., 2000. Al respecto, el autor afirma: “Hay todavía un peso literal de ese pasado que no puede ser dejado de lado. Y hay que admitir que las formaciones de la memoria resultan de una suerte de compromiso entre la experiencia presente y la fuerza del pasado que no puede ser dejado de lado”. P. 29.

55 Vezzetti, Hugo. Revista Puentes. P. 19.

56 Para este mismo concepto Le Goff acuñó la denominación “lugares de memoria”, y Denis Paillard “figuras de la memoria”. Todos coinciden en que son las formas que adquiere la memoria para hacerse presente y permanecer en el tiempo.

57 Vezzetti, Hugo. Op. cit. P. 19.

58 Vezzetti, Hugo. “Pasado y presente...”. Pp. 31-32.

59 Le Goff, Jacques. El orden de la memoria; el tiempo como imaginario. Editorial Paidós, Barcelona, 1991.

60 San Agustín. Confesiones. Libro X. Ed. Ciudad Nueva, 1999. P. 309.

61 San Agustín. Ibíd. Pp. 318-319.

62 Locke, John. Ensayo sobre el entendimiento humano. Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

63 Ricoeur, Paul. “Historia y memoria: La escritura y la representación del pasado” (inédito). P. 3.

64 Ricoeur, Paul. Ibíd. P. 13.

65 Ricoeur, P. Op. cit. P. 19.

66 Halbwachs, Maurice. “On Collective Memory”. L.A. Coser, Chicago, University of Chicago Press, 1992. P. 47.

67 Milos, Pedro. “Memoria colectiva: entre la vivencia histórica y la significación”. En Memorias para un fin de siglo. Ed. Lom, Santiago 2000). P. 48.

68 Milos, Pedro. “Memoria colectiva: entre la vivencia histórica y la significación”. P. 48.

69 Milos, Pedro. Op. cit. Pp. 53-54.

70 Farmer, Sarah. Martyred Village. Commemorating the 1944 Massacre at Oradour-sur-Glane. Los Angeles, University of California Press, 1995. P. 4.

71 Farmer, Sarah. Op. cit. P. 57.

72 Farmer, Sarah. Op. cit. P. 58.

73 Lechner, Norbert. Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política. Ed. Lom, Santiago 2002. P. 8.

74 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 9.

75 Lechner, N. Ibíd. P. 12.

76 Bauman, Zigmunt. “En busca de la política”. F.C.E. México, 2000.

77 Moyano, Cristina. “MAPU o la seducción del poder y la juventud. Op. cit.

78 Sobre una tipología y estructura básica de los partidos tradicionales y no tradicionales, ver Duverger, Maurice. “Los partidos políticos”. Fondo de Cultura Económica, 1996. (Décimoquinta edición). Para este autor, los partidos, para poder recibir esta nominación, deben no ser solo una comunidad solidaria de pares y dirigentes, sino que una estructura que tienda a la permanencia, con un orden interno, con diferenciaciones y tipos especiales de militancia, que la hagan permanente e identificable en el tiempo, sin importar el aporte específico que realice cada uno de sus miembros. En el estudio de Duverger no aparece la variable subjetiva, ya que para el autor el partido es una estructura conformada en la coyuntura, pero con visión de proyecto de trascendencia, en tanto destinada a formar parte de los tiempos de larga duración.

79 Ibáñez, Jesús. “El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden”. Amerinda Estudios, Santiago 1991. P. 24.

80 Ibáñez, Jesús. Op. cit.

81 Ibáñez, Jesús. Op. cit. P. 26.

82 Ibáñez, Jesús. Ibíd. Pp. 28-29.

83 Ibáñez, Jesús. Ibíd. P. 86.

84 Ibáñez, Jesús. Op. cit. P. 89.

85 Subercaseaux, Bernardo. “La constitución del sujeto: de lo singular a lo colectivo” en Identidades y sujetos. Para una discusión latinoamericana. Ed. Universidad de Chile. Santiago, 2002.

86 Subercaseaux, Bernardo. Op. cit. Pp. 131-132.

87 Subercaseaux, Bernardo. Ibíd. Pp. 131-132.

88 Lechner, Norbert. Las sombras del mañana. P. 10.

89 Gazmuri, Jaime y Martínez, Jesús M. EL Sol y la Bruma, Ediciones B,

Santiago 2000. Pp. 165-169.

90 Entrevista a Fernando Ossandón, mayo de 2004. Ver bibliografía.

91 Entrevista a Ernesto Galaz, mayo de 2004.

92 Roussé, Henry. Revista PUENTES N° 2 año 2000. p. 32.

93 Hite, Katherine. When the Romance ended. Leaders of the Chilean Left, 1968-1998. Columbia University Press, New York, 2000. Pp. xx y xxi.

94 Hite, K. Ibíd. P. xxi.

95 De allí que surja la necesidad de hacer un análisis microhistórico.

96 En ese entonces Óscar Guillermo Garretón era el Secretario General del MAPU en el exterior y manifestó hasta el año 1983 posturas bastante ambiguas sobre el ideal renovado y la resistencia armada y popular. De hecho, se le vindica a este líder del MAPU el haber potenciado la formación del MAPU Lautaro en el año 1982. En el momento de la entrevista, era Gerente General de Empresas IANSA y posteriormente fue Presidente de Fundación Chile.

97 Garretón, O. “Sobre la propuesta de Convergencia Socialista para el movimiento popular”. En FRAGUA, Op. cit. P. 96.

98 Boletín Clandestino Venceremos. Mayo de 1975 N° 5.

99 Garretón, Óscar Guillermo. “Sobre la propuesta de Convergencia Socialista para el movimiento popular”. En FRAGUA, Op. cit. P. 94.

100 Eugenio Tironi fue encargado de intervenir en el año 1975 el Frente Exterior del MAPU. Tuvo coqueteos en esos años con la idea de la resistencia armada que planteaban algunos militantes del MIR en el exilio. Después de su vida en México, tomó las riendas de la renovación y hoy es se dedica al tema de la comunicación y las campañas políticas. Bajo su “mano publicitaria” el ex Presidente Ricardo Lagos logró ganar la segunda vuelta electoral en las elecciones del año 2000.

101 Tironi, Eugenio. “La Convergencia Social: 6 breves justificaciones”. 1979. En La Torre de Babel: Ensayos de Crítica y Renovación Política, Sur Ediciones, Santiago 1984.

102 Boletín Venceremos N° 6, junio de 1975.

103 Tironi, Eugenio. “Sólo ayer eramos dioses”, 30 de enero de 1979. En La Torre de Babel. Op. cit. P. 22.

104 Opinión de Ulises Castillo, en Revista FRAGUA N° 1, 1980.

105 Según Tironi, esa disociación tuvo expresiones en la vida cotidiana que indujeron tensiones en la propia identidad de los sujetos. “Y sólo ayer eramos dioses”, SUR, 1978.

106 Foucault, Michel. Saber y verdad., Ed. La Piqueta, Madrid 1992. P. 57.

107 Foucault, Michel. Saber y Verdad. P. 230.

108 Moyano, Cristina. “La seducción del poder y la juventud. Una aproximación desde la historia a la cultura política del MAPU 1969-1973” (Tesis para optar al grado de Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2005).

109 Una profundización de estas características en Moyano, Cristina. “La seducción del poder y la juventud. Una aproximación desde la historia a la cultura política del MAPU 1969-1973”. (Tesis para optar al grado de Magíster en Historia. Universidad de Santiago, 2005).

110 El lema del MAPU en sus años fundacionales es bien representativo de lo expresado, aunque hay que entender el poder como acción de transformación colectiva: “A convertir la victoria en poder y el poder en construcción socialista”.

111 Valga la comparación también en el plano de la representación de los miembros de la colectividad. El MAPU solo tuvo 29 víctimas de la represión política.

112 Lechner fue militante oficial del MAPU solo algunos años, pero participó de dicho grupo de referencia en su trabajo en FLACSO y era comúnmente asociado a ese colectivo político.

113 Puryear, Jeffrey. Thinking Politics. Intellectuals and democracy in Chile 1973-1978. The John Hopkins Press, Baltimore and London, 1994.

114 En FLACSO trabajaron Lechner, Moulian, Brunner y Garretón y en SUR, Javier Martínez y Eugenio Tironi.

115 Baca Olamendi, Laura. Bobbio: los intelectuales y el poder. Ed. Océano, México 1998. Pp. 46-47.

116 Baca Olamendi, Laura. Bobbio: los intelectuales y el poder. P. 45.

117 Baca Olamendi, Laura. Bobbio: los intelectuales y el poder. P. 42.

118 Baca Olamendi, Laura. Op. cit. P. 76.

119 Baca Olamendi, Laura. Ibíd. P. 77.

120 Baca Olamendi, Laura. Op. cit. P. 102.

121 Foucault, Michel. Microfísica del Poder. Ed. La Piqueta, Madrid 1972.

122 Baca Olamendi, Laura. Op. cit. P. 136.

123 Moulian, Tomás. “Evolución histórica de la izquierda chilena: la influencia del marxismo”. Documentos para el encuentro de Chantilly, 1982.

124 Esta idea será retomada por Moulian, Tomás y Torres, Isabel. “Sistema de partidos en la década del sesenta. Antecedentes históricos”. FLACSO, 1989. P. 1 y Moulian, Tomás. “El régimen de gobierno 1933-1973. Algunos problemas institucionales”. FLACSO, 1989. P. 32.

125 Estos nuevos actores sociales son el campesinado, los jóvenes y las mujeres.

126 Garretón, Manuel Antonio y Moulian, Tomás. “Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile, 1970-1973”. Documento de Trabajo FLACSO. 1977. P. 6.

127 Op.cit. P. 6.

128 Op. cit. P. 142.

129 Moulian y Garretón. Ibíd. P. 143.

130 Op. cit. P. 143.

131 Ibíd. P. 144.

132 Garretón y Moulian. Op. cit. Pp. 145-146.

133 Ibíd. P. 146.

134 Tironi, Eugenio. “Sólo ayer eramos dioses” en Revista Análisis N° 30, 1979. P. 18.

135 Tironi, E. Op. cit. P. 19.

136 Tironi, E. Ibíd. P. 18.

137 Tironi, E. Op. cit. P. 18.

138 Tironi, Eugenio. “Sólo ayer éramos dioses”. P. 19.

139 Ver polémica en La Tercera, Cuerpo de Reportajes, domingos 18 y 25 de septiembre de 2005.

140 Tironi, Eugenio. “Inventario de la crisis de la izquierda” en Proposiciones N° 2. Septiembre de 1980. P. 26.

141 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 26.

142 Tironi, Op. cit. P. 27.

143 Tironi. Op. cit. P. 27.

144 Tironi. Op. cit. P. 28.

145 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 31.

146 Tironi, Eugenio. “La idea de Chile” en Proposiciones 4. Sur Ediciones. 1981. P. 141.

147 Esta idea también está presente en artículos de Norbert Lechner, publicados por FLACSO entre 1980 y 1984.

148 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 144.

149 Tironi, Eugenio y Martínez, Javier. “Clase obrera y modelo económico. Un estudio del peso y la estructura del proletariado en Chile, 1973-1980”. Documento de trabajo N° 15. SUR. Enero, 1983. P. 5.

150 Moulian, Tomás. “Cuestiones de teoría política marxista. Una crítica de Lenin”. Documentos de Trabajo N° 105. FLACSO, diciembre de 1980. P. 9.

151 Moulian, T. Op. cit. P. 9.

152 Moulian, Tomás. Ibíd. P. 13.

153 Moulian, Tomás. “Evolución histórica de la izquierda chilena: la influencia del marxismo”. Documento Encuentro de Chantilly, 1982. P. 248.

154 Moulian, Tomás. Op. cit. P. 291.

155 Moulian, T. Ibíd. P. 292.

156 Garretón, Manuel Antonio. “La política de ayer y hoy. Memorándum para una discusión”. En Documentos de Trabajo. FLACSO. Julio de 1982. P. 26.

157 Garretón, Manuel Antonio. Op. cit. P. 27.

158 Lechner, Norbert. “Revolución o ruptura pactada” en Documento de Trabajo 182. FLACSO. 1983. Pp. 11-12.

159 Moulian, Tomás. “Evolución histórica de la izquierda chilena. La influencia del marxismo”. Documento para Encuentro de Chantilly. 1982. P. 293.

160 Garretón, Manuel Antonio. “La política de ayer y hoy. Memorándum para una discusión”. FLACSO. Mimeo. 1982. P. 21.

161 Garretón, Manuel Antonio. Op. cit. P. 22.

162 Ibíd. P. 20.

163 Garretón, Manuel Antonio. Op. cit. P. 26.

164 Garretón, Manuel. Ibíd. P. 27.

165 Garretón, Manuel Antonio. Op. cit. P. 31.

166 Tironi, Eugenio. “Sólo ayer eramos dioses”. Análisis N° 30. Enero de 1979. Pp. 21-22.

167 Tironi, Eugenio. “La convergencia social: seis breves justificaciones”.

Revista Despertar. Abril, 1980. Pp. 133-134.

168 Tironi, Eugenio. “Nuevo escenario y oposición” en Análisis N° 24, 1981. P. 104.

169 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 106.

170 En esta reflexión se nota el influjo que generaron trabajos como los realizados por Gabriel Salazar en el plano de la reconstrucción de los sujetos populares.

171 Tironi, Eugenio. “Nuevo escenario y oposición”. En Análisis N° 24. P. 104.

172 Referencia metafórica.

173 Este problema se encuentra trabajado en Moyano, Cristina. “La seducción del poder y la juventud. Un acercamiento desde la historia a la cultura política del MAPU 1969-1973”. (Tesis para optar al grado de Magíster en Historia. Universidad de Santiago de Chile. 2005).

174 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 107.

175 Tironi, Eugenio. “Anotaciones acerca del cambio social y la política”. Agosto de 1983.

176 Lechner, Norbert. “Notas sobre la vida cotidiana II. Agonía y protesta de la sociabilidad”. Documento de Trabajo, FLACSO. 1983. P. 6.

177 Tironi, Eugenio. “Nuevo escenario y oposición”. En Revista Análisis N° 24, 1981. Pp. 108-109.

178 Tironi, Eugenio. “La Convergencia Social: seis breves justificaciones”. En Revista Despertar. Abril de 1980. P. 135.

179 Tironi, Eugenio. “La refundación teórica del socialismo y la problemática neoliberal. La segunda renovación” en Proposiciones N°7, 1982. P. 3.

180 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 3.

181 Brunner, José J. “Agentes y predicadores en la formación de la conciencia burguesa”. Material de Discusión N° 49. FLACSO. 1983.

182 Brunner, José J. “Cultura y crisis de hegemonías”. Documento de Trabajo para la reunión sobre Reconstitución del Estado organizada por la Revista de Pensamiento Iberoamericano, que se realizará en Segovia en enero de 1984. Documento escrito en FLACSO en diciembre de 1983.

183 Garretón, Manuel. “La política de ayer y hoy”. Mimeo, 1982. P. 24.

184 Tironi, Eugenio. “Sólo ayer eramos dioses” En Revista Análisis N° 30. Enero de 1979. P. 20.

185 Tironi, Eugenio. “Inventario de la crisis de la izquierda”. En Proposiciones N° 2. Septiembre de 1980. P. 29.

186 Tironi, Eugenio. “Inventario de la crisis de la izquierda”. En Proposiciones N° 2. Septiembre de 1980. P. 28.

187 Moyano, Cristina. “La seducción del poder y la juventud. Un acercamiento desde la historia a la cultura política del MAPU. 1969-1973” (tesis para optar al grado de Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2005).

188 Tironi, Eugenio. “Inventario de la crisis de la izquierda” en Proposiciones N° 2. Septiembre de 1980. P. 29.

189 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 34.

190 Martínez, Javier y Tironi, Eugenio. “Clase obrera y modelo económico. Un estudio del peso y la estructura del proletariado en Chile, 1973-1980” Documento de Trabajo Sur N°15, enero de 1983. P. 9.

191 Martínez, Javier y Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 12.

192 Martínez y Tironi. Op. cit. P. 14.

193 Tironi, Eugenio. “Nuevo escenario y oposición” en Análisis N° 24, 1981. P. 104.

194 Tironi, Eugenio. “Nuevo escenario y oposición” en Análisis N° 24, 1981. P. 105.

195 Incautación del arsenal del FPMR en Carrizal, el fallido atentado a Pinochet y la protesta número 10 de mayor convocatoria, que fue precedida del anuncio del régimen que sería controlada con 10.000 efectivos militares en las calles. (Precisión de Fernando Ossandón Correa, en entrevista, mayo 2004).

196 Valenzuela, Arturo. El quiebre de la democracia en Chile. Universidad Diego Portales, Santiago, 2002.

197 CPM y CPC: conceptos utilizados por Gabriel Salazar en su Historia contemporánea de Chile. Sobre la constitución de un nuevo sujeto “rebelde y subversivo” ver Rozas, Pedro. Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena 1990-2004. Ed. Lom. Santiago, 2004. El texto de Rosas está fuertemente influenciado por otro texto de Salazar, Gabriel. Violencia Política Popular en las Grandes Alamedas. Sur Ediciones. Santiago, 1990.

198 Tironi, Eugenio. El cambio está aquí. La Tercera-Mondadori, Santiago, 2000.

199 Moyano, Cristina. Mapu o la seducción del poder y la juventud. Op. cit.

200 Militantes como Luis Magallón, Víctor Basauri, Paulina Saball, Fernando Ossandón, Daniela Sánchez, entre otros, entrevistados entre enero 2004 y marzo 2005.

201 Estas reflexiones aparecen en Garretón, Manuel Antonio, desde 1985 en adelante.

202 Esta problemática ha tenido puntos críticos en el debate público, como en el año 1994 y en los años 2004 y 2005.

203 El socialismo comprende tanto al Partido Socialista como al partido instrumental creado para la inscripción electoral socialista de 1987: Partido por la Democracia (PPD).

204 Ver último capítulo de esta investigación.

205 Nadie puede integrarse a una comunidad política que selló su propia vida útil en 1989, por lo que se agota en los sujetos que lo constituyeron entre 1969 y 1989.

206 Tironi, Eugenio. El Liberalismo real. Sur Ediciones, Santiago, 1986. P. 32.

207 Moulian, Tomás y Torres, Isabel. “Sistema de partidos en la década del sesenta. Antecedentes históricos”. FLACSO, 1989. P. 1.

208 Moulian, Tomás. “El régimen de gobierno 1933-1973. Algunos problemas institucionales”. FLACSO, 1989.

209 Moulian, Tomás. “El régimen de gobierno 1933-1973. Algunos problemas institucionales”. FLACSO, 1989. P. 32.

210 Moulian, T. Op. cit. P. 66.

211 Tironi, Eugenio. El liberalismo real. Sur Ediciones, Santiago, 1986. P. 33.

212 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 34.

213 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 34.

214 Reflexiones que tienen mayor importancia en los textos de Eugenio Tironi.

215 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 56.

216 De Tironi, Garretón, Moulian y Brunner.

217 Garretón, Manuel Antonio. “Proyecto, trayectoria y fracaso de las dictaduras militares en el Cono Sur: un balance”. FLACSO, Documento de Trabajo N° 217. Santiago, 1984.

218 Garretón, Manuel Antonio. “Partido y sociedad en un proyecto socialista”. FLACSO, Documento de Trabajo N° 266. Santiago, 1985.

219 Tironi, Eugenio. “Anotaciones acerca del cambio social y la política”, agosto de 1983. En La Torre de Babel. Ensayos de Crítica y Renovación Política. Sur Ediciones, Santiago, 1984. P. 63. El énfasis es mío.

220 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 67.

221 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 55.

222 Tironi, Eugenio. Op. cit. Pp. 55-56.

223 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 68.

224 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 68.

225 Brunner, José Joaquín. “Socialismo y competencia” en Revista Cauce, 57: 29. Enero de 1986.

226 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 68.

227 Tironi, Eugenio. Ibíd. Pp. 69-70.

228 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 70.

229 Brunner, J.J. “Alianzas y Concertaciones” en Revista Cauce, 62: 29. Febrero de 1986.

230 Garretón, Manuel A. “Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile”. FLACSO. Documento de Trabajo N° 334. Abril de 1987. P. 26.

231 Brunner, J.J. “Frente al PC” en Revista Cauce, 71: 28. Abril de 1986.

232 Garretón, Manuel Antonio. “1986-1987. Entre la frustración y la esperanza. Balance y perspectiva de la transición a la democracia en Chile”. Documento de Trabajo FLACSO, N° 329, enero de 1987. P. 17.

233 Garretón, Manuel Antonio. “Transición hacia la democracia en Chile e influencia externa. Dilemas y perspectivas”. Documento de Trabajo, FLACSO,

Nº 282, enero 1986. Pp. 25-26.

234 Tironi, Eugenio. El liberalismo real. Sur Ediciones, Santiago, 1986. P. 108.

235 Tironi, Eugenio. El liberalismo real. Sur Ediciones, Santiago, 1986.

236 Tironi, Eugenio. El liberalismo real. Sur Ediciones, Santiago, 1986. P. 121.

237 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 122.

238 Garretón, Manuel Antonio.” 1986-1987. Entre la frustración y la esperanza. Balance y perspectiva de la transición a la democracia en Chile” FLACSO, Documento de Trabajo 329. Santiago, 1987. P. 10.

239 Brunner, José Joaquín. “Notas sobre la situación política chilena a la luz de los resultados de encuestas preliminares”. Material de Discusión N° 80. FLACSO, 1986.

240 Garretón, Manuel Antonio. Reconstruir la política. Transición y consolidación democrática en Chile. Ed. Andante, Santiago, 1987. Pp. 159-160.

241 Garretón, Manuel Antonio. Ibíd. P. 160.

242 Garretón, Manuel. “Las ideas de la renovación socialista. Síntesis y balance”. Documentos de Trabajo FLACSO N° 93. Marzo 1987. P. 27.

243 Brunner, J.J. “La otra izquierda”. Revista Cauce, 77: 40, junio, 1986.

244 Tironi, Eugenio. El liberalismo real. Sur Ediciones, Santiago, 1986. P. 147.

245 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 148.

246 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 151.

247 Tironi, Eugenio. El liberalismo real. Ediciones Sur, Santiago, 1986. P. 132.

248 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 132.

249 Garretón, Manuel A. Reconstruir la política. Transición y consolidación democrática en Chile. Ed. Andante, Santiago, 1987. Pp. 267-268.

250 Garretón, Manuel Antonio. A reconstruir la política. Transición y consolidación democrática en Chile. Ed. Andante, Santiago, 1987. P. 269.

251 Garretón, Manuel Antonio.”Las condiciones sociopolíticas de la inauguración democrática en Chile”. FLACSO, N° 444. Abril de 1990.

252 Garretón, Manuel Antonio. “Transición hacia la democracia en Chile e influencia externa. Dilemas y perspectivas”. FLACSO, Documento de Trabajo N° 282. Santiago, 1986. P. 25.

253 Garretón, Manuel Antonio. Op. cit. P. 24.

254 Garretón, Manuel Antonio. “Las ideas de la renovación socialista. Síntesis y balance”. Documento de Trabajo N° 93. FLACSO, Santiago, 1987. P. 26.

255 Tironi, Eugenio. El Liberalismo real. Sur Ediciones, Santiago, 1986. Pp. 136-137.

256 Garretón, Manuel Antonio. “Reconstrucción y democracia. La doble problemática del sistema político chileno”. Documento de Trabajo N° 364, FLACSO, Santiago, 1987. P.18.

257 Garretón, Manuel Antonio. Op. cit. P. 18.

258 Garretón, Manuel Antonio. “Reconstrucción y democracia. La doble problemática del sistema político chileno”. FLACSO. Documento de Trabajo N° 364. Santiago, Pp. 46-47.

259 Garretón, Manuel. “Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile”. FLACSO, Documento de

Trabajo N° 334, Santiago, 1987. P. 27.

260 Tironi, Eugenio. “Nuevo escenario y oposición”. Revista Análisis. Santiago, 1981.

261 Está temática está desarrollada en las conclusiones y puede consultarse también el anexo documental.

262 Garretón, Manuel A. “Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile”. FLACSO. Documento de trabajo N° 334. Abril de 1987. P. 31.

263 Tironi, Eugenio. La invisible victoria. Sur Ediciones, Santiago, 1990. P. 63.

264 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 45.

265 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 49.

266 Tironi, Eugenio. El liberalismo real. Sur Ediciones, Santiago, 1986. P. 152.

267 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 162.

268 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 162.

269 Carta de Diego Portales a José Miguel Cea en marzo de 1822. En Cartas con historia. Editorial Los Andes, Santiago, 1998, P. 35.

270 Lechner, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y democracia. CLACSO, Buenos Aires, 1987. P. 30.

271 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 30.

272 Lechner, Norbert. Ibíd. P. 31.

273 Garretón, Manuel. “Las ideas de la renovación socialista. Síntesis y balance”. FLACSO, Documento de Trabajo N° 93. Santiago, 1987.

274 Lechner, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política. CLACSO, Buenos Aires, 1985. P. 41.

275 Lechner, Op. cit. P. 42.

276 Tironi, Eugenio. El Liberalismo real. Sur Ediciones, Santiago, 1986. P. 50.

277 Garretón, Manuel. “Las ideas de la renovación socialista”. Op. cit. P. 12.

278 Garretón, Manuel Antonio. Op.cit. P. 11.

279 Garretón, Manuel Antonio. Op. cit., P. 13.

280 Tironi, Eugenio. El Liberalismo real. Sur Ediciones, Santiago, 1986. P. 51.

281 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 56.

282 Garretón, Manuel Antonio. Ibíd. P. 22.

283 Garretón, Manuel Antonio. Ibíd. P. 23.

284 Garretón, M. A. Op. cit. P. 36.

285 Garretón, M. Ibíd. P. 2.

286 Metáfora utilizada por Garcés, Mario y De la Maza, Gonzalo para analizar las jornadas de protesta popular en Chile entre 1983 y 1984.

287 Garretón, Manuel Antonio. “1986-1987. Entre la frustración y la esperanza. Balance y perspectiva de la transición a la democracia en Chile”. FLACSO, Documento de Trabajo N° 329. Santiago, 1987. Pp. 3-4.

288 Quiero resaltar el concepto de nación, que vendrá a reemplazar en el discurso renovado al concepto de pueblo.

289 Lechner, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política. CLACSO, Buenos Aires, 1987. P. 29.

290 Lechner, Norbert. Ibíd. P. 35.

291 Tironi, Eugenio. La invisible victoria. Sur Ediciones, Santiago, enero de 1990. P. 13.

292 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 18.

293 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 18.

294 Este término aparece por primera vez en los escritos de 1987. Ver referencias bibliográficas.

295 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 16.

296 Lechner, Norbert. Ibíd. P. 36.

297 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 52.

298 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 59.

299 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 37.

300 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 42.

301 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 43.

302 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 37.

303 Tironi, Eugenio. La invisible victoria. Sur ediciones, Santiago, 1990. P. 22.

304 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 23.

305 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 25.

306 Esto emerge del análisis de los textos renovados y, por ende, no constituye un juicio histórico de quien investiga.

307 Tironi, Eugenio. La invisible victoria. Sur Ediciones, Santiago, 1990. P. 29.

308 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 29.

309 Garretón, Manuel Antonio. “Transición hacia la democracia en Chile e influencia externa. Dilemas y perspectivas”. FLACSO. Documento de Trabajo N ° 282. Santiago, 1986. P. 8.

310 Garretón, Manuel A. Op. cit. P. 8.

311 Lechner, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política. CLACSO, Buenos Aires, 1987. P. 85.

312 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 88.

313 Lechner, Norbert. Op. Cit. P. 90.

314 Es necesario precisar que el triunfo del NO no solo debe entenderse como un buen diseño comunicacional; sin duda que habían factores sociales, culturales, políticos y económicas de gran importancia que contribuyeron a dicho triunfo. Sin embargo, nos concentraremos en la “estrategia comunicacional” porque ella permite observar la puesta en escena de los valores y atractivos con los que pretendía presentarse socialmente un sector de oposición a la dictadura.

315 Tironi, Eugenio. La invisible victoria. P. 43.

316 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 43.

317 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 45.

318 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 47.

319 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 47.

320 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 50.

321 Tironi, Eugenio. La invisible victoria. P. 56.

322 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 60.

323 Lechner, Norbert. Los patios interiores de la democracia, subjetividad y política. (Capítulo escrito en 1985. “De la revolución a la democracia”). CLACSO, Bs. Aires, 1987. P. 42.

324 Lechner, Norbert. Op. cit. P. 43.

325 Lechner, Norbert. Ibíd. P. 108.

326 Lechner, Norbert. Op. Cit. P. 109.

327 Garretón, Manuel Antonio. “1986-1987. Entre la frustración y la esperanza. Balance y perspectiva de la transición a la democracia en Chile”. FLACSO, Documento de Trabajo N° 329, Santiago, 1987. P. 13.

328 Garretón, Manuel Antonio. “Las condiciones sociopolíticas de la inauguración democrática en Chile”. FLACSO, Documento de Trabajo N° 444, Santiago, 1990. P. 3.

329 Garretón, Manuel Antonio. Ibíd. P. 19.

330 Garretón, Manuel Antonio. “Reconstrucción y democracia. La doble problemática del sistema político chileno”. FLACSO, Documento de Trabajo N° 364, Santiago 1987. Pp. 46-47.

331 Garretón, Manuel Antonio. “Las condiciones sociopolíticas de la inauguración democrática en Chile” FLACSO, Documento de Trabajo N° 444, abril de 1990. P. 31.

332 Garretón, Manuel Antonio. Op. cit. P. 32.

333 Garretón, Manuel Antonio. Op. cit. P. 33.

334 Garretón, Manuel Antonio. Op. cit. P. 33.

335 Moulian, Tomás. La forja de ilusiones: el sistema de partidos. 1932-1973... Arcis-FLACSO, Santiago 1993. P. 233.

336 Op. cit. P. 234.

337 Illanes, María Angélica. La batalla de la memoria. Ed. Planeta, Santiago, 2002. P. 139.

338 Hobsbawm, Eric. Historia del Siglo XX. Ed. Crítica, Madrid, 1996.

339 Moulian, Tomás. Op cit. P. 237.

340 Tironi, Eugenio. “Solo ayer eramos dioses”. En La Torre de Babel. Ensayos de Crítica y Renovación política. Santiago, Sur Ediciones, 1984. P. 170.

341 Moulian, T. Op. cit. P. 239.

342 Moulian, T. Ibíd. P. 24.

343 Moulian, T. Ibíd. P. 243.

344 Tironi, E. Op. cit. P. 18.

345 Moulian, T. Op. cit. P. 244.

346 Illanes, M. A. Op. cit. P. 147.

347 Jocelyn Holt, Alfredo. El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar. Ed. Planeta/Ariel, Santiago 1998. P. 94.

348 Jocelyn Holt, A. Op. cit. P. 97.

349 Jocelyn Holt, A. Ibíd. P. 99.

350 Op. cit. P. 100.

351 Op. cit. P. 100.

352 Moulian afirma que los teóricos de la dependencia “corrigieron las tentaciones historicistas-voluntaristas o ‘subjetivistas’ para afirmar ‘la necesidad

actual' del socialismo desde una lógica estructural. El objetivo de ese discurso antietapista consistió en demostrar que ya no había espacio ni condiciones de viabilidad en América Latina para un nuevo intento de modernización en el marco del capitalismo ni para una tercera vía". Op. cit. P. 250.

353 Moulian, T. Op. cit. P. 249.

354 Corvalán M, Luis. Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico. CESOC, Santiago, 2000.

355 Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo. Memoria de la izquierda chilena. Tomo 1. Ediciones B. Chile, Santiago, 2003. Pp. 430-431.

356 Moulian, T. Ibíd. P. 252.

357 Moulian, T. Op. cit. Pp. 254-255.

358 Moulian, T. Ibíd. P. 256.

359 Moulian, T. Op. cit. P. 263.

360 Illanes, María Angélica. Op cit. P. 151.

361 Illanes, María Angélica. Op. cit. P. 150.

362 Illanes, M. A. Ibíd. P. 158.

363 Esto es tratado en profundidad en la investigación que realicé para obtener el grado de Magíster en Historia, titulada “La seducción del poder y la juventud. Un acercamiento desde la historia a la cultura política del MAPU 1969-1973”.

364 Tironi, Eugenio. “Carta a El Mercurio” (1981). En La Torre de Babel. Ensayos de crítica y renovación política. Sur Ediciones, 1984. Pp. 15-16.

365 Moyano, Cristina. Mapu o la seducción del poder y la juventud. Op. cit.

366 Carta a la Comisión Política del PC, fines de 1974 o principios de 1975. FLACSO, Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

367 Boletín Venceremos N° 7. 1975. FLACSO, F. Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

368 Boletín Venceremos N° 7. 1975. FLACSO, F. Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

369 Boletín Venceremos N° 7. 1975. FLACSO, F. Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

370 Boletín Venceremos sin número. 1977. FLACSO, Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

371 Boletín Venceremos sin número. 1977. FLACSO, Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

372 Boletín Venceremos sin número. 1977. FLACSO, Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

373 Boletín Venceremos sin número. 1977. FLACSO, Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

374 Es interesante resaltar la confluencia con el discurso intelectual, quien instalará posteriormente y a raíz de estos mismos análisis, los conceptos de “convergencia” y “concertación”. Ver Garretón y Tironi, en sus escritos entre 1977 y 1983.

375 Chapa política de Eugenio Tironi.

376 Carlos Montes. Junio de 2004.

377 Carrizal fue el lugar ubicado en las costas del norte de nuestro país, ocupado como lugar estratégico por donde el Frente Patriótico Manuel Rodríguez internó armas destinadas a dotar militarmente a la resistencia a la dictadura militar, en la

mitad de la década de los 80.

378 Entrevista a Carlos Montes, junio 2004.

379 Boletín De Frente, 1978. FLACSO, F. Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

380 Boletín Venceremos N° 19, noviembre de 1979. FLACSO, F. Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

381 Boletín Venceremos sin número, 1977. FLACSO, F. Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

382 Hanneman, Robert. Introducción a los métodos del análisis de redes sociales. Traducción disponible en
<http://wizard.ucr.edu/rhannema/netwoks/text/texindex.html>. Octubre, 2000.

383 Hanneman, Robert. Ibíd.

384 Boletín Venceremos N° 19, noviembre de 1979. FLACSO. F. Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

385 En especial para el Partido Socialista, según la tesis de Luis Corvalán.

386 Y en el caso del Partido Comunista esta renovación de ideas no se acomodó al modelo eurocomunista y a partir del año 83 el PC cambia su línea política de la colaboración interpartidista y la resistencia modelo Frente Popular, a la idea de la insurrección armada. Para revisar el proceso interno en la clandestinidad del PC comprendido antes de este cambio de giro, ver: Álvarez, Rolando. Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980). Ediciones Lom, 2003.

387 Documento de producción clandestina. “A los partidos hermanos de la izquierda chilena”. FLACSO, Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

388 Entrevista a Carlos Montes. Junio 2004.

389 Ver Carta de Óscar Guillermo Garretón a Jorge Arrate, Berlín 1976. Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

390 Documento “A los partidos hermanos de la izquierda chilena”. 1975.

391 Óscar Guillermo Garretón, comentarios escritos a la primera versión de esta monografía, realizada en junio de 2004.

392 Óscar Guillermo Garretón. Op cit.

393 Garretón, Óscar Guillermo. Op. cit.

394 Este recuerdo de Carlos Montes es también resignificado por Óscar Guillermo Garretón, quien testimonia lo siguiente: “Debo ratificar la versión de Montes. Más allá de un discurso de alianza amplia que incluía al MIR y una actitud de acercamiento al pequeño exilio DC, este no fue un gran tema nacido en el exterior. Sí, tienes razón que había una intención de mantener la UP vigente fuera, parte por inercia de alianza cuando la desunión de la izquierda era uno de los traumas postgolpe, como por la fuerza que ello daba a una solidaridad que iba desde EE.UU. a la URSS pasando por todos los continentes. La visión de una alianza más estrecha con el MIR la trajo el “representante del interior”, o sea, Tironi. En esto fue muy insistente. Ello tuvo un punto de crisis en que –con la autoridad indiscutida del interior– se acordó con el MIR un documento conjunto de alianza que se firmaría en Estocolmo. Evento para el cual el MIR ofrecía colocar tras la mesa de la firma la bandera de la Patria Vieja que se habían robado de la Biblioteca Nacional. Mi incomodidad ante dicho cambio de eje de la alianza se tradujo en mi negativa a aparecer en esa foto y le pedí a Tironi que como máxima autoridad apareciera en él junto a Nelson Gutiérrez, encargado externo del MIR. No recuerdo la fecha ni que pasó finalmente, pero eso habrá quien pueda decírtelo. Pienso que Ernesto Galaz debe acordarse”. Op. cit.

395 Entrevista a Carlos Montes. Junio de 2004.

396 Sergio Sánchez fue vicepresidente de la CUT y embajador en Yugoslavia durante el período de la Unidad Popular.

397 Entrevista a Ernesto Galaz. Mayo de 2004.

398 Entrevista a Sergio Sánchez. Junio, 2004.

399 En la realidad dicha conferencia fue realizada en Holanda.

400 Documento del FETEX. Bélgica. 1977.

401 Entrevista a Ernesto Galaz. Mayo de 2004.

402 Documento “A los partidos de la izquierda chilena en Bélgica”. 1978.

403 Tironi, Eugenio. “La Convergencia Social: 6 breves justificaciones”. Santiago, Revista Apsi.

404 Tironi, Eugenio. Op. cit. P. 137.

405 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 137.

406 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 138.

407 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 138.

408 Tironi, Eugenio. Ibíd. P. 138.

409 Óscar Guillermo Garretón. Op. cit.

410 Ibíd.

411 Revista FRAGUA. N° 1. Francia, marzo de 1980.

412 Asistieron por el MAPU a dicho seminario: Óscar Guillermo Garretón (Secretario General del Partido en el exterior), Julio López (encargado exterior del partido), Javier Ossandón (miembro del Secretariado Exterior y representante del MAPU en Chile Democrático), Ricardo López (encargado de Europa), Simón Tecco (Yugoslavia), Ernesto Galaz y Teodosio Cifuentes (Bélgica) y Ulises Castillo (Chile).

413 FRAGUA., Ibíd. P. 55.

414 Acta del Seminario de Ariccia. En Revista Fragua. Op. cit. P. 56.

415 Acta del Seminario. Ibíd. P. 56.

416 Me parece importante rescatar esa propuesta de felicidad que debía asumir el socialismo como valor por realizar, sobre todo por el elemento epicúreo que más tarde tomó cuerpo en la fundación del Lautaro hacia 1983.

417 Garretón, Óscar. “Sobre la propuesta de Convergencia Socialista para el movimiento popular”. En Fragua. Op. cit. P. 95.

418 Garretón, Óscar. P. 98.

419 Garretón, Óscar.Op, cit. P. 98.

420 Garretón, Óscar. Ibíd. P. 101.

421 Ossandón, Javier. “Hacia una estrategia para derrocar a la dictadura y democratizar al país”. En FRAGUA. Op. cit. P. 131.

422 Garretón, Óscar. Ibíd. P. 102.

423 Garretón, Óscar. Ibíd. P. 105.

424 González, Rodrigo. “Un nuevo proyecto para Chile”. En FRAGUA. Op. cit. P. 117.

425 Acuerdos del II Pleno en Clandestinidad. Santiago, 1980.

426 Acuerdos del II Pleno en Clandestinidad. Santiago, 1980.

427 Estos calificativos fueron usados por los propios militantes en sus memorias

sobre el quiebre. Al respecto, Moyano, C. “Mapu o la seducción del poder y la juventud”. Op. cit.

428 Gazmuri, Jaime y Martínez, Jesús. El Sol y la Bruma (Edic. Plan B. Año, 2004). P. 155.

429 Gazmuri, Jaime. Op. cit. P. 156.

430 Gazmuri, Jaime. Op. cit. P 170.

431 Gazmuri, Jaime. Ibíd. P. 180.

432 Gazmuri, Jaime. Ibíd. P. 166.

433 Gazmuri, J. Op. cit. P. 179.

434 Insulza, José M. “El MAPU obrero y campesino. El futuro de la unidad popular”, en Cuadernos de Marcha, marzo-abril de 1980. Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

435 Viera Gallo, José Antonio. “Renovar la izquierda”. Revista Chile-América 50-51. Enero-febrero de 1979 e Insulza, José M. “La Democracia Cristiana y la Unidad Antifacista”, revista Resistencia Chilena, N° 9, mayo de 1977.

436 “A todos los organismos y militantes del Partido en Chile y en el exterior”, mayo de 1974. FLACSO, Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle.

437 Esta reflexión dentro del Partido Socialista toma cuerpo en el conocido “Documento de Marzo”, que genera una aguda y dura crítica de Carlos Altamirano en el exilio, quien conserva el cargo de Secretario General. A juicio de Altamirano este documento representa el triunfo de las tesis revisionistas dentro del PS, que han abandonado la idea revolucionaria del socialismo y que expresa simultáneamente las pugnas entre este líder político y Clodomiro Almeyda, ex ministro, muy cercano a las posturas reformistas y aliancistas del presidente Allende.

438 “A todos los organismos y militantes...”

439 Utilizando el lenguaje de la época.

440 “A desarrollar la gran alianza democrática para construir la nueva democracia en Chile”, MOC, 1975. Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

441 Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo. “Memoria de la izquierda chilena”. Op. cit.

442 Dirección que estuvo en manos de Augusto Varas, al momento de su creación.

443 Documentos “Evaluación dirección cultural, 1976”. Fondo Documental, Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

444 Entrevista a Jaime Gazmuri en Revista Internacional, enero de 1976. Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

445 Gazmuri, Jaime. “Cómo avanzar en la nueva situación política”, 1977. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

446 Gazmuri, Jaime. Op. cit.

447 Gazmuri, Jaime. Op. cit.

448 Gazmuri, Jaime. Op. cit.

449 Ver capítulos II, III y IV de este libro.

450 Dcto. “El plebiscito no resuelve ninguno de los problemas de la patria”, MAPU-OC, 23 de diciembre de 1977. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle, Flacso. Un desarrollo más extenso lo encontramos también en el documento de la dirección del MOC del 30 de abril de 1978 “El camino democrático de la Patria: hacia el gobierno Democrático Provisional”. Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

451 Dcto. “El desarrollo del Partido en la Resistencia Antifacista y sus actuales desafíos”, 10 de diciembre de 1979. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

452 La división del PS en el año 1979, será recordada por el MAPU-OC como un factor determinante que entorpece las negociaciones políticas con la DC y con la propia dictadura. Dcto. “El MAPU Obrero Campesino y la crisis socialista”. Documento del Comité Central, 1979. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

453 Insulza, José M. “El MAPU Obrero y Campesino. El futuro de la Unidad Popular”. Cuadernos de Marcha. Marzo-Abril de 1980. P. 77. Fondo Documental E. Ruiz-Tagle, FLACSO.

454 Insulza, José M. Ibíd. P. 84.

455 Insulza, José M. Ibíd. P. 85.

456 “Proyecto social democrático, programa político, objetivo socialista”... Insulza, J. Ibíd. P. 85.

457 Insulza, J. M. Op. cit. P. 85.

458 Encuentro celebrado en Francia en 1982.

459 El mismo Gazmuri reconoce que “ya Tomás Moulian hace muchos años, formuló una tesis que nos parecía en ese momento muy discutible, que era la caracterización de la dictadura de Pinochet como una revolución capitalista. Nosotros hablabamos más bien de una dictadura fascista”. P. 312.

460 Gazmuri, Jaime. El Sol y la Bruma. Op.cit. P. 312.

461 Gazmuri, Jaime. El Sol y la Bruma. Op. cit. P. 313.

462 Documento “Carta de la Unión de Jóvenes Democráticos a la UP jvenil. ¡A elevar la capacidad de dirección política de la UPJ”. Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

463 Dcto. “El desarrollo del Partido en la Resistencia Antifacista y sus actuales desafíos”. 10 de diciembre de 1979. Fondo. documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

464 Ibíd.

465 Documento “Evaluación del 2º Encuentro Nacional de Mujeres”, 1979. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

466 Ibíd.

467 Franceschet, Susan. Women and Politics in Chile. London LZynne Rienner Publishers, 2005. Baldez, Liza. Why women protest. Women's Movements in Chile. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.

468 Docto. "El desarrollo del Partido en la Resistencia Antifacista y sus actuales desafíos". 10 de diciembre de 1979. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

469 Ibíd.

470 Gazmuri, Jaime. El Sol y la Bruma. P. 197.

471 Gazmuri, Jaime. Ibíd. P. 257.

472 Gazmuri, Jaime. Ibíd. P. 257.

473 Gazmuri, Jaime. Op. cit. P, 261.

474 Gazmuri, Jaime. Op. cit. P. 275.

475 Carta del Secretariado del Comité Central al Comité Central, julio de 1977. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle.

476 Citado en Arrate, Jorge. Memoria de la izquierda chilena. P. 277.

477 Citado en Arrate, Jorge. Op.cit. P. 293.

478 Citado por Arrate, Jorge. Op. cit. P. 320.

479 Entrevista realizada a Carlos Montes, mayo del 2004.

480 Se hace necesario destacar que en 1979 el Partido Socialista se divide. Un sector renovado liderado por Altamirano y Jorge Arrate y otro sector, mayoritario en Chile, liderado por Clodomiro Almeyda.

481 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón. En Boletín Venceremos, 1979. F. D. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

482 Entrevista a Óscar G. Garretón. Op. cit.

483 Boletín Venceremos, 1980. F.D. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

484 Boletín Venceremos, 1981. F. D. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

485 Con este término nos referimos a la pugna entre el ideario movimentista y unitario que tiene el MAPU entre 1969 y 1970 con el objetivo de ser la tercera

fuerza de la izquierda chilena, que encabezaba el sector juvenil liderado por Rodrigo Ambrosio. En otras palabras, lo que está presente aquí es el abandono de esta matriz generacional que le dio al MAPU parte importante de su identidad histórica en la década del 70. Sobre esta tensión histórica fundacional ver Moyano, Cristina, Mapu o la seducción del poder y la juventud. Op. Cit.

486 Boletín Venceremos, 1981. F. D. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

487 Declaración pública del MAPU, MAPU-OC, IC, PS Altamirano en el exterior. Mayo de 1981. F. D. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

488 Boletín Venceremos, 1981. F.D Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

489 Conclusiones del III Congreso Programático, 1984. F.D. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

490 Conclusiones del III Congreso Programático de 1984. F.D Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

491 Gazmuri, Jaime. El Sol y la Bruma. P. 303.

492 Documento Comité Central MAPU “Un camino de movilización popular y unidad democrática”, 1983. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

493 Ibíd.

494 Documento III Congreso Programático, 1984. MAPU. Fondo documental. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

495 Documento III Congreso Programático, 1984. MAPU. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

496 Gazmuri, Jaime. Op.cit. P. 332.

497 Gazmuri, Jaime. Op. cit. Pp. 340-341.

498 Conclusiones III Congreso de Unidad, 1985. Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

499 Op. cit.

500 Op. cit.

501 Comunicado Público, 22 de julio de 1985.

502 Boletín Alamonda. Marzo 1985. F. D. Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

503 Boletín Alamonda. Enero de 1986. F.D. Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

504 Boletín Alamonda. Abril de 1986. F.D. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

505 Boletín Venceremos, 1981. F.D. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

506 Conclusiones del III Congreso Programático del MAPU, 1984. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

507 Op. cit.

508 Dcto. “Un camino de movilización popular y unidad democrática”, 1983. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

509 Documento “Un camino de movilización popular y unidad democrática”. 1983. Fondo documental. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

510 Op. cit.

511 Op. cit.

512 Conclusiones del III Congreso Programático del MAPU, 1984. Fondo documental. Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

513 Conclusiones del III Congreso Programático del MAPU, 1984. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

514 Ibíd.

515 Op. cit.

516 Op.cit.

517 Resoluciones políticas del III Congreso de Unidad del MAPU, mayo de 1985. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

518 Op. cit.

519 Boletín Venceremos, 1985. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

520 Entrevista a Víctor Barrueto en ALAMONEDA, boletín del partido. Año 1, N° 4, julio de 1985.

521 ALAMONEDA. Boletín MAPU. Año 1, N° 5, 1985. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

522 Entrevista a Guillermo del Valle, en ALAMONEDA. Boletín MAPU, Año 1, octubre de 1985. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle.

523 ALAMONEDA. Boletín MAPU. Año 2. N° 9. Enero de 1986. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

524 Boletín Verde y Rojo. Febrero de 1988. MAPU. Archivo documental donado por el ex militante MAPU, Ernesto Galaz.

525 Documento “Una política socialista para la transición. La democracia es posible”. Ernesto Galaz y Etienne Lefranc. Noviembre de 1988. Aportes para el pleno nacional del MAPU. Archivo documental donado por Ernesto Galaz. P. 7.

526 Documento: “Salida política nacional y bloque por los cambios”. Resoluciones Comité Central MAPU. 24 de enero de 1987. Archivo personal donado por Ernesto Galaz. P. 5.

527 Documento: “Salida política nacional y bloque por los cambios”. Resoluciones Comité Central MAPU. 24 de enero de 1987. Archivo personal donado por Ernesto Galaz. P. 6.

528 Revista Fragua, mayo de 1989. Archivo personal donado por Ernesto Galaz.

529 Revista Fragua, noviembre de 1989. Archivo personal donado por Ernesto Galaz.

530 Boletín Verde y Rojo, 1988. Archivo personal donado por Ernesto Galaz.

531 Boletín Verde y Rojo, agosto de 1988. Archivo personal donado por Ernesto Galaz. P. 22.

532 Boletín Verde y Rojo, agosto de 1988. Archivo personal donado por Ernesto Galaz. P. 21.

533 Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo. Memoria de la izquierda chilena. Tomo 2 (1970-2000). Ed. B, Chile, 2003.

534 Capítulo publicado en la Revista de Historia Social y de las Mentalidades, Año XII, Vol 2, 2008, con pequeñas modificaciones.

535 Conclusiones del III Pleno Nacional en Clandestinidad, 1982. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

536 Boletín Venceremos, 1982. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

537 Entrevista a Guillermo Ossandón Cañas. Junio del 2004.

538 Boletín Venceremos, N° 2. 1982. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

539 Documento MAPU: “Un camino de movilización popular y unidad democrática”, 1983. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

540 Resoluciones políticas del Quinto Pleno Nacional del MAPU, agosto de 1983. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

541 Resoluciones políticas del Quinto Pleno Nacional del MAPU, agosto de 1983. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

542 Sobre los nuevos movimientos sociales, revisar a Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. Historia Contemporánea de Chile. Lom Ediciones, Santiago, 1999-2004. Tomos I al V.

543 Resoluciones políticas del Quinto Pleno Nacional del MAPU, agosto de 1983. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

544 Declaración Pública, marzo de 1984. Comisión Política Partido MAPU. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

545 Documento “17 años de lucha. Contra la ocupación, levantamiento popular”, mayo de 1986. F.D. Eugenio Ruiz-Tagle, FLACSO.

546 Declaración Pública, marzo de 1984. Comisión Política Partido MAPU. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

547 Ibíd.

548 Entrevista a Diego Carvajal (nombre político de Guillermo Ossandón). Enero de 1986. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

549 Entrevista, Ibíd.

550 Entrevista a Diego Carvajal, 1986. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

551 Ibíd.

552 Ibíd.

553 Entrevista a Diego Carvajal. 1986. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

554 Ibíd.

555 La carga negativa e incomprensiva del Lautaro queda bien representada en el texto de Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo. Memoria de la izquierda chilena, Tomo II (1970-2000), Javier Vergara Editor. Capítulos 8 y 9. Santiago, 2003.

556 Berman, Marshall. Aventuras marxistas, Siglo XXI Editores. Madrid, 2002.

557 Salazar, Gabriel. Historia Contemporánea de Chile. Tomo V. Lom Ediciones, Santiago 2002.

558 Salazar, Gabriel. Historia Contemporánea de Chile. Tomo V. Lom Ediciones, Santiago 2002.

559 Estatutos Partido MAPU, marzo de 1988. P. 9. Fondo documental Eugenio Ruiz-Tagle. FLACSO.

560 Ibíd. P. 10.

561 Op. cit. P. 9.

562 Op. cit. P. 36.

563 Entrevista Revista Página Abierta, Año II N° 45, 22 de julio al 4 de agosto de 1991.

564 Eyleen Faure. “Los Locos del Poder. Aproximación histórica a la experiencia del Movimiento Juvenil Lautaro. (1982-1997)”. Tesis para optar al grado de Licenciada en Historia. Universidad de Chile, 2006. P. 38.

565 La Toma de lo Cotidiano, entrevista a Diego Carvajal, Secretario General del partido MAPU, 28a edición, febrero de 1990. P. 23.

566 Ibíd. P. 18.

567 Op. cit. P. 19.

568 Op. cit. P. 20.

569 Revista Página Abierta Año 2 N° 46, quincena del 19 de agosto al 1 de septiembre de 1991. P. 5.

570 Rozas, Pedro. Rebeldía, subversión y prisión política: crimen y castigo en la transición chilena, 1990-2004. Lom Ediciones, 2004.

571 El Mercurio, 14 de febrero de 1987.

572 El Mercurio, 15 de mayo de 1987.

573 El Mercurio, 15 de junio de 1987.

574 El Mercurio, 9 de febrero de 1987.

575 El Mercurio, 21 de marzo de 1987.

576 El Mercurio, La Tercera y La Época, 25 de mayo de 1987.

577 La Tercera, 2 de junio de 1987.

578 Miembro del MAPU-OC.

579 Antiguo militante del MAPU-OC.

580 Antigua militante del MAPU-OC.

581 Ex militante del MIR.

582 El Mercurio, 27 de junio de 1987.

583 El Mercurio, 15 de octubre de 1987.

584 Entrevista a José Miguel Insulza, enero del 2005.

585 El Mercurio 30 de octubre de 1987.

586 La Tercera, 17 de diciembre de 1987.

587 El Mercurio, 19 de diciembre de 1987.

588 El Mercurio, 5 de diciembre de 1987.

589 La Época, 11 de diciembre de 1987.

590 La Época, 26 de enero de 1988.

591 La Época, 3 de febrero de 1988.

592 La Época, 13 de febrero de 1988.

593 La Época, 19 de febrero de 1988

594 La Época, 5 de mayo de 1988.

595 La Época, 19 de mayo 1988.

596 La Época, El Mercurio, 11 de agosto de 1988.

597 La Época, 15 de septiembre de 1988.

598 La Época, 21 de septiembre de 1988.

599 La Época, 9 de octubre de 1988.

600 La Época, 15 de octubre de 1988.

601 La Época, 3 de noviembre de 1988.

602 La Tercera, 15 de abril de 1989.

603 La Tercera, 23 de marzo de 1989.

604 La Tercera, 23 de noviembre del 2006.

605 La Tercera, 12 de agosto de 1989.

606 La Tercera, 7 de agosto de 1989.

607 La Tercera, 28 de noviembre de 1989.

608 La Tercera, 22 de mayo de 1989.

609 Nótese que en noviembre del 2006, casi un año después, el mismo Jorge Schaulsohn en el mismo cuerpo de Reportajes de La Tercera, afirmaba que el caso de corrupción que afecta a la Concertación se entendía porque el nuevo gobierno estaba lleno de “picantes” y “operadores” políticos.

610 Garretón, Manuel Antonio. “Y fue el año decisivo”. Revista APSI, 188: 6, diciembre, 1986. Sección Opinión.

611 Garretón, Manuel Antonio. “Reconstruir las instituciones”. Revista Análisis, 155: 12, agosto, 1986. Sección Nacional.

[612 Brunner, José Joaquín. “Alianzas y Concertaciones”. Revista Cauce, 62: 29, febrero, 1986.](#)

[613 Garretón, Manuel Antonio. “Y fue el año decisivo”. Revista APSI, 188: 6, diciembre, 1986. Sección Opinión.](#)

[614 Garretón, Manuel Antonio. “Melquíades, el Papa y los políticos”. Revista Análisis, 172: 26, abril-mayo, 1987. Sección Nacional.](#)

[615 Correa, Enrique. “Elecciones Libres: responsabilidad opositora”. Revista APSI, 205: 6-7, junio, 1987. Sección Opinión.](#)

[616 Brunner, José Joaquín. “La otra Izquierda”. Revista Cauce, 77: 40, junio, 1986.](#)

[617 Ibíd.](#)

[618 Scantlebury, Marcia. “Óscar Guillermo Garretón: candidato a hombre libre de un país para todos”. Revista Análisis, 252: 11–13, noviembre, 1988. Sección Conversando Con.](#)

[619 Garretón, Manuel Antonio. “Juicio moral y estrategia política”. Revista Análisis, 175: 6, mayo, 1987. Sección Política.](#)

620 Vaccaro, Víctor: “No creemos que haya dos izquierdas; Carlos Montes”.
Revista Cauce, 99: 8-9, marzo, 1987. Sección: Nacional.

621 Brunner, José Joaquín. El Socialismo por la Democracia. Revista Cauce,
112: 48, junio, 1987. Sección Opinión.

622 Brunner, José Joaquín. “Oposición eficaz”. Revista Cauce, 99: 7, marzo,
1987. Los énfasis son míos.

623 Camus, María Eugenia. “Óscar Guillermo Garretón: hay que desestatizar el
país y nacionalizar el Estado”. Revista Análisis, 241: 11-1, agosto, 1988. Sección
Conversando Con.

624 Sociólogo, socio de Tironi y asociados, importante consultora en aspectos
comunicacionales y lobby. Fue el jefe de comunicaciones del presidente Aylwin
en el primer gobierno de la Concertación.

625 Abogado, ex ministro de dos de los gobiernos de la Concertación.
Actualmente es Secretario General de la OEA.

626 Filósofo. Ex ministro del gobierno de Eduardo Frei, ha sido además
consignado como uno de los principales lobbistas de la Concertación. Hoy se
desempeña como asesor, a través de su consultora Imaginacción.

627 Ex subsecretario de Economía del gobierno de Allende; cuando retornó la
democracia se desempeñó como gerente del METRO S.A., de la Telefónica y de

IANSA.

628 Abogado, ex Senador de la República y actual director de la Corporación ProyectAmérica.

629 Hernán Chadwick, quien es dirigente de la UDI y Teresa Chadwick, esposa de José Antonio Viera Gallo y actual directora del CONACE.

630 Ramón Molina, filósofo, profesor titular de la Escuela de Filosofía de la USACH.

631 Tomás Moulian, sociólogo, ex investigador de FLACSO y ex rector de la Universidad ARCIS.

632 Director ejecutivo de CENDA, Centro de Estudios de Economía Crítica. Esposo de Carmen Hertz, quien fue embajadora en Yugoslavia durante el gobierno de M. Bachelet.

633 Sociólogo, ex investigador de FLACSO, importante académico de la Universidad de Chile.

634 Trabajadora social. Ex ministra de los gobiernos de Frei y Lagos, además de subsecretaria en el último periodo de gobierno de Lagos.

635 Actual diputado por el PPD y ex alcalde de Viña del Mar.

636 Ex subsecretario de economía de Allende y gerente de una de las líneas centrales de CORFO durante la UP. Empresario y actual senador de la República.

637 Economista, actual diputado del Partido Socialista.

638 Ex diputado y ex Intendente de la Región Metropolitana.

639 Ex ministro del gobierno de Frei Ruiz Tagle, asesor político de Lagos, ex Intendente de Santiago y ex director de vialidad del MOP, en el último período de Ricardo Lagos.

640 Ex diputado y ex presidente del Banco del Estado.

641 Actual diputada por el PPD.

642 Literato y ex embajador.

643 Presidente de la Fundación Vicente Huidobro.

644 Académico de ARCIS, ex ministro de agricultura del presidente Allende.

645 Senador de la República, ya fallecido.

646 Ex ministro de los gobiernos de la Concertación, hoy se desempeña como académico de la Universidad del Desarrollo.

647 Actual senador de la República.

648 Académico Universidad Alberto Hurtado, director de docencia.

649 Empresario.

650 Periodista chileno, conductor de “Off the Record”.

651 Eduardo Guillastri.

652 Cientista Político, académico de universidades norteamericanas.

653 Filósofo e historiador. Académico del IDEA-USACH.

654 Actual director de SUR.

655 Sociólogo, ex asesor de Ricardo Lagos.

656 Sociólogo, ex investigador de Sur, académico e investigador del IDEA-USACH.

657 Ex directora del PRODEMU, en la administración Lagos, esposa de Óscar Guillermo Garretón. Fallecida.

658 Actual rector de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

659 Fundador del Lautaro.

660 Ex director del FOSIS, en la administración Lagos.

661 Académico y connotado investigador de FLACSO y del PNUD. Fallecido.

662 Académico, ex director fundador de ECO y director de comunicaciones del FOSIS.

663 Ex subsecretaria de Bienes Nacionales de la administración de Frei y Lagos. Ex directora de la CONAMA y subsecretaria de Vivienda durante el gob. de M. Bachelet.

664 El Mercurio. 10/05/1969.

665 El Mercurio. Op. cit.

666 El Clarín. 19/05/1969.

667 El Mercurio. 19/05/1969.

668 La Tercera. 19/05/1969.

669 Entrevista a Herman Mondaca, enero del 2005.

670 Referencias en el anexo documental.

671 Cabe consignar en este caso, que Riesco se va tempranamente del MAPU para participar de las JJCC.

672 Devés, Eduardo. El Pensamiento Latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990). Santiago, Ed. Biblos, 2003.

673 Castoriadis, Cornelius. La institución imaginaria de la sociedad. Ed. A.

Vivens, 1983.

674 Godelier, Maurice. Lo ideal y lo material: Pensamiento, economía y sociedades. Ed. Taurus, 1990.

675 Luckmann, Thomas y Berger, Peter. The social construction of reality: a treatise in the sociology of knowledge. Ed. Penguin, 1971.

676 Stern, Steve. “De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico” en Jelin, Elizabeth (comp.) Las conmemoraciones. Las disputas en las fechas infelices. Madrid, Ed. Siglo XXI de España Editores, 2002.

677 Entrevista a Enrique Correa, marzo del 2005.

678 Entrevista a José Miguel Insulza, febrero 2005.

679 Entrevista a Carlos Montes, junio del 2004.

680 Entrevista a Carlos Montes. Ibíd.

681 Entrevista a Juan Milos, mayo del 2005.

682 El Clarín, 20/05/1969.

683 El Mercurio, 5/08/1969.

684 La Tercera, 11/11/1970.

685 El Mercurio, 15/05/1971.

686 El Clarín, 2/08/1969.

687 Entrevista a Óscar Guillermo Garretón, junio del 2004.

688 Entrevista a Guillermo Ossandón C., octubre 2005.

689 Gazmuri, Jaime. El Sol y la Bruma. P. 180.

690 Gazmuri, Jaime. Op. cit. P. 181.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Documentos Archivo Documental Eugenio Ruiz Tagle

Documentos MAPU-OC

(1981) “La política del partido en la actual situación: una crisis de orientación y de política”.

(1974) “A todos los organismos y militantes del partido en Chile y en el exterior”.

(1980) “Acerca de una acción común y de convergencias política entre el MAPU Obrero Campesino y la IC”.

(1979) “Acta de discusión. IV Pleno del Comité Central”.

(1980) “Acta de discusión V Pleno del Comité Central”.

(1979) “Acta de reunión con presencia PC, PS, PR, MAPU-OC”.

(1979) “Acta de convergencia democrática”.

(1979) “Acuerdo sobre cuestiones pendientes en el CEXCUT por las tendencias firmantes para su aplicación en el interior y exterior del país”.

(1980) “Alerta N° 1”.

(1977) “Algunos problemas de la institucionalidad democrática”.

(1980) Análisis de Abel (Augusto Varas) al documento “El desarrollo del Partido

en la resistencia antifascista y actuales desafíos”.

(1979) “Análisis de la política dictatorial para implantar el conformismo en el país”.

(1974) “Análisis coyuntural”.

(1979) “Antecedentes y proposiciones para una política cultural del partido en el exterior”.

(1978) “Anexo al informe sobre el resultado de la consulta al Comité Central sobre proposiciones orgánicas de funcionamiento del partido”.

(1980) “Aprender de nuestra experiencia: un aspecto necesario a desarrollar en nuestra práctica política”.

(1974) “Aprender las lecciones del pasado para construir el futuro”.

(1976) “Bandera verde”.

(1979) “Boletín informativo del Comité Central N° 2”.

(1980) “Borrador carta de respuesta del Comité Central a Comisión Exterior del MAPU Obrero Campesino”.

(1977) “Cómo avanzar en la nueva situación política”.

(1980) “Características del nuevo orden democrático por construir”.

(1978) “Carta Abierta a los miembros del Grupo de Estudios de la Reforma Constitucional”.

(1980) “Carta a Carlos de Enrique Correa”.

(1980) “Carta de Antonio Fernández, Santiago, diciembre de 1980, al Comité Central del MAPU Obrero Campesino”.

(1979) “Carta de Joaquín al Pleno del Comité Central”.

(1979) “Carta de la Unión de Jóvenes Democráticos a la Unidad Popular Juvenil: A elevar la capacidad de dirección política de la UPJ”.

(1979) “Carta del Comité Político Sindical Coordinador, Santiago, al Comité Exterior de la Central Única de Trabajadores”.

(1979) “Carta del Comité Político Sindical de Chile, Santiago, al Comité Exterior de la Central Única de Trabajadores, París/Comité Político Sindical de Chile; Partido Comunista; Partido Socialista; Partido Radical; MAPU Obrero Campesino - Santiago, Chile”.

(1980) “Carta del V Pleno del Comité Central a la Comisión Exterior del partido”.

(1981) “Carta, agosto 1981, de la Comisión Nacional de RRPP del MAPU Obrero Campesino al Secretariado del Comité Central del MAPU Obrero Campesino”.

(1977) “Carta, julio 1977, para el Comité Central del MAPU Obrero Campesino del Secretariado del Comité Central del MAPU Obrero Campesino”.

(1979) “Carta, julio 1979, de Augusto Varas, miembro del Comité Central, al Secretariado Político del MAPU Obrero Campesino”.

(1977) “Carta, julio de 1977, para Gerardo Rodríguez del Secretariado del Comité Central del MAPU Obrero Campesino”.

(1977) “Carta, julio de 1977, para José Olavarría del Secretariado del Comité Central del MAPU Obrero Campesino”.

(1977) “Carta, julio de 1977, para Juan Enrique Vega del Secretariado del Comité Central del MAPU Obrero Campesino, Santiago”.

(1977) “Carta, julio de 1977, para Sergio López del Secretariado del Comité Central del MAPU Obrero Campesino”.

(1980) “Carta, septiembre 1980, de la Dirección Regional del Regional Universitario Cultural a Jaime Gazmuri, Secretario General del Partido, Santiago”.

(1979) “Citación y Tabla para el IV Pleno del Comité Central”.

(1979) “Citación y tabla del V Pleno del Comité Central”.

- (1976) “Comentario de Jaime Estévez, dirigente del MAPU Obrero y Campesino”.
- (1980) “Comentarios a declaración partidista” (A. Varas).
- (1979) “Comunicado al Comité Central”.
- (1979) “Comunicado al Comité Central”.
- (1980) “Comunicado y convocatoria de la mesa al V Pleno del Comité Central”.
- (1985) “Declaración Pública/Partido Socialista; Izquierda Cristiana; Partido Comunista; Movimiento de Izquierda Revolucionaria; MAPU Obrero Campesino; MAPU. Santiago, Chile: 29 de agosto 1985”.
- (1978) “Declaración. Partido MAPU-O.C.”.
- (1975) “Desarrollar la gran alianza democrática para construir la nueva democracia en Chile”.
- (1979) “Discurso de conmemoración del X Aniversario”.
- (1976) “Documento Político”.
- (1980) “Documento de discusión sobre política para el frente femenino”.
- (1980) “Documentos del MAPU-OC. El futuro de la Unidad Popular” (por J.M. Insulza).
- (1979) “El MAPU Obrero y Campesino al pueblo de Chile”.
- (1979) “El MAPU Obrero y Campesino y la crisis del Partido Socialista”.
- (1975) “El MAPU Partido de Obreros y Campesinos”.
- (1980) “El Partido”.
- (1978) “El camino democrático de la patria: Hacia el gobierno democrático provisional”.
- (1979) “El desarrollo del Partido en la resistencia antifascista y sus actuales

desafíos”.

(1976) “El factor de fuerza en el derrocamiento de la Junta militar”.

(1979) “El movimiento artístico cultural en la lucha por la democracia”.

(1984) “El movimiento democrático popular y las tareas del partido”.

(1976) “El partido MAPU Obrero y Campesino a los trabajadores de la ciudad y el campo en el primero de mayo de 1976”.

(1977) “El plebiscito no resuelve ninguno de los problemas de la patria”.

(1979) “Elementos para una política de cuadros”.

(1978) “Esquema para Publicación Partidista”.

(1977) “Esquema para un Diagnóstico de la Situación Nacional”.

(1976) “Evaluación Dirección Cultural”.

(1979) “Evaluación del Segundo Encuentro Nacional de Mujeres”.

(1978) “Evaluación y propuestas para el Movimiento Cultural”.

(1976) “Extractos de carta de M. a H. del 15 de agosto de 1976”.

(1976) “Fundación de la Juventud del Partido”.

(1977) “Hacia la perspectiva del trabajo cultural”.

(1980) “I Pleno Extraordinario. Acta y votación del compañero Abel”.

(1979) “Informe de 4 reuniones del CE sostenidas entre el 16 y el 25 de octubre”.

(1980) “Informe de la Comisión de Cuadros”.

(1979) “Informe de la Primera Conferencia del Regional Universitario Cultural”.

(1979) “Informe de reuniones del Cej. efectuadas entre 30/10 y el 13/11

(3 reuniones)”.

(1981) “Informe del Secretariado Regional a la Conferencia Universitaria Cultural ‘A constituir un movimiento democrático de trabajadores intelectuales y de la cultura’”.

(1979) “Informe del Secretariado del Comité Central a la Primera Conferencia Nacional Sindical del Partido”.

(1980) “Informe mes de junio 1980”.

(1979) “Informe reuniones CE realizadas el 8 y el 11 de octubre”.

(1979) “Informe reuniones Comité Ejecutivo efectuadas septiembre 28 y octubre 2”.

(1979) “Informe sobre II Encuentro Nacional de Mujeres y proposiciones para el trabajo en el Frente de Mujeres”.

(1980) “Informe sobre conclave de la UP”.

(1980) “Jornada de discusión de la Dirección Regional”.

(1977) “La Unidad Popular llama a las fuerzas democráticas a constituir un gobierno democrático provisional [Borrador]”.

(1977) “La actual coyuntura política y las tareas del partido”.

(1980) “La construcción del partido a través de su relación con las masas”.

(1976) “La crisis del capitalismo” (Enrique Correa).

(1980) “La línea política del MAPU Obrero Campesino”.

(1976) “La lucha desde la clandestinidad en Chile” (Jaime Gazmuri).

(1981) “La política del partido en la actual situación”.

(1976) “La resistencia chilena hoy: táctica y estrategia”. En: Cuadernos de Política Mundial, 3.

- (1981) “La revolución democrática y la transición al socialismo” (Augusto Varas).
- (1976) “Las tareas políticas en el frente cultural (borrador de discusión)”.
- (1976) “Las tesis del documento político”.
- (1980) “Libertades democráticas para dotar a Chile de una Constitución Democrática”.
- (1979) “Llamamos a un pacto por la democracia”.
- (1979) “Memo. Área Derechos Humanos”.
- (1980) “Normas de organización y funcionamiento”.
- (1976) “Nuestras Tareas”.
- (1980) “Observaciones al borrador de informe al I Pleno Ordinario / Varas, Augusto”.
- (1974) “Observaciones al documento “La dictadura gorila y la táctica de los revolucionarios”.
- (1980) “Orientaciones generales para nuestro programa de 1980”.
- (1979) “Orientaciones para el trabajo del partido en su décimo aniversario”.
- (1981) “Orientaciones para la celebración del XII aniversario del partido”.
- (1979) “Pauta de discusión”.
- (1977) “Pauta de información política”.
- (1979) “Pauta de trabajo de la CCU”.
- (1976) “Por la Unidad Antifascista hacia la derrota de la Junta / Partido Socialista de Chile; Partido Radical; MAPU Obrero Campesino; Partido Comunista; Izquierda Cristiana; MAPU. Santiago, Chile: septiembre 1976”.
- (1978) “Por la conquista de los derechos democráticos”.

(1974) “Precisiones sobre el carácter de la revolución y la naturaleza del nuevo Estado”.

(1975) “Preparación viaje Joaquín”.

(1980) “Programa 1980-Mujeres”.

(1979) “Programa Financiero 1979-1980”.

(1975) “Programa de Educación Política”.

(1975) “Programa para América Latina”.

(1976) “Proposición de Programa”.

(1980) “Proposición de método para la discusión y aprobación del programa del partido”.

(1974) “Proposición del Secretariado CEX sobre relaciones entre AP. Finanzas y trabajo de proyectos del frente universitario cultural”.

(1980) “Proposición del Secretariado del Comité Central al V Pleno”.

(1980) “Proposiciones del Secretariado al 6º Pleno del C.C. acerca del “Plan Programa”.

(1980) “Proposiciones sobre normas de organización y funcionamiento”.

(1977) “Proposiciones. Programa de trabajo para 1978”.

(1979) “Regional Universitario-Cultural”.

(1979) “Renuncia al partido de dos miembros del CC”.

(1974) “Reorganización del partido”.

(1975) “Reseña de “Aprender de las lecciones del pasado para construir el futuro” de Jaime Gazmuri /Fazio, Hugo”.

(1980) “Resistencia Chilena”.

- (1978) “Resistencia Chilena”.
- (1979-1980) “Revista Resistencia Democrática”.
- (1981) “Resoluciones del V Pleno del Comité Central de la UJD”.
- (1977) “Resultado de la consulta al CC sobre proposiciones orgánicas y de funcionamiento del partido, realizada en noviembre de 1977”.
- (1980) “Resultados, observaciones y proposiciones alternativas”.
- (1977-1979) “Revista de la Resistencia”.
- (1979) “Sólo la unidad abrirá camino a la democracia”.
- (1977) “Saludo al P.C.U.S. en el 60 aniversario de la Revolución”.
- (1978) “Saludo de Aniversario del MAPU Obrero Campesino”.
- (1981) “Saludo del Secretariado del C. C. al partido y la Unión de Jóvenes Demócraticos en el XII Aniversario”.
- (1976) “Saludos de Año Nuevo”.
- (1979) “Se cita a la segunda etapa del IV Pleno del Comité Central que se realizará entre los días 20 y 27 de agosto de 1979”.
- (1981) “Situación Proyectos Univ-Cult”.
- (1973) “Sobre el carácter democrático de nuestra revolución”.
- (1980) “Sobre la discusión en el Secretariado del capítulo VI del Proyecto Programa”.
- (1974) “Sobre la línea militar del partido”.
- (1979) “Solo la unidad nos permite avanzar”.
- (1980) “Un nuevo punto de partida”.

Documentos MAPU

(Incluye documentos provenientes de la fracción que formó el MAPU-Lautaro)

(1986) “17 años de lucha. Contra la ocupación militar, levantamiento popular”.

(1985-1986) “Boletín Alamonedo”.

(1973) “A los partidos hermanos de la izquierda chilena”.

(1983) “Basta de Represión. Fin a la CNI”.

(1975) “Carta a los compañeros militantes del Partido”.

(1976) “Carta de Óscar Guillermo Garretón, Berlín, febrero 1976, a Jorge Arrate”.

(1975) “Carta de la Comisión Política del MAPU, Santiago marzo de 1975, a la Comisión Política del Partido Comunista”.

(1980) “Comunicado Público”.

(1985) “Comunicado Público”.

(1983) “Comunicado al Pueblo de Chile”.

(1985) “Comunicado de Prensa”.

(1978) “Boletín De Frente”.

(1985) “Declaración Pública Luchemos por la vida, no nos rindamos a la cultura de la muerte”.

(1985) “Declaración Pública/Partido Socialista; Izquierda Cristiana; Partido Comunista; Movimiento de Izquierda Revolucionaria; MAPU Obrero Campesino; MAPU. Santiago, Chile: 29 de agosto 1985”.

(1985) “Declaración ante los hechos acontecidos en el mes de marzo de 1985”.

- (1986) “Declaración. La fuerza del pueblo acabará con la dictadura”.
- (1974) “Documento de Trabajo interno de los ND. N°4”.
- (1975) “El MAPU a la clase obrera y al pueblo de Chile”.
- (1979) “El MAPU a la clase obrera y el pueblo”.
- (1984) “El MAPU a la opinión pública y al movimiento popular”.
- (1985-1986) “Boletín El pueblo Rebelde vencerá”.
- (1989) “Revista Fragua”.
- (1975) “Fundamentos y proposiciones del M.A.P.U. para la unidad y la acción (palabra ilegible) de la Izquierda”.
- (s/f) “Homenaje a Carlos Ortúzar Aldunate”.
- (1980) “Informe al partido sobre resoluciones del Pleno”.
- (1986) “Luchamos por un Chile Popular, nuestro camino es la guerra insurreccional de masas / Carvajal, Diego MAPU”.
- (1985) “MAPU, 16 años de lucha. Con la insurrección de masas y la izquierda a conquistar el Chile popular”.
- (1978) “No a la guerra de las dictaduras. Sí a la paz de los pueblos. A asegurar la paz derrocando a la dictadura”.
- (1984) “Propuesta Programática MAPU. II Congreso Nacional”.
- (1983) “Punteo Coyuntura”.
- (1983) “Quinto Pleno Nacional. Resoluciones Políticas”.
- (1985) “Resoluciones Políticas del II Congreso de Unidad del MAPU”.
- (1985) “Resumen de las resoluciones del Comité Central del MAPU”.
- (1978) “Todo el pueblo a defender las Federaciones y la Coordinadora Nacional

Sindical”.

(1980) “Un Camino para Chile. Manifiesto del MAPU a los trabajadores y al pueblo. II Pleno Nacional en la clandestinidad”.

(1983) “Un camino de movilización y unidad democrática. Conclusiones y proposiciones de nuestro encuentro MAPU”.

(1978-1984) “Boletín Venceremos”:

Documentos Frente Exterior MAPU

(Donación de Ernesto Galaz)

(1987) “MAPU, fuerza socialista”.

(1980) “Revista Fragua. Convergencia de Ariccia I a Ariccia II”.

(1988) “MAPU: Plan popular de acción democrática”.

(1989) “Resoluciones políticas, Comité Central MAPU”.

(1987) “Boletín informativo”.

(1989) “Resoluciones del Comité Central”.

(1988) “Resoluciones políticas del Pleno Nacional del MAPU”.

(1988) “Propuesta de voto político: Ante la desintegración o el fetichismo, hacer del MAPU la corriente renovadora del socialismo unificado”.

(1987) “Voto Político del Pleno Nacional del MAPU”.

(1989) “Abrir un surco definitivo a la democracia” (Comisión Política).

(1980) “Un camino para Chile. Manifiesto del MAPU a los trabajadores y al pueblo. II Pleno en Clandestinidad”.

- (1985) “Resoluciones políticas del III Congreso de unidad del MAPU”.
- (1989) “Convocatoria al Comité Central de Unidad Socialista”.
- (1980) “Algunos elementos necesarios. Dirección Zonal Europa-África”.
- (1983) “Situación política nacional. Dirección Zonal Europa- África”.
- (1983) “Voto acerca de la situación partidaria”.
- (1983) “Elementos para discusión, sobre Convergencia Socialista. Comité Local Bélgica”.
- (1986) “Propuesta diferente para enfrentar el problema de la violencia”.
- (1983) “Esquema de trabajo para comprender el funcionamiento de la Convergencia Socialista”.
- (1983) “Notas a los compañeros del Partido, de las fracciones, tendencias, otros partidos (del MAPU) dirigentes y militantes todos”.
- (1987) “Política de avance socialista. Una propuesta simple, con implicancias complejas”.
- (1983) “Propuesta de trabajo, en relación al trabajo de Convergencia Socialista”.
- (1983) “Rol del partido e identidad”.
- (1983) “Balance: ideas fuerzas y perspectiva del MAPU”.
- (1989) “Algunos elementos de política pública hacia las FF.AA.”.
- (1986) “Acta de Constitution de la “Mesa de Coordinación Solidaria” de l’opposition chilienne en Belgique”.
- (1988) “Para la defensa del voto democrático”.
- (1988) “Formas que ayudan el contenido del NO”.
- (1988) “Carta a los compañeros dirigentes del MAPU” (Ernesto Galaz Cañas).

- (1984) “Propuesta Programática”.
- (1986) “Por una nueva fase en la oposición. A profundizar la ingobernabilidad”.
- (1983) “Una crítica y autocrítica necesaria”.
- (1977) “Informe general de organización” (Bélgica).
- (1978) “Evaluación final de la comisión de control y cuadros”.
- (s/f) “A los partidos de la izquierda chilena en Bélgica”.
- (1979) “Sobre algunos aspectos de la política de alianzas” (Bélgica).
- (1979) “Carta a los compañeros de la Comisión Política” (Bélgica).
- (1980) “Plan de rectificación del Partido”.
- (1985) “Sobre el tercer pleno nacional. Célula Carlos Ortúzar”.
- (1986) “Carta del MAPU al movimiento estudiantil”.
- (1984) “Condicionamientos y perspectiva de una posible apertura. Renovación y cambio democrático” (Javier Ossandón).
- (1985) “Materiales de Chile. MAPU: ¡Un Congreso para Chile!”.
- (1986) “Propuesta para alcanzar la democracia. Proposiciones sobre la salida política”.
- (1988) “Boletín Verde Rojo” (8 números).
- (1988) “Estatutos del Partido MAPU”.
- (1987) “Salida política nacional y bloque por los cambios”.
- (1987) “Boletín Zonal Europa”.
- (1988) “Manifiesto de fuerzas socialistas por el ¡NO!”.
- (1988) “Una política socialista para la transición. La democracia es posible”

(Ernesto Galaz y Etienne Lefranc).

(1989) “Pleno Nacional, XX Aniversario”.

(1989) “La unidad socialista, para la transición y el movimiento popular”
(Ernesto Galaz C.).

(1989) “Revista Fragua”.

(1990) “Revista Fragua”.

(1990) “La Toma de lo Cotidiano, entrevista a Diego Carvajal Secretario General del partido MAPU, 28° edición”.

Artículos, Documentos de Trabajo y libros de intelectuales MAPU

“A propósito de políticas culturales y democracia: un ejercicio formal” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 254. 1985.

“Agentes y predicadores en la formación de la conciencia burguesa” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 49 – 1983.

“Algunas consideraciones sobre la investigación educacional en América Latina” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N°202 – 1984.

“América Latina entre la cultura autoritaria y la cultura democrática: legados y desafíos” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N°103 – 1987.

“Apuntes sobre la figura cultural del pobre: Parte I” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 69 – 1978.

“Autoritarismo y cultura en Chile” (En: Fundación Pablo Iglesias. Caminos de la democracia en América Latina) / Brunner, José Joaquín; Fundación Pablo Iglesias - Madrid, España: 1984 – Pp. 139-152.

“Breves consideraciones sobre la cultura de las izquierdas en Chile” (documento de discusión) - En: Persona y Sociedad (Chile). N°1 / Brunner, José Joaquín - 1989 – Pp. 47-54.

“Chile y América Latina: la reducida dimensión de la ciencia”. En: Convergencia. Revista del Socialismo Chileno y Latinoamericano (Chile). N°10 / Brunner, José Joaquín - 1986 – Pp. 55-59.

“Chile: un nuevo paisaje cultural”. En: Mensaje (Chile). N°302 / Brunner, José Joaquín; García-Huidobro, Juan E., 1981 – Pp. 487-494.

“Cinco estudios sobre cultura y sociedad” / Brunner, José Joaquín FLACSO-Chile - Santiago, Chile: 1985, 455 p.

“Conciencia de clase: I problemas de la ontología marxista” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile), N° 6 – 1980.

“Crisis de futuro” - En: Mensaje (Chile). N°312 / Brunner, José Joaquín - 1982 - Pp. 456-455.

“Cultura e identidad nacional 1973-1983” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N°177 – 1983.

“Cultura política en la lucha por la democracia” (En: VECTOR. Siete ensayos sobre democracia y socialismo en Chile) / Brunner, José Joaquín; VECTOR; Centro de Estudios Económicos y Sociales - Santiago, Chile: 1986 – Pp. 29-52.

“Cultura y crisis de hegemonías” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo Chile; N°197 – 1983.

“Cultura y política en la lucha por la democracia” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo Chile; N° 206 – 1984.

“Cultura y sociedad” (En: Gazmuri, Jaime, ed. Chile en el umbral de los noventa: 15 años que condicionan el futuro) / Brunner, José Joaquín - Santiago, Chile: 1988 – Pp. 44-54.

“De la cultura liberal a la sociedad disciplinaria” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile - Documento de Trabajo (Chile) – 1977.

“Dos notas sobre la integración social” / Lechner, Norbert; Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile - Documento de Trabajo (Chile) – 1976.

“Dinámicas autoritarias y democráticas en la actual experiencia política chilena” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile - FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 104 – 1987.

“Educación y hegemonía en Chile: seis proposiciones” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile - FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 9 – 1981.

“El modo de dominación autoritaria”. En: Documento de Trabajo (Chile). FLACSO. N° 91 / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile – 1980 – 33 p.

“El movimiento estudiantil ha muerto: nacen los movimientos estudiantiles” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 71 – 1985.

“El orden del cotidiano, la sociedad disciplinaria y los recursos del poder” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile - Documento de Trabajo (Chile) – 1977.

“Formación de orden e integración social: notas para una investigación sobre procesos de socialización” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile - Documento de Trabajo (Chile) – 1976.

“Hermenéutica del orden” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile - Documento de Trabajo (Chile) – 1977.

“Ideología, legitimación y disciplinamiento en la sociedad autoritaria” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 4 –

1980.

“La cultura autoritaria en Chile” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile – Santiago, Chile: 1981 – 174 p.

“La cultura como objeto de políticas” / Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 74 – 1985.

“Las opciones políticas”. En: Mensaje (Chile). N° 324 / Brunner, José Joaquín - 1983 - Pp. 623-626.

“Los intelectuales y la organización de la cultura” / Brunner, José Joaquín; Flisfisch, Ángel; FLACSO-Chile - Santiago, Chile: 1984 – 390 p.

“Presencia cultural del exilio” - En: Mensaje (Chile). N° 315 / Brunner, José Joaquín - 1982 - Pp. 688-689.

“Un momento de definiciones cruciales” - En: Mensaje (Chile). N° 361 / Brunner, José Joaquín - 1987 - Pp. 304-306.

“Un socialismo sin marxismos” - En: Crítica Social (Chile). N° 2 / Brunner, José Joaquín - 1990 - Pp. 24-28.

“Una coyuntura decisiva” - En: Mensaje (Chile). N° 328 / Brunner, José Joaquín - 1984 - Pp. 160-163.

“¿Pueden los intelectuales sentir pasión o tener interés en la democracia?” - En: Argumentos (Méjico). N° 1 / Brunner, José Joaquín - 1987 – Pp. 125-140.

“Antecedentes sobre los cambios en las estructuras productiva y ocupacional 1960-1978” / Schkolnik, Mariana; Tironi, Eugenio; Academia de Humanismo Cristiano - Santiago: 1980 – 92 p.

“Cambios en la estratificación social: materiales para el estudio de las clases medias en la sociedad chilena 1960-1980” / Martínez, Javier; Tironi, Eugenio; SUR - Santiago, Chile: 1982 – 46 p.

“Chile en la post-crisis: estado subsidiario y fragmentación social”. (En: CLACSO. ¿Hacia un nuevo orden estatal en América Latina?) / Tironi, Eugenio; Vergara, Pilar; Baño, Rodrigo; CLACSO - Buenos Aires: 1988 – Pp. 57-96.

“Clase obrera y modelo económico: un estudio del peso y la estructura del proletariado en Chile, 1973-1980” / Martínez, Javier; Tironi, Eugenio; PET - Santiago: 1983 – 255 p.

“El fantasma de los pobladores” - En: Mensaje (Chile). N° 345 / Tironi, Eugenio - 1985 – Pp. 502-505.

“El liberalismo real: la sociedad chilena y el régimen militar” / Tironi, Eugenio - Santiago, Chile: 1986 – 165 p.

“Estrategias de desarrollo e integración: divergencias en le caso andino” / Tironi, Ernesto; CIEPLAN - Santiago, Chile: 1977 – 49 p.

“Hacia un nuevo orden económico internacional. Temas prioritarios para América Latina” / Ffrench-Davis, Ricardo, comp.; Tironi, Ernesto, comp. CIEPLAN - México: 1981, 305 p.

“Intervención sociológica con pobladores”. En: Proposiciones SUR (Chile). N° 12 / Echeverría, Fernando; Espinoza, Vicente; Saball, Paulina; Tironi, Eugenio; Valenzuela, Eduardo. 1986 - Pp. 44-55.

“La acción colectiva de obreros y pobladores”. En: Gazmuri, Jaime, ed. “Chile en el umbral de los noventa: 15 años que condicionan el futuro” / Tironi, Eugenio - Santiago, Chile: 1988 – Pp. 71-93.

“La clase obrera en el nuevo estilo de desarrollo: un enfoque estructural”. En: FLACSO. Chile 1973-198? / Martínez, Javier; Tironi, Eugenio;FLACSO-Chile - Santiago, Chile: 1983 – Pp. 105-132.

“La des-estructuración social: debate a partir del ejemplo chileno 1973-1983” / Tironi, Eugenio; SUR - Santiago, Chile: 1985 – 46 p.

“La invisible victoria: Campañas electorales y democracia en Chile” / Tironi, Eugenio; SUR-Centro de Estudios Sociales y Educación - Santiago: 1990 – 110 p.

“La torre de Babel: Ensayos de crítica y renovación política” / Tironi, Eugenio - Santiago, Chile: 1984 – 157p.

“Los silencios de la revolución, Chile: la otra cara de la modernización” / Tironi, Eugenio - Santiago, Chile: 1988 – 135p.

“Marginalidad, movimientos sociales y democracia” - En: Proposiciones SUR (Chile). N° 14 / Tironi, Eugenio, ed. - 1987 – Pp. 3-223.

“Para una sociología de la decadencia” - En: Proposiciones SUR (Chile). N° 12 / Tironi, Eugenio - 1986 – Pp. 12-18.

“1970-1973: sentido y derrota de un proyecto popular: Notas para una discusión”. Garretón, Manuel Antonio, Chile: 1978 – Pp. 68-76.

“1983-1984 el régimen militar chileno en la encrucijada” - En: Mensaje (Chile). N° 326. Garretón, Manuel Antonio - 1984 – Pp. 36-40.

“1986-1987 entre la frustración y la esperanza. Balance y perspectivas de la transición a la democracia en Chile” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 329 – 1987.

“Actores socio-políticos y democratización: Hipótesis preliminares” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile - FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 212 – 1984.

“América Latina a la hora de las doctrinas de la seguridad nacional” (En: Pérez, María Angélica, ed. “Las Fuerzas armadas en la sociedad civil”) / Arriagada, Genaro; Garretón, Manuel Antonio - Santiago, Chile: 1978 – Pp. 143-229.

“Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile: 1970-1973” / Garretón, Manuel; Moulian, Tomás CSUCA; Programa Centroamericano de Ciencias Sociales. San José, Costa Rica: 1978, 113p.

“Bloqueo interno, presión externa: la transición en Chile”. En: Proposiciones SUR (Chile). N° 12 / Garretón, Manuel Antonio, 1986 – Pp. 18-33.

“Chile: el plebiscito y la transición” - En: Leviatán (España). No 33 / Garretón, Manuel Antonio - 1988 – Pp. 41-51.

“Chile: en busca de la democracia perdida” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 263 – 1985.

“Chile: la transición bloqueada”. En: Mensaje (Chile). N° 336 / Garretón, Manuel Antonio, 1985 – Pp. 31-35.

“De la seguridad nacional a la nueva institucionalidad: notas sobre la trayectoria ideológica del nuevo estado autoritario”. En: Revista Mexicana de Sociología (México). N° 4 / Garretón, Manuel Antonio - 1978 – Pp. 1259-1282.

“Democracia, transición política y alternativa socialista en el capitalismo autoritario del Cono Sur” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile.

FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 186 – 1983.

“Democracia, transición política y alternativa socialista en el capitalismo autoritario del Cono Sur” (En: Fundación Pablo Iglesias. Caminos de la democracia en América Latina) / Garretón, Manuel Antonio; Fundación Pablo Iglesias. Madrid, España: 1984 – Pp. 273-286.

“Dictaduras y democratización” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile - Santiago, Chile: 1984 – 108p.

“Doctrina de seguridad nacional y régimen militar (I parte)”. En: Estudios Sociales Centroamericanos (Costa Rica). N° 20 / Arriagada, Genaro; Garretón, Manuel Antonio - 1978 – Pp. 129-154.

“Doctrinas de seguridad nacional y régimen militar (II parte)”. En: Estudios Sociales Centroamericanos (Costa Rica). N° 21 / Arriagada, Genaro; Garretón, Manuel Antonio - 1978 – Pp. 53-82.

“Drama y legado de Salvador Allende”. En: Mensaje (Chile). Garretón, Manuel Antonio - 1983 – Pp. 483-484.

“El conflicto político chileno 1970-1973: fases, procesos y actores políticos” / Garretón, Manuel Antonio; Moulian, Tomás. Lima, Perú: 1977 – 150 p.

“El marco político de la transición a la democracia en Chile y la coyuntura plebiscitaria de 1988.” (En: Fundación Rafael Campalans. La transición

democrática en Chile) / Garretón, Manuel Antonio - s.1: 1988 - Pp. 21-32.

“El miedo y las dictaduras militares” - En: Mensaje (Chile). N° 371 / Garretón, Manuel Antonio - 1988 – Pp. 314-319.

“El movimiento estudiantil: conceptos e historia” / Garretón, Manuel Antonio; Martínez, Javier; SUR - Santiago, Chile: 1985 – 106p.

“El plebiscito de 1988 y la transición a la democracia” / Garretón, Manuel Antonio FLACSO-Chile. Santiago, Chile: 1988 – 29p.

“El proceso político chileno” / Garretón, Manuel Antonio FLACSO-Chile. Santiago, Chile: 1983 – 206 p.

“En torno a la discusión de los nuevos regímenes autoritarios en América Latina” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 98 – 1980.

“Estado de sitio y elecciones en la sociedad” - En: Mensaje (Chile). N° 340 / Garretón, Manuel Antonio - 1985– Pp. 231-233.

“Estados Unidos y la democratización de América Latina” - En: Cono Sur (Chile). Vol. 2. N° 1 / Garretón, Manuel Antonio; Portales, Carlos; FLACSO-Chile - 1983 – Pp. 5-7.

“Evolución política y problemas de la transición a la democracia en el régimen militar chileno” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 148 – 1982.

“Fuerzas político-sociales y democracia en Chile” - En: Análisis (Chile). N° 10 / Garretón, Manuel Antonio - Enero 1979 – pp-11-17.

“Ideología y procesos sociales en la sociedad chilena 1970-1973” / Garretón, Manuel Antonio, coord. FLACSO-Chile. Santiago, Chile: 1977.

“La Unidad Popular y el conflicto político en Chile” / Garretón, Manuel Antonio; Moulian, Tomás. Santiago, Chile: 1983 – 168p.

“La crisis política en el régimen militar chileno” - En: Mensaje (Chile). N° 311 / Garretón, Manuel Antonio - 1982 – Pp. 411-415.

“La herencia de los autoritarismos” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 237 – 1985.

“La institucionalización política del régimen militar chileno 1973-1981” - En: Mensaje (Chile). N° 310 / Garretón, Manuel Antonio - 1982 – Pp. 329-333.

“La oposición política al régimen militar chileno: un proceso de aprendizaje” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 377 – 1988.

“La posibilidad democrática en Chile: dilemas de transición y consolidación” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 394 – 1988.

“La problemática de la transición a la democracia en Chile” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 75 – 1985.

“La renovación socialista: síntesis y evaluación de sus contenidos” / Garretón, Manuel Antonio. Santiago, Chile: 1987 – 31 p.

“Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 334 – 1987.

“Modelo y proyecto político del régimen militar chileno”. (En: FLACSO. Chile 1973-198?) / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile - Santiago, Chile: 1983 – Pp. 7-24.

“Panorama del miedo en los regímenes militares: Un esquema general” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 365 – 1987.

“Partido y sociedad en un proyecto socialista” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 266 – 1985.

“Partidos políticos, sociedad y democratización: el caso chileno” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 262 – 1985.

“Política y sociedad en la marginación e integración del mundo popular: Notas para un esquema de análisis” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 95 – 1987.

“Procesos políticos en un régimen autoritario: dinámicas de institucionalización y oposición en Chile 1973-1980” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 104 – 1980.

“Procesos y bloques políticos en la crisis chilena, 1970-1973” / Garretón, Manuel Antonio; Moulian, Tomás; FLACSO-Chile. Documento de Trabajo (Chile) – 1977.

“Proyecto, trayectoria y fracaso de las dictaduras militares en el Cono Sur: un balance” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 217 – 1984.

“Reconstrucción y democracia: La doble problemática del sistema político chileno” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 364 – 1987.

“Reconstruir la política: Transición y consolidación democrática en Chile” / Garretón, Manuel Antonio - Santiago: 1987 – 239p.

“Seis proposiciones sobre redemocratización en Chile” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 314 – 1986.

“Socialismo, democracia y actores sociales: un comentario” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 259 – 1985.

“Tensiones entre derechos humanos en los nuevos regímenes autoritarios en América Latina” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 34 – 1982.

“Transformación social y refundación política: notas sobre problemas de la alternativa en el capitalismo autoritario” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 12 – 1981.

“Transición a la democracia en Chile. Avances, obstáculos y dilemas” / Garretón, Manuel Antonio - Santiago, Chile: 1986 – Pp. 29-32.

“Transición hacia la democracia en Chile e influencia externa: dilemas y perspectivas” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 282 – 1986.

“Una perspectiva para el análisis de los aspectos ideológico-políticos del período 1970-1973 en Chile” / Garretón, Manuel Antonio; FLACSO-Chile. Documento de Trabajo (Chile) – 1976.

“A propósito del control social: un comentario” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. Documento de Trabajo (Chile) – 1977.

“Cultura política y democratización” / Lechner, Norbert, comp.; FLACSO-Chile; CLACSO; ICI - Santiago, Chile: 1987 – 262p.

“De la revolución a la democracia: el debate intelectual en América del Sur”. En: Opciones (Chile). N° 6 / Lechner, Norbert. 1985 – Pp. 57-72.

“Dos notas sobre la integración social” / Lechner, Norbert; Brunner, José Joaquín; FLACSO-Chile. Documento de Trabajo (Chile) – 1976.

“El consenso como estrategia y como utopía” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 189 – 1983.

“El debate teórico sobre la democracia” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 2 – 1980.

“El estudio de la vida cotidiana” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 210 – 1984.

“El proyecto neoconservador y la democracia” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 10 – 1981.

“El realismo político: una cuestión de tiempo” / Lechner, Norbert; FLACSO-

Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 205 – 1984.

“El sistema de partidos en Chile: una continuidad problemática” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 249 – 1985.

“Especificando la política” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. Documento de Trabajo (Chile) N° 134 – 1981.

“Estado y política en América Latina” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); 96 – 1980.

“La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. Santiago, Chile: 1984 – 204 p.

“La democratización en el contexto de una cultura postmoderna”. (En: Lechner, Norbert, comp. Cultura política y democratización.) / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile; ICI; CLACSO - Santiago, Chile: 1987 – Pp. 253-262.

“La democratización en el contexto de una cultura postmoderna” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 292 – 1986.

“Las sombras del mañana: la dimensión subjetiva de la política” / Lechner, Norbert - Santiago, Chile: 2002 – 132 p.

“Los derechos humanos como categoría política” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 201 – 1983.

“Los miedos como problema político” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 79 – 1986.

“Los patios interiores de la democracia: Subjetividad y política” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile - Santiago, Chile: 1988 – 189 p.

“Notas sobre la cultura política chilena” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 83 – 1986.

“Notas sobre la vida cotidiana I/1: habitar, trabajar, consumir” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 53 – 1984.

“Notas sobre la vida cotidiana II / 2: habitar, trabajar, consumir” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 54 – 1984.

“Notas sobre la vida cotidiana II: agonía y protesta de la sociabilidad” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 50 – 1983.

“Notas sobre la vida cotidiana III: el disciplinamiento de la mujer” / Lechner, Norbert; Levy, Susana; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión

(Chile); N° 57 – 1984.

“Orden y ruptura” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Material de Discusión (Chile); N° 42 – 1983.

“Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina” / Flisfisch, Ángel; Lechner, Norbert; Moulian, Tomás; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 240 – 1985.

“Sobre información y política” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 123 – 1981.

“Un desencanto llamado posmoderno” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); No 369 – 1988.

“¿Qué significa hacer política?” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 144 – 1982.

“¿Responde la democracia a la búsqueda de certidumbre?” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 340 – 1987.

“¿Revolución o ruptura pactada?” / Lechner, Norbert; FLACSO-Chile. FLACSO - Documento de Trabajo (Chile); N° 182 – 1983.

Gazmuri, Jaime y Martínez, Jesús M. EL Sol y la Bruma (Santiago, Ediciones B,

año 2000).

Tironi, Eugenio. La invisible victoria (Sur Ediciones, Santiago, 1990).

Entrevistas

Alburquerque, Mario. Ex militante del MAPU, participó de la actividad secundaria durante el gobierno de Allende.

Ambrosio, Valeria. Ex militante del MAPU. Investigadora experta en género. Hermana de Rodrigo Ambrosio, líder fundador del MAPU.

Astaburuaga, Carmen. Ex militante de la DC y del MAPU. Profesora normalista, participó activamente de la Vicaría de la Solidaridad. Hoy tiene 85 años y milita en el P.S.

Catalán, Carlos. Ex militante del MAPU, participó del periodo fundacional y fue miembro de la directiva del MAPU-OC en el exilio.

Correa, Enrique. Ex militante del MAPU. Fue Ministro de la administración de Frei Ruiz Tagle, actualmente trabaja en su consultora “Imaginacción”.

Egaña, Rodrigo. Ex militante del MAPU. Participó del proceso de reforma en la UC en 1967. Fue director de la CONAMA en la administración de Frei Ruiz Tagle y Subsecretario del gobierno de Ricardo Lagos

Gaete, Pedro. Ex militante del MAPU y uno de los principales gestores del proyecto Memoria MAPU, que ha reunido a varios ex militantes para preservar la memoria de las víctimas de la represión política en dictadura.

Galaz, Ernesto. Ex militante del MAPU, participó de la dirección exterior durante el exilio. Actualmente trabaja como director jurídico del Ministerio Secretaría General de Gobierno.

Galilea, Sergio. Ex militante del MAPU, participó de su fundación. Fue Ministro de Bienes Nacionales durante el gobierno de Frei Ruiz Tagle. En la administración de Ricardo Lagos, se desempeñó como asesor político de la presidencia, además de Intendente de la Región Metropolitana y director de vialidad del MOP.

Garretón, Óscar Guillermo. Ex militante del MAPU, fue durante más de 10 años Secretario General de la Colectividad. Fue subsecretario de Economía del gobierno de Allende y diputado por la zona de Concepción. Estuvo preso en los años finales de la dictadura. Al regreso de la democracia, fue director del Metro S.A, gerente general de Telefónica y de IANSA.

Gaspar, Gaspar. Ex militante de la JDC, participa del grupo fundacional del MAPU. Para la división del MAPU en marzo de 1973, era el encargado de la Secretaría de Asuntos Especiales (SAE) a quien se le adjudica un rol central en ese proceso de división. Fue subsecretario de Guerra en la administración de Lagos y embajador en Colombia.

González, Francisco. Ex militante del MAPU, fue candidato a senador en 1973 por la zona de La Serena. Ex director agrícola de CORFO.

Insulza, José Miguel. Ex militante del MAPU, fue candidato a diputado en 1973. Fue encargado internacional del MAPU-OC durante los años 70 y 80. En los gobiernos democráticos fue ministro de las administraciones de Frei y Lagos. Actualmente es el Secretario General de la OEA.

Mac Clure, Óscar. Sociólogo, ex militante del MAPU. Asesor de MIDEPLAN.

Milos, Juan. Abogado, ex militante del MAPU. Asesor jurídico de Banco Estado.

Milos, Pedro. Historiador, ex militante del MAPU. Es director de docencia de la Universidad Alberto Hurtado.

Mondaca, Hermann. Ex militante del MAPU, miembro del comité Memoria MAPU. Socio del grupo Proceso, consultora comunicacional.

Montes, Carlos. Ex militante del MAPU, fue el encargado de rearticular esta colectividad en clandestinidad. Ha sido diputado desde el retorno de la democracia, por el Partido Socialista en la circunscripción de La Florida.

Ossandon, Fernando. Ex militante del MAPU, participó de la directiva en clandestinidad. Fue director de la ONG “ECO Educación y comunicaciones” pionera en educación y comunicación popular. Al momento de la entrevista se desempeñaba como jefe de comunicaciones del FOSIS.

Ossandón, Guillermo. Ex militante del MAPU, participó de la directiva en clandestinidad. Fue el gestor del quiebre del año 1983, por el cual se crea el Lautaro, que dirige hasta su detención en 1994. Murió en julio del 2009.

Rodríguez, Virginia. Ex militante del MAPU, fue directora de la carrera de Trabajo Social en la UC. Señora de Óscar Guillermo Garretón, se le asocia como una de las líderes intelectuales de la formación del Lautaro. Fue directora del Prodemu y participó del Consejo Nacional de Televisión en la administración Lagos. Fallecida.

Saball, Pablo. Ex militante del MAPU. Asesor sindical, participó del grupo inicial que fundó el Lautaro.

Saball, Paulina. Ex militante del MAPU. Trabajadora social, trabajó en las ONGs Taller Norte, Colectivo de Trabajo Social y Sur. Ha sido subsecretaria de Bienes Nacionales en la administración de Frei y Lagos. En los dos últimos años del gobierno de Lagos se desempeñó como directora de la CONAMA. En la actual administración asumió como Subsecretaria de Vivienda.

Sánchez, Daniela. Ex militante del MAPU. Al momento de la entrevista se desempeñaba como Directora de la escuela de trabajo social de la Universidad Católica Raúl Silva Henríquez.

Sánchez, Sergio. Ex militante de la JDC, fue vicepresidente de la CUT en el gobierno de Allende y embajador en Yugoslavia.

Sierra, Luis. Ex militante del MAPU, fue uno de los primeros mapu en migrar al Partido Socialista en 1982 y participó activamente en la campaña presidencial

del candidato por el Pacto Juntos Podemos, Jorge Arrate.

Silva, María de la Luz. Ex militante de la DC y del MAPU. Fue esposa de Belisario Velasco. Durante los gobiernos de la Concertación ha ejercido altos cargos de dirección pública.

Tironi, Eugenio. Ex militante del MAPU, actual militante del PPD. Intelectual de la renovación socialista. Ejerció el rol de interventor del frente exterior del MAPU a mediados del año 1975. Fue fundador del PPD y es sindicado uno de los principales lobbistas político y comunicacional. Participó del diseño de la campaña del NO y actualmente es socio de Tironi y Asociados, importante consultora en comunicación estratégica.

Periódicos

Período fundacional del MAPU 1969-1973:

El Clarín, Santiago.

El Mercurio, Santiago.

La Tercera, Santiago.

Período 1986-1989:

La Tercera, Santiago.

El Mercurio, Santiago.

La Época, Santiago.

Período 1994-2006:

El Mercurio, Santiago.

La Tercera, Santiago.

El Mostrador, Santiago.

La Nación, Santiago.

Revistas

Período 1986-1989:

Cauce

Análisis

APSI

Qué Pasa

Página Abierta (1991)

Tesis y Manuscritos

Moyano, Cristina. “La seducción del poder y la juventud. Una aproximación desde la historia a la cultura política del MAPU. 1969-1973”. (Tesis para optar al grado de magíster en historia, Universidad de Santiago de Chile, 2005).

Moyano, Cristina. “Vendedores ambulantes en la ciudad horrorizada. Cambios en la identidad popular. 1850-1880”. (Tesis para optar al grado de licenciada en educación en historia y geografía. Universidad de Santiago de Chile, 2000).

Torrejón, Carolina. “Brumas, El MAPU-OC bajo el autoritarismo y en clandestinidad. Del golpe militar a la extinción de la Unidad Popular (1973-1979)”. (Tesis para optar al grado de licenciada en historia. Instituto de Historia. PUC, 2000).

Dávila, Mireya. “Historia de las ideas de la renovación socialista. 1973-1989”. (Tesis para optar al grado de licenciada en historia. Instituto de Historia, PUC, 1994).

Bulnes, Francisco. “La Revista ChileAmérica: el espejo del exilio. (1973-1983)”. (Tesis para optar al grado de Licenciado, Universidad Finis Terrae, 2003).

Eyleen Faure. “Los Locos del Poder. Aproximación histórica a la experiencia

del Movimiento Juvenil Lautaro.(1982-1997)”. (Tesis para optar al grado de licenciada en Historia. Universidad de Chile, 2006).

Fuentes Secundarias

Artículos

“Entrevista con Henry Roussó: el duelo es imposible y necesario”. Por Claudia Feld. Revista Puentes, diciembre 2000.

Bourdieu, Pierre. “La codificación” y “Espacio social y poder simbólico”, en Cosas dichas, Buenos Aires, Gedisa, 1988.

Bourdieu, Pierre. “La elección de lo necesario”, en La distinción, Madrid, Taurus, 1979.

Corvalán, Luis. “Surgimiento de nuevas identidades en la historia política reciente. El caso del Partido Socialista de Chile” en Revista Mapocho (1995, Número 38). Páginas 161-170.

Cuesta Bustillo, Josefina. “Historia del presente”. Madrid, 1993.

Cuesta Bustillo, Josefina. “La memoria del horror después de la segunda guerra mundial” en Revista Ayer. Número especial “Memoria e Historia”. Madrid, 1998.

De Certeau, Michel y Giard, Luce, “Envío” (257-269), en De Certeau, M., Giard, L. y Mayol, P.: La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar, Universidad Iberoamericana, México, 1999.

De Certeau, Michel, Julia, Dominique y Revel, Jacques, “Nisard. La belleza de lo muerto”, en La cultura plural, Nueva Visión, Buenos Aires, 1999.

Durán, Carlos. “Notas breves sobre la crisis y Renovación de la izquierda chilena”. Apuntes del programa de Teorías Críticas del Centro de

Investigaciones Sociales de la Universidad Arcis. Santiago, 2004.

Fernández, María Elisa. “Integración de la Mujer en Política: La Mujer Chilena en las Elecciones Presidenciales y el Gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, 1952-1958,” Cuadernos de Historia 22 (Diciembre 2002): 149-183.

Gazmuri, Cristián. “Una interpretación política de la experiencia autoritaria 1973-1990”. Instituto de Historia PUC. Documentos de Discusión. 2002

Garcés, Mario. “La historia oral, enfoques e innovaciones metodológicas”. CIDPA Revista Última Década N° 4. Viña del Mar. Santiago, marzo de 1996.

Giard, Luce, “Abrir los posibles” [1993], en de Certeau, Michel, La cultura en plural, Nueva Visión, Buenos Aires, 1999 [1974].

Gruzinski, Serge, La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a ‘Blade Runner’ (1492-2019), FCE, México, 1995.

Guy Hermet, Óscar Godoy y Bérengère Marqués-Pereira en el marco del proyecto ECOS (Francia)/ Conicyt (Chile): Democracia representativa y desarrollo democrático en Chile, Argentina y Francia. Paris, CERL 28 y 29 de Enero de 1998.

Hall, Stuart, “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”, en Samuels, R. (ed.): Historia popular y teoría socialista, Crítica, Barcelona, 1984.

Isern, Pedro. “Las dos renovaciones de la izquierda chilena”. (Santiago, Centro para la apertura y desarrollo de América Latina, 2004). P. 1.

Jewsiewicki, B. “La mémoire”, en Ch. Coulon et D.-C Martin (editores), Les Afriques politiques, Paris: La Découverte, 1991.

Le Goff, Jacques. “Passé/présent” en Histoire et mémoire. Paris, Gallimard, 1988.

Levi, Giovanni. “Sobre Microhistoria”, en Burke, Peter. Formas de hacer historia. Madrid, 1999.

Magnusson. “The Contours of Social History. Microhistory, posmodernism and Historical Sources”. En Mod nye historier. Rapporter til Det 24 Nordiske Historikemode 3. (Arthus 2001): 83-107.

Milos, Pedro. “Identidad, Memoria e historia”. Documento de trabajo programa magister en Historia. Universidad de Santiago. Inédito, 2001.

Milos, Pedro. “Memoria colectiva: entre la vivencia histórica y la significación”. En Memoria para un nuevo siglo. Chile: miradas a la segunda mitad del siglo XX. Mario Garcés et al. (comp.). Santiago, Lom 2000.

Moyano, Cristina. “De Gramsci a Foucault. Los inesperados caminos de la renovación socialista en el MAPU”. En Revista Cyber Humanitatis. N°35. Invierno, 2005. Universidad de Chile.

Paillard, Denis. “URSS. Figuras de la memoria: Memorial y Pamiat”, en Alain Brossat et al En el este, la memoria recuperada. Valencia, Edicions Alfons Magnánim. 1992.

Pavilack, Jody. “La historia oral: trayectoria, innovaciones y critica a los historiadores”. Inédito, marzo del 2001.

Pavlosky, Eduardo, “Micropolítica”, en Página 12, del 6 de enero de 2002, p. 19.

Revel, Jacques. “Microanálisis y construcción de lo social”. En Revel, Jacques. Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social. Ed. Manantial, Buenos Aires, 2005.

Ricoeur, Paul. “L’écriture de l’histoire et la représentation du passé”. En Annales. Histoire, Sciences Sociales, julio, agosto 2000.

Roberts, Kenneth. “Renovation in the Revolution? Dictatorship, democracy and political change in the Chilean Left”. Working Paper U. de California. (1994) P.5.

Rousso, Henry. “La mémoire dans tous ses états”, en Conan, Eric y Roussó, Henry. Vichy, un passé qui ne passe pas. Paris, Gallimard, 1996.

Santiso, Javier. “La democracia como horizonte de espera y campo de

experiencia: el ejemplo chileno”. Ponencia presentada durante mesa redonda.

Schimpf-Herken, Ilse. “De la historia a la memoria. Una orientación conceptual y pedagógica de la educación post-Auschwitz”. Deutsche Stifung für Internationale Entwicklung (DSE) Bonn, Paulo Freire Institut/Internationales Akademie. Berlín, 1999.

Schmucler, Héctor, “Estudios de comunicación en América Latina: del desarrollo a la recepción”, entrevista en Causas y Azares, Buenos Aires, N° 1, 1994.

Sewell, William. “The Concept(s) of Culture” en Victoria Bonell y Lynn Hunt, Beyond the Cultural History. Berkeley, Los Angeles. 1999.

Subercaseaux, Bernardo. “La constitución del sujeto: de lo singular a lo colectivo” en Identidades y sujetos. Para una discusión latinoamericana. (Ed. Universidad de Chile. Santiago, 2002).

Stern, Steve. “De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico” en Jelin, Elizabeth (comp.). Las conmemoraciones. Las disputas en las fechas in-felices. (Madrid, Ed. siglo XXI de España editores, 2002).

Thompson, Paul. “La historia oral y el historiador”. Revista Debats N° 10. España, 1990.

Valderrama, Miguel. “Renovación Socialista y renovación historiográfica” en Documento N° 5, septiembre de 2001. Debates y Reflexiones, aportes para la Investigación social. Universidad Arcis.

Vezzetti, Hugo. “El territorio de la memoria social. Un mapa por trazar” en Revista Puentes, agosto 2000.

Libros

Álvarez, Rolando. Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980). Lom. Santiago, 2003.

Austin, Robert. Intelectuales y educación superior en Chile: de la independencia a la democracia transicional 1810 -1990. Cesoc, Santiago, 2003.

Angell, Alan. Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía. Santiago, 1993.

Ansart, Pierre, Ideología, conflictos y poder, La red de Jonás, México, 1983.

Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo. Memoria de la izquierda chilena. Tomo 1. Ediciones B. Chile, Santiago, 2003.

Arrate, Jorge. Exilio, textos de denuncia y esperanza. Ed. Documentas, 1987.

Arrate, Jorge. La fuerza democrática del ideal socialista. Ed. Documentas, 1985.

Arrate, Jorge. Razón y pasión del socialismo chileno. Ed. Del Ornitorrinco. 1989.

Baldez, Liza. Why women protest. Women's Movements in Chile. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.

Bauman, Zygmunt. Legisladores e Intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales, UNQ, Buenos Aires, 1977.

Bauman, Zigmunt. En busca de la política. (F.C.E. México, 2000).

Boeninger, Edgardo. Transición a la democracia: marco político y económico. Cieplan, Santiago, 1990.

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic, Respuestas. Por una antropología reflexiva, Grijalbo, México, 1995.

Burke, Peter. Formas de historia cultural. Editorial Alianza, Madrid, 2000.

Casey, Edward. Remembering: a Phenomenological Study. Indiana University Press. 2000.

Castells, Manuel Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial. (Santiago, Ed. Fondo Cultura Económica, 2005).

Castoriadis, Cornelius. La institución imaginaria de la sociedad. (Ed. A. Vives, 1983).

Chartier, Roger, El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación, Gedisa, Barcelona, 1999.

Correa, Enrique. Historia documental del PSCH: 1933-1993: forjadores y signos de renovación, 1993.

Correa, Sofía et al. Historia del siglo XX chileno. Editorial Sudamericana. 2001.

Corvalán, Luis. Del anticapitalismo al neoliberalismo. Santiago, Sudamericana, 2002.

Corvalán, Luis. Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico. Cesoc, 2000.

De Certeau, Michel, La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer, Universidad Iberoamericana, México, 1996.

Devés, Eduardo. El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la Cepal al neoliberalismo (1950-1990). (Santiago, Editorial Biblos, 2003). P. 292.

Duby, George. Diálogos sobre Historia. Madrid, Alianza 1988.

Duverger, Maurice. Los partidos políticos. (México, Fondo de Cultura Económica, 1996).

Eco, Umberto. Tratado de semiótica general, Lumen, Barcelona, 1981.

Farmer, Sarah. Martyred Village. Commemorating the 1944 Massacre at Oradour-sur-Glane. Los Angeles, University of California Press, 1995.

Foucault, Michel, Las palabras y las cosas, Siglo XXI, México, 1966.

Foucault, Michel. Un dialogo sobre el poder y otras conversaciones. Editorial Alianza. Madrid, 1981.

Foucault, Michel. “Microfísica del poder”. Ediciones la piqueta. Madrid, 1992.

Franceschet, Susan. Women and Politics in Chile. London L Zynne Rienner Publishers, 2005.

García Canclini, Néstor, Ideología, cultura y poder, Secretaría de Extensión Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras-Oficina de Publicaciones del CBC, UBA, Buenos Aires, 1995.

García, Canclini. Néstor. Ed. Cultura transnacional y culturas populares (Perú, IPAL, 1998).

Geertz, Clifford. Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas. Buenos Aires, Paidós 1994.

Godelier, Maurice. Lo ideal y lo material: Pensamiento, economía y sociedades (Ed. Taurus, 1990).

Gross, Jan. “Neighbord. The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne, Polan”. Princeton University, 2001.

Halbwachs, Maurice. On Collective Memory. Chicago, 1992.

Hite, Katherine. When the Romance ended. Leaders of the Chilean Left, 1968-1998. Columbia University Press, New York, 2000.

Hobsbawm, Eric. Historia del Siglo XX. Madrid, Ed. Crítica, 1996.

Hunt, Lynn “Beyond The Culture”. Berkley University Press, 1990.

Ibáñez, Jesús. El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden. Santiago, Amerada Estudios 1991.

Allanes, María Angélica. La batalla de la memoria. Santiago, Ed. Planeta, 2002.

Jelin, Elizabeth. “Los trabajos de la memoria”. Editorial Siglo XXI. Madrid, 2001.

Joignant, Alfredo y Carrion, Amparo. La Caja de Pandora: el retorno de la transición chilena. Santiago, Ed. Planeta, 1999.

Joignant, Alfredo. Los enigmas de la comunidad perdida: historia, memoria e identidades políticas en Chile”. (2000-2010). Santiago, Lom 2002.

Jocelyn Holt, Alfredo. El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar. Santiago, Planeta- Ariel, 1998.

Jocelyn Holt. Alfredo. El espejo retrovisor. Santiago, Ed. Planeta- Ariel.2000.

Lacau, Ernesto y Mofe, Chantal, Hegemonía y estrategia socialista, Siglo XXI, Madrid, 1987.

Lacau, Ernesto, Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo,

populismo, Siglo XXI, México, 1980.

Lechner, Norbert. Sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política. Lom, 2002.

Martín Barbero, Jesús. De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía, Gustavo Gili, Barcelona, 1987.

Leys-Stephan, Nancy. The Hour of Eugenics. Race, gender and nation in Latin America. Ithaca, Cornell University Press, 1991.

Locke, John. Ensayo sobre el entendimiento humano. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Luckmann, Thomas y Berger, Peter. The social construction of reality: a treatise in the sociology of knowledge. Ed. Penguin, 1971.

Merridale, Catherine. “Night of Stone: Death and Memory in Twentieth Century Russia”. 2001.

Morley, David. Televisión, audiencias y estudios culturales. Amorrortu, Buenos Aires, 1996.

Moulian, Tomás. La forja de ilusiones: el sistema de partidos. 1932-1973. 1993, Santiago, Arcis. FLACSO, 1993. P. 233.

Moulian, Tomás. Antecedentes y causas de la democracia en Chile. FLACSO, Santiago 1990.

Moulian, Tomás. Chile hoy. Anatomía de un mito. Lom, 1998.

Moyano, Cristina. MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido mito de nuestra transición, 1973-1989. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009.

Navia, Patricio. Las Grandes Alamedas. El Chile post Pinochet. Santiago, La Tercera Mondadori, 2004.

Nohlen, Dieter. Democracia y neocrítica en América Latina: en defensa de la transición. Frankfurt am Main, Iberoamericana, 1995.

Otano, Rafael. “Crónica de la transición”. Santiago, Plantea 1995.

Partido Socialista. “La renovación socialista. Balance y perspectivas de un balance vigente”. Ediciones Valentín Letelier, 1987.

Prendergast, Christopher, The Triangle of Representation, Columbia University Press, Nueva York-Chischester, 2000.

Puryear, J. Thinking politics Intellectuals and democracy in Chile 1973-1988, John Hopkins University Press, 1997. P. 11.

Power, Margaret. Feminine Power: Right-Wing Women, Chilean Politics, and the Coup, 1964-1973. University Park: Penn State Press, 2002.

Rozas, Pedro. Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena 1990-2004. Lom. Santiago, 2004.

Rodríguez Elizondo, Jorge. Crisis y renovación de las izquierdas. De la Revolución cubana a Chiapas, pasando por el caso chileno. Santiago, Ed. Andrés Bello, 1995. P. 334.

Said, Edward. Orientalism, Berg, Nueva York, 1978.

Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. Historia Contemporánea de Chile. Tomo 1, 2, 4 y 5. Santiago, Lom, 1999.

Salazar, Gabriel. Violencia política popular en las grandes Alamedas. Santiago, Sur Ediciones, 1990.

San Agustín. Confesiones. Libro X. Ed. Ciudad Nueva, 1999.

Spoerer, Sergio. Los referentes históricos de la renovación. Rotterdam, Instituto para el Nuevo Chile, 1982.

Tironi, Eugenio. *El Cambio está aquí*. Santiago, La Tercera Mondadori, 2002.

Tironi, Eugenio et al. *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década*. Cuadernos Bicentenario, Santiago, 2003.

Tironi, Eugenio. *Chile y la ruta a la felicidad*. Santiago, El Mercurio-Aguilar, 2006.

Thompson, Edward Palmer, *Costumbres en común*, Crítica, Buenos Aires, 1990.

Thompson, Edward Palmer, *La formación de la clase obrera en Inglaterra, Tomo I*, Crítica, Barcelona, 1989.

Verón, Eliseo, *La semiosis social*, Gedisa, Buenos Aires, 1987.

Vezzetti, Hugo. *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: siglo XXI, 2002.

Villagrán, Fernando. *Disparen a la bandada. Una crónica secreta de la FACH*. Santiago, Ed. Planeta, 2002.

Vodanovic, Hernán. “Un socialismo renovado para Chile”. Editorial Andante, 1988.

Williams, Raymond. Cultura-Sociología de la comunicación y del arte, Paidós, Barcelona-Buenos Aires, 1981.

Williams, Raymond. Keywords. Verso, Londres, 1983.

Yocelevsky, Ricardo. La Democracia Cristiana y el gobierno de Eduardo Frei. (1964-1970. Universidad Metropolitana, Unidad Xochimilco. México, 1987.

Yocelevsky, Ricardo. Chile: los partidos políticos, democracia y dictadura. 1970-1990. FCE, 2002.

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecer a la Editorial de la Universidad Alberto Hurtado no solo por el interés por publicar esta investigación, sino por el tiempo que esperaron pacientemente hasta que todos los inconvenientes iniciales estuvieron resueltos. A los historiadores Pedro Milos y Marcos Fernández que creyeron en esta investigación y siempre manifestaron su apoyo para publicarla.

Al departamento de historia de la Universidad de Santiago de Chile, espacio académico que me permite dedicarme a tiempo completo a la docencia y a la investigación, de la mejor forma que un investigador puede imaginar. En un clima de camaradería y de apoyo, he encontrado junto a mis ex profesores y ahora colegas, un buen espacio para seguir avanzando en mis investigaciones. En especial agradezco el apoyo siempre prestado por el Director de esta unidad, Dr. Julio Pinto Vallejos.

Quiero agradecer también a mis amigos del Instituto de Estudios Avanzados de la USACH, quienes durante dos años me cobijaron en sus dependencias y en cuya estadía posdoctoral pude avanzar en la edición de esta investigación. Un agradecimiento especial a mis colegas y amigos: Olga Ulianova y Rolando Álvarez, con quienes tuve muchas conversaciones académicas que siempre han sido un aliciente para seguir investigando la historia política reciente de nuestro país.

A Sergio Muñoz, del Comité Memoria MAPU; a Eugenio Tironi, a Paulina Saball, Fernando Ossandón y Ernesto Galaz, ex militantes del MAPU con quienes he construido una relación de afecto y colaboración. Ellos siempre han apoyado de diversas formas distintos momentos de esta investigación y muchos de sus resultados hubieran sido imposibles sin sus donaciones documentales, sus

entrevistas y sus audaces críticas y comentarios.

A mis amigas leales y compañeras de ruta. Para ellas el agradecimiento por hacer que mi vida esté llena de compañerismo, lealtad, fraternidad y alegría. Mariela, Lorena, Ivette y Gloria, simplemente ¡muchas gracias!

A mis queridos ayudantes de investigación, Francisco del Campo y Mauricio Kantar, quienes han sido colaboradores silenciosos de parte de esta investigación y a quienes agradezco la dedicación, la responsabilidad y la autonomía con la que me han acompañado durante tantos años.

A mi familia en su sentido amplio. A mis papás, hermanos y abuelos, porque siempre me han apoyado en las situaciones más complejas de mi vida. Con su cariño y el orgullo que sienten por lo que hago, me han impulsado a seguir creciendo profesionalmente. Sin ellos mi camino hubiera quedado truncado. Al padre de mis hijos, Felipe, por hacer de esta familia algo tan fraternal y lleno de camaraderías y apoyos.

A mis hijos Javiera y Pablo, quienes llenan de alegría mi vida y le dan sentido a todo lo que hago. Ellos siempre serán el motor de la lucha por crear conocimiento nuevo y potenciar el debate ciudadano, para hacer de esta sociedad un mejor lugar donde puedan crecer como personas.

A Franco, porque empezar de nuevo es siempre difícil, pero él ha logrado que sea sencillo y maravilloso.